

proposiciones

NACIONAL POPULISMO
VOTO CAMBIANTE
CENTRO POLITICO
EMPLEO PRECARIO
PEQUEÑO EMPRESARIADO
IDENTIDAD CULTURAL
BIOTECNOLOGIA

Paul Valentat



proposiciones



La gran Tenochtitlan (1930-1932), Diego Rivera

NACIONAL
POPULISMO
VOTO CAMBIANTE
CENTRO POLITICO
EMPLEO PRECARIO
PEQUEÑO
EMPRESARIADO
IDENTIDAD
CULTURAL
BIOTECNOLOGIA

Esta publicación cuenta con el apoyo de SAREC
(Agencia Sueca para la Cooperación y el Desarrollo)

(c) Ediciones SUR, septiembre 1991
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago

Inscripción N° 80.591

Director Ejecutivo SUR: Carlos Vergara D.
Editor y responsable legal de *Proposiciones*: José Bengoa C.
Edición textos: Paulina Matta

Gestión editorial: Luis A. Solís A.

Diseño gráfico y portada:
Allan Browne E.
Manuel F. de la Maza G.
Juan Hernández T. (Trabajo fotográfico)
Fono 662 205, Viña del Mar

Composición de textos y diagramación:
Sistemas Gráficos
Providencia 701-E, Santiago
Fono 225 7463

Impreso en los talleres de
Imprenta Editorial Interamericana
Conferencia 1140, Santiago

En venta en:
Librería de Ediciones SUR
J. M. Infante 85, Providencia, Santiago
Fonos: 497 908 - 460 658 Fax: (562) 274 0514

Se permite cualquier reproducción total o parcial
de esta publicación, con indicación de la fuente.

HECHO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

proposiciones 20

INDICE

EDITORIAL 7

Eduardo Valenzuela

POLITICA

La experiencia nacional-popular 12

Eduardo Valenzuela

El voto cambiante y la distancia social a la política 34

Javier Martínez & Margarita Palacios

Estructuras y militancias del Partido Demócratacristiano y el Partido Por la Democracia. Un estudio comparativo 59

Alvaro Böhme & Carmen Barrera

ECONOMIA

Nuevas tendencias en la estructura social chilena. 88

Asalarización informal y pobreza en los ochenta

Alvaro Dfáz

El empresariado como actor social 120

Lafs Abramo

El desarrollo de la pequeña y microempresa en Chile. 143

Un desafío para el futuro

Librecht van Hemelryck

Teorías sobre el desarrollo agroindustrial 161

Gonzalo Arroyo

HISTORIA

- Empresariado popular e industrialización:
la guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)* 180
Gabriel Salazar

- Tras la huella de los paraísos artificiales.
Mineros y campesinos de Copiapó, 1700-1850* 232
Jorge Pinto

SOCIEDAD

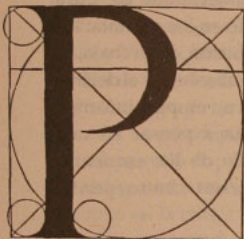
- Víctimas y beneficiarios de la modernización.
Inventario (incompleto) de cambios en la
juventud pobladora (1965-1990)* 250
José Weinstein

DEBATE

- Un asunto de identidad* 277
José Bengoa

**Debate en torno a
*Violencia política popular en las "grandes alamedas",
de Gabriel Salazar***

- Tomás Moulian: *¿Historicismo o esencialismo?* 287
- Carlos Ossandón: *Historia, epistemología y "bajo pueblo"* 290
- Maximiliano Salinas: *Gabriel Salazar, el fin del miedo a la historia* 293
- Gabriel Salazar: *La perspectiva popular: ¿Hipóstasis metafísica,
callejón sin salida, o "no será tiempo de hacer algo"?* 295



PRESENTAMOS este número de *Proposiciones* con temas diversos sobre la realidad nacional. La política ocupa el espacio inicial: el análisis del fenómeno "populista" (E. Valenzuela), del "voto cambiante" (J. Martínez y M. Palacios) y del "centro político" (A. Böhme y C. Barrera), en artículos que comparten una preocupación común; a saber, las

tensiones entre sociedad y sistema político y, más específicamente, las dificultades –latentes, ocultas– que encuentra el intento de estabilizar un sistema representativo de partidos.

Más allá de los éxitos evidentes del sistema político chileno en la fase de transición democrática, subsisten grandes interrogantes acerca de su conexión con la sociedad, y especialmente con los grupos populares, que no siempre se integran a la política bajo el modo de la representación. No caben dudas acerca de que los partidos se han constituido en sistema político, vale decir, en actores recíprocamente orientados entre sí, que han superado la herencia de polarización y desintegración que arrastraron por mucho tiempo: todo esto se ha realizado, sin embargo, en gran medida suspendiendo o poniendo entre paréntesis su relación con la sociedad, debilitando sus estructuras de representación, situándose explícitamente al margen de las presiones sociales, ignorando las orientaciones populistas que subsisten aquí y allá.

Los éxitos conseguidos no deberían obnubilar la vista: como ha ocurrido por doquier, no tarda en llegar el momento en que los parén-

tesis deben ser levantados, precisamente cuando la transición política termina y el sistema político debe gestionar no el tránsito de un régimen político a otro, sino los problemas de una sociedad concreta.

Varios artículos sobre economía forman parte también de este número de *Proposiciones*. A. Díaz prosigue su tarea de redibujar el mapa de las transformaciones en la estructura social que ha traído consigo el éxito económico (puede verse en *Proposiciones* 18 el examen de la reestructuración industrial y sus consecuencias en el empleo obrero). La situación chilena ya no puede ser descrita en términos de pura desestructuración y exclusión social, como ocurrió en los ochenta: los fenómenos detectados por A. Díaz —la reasalarización del trabajo, la aparición de bolsones de pobreza, relativa más que absoluta, y el declive de la terciarización espuria que tomó la forma de un empleo informal desconectado del resto de la economía— obligan a pensar en una sociedad más compleja y diversificada, que sale de los esquemas binarios (ricos/pobres, integrados/excluidos, in/out, centro/periferia), verosímiles en el pasado.

La conexión entre prosperidad económica y reestructuración social conduce a la pregunta por la formación de actores colectivos: los artículos de L. Abramo y L. van Hemelryck examinan el caso del empresariado. Dos incógnitas abundan en este campo: la primera es la pregunta clásica sobre la formación de una clase empresarial económica, política y, sobre todo, culturalmente moderna en nuestro país; la segunda es la pregunta por las oportunidades de la micro y pequeña empresa en el actual ordenamiento económico, y por la reaparición de una cultura empresarial popular (que el historiador G. Salazar rastrea, incluso como proyecto hegemónico de las clases populares, en el siglo XIX).

El desplazamiento de las preguntas en este campo es notorio: por un lado, se trata de reexaminar la imagen tradicional que se tuvo del empresariado (debilidad estructural, conservadurismo político, comportamientos oligárquicos); por otro, se trata de sacar el debate acerca de las "organizaciones económicas populares" del ámbito de una teoría de la exclusión (subsistencia) o de una economía alternativa ("economía de la solidaridad") y explorar sus posibilidades de inserción real en una

economía de mercado. En ambos casos, las preguntas no admiten respuestas definitivas: la formación de una cultura empresarial, arriba y abajo, sigue siendo un lugar de luces y sombras.

En este número hemos querido presentar también una contribución singular de Gonzalo Arroyo s.j. sobre el impacto de la biotecnología en el desarrollo agropecuario. G. Arroyo ha venido durante varios años formando equipos de investigación en torno a este tema, particularmente en México, donde dejó una importante bibliografía: *Biotecnología: una salida para la crisis agroalimentaria*, Plaza y Valdés, 1988 (coord.); *La pérdida de la autosuficiencia alimentaria y el auge de la ganadería en México*, Plaza y Valdés, 1989 (coord.); *Agricultura y alimentos en América Latina: el poder de las transnacionales*, UNAM-ICI, 1985 (con R. Rama y F. Reilo) y *La biotecnología y el problema alimentario en México*, Plaza y Valdés, 1989 (coord.). La preocupación por la tecnología de punta y su contribución en el desarrollo de países atrasados revela también un enriquecimiento del debate sobre tecnología y desarrollo, usualmente centrado entre nosotros en la crítica profética y la búsqueda de "alternativas tecnológicas" de uso popular.

Proposiciones se cierra con una sección de debates. Diremos poco sobre esto: solamente que el malestar social y cultural frente a la modernidad continúa –por lo demás legítimamente– vigente. ¿Es posible, sin embargo, contestar la modernidad desde un "proyecto histórico popular", vale decir, desde los pobres a quienes se presume portadores –o, al menos, el *locus*– de un proyecto hegemónico? La crítica de la modernidad se vuelve interesante, en efecto, sólo cuando se hace desde un proyecto racionalmente fundado: es ésta la preocupación y la incógnita que dejan las contribuciones de G. Salazar y J. Bengoa.

Eduardo Valenzuela
Coeditor *Proposiciones* 20

Santiago, agosto 1991

politica

La experiencia nacional-popular

Eduardo Valenzuela
Investigador de SUR

La categoría "pueblo" —cuya centralidad en el caso latinoamericano está fuera de dudas— adquiere verdadera significación recién en nuestra historia moderna, con el desmoronamiento de los regímenes oligárquicos y la constitución de los modelos llamados "nacional-populares". Tales modelos se propusieron dos objetivos históricos: la construcción del Estado, frenada por la dominación oligárquica; y la integración de masas excluidas, que usualmente escapaban ya de la servidumbre campesina. Tales objetivos estaban entrelazados: el Estado se construía a través de una política de participación popular e, inversamente, las masas lograban la condición de sujetos a través del Estado. Esta particular conjunción entre Estado y masas es lo que produce la categoría "pueblo" en la experiencia nacional-popular.

¿Cómo se produce realmente esta conjunción? La sociología siempre ha sido sorprendida por la vacuidad del discurso nacional-populista. Por una parte, el nacional-populismo no contiene ningún discurso específicamente populista, vale decir, no reconoce la existencia de un sujeto popular preconstituido frente al Estado. La acepción alemana de "pueblo-nación" le es usualmente extraña: en efecto, la tentativa de construir la noción de "pueblo" en la cultura, y específicamente en la lengua, está casi siempre ausente, a pesar de que el nacionalismo cultural aparece intermitentemente como principio de legitimidad. Todavía más remota es su asociación con el populismo ruso y la contraposición entre las tradiciones comunales de la aldea campesina (*obshina*) y el Estado modernizador, pese a que no faltan los intentos por proteger al *petit-peuple* de los rigores de la modernización capitalista, por ejemplo en la política agraria de Cárdenas o en los escritos de Haya de la Torre. Tampoco el nacional-populismo elabora un discurso específicamente democrático: el reconocimiento del "pueblo" como sujeto de derechos anteriores al Estado falta por completo en el discurso nacional-popular. El nacional-populismo no tiene nada de jacobinismo: moviliza y extiende la participación política de las masas populares, pero esta participación tiene siempre un carácter heterónomo, se valida únicamente a través de la presencia de líderes políticos situados por encima del mundo popular. El pueblo no está constituido, pues, de un modo democrático como apropiación de un derecho de ciudadanía anterior al Estado.

Todos los modelos nacional-populares se validan a través de su apelación al "pueblo". Precisamente en esto se distinguen del modo de dominación oligárquico y el de las ideologías liberales, que fundan el Estado al margen de esta apelación. Pero

la noción de "pueblo" no aparece nunca plenamente constituida en el discurso nacional-populista: el "pueblo" existe sólo como masas confinadas en un estado de naturaleza ("miseria") y desprovistas de lenguaje (como no sea la violencia), cuyo principio de organización debe provenir desde fuera.

Esta vacuidad del discurso nacional-popular llevó a la sociología a eliminar el concepto de "pueblo" del análisis: un sujeto no constituido discursivamente sólo puede ser un sujeto ilusorio, abstracto, un artificio demagógico sin consecuencias reales. Las diferentes teorías sobre el nacional-populismo, elaboradas en su momento de declive y descomposición, coincidieron en este punto: *ninguna reconoce la existencia de un sujeto específicamente constituido en la experiencia nacional-popular.*¹

TEORIAS SOBRE EL NACIONAL - POPULISMO

En el caso de las teorías de origen marxista, los regímenes nacional-populares fueron vistos como una variante latinoamericana del bonapartismo. El "bonapartismo" surgiría en una situación de equilibrio catastrófico de la lucha de clases, en la cual el Estado, aparentemente situado por encima de la sociedad, aseguraría un mínimo de cohesión y estabilidad. En el marco de una teoría de las clases, esta autonomía del Estado se revela puramente ilusoria: el Estado bonapartista no es más que un instrumento de neutralización de la lucha de clases y, en particular, de control del movimiento obrero. El nacional-populismo fue visto de esta manera como una forma particular del Estado burgués, destinado a frenar el ascenso revolucionario del proletariado.² La tesis "bonapartista" supone no sólo la existencia previa de las clases, sino también un período previo de intensos antagonismos sociales y de lucha catastrófica por el poder —como ocurrió en la Francia revolucionaria de 1848-1851— lo que es manifestamente falso en el caso latinoamericano. Una tesis más matizada fue sostenida por autores como Weffort (1970 y 1978), quien define los regímenes nacional-populares como "Estados de compromiso", o Ianni (1973 y 1975), quien habla de "pacto populista". En este caso no es el exceso, sino la debilidad de la estructura de clases, y en especial de la burguesía industrial incapaz de resolver por su cuenta la crisis oligárquica, lo que obliga a constituir un compromiso amplio y heterogéneo entre las clases. El Estado nacional-popular fue visto entonces como expresión de un consenso precario e inestable, que recoge los diferentes intereses sociales compatibles con un proyecto de industrialización nacional. La noción de "compromiso" o "pacto" supone, otra vez, que las clases están preconstituidas como tales frente al Estado. Weffort, es cierto, sostiene una opinión más cercana a Germani tratándose de la clase obrera: la lógica del compromiso de clases está amortiguada por una lógica política. El nacional-populismo se define también por una "política de masas", vale decir, por una conjunción específica entre Estado y masas (mediatizada por liderazgos carismáticos), que fundan la capacidad y fortaleza del Estado para administrar el compromiso de clase. El Estado no aparece como un simple escenario donde se alojan las clases, sino que constituye una fuerza específica, cuya legitimidad proviene de su capacidad de concitar la adhesión de las masas urbano-populares. Ianni, y también Murrin y Portantiero (1971), en cambio, que acentúan la interpretación marxista del

1. En este artículo nos referimos exclusivamente a la constitución del mundo popular como sujeto político: esto no quiere decir que la política sea el único ni el principal mecanismo de constitución de un sujeto.
2. Especialmente entre los teóricos marxistas de la dependencia; por ejemplo, Dos Santos (1972).

problema, desvalorizan constantemente esta conjunción entre Estado y masas. Murmis y Portantiero intentan demostrar que la integración popular en el Estado se realiza en cuanto "clase", lo que se verifica por la participación protagónica del sindicalismo preorganizado por los socialistas en la experiencia peronista. Ianni, por su parte, que admite la debilidad inicial de la clase obrera, se esfuerza por demostrar la obsolescencia de la "política de masas" del nacional-populismo y el inevitable despliegue del antagonismo de clases, en el marco de las contradicciones estructurales de un proyecto de industrialización capitalista dependiente. El común denominador del análisis de clase es éste: la experiencia nacional-popular no constituye jamás un sujeto, ya sea porque éste se encuentra preconstituido frente a dicha experiencia, ya sea porque la conjunción Estado-masas se revela inevitablemente espuria, pasajera y superficial.

La teoría de la modernización, por su parte, aunque pone en el centro de su análisis la relación específica entre Estado y masas, llega a conclusiones parecidas. Para Germani (1971 y 1973), que construye el concepto a partir del análisis del peronismo argentino, el nacional-populismo es el fruto de una asincronía entre el proceso de movilización social (inducido por la rápida urbanización e industrialización de la preguerra) y la ausencia de mecanismos institucionales de integración (debida a la persistencia de regímenes conservadores en este caso). El concepto de "movilización" es la clave para comprender el fenómeno nacional-popular: éste designa un efecto de "desplazamiento" —de abandono de las pautas tradicionales de comportamiento, lo que sería característico de las masas migrantes de origen rural, recientemente incorporadas a la vida urbana y al trabajo industrial— y un efecto de "disponibilidad", provocado por la falta de vehículos institucionales de integración, especialmente de una tradición obrera legitimada y de un sistema político abierto. Las masas quedan así disponibles para la manipulación de las élites, que a su turno están sometidas también a procesos de desplazamiento —o "incongruencia de estatus" según Di Tella (1973)— y disponibilidad, vale decir, no integradas adecuadamente al sistema institucional (el caso de los militares, por ejemplo). El nacional-populismo se sitúa, pues, en este marco de movilización prematura de las masas o de "exceso de participación" que resulta, al contrario de lo que sostenía la tesis anterior, de la ausencia de clases organizadas y del correspondiente sistema de representación política. Dicho de otro modo, el nacional-populismo surge en una situación de masas en que las nociones de "clase" o de "ciudadanos" no alcanzan a constituirse realmente.

Germani nunca define al nacional-populismo como un modelo institucional: es un fenómeno de movilización social no regulado institucionalmente, que descansa, por lo tanto, en la fusión entre un líder carismático y masas desorganizadas o traumatizadas por los efectos de la transición. Los regímenes nacional-populares, por una parte, no provocan reformas económicas importantes (especialmente no realizan la reforma agraria) ni son portadores consecuentes de un proyecto de industrialización nacional; por otra, no permiten una participación política efectiva de las masas que ellos mismos movilizan. Se definen, por el contrario, por un autoritarismo a ultranza y por su ineficiencia económica. El nacional-populismo, en efecto, no constituye ni "clase" ni "ciudadanos": se trata de un fenómeno puramente de masas que deja las cosas en su punto de partida.³

3. Germani se cuida, de todos modos, de distinguir entre nacional-populismo y fascismo: el primero se funda en una movilización de carácter primario, vale decir, de sectores populares que emergen de una sociedad tradicional;

Masas desorganizadas que el nacional-populismo es incapaz de organizar, o clases cuya presencia *ex ante* o *ex post* tampoco el nacional-populismo puede realmente ocultar, la sociología ha negado sistemáticamente la existencia de un sujeto en dicha experiencia. La noción de "pueblo" no adquiere nunca un estatuto sociológico: es solamente un recurso demagógico para realizar la voluntad de poder de líderes inescrupulosos. Es fácil comprender los motivos de esta visión: las ideologías tanto "modernizadoras" como "revolucionarias" de los años sesenta compartieron el propósito de superar el nacional-populismo e imaginaron que no sería difícil. "Desperonizar a las masas" fue una voluntad común, ya sea para desplegar los antagonismos de clase, ya sea para provocar procesos de incorporación democráticos de las masas marginadas. El nacional-populismo no podía ser sino un fenómeno transicional o espurio que apenas podría detener el ascenso ineluctable de la clase obrera como clase revolucionaria o la necesaria evolución de las sociedades hacia una modernidad democrática.

La fortaleza del nacional-populismo, sin embargo, obligó a reconsiderar esta hipótesis optimista de los años sesenta. La constitución de "clase" o "ciudadanos" se reveló una empresa más difícil de lo que aparecía a primera vista. El segundo auge del peronismo argentino en los años setenta (esta vez con la escandalosa participación de las clases medias) desmintió tanto una, como otra, de las profecías de entonces. Ni "clase", ni "ciudadanos": lo que continuamente reaparecía era una movilización popular según el formato nacional-populista, que sólo los regímenes autoritarios podían eficazmente detener. Tal vez, en efecto, la experiencia nacional-popular haya sido una experiencia constituyente de un sujeto –"pueblo"– lo que le brinda su persistencia y consistencia históricas.

Dos han sido las teorías que pretenden dar cuenta de la naturaleza específica del sujeto que se constituye en el nacional-populismo. La primera está contenida en el conocido artículo que Laclau (1986) dedica al asunto.⁴ Laclau se propone explícitamente revalorizar el discurso populista aprisionado dentro del discurso de clase en las versiones corrientes del marxismo. "El populismo –según su definición– consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto de la ideología dominante" (Laclau 1977: 201). El discurso populista –o "popular democrático"– consiste en un conjunto de contenidos discursivos que despliegan el antagonismo "pueblo-bloque en el poder" (o, esquemáticamente, Estado-masas). El propósito teórico en que está inscrita esta definición no interesa demasiado en esta ocasión. Baste recordar que Laclau está interesado en evitar el reduccionismo de clase en el análisis de las ideologías, y salvar específicamente la ineficiencia ideológica del discurso marxista tradicional. En este sentido, propone revisar la conexión entre ideología y clase en una doble dirección: primero, reconociendo la especificidad de la lucha ideológica-política, definida por la

el segundo, en una movilización secundaria, esto es, de clases previamente incorporadas sometidas a desplazamientos hacia abajo (eproletarización de las clases medias). Dentro del esquema evolucionista de Germani, esto da una coloración distinta a ambos regímenes: el autoritarismo nacional-popular contiene elementos progresistas, es una especie de propedéutica democrática que ofrece a las masas un espacio de participación aunque sea dependiente; el fascismo, en cambio, es pura regresión, implica una crisis de legitimidad del sistema democrático que proviene de su propio seno.

4. Una prolífica discusión de la tesis de Laclau se encuentra en «Populism and Popular Ideologies», *LARU Studies* 3, no. 2/3 (January 1980).

contradicción específica "pueblo-bloque en el poder" y distinta, por lo tanto, de las contradicciones de clase; y segundo, reconociendo el principio de determinación de clase como principio formal de articulación del discurso ideológico, lo que le permite distinguir un "populismo de clases dominantes" (que desarrollan en forma limitada la contradicción "pueblo-bloque en el poder") y un "populismo de clases dominadas" (que exacerban ese antagonismo hasta el límite virtual de la extinción del Estado).

La eficacia del nacional-populismo –y concretamente del peronismo– consistió en su capacidad de elaborar estas interpelaciones popular-democráticas en el marco de una crisis histórica específica: la crisis oligárquica. "El populismo consistirá, precisamente, en reunir el conjunto de las interpelaciones que expresaban la oposición al bloque de poder oligárquico –democracia, industrialismo, nacionalismo, antiimperialismo–, condensarlas en un nuevo sujeto histórico y desarrollar su potencial antagonismo, enfrentándolo con el punto mismo en que el discurso oligárquico encontraba su principio de articulación: el liberalismo" (Laclau 1977: 221). El peronismo, por lo tanto, no se identifica con un estrecho proyecto de clase: el desarrollo del capitalismo nacional. Su éxito y fortaleza provienen, por el contrario, de la "radicalización de las interpelaciones populares antiliberales", lo que le permitió constituir un sujeto que rebalsaba los marcos de una burguesía desarrollista en ascenso. Inversamente, los límites del populismo peronista estarán dados por la naturaleza de su proyecto de clase: la lucha popular contra el Estado sólo podía desarrollarse dentro de un esquema compatible con el desarrollo del capitalismo nacional (los límites de la explosividad popular se reconocen en la presencia de una ideología militar, en la marginación del campesinado, o en la domesticación de los sindicatos).

La interpretación de Laclau evita el reduccionismo de clase: la experiencia nacional-populista constituye *belle et bien* un sujeto, "pueblo", a partir del despliegue de interpelaciones popular-democráticas. Los presupuestos en que descansa esta interpretación, sin embargo, merecen dos reparos fundamentales: en primer lugar, el peronismo no consistió en desplegar la contradicción pueblo-Estado, sino al contrario, en realizar su conjunción; en segundo lugar, la relación entre Perón y las masas populares cae, en gran medida, fuera del discurso. La noción de "pueblo" como sujeto que se constituye discursivamente contra el Estado (Laclau) está en las antipodas de la experiencia nacional-popular, definida precisamente por la conjunción no discursiva entre pueblo y Estado.

Las objeciones de Emilio de Ipola (1982) al análisis de Laclau permiten avanzar, en efecto, hacia este segundo tipo de interpretación. De Ipola, influido por el estructuralismo en el análisis del discurso, llama la atención sobre los componentes no discursivos del fenómeno peronista. Su argumento tiene la desventaja de las posiciones intermedias: De Ipola admite que el peronismo se constituye discursivamente, pero luego se revierte en una relación no discursiva. La frase "si Perón lo dice, ha de ser cierto" expresa esta transformación de un liderazgo originariamente discursivo (en el sentido de Laclau) en otro no discursivo, al cual se da crédito sin examen ni crítica. "La figura del líder es *constituida* esencialmente a través y por medio de discursos, esto es, del ciclo complejo de la producción, circulación y recepción de discursos... [sin embargo] por una suerte de efecto de retorno, dicha figura misma, una vez así constituida, se vuelve a su turno *constitutiva* del sentido objetivo de los discursos que atraviesan el campo ideológico-político" (De Ipola 1982: 128-29).

De Ipola queda a medio camino entre Laclau y Germani, quien otorga al fenómeno carismático todo el peso de la prueba. Germani, en efecto, insiste en el carácter no institucional del nacional-populismo y en la particular relación entre liderazgos carismáticos y masas disponibles como principio constitutivo (y no secundario, como cree De Ipola) de la experiencia nacional-popular. El Estado pierde su forma institucional para encarnarse en la figura de un jefe carismático que, no obstante, utiliza todavía y esencialmente la palabra como instrumento de movilización. Pero la oratoria populista no es más que demagogia, que indica no tanto exceso de discurso, como la vacuidad del discurso que se manifiesta en un exceso de palabras. Esta vacuidad del discurso es justamente el carisma. La relación entre liderazgo y masas no pasa entonces a través del discurso, sino del carisma del jefe nacional-popular.

Las consecuencias del principio carismático de fundación del nacional-populismo invierten el razonamiento de Laclau: los contenidos del discurso populista, antioligarquismo y antiimperialismo en particular, son expresiones completamente vacías, no constituyen realmente un sujeto. Las masas nacional-populistas —como ha sido subrayado por doquier— no se definen por su oposición a las estructuras de dominación oligárquicas, sino que antes que nada por su fidelidad política: las masas son, antes que nada, peronistas, getulistas, cardenistas, gaitanistas, apriistas, etc., y sólo secundariamente, y de un modo por completo irrelevante, antioligárquicas o antiimperialistas. La argumentación de Germani es esencialmente correcta en este punto: la conjunción entre Estado y masas se realiza a través de liderazgos carismáticos que, en lo sustancial, caen fuera del plano del discurso. Germani, sin embargo, comparte el mismo prejuicio ilustrado que está presente en Laclau: un sujeto sólo puede constituirse discursivamente. Germani, en efecto, termina por reducir la experiencia nacional-populista a un mero efecto de manipulación carismática. Las masas entran y permanecen en dicha experiencia como "masas en disponibilidad", como masas vacías o anómicas, carentes de toda sustancia cultural. Todo el peso de la prueba recae sobre la audacia verbal de determinados liderazgos demagógicos y sobre una oscura "psicología de masas" proclive al contagio emocional. La noción de "pueblo" carece, por lo tanto, de toda consistencia; es un artificio de la retórica política. Germani sólo reconoce la presencia de sujetos constituidos discursivamente: "clases" y, sobre todo, "ciudadanos", con lo cual descarta la experiencia nacional-popular como experiencia constituyente de un sujeto. El mismo razonamiento, pero invertido, aparece en Laclau: la noción de "pueblo" sólo tiene sentido como sujeto discursivamente orientado contra el Estado. Laclau traslada esta noción, elaborada más tardíamente por una izquierda iluminista, al corazón del nacional-populismo, que permanece, no obstante, completamente ajeno a una definición de esta naturaleza.

La sociología del nacional-populismo, en definitiva, ha tropezado con el límite de sus propias categorías: reconocer la existencia de un sujeto no discursivo ha resultado una tarea imposible para ella. La condición de posibilidad del nacional-populismo, sin embargo, radica precisamente en la existencia de un sujeto de este tipo, vale decir, en la presencia de un sujeto "pueblo" cuya especificidad consiste en constituirse fuera del horizonte de la cultura ilustrada. La paradoja del nacional-populismo, esa inasible combinación entre la vacuidad de su discurso ("carisma", que condujo a afirmar el carácter ilusorio del sujeto involucrado) y fortaleza histórica (que defraudó el optimismo histórico de los sesenta, frente al cual no hubo más remedio que

restaurar el carácter discursivo del sujeto, verbigracia, Laclau), puede resolverse admitiendo simplemente que el nacional-populismo convoca y constituye, en el plano de la acción política, un sujeto extraño y refractario a toda pretensión iluminista que, no obstante, permanece como sujeto, vale decir, como principio autónomo de organización del mundo.

LA EXPERIENCIA NACIONAL - POPULAR

La constitución del sujeto en la experiencia nacional-popular puede ser definida convenientemente a través del concepto de "participación". Este concepto adquiere un carácter inmediatamente visible en los modelos de fusión liderazgo-masas que caracterizan a toda auténtica experiencia nacional-populista (y que, por contrapartida, faltan por completo en toda tentativa por constituir la noción de "pueblo" de un modo iluminista). La construcción del sujeto por participación significa concretamente esto: que el sujeto se constituye a través de un *principio de trascendencia no discursivo*. Dos son las características principales de este modo de constitución: por una parte, todo sujeto se construye en relación a Otro, vale decir, en relación con algo que lo trasciende: sin embargo, la identidad de un sujeto puede ser establecida contra Otro (identidad por diferenciación), o bien a través de Otro (identidad por participación). En el primer caso, el Otro entra como un medio a través del cual se constituye el sujeto, como pura negatividad (en el sentido de Laclau, el pueblo se construye como conciencia de sí en la lucha contra el Estado); en el segundo, el Otro entra como fin (o valor), como aquello sin lo cual el sujeto no logra constituirse en ningún sentido. Este es específicamente el caso de la noción de pueblo que consideramos aquí: el pueblo no se constituye nunca desde sí mismo, sino a través de un principio de trascendencia que encarna el valor, frente al cual sólo es posible definirse en términos de participación. El pueblo, por lo tanto, no se constituye como sujeto político contra el Estado, sino a través de liderazgos políticos que permiten la conjunción masas-Estado. El pueblo se convierte en sujeto político a través de Perón.

Pero esto no define enteramente el carácter de los modelos de fusión nacional-populares: el principio de trascendencia funciona, en este caso, específicamente bajo una modalidad no discursiva. El modo de la participación, del reconocimiento del otro como finalidad, puede realizarse, en efecto, discursivamente: es el caso de la ética fraternal del amor al prójimo o de la ideología democrática como formación discursiva de una voluntad general. La ética fraternal o la ideología democrática realizan de un modo racional el concepto de la participación, básicamente a través de la comunicación verbal, de la explicitación discursiva del otro como valor. La ética y la política son, en este sentido, esferas saturadas de discurso. Todavía más, son esferas definidas por la presencia de intermediarios discursivos: en un caso, los profetas; en otro, los ideólogos. El funcionamiento del liderazgo profético o político contrasta en forma aguda con el del liderazgo populista. La misión del profeta (como la del ideólogo político) se circunscribe y agota en el plano de la palabra. El liderazgo nacional-popular, por contrapartida, se realiza fundamentalmente fuera del discurso, lo que trae consigo esta importante consecuencia: el "culto a la personalidad". A diferencia del profeta o del ideólogo, el líder no aparece simplemente como vehículo, sino como manifestación de un principio de trascendencia. La identificación personal con un determinado liderazgo, el "culto a la personalidad" característico de todo nacional-

populismo, es la prueba específica de su carácter no discursivo. Tanto el profeta como el ideólogo rechazan sistemáticamente todo "culto a la personalidad" (o, en términos religiosos, toda sacralización): no son más que intermediarios de una Idea, nunca la manifestación o representación sensible de ésta. El líder nacional-populista suscita, en cambio, "culto", identificación ritual, precisamente porque su naturaleza peculiar consiste en realizarse fuera del discurso.

El concepto de participación, sin embargo, no es solamente "culto a la personalidad". Los modelos de fusión entre liderazgo y masas poseen otro rasgo específico: su carácter festivo. Los escenarios de fusión nacional-populistas son usualmente escenarios festivos. "El tiempo del peronismo fue alborozado y callejero con talante de romería y sabor a fiesta", recuerda A. Cafiero (1983), contrastándolo con el mesianismo de la juventud radical de los años setenta, que transformó las calles en escenarios de lucha, antagonismo y diferenciación. Más importante en este punto es la distinción germaniana entre "movilización primaria" y "secundaria": nacional-populismo y fascismo descansan por igual en modelos de fusión; sin embargo, uno se realiza en el modo de la participación, otro en el modo de la diferenciación. El modelo de fusión, en el caso del fascismo, se constituye esencialmente en torno a una víctima sacrificial (las minorías, el "tercero excluido" que Girard generaliza como estructura de todo mecanismo de cohesión ritual); en el caso nacional-popular, en cambio, sorprende la ausencia de víctimas sacrificiales, que usualmente sólo existen, de un modo irrelevante, en el plano del discurso; Braden o el "Club de la Unión" son puramente conceptos, que nunca adquieren el estatuto de una representación sensible de la víctima sacrificial; por lo tanto, no son capaces de constituirse en detonantes de la cohesión social. Esto da una coloración totalmente diferente a ambos fenómenos. El fascismo es básicamente un mecanismo de movilización disciplinaria de las masas, cuyo destino natural es la guerra. El nacional-populismo, en cambio, es un mecanismo de movilización participativo, cuyo modo de expresión más profundo no es nunca la guerra, sino la fiesta. ¿Quién podría pasar por alto la diferencia entre un mitin fascista, disciplinario y guerrero, y uno nacional-popular, esencialmente festivo? La proximidad entre nacional-populismo y fascismo es sólo aparente, pese a que ambos descansan en un sujeto constituido de un modo no discursivo.

La experiencia nacional-popular reposa, por lo tanto, esencialmente en modelos de fusión que pueden ser definidos en términos de participación (conjunción entre masas y Estado) y ausencia de discursividad (explicitación del valor en el plano del ritual y no de la palabra). Este mecanismo de participación no discursivo es equivalente al de toda fiesta: por un lado, la fiesta suspende, en un tiempo-espacio trascendental, la diferenciación social y elimina particularmente la violencia, vale decir, realiza la conjunción de lo heterogéneo, v.gr. el divorcio entre pueblo y nación o entre masas y Estado. Por otro lado, la fiesta implica siempre la suspensión de la función discursiva; la participación festiva es propiamente comunión que se valida en el plano de la sensibilidad y no del entendimiento, de la mimesis más que de la palabra. Este modelo festivo se distingue particularmente de toda modalidad discursiva de producción del sujeto, ya sea "clase" o "ciudadano". La noción de clase se obtiene por conciencia de la diferenciación existente en el plano de la estructura económica y se elabora como ideología del antagonismo social. La noción de ciudadanía, a su turno, suprime el proceso de diferenciación pero lo hace a través del concepto de igualdad jurídica y política, vale decir, del reconocimiento discursivo de derechos comunes a

todos. Nada de esto aparece en la experiencia nacional-popular, que permanece en la frontera de toda ideología, lejos de toda interpelación de clase o democrática.

La eficacia de este modelo transcurre probablemente más allá de las intenciones del líder nacional-popular, que se asume muchas veces como un liderazgo discursivo ya sea en un sentido profético (el componente específicamente moral suele aparecer en el discurso nacional-popular), ya sea en un sentido político (la ideología antioligárquica y antiimperialista también juega un rol, a veces predominante, como en Víctor Raúl Haya de la Torre, quien se permitió escribir algo al respecto). Ocurre, sin embargo, que el motor de la experiencia nacional-popular no está solamente en el líder, sino sobre todo en las masas populares. Son ellas las que otorgan –a veces contra las pretensiones explícitas de la jefatura– el carácter específico de esta experiencia.

Dos operaciones características de la conciencia popular muestran esto. En primer lugar, es habitualmente el pueblo quien atribuye dotes extraordinarias al jefe nacional-popular, quien magnifica sus virtudes y engrandece sus cualidades. No es extraño incluso que se le otorgue poderes taumátúrgicos, al modo de la realeza sagrada, y se edifique un verdadero culto religioso frente a sus despojos (no en vano la última y desesperada tentativa por “desperonizar a las masas” ha consistido en violar sistemáticamente la tumba de Perón). La constitución del jefe en principio de trascendencia dotado de valor es ciertamente una construcción popular que suele ir más allá de todas las expectativas originales de la jefatura política y de sus secuaces. El carisma no es solamente una cualidad intrínseca del líder ni se valida únicamente a través de la propaganda, como creen los teóricos de la sociedad de masas: es simplemente la consecuencia de un modo específicamente popular de constituirse como sujeto. En segundo lugar, el carácter no discursivo de la presencia del liderazgo nacional-popular está asimismo constituida desde abajo. La vacuidad del discurso nacional-populista no es sólo un rasgo del emisor (“demagogo”), sino sobre todo del receptor (las masas populares). El discurso cae literalmente en un saco roto: las exigencias de participación se agotan en el contacto, en la comunión festiva que se consigue por mediación del líder. *Nada es menos importante que lo dicho, nada más importante que lo vivido*: ésta es la máxima popular por excelencia.

La teoría germaniana de la manipulación carismática es, pues, completamente insuficiente en este aspecto. El “carisma” (como identificación con valores que trascienden la esfera cotidiana del sujeto) y la “demagogia” (como construcción de una relación no discursiva con ese principio de trascendencia) son obras esencialmente populares. Las masas no son, por lo tanto, “masas en disponibilidad”, anómicas, susceptibles de manipulación, juguetes en manos de líderes inescrupulosos. Todo lo contrario: son éstas quienes afirman en el liderazgo nacional-popular su modo específico de existencia como sujetos. El propio jefe político presente todo esto oscuramente: la energía popular desatada a través suyo suele ser una consecuencia imprevista, apenas imaginada en los comienzos. La exigencia de fusión, sin embargo, termina por imponerse también para él: el jefe no permanece nunca fuera de dicha experiencia, como un estratega frío y racional que establece una relación puramente instrumental con las masas, como supone Germani. La importancia de tres grandes suicidios históricos, Chibás en Cuba, Getulio en Brasil y Allende en Chile, lo atestiguan.

El nacional-populismo no es sólo un modelo de fusión que se verifica ritualmente; es también un modelo institucional. La relación germaniana entre carisma y masas – característica del modelo de fusión– se transforma en una relación particular entre Estado (o partido) y actores sociales. ¿Cómo se realiza esta transferencia del carisma hacia el Estado y la transformación de las masas en fusión en actores sociales? La singularidad de los regímenes nacional-populares, según Alain Touraine (1989), es la ausencia de diferenciación entre Estado, sistema político y actores sociales. "Un régimen nacional-popular sólo puede existir si Estado, sistema político y actores sociales no están separados unos de otros, si no son actores que tendrían que negociar sus relaciones" (Touraine 1989: 167). Esto significa que los actores sociales están constituidos a través del Estado (heteronomía) e, inversamente, que el Estado se define por una política de movilización e incorporación social (participación). Esta reciprocidad entre Estado y actores sociales se aparta específicamente del modelo democrático representativo, que presupone la diferenciación entre Estado y sociedad y la constitución de un sistema político autónomo capaz de negociar esa relación. Pero tampoco los regímenes nacional-populares son regímenes simplemente autoritarios: la eliminación del sistema político no conlleva el dominio del Estado sobre la sociedad. Tales regímenes se definen, por el contrario, por la conjunción entre ambos.

El mecanismo de participación, característico del nacional-populismo, se confunde a menudo con uno de integración. Integración presupone un Estado preconstituido frente a la sociedad, que ofrece medios de vida, oportunidades a través de las cuales los sujetos pueden aumentar sus probabilidades de incorporación social (v.gr. políticas sociales o desarrollo económico). La singularidad de los regímenes nacional-populares es otra: en este caso, *el Estado se ofrece a sí mismo como mecanismo de participación*, del mismo modo como el líder populista ofrece su persona (y a veces su cuerpo) como mecanismo de constitución simbólica del sujeto.

Este mecanismo de participación impide obviamente la formación de actores sociales autónomos. La participación obrera no sigue la pauta de la acción de clase en sentido europeo, es decir, no se constituye a partir de la conciencia común de intereses de clase y la búsqueda de autorrepresentación política. Tampoco se dirige a la formación de ciudadanos que afirmen sus derechos como derechos anteriores al Estado, que puedan, por lo tanto, ser validados fuera de éste. Los actores sociales se forman siempre a través del Estado. La conciencia de clase y la conciencia democrática están subordinadas a la presencia del Estado que, por este mismo hecho, las deforma, puesto que las priva de su atributo esencial: precisamente su cualidad de conciencia anterior e independiente del Estado. Pero esta heteronomía de los actores sociales, sobre la cual Alain Touraine ha insistido justamente, se revierte sobre el Estado mismo, que no puede dejar de definirse como mecanismo de participación orientado hacia la protección de las masas populares y, más aún, como escenario de conjunción con éstas. El Estado no puede, en efecto, constituirse como una voluntad independiente de la sociedad y definir sus objetivos al margen de sus necesidades. Heteronomía y participación definen, de este modo, un modelo de reciprocidad: los actores sociales ceden su soberanía frente al Estado, pero éste, en contrapartida, está obligado a definirse en términos sociales, perdiendo con ello su naturaleza específicamente estatal.

Los regímenes nacional-populares fortalecieron indudablemente el Estado, pero nunca fundaron una burocracia racional, vale decir, una política racional de administración de masas. Les faltó aquello que define la administración estatal moderna: la exterioridad del Estado frente a la sociedad. El Estado, por el contrario, fue un escenario permanentemente penetrado por los intereses sociales. La formación del sindicalismo obrero es el ejemplo más conocido en este sentido: el sindicalismo se constituye e instala literalmente en las oficinas del Ministerio del Trabajo. Los actores sociales se constituyen burocráticamente e, inversamente, la burocracia se define en términos sociales, vale decir, en términos de apropiación social de los recursos de poder. El Estado no se define por una "política de masas" (como sostienen aquellos que nunca dejan de ver en los regímenes nacional-populares una voluntad propiamente estatal separada de la sociedad): por el contrario, las masas logran acceso al Estado, siempre desde luego a través de una mediación burocrática, "pelegos", "charros", etc., que se apropian de parcelas enteras de la administración pública e intervienen activamente sobre la distribución de los recursos fiscales.⁵

Tampoco los regímenes nacional-populares pueden ser estrictamente definidos a partir de una "política de desarrollo". "Las políticas nacional-populares —señala Alain Touraine— son desarrollistas, pero no están al servicio de una burguesía nacional. La construcción del Estado no a lo Bismarck, sino capaz de superar las contradicciones y los riesgos de estallido de la sociedad, es el objetivo principal de la política nacional-popular" (Touraine 1989: 200). Toda definición del nacional-populismo en términos de un proyecto de desarrollo —específicamente de un proyecto de industrialización nacional— peca de exageración. El mecanismo de participación nacional-populista no está subordinado a la economía: es anterior, y en muchos casos independiente de una política de desarrollo. La ineficiencia económica del nacional-populismo, que comprende no solamente las usuales crisis inflacionarias por exceso de gasto público, sino también la incapacidad de superar el período fácil de sustitución de importaciones y de iniciar una política de "gran empuje" en materia de industrialización, es únicamente el resultado de anteponer el imperativo de la participación a la exigencia de crecimiento.

La recomendación de Perón al general Ibáñez resume esto: "Dé al pueblo, especialmente a los trabajadores, todo lo que pueda. Cuando a ud. le parezca que les da mucho, déles más. Verá el efecto. Todos tratarán de asustarle con el fantasma de la economía. Es todo mentira. Nada hay más elástico que esa economía que todos temen tanto, porque no la conocen" (Magnet 1956: 14).⁶ El fortalecimiento económico del Estado en los regímenes nacional-populistas —y especialmente la política de nacionalizaciones— se explica menos por el afán de favorecer un proceso autónomo de industrialización, y mucho más como un medio para robustecer la capacidad

5. Esta capacidad del Estado de incorporar masas en su seno estuvo doblemente limitada: primero, por el carácter urbano de la base nacional-populista que dejaba fuera las masas campesinas (salvo en México y en Bolivia) y, cada vez más, las masas marginales urbanas que se constituían fuera de la influencia estatal; segundo, por el carácter necesariamente indirecto de la participación popular, mediatizada por burocracias que tendían a la apropiación privada de los recursos estatales. Estos límites ralentaron por doquier la esperanza de una fractura entre Estado y sociedad: lucha de los «marginales» contra el Estado y de los obreros (especialmente de la clase obrera no tradicional) contra sus dirigentes.

6. Esta orientación antieconómica, en el sentido de una adaptación metódica y sistemática a las exigencias ordinarias de la vida económica, es típica de todo liderazgo carismático. Las consecuencias antieconómicas de la fundación carismática del Estado se repiten por doquier en todas las experiencias nacional-populistas.

redistributiva del Estado. El discurso antioligárquico y antiimperialista tiene otra vez pies de barro: no es la lógica desarrollista la que preside; es la lógica de la apropiación estatal de excedentes con el fin de financiar una política de participación. La virulencia de las nacionalizaciones del capital extranjero contrasta con la indolencia nacional-populista frente al tema agrario: ¿qué excedentes podían obtenerse de la expropiación de una clase terrateniente, la mayor parte de las veces económicamente estéril? La lógica económica de estos regímenes consiste, por lo tanto, en ampliar la capacidad distributiva del Estado a través de una política simple de nacionalizaciones, y ofrecer el Estado como instrumento de participación, ya sea de un modo regulado (principalmente con la fijación de la política salarial y de precios o con el crecimiento de la burocracia pública) o no regulado (con la corrupción, mal endémico de tales regímenes).

La vigencia de la pauta nacional-populista como modo de orientación política del mundo popular, se prolonga más allá de los regímenes que la encarnaron históricamente. Un error de perspectiva llevó a la sociología a ignorar este hecho: la probabilidad de transformar la pauta de constitución del sujeto, ya sea en un sentido democrático o revolucionario, se dio por descontada una vez que los grandes líderes nacional-populistas desaparecían de la escena (todos ellos, sin excepción, víctimas de "golpes militares", detalle no carente de significación para nuestros propósitos). La hipótesis más corriente ha sido aquella que pronostica la radicalización de la movilización popular en un marco de descomposición de los regímenes nacional-populistas, que caen puntualmente por obra de una crisis estructural (agotamiento del "modelo de industrialización hacia adentro") y política (surgimiento de regímenes autoritarios destinadas a frenar por medios represivos dicha movilización). Pauperización y represión ofrecen un cuadro inmejorable para retomar el hilo de una movilización popular autónoma, constituida fuera del sistema político y dirigida contra el Estado.

La hipótesis radical invierte la noción de "pueblo" característica del nacional-populismo: "pueblo" es todo *sujeto discursivamente orientado contra el Estado*. La probabilidad de existencia de un sujeto de este tipo no ha sido nunca demasiado alta. El radicalismo político latinoamericano ha seguido sustancialmente dos modelos que confirman su impotencia histórica. Por una parte, el modelo "foquista" de los años sesenta, que promueve explícitamente la sustitución de las masas populares por una vanguardia iluminista. R. Debray, en su conocido folleto "Revolución en la Revolución" (1961), describe la esencia del modelo foquista en estos términos: "El campesino y el obrero de que hablamos no tienen derecho a la palabra; en primer lugar, porque no se les ha dado ese derecho, y luego porque no tienen posiblemente nada que decir, porque no tienen ninguna necesidad de liberarse, al no saberse explotados y humillados. Es una perogrullada reconocer que la conciencia de ser pueblo y de ser un pueblo es dada a éste por el intelectual" (p. 156). El foquismo es un reconocimiento explícito de la ausencia de discursividad de las masas populares y deposita, por consiguiente, la tarea revolucionaria fuera de éstas. Pero el foquismo no expresa tanto la dificultad de movilizar discursivamente a las masas, sino la renuncia a hacerlo: Guevara, en efecto, no se instala cerca de las zonas populares, sino en la selva, entre indígenas que escasamente hablaban la misma lengua; al mismo tiempo, sus proclamas "al pueblo boliviano" quedaron olvidadas entre el equipo de los guerrilleros, mientras los esfuerzos por instalar una radio ocupaban un lugar secundario en la

operación. El foquismo, en este sentido, es la respuesta a una larga serie de fracasos de la izquierda latinoamericana por movilizar discursivamente al mundo popular contra el Estado: impotencia de los partidos comunistas, por una parte, usualmente condenados por el fervor nacional-populista de las masas, pero también de la "pequeña izquierda" radical, a la que el exceso discursivo vuelve por completo estéril e insignificante.

El fracaso del foquismo produjo su contrario: el populismo, en el sentido ruso del término; vale decir, la afirmación de un sujeto popular preconstituido frente al Estado, que no necesita la mediación de los "intelectuales" para realizarse como tal. Meros "portavoces" o "acompañantes", la función de los intelectuales consiste más en identificarse que en representar al mundo popular (lo que origina los célebres movimientos de "ida al pueblo") y hacer de caja de resonancia nacional, y en ocasiones formular sistemáticamente el ethos popular preexistente. El reconocimiento de este ethos popular, que para el caso ruso se encarnaba en las tradiciones comunales de la *obshina* campesina, resultó, sin embargo, casi siempre, problemático. El esfuerzo más notable por definirlo lo han hecho investigadores peruanos,⁷ especialmente bajo la inspiración de Alberto Flores Galindo (1988); estos autores encuentran el núcleo del ethos popular en las tradiciones del milenarismo andino, cuya línea de fuerza pasa por Juan Santos Atahualpa, la revolución tupamarista, las profecías de Gabriel Aguilar y las montoneras independentistas, para rematar en las invasiones de tierras, particularmente las organizadas por Hugo Blanco y, con algunos reparos evidentes, en Sendero Luminoso. Esta tradición milenarista, aunque episódica e irregular, sobrevive – y esto es lo realmente importante – en los migrantes serranos que invaden Lima, quienes son representados como "conquistadores de un Nuevo Mundo" (Degregori et al. 1986) o nuevos "caballos de Troya" (Golte & Adams 1987), vale decir, como portadores de un ethos popular definido por la solidaridad entre los pobres de una "ética de la fraternidad") y la vigencia de una utopía andina (la lucha contra la dominación hispano-colonial y republicana en nombre del "mito de Inkarrí", del retorno del Inca y del reino de la libertad y de la abundancia).

La ideología populista, sin embargo, no ha dejado más huella que un conjunto de experiencias ejemplares del tipo Villa El Salvador (Perú) o Villa Francia (Chile): estos núcleos de resistencia popular que permanecen fuera de la cultura de masas, que dejan de orientarse a través del sistema político y que contestan la autoridad estatal, no han conseguido nunca expandirse demasiado. El límite de este tipo de ideología no se encuentra tanto – como se sostiene habitualmente – en la fortaleza de los aparatos de dominación, sino en la naturaleza del sujeto popular. La variante iluminista del populismo, que supone un sujeto preconstituido en forma discursiva (variante específicamente chilena que dota al "pueblo" de un discurso sobre todo moral), no tuvo nunca demasiada audiencia: la indiferencia popular frente a los derechos humanos como núcleo de una contestación política o religiosa ha sido plenamente confirmada. Sobre esto volveremos más adelante. No parece tener ninguna fortuna la variante milenarista que reemplaza el discurso por el mito, en la línea propuesta por Mariátegui y a su vez tomada de Sorel, el cual promueve explícitamente una

7. Entre los sociólogos peruanos que han trabajado en esta perspectiva, puede mencionarse a Degregori, Blondet & Lynch (1986); Golte & Adams (1987); Stein & Monge (1988); y en una línea más matizada, el importante ensayo de Matos Mar, *Desborde popular y crisis del Estado* (1988).

reinterpretación del socialismo como expresión del "mito de Inkarni" y de la violencia revolucionaria como violencia milenarista (lo que de todos modos indica que Mariátegui comprendió mejor que otros el carácter no discursivo del sujeto popular). El milenarismo, que implica constitución del sujeto por diferenciación, contrasta con las poderosas tendencias hacia la participación que perviven en las masas populares: sobre todo, su incorporación dentro de la cultura de masas (bajo fórmulas sincréticas presentes en la música "chicha", por ejemplo, verdadero dolor de cabeza de la intelectualidad que se identifica con la pureza de la expresión andina) y la persistente orientación popular hacia liderazgos políticos de carácter plebiscitarios, si no derechamente nacional-populistas (Alan García, Belmont o Fujimori), que desmienten dramáticamente las ilusiones previas de radicalización popular (parcialmente presentes en las votaciones de H. Blanco y A. Barrantes en años anteriores).

La ausencia de radicalismo político no debe interpretarse como conformismo, apatía o retraimiento, como suelen hacerlo las teorías sociológicas sobre la pobreza. Las masas populares son perfectamente susceptibles de movilizarse contra el Estado, en cuanto estructura de dominación, pero lo hacen de un modo que permanece dentro de la pauta nacional-populista que vimos anteriormente. Dos formas típicas de movilización popular ilustran esto. La primera cae bajo la denominación de "motines de subsistencia", acuñada por el historiador inglés E. P. Thompson, como estructura característica de la "violencia de los pobres". Los "motines de subsistencia" provienen de crisis agudas de pauperización, generalmente crisis inflacionarias que deprimen súbitamente el nivel de subsistencia popular, ubicándolo bajo el umbral de lo humanamente tolerable. El modelo histórico de estas revueltas son los "motines antifiscales" del campesinado del Antiguo Régimen, o los "motines propiamente de subsistencias" de las masas urbanas, cuyo detonante solía ser la carestía del pan (por ejemplo, en los albores de la Revolución Francesa). Este modelo de violencia popular no implica nunca un cuestionamiento de las bases tradicionales de legitimación del poder. Las masas campesinas del Antiguo Régimen continuaban siendo perfectamente legitimistas, así como las masas urbanas siguen estando referidas al Estado como mecanismo de protección social (la captura de Luis XVI se hizo para que éste cumpliera su función de "panadero", y en ningún caso para destronarlo). Los motines de subsistencia no están conectados, por consiguiente, con ninguna voluntad democrática o radical: no es la superación del Estado lo que está en juego, sino todo lo contrario, la demanda por Estado como instrumento de defensa de una comunidad amenazada por la crisis.

Este modelo de "violencia de los marginales" es claramente reconocible en nuestro caso: primero, en las llamadas "invasiones de terreno" que acompañan generalmente la entrada de los migrantes en las ciudades. Inútilmente la sociología ha tratado de ver en estas movilizaciones la constitución de un sujeto autónomo, definido en términos de "clase" o "ciudadanía": la lucha contra la policía y la violación del derecho de propiedad parecen indicadores suficientes de una contestación radical contra el Estado. Sin embargo, nada de eso tiene el sentido que se le atribuye: los invasores promueven con igual denuedo la legalización de sus títulos de dominio, y la organización vecinal se disuelve en la formación de clientelas o en la adhesión a liderazgos nacional-populistas (como ocurrió sobre todo con Odría en Perú y Frei en Chile). La masa de "pobladores sin casa" permanece enteramente dentro del modelo nacional-popular. Igual cosa ocurre aparentemente con nuestros "motines de sub-

sistencia", cuyo arquetipo son los "quebra-quebra" paulistas y las explosiones de violencia difusa que recorren periódicamente las capitales latinoamericanas. La asociación entre violencia e historicidad es aquí todavía más remota –pese a que no pocos autores han tratado de establecerla–, dado el escaso encuadre político de estas manifestaciones. La "violencia de los marginales" existe efectivamente; sin embargo, no conlleva nunca la constitución de un sujeto discursivo; no implica el despliegue de una conciencia de clase o ciudadana o, dicho de otra manera, no modifica la pauta de constitución del sujeto dada previamente.

Existe, sin embargo, otro modelo de radicalización popular que podemos denominar (utilizando una expresión de A. Touraine, aunque en un sentido algo diferente) "hiperparticipación". En este caso, la movilización popular se despliega fuera de los marcos de la intervención estatal que caracteriza a los regímenes nacional-populistas, pero no abandona su modalidad específica: la orientación hacia la participación con carácter festivo.

El ejemplo más notable es el de la Unidad Popular (UP) chilena. Dos características centrales de la movilización de masas en este caso deben ser tomadas en cuenta. En primer lugar, ésta se consigue a través de un aumento súbito y espectacular del consumo de masas, que virtualmente se desconecta de toda disciplina financiera y esfuerzo productivo. El programa contemplaba una política de reajustes de sueldos y salarios (que excedió lo imaginado, según S. Ramos [1972], uno de los mejores comentaristas de la política económica de la UP: alza estimada entre 25 y 30 por ciento en términos reales), el aumento de los "fondos de consumo social", que comprende básicamente el gasto fiscal de carácter social (que se elevó de 100 a 157 en el período considerado), y un programa de absorción de cesantía, que culminó en una situación de pleno empleo (la tasa de desocupación bajó hasta niveles de desempleo friccional, vale decir, menos de 5 por ciento). Todo esto se realizó en el marco de una política de control de precios y expansión del gasto público (que echó mano en gran medida de las reservas internacionales disponibles y, a la postre, de la emisión de dinero), destinada a sostener la política de participación, esto es, a evitar la inflación y el desabastecimiento. Esta repentina elevación del nivel adquisitivo de las masas se tradujo, por ejemplo, en el aumento del consumo de alimentos: "el consumo de carne de vacuno ha aumentado en un 15 por ciento, el de porcino en 18 por ciento, el de ovino en 5 por ciento, el de aves en 16 por ciento, el de papas en 55 por ciento, el de arvejas en 21 por ciento, el de limones en 56 por ciento, el de leche condensada en 10 por ciento, el de azúcar en 37 por ciento, el de fideos en 28 por ciento y el de cerveza en 20 por ciento". Paralelamente, aumentó el consumo de bienes durables en una escala todavía mayor, por efecto de una política de redistribución que favoreció también a las clases medias. El carácter netamente populista del programa de la UP admite pocas dudas: el financiamiento de esta política de participación debía provenir del aprovechamiento de las "potencialidades productivas existentes" (stocks acumulados, capacidad industrial ociosa, subutilización de la mano de obra) y de la transferencia de excedentes privados (de las llamadas "empresas monopólicas" en curso de estatización) hacia el sector público. Lo que prevaleció a la postre, sin embargo, fue una transformación generalizada de excedentes productivos en consumo de masas, que quebró rápidamente las posibilidades de acumulación tanto en el plano de las empresas (obligadas a disminuir sus "tasas de ganancia" por efecto de la política salarial y de precios), como en el plano del Estado, donde el grueso del gasto público

(absorción de cesantía, programas sociales en salud y educación, financiamiento de la política salarial, etc.) se orientó escasamente a ampliar la capacidad productiva. Los resultados de esta política estaban en gran medida predeterminados: "El éxito –señala el economista Sergio Ramos (1972)– en resolver cuestiones tales como la inflación, los bajos salarios, la cesantía, el problema de la vivienda popular, etc., más que problemas de un funcionamiento económico satisfactorio, era una de las condiciones ineludibles para ampliar la base popular del Gobierno y la UP" (p. 169). El imperativo de la participación popular se antepuso siempre al requisito de la acumulación, como ocurre en todos los esquemas populistas.

Esta política de movilización económica –centrada en la ampliación del consumo popular y no en el trabajo, como ocurre en los esquemas socialistas, v.gr. el modelo "stajanovista" o de la "zafra cubana"– se complementaba con la ampliación de la participación política, canalizada en lo sustancial a través del "allendismo" y del crecimiento inusual del Partido Socialista. El formato nacional-populista de esta movilización se manifiesta sobre todo en el desborde de la función parlamentaria, vale decir, en la presencia de una movilización popular que cae fuera del sistema político y de toda política de representación social al interior del sistema institucional. Dicho de otra manera, la movilización se orienta y se constituye a través del Estado. Sin embargo, de la misma manera como el Estado no fue un agente de organización de la producción, tampoco fue un agente de organización e institucionalización política. La movilización popular desbordó ampliamente la función representativa del sistema político, pero al mismo tiempo cayó en manos de un aparato estatal atravesado por la lucha fraccional de los partidos. Faltó lo que es característico de los regímenes nacional-populistas: la centralización del poder estatal en manos del presidente, la burocratización de los intereses sociales dentro de la administración pública y la conformación de un partido único dominado por la voluntad del líder populista.

El carácter populista de la UP chilena, no obstante, proviene menos de la naturaleza del régimen que de la propia movilización popular. No olvidemos que el régimen se definía en términos socialistas, que estaba dirigido por partidos políticos preconstituidos frente al líder, que pretendía descansar más en organizaciones de clase que en movilizaciones de masas y que asignaba más importancia a la transformación revolucionaria de la sociedad que al aumento de la participación popular. La lógica populista no se alojaba tanto en los partidos, como en Allende (cuya fórmula del "socialismo con vino tinto y empanadas" significaba más o menos esto: participación + consumo), y esencialmente en las clases populares. La movilización popular se ajustó, en efecto, al modelo de la "hiperparticipación" que ofrecía el "allendismo". Por una parte, la movilización económica se orientaba hacia la ampliación del consumo privado y la inserción dentro de la esfera de redistribución estatal del ingreso. Las tomas de terreno, las tomas de empresas (que desbordaron la lista de empresas privadas susceptibles de estatización) y las invasiones de tierras, tuvieron este sentido preciso: colocarse al abrigo de la política populista del Estado. La eficacia de esta movilización no descansó nunca en la expectativa de control obrero-popular de la economía, sino en la expectativa de obtener los beneficios de la política redistributiva del Estado. Los obreros se movilaron muy raramente bajo las consignas de la "batalla de la producción" o del "poder popular": la movilización popular, a pesar de las apariencias y de las ideologías reinantes, estuvo escasamente dirigida contra una determinada estructura de propiedad y poder; más bien, se desplegó y adquirió

fortaleza al amparo de una política de participación estatal, cuyo énfasis desde el comienzo fue la ampliación del consumo de masas. La UP no descansó en una exacerbación de la "lucha de clases", sino en la exacerbación de una política nacional-popular.

La movilización política siguió una modalidad similar: el aumento de la participación política se dio bajo el formato clásico de la relación líder-masas y se expresó en las gigantescas manifestaciones callejeras que hicieron célebre la experiencia chilena. Es cierto que existían sindicatos y partidos preconstituidos frente al "allendismo" y que ambos giraron fuera de la órbita del carisma presidencial. Pero la UP se caracterizó por rebalsar precisamente la influencia de la izquierda tradicional y movilizar masas no incorporadas a las estructuras habituales de representación de clase. El control político de esta movilización, asimismo, no cayó en manos de los partidos, salvo en las clases medias, donde se reclutó el grueso de los militantes y cuadros, y en algunas zonas populares, donde los partidos no pasaron mucho más allá de las experiencias ejemplares (por ejemplo, el campamento Nueva La Habana, o los llamados "cordones industriales", iniciativas de "poder popular" usualmente saturadas de militantes de origen universitario). La movilización popular tampoco tuvo un carácter marcadamente obrero: en la experiencia chilena no aparece el protagonismo obrero que caracteriza las situaciones revolucionarias; las ocupaciones de fábrica, las huelgas, los comités de defensa no dan la tónica general; la presencia sindical (y en gran medida comunista), por último, aparece desbordada por masas que se movilizan más en las calles que en las fábricas. La importancia del "allendismo" es, pues, innegable. Y el "allendismo" no se distingue sustancialmente de la movilización nacional-populista: la movilización, en efecto, adquiere un carácter de comunión festiva antes que de lucha de clases; no es la confrontación política lo que predomina, sino la participación bajo los auspicios de un liderazgo carismático. La ausencia, prácticamente completa, de violencia popular durante el período, que sorprendió siempre a los mejores observadores, es un indicador de esto. Pero también lo es la liquidación final de la experiencia chilena: terminó como todos los regímenes nacional-populista, sin resistencia popular alguna. No existe nada más patético que la diferencia entre la gigantesca manifestación del 4 de septiembre y la escasísima resistencia del día 11: esta evaporación de las masas es la mejor señal del tipo de movilización existente, populista y no revolucionaria.

¿Puede hablarse realmente de un proceso de radicalización de masas durante este período? La importancia de la lógica populista, que hemos señalado, se contrapone con la lógica revolucionaria de los militantes. La movilización popular de entonces tiene poco que ver con la "agudización de la lucha de clases", y probablemente se estuvo tan lejos como siempre de una situación auténticamente revolucionaria. Pero la UP se distingue de los regímenes nacional-populistas en cuanto no impuso límites institucionales a la movilización de masas. La desorganización del sistema político y de los regímenes de empresas, nunca fue compensada por una intervención estatal eficiente y moderadora. Las masas no se orientaron contra una institucionalidad vigente—democracia burguesa y empresa privada—, pero finalmente se alojaron al margen de toda institucionalidad. La movilización popular adquirió, en este sentido, una coloración especial hacia finales del régimen: por un lado, la suspensión del trabajo; por otro, la transgresión. La orientación hacia el consumo, en efecto, fue crecientemente acompañada por el abandono del trabajo que se manifestó

por doquier en el aumento del ausentismo laboral, la movilización política en horas laborales o simplemente la paralización de la producción por exceso de movilización (acompañada a veces de falta de insumos e incentivos materiales). Al mismo tiempo, la participación política no estuvo exenta de un clima de desorden creciente, de puesta entre paréntesis de las reglas que ordinariamente son válidas en la vida cotidiana, e incluso de inversión del orden social. La reacción popular no fue sino marginalmente autoritaria: no existe evidencia de que se exigiera, al menos en forma generalizada, un retorno al trabajo y una restauración del orden quebrantado. Las masas parecían instalarse perfectamente en este espacio de desregulación social, y ello es fácilmente comprensible. La suspensión del trabajo y el desorden son los ingredientes clásicos de la fiesta. No hay verdadera fiesta, en efecto, sin interrupción del trabajo y destrucción colectiva de los excedentes productivos, así como tampoco la fiesta auténtica está privada de exceso y desorden. Y ambos ingredientes se dieron en abundancia durante este período. La radicalización festiva de las masas, no obstante, tiene poco que ver con el radicalismo político de los militantes: la fiesta se constituye por exacerbación del consumo, que no se limita al control popular del excedente según el formato de la lucha de clases, sino que se orienta hacia la transformación generalizada de los excedentes productivos en consumo popular, lo que conduce a una parálisis general de la función productiva. La fiesta también es la exacerbación de la participación popular, fuera de los marcos de regulación institucional habituales; es la suspensión de la estructura de dominación existente; sin embargo, no es lucha por el poder ni búsqueda de una transformación histórica de las relaciones de dominación. La fiesta carece de organización y, sobre todo, está exenta de violencia: es realización del sentimiento de comunidad en un espacio-tiempo trascendental, no histórico. La fiesta, en efecto, está despojada de historicidad: en ella no aparecen ni la exigencia de acumulación ni la voluntad de poder. Toda fiesta, pues, está condenada a terminar, sin dejar huellas significativas en el orden histórico: sólo los militantes confiaban en la irreversibilidad del proceso; para el mundo popular todo era perfectamente reversible, como ocurrió realmente. Ninguna fiesta puede durar indefinidamente: el retorno al trabajo y a la vida privada se realiza sin resistencia alguna; sólo los militantes esperaron inútilmente que ésta se produciría. Toda fiesta, por último, corre el riesgo de terminar mal y enfrenta el peligro de degradarse en penuria económica y violencia generalizada: la restauración del orden no es, en estas condiciones, una experiencia traumática ni una derrota, como lo fue para los militantes revolucionarios, quienes validaban el proceso en términos de una transformación del modo de producción y de las relaciones de poder.

La heterogeneidad entre populismo y radicalismo es equivalente a la que existe entre populismo y democracia. La superación democrática de la pauta nacional-populista (en la cual Germani y su escuela pusieron buena parte de sus empeños) tropieza con dificultades muy similares, a saber, la ausencia de un sujeto discursivamente orientado hacia la política. La democracia, y en términos generales la política, es un espacio de formación discursiva de la voluntad general y presupone la existencia de ciudadanos, vale decir, de sujetos que participan, en forma metódica, deliberada e informada, en el proceso de toma de decisiones. Los regímenes nacional-populistas, en cambio, no constituyen ciudadanía, puesto que reposan sobre un mecanismo de participación enteramente diferente: esto es, un mecanismo de fusión de naturaleza no discursivo.

Esta diferencia puede expresarse en dos modalidades de participación política distintas: en un caso, la participación se realiza a través del sistema político; en otro, a través de liderazgos plebiscitarios. En un esquema democrático predomina, en efecto, la formación de un sistema político a través del "voto representativo"; los regímenes nacional-populares, por el contrario, se constituyen a través de un "voto plebiscitario" que usualmente suprime la función representativa del sistema político. El "voto representativo" supone un sujeto preconstituido que elige representantes: el sistema político aparece como la expresión de una voluntad popular previamente constituida. El carisma, en cambio, no se elige, se corrobora, así como el líder plebiscitario no es nunca realmente electo, sino aclamado. La naturaleza no democrática del carisma, como lo recuerda Weber, radica justamente en esto: el carisma no depende del escrutinio público, es una cualidad anterior al reconocimiento social que obtenga. Los sujetos que se orientan a través de liderazgos carismáticos, por lo tanto, no están preconstituidos frente a éste, sino que se constituyen a través de su presencia.

Asimismo, el "voto representativo" implica sujetos discursivamente orientados entre sí: el vínculo entre representantes y representados se valida a través de la palabra. Los representados se constituyen, en efecto, a través de un "voto de opinión": más que las personas, importan los programas. La eficacia de un representante, a su vez, radica enteramente en su capacidad de persuadir o de constituir opinión y, sobre todo, en su capacidad de "cumplir la palabra" empeñada frente a sus electores. El criterio de eficacia discursiva atraviesa todo modelo democrático que presupone, en último término, la factibilidad de constituir el mundo real a partir de la palabra o de traducir la palabra en hechos. La naturaleza del "voto plebiscitario" es completamente distinta: la tarea, e incluso la obligación de un líder plebiscitario no es persuadir, sino manifestarse, hacerse presente en medio de la comunidad de sus electores. El líder plebiscitario nunca se valida en términos discursivos: el mundo popular, en efecto, tolera perfectamente la demagogia en cuanto desconoce la pretensión de fundar lo real a partir de la palabra. La eficacia del liderazgo plebiscitario no descansa, pues, en su capacidad de realizar lo prometido, sino en su habilidad para generar identificación y reconocimiento público.

La importancia de la orientación plebiscitaria en el mundo popular admite pocas dudas: más que una elección, lo que importa es la aclamación de un líder y la búsqueda de unanimidad a través suyo. Los regímenes nacional-populistas estuvieron estrictamente fundados en un mecanismo de este tipo que siempre suscitó la adhesión popular: la participación política se limitaba a la aclamación de un candidato previamente designado y de antemano electo; por contrapartida, siempre resultaba imperdonable que el candidato no diera la ocasión de ser vitoreado pública y solemnemente. Este mecanismo no perdió su vigencia en los regímenes democráticos con competencia electoral abierta: también aquí la importancia de los líderes suele ser superior a la de los partidos y su presencia mucho más importante que su programa.

Esta importancia de la orientación plebiscitaria tiene como contrapartida la hostilidad popular hacia el sistema político. La crítica popular al sistema de partidos, sin embargo, no debe confundirse con autoritarismo. El síndrome autoritario está enteramente basado en un principio de eficacia discursiva: los políticos son "demagogos" incapaces de realizar sus promesas o de generar consensos que aseguran la gobernabilidad. El sistema político aparece entonces como un espacio de pura diferenciación e impotencia discursiva. Lo que caracteriza al síndrome autoritario, sin

embargo, no es exactamente la renuncia al principio de eficacia discursiva, sino su traslado al Estado como mecanismo capaz de realizar coactivamente el discurso, de disciplinar el uso de la palabra y, sobre todo, de otorgar validez empírica a lo dicho. El "voto autoritario" es, por consiguiente, una reacción contra el exceso de discurso en el doble sentido de exceso de hablantes y de desajuste entre las palabras y los hechos. Los regímenes autoritarios, en consecuencia, no sólo suprimen el sistema político y eliminan la diversidad discursiva, vale decir, la libertad de prensa y opinión, sino también rechazan los liderazgos plebiscitarios. El Estado se define contra la "demagogia" y anula paralelamente sus componentes carismáticos: su esfuerzo principal consiste en dotar al discurso de una eficacia empírica y normativa que no posee al interior del sistema político, y menos aún en manos de los líderes populistas.

El rechazo popular de la política, en cambio, tiene un fundamento completamente diferente: más que hostilidad, lo que predomina es la indiferencia, la ausencia de orientación a través del sistema de partidos. Aquí, la crítica principal no radica en la ineficacia discursiva del sistema, sino en el principio mismo que lo funda, vale decir, en su pretensión de constituir el mundo a partir de la palabra. El núcleo del planteamiento democrático —la formación discursiva de una voluntad general libremente constituida— no es puesto en cuestión por el exceso de participación que trae consigo, sino por la pretensión discursiva que lo acompaña. La crítica del sistema político como encarnación del principio de eficacia discursiva se desplaza al Estado, pero bajo la forma de un reclamo por liderazgos plebiscitarios. La demanda estatal no es una demanda por coherencia discursiva ni una reacción contra el exceso de discursos: el mundo popular, como a hemos dicho, tolera ampliamente la demagogia, el exceso declarativo, como en las cartas de amor cuyas promesas amorosas todo el mundo sabe que nadie cumplirá. Ocurre simplemente que un líder plebiscitario, como toda relación amorosa por lo demás, se valida fuera del discurso. La política, por lo tanto, sólo adquiere sentido como espacio de formación no discursiva de una voluntad general: fuera de este espacio cunde simplemente la desmovilización, la apatía o la indiferencia. Fuera de los marcos históricamente ofrecidos por los líderes plebiscitarios, el pueblo rara vez se interesa en política.

La desarticulación de los regímenes nacional-populistas, en manos de regímenes autoritarios primero, y de regímenes democráticos después, lleva consigo una obsolescencia del mecanismo plebiscitario que hemos descrito. La evolución política del continente ha consistido en desalojar el "voto plebiscitario", ya sea coactivamente a través de regímenes autoritarios, ya sea a través de la conformación de sistemas políticos fundados en el "voto representativo". Los procesos de democratización reposan, específicamente, en la probabilidad de transferir el principio de legitimidad política desde los liderazgos plebiscitarios hacia el sistema político. Todo indica, sin embargo, que nuestros sistemas políticos siguen adoleciendo de un déficit crónico de voto representativo. Las dificultades en este terreno no provienen tanto de una crisis de representatividad como de una crisis de legitimidad del sistema político. En el primer caso, encontramos un debilitamiento de la capacidad del sistema político para representar actores colectivos: los vínculos entre partidos y actores sociales (cuyo modelo fueron los partidos laboristas en las democracias avanzadas) se desdibujan al punto que los partidos dejan de legitimarse por su pertenencia de clase e, inversamente, los actores colectivos prescinden crecientemente de sus apoyos políticos para realizar sus intereses. En el marco de una sociedad de masas, sin formación

de actores colectivos, esta crisis de representatividad se traduce en la aparición de un "electorado oscilante" y de la abstención electoral: por una parte, las lealtades políticas de antaño desaparecen, aumenta la movilidad electoral y se generaliza una orientación puramente instrumental; por otra, los sujetos realizan sus intereses directamente en el mercado y se niegan a constituir representantes cuya eficacia instrumental resulta cada vez más incierta.

Estos síntomas –electorado flotante y abstención política– no aparecen exactamente en nuestro caso. El sistema político no es desbordado por un exceso de orientación de mercado y de comportamientos estratégicos, sino por un exceso de orientación hacia el Estado, que se realiza a través de liderazgos plebiscitarios. Lo que prevalece, al menos en las clases populares, es una movilización a través de carismas electorales que se sitúan en la frontera o derechamente fuera del sistema político. La resurrección del cardenismo mexicano a través de Cuauhtémoc y del aprismo peruano por medio de Alan García, la vitalidad del freismo chileno (que, como en el caso mexicano, aplica el criterio del carisma hereditario y da soporte político a su parentela), la vigencia del brizolismo brasileño (sobrepasado, no obstante, por un fenómeno enteramente nuevo, el Partido de los Trabajadores, PT, cuyos componentes populistas no responden al modelo clásico) muestran la vigencia del populismo de viejo cuño. A ello se agregan populismos nuevos, como el de Max Fernández y Palenque en Bolivia o Belmont y Fujimori en Perú, carismas electorales que se constituyen en gran medida por su excentricidad respecto del sistema político. El déficit de voto representativo adquiere, pues, esta forma específica: orientación sistemática y deliberada fuera de las estructuras discursivas de representación política.

Esta reaparición del populismo no está al abrigo, sin embargo, de una creciente banalización, sobre todo cuando se aproxima y constituye, como ocurre por doquier, desde la cultura de masas. El populismo parece haber perdido, en efecto, su cualidad propia: la capacidad de construir una identidad colectiva. Los liderazgos plebiscitarios no tienen la densidad del pasado, la lealtad popular es más versátil, los carismas políticos son puramente electorales y desaparecen sin dejar huellas significativas. La degradación del voto populista en voto de masas, definido como una simple demanda por protección estatal que se tramita fuera del sistema político, parece estar efectivamente en curso. La política, tanto representativa como plebiscitaria, ha dejado en nuestros días de ser un *ethos*, un lugar de constitución de la conciencia colectiva, el locus donde antaño se constituyó realmente un sujeto. Tal vez el populismo, esa gran máquina a través de la cual se transformaron masas en pueblo, se incline también ante el peso de sociedades que no reconocen otro mecanismo de coordinación que el mercado.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

CAPERO, A.

1983 *Desde que grité: Viva Perú*. Buenos Aires: Pehuén Ediciones.

DEBRAY, R.

1961 «Revolución en la revolución». *Cuadernos de la Revista Casa de las Américas* (La Habana).

DEGREGORI, C. I., C. BLONDET & N. LYNCH

1986 *Conquistadores de un Nuevo Mundo*. Lima: IEP.

- DE IPOLA, E.
1982 *Ideología y discurso populista*. México: Folios
- DI TELLA, T.
1973 «Populismo y reformismo». En: O. Ianni, ed. *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México: ERA.
- DOS SANTOS, TH.
1972 *Socialismo o fascismo*. Santiago: PLA.
- FLORES GALINDO, A.
1988 *Buscando un inca*. Lima: Horizonte.
- GERMANI, G.
1971 *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós.
1973 «Democracia representativa y clases populares». En: O. Ianni, ed. *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México: ERA.
- GOLTE, J. & N. ADAMS
1987 *Los caballos de Troya de los invasores*. Lima: IEP
- IANNI, O.
1973 «Populismo y relaciones de clase». En: *Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica*. México: ERA.
1975 *La formación del Estado populista en América Latina*. México: ERA.
- LACLAU, E.
1986 «Hacia una teoría del populismo». En: *Política e ideología en la teoría marxista*. México: Siglo XXI.
- MAGNET, A.
1956 *Nuestros vecinos argentinos*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- MATOS MAR, J.
1988 *Desborde popular y crisis del Estado*. Lima: Concytec.
- MURMIS M. & J. C. PORTANTIERO
1971 *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- RAMOS, S.
1972 *Una economía de transición*. Santiago: CESO-PLA.
- STEIN, S & C. MONOE
1988 *La crisis del Estado patrimonial en el Perú*. Lima: IEP
- TOURAINE, A.
1989 *La Parole et le Sang*. Paris: Editions Odile Jacob. Traducción española: *América Latina: política y sociedad*. Madrid: Espasa Calpe, 1989.
- WEFFORT, F.
1970 «State and Mass in Brazil». En: I. L. Horowitz, ed. *Masses in Latin America*. New York: Oxford University Press.
1978 «El populismo en la política brasileña». En: *Brasil hoy*. México: Siglo XXI.

El voto cambiante y la distancia social a la política

Javier Martínez & Margarita Palacios
Investigadores de SUR

La idea de que los ciudadanos pueden cambiar sus disposiciones de voto entre una elección y otra es esencial a la política democrática: en esta idea se basa, en efecto, toda la construcción teórica acerca de la soberanía del pueblo y el carácter "mandatario" de las autoridades elegidas por sufragio. Si la gente no variara sus opiniones entre un momento y otro, no existiría necesidad alguna de renovar periódicamente las autoridades, ni de que éstas rindieran cuenta acerca de su desempeño y se esforzaran por mantener el favor popular.

Hace ya tiempo, sin embargo, la sociología electoral estableció que una buena parte de los electores (incluso la mayoría de ellos) permanece fiel a la misma opción política por muy largo tiempo, y aun de por vida. El electorado que efectivamente cambia sus opiniones de una elección a otra, por tanto, pasa a ser un centro de atención de primera importancia: es él quien hace los resultados electorales relativamente "impredecibles" y el que debiera, entonces, concentrar los esfuerzos proselitistas de los partidos y movimientos políticos.

La pregunta que muchos se han hecho por largo tiempo es si ese electorado "cambiante" puede ser definido no sólo como una categoría de análisis político, sino también como un segmento específico de la estructura social.

Entre una elección y otra, los políticos y los partidos saben que nuevos contingentes se han agregado a la ciudadanía: por ejemplo, los jóvenes que han cumplido en el intertanto la edad que los habilita para el sufragio; o determinados grupos a quienes la ley ha acordado la posibilidad de integrarse a la masa de votantes, como ocurrió cuando se pasó del sufragio censitario al sufragio "universal", eliminándose el requisito de renta mínima a los hombres letrados mayores de edad; o cuando el voto se hizo algo más universal con el reconocimiento de los derechos ciudadanos de las mujeres, o de los analfabetos. Buena parte de las "campañas de opinión" se dirige, en consecuencia, hacia estos sectores recién llegados.

Pero lo que permanece enteramente oscuro al cálculo es quiénes y cuántos de los que *votaron* en favor de un determinado partido o coalición en la elección A, *cambiarán* en la ocasión B en favor de otro partido o coalición. Y estos "votos dobles"

(que se restan a unos y se suman a otros) pueden ser en ocasiones más determinantes que los "votos simples" (que suman sin restar) de los recién llegados.

Detectar, entonces, el "sector" de la sociedad donde el voto es más lábil, es una cuestión de gran importancia para la teoría y la práctica democráticas: para la teoría, porque sólo de esa manera puede describirse el modo *real* en que funciona la democracia, poniendo sus fundamentos discursivos meramente como una entre muchas hipótesis de trabajo; para la práctica, porque sólo de esa manera pueden focalizarse adecuadamente los mensajes de campaña, la "oferta" del sistema partidario.

Una cuestión de método

La literatura sociológica y de la ciencia política está llena de estudios que "prueban que nada puede probarse" sobre el voto cambiante, sino a condición de que los estudios empíricos hayan sido explícitamente diseñados a este propósito, lo que conlleva la necesidad de realizar estudios diacrónicos tipo *panel*, conservando la misma muestra a lo largo de varios procesos electorales.

La lógica es que no podemos asegurar que una disposición de voto es efectivamente cambiante sino a condición de que *el mismo individuo* declare en una ocasión una predisposición, y en otra, una distinta.

La realización de este tipo de estudios a menudo no sólo es cara y dificultosa, sino que suele transformarse en una trampa, porque la alta "mortalidad" de las muestras, particularmente en períodos prolongados, aumenta los rangos de incertidumbre incluso por sobre los que presenta el estudio de una sucesión de muestras independientes. Todavía más, por afitados que sean los estudios actitudinales, no se logra sobrepasar ni aun en los estudios diacrónicos la distancia que separa la expresión de *actitudes* de la *conducta* efectivamente seguida al momento de votar.

La naturaleza de la pregunta debe ser por eso claramente dilucidada desde el comienzo: lo que aquí nos ocupa es saber si en ciertos *estratos, segmentos o grupos* de la población, la probabilidad de encontrar cambios en las disposiciones de voto es mayor que en otros, y cuáles son esos segmentos, estratos o grupos.

La *unidad de análisis* debe ser pues el segmento, estrato o grupo, y no necesariamente los individuos que lo componen. Por cierto, ambas cosas son difícilmente diferenciables en el terreno empírico, pero ello no es privativo de la sociología electoral, sino de casi todos los campos de la sociología.

Lo importante es que las explicaciones que se intenten no pretendan saltar de los determinantes colectivos a la psicología de los individuos. Así, por ejemplo, si durante cincuenta años un barrio de una ciudad ha mostrado un índice de violencia delictual que supera en diez veces al de cualquier otro barrio, aun si los moradores han cambiado muchas veces, parece obvio asociar la violencia a las condiciones colectivas que definen al barrio y no a las características individuales de quienes habitan en él; y probablemente obtendremos mejores resultados de un estudio de este tipo que de una larga investigación de las biografías de los primeros habitantes del barrio y de las modificaciones que experimentaron durante cincuenta años mientras cambiaron de asentamiento.

Nuestro estudio está basado en una serie de ocho encuestas preelectorales llevadas adelante por el equipo CIS¹ entre 1987 y 1989: siete de ellas son encuestas realizadas en el período previo al plebiscito presidencial de octubre de 1988, y las utilizamos para determinar si efectivamente podía hablarse de uno y el mismo segmento social en términos de la "impredecibilidad" de su voto. La octava encuesta corresponde al período previo a las elecciones presidenciales de diciembre de 1989, y la utilizamos para chequear hasta qué punto *ese mismo segmento*, previamente definido, podía explicar la variación en las intenciones de voto cuando las *dos* alternativas del plebiscito (Sí o No) se abrieron en *tres* alternativas presidenciales (Aylwin, Büchi o Errázuriz).

Todas las muestras a que se refieren estos estudios son muestras autoperponderadas al interior de cada ciudad; todos los estudios se hicieron de modo trietápico (en que la última etapa no fue aleatoria, sino que se realizó por completamiento de cupos); en todos se utilizaron similares procedimientos de trabajo y supervisión del trabajo de campo, etc. etc. Las muestras, sin embargo, difieren en cuanto al número de casos y, en dos de las mediciones, al universo de estudio. Las mediciones son las siguientes:

1. Noviembre, 1987: 2.000 casos. Santiago (800), Temuco (400), Chillán (400) y Talca (400).
2. Abril, 1988: 700 casos. Santiago.
3. Mayo, 1988: 700 casos. Santiago.
4. Julio, 1988: 1.400 casos. Santiago.
5. Agosto, 1988: 700 casos. Santiago.
6. Septiembre, 1988 (Primera Encuesta): 800 casos. Santiago.
7. Septiembre, 1988 (Segunda Encuesta): 800 casos. Santiago.
8. Agosto, 1989: 2.400 casos. Santiago (800), Valparaíso (800) y Concepción (800).

En un estudio verificativo, el problema de la "representatividad" de las muestras, que suele destacar como una decisiva preocupación en los estudios de carácter descriptivo-predictivo, no tiene mayor importancia: se trata de establecer relaciones *entre variables*, y no relaciones entre la muestra y el universo. De allí que, en procura del mayor número de casos, resulte para nosotros aconsejable el trabajar con la totalidad de las muestras, en lugar de homogeneizar todas ellas (por ejemplo, al Área Metropolitana de Santiago). En cualquier caso, ninguna de las relaciones informadas aquí varían significativamente cuando se toma como base el conjunto de cuadros referidos únicamente a Santiago para las ocho muestras, que está disponible para quienes sientan especial preocupación por el problema de la "representatividad".

1. SEGMENTACIÓN POLÍTICA DEL ELECTORADO

La primera pregunta que se plantea acerca del "electorado cambiante" es de dónde puede provenir; no todavía en términos de un determinado estrato o segmento social,

1. Por Equipo CIS se designó al grupo de trabajo conjunto conformado por expertos de tres centros de investigación social: el Centro de Estudios del Desarrollo, CED; el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, ILET; y el Centro de Estudios SUR.

ni siquiera aún en términos de corrientes políticas, sino más bien de *cuadros actitudinales*.

En todas las encuestas se incluyó una o más preguntas que se referían directamente a la intención de voto de las personas. En las encuestas previas al plebiscito de 1988, la pregunta-tipo al respecto era más o menos la siguiente: "Si el plebiscito fuera mañana, y el candidato fuera el general Pinochet, ¿cómo votaría Ud.?" Si miramos las respuestas a ese tipo de pregunta en la totalidad de las muestras (esto es, sin corregir con las ponderaciones indispensables en un estudio descriptivo-predictivo), vemos que ellas evolucionaron del siguiente modo:

Cuadro 1. *Intención de voto previa al plebiscito 1988*
(En porcentajes)

Respuesta	Encuesta						
	Nov. 1987	Abril 1988	Mayo 1988	Julio 1988	Agosto 1988	Sept.(1) 1988	Sept.(2) 1988
Votaría SI	18,0	22,4	14,6	21,8	20,1	21,7	17,9
Votaría NO	27,6	35,0	32,7	38,4	43,4	45,5	46,8
Otras resp.*	54,4	42,6	52,7	39,8	36,5	32,8	35,3

* No sabe, no responde, votaría en blanco, se abstendría, no ha decidido aún, etc., etc.

Este Cuadro nos da información absolutamente insuficiente para clasificar actitudinalmente al electorado: el segmento que da respuestas distintas al "Sí" o al "No" podría, eventualmente, demostrar a través de otras preguntas de la encuesta su clara inclinación a alguna de esas dos alternativas; y quienes responden en forma aparentemente muy clara que votarán por alguna de las dos alternativas en juego, podrían en realidad tener opiniones tan inconsistentes sobre una cantidad de materias claves, que bien podría suponerse que cambiarían su intención de voto en los siguientes momentos de la campaña.

Una segmentación política del electorado, a la búsqueda del electorado eventualmente cambiante, debería por tanto comenzar por diferenciar el electorado "firme" de ambas alternativas y, más importante, establecer los límites de dos segmentos decisivos: el electorado *inconsistente* y el electorado verdaderamente *oculto*.

Los índices de ocultamiento

Como quiera que una buena parte de las preguntas fueron sufriendo modificaciones de un estudio a otro, nos vimos obligados a construir índices distintos para analizar la misma dimensión en cada uno de ellos. Se pueden levantar muchos reparos a este procedimiento, y estamos plenamente conscientes de ellos; pero la regla de oro en estos casos parece ser la de realizar lo que es posible a partir de los datos existentes, conociendo sus limitaciones, en lugar de desistir de cualquier búsqueda de conocimiento a la espera de condiciones ideales. Lo más importante, en todo caso, es chequear hasta qué punto la dimensión así construida da cuenta de similares grupos dentro del electorado a lo largo de los distintos estudios (lo que se detalla más adelante); si efectivamente ello es así, podemos sospechar razonablemente que, en condiciones ideales, el experimento producirá resultados aún más ajustados.

La encuesta de noviembre de 1987 incluyó, además de la pregunta sobre intención de voto, una pregunta sobre autoidentificación dentro del espectro político ("En términos generales, ¿diría Ud. que sus opiniones políticas personales pueden ser definidas como de: derecha, centro-derecha, centro, centro-izquierda, izquierda?").

Tratándose de una encuesta realizada casi un año antes de la fecha en que el plebiscito efectivamente tuvo lugar, la autodefinición política jugaba un rol tanto o más importante que la intención de voto, toda vez que hacía referencia a definiciones más estables que una alusión a una opción que podía estar sujeta aún a múltiples variaciones de coyuntura.²

Por esta razón, en ese estudio definimos como *votante oculto* a quien, no expresando intención de voto para el plebiscito, tampoco respondió la pregunta sobre autodefinición política; como *votante semioculto* a quien, no respondiendo una intención de voto clara, se definió en cambio claramente en el plano de la autoubicación política, o a quien, respondiendo claramente una intención de voto para el plebiscito, se negó a responder la pregunta sobre autoidentificación. Finalmente, el *votante abierto* fue obviamente aquel que respondiera tanto una intención de voto como una identificación dentro del espectro político, cualesquiera que éstas fueran.

Los resultados arrojaron 25,6 por ciento de voto abierto, 31,4 por ciento de voto semioculto, y 43,1 por ciento de voto oculto.

La definición del voto oculto en el estudio de abril de 1988 se atuvo mucho más estrechamente a los pronunciamientos respecto a la intención de voto para el plebiscito. Sólo que, en esa encuesta, la intención de voto fue preguntada de tres maneras distintas, como una manera de reducir en parte la frecuencia de no-respuestas.

En abril de 1988, en efecto, se preguntó a los entrevistados tres cosas (en distintos momentos de la entrevista): i) "Tal como se están dando las cosas, si el plebiscito fuera mañana, ¿cómo estaría inclinado a votar Ud.?"; ii) (Si la respuesta no era clara) "Pero en caso de que hubiera que votar mañana, o sea simplemente con los elementos de juicio que hay hasta hoy día, ¿cómo se siente inclinado a votar?"; y iii) (más adelante en la entrevista) "Perdone que vuelva sobre el tema, pero la mayor parte de la gente considera muy probable que el Presidente Pinochet sea el candidato que propondrá la Junta para el plebiscito. En ese caso, si el plebiscito fuera mañana, y el candidato fuera el general Pinochet, ¿cómo votaría Ud.?"

La definición del voto oculto se construyó a partir de estas tres preguntas: las dos primeras formaron una unidad, que llamamos Intención 1: si la respuesta a cualquiera de esas dos preguntas fue que votaría SI, computamos al votante como un "sí abierto"; de igual manera, si en cualquiera de las dos señaló que votaría NO, se le computó como un "no abierto"; en consecuencia, declaramos como votante oculto solamente a aquel que respondiera evasivamente a *ambas* preguntas. Esta Intención 1 fue filtrada luego por la Intención 2 (la pregunta de insistencia): si la primera intención declarada fue que votaría SI y la segunda que votaría NO, o viceversa, al igual que si en ambas respondió evasivamente (no sabe, en blanco, abstención, no responde, etc.), dijimos que el votante era un votante oculto; si en ambas "intenciones" se expresaba una y la misma opción, cualquiera que ésta fuese, puntuamos la intención final obviamente como abierta; y si el entrevistado se definió solamente en la "segunda intención", habiendo respondido evasivamente en las dos preguntas que conforma-

2. Es preciso recordar que a estas alturas no estaba aún definida ni la fecha, ni el candidato, ni los términos, ni las características del proceso que conduciría al plebiscito presidencial.

ron la "primera intención", declaramos al votante como semioculto.

Estas operaciones dieron como resultado 54,4 por ciento de voto abierto, 11,7 por ciento de voto semioculto, y 34 por ciento de voto oculto.

Para las encuestas de mayo y julio de 1988 seguimos un procedimiento similar, sólo que utilizamos, además de la pregunta directa por la intención de voto ("La mayor parte de la gente considera muy probable que el Presidente Pinochet sea el candidato que la Junta propondrá para el plebiscito. En ese caso, si el plebiscito fuera mañana, ¿cómo votaría Ud.?"), una pregunta proyectiva que se incluyó por primera vez en el cuestionario ("Si Ud. tuviera que definir el estado de ánimo de la gente en los últimos meses, ¿diría más bien que: ha aumentado la gente que está por el SI, ha aumentado la gente que está por el NO, ha aumentado la gente que está indecisa entre el SI y el NO, o ha aumentado la gente que está por no votar?"). Este tipo de pregunta traslada la tensión de una respuesta taxativa desde la responsabilidad del entrevistado a la del "público en general", "la gente" (por ese entonces una expresión aún no cargada de simbolismo político), lo que permite al votante oculto, particularmente, expresarse a sí mismo a través de un rodeo.

Por esta razón, puntuamos para estos estudios al votante oculto como aquel que entregó respuestas evasivas en ambas preguntas, y al semioculto como aquel que combinó una respuesta evasiva en la intención de voto con una respuesta nítida en la pregunta proyectiva, o aquel que combinó una respuesta nítida en la intención de voto con una respuesta igualmente nítida, pero de sentido inverso, en la pregunta proyectiva.³ El votante abierto, naturalmente, fue aquel que optó consistentemente por una y la misma opción en ambas preguntas, cualquiera que ésta fuera.

De la encuesta de mayo pudo derivarse así 29,1 por ciento de voto abierto, 32,7 por ciento de voto semioculto, y 38,2 por ciento de voto oculto. De la de julio, 53,7 por ciento de voto abierto, 13 por ciento de voto semioculto y 33,3 por ciento de voto oculto.

En la encuesta de agosto de 1988, y luego en las dos encuestas de septiembre inmediatamente anteriores al plebiscito, se agregó una nueva pregunta proyectiva: (Agosto: "Como Ud. sabe, a fines de este mes la Junta debe designar el candidato para el plebiscito. Si el candidato fuera el general Pinochet, ¿Ud. cree que la mayoría de los indecisos se va a inclinar hacia el SI, o se va a inclinar hacia el NO?" Septiembre: "Como Ud. sabe, la Junta Militar ha designado al general Pinochet como candidato para el plebiscito...., etc.). Las dos preguntas proyectivas fueron consideradas como una sola, y la pauta de respuestas resultante se combinó con la pregunta directa de intención de voto del mismo modo como se había hecho para las encuestas de mayo y julio.

El resultado de agosto fue de 69,2 por ciento de voto abierto, 13,1 por ciento de voto semioculto y 17,7 por ciento de voto oculto. La primera encuesta de septiembre mostró 74,1 por ciento de voto abierto, 9,9 por ciento de voto semioculto, y 16 por ciento de voto oculto. La segunda encuesta de septiembre, por su parte, reveló 73,4 por ciento de voto abierto, 9,9 por ciento de voto semioculto, y 16,7 por ciento de voto oculto.

3. Es probable que sea ésta la mejor manera de apreciar en muestras independientes lo que la sociología electoral americana de la primera hora denominó el «band-wagon effect», o sea, la tendencia a plegarse al carro del ganador. Esta tendencia tendió a ser negada por los analistas de ese momento, por el hecho de que una gran mayoría pensaba que el ganador sería Pinochet, a pesar de mantener una opinión contraria a él. Pero es claro que sobre esta apreciación pesaba más la percepción de que el gobierno podría realizar un fraude electoral que una real apreciación de hacia dónde se inclinaba la voluntad mayoritaria.

Nuestra primera pregunta, en consecuencia, habría de ser si los mayores valores de "ocultamiento" de la intención de voto, definidos operativamente de esta forma, se dispersaban aleatoriamente en el conjunto de las muestras, o si, por el contrario, tendían a concentrarse en ciertos estratos de la misma.

Los índices de congruencia

Obsérvese, sin embargo, que hasta el momento sólo contamos con una dimensión para pesquisar el voto cambiante, y que ella es, en rigor, una dimensión que nos permite observar más la cristalización de las intenciones de voto aún no definidas, que el *cambio* propiamente tal de dicha intención. Como se señaló más arriba, para estudiar el voto cambiante debemos suponer que éste puede provenir no sólo (ni quizás principalmente) de aquel que aún no ha cristalizado, sino también de aquellos electores que mostraban una intención de votar en cierto sentido, pero que luego podrían pasar al bando contrario.

Por cierto, es concebible que *cualquier* elector cambie, en cualquier momento, su intención de voto desde una alternativa a la otra. Sin embargo, no para todos es igualmente *probable* que así ocurra, y quizás menos aún en una elección como ésta. Lo normal es que un cambio en la intención de voto sea el resultado de una tensión entre dos pautas de opiniones y/o actitudes que coexisten en la misma persona: en la medida en que los términos de la opción, tal como son percibidos, se acercan más hacia una u otra de estas pautas, es más probable que la "indecisión" sea resuelta en favor de la opción más cercana a ella. Es, pues, más probable que un opositor que encuentra algo positivo en el gobierno termine votando por el gobierno, si percibe que la opción se refiere principalmente a esos aspectos, que lo que puede ocurrir con un opositor que no encuentra nada positivo en el gobierno. Y, obviamente, viceversa. Necesitábamos entonces medir la probabilidad de movilidad de las intenciones de voto manifestadas, junto a la apreciación del grado real de ocultamiento. Para este propósito, resultaba fundamental construir índices de *congruencia* de la intención de voto.

La medición de la congruencia es aparentemente más compleja que la del ocultamiento, pero obedece a una lógica igualmente simple. Se trata, en efecto, de constatar si una intención manifiesta de voto está más cerca o más lejos de los discursos de campaña de los bandos en pugna y de las culturas o "sensibilidades" históricas que éstos representan. A mayor cercanía, hablaremos de mayor congruencia; y a mayor lejanía, de creciente incongruencia. Y supondremos que la probabilidad de cambio es mayor en el segmento incongruente que en el congruente.

En la encuesta de noviembre de 1987 contábamos para estos propósitos con varias áreas de preguntas.

La primera de ellas se refería a la *evaluación del desempeño del gobierno de Pinochet* en una amplia gama de ítems: generación de empleos, atención de salud, previsión social, inflación, deuda externa, hambre y desnutrición, libertad política, costo de la vida, drogadicción y alcoholismo, pobreza, delincuencia, desorden social, smog y polución, vivienda, terrorismo, derechos humanos. Los entrevistados eran invitados a responder si a su juicio el gobierno lo había hecho bien, regular o mal en cada una de esas materias. Asignando un puntaje de 1 a las respuestas positivas para el gobierno, de 2 a las respuestas intermedias, y de 3 a las respuestas negativas, construimos un índice sumatorio de todas estas respuestas que denominamos "índice

de adhesión al gobierno" (que podía oscilar entre un extremo positivo de 16 puntos y un extremo negativo de 48 puntos); las no-respuestas se omitieron. En el caso de respuestas a todos los ítemes, el índice se sintetizó luego en tres valores: fueron consideradas opiniones "gobiernistas" las que sumaron 24 o menos puntos, "moderadas" las que sumaron entre 25 y 40, y "opositoras" las que sumaron más de 40 puntos (en presencia de no-respuesta a algunos ítemes, estos límites numéricos fueron, por supuesto, modificados). El *cruce entre esta tabulación y la intención de voto* (intención SI, actitud opositora; intención NO, actitud gobiernista, etc.) fue la primera dimensión de nuestro "índice de incongruencia".

La segunda dimensión fue la relación entre la intención de voto y la actitud hacia la persona misma del general Pinochet. Frente a la pregunta "¿Cuál es, en general, su opinión sobre la persona del general Pinochet: favorable, neutral o desfavorable?", se pusieron las respuestas a la pregunta sobre la intención de voto en caso de que Pinochet fuera el candidato, obteniéndose de ello un puntaje de incongruencia aritméticamente homólogo al anterior.

La tercera dimensión de incongruencia puede verse como derivada de la anterior, pero mereció un tratamiento independiente por el hecho de que existía, al momento de ser realizada esa encuesta, una corriente gobiernista que buscaba la nominación de un candidato distinto del general Pinochet, más allá de la evaluación positiva que hicieran de su gobierno o de su persona, haciendo de esto cuestión suficiente para votar SI o NO en el plebiscito. Por ello se confrontaron las respuestas a dos preguntas de intención de voto, la primera en caso de que el candidato que designara la Junta Militar fuera el general Pinochet, y la segunda en caso de que el candidato nominado fuera "una persona distinta al general Pinochet". De la confrontación de las respuestas a ambas preguntas se construyó en consecuencia un índice numérico aritméticamente homólogo a los dos anteriores.

Las tres dimensiones de la incongruencia mostraron estar fuertemente asociadas entre sí, por lo que podía efectivamente afirmarse que la adición de ellas formaba una escala. El "índice de incongruencia" se definió entonces como la sumatoria de los puntajes obtenidos en las tres dimensiones señaladas, arrojando los siguientes resultados para esa medición (noviembre de 1987), con omisión de los votantes claramente "indefinidos": Intención de voto Muy Congruente, 13,2 por ciento; Congruente, 17,9 por ciento; Incongruente, 62,8 por ciento; Muy Incongruente, 6,1 por ciento.

Para la construcción del índice con la encuesta de abril de 1988 seguimos el mismo principio, aunque utilizando mayores filtros. Como ya se dijo, en esa encuesta la intención de voto se preguntó tres veces de distintas maneras a lo largo del cuestionario; con ellas se construyó una sola pauta de respuesta, de un modo similar al que se detalló en la búsqueda del voto oculto, aunque computando también separadamente la naturaleza de la intención de voto resultante ("SI" o "NO"). Esa variable fue cruzada con las respuestas a la pregunta: "En una escala de 1 a 7, como en el colegio; si Ud. tuviera que ponerle una nota al general Pinochet como persona, ¿qué nota le pondría?" El resultado vino a constituir nuestra *primera dimensión de incongruencia*.

La misma pauta agregada de intención de voto se utilizó confrontada a la pregunta: "Y si tuviera que ponerle una nota al gobierno militar, ¿qué nota le pondría?", para conformar nuestra *segunda dimensión de incongruencia*.

Finalmente, la misma pauta construida de intención de voto se confrontó con la evaluación de la oposición, para construir nuestra *tercera dimensión de incongruencia*.

También en este caso, como en todas las restantes encuestas, las tres dimensiones resultaron estar fuertemente interrelacionadas, lo que nos autorizó a construir el índice de incongruencia como un índice sumatorio de sus respectivos puntajes. En el caso de la encuesta de abril, descontados los votantes nítidamente indefinidos, encontramos que no sólo el nivel de ocultamiento, sino también el de incongruencia, se reducían notablemente: el voto Muy Congruente alcanzó a 43,3 por ciento, el voto Congruente a 16,7 por ciento, el Incongruente se redujo a 38,2 por ciento, y el Muy Incongruente a 1,9 por ciento.

Para la encuesta de mayo de 1988 utilizamos cuatro dimensiones de incongruencia: la primera utilizó la confrontación entre la pregunta directa por intención de voto (SI o NO) y la pregunta proyectiva ("Si Ud. tuviera que definir el estado de ánimo de la gente en los últimos meses, ¿diría más bien que: ha aumentado la gente que está por el SI, ha aumentado la gente que está por el NO, ha aumentado la gente que está indecisa entre el SI y el NO, o ha aumentado la gente que está por no votar?"). Una oposición entre la propia intención y la percepción de la corriente colectiva podía, en efecto, abrir espacio a la puesta en cuestión de la propia decisión. En este caso, pues, utilizamos la pregunta proyectiva no para indagar intenciones latentes de voto de quienes daban respuestas evasivas, sino para detectar la percepción de eventuales conflictos entre la persona y la colectividad.

La segunda dimensión se construyó, como en otras encuestas, confrontando la intención de voto con la evaluación del general Pinochet.

Una tercera dimensión buscó nuevamente detectar el "gobiernismo sin Pinochet", como en otras encuestas. La pregunta cambió, sin embargo, en este formulario en relación al de noviembre de 1987, y se expresaba ahora así: "Alguna gente dice que el general Pinochet lleva mucho tiempo como Presidente del país y que sería bueno que ahora se eligiera otro Presidente. Otra gente dice que el general Pinochet debería seguir como Presidente del país por otros ocho años más. ¿Con cuál opinión está Ud. más de acuerdo?" La confrontación de las respuestas a esta pregunta con la intención manifiesta de voto dio el puntaje de esta dimensión.

Finalmente, volvimos a considerar la importancia de las orientaciones políticas generales de carácter más estable en una cuarta dimensión de incongruencia, al confrontar la intención manifiesta de voto con las respuestas a la pregunta: "Pensando en los últimos gobiernos que ha tenido Chile, ¿qué tipo de gobierno le gustaría que se eligiera ahora: un gobierno como el de Alessandri, como el de Frei, como el de Allende o como el de Pinochet?", pregunta que utilizamos en ausencia de la clásica autoubicación en el espectro de izquierda-derecha.

La sumatoria de esas cuatro dimensiones aritméticamente homogeneizadas definió nuestro índice de incongruencia para mayo de 1988, que arrojó los siguientes resultados, con omisión de la indefinición: voto Muy Congruente, 39,5 por ciento; Congruente, 5,6 por ciento; Incongruente, 39,6 por ciento; Muy Incongruente, 15,3 por ciento.

Para la encuesta de julio de 1988 utilizamos exactamente las mismas dimensiones y preguntas de mayo, incluyendo además la confrontación entre la intención de voto y las respuestas a la pregunta: "De acuerdo a lo que Ud. ha leído, visto o escuchado, ¿le daría a Ud. confianza un gobierno encabezado por la oposición después del plebiscito?"

El índice sumatorio en este caso mostró 45,2 por ciento de voto Muy Congruente, 8 por ciento de voto Congruente, 34,5 por ciento de voto Incongruente y 12,4 por ciento de voto Muy Incongruente.

Para las encuestas de agosto de 1988 y las dos encuestas de septiembre del mismo año, utilizamos igualmente las tres dimensiones definidas por: i) la confrontación entre la intención manifiesta de voto y la respuesta a la afirmación de que "debiera cambiarse de Presidente"; ii) la confrontación entre la intención manifiesta de voto y la preferencia por un gobierno como el de Alessandri, Frei, Allende o Pinochet; y, iii) la confrontación entre la intención manifiesta de voto y la expresión de confianza o desconfianza a un eventual gobierno encabezado por la oposición después del plebiscito.

Descontando los votantes manifiestamente "indefinidos",⁴ los resultados indicaron en estos casos: Agosto: voto Muy Congruente, 58,1 por ciento; Congruente, 7,4 por ciento; Incongruente, 28,3 por ciento; Muy Incongruente, 6,2 por ciento. Septiembre (1): Muy Congruente, 55,5 por ciento; Congruente, 10,0 por ciento; Incongruente, 20,1 por ciento; Muy Incongruente, 14,3 por ciento. Y septiembre (2): Voto Muy Congruente, 53,2 por ciento; Congruente, 10,7 por ciento; Incongruente, 21,7 por ciento; Muy Incongruente, 14,4 por ciento.

Consistencia de los indicadores

Los resultados de ambos índices pueden apreciarse resumidamente en la siguiente tabla:

Cuadro 2. Índices de ocultamiento y congruencia

<i>Índice</i>	<i>Encuesta</i>						
	<i>Nov. 1987</i>	<i>Abril 1988</i>	<i>Mayo 1988</i>	<i>Julio 1988</i>	<i>Agosto 1988</i>	<i>Sept.(1) 1988</i>	<i>Sept.(2) 1988</i>
OCULTAMIENTO							
Abierto	25,6	54,4	29,1	53,7	69,2	74,1	73,4
Semioculto	31,4	11,7	32,7	13,0	13,1	9,9	9,9
Oculto	43,1	34,0	38,2	33,3	17,7	16,0	16,7
CONGRUENCIA							
Muy Congr.	13,2	43,3	39,5	45,2	58,1	55,5	53,2
Congruente	17,9	16,7	5,6	8,0	7,4	10,0	10,7
Incongruente	62,8	38,2	39,6	34,5	28,3	20,1	21,7
Muy Incongr.	6,1	1,9	15,3	12,4	6,2	14,3	14,4

A partir de estos resultados, podría preguntarse si índices que dan resultados de tal manera oscilantes pueden considerarse como expresivos de una y la misma dimensión a lo largo de las diversas mediciones o, dicho en términos más técnicos, podría

4. Los votantes manifiestamente «indefinidos» desde el punto de vista de los índices de congruencia fueron para todos los casos proporciones francamente pequeñas de las muestras, y en general no superaron el 10 por ciento de las mismas.

preguntarse acerca de la "confiabilidad" de los indicadores.

Debe recordarse, en primer término, que no todas las encuestas se refieren al mismo universo y, en consecuencia, el tratamiento no ponderado de ellas desautorizaría una comparación entre niveles de ocultamiento o congruencia: en particular, la encuesta de noviembre de 1987 está referida a cuatro ciudades distintas del país (y de diverso tamaño poblacional), lo que impide una comparación de este tipo con el resto de las mediciones, todas ellas referidas a Santiago. Este es un elemento fundamental que se debe considerar en la pregunta acerca de la "confiabilidad" de los indicadores, puesto que una dimensión clave para apreciar la confiabilidad es justamente la *constancia* del objeto medido.

Si de la encuesta de noviembre de 1987 se consideran solamente los casos relativos a Santiago, los datos sobre ocultamiento nos indican que el voto Abierto crece a 32,5 por ciento (contra 25,6 por ciento en el total de la muestra); el voto Semioculto llega a 30,8 por ciento (frente a 31,4 por ciento de la muestra total); y el voto Oculto disminuye a 36,6 por ciento (frente a 43,1 del total de la muestra). En otros términos, Santiago se revela siete puntos "más abierto" que la muestra total (o siete puntos "menos oculto"). Los índices de congruencia aumentan también si se considera solamente Santiago: el voto Muy Congruente significa 16,7 por ciento en Santiago, contra 13,2 por ciento en el total de la muestra; el voto Congruente, 21,9 por ciento en Santiago y 17,9 en el total de la muestra; y a la inversa el voto Incongruente es de 55,9 por ciento en Santiago frente a 62,8 por ciento en el total de la muestra, y el voto Muy Incongruente de 5,6 por ciento en Santiago frente a 6,1 de la muestra total.

Al mismo tiempo, debe tenerse presente que tanto las definiciones de ocultamiento (principalmente) como las de congruencia dependen estrechamente de la expresión nítida de la intención de voto manifiesta, que en todos los casos interviene parcialmente en la confección de los indicadores. Y esto explica que sea en las encuestas de noviembre de 1987 y mayo de 1988 —precisamente en aquellas en que las respuestas evasivas superaron el 50 por ciento del total de las muestras— que encontremos pautas de ocultamiento (principalmente niveles de voto semioculto), y parcialmente de incongruencia (particularmente: más bajos niveles de congruencia) diferentes a las de los restantes estudios.

Pero no es este el nivel en que debe ser discutido el problema de la confiabilidad: tratándose de una comparación entre muestras independientes, entre una y otra medición sólo podemos contar con un criterio de "validez interna" para apreciar el grado en que estos índices miden la misma dimensión o dimensiones distintas, lo que remitiría a una discusión teórica sobre los conceptos de ocultamiento e incongruencia. Como hemos insistido recurrentemente, pues, no es en este tipo de comparaciones de resultados en donde debe centrarse el análisis *empírico* de la adecuación de los indicadores en una sucesión de muestras independientes (antes bien: en un examen de este tipo sorprendería la similitud de resultados que se aprecia en las distintas mediciones).

Lo que interesa realmente es el grado en que los distintos indicadores que se combinan para conformar índices en cada uno de los estudios presentan una estrecha asociación entre sí, y el grado en que varios indicadores similares presentan grados similares de asociación en distintas muestras.

Las pruebas del chi-cuadrado son a este respecto bastante concluyentes: ya se trate de los índices de ocultamiento o de incongruencia, encontramos en todas las

combinaciones particulares de indicador a indicador valores de la x cuadrada notablemente elevados (cercaos o incluso superiores al doble del mínimo aceptable) a niveles de significación de 0,0000, esto es, prácticamente a un nivel de confianza de 100 por ciento. Esto indica que se trata de valores efectivamente adicionales en una escala, que no se están asociando simplemente a partir de un supuesto hipotético, y que pueden legítimamente resumirse en menor número de valores. Y las combinaciones que resultan más significativas en un estudio son también las que resultan más significativas en los restantes,⁵ aun si hubo variaciones sintácticas en la formulación de los ítemes entre uno y otro estudio. Esto indica, por su parte, que entre uno y otro estudio estamos apuntando a dimensiones similares de ocultamiento e incongruencia.

2. SEGMENTACIÓN SOCIAL DEL VOTO INCONGRUENTE Y DEL VOTO OCULTO

Teóricamente la incongruencia y el ocultamiento son factores distintos, que pueden o no aparecer relacionados en una población determinada. Para nosotros fue, en realidad, sorprendente encontrar un grado de asociación notablemente alto entre ambas variables: parecía más concebible que quienes ocultaban sus intenciones de voto ocultaran también, mediante respuestas evasivas, sus inclinaciones en las restantes series de ítemes de actitudes políticas, en lugar de responder a todas ellas (aunque en forma incongruente a los ojos del observador). E, igualmente, que quienes no tenían problemas en responder estas otras series de ítemes tampoco lo tendrían en responder a las preguntas directas acerca de la intención de voto, y se encontrarían, por tanto, entre los votantes "abiertos" o "semiabiertos".

En apariencia esa expectativa se basaba en un supuesto implícito fundamentalmente erróneo: el de un grado relativamente alto de interés por la política (y también por los propios cuestionarios) de los votantes ocultos e incongruentes. Si se pensaba, en cambio, en grupos de población con escaso o nulo interés por las cuestiones políticas, tenía bastante más sentido pensar que incongruentes y ocultos fueran *básicamente los mismos*. La existencia o inexistencia de una relación empíricamente estrecha entre ambas dimensiones no tenía en sí misma una gran importancia para nuestro estudio; pero, por cierto, el pensar en conglomerados con bajo interés por la política se acomodaba mejor a nuestra hipótesis general respecto al voto cambiante, y en este sentido el hallazgo tuvo alguna importancia.

Nuestra hipótesis general, derivada del análisis de la geografía electoral del voto cambiante,⁶ era que tal tipo de voto habría de encontrarse principalmente concentrado en los segmentos sociales más *marginales al sistema político*. Esto es, aquéllos de entre los cuales es menos habitual que surjan los funcionarios partidistas o los representantes; los más alejados de la circulación de la información, las decisiones y los beneficios y oportunidades públicas, y que menos cuentan como grupos de presión o negociación entre elección y elección. Por decirlo retóricamente en oposición a una antigua idea: los que, más que no tener nada que perder, probablemente no tengan *nada que ganar* con la política (o al menos así lo sienten).

Esta hipótesis está deliberadamente formulada en términos formales muy amplios: a partir de ella se podrían ordenar proposiciones relativas a grupos etarios,

5. Cuando resulta legítimo comparar valores del estadígrafo, esto es, a iguales grados de libertad y exactamente iguales niveles de significación (o bien, en la comparación de niveles de confianza).

6. Véase *Documentos de Trabajo SUR* nos. 113 y 114.

genéricos, étnicos, clasistas, educativos, etc. Aquí nos concentraremos, en razón de la disponibilidad de datos, sólo en algunos de ellos: los que se derivan de los criterios de *sexo, edad, nivel socioeconómico y escolaridad*.

Por otra parte, no hablamos todavía del electorado *cambiante*, sino de aquel electorado que, en razón de uno o dos de los criterios de "ocultamiento" y/o "incongruencia", parecería menos firmemente adherido a una determinada opción política.

De acuerdo a nuestras expectativas, y considerando la estrecha relación empírica entre ocultamiento e incongruencia, debíamos encontrar para ambas variables una claramente mayor concentración de casos en *mujeres* que en hombres, atendiendo al hecho de que históricamente en el país la política ha sido una actividad predominantemente masculina, ocupando en ella las mujeres posiciones marginales; mayor concentración entre los *grupos de mayor edad* que entre los adultos y los más jóvenes, atendiendo a la creciente participación de éstos en la actividad pública, particularmente desde los años sesenta en adelante; mayor concentración entre los grupos de *estatus socioeconómico bajo* que entre los medios y altos, debido a los precarios grados de integración que mantiene el sistema social chileno y al predominio de la llamada "masa marginal" por sobre los segmentos organizados en el estrato más pobre; y una mayor concentración entre los sectores de *baja educación* que entre los de niveles medios o altos de escolaridad, en atención a la menor probabilidad de los primeros de acceso a los canales de circulación de la información.

La edad es habitualmente un muy buen predictor de opciones electorales (aumenta la probabilidad de opciones conservadoras según aumenta la edad, y viceversa), pero se revela en este caso como un factor de escasa relación con el grado de apertura o coherencia en la intención de voto: es, de hecho, la variable cuya asociación con la apertura y/o coherencia requiere de más altos niveles de significación para ser aceptada como no imputable al azar (o, en otros términos, sus relaciones con las variables que analizamos podrían aceptarse sólo a muy bajos niveles de "confianza").

Pero no es solamente el grado de asociación entre la edad y el ocultamiento/incongruencia lo que resulta desmentido en el examen de la información: es también la *dirección* de la relación entre ella y las dos variables bajo examen. Obsérvese lo que ocurre, por ejemplo, en los tres estudios en que se manifestaban mejores asociaciones entre edad y ocultamiento/incongruencia: en noviembre de 1987, más de la mitad del voto oculto (y del voto semioculto) se concentra en el estrato joven, que presenta además en su interior una distribución de tres cuartos de voto oculto, contra un cuarto de voto abierto; en julio de 1988, otro momento en que los niveles de significación indicarian una asociación digna de tener en cuenta, el estrato joven muestra en la variable sintética ser responsable de 38 por ciento del voto oculto, contra 34 por ciento del grupo de mayor edad (lo que se debe principalmente a la disminución del ocultamiento franco); dentro del estrato joven, sin embargo, más de la mitad (56,5 por ciento) ha pasado a ser voto abierto. Y en la segunda medición de septiembre de 1988, el voto oculto ha pasado ya a repartirse por tercios iguales entre el estrato joven, el adulto y el de mayor edad, mientras dentro del estrato joven el voto abierto ha pasado a ser 77 por ciento. Y algo similar ocurre con las medidas de consistencia (o incongruencia). Esto significa que la relación entre las variables que nos ocupan y la edad fue variando en el curso de la campaña electoral del plebiscito, lo que —y esto sería

materia de un análisis distinto— se debió en gran medida a la estrategia seguida por la campaña del NO a la reelección del general Pinochet, que contribuyó a “descubrir” (más que a “conquistar”) la adhesión de los jóvenes.

Lo que nos interesa, sin embargo, es descubrir aquellos segmentos en los cuales se presenta una *sostenida* concentración en los valores altos de “ocultamiento” y de “incongruencia”; y esto significa que no solamente estamos interesados en el grado de la asociación, sino también en la *dirección* de la misma.

Una asociación de este tipo, fuerte y constante en la misma dirección prevista por la hipótesis expuesta más arriba, se presenta en cambio al analizar las tres variables explicativas restantes: el nivel de escolaridad, el sexo y el nivel socioeconómico.⁷

Esto no indica necesariamente que el efecto de estas tres variables sea un *efecto sumatorio*, que autorice a construir un segmento-escala a partir de la combinación lógica de sus respectivos valores: es preciso determinar, previamente, si la influencia de cada una de ellas es independiente de la influencia de las otras dos, es decir, “controlar” la asociación de cada una de ellas con el ocultamiento y la incongruencia a iguales valores de cada una de las otras dos.

Las variables Sexo y Nivel Socioeconómico mostraron mantener independencia en su asociación con el ocultamiento y la incongruencia, pudiendo sostenerse, por tanto, que su efecto es *adicionable*. No ocurrió lo mismo en cambio con la variable Nivel Educativo, cuya relación con las variables dependientes se muestra contaminada por el nivel socioeconómico (esto es: a igual nivel socioeconómico, el nivel de escolaridad no discrimina entre mayor o menor ocultamiento y/o incongruencia). En consecuencia, la influencia del nivel de escolaridad sobre el ocultamiento y/o la incongruencia ha de ser materia de examen en cada estudio en particular, pero no puede postularse como un determinante constante del segmento eventualmente “cambiante” en sus intenciones de voto. La adición de las variables Sexo y Nivel Socioeconómico, en cambio, debiera permitirnos definir dicho segmento.

La combinación lógica de las variables Sexo y Nivel Socioeconómico da origen a seis categorías:

NIVEL SOCIOECONOMICO

		Alto	Medio	Bajo
SEXO	Hombre	1	3	5
	Mujer	2	4	6

Para establecer los puntajes de escala que corresponderían a cada combinación, sería preciso asumir un diverso *peso* explicativo de cada una de las variables. En términos de la tabla lógica de combinaciones señalada más arriba, uno puede postular que los puntajes se ordenan en forma vertical (como están puestos en el gráfico), si se supone que la influencia del nivel socioeconómico es más determinante que la influencia del

7. Aunque en cada una de ellas *uno* de los estudios muestra asociaciones menos significativas (caso del estudio de abril de 1988 para la variable Sexo, del segundo de septiembre de 1988 para la variable Nivel Socioeconómico, y del de agosto de 1988 para la variable nivel de escolaridad), se trata en todos estos casos de asociaciones que se mantienen en la *dirección* prevista, es decir, que *no refutan* las respectivas hipótesis.

género, o en forma horizontal, si se parte del supuesto contrario, y así en adelante. Más que cualquier manipulación estadística, lo que conviene en estos casos es una observación atenta de los datos: cuando se cruza la variable Sexo por la variable Ocultamiento y por la variable Nivel Socioeconómico, se aprecia en efecto que el peso de una y otra variable no sigue una lógica "horizontal" ni "vertical", sino, por decirlo así, "diagonal": el peso del nivel socioeconómico es mayor en los primeros tramos, descendiendo en los últimos, y lo contrario ocurre con la variable Sexo. Esto quiere decir que los niveles de ocultamiento e incongruencia son mayores entre el conjunto del estrato alto y el estrato medio que entre los hombres y mujeres del estrato alto (es decir: la similitud intra-estrato es mayor que la similitud intra-género), mientras en el otro extremo las diferencias pasan a ser mayores entre hombres y mujeres que entre los estratos medio y bajo (la similitud intra-género es mayor que la similitud intra-estrato). Si quisiéramos expresar en términos similares a nuestra tabla lógica de combinaciones de arriba los puntajes de una *escala de distancia social a la política*, encontraríamos que la distribución de dichos puntajes debiera ser la siguiente:

NIVEL SOCIOECONOMICO

		Alto	Medio	Bajo
SEXO	Hombre	1	3	4
	Mujer	2	5	6

Esta escala, que define los *nuevos segmentos* a partir de los cuales hemos de analizar la intención de voto, debiera ser la que nos permita estudiar el voto desde el punto de vista de su *segmentación social* y no sólo desde su segmentación política. Llamaremos por eso a esa escala, *Distancia Social a la Política*.

La distancia social a la política estructura efectivamente una escala, que ordena a los seis estratos que distingue desde una mayor "cercanía" a la política (menor incongruencia y menor ocultamiento) a una mayor "lejanía" de la misma (mayor incongruencia y mayor ocultamiento).

Siendo esto así, podemos buscar cuál es el *segmento* dentro de la escala de distancia social a la política que nos permita focalizar el estudio del voto cambiante. Tratándose efectivamente de una escala, el estrato superior (donde se reúne la mayor proporción de ocultamiento e incongruencia) debiera arrojarnos la proporción mínima de la muestra en que se concentra la proporción mayor de ocultamiento e incongruencia. Para fines comparativos, sin embargo, conviene trabajar con una agrupación de estratos que asegure una proporción suficiente de la muestra como para estar seguros de que las diferencias entre individuos son menos relevantes que las diferencias entre segmentos. El segmento que nos interesa debiera ser definido, pues, como el *agrupamiento mínimo de estratos de la escala que, reuniendo al menos un tercio de los casos de las muestras, asegura al mismo tiempo la mayor proporción de ocultamiento e incongruencia*. Encontramos que esta condición se cumple agrupando, por un lado, los dos tramos superiores de la escala: mujeres de los estratos socioeconómicos bajo y medio, que llamaremos Segmento, por un lado, y el resto de la muestra por el otro, que podemos llamar No-Segmento.

La comparación del Segmento con el total de la muestra deja pocas dudas de que es el Segmento (mujeres de estratos bajos y medios) el que concentra los mayores niveles de incongruencia y ocultamiento, aun si se incluyen grandes agrupamientos, como en el caso de los cuadros anteriores (que resumen todos los grados de incongruencia y ocultamiento en una sola categoría): en lo que se refiere a la incongruencia, se encuentra en noviembre de 1987 que 78 por ciento del Segmento manifiesta algún grado de incongruencia, frente a 69 por ciento en la muestra total; en abril, 43 por ciento del Segmento muestra incongruencia, frente a 40 por ciento de la muestra; en mayo, 66 por ciento del Segmento frente a 55 por ciento de la muestra; en julio, 53 por ciento del Segmento frente a 47 por ciento de la muestra; en agosto, 42 por ciento del Segmento frente a 35 por ciento de la muestra; en los dos estudios de septiembre, 43 y 45 por ciento del Segmento presentan incongruencia, frente a 35 y 36 por ciento respectivamente de la muestra total. Algo similar ocurre con el ocultamiento, con marcas para el Segmento y la muestra respectivamente de 84-74 en noviembre de 1987, 50-46 en abril, 77-71 en mayo, 52-46 en julio, 39-31 en agosto, 34-26 en el primer estudio de septiembre y 32-27 en el segundo estudio de septiembre de 1988.

Se trata aún, es cierto, de un segmento muy amplio (cercano a 40 por ciento de la muestra en todos los casos), y ciertamente podría afinarse más su identificación mediante otras variables siguiendo la dirección de la hipótesis general: por ejemplo, si dentro del segmento (constituido enteramente por mujeres) se introduce la diferenciación entre las mujeres que realizan *sólo labores del hogar* y aquellas que además realizan alguna actividad laboral fuera del hogar, la proporción de incongruencia y ocultamiento se inclina claramente hacia las primeras.

Otro tanto ocurre si, por ejemplo, en el caso de los hombres del nivel 4 de la escala se introduce la diferenciación ente ocupados y desocupados. Pero, así en el caso de estas variables como en el de otras que podrían agregarse, no disponemos de datos suficientemente *homogéneos* a lo largo de todas las mediciones para afinar la definición del segmento a un grado óptimo; parece preferible, en consecuencia, mantener la definición simple del segmento eventualmente "cambiante" para observar en qué medida se concentra efectivamente en él, más que en cualquier otro, la tendencia al cambio en la intención de voto en la elección siguiente.

3. SEGMENTACIÓN SOCIAL DEL VOTO CAMBIANTE

Para saber si la segmentación social del ocultamiento y la incongruencia funciona efectivamente como un buen predictor del *voto cambiante*, necesitamos antes que nada cambiarnos de elección. En nuestro caso, las condiciones de experimentación parecen óptimas, dado que a sólo un año y dos meses del plebiscito presidencial de 1988 siguió una elección presidencial y parlamentaria, como consecuencia precisamente del triunfo de la alternativa NO en el plebiscito. Durante ese año, las encuestas del grupo CIS continuaron aplicando una metodología igual a la del año anterior.

Como punto de comparación tomamos la encuesta de agosto de 1989, por varias razones: en primer lugar, se trata de una encuesta con un amplio número de casos (2.400), lo que permite una adecuada segmentación en su interior; en segundo lugar, sus resultados fueron coincidentes en cuanto a la predicción del resultado de la elección (aplicando las ponderaciones pertinentes) con las tres encuestas que la siguieron y con el resultado de la elección misma (estas cuatro encuestas previeron un

resultado nacional de más menos 55 por ciento para Aylwin, 30 por ciento para Büchi y 15 por ciento para Errázuriz, lo que permite suponer una adecuada relación entre actitudes y comportamiento efectivo del electorado; en tercer lugar, en esta encuesta se incluyeron dos preguntas claves para nuestros propósitos: una sobre el *grado de interés en la política* del entrevistado, y otra sobre *cómo votó el entrevistado en el plebiscito* del año anterior; al mismo tiempo, esta encuesta estuvo principalmente orientada a medir el grado de firmeza del voto de cada una de las opciones presidenciales, lo que permitió calificar precisamente las respuestas a esas mismas preguntas.

Segmentación social del interés por la política

Si la segmentación social del ocultamiento y la incongruencia efectivamente median una *distancia social a la política*, ello debía reflejarse, según vimos, en un creciente desinterés por la política a medida que se avanzaba en la escala. Puede verse que esto ocurre efectivamente así cuando las variables de segmentación social se cruzan con la variable Interés por la Política: en el cuadro sintético, observamos que 60 por ciento del Segmento lejano a la política manifiesta tener por ella un bajo interés, mientras lo contrario ocurre con el No-Segmento, es decir, con el segmento social que suponíamos más cercano a la política debido a sus menores grados de ocultamiento e incongruencia.

Pero esto ocurre no sólo con los resultados agregados de la medición sintética, sino que el grado de interés por la política se escala también claramente a lo largo de la más amplia Escala de Distancia Social a la Política: la proporción de entrevistados con Alto Interés va descendiendo consistentemente a medida que avanzamos en la escala, según se muestra en el Cuadro siguiente:

Cuadro 3. *Interés en la política según distancia social a la política (agosto, 1989)*

Nº de Casos % Fila % Columna	Distancia social a la política (Puntajes de la Escala)						TOTAL
	Cercanía 1	2	3	4	5	Lejanía 6	
Interés alto	197	194	136	293	118	261	1.200
	16,5	16,2	11,3	24,5	9,8	21,7	50,0
	72,1	54,2	60,9	49,1	44,1	38,4	
Interés bajo	77	164	87	304	149	418	1.200
	6,4	13,7	7,3	25,4	12,5	34,8	50,0
	27,9	45,8	39,1	50,9	55,9	61,6	
TOTAL	274	359	224	598	267	679	2.400
	11,4	14,9	9,3	24,9	11,1	28,3	100,0

Hasta el momento hemos estado hablando del voto incongruente y del voto oculto, bajo el supuesto de que estas dos dimensiones encontrarían alta correlación con el *voto cambiante* entre una elección y otra. Para saber si esto es efectivamente así, debemos ahora antes que nada definir el *voto cambiante*.

En la encuesta de agosto de 1989 se preguntó, como ya indicamos, acerca de la forma como los electores habían votado en el plebiscito del año anterior. En ésta, como en otras encuestas, nos encontramos frente a esta pregunta con un grado de ocultamiento (y/o eventualmente de distorsión) cercano a 15 por ciento (10,4 por ciento señaló haber "votado en blanco" en el plebiscito, y otro 10,6 por ciento dijo "no haber votado"; pero, efectivamente, sólo 5 por ciento de la masa votante de 1989 eran votantes nuevos en 1989, es decir, adquirieron su ciudadanía entre el plebiscito y la elección presidencial (la abstención real entre la gente habilitada para votar en el plebiscito de 1988 no alcanzó, en las ciudades que sirvieron de base a la muestra, a 2 por ciento). Como ya indicamos, sin embargo, la encuesta de agosto de 1989 estuvo casi enteramente dedicada a medir el grado de firmeza del voto por las distintas alternativas presidenciales, lo que incluyó una amplia serie de preguntas acerca de la aceptación o rechazo del gobierno que expiraba (el del general Augusto Pinochet). El grado de *coherencia* en la aceptación o rechazo al gobierno de Pinochet, y a la coalición de partidos democráticos que expresaba a la oposición a ese gobierno, nos permitió calificar las respuestas evasivas que se expresaron como "voto en blanco"; considerando, por otra parte, la prácticamente insignificante abstención entre la población en edad de votar en el plebiscito presidencial de 1988, la edad nos permitió distinguir el "voto nuevo" efectivo de las respuestas evasivas que se manifestaron como "no votó", y la coherencia en los cuadros actitudinales nos permitió asignar estas formas de ocultamiento. (Aun cuando para estas asignaciones empleamos una gran cantidad de preguntas de la encuesta, la pregunta clave en este sentido fue: "De acuerdo con su forma de pensar y de sentir, ¿quién le daría más confianza para el futuro de Chile: un gobierno encabezado por la oposición al actual gobierno, o un gobierno encabezado por partidarios del actual gobierno?").

Construimos así la variable Voto en el Plebiscito, que arrojó los siguientes resultados para la muestra en su conjunto:⁸

VOTO EN EL PLEBISCITO

	Frecuencia	Porcentaje
Votó SI	872	36,3
Votó NO	1.363	56,8
Votó blanco	61	2,5
No votó	104	4,3
TOTAL	2.400	100,0

8. En términos ponderados, ello habría significado un resultado plebiscitario de más menos 60 por ciento para el NO y 40 por ciento para el SI en el conjunto de Santiago, Valparaíso y Concepción. El resultado efectivo en la agregación de estas tres ciudades fue de 58 por ciento para el NO y 42 por ciento para el SI, descontando votos blancos y nulos.

Para identificar el voto efectivamente cambiante, debíamos confrontar estos resultados con la intención manifiesta de voto para la elección presidencial de 1989. El Cuadro es el siguiente:

Cuadro 4. Voto en el plebiscito según intención de voto presidencial en 1989

N° de Casos % Fila % Columna	Intención de voto presidencial				
	Aylwin	Büchi	Errázuriz	NS-NR	TOTAL
Votó SI	145	501	93	133	872
	16,6	57,5	10,7	15,2	36,3
	10,5	89,9	45,9	50,6	
Votó NO	1.149	48	85	80	1.363
	84,3	3,5	6,3	5,9	56,8
	83,5	8,6	42,0	30,6	
Votó blanco	10	7	9	36	61
	15,6	11,6	14,4	58,4	2,5
	0,7	1,3	4,3	13,6	
No votó	73	2	16	14	104
	70,1	1,5	15,3	13,1	4,3
	5,3	0,3	7,8	5,2	
TOTAL	1.377	558	203	262	2.400
	57,4	23,2	8,5	10,9	100,0

A partir de esta tabulación, definimos la variable Cambio de la siguiente manera:

- Dijimos que *reafirman su voto* del plebiscito aquellos electores que habiendo votado NO en esa ocasión manifiestan su intención de votar por Aylwin (el candidato de la oposición a Pinochet) en la elección presidencial, y a quienes habiendo votado SI en el plebiscito manifiestan su intención de votar por Büchi (el candidato de las fuerzas del gobierno) a Presidente;
- Que *cambian su voto* quienes habiendo votado NO optan ahora por Büchi o Errázuriz, o habiendo votado SI optan ahora por Aylwin o Errázuriz, o habiendo votado en blanco en el plebiscito tienen ahora una opción clara por uno de los tres candidatos;
- Que *ocultan su voto* quienes dijeron no saber por quién votar en la elección presidencial, o se negaron a responder a esta pregunta. Y, por último,

- Llamamos *votantes nuevos* a los que no votaron en el plebiscito. La distribución de los casos según esta variable fue la siguiente:

CAMBIO		
	Frecuencia	Porcentaje
Oculto	262	10,9
Cambia	397	16,5
Reafirma	1.650	68,8
Voto nuevo	90	3,8
	2.400	100,0

Si se confronta esta variable con la variable Segmento, que sintetiza la escala de distancia social a la política, podemos ver que *el voto cambiante se concentra efectivamente en el segmento social más distante a la política* (como también el nuevo voto oculto):

Más de la mitad del voto cambiante proviene del segmento social más distante a la política, y constituye casi un cuarto de éste (y sólo 16,5 por ciento de la muestra). Quienes reafirman su voto, por el contrario, se concentran mucho más claramente en el No-Segmento, es decir, en los escalones de mayor cercanía a la política.

Si observamos ahora la distribución más amplia a lo largo de la escala de distancia social a la política, vemos que el *ocultamiento* se distribuye en forma creciente a lo largo de ella (en el escalón más "cercano" sólo 1,3 por ciento oculta su intención de voto, y esta proporción va creciendo claramente hasta alcanzar 14 por ciento del escalón más "lejano" a la política). La distribución del voto cambiante no crece de manera igualmente armónica, aunque alcanza sin duda sus mayores marcas en los últimos dos tramos de la escala (precisamente aquellos que constituyen nuestro "segmento"). (Véase Cuadro 5.)

Esto indica con claridad que *el voto cambiante puede ser localizable dentro de la estructura social*, y no es un fenómeno de ocurrencia igualmente probable en cualquier estrato o grupo.

La conclusión está lejos de ser accesorio: la aspiración a localizar *socialmente* las inclinaciones electorales fue el gran *leit motiv* de la sociología electoral de la primera hora (principalmente americana), como lo había sido antes de la geografía electoral europea (principalmente francesa). Esta aspiración tendió luego a ser progresivamente desplazada por el predominio de modelos *políticos* (más que "sociales") de predicción de los comportamientos, precisamente porque los modelos que vinculaban la conducta electoral a las raíces sociológicas de los distintos segmentos del electorado podían difícilmente explicar los *cambios* que efectivamente ocurrían de una elección a otra, sin cambios concomitantes en la estructura social.

Nuestra conclusión, en este sentido, viene a ser muy similar a la de los primeros trabajos de la sociología electoral americana, como la resumiera H. Zetterberg en un célebre artículo:

Los ideólogos democráticos han glorificado al votante que primero escucha todos los argumentos y luego decide su voto con entera independencia. Los estudios electorales de Lazarsfeld y otros ("The People's Choice", 1948) y de Berelson y otros ("Voting", 1954) muestran que las presiones grupales determinan en la mayor parte de los casos el voto, y que el votante que no toma su decisión sino hasta el final de la campaña es probablemente el menos informado y el más confundido de todos.

(A Guide to American Sociology, 1955)

Nuestra valoración sería, sin embargo, probablemente distinta: si efectivamente son los grupos sociales más lejanos a la política —los grupos más marginales a su proceso de toma de decisiones y a las oportunidades que de ellas pueden derivarse— quienes forman la principal masa donde se concentra el voto cambiante, las elecciones pueden llegar a ser entonces efectivamente un contrapeso a la marginalidad en que se vive entre elección y elección. Y la conciencia de este poder —por pequeño que sea— frente a los actores centrales del mundo político, puede lograr momentos en que "los últimos pasen a ser los primeros".

Cuadro 5. Cambio según escala de distancia social a la política

Nº Casos % Fila % Columna	Distancia social a la política (Puntajes de la Escala)						TOTAL
	Cercano					Lejano	
	1	2	3	4	5	6	
Cambio							
Oculto	4	35	24	69	36	95	262
	1,4	13,5	9,1	26,2	13,7	36,1	10,9
	1,3	9,9	10,7	11,5	13,4	14,0	
Cambia	42	54	26	63	65	148	397
	10,5	13,5	6,4	16,0	16,3	37,3	16,5
	15,2	15,0	11,4	10,6	24,2	21,8	
Reafirma	223	269	159	418	164	417	1.650
	13,5	16,3	9,6	25,3	9,9	25,3	68,8
	81,2	75,1	71,2	69,9	61,3	61,5	
Voto nuevo	6	15	48	3	18	90	
	6,9	0,4	16,4	53,1	2,9	20,3	3,8
	2,3	0,1	6,6	8,0	1,0	2,7	
TOTAL	274	359	224	598	267	679	2.400
	11,4	14,9	9,3	24,9	11,1	28,3	100,0

Chi-cuadrado

G.L.

Significación

140,80475

15

0,0000

Si los grupos donde se concentra el voto cambiante claramente no están organizados como "consumidores" en el mercado político, ¿se encuentran actualmente —o se han encontrado en el pasado inmediato— más cercanos a algún tipo de "oferta" política específica?

En documentos de trabajo anteriores⁹ hemos indicado que, desde el punto de vista de la geografía electoral, existe base razonable para afirmar que: i), el voto cambiante (y, más en general, el "voto atípico") tiende a ser más característico de las comunas en que se aprecian índices más claros de atraso y marginalidad socioeconómica; y que ii) tendió a ser al mismo tiempo el tipo de comunas donde el nacional-populismo ibañista de los cincuenta encontró su más neta implantación electoral. Si la evidencia de esos estudios se aprecia en conjunto con la que aporta el presente, parecería razonable hipotetizar que el electorado cambiante —y su encarnación social, el segmento de mayor distancia social a la política—, en la medida en que no se organiza como "demanda" política, se acerca a un tipo de oferta política antipartidista. Dos aspectos en nuestros datos tenderían a apoyar una hipótesis como ésta, y conviene señalarlos aquí, aun cuando no forman parte de su materia específica:

Obsérvese, en primer lugar, que 60 por ciento del voto cambiante (y 50 por ciento del nuevo voto oculto) provenía de la alternativa SI en el plebiscito presidencial de 1988, es decir, fueron electores que finalmente respaldaron la aspiración del general Pinochet (cuyo discurso principal se dirigía en contra de "los señores políticos") a continuar en el poder.

Cuadro 6. Voto en el plebiscito según cambio

Voto en el plebiscito	Cambio				TOTAL
	Nº Casos	% Fila	% Columna		
	Oculto	Cambia	Reafirma	Voto nuevo	
Votó SI	133	238	501		872
	15,2	27,3	57,5		36,3
	50,6	60,0	30,4		
Votó NO	80	133	1,149		1,363
	5,9	9,8	84,3		56,8
	30,6	33,6	69,6		
Votó blanco	36	25			61
	58,4	41,6			2,5
	13,6	6,4			
No votó	14			90	104
	13,1			86,9	4,3
	5,2			100,0	
TOTAL	262	397	1,650	90	2,400
	10,9	16,5	68,8	3,8	100,0

En segundo lugar, puede observarse que, de los tres candidatos presidenciales de 1989, aquel que tiene una mayor proporción de votantes "lejanos" relativamente al total de su votación es el candidato Errázuriz, precisamente aquel que no era apoyado por ningún partido político formal de los llamados "tres tercios" de la política chilena (aunque sí por un movimiento del que participaban antiguos ex ibañistas).

Cuadro 7. *Intención de voto según segmento de distancia social a la política (agosto 1989)*

Intención de voto	Segmento de distancia social a la política		
	Cercano	Lejano	TOTAL
Aylwin	838	539	1.377
	60,8	39,2	57,4
	57,6	57,0	
Búchi	368	190	558
	66,0	34,0	23,2
	25,3	20,0	
Errázuriz	117	87	203
	57,4	42,6	8,5
	8,0	9,2	
NS-NR	131	131	262
	50,2	49,8	10,9
	9,0	13,8	
TOTAL	1.454	946	2.400
	60,6	39,4	100,0

Debido a lo minoritario del voto por Errázuriz, esta relación puede considerarse a primera vista poco significativa; sin embargo, sólo este candidato muestra un porcentaje del voto "lejano" superior al de la muestra; esto puede apreciarse mejor aún si cada uno de los "segmentos" (cercano y lejano a la política por su posición social) es controlado por la variable Interés por la Política: se aprecia entonces claramente que, de los tres candidatos, Errázuriz es el que tiene en su favor más desinteresados por cada interesado en la política (tanto cuando se miran sintéticamente los segmentos, como cuando se observa la totalidad de la escala).

Cuadro 8. *Intención de voto según interés en la política y segmento*

	No-Segmento (Cercano)			Segmento (Lejano)		
	Interés			Interés		
	Alto	Bajo		Alto	Bajo	
Aylwin	555 66,3 67,6	282 33,7 44,6		256 47,5 67,6	283 52,5 49,9	
Büchi	178 48,3 21,7	190 51,7 30,1		62 32,9 16,5	127 67,1 22,4	
Errázuriz	49 41,7 5,9	68 58,3 10,8		30 34,2 7,8	57 65,8 10,0	
NS	39 29,9 4,8	92 70,1 14,6		31 23,6 8,1	100 76,4 17,6	
TOTAL	821 56,5	633 43,5		379 40,0	567 60,0	

4. CONCLUSIONES

El estudio del electorado cambiante a partir del análisis de una serie de encuestas políticas permite derivar algunas conclusiones relevantes:

1. El voto cambiante es una característica de una minoría del electorado; esta minoría no se encuentra entre la gente más informada, interesada y participante en las cuestiones públicas, sino entre los grupos más marginales a la política. Este dato ha sido utilizado como una crítica al sistema democrático, por contravenir el modelo del "elector racional" que sólo decide luego de conocer detalladamente las alternativas en juego; a nuestro juicio, sin embargo, puede verse también en él una de las principales virtudes del sistema democrático: el grupo más marginal a la toma de decisiones entre elección y elección es el más decisivo en las elecciones mismas, y ello es sin duda un contrapeso a las tendencias oligárquicas del ejercicio de la política, que no se encuentra en otros sistemas.
2. El análisis revela que existe una correspondencia entre la marginalidad política y la marginalidad social.
3. La posición respecto a la política es una de las dimensiones que revela con mayor nitidez la situación de marginalidad de la mujer en la sociedad. La doble

marginalidad (mujer/estrato pobre) implica la mayor distancia social a la política; tratándose de una marginalidad respecto de la cosa pública, no sorprende encontrar que ella es aun más patente en las mujeres que solamente realizan labores de hogar.

4. La lejanía de este segmento social a la política se traduce en una cercanía a los movimientos que rechazan la política como ejercicio partidario-representativo, pudiendo aparecer como uno de los apoyos habituales del autoritarismo. Esta tendencia no parece, sin embargo, consustancial a la marginalidad política: se trata de una conducta expresiva de castigo al sistema partidario, pero que bien podría ser reemplazada por una conducta de negociación, si los grupos marginales a la política tuvieran suficiente conciencia de su papel decisivo en las elecciones.

Tanto desde un punto de vista práctico como teórico, la búsqueda de los determinantes sociales (y no sólo psico-políticos) del comportamiento político es de una obvia importancia. Más aún si se trata de conductas que deciden cuestiones de alta trascendencia histórica, como puede ser el caso de los "votantes cambiantes".

Para cualquier político práctico, resultará evidentemente más fácil y significativo saber que tiene que conquistar la adhesión de amas de casa del estrato socioeconómico medio-bajo y bajo, que proponerse conquistar la adhesión de "personas a quienes la política les interesa muy poco": en el primer caso tiene un grupo positivamente definido; en el segundo, uno definido por negación; en el primer caso puede conocer los problemas principales que afectan al grupo, en el segundo, muy difícilmente; en el primer caso puede focalizar sus decisiones y mensajes; en el segundo, definitivamente no; y así sucesivamente.

Y desde el punto de vista teórico esto es igualmente relevante: la democracia puede asimilarse tanto a una representación efectiva de los intereses sociales en el plano de las decisiones estatales, como a un continuo ejercicio simbólico y gestual de miembros de una misma élite dominante que compiten por el favor de un público indiferente. Y es obvio que una y otra cosa no tienen el mismo valor, ni pueden fundamentarse en los mismos principios.

Estructuras y militancias del Partido Demócratacristiano y el Partido Por la Democracia.

Un estudio comparativo

Alvaro Böhme
Carmen Barrera
Investigadores de SUR

A fines de 1988, el sistema político chileno era una gran caja de preguntas. Aparecían nuevos actores, con promisorios proyectos de renovación y reconstitución de la vida partidaria nacional. Los antiguos, reapareciendo plenamente en escena, por fin nos completarían la panorámica de sus cambios, de sus nuevas propuestas. ¿Cómo enfrentarían estos actores el proceso electoral que se avecinaba, qué elementos serían los que perfilarían finalmente a sus militancias? Estas preguntas motivaron el trabajo que se expone a continuación. La primera parte contiene resultados de un estudio etnográfico de seis campañas parlamentarias, tres en la DC y tres en el PPD. La segunda informa sobre los resultados de los grupos de conversación realizados en las militancias de ambos partidos, destinados a identificar sus perfiles socioculturales.

I

COMANDOS DE CAMPAÑA DC Y PPD TRADICION Y MODERNIDAD

En Chile, históricamente, los partidos políticos han desarrollado una dinámica de participación activa y permanente, expresada en orgánicas fuertes y extendidas, desarrollos ideológicos diversos, identificables culturas políticas y raigambre social. Hoy día, estos patrones parecen estar cambiando a la luz de lo que se denomina "modernización política" o "nueva forma de hacer política". Esta "modernización" implica un cambio concreto en la forma de establecer las relaciones entre los políticos y sus representados, y se ha expresado en el tipo de estructura de los Comandos de Campaña de los candidatos "modernos".

Este artículo es uno de los productos de la investigación «El centro político en la transición a la democracia», propuesta a la Fundación Ford por Eugenio Tironi como investigador responsable. Por compromisos laborales con el gobierno democrático, Eugenio Tironi se alejó de este trabajo y, no obstante su autoría inicial, no es responsable de los resultados que aquí se exponen, ni de la interpretación que se hace.

Por otro lado, los partidos tradicionales, aunque han incorporado elementos modernizantes y especialmente técnicos en sus estructuras de campaña política, no han efectuado cambios fundamentales que impliquen una transformación en el tipo de relación de poder.

Presentamos a continuación los conceptos que sirven para diferenciar entre una y otra forma de organización, y cómo se expresaron los dos tipos de estructura en la dinámica electoral, particularmente los casos de los partidos Demócrata Cristiano y Por la Democracia, que son dos buenos ejemplos de "tradición" y "modernidad".

Nuestra conclusión es clara: hay dos formas de enfrentar el proceso político. Una de ellas monta un andamiaje orgánico ad hoc para las campañas, caracterizado por un énfasis en la relación contractual entre los participantes y candidatos. La otra pone énfasis en la pertenencia al grupo o partido, buscando el favor voluntario de los participantes. Las dos formas pueden ser efectivas (y así se pudo demostrar en las pasadas elecciones). El problema está en que esa efectividad se pueda mantener en el tiempo.

A. ESTRUCTURA DE PARTIDOS POLITICOS

Maurice Duverger (*Los partidos políticos*, México: FCE, 1957) clasifica los partidos políticos desde el punto de vista de su origen, estructura y tipo de afiliación. Para nuestros fines, lo más relevante es la *estructura*, por lo que basaremos nuestro análisis en tal sentido.

De acuerdo con su estructura, Duverger diferenció entre partidos de "cuadros" y de "masas". Esta diferenciación permite caracterizar el tipo de relaciones presentes tanto al interior de los partidos, como en la dinámica de representación dada con el electorado. Finalmente, de esta dinámica va a depender la orientación que un partido pueda llegar a desarrollar en el tiempo, su cultura política, el grado de raigambre social, la intencionalidad de sus líderes y otras consideraciones, posibles a través del análisis del tipo de rituales políticos que desarrollan y del electorado que lo apoya.

1. PARTIDO DE MASAS

Un partido de masas es aquél que realiza un trabajo de formación de su militancia para "sacar de ella una élite capaz de tomar en sus manos el gobierno y administración del país" y que, además, se financia con los aportes de sus militantes, evitando de ese modo la dependencia frente a capitalistas o empresarios que habitualmente apoyan condicionadamente a los partidos y las elecciones.

Esta concepción se generalizó después del advenimiento del sufragio universal. Responde al esquema adoptado por los partidos socialistas europeos, especialmente el francés, cuyo objetivo era contar con un partido libre de las presiones de los intereses económicos, que pudiera llegar a ser una opción de poder real. Esto implicaba un trabajo de formación de líderes locales y de base que representaran en forma efectiva los intereses populares; para el ingreso de los militantes era necesario solamente tener la voluntad de integrarse. En resumen, un partido abierto, con sistemas para permitir escalar a posiciones de poder a personas que jamás podrían llegar a tenerlo en un partido tradicional (de "notables"). Es el tipo de partido más reciente, de "creación externa" al parlamento.

Partidos de cuadros, en cambio, son aquéllos en que se trata de "reunir notables, para preparar las elecciones, conducirlos y mantener el contacto con los candidatos". Duverger menciona tres tipos de notables: notables influyentes, que son aquellos personajes importantes que dan fe de la calidad del o los candidatos; notables técnicos, encargados de conducir y organizar una campaña electoral; y notables financieros, que financian los gastos de las campañas y del funcionamiento de un partido.

En los partidos de cuadros —en su forma pura—, por lo tanto, no hay miembros, sólo cuadros; sin embargo, es difícil concebir un partido de masas o de cuadros en su forma pura.

Un partido de cuadros podría caracterizarse como un partido de personas que, ocupando posiciones de poder en un sistema más o menos democrático, necesitan legitimar periódicamente ese poder a través de elecciones. Para ello poseen cuadros técnicos capaces de organizar elecciones en cortos períodos de tiempo, a través de un montaje electoral bien financiado.

B. LOS PARTIDOS EN ESTUDIO (DC Y PPD): ¿DE MASAS O DE CUADROS?

1. EL PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO (DC)

Diferentes aspectos de la DC llevan a la conclusión de que estructuralmente es un partido de masas. Cabe mencionar los siguientes:

- a) Posee sistemas de afiliación individual y libre: El ingreso implica un período de premilitancia de un año, durante el cual se entrega al premilitante una formación básica sobre la doctrina y la estructura del partido. Este período de preparación no debe considerarse como una limitación a la afiliación, por cuanto el sistema está virtualmente abierto a cualquier solicitud. Doctrina y estructura partidaria son dos pilares básicos en la DC.
- b) Tiene sistemas de formación y una institución especializada e independiente del partido (el ICHEH, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos), que entrega la formación para todos los niveles del partido. La Junta Nacional del partido decide los criterios de esa formación.
- c) La estructura del partido, de alcance nacional, con presencia en 311 comunas (más de 90 por ciento del total nacional), permite encarar las labores de formación doctrinaria e ideológica, actuar mancomunadamente en elecciones y tener representantes en todos los frentes sociales y gremiales importantes de Chile, así como en las organizaciones comunitarias y locales. De éstas incluso puede considerarse un gestor importante desde la época de la Promoción Popular, durante el gobierno de Frei.
- d) La estructura admite el ascenso de líderes locales hacia representaciones en la cúpula del partido, hecho refrendado por la presencia de líderes sindicales y provinciales en la Junta y el Consejo Nacional del partido, así como en cargos parlamentarios. Este hecho no niega, sin embargo, que pueda considerarse un

partido con una jerarquía y una tradición de autoridad fuerte, que ha sido comparada con la jerarquía eclesiástica por uno de sus fundadores.

- e) Existen sistemas de pagos de cotizaciones para los militantes, pero los sistemas siempre han resultado difíciles de implementar con éxito. En la práctica, el partido es financiado con el aporte de los militantes con más recursos económicos. Además, en períodos de campaña, cada candidato busca obtener sus propios financiamientos a través de los más diversos modos: utilizando recursos propios, de amigos (muy usado) y solicitando la ayuda de empresarios (muchas veces coinciden estas dos últimas opciones).

Los puntos precedentes ponen de manifiesto que el sistema de financiamiento no está exento de peligros de control económico externo, y que la existencia de un período de premilitancia pondría una cierta limitación a la entrada al partido; los demás rasgos afirman la hipótesis de que la estructura del Partido Demócrata Cristiano es de “masas”.

2. EL PARTIDO POR LA DEMOCRACIA (PPD)

¿Por qué decir que el PPD es un partido de notables? En el primer capítulo, expusimos que en un partido de notables se trata de reunir tres tipos de notables: influyentes, técnicos y financieros.

Según los resultados que arroja esta investigación, este patrón es tan exacto, que parece que el concepto duvergieriano hubiese sido utilizado como modelo para la construcción del PPD; esto no es extraño, pensando en que esa es la forma correcta de actuar cuando se requiere efectividad en un corto tiempo, como fue en este partido, creado en forma funcional a la campaña plebiscitaria que decidiría el fin del régimen militar. Veamos:

- a) La estructura del PPD, a pesar de la gran cantidad de inscritos (90 mil), no es fuerte, sino apenas incipiente. Es un partido nuevo, que nació por la iniciativa de un grupo de dirigentes, y que creció muy rápidamente en adhesiones; sin embargo, el contacto entre las bases comunales y la cúpula partidaria es prácticamente nulo. Los dirigentes actúan muchas veces sin observar las decisiones partidarias, o simplemente ignorándolas. Esta tendencia se ve muchas veces agravada por la usual doble militancia de sus dirigentes, pertenecientes al Partido Socialista y al PPD.
- b) El financiamiento de las campañas se realizó por la vía de los aportes internacionales a la causa democrática chilena, por “notables financieros” y por los propios candidatos. En la actualidad se intenta financiar el partido a través de aportes de los militantes profesionales, considerados con más recursos, y se sabe que a niveles comunales se realizan cobros de cuotas, pero los sistemas implementados no han dado resultado y el financiamiento sigue siendo un problema por solucionar.
- c) El PPD no tiene un sistema de formación que entregue a sus militantes conceptos políticos, doctrinales o ideológicos. Recién en 1991 se está en camino de aprobar una comisión de formación de la militancia que apunte principalmente sus esfuerzos al problema municipal, con lo cual se estaría continuando con un trabajo que comenzó en 1990, con la entrega de cartillas sobre el tema.

Sobre otros contenidos de corte más ideológico, como el desarrollo del concepto de "democracia", al que le debe su nombre, todavía no se ha realizado nada.

Con estos antecedentes sólo resta exponer los resultados, que sugieren que el desarrollo político de los partidos modernos requiere de una inserción social amplia y una organización capaz de canalizar votos sobre la base de la participación voluntaria de personas comprometidas con la causa.

C. EL COMANDO DE CAMPAÑA

El Comando de Campaña es el grupo encargado de planificar, programar y ejecutar la promoción, socialización y, en general, todas las actividades de campaña electoral de un candidato. Pueden integrarlo personas nombradas por el propio candidato o designadas por el partido político al cual pertenece. En él se distinguen dos tipos o clases de miembros:

- a) Personas que libremente participan y se asocian entre sí para conseguir un objetivo común, a los que llamamos "voluntarios"; éstos conforman la periferia creyente del candidato y/o la propuesta que éste representa.
- b) Personas que han sido designadas para realizar dicha tarea, a los que llamamos "funcionarios"; existen "funcionarios de confianza" y "funcionarios operativos".

Se estudiaron seis campañas. Tres del PPD: José Antonio Viera-Gallo en Concepción, y Ricardo Lagos y Jorge Schaulsohn, en Santiago; y tres de la DC: José Miguel Ortiz en Concepción, y Andrés Zaldívar y Luis Pareto en Santiago.

1. COMANDOS DE LOS CANDIDATOS PPD

a. *Comando de José Antonio Viera-Gallo (PPD, Concepción)*

Estructuralmente contó con tres niveles de decisiones. Un primer nivel de funcionarios de confianza, constituido por técnicos y políticos santiaguinos, que delinearon la campaña en lo modular: publicidad, planificación del comando, estructura de trabajo en terreno y estudios; un equipo de funcionarios operativos, que ejecutó las actividades y estableció la relación con el tercer nivel, de propaganda y trabajo territorial.

Nivel 1: Equipo de confianza

Este equipo tuvo la responsabilidad de dirigir la campaña, delinear la política general y supervisar el trabajo del equipo local (Concepción). En los términos definidos por Lomnitz ("Consideraciones en torno al ordenamiento y sentido de los actos públicos de la campaña presidencial del Partido Revolucionario Institucional de México, 1988, policop.), correspondía al equipo de "hombres de confianza", en este caso un número muy reducido, y mantenía una relación fundamentalmente contractual con el comando, ligada al cumplimiento de funciones técnicas.

Nivel 2: Equipo de operación

Constituido según dos criterios. Uno técnico, ligado a la necesidad de eficiencia; y uno político, orientado a que la capacidad técnica fuera factible de llevar a la práctica en el contexto político de la zona. El resultado fue un grupo de profesionales de Concepción, militantes de los partidos que apoyaron la campaña: PS-Almeyda, PS-PPD, MAPU, un independiente técnico ligado al socialismo y una periodista con amigos en los medios de comunicación. Esta forma de constitución favoreció una relación más o menos fluida con los políticos de la zona, los cuales dieron su aval político al candidato en los actos de proclamación.

Nivel 3: Equipo de Propaganda

Constituido por jóvenes pobladores y estudiantes universitarios que, encargados de salir a rayar las paredes públicas, pegar afiches, pintar lienzos, etc., trabajaban día y noche. No tenía poder de decisión alguno; eran militantes de izquierda, principalmente comunistas y socialistas. En este nivel estaban también los comandos de barrios.

Con esta estructura, Viera-Gallo logró sortear dos problemas: uno *electoral*: no ser de la zona o, peor, ser de Santiago; y uno *político*: haber sobrepasado la decisión de la directiva del PPD de la zona de presentar a otros dos precandidatos, que no fueron aceptados por la Directiva Central del PPD.

La superación de estos dos serios problemas fue posible gracias a dos factores:

- a) *Eficiencia de la estructura*, que supo equilibrar la incorporación de cuadros técnicos y cuadros político-técnicos locales, con comandos territoriales creados específicamente para la campaña.
- b) La coherencia y sincronización comunicacional entre la *publicidad* y la *relación directa* con el público. La publicidad dio a conocer al candidato muy tempranamente, y luego, con su estructura consolidada, realizó una campaña con gran despliegue de personas y presencia física del candidato en los barrios (puerta a puerta). Así, desde el punto de vista del público, la relación entre la persona conocida a través del mensaje publicitario y la experiencia de conocerlo en forma directa, selló el compromiso personal del elector con el candidato.

No está demás decir que la claridad en el discurso y una cierta capacidad de empatizar con el público, dieron a Viera-Gallo los votos suficientes para salir elegido.

b. El Comando de Ricardo Lagos (Santiago)

Hubo dos estructuras paralelas que funcionaron en la campaña. La primera, de gran importancia durante los dos primeros meses, fue el Comando Nacional del PPD, que planificaba actividades en las provincias donde Ricardo Lagos debía viajar para apoyar a los candidatos del PPD para diputados y senadores. La segunda era el Comando de Ricardo Lagos propiamente tal, concebido técnicamente; sólo contaba con la mitad de la semana para planificar actividades, debido a la necesidad de apoyar

a los candidatos de provincias con la presencia “notable” de Lagos.¹ Esto postergó trabajo en su propio distrito, que comenzó cuando los demás candidatos ya casi habían entrado en las últimas fases de la campaña.

En el Comando de Ricardo Lagos se pueden distinguir distintas áreas:

- a) Área de Organización Territorial: Vinculaba al Comando Central con los Comandos Comunales y Comandos de Candidatos a Diputado. Fue, por lo tanto, una estructura creada específicamente para la campaña. Esta estructura, sin embargo, tuvo dificultades para consolidar una relación con los militantes de otros partidos políticos en el ámbito local, y en la práctica fueron muy pocos los integrados al trabajo.
- b) Área de Propaganda y Publicidad: Su función era definir la estrategia de Campaña, el perfil, las piezas publicitarias, y establecer los contactos con publicistas de agencias que pertenecían al partido y que entregaban su aporte a través de esta área. De dudosa efectividad técnica.
- c) Actos y Eventos: Estaba siempre al lado del candidato, a donde quiera que él fuera. Era la encargada de preparar técnicamente los eventos, y contaba con un responsable de su funcionamiento. A la larga, la mayoría de los eventos fue dejada en manos de una productora contratada especialmente, que recorrió Chile con Lagos en el escenario.
- d) Frentes Sociales: Había frentes de mujeres, colegios profesionales y de jóvenes. En la práctica, el área o comando de jóvenes se restringió a las actividades de propaganda, realizadas desde el Garage de Matucana.
- e) Existía además un Comité Ejecutivo, que coordinaba y decidía qué hacer. En la práctica, el Comité Ejecutivo era un comité político situado sobre las áreas técnicas, como la de Propaganda y Publicidad.

El Comando de Ricardo Lagos —al igual que el de Viera-Gallo— poseía una estructura formada específicamente para la campaña. No utilizó las estructuras de los partidos, porque en la práctica estas estructuras no existían o eran muy débiles. El trabajo de campaña fue poco fluido, con grupos de trabajo poco afiatados —con un período de trabajo intenso muy corto: dos meses— y con una conexión apenas incipiente entre ellos.

A diferencia de la campaña de Viera-Gallo, no hubo una clara orientación técnica y política que permitiera una relación más fluida entre el comando y los activos locales. Además, la escala de la campaña y la falta de tiempo del candidato impidieron dedicar el necesario tiempo a la relación directa con el público, factor fundamental en una campaña política.

Los recursos militantes con que se contaba eran sólo los del PPD y del PS-Arrate, que además debieron ser compartidos con los candidatos a diputado por su zona. Los recursos no militantes eran muchas personas que llegaban en busca de trabajo remunerado y algunos que simplemente entraron a trabajar por gusto.

1. Los observadores coinciden en la importancia de estas giras para que pudieran salir elegidos muchos candidatos a diputado y senador del PPD.

Contaba con dos equipos decisionales distintos, uno político, y otro técnico, llamado "de producción". El equipo político estaba constituido por los representantes de los partidos de la Concertación presentes en el distrito, más el Partido Comunista. El técnico, por un publicista amigo del candidato, militante del PRSD, y otros técnicos en comunicaciones y publicidad. Finalmente, el militante del PRSD se hizo cargo de la jefatura de campaña en lo político, propagandístico y de producción. Esta decisión fue tomada por el candidato. El equipo político, por lo tanto, restringió su actividad a acompañar al candidato en las presentaciones públicas.

En resumen, el comando estuvo constituido por personas de confianza del candidato, por un lado; y por personas que estaban allí por su militancia política, por otro. Conformaban un equipo político, sin decisión; y un equipo técnico, que tomaba las decisiones en conjunto con el candidato.

Las relaciones personales entre candidato y equipo político estaban restringidas a lo laboral, sin que se dieran ocasiones en que compartiera con ellos. En cambio, sí lo hacía con su equipo (el técnico), con el cual almorzaba a diario y tomaba las decisiones.

El tercer nivel estaba constituido por jóvenes encargados de las labores de propaganda, igual que en los casos anteriores.

CONCLUSIONES A LOS COMANDOS PPD

- (1) El PPD constituyó comandos con criterios técnicos, donde importaban en primer lugar la eficiencia y profesionalismo y, en segundo lugar, la pertenencia a partidos políticos.

La presencia de políticos locales abrió las puertas para utilizar las orgánicas de los partidos, pero estos militantes o dirigentes políticos no lograban necesariamente niveles de decisión en la campaña; al contrario, podían ser desplazados de los cargos decisionales por falta de confianza en su eficiencia profesional. Ejemplos:

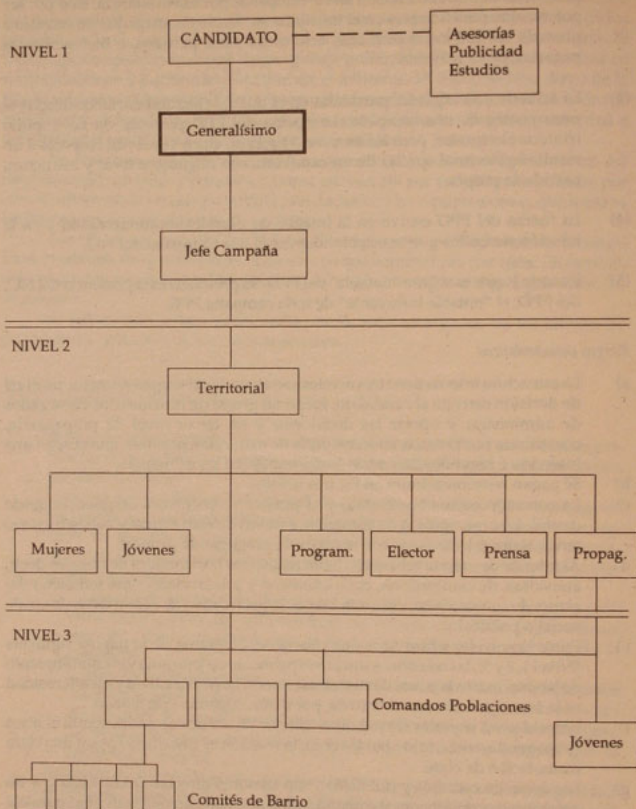
- Campaña de Viera-Gallo: Estructura pensada para hacer participar a políticos locales, pero que sólo tendrían un rol ejecutor. Para llegar a tener decisión, era necesario demostrar esa capacidad en el transcurso de la campaña.
- Campaña Jorge Schaulsohn: El equipo político designado por los partidos no tenía poder, porque no era capaz de responder rápidamente a las necesidades. El propio candidato, apenas comenzada la campaña, designó en los puestos altos a un técnico amigo suyo y a otros técnicos que le merecían confianza.

Se puede decir que ninguno de los candidatos tenía confianza en la capacidad política del partido para ganar la elección. El Comando de Ricardo Lagos fue el más desorganizado y con una conducción doble, que aportó incoherencia y falta de continuidad. En cambio, en los casos de Viera-Gallo y Schaulsohn, hubo un mejor aprovechamiento de los recursos técnicos y de la gran cantidad de recursos materiales.

- (2) El PPD no contaba con una estructura propia de trabajo electoral. La mayoría de los activos que participaron en niveles altos eran personas que, si bien podían pertenecer al PPD, no estaban en las campañas por esa militancia, sino por ser potencialmente eficientes en el trabajo; a su vez, los encargados de comités a nivel de los barrios, o bien eran activos de otros partidos, o bien activistas pagados, en su mayoría.
- (3) La falta de una orgánica partidaria en el trabajo electoral encarece mucho el presupuesto de una campaña. La opción del PPD por esta vía no impidió triunfos electorales, pero los encareció hasta en cinco veces con respecto a un resultado electoral similar de un candidato con raigambre local y estructura partidaria propia.
- (4) La fuerza del PPD estuvo en la imagen de pluralismo, modernidad y en la relación simbólica que se estableció entre él y la Campaña del NO.
- (5) Ricardo Lagos es el gran "notable" del PPD. Su presencia es la presencia del NO, del PPD, el "notable influyente" de toda campaña PPD.

Rasgos característicos

- a) La estructura interna tiene tres niveles sociales o de clase: generalmente un nivel de decisión cercano al candidato; luego un grupo de funcionarios encargados de administrar y operar las decisiones; y un tercer nivel de propaganda, constituido por jóvenes, en su mayoría de extracción popular, que buscan una inserción e identificación a través del trabajo en las campañas.
- b) Se pagan remuneraciones en los tres niveles.
- c) La conexión entre el candidato y el público se encuentra establecida desde dentro del organigrama de comando, a través de estructuras y subestructuras territoriales relacionadas con equipos de propaganda propios.
- d) Al interior de cada nivel existen tanto relaciones horizontales de trato, es decir, amistosas, de camaradería, compañerismo y solidaridad; como también relaciones de competencia, estimuladas por la posibilidad de ascensión en la escala social o política.
- e) Entre los niveles jerárquicos descritos en el diagrama de la página siguiente (Nivel 1, 2 y 3), las relaciones son principalmente de jerarquía y el cumplimiento de labores marca la pauta de sus interacciones. La camaradería y caballería es la forma que asume: "Mi amor, por favor, cópieme este listado".
- f) Entre el nivel superior (1) y el nivel inferior (3), en donde se encuentra el nivel Propaganda, constituido por jóvenes, la relación es distante y/o con una clara connotación de clase.
- g) Las áreas de estudios y publicidad son asesoras directas del candidato y no pertenecen propiamente al comando, sino que realizan una actividad paralela de un modo profesional.
- h) Las relaciones dentro de los comandos están mediatizadas por la estructura de clase. Esto produce rencores que comienzan a hacerse críticos hacia finales de campaña. Las relaciones de amistad son muy importantes al interior de cada



nivel, pero no logran traspasar las barreras sociales ni las barreras jerárquicas impuestas por la estructura. De este modo, las relaciones horizontales que se dan al interior del comando son acotadas a cada nivel.

2. COMANDOS DE LOS CANDIDATOS DC

a. *Comando de J. M. Ortiz (DC, Concepción)*

Un grupo de amigos de la DC eran su Comando. Más allá de consideraciones de eficiencia en el trabajo, eligió a su equipo de acuerdo con el nivel de confianza que tenía con ellos. Prácticamente no había personal pagado, excepto gastos personales por tiempo ocupado. Todo diputado por una zona necesita mantener una oficina con un grupo de personas, y quienes trabajaban junto a Ortiz esperaban formar parte de ese grupo.

Además de los antes señalados, hubo cargos técnicos ocupados por personas no ligadas al candidato ni a la DC. Es el caso del diseñador gráfico, que fue contratado especialmente para cumplir esa función; su desempeño publicitario fue excelente, pero conspiró en contra la falta de presupuesto, que impidió dar una mayor cobertura en medios y vía pública. Esta fue quizás la principal limitación de la campaña.

Otras personas ligadas al Comando de Ortiz eran jóvenes de clase media pertenecientes a la JDC. Casi siempre los mismos, pero muchos. La capacidad de movilización de jóvenes fue permanente, en una cantidad de entre 40 y 50, visibles en puntos estratégicos, mesas de calles, ferias, etc.

El equipo podría caracterizarse en general como unclasista, con un sustrato común que les permitía mantener una relación poco tensionada dentro de un marco de igualdad formal e informal, y hasta filial, dado por relaciones de noviazgo y pololeo, que no estuvieron presentes en la campaña de su competidor.

Por último, es necesario atender especialmente a la calidad de relación del candidato con su gente más allá de la campaña, en situaciones de esparcimiento. José Miguel Ortiz es la estrella, es el líder indiscutido, en un clima de camaradería y confianza en el más puro sentido de la palabra. La relación con su jefe de campaña, un abogado muy joven, afable y eficiente, era de confianza y amistad, antes que profesional.

Ortiz supo mantener un equilibrio entre hacer una campaña fundamentada y solventada por sus múltiples lazos de amistad, y el actuar de manera eficiente en la llegada a la gente. Para ello, y consciente de que las limitaciones económicas eran importantes en el resultado final, impuso un ritmo muy acelerado de trabajo con comités de base, visitas personales a industrias, barrios y ferias. Allí, como ningún otro, demostró la conciencia que tenía respecto a la importancia de la amistad y la identificación con el otro. Por eso, el rasgo característico de su campaña fue la sociabilidad. Con ella, en el trato personal, conquistó a su público e hizo del ser penquista (nacido en Concepción) su mejor argumento político.

El medio a través del cual llegó a la gente fue la orgánica partidaria de la DC, con lo que llegó a duplicar la cantidad de comités de barrio de su competidor.

José Miguel Ortiz ganó la primera mayoría de los votos con un quinto de los recursos de su competidor gracias a esta orgánica, ser un candidato de la zona y a que

supo hacer de la amistad el elemento constitutivo de toda forma, mensaje o significado en su campaña.

En resumen, un grupo de confianza en el comando central, que dirige el trabajo de la orgánica DC.

b. *Comando Andrés Zaldívar (Senador DC, Santiago Poniente)*

El primer problema que tuvo que sortear el candidato Zaldívar fue el hecho de que muchos de los posibles miembros de su equipo ya estaban comprometidos con la campaña presidencial, por lo cual la búsqueda de personas no estuvo exenta de dificultades.

La constitución del Comando de Andrés Zaldívar estuvo marcada por el rol protagónico y cada vez más determinante que asumió su familia, tanto en la designación de funciones como en lo referido a la administración y financiamiento. La jefatura de campaña estuvo en manos de un abogado militante DC, ligado también a la familia.

Desde este primer nivel en la jerarquía hacia abajo, el trabajo fue realizado por el partido, sobre todo a partir del momento en que Ricardo Lagos amenazaba con ganar la elección, según resultados de encuestas. Este punto es importante. Demócratacristianos de todas las comunas de Santiago asumieron la tarea de vencer a Lagos por sobre cualquier otra consideración, en el momento en que se enteraron del peligro de que el presidente de la DC perdiera ante el candidato PPD. De este modo, la orgánica demócratacristiana logró hacer remontar a Andrés Zaldívar y finalmente éste ganó la elección por un estrecho margen, lo que demostró que las orgánicas partidarias no sólo son importantes en las elecciones, sino que pueden hacer variar un resultado ya previsible a menos de dos meses de la elección.

Es más, en la campaña de Zaldívar no fueron creados comandos especialmente para la campaña, sino que intencionadamente se utilizó la capacidad orgánica de la DC; de este modo, la presencia de comandos de apoyo a Zaldívar en el distrito correspondió con la presencia partidaria.

Esta forma de organización de la campaña, si bien trae problemas de pugnas políticas entre comunales y provinciales, que muchas veces actúan en forma autónoma, no restó efectividad a la labor de propaganda y menos aún debilitó su presencia, dada la amplia estructura DC.

La relación entre los "ejecutivos" de la campaña y los militantes del partido, es decir, la relación entre los dos estamentos, estuvo marcada muchas veces por la distancia social y un tratamiento despectivo casi patronal con militantes orgánicos de nivel social más bajo. De esta forma, los dos estamentos pueden ser asimilados a dos estratos, uno conformado por ejecutivos, familia y dirigentes o militantes acomodados; y un segundo conformado por militantes comunes asimilados a clases más bajas. El candidato actuaba aquí como mediador, que componía la situación entre la partes y consolidaba una imagen de distancia y poder frente al equipo directo y la militancia común.

c. *Luis Pareto (a diputado DC, Santiago-centro)*

El Comando de Luis Pareto se caracterizó por ser el más anticuado, en términos

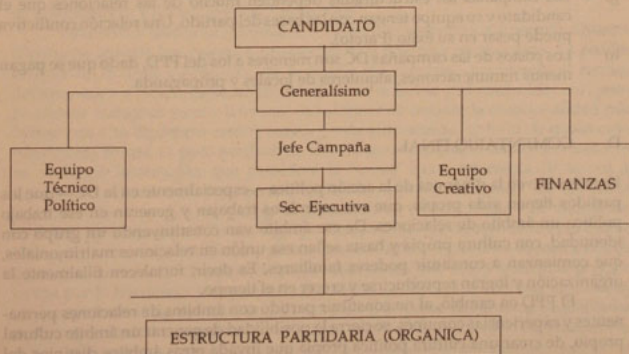
técnicos, de todas las campañas estudiadas. Fue constituido por personas de confianza del candidato (amigos de partido) y por sus hijos. Se definieron áreas de trabajo a la usanza tradicional, pensando en que las inversiones en publicidad y técnicos especializados no eran útiles.

No es posible aventurar siquiera un esquema de organigrama, porque nunca fue planteado. Lo que se hizo fue definir las áreas de trabajo y repartirlas entre los presentes. Así, quedaron un encargado de finanzas y materiales, un secretario personal, un ejecutivo, un jefe de campaña, un encargado de propaganda, un encargado de movilización (caravanas), varios encargados de relacionarse con frentes sociales y gremiales, y una secretaria administrativa.

Más que una estructura, hubo falta de estructuración. Las responsabilidades fueron repartidas sin que hubiera una entidad que controlara la labor de cada uno; las reuniones de trabajo no llegaban a identificar los problemas claramente o, si lo hacían, los problemas quedaban sin resolver. Los críticos desde dentro del comando justificaban el funcionamiento general planteando que el candidato resolvía sobre todo lo que se hacía.

La llegada a la gente se estableció, según el propio candidato, de tres formas: los puerta a puerta, las reuniones en comités y las caravanas de automóviles que, según él mismo, era lo único que servía en las campañas. El resultado de esta forma de enfrentar el proceso fue una publicidad anticuada y casi inexistente y una cobertura muy baja. La estructura partidaria, con graves conflictos internos y con el propio candidato, no funcionó con la energía necesaria, o lo hizo en forma descoordinada. Sin embargo, la excesiva confianza en las capacidades de la DC y en el propio candidato, y la falta de incorporación de elementos técnicos en algunas áreas, impidió que los problemas fueran observados a tiempo, y el candidato del PPD venció cómodamente.

ORGANIGRAMA DE COMANDO. EJEMPLO CAMPAÑAS DC (A. Zaldívar)



- a) Los candidatos trabajan con grupos de *amigos o familiares*, a quienes ponen en los puestos de responsabilidad más altos. Siempre hay un cierto criterio de eficiencia para poner a las personas en sus puestos, pero favorecen la amistad y la confianza personal por sobre cualquier otra consideración. Ejemplos:
 - Zaldívar: Miembros de su familia en los cargos de responsabilidad. Para contrarrestar cualquier efecto negativo dentro del partido, aparecen nombres de demócratacristianos en cargos altos, pero en realidad sólo prestan su nombre para evitar que el partido se sienta pasado a llevar.
 - J. M. Ortiz: Nombra a sus amigos más cercanos y con quienes tiene más confianza en los cargos de su Comando. Sólo permite que un técnico (Diseñador Gráfico) haga labores especializadas, pero bajo su supervisión personal.
- b) En los Comandos DC se observa una estructura decisional más sencilla, menos empresarial, de tal forma que es posible distinguir no tres, sino dos niveles claros. Uno claramente de decisiones, y un segundo, de operación.
- c) En el nivel de operación, todo está sustentado por la estructura orgánica de la DC, la que demuestra su gran capacidad de organización y convocatoria en todas las instancias.
- d) Las relaciones al interior de los comandos —con excepción del Comando de Zaldívar— son horizontales; existe la confianza, la posibilidad de establecer una conversación y de compartir un almuerzo entre todos los niveles.
- e) Se pagan remuneraciones sólo a personas que tienen dedicación exclusiva y únicamente en el nivel más alto, mientras que las labores de propaganda son realizadas casi siempre por militantes que no cobran por su trabajo.
- f) Los comandos demócratacristianos no constituyen comandos y/o comités especialmente creados para las campañas. Se crean comités y comandos allí donde hay orgánica demócratacristiana.
- g) Las campañas así estructuradas dependen mucho de las relaciones que el candidato y su equipo tengan con las bases del partido. Una relación conflictiva puede pesar en su éxito (Pareto).
- h) Los costos de las campañas DC son menores a los del PPD, dado que se pagan menos remuneraciones, alquileres de locales y propaganda.

D. COMENTARIO FINAL

Hemos visto en la dinámica de la acción política —especialmente en la DC— que los partidos tienen vida propia, que sus miembros trabajan y generan en ese trabajo político un ámbito de relaciones. De ese ámbito van constituyendo un grupo con identidad, con cultura propia y hasta sellan esa unión en relaciones matrimoniales, que comienzan a constituir poderes familiares. Es decir, fortalecen filialmente la organización y logran reproducirse y crecer en el tiempo.

El PPD en cambio, al no constituir partido con ámbitos de relaciones permanentes y experiencias comunes, se cierra la posibilidad de generar un ámbito cultural propio, de crear una cultura política propia que invada otros ámbitos distintos del

político, como lo hacen los socialistas, los demócratacristianos o los radicales. Así, va cercenando poco a poco las ganas de sus militantes de formar parte de un grupo que se distingue y tiene una identidad propia.

Hoy se argumenta que, al ser el PPD un partido programático y al haber cambiado notablemente la forma en que los ciudadanos perciben el fenómeno de la política después del gobierno dictatorial, el experimento llamado PPD no va desaparecer, sino que, al contrario, puede llegar a tener una importancia determinante en el futuro. El problema está en que Chile tiene sus tradiciones políticas bastante definidas, no tanto por determinados partidos, como por una forma de desarrollarse que desemboca en la creación de una cultura.

De todos modos, es necesario cuestionarse hasta qué punto el tipo de afiliado del PPD viene a conformar simplemente otro partido como los tradicionales en Chile, con militantes disciplinados, trabajo permanente de formación de la base militante y de los recién incorporados. En la segunda parte de este artículo presentamos antecedentes sobre este problema.

II

MILITANCIAS POLITICAS EN LA TRANSICION: DC Y PPD

El objetivo de esta sección es definir el perfil sociocultural de distintos sectores de las militancias, y evaluar cualitativamente sus disposiciones frente a temas álgidos de la sociedad chilena. Los temas considerados han sido objeto de polémica al interior de los partidos y dan cuenta de distintos procesos de evolución. Nuestro propósito, finalmente es detectar aquellas similitudes y diferencias que permiten suponer grados de acercamiento y distancia entre los partidos.

Este es un trabajo sobre el habla de los militantes de partidos, y permite distintos niveles de análisis (en cuanto a profundidad) y distintas perspectivas. Es posible realizar un análisis cuidadoso de la forma del discurso, asumiendo el sentido determinador y reciprocamente incidente entre la forma y el contenido; esta perspectiva de trabajo es particularmente útil al tratar de evaluar la emocionalidad más íntima respecto de determinados temas, y más aún cuando se trata de temas cuyo tratamiento frontal es poco productivo. En esta oportunidad, el trabajo se realiza en un territorio intermedio, que considera la 'forma' como referencia de apoyo al 'contenido' del discurso y se centra, básicamente en el 'contenido' de los temas expuestos. En este tipo de trabajo la sensación de "inacababilidad" es manifiesta. Podemos preocuparnos de lo que el grupo dice, podemos preocuparnos de por qué no dice aquello que está omitiendo, podemos considerar las posibles asociaciones de determinados conceptos repetidos y aparentemente centrales, y podemos preguntarnos por la frecuencia y disposición gramática de conceptos vertidos, etc. En este caso, y por tratarse de un discurso que incorpora el discurso oficial como eje gatillador de la propia posición al respecto, el trabajo se centra en lo que se dice, explícitamente.

Se definieron un conjunto de dicotomías u oposiciones que permiten establecer

un eje diferenciador entre los partidos en estudio y, muy probablemente, también al interior de éstos, según sectores de pertenencia. La posición definida por los militantes respecto de estos ejes nos daría, además, información sobre la disposición general de los militantes en su relación con los otros partidos del sistema político chileno. Consideramos las siguientes oposiciones:

1. Estatismo-mercado
2. Conservadurismo-liberalismo
3. Optimismo-pesimismo
4. Religiosidad-laicismo
5. Cambio-mantención
6. Colectivismo-individualismo
7. Aliancismo-camino propio
8. Ideologismo-pragmatismo

Haciendo un resumen grueso de los resultados del trabajo, podemos decir que los militantes del PPD son básicamente, y en términos relativos a los militantes DC, moderadamente estatistas, liberales, pesimistas, prudentes y reservados frente al cambio, medianamente religiosos o laicos, individualistas (no tienen grupo que los acoja), aliancistas y concertacionistas, además de pragmáticos, no por opción ideológica sino por cuestionamiento de paradigmas.

La militancia DC, por su parte, es claramente estatista, conservadora —con excepción de la juventud—, optimista, religiosa, con disposición positiva al cambio, colectivista, aliancista en el corto plazo, dispuesta al camino propio al mediano y largo plazo, y más bien ideológica en su lógica de razonamiento.

Si bien la desintegración del sistema de partidos producida por el advenimiento de la dictadura es un hecho reciente para hablar de modificaciones del sistema, es posible afirmar que se expresan tendencias para la configuración de un sistema caracterizado por un "pluralismo moderado" (Sartori, *Parties and party system. A framework for analysis*, Cambridge: Cambridge University Press, 1976). Además, se manifiesta una configuración de carácter bipolar que actúa con una mecánica similar al bipartidismo moderado. Existen dos grandes bloques, un centro y centro izquierda (DC, PPD-PS), y una derecha (RN, UDI). Estos partidos —no obstante su eventual inconformidad con la actual ley electoral— respetan explícitamente la institucionalidad, no hacen un cuestionamiento estructural al sistema, buscan identificarse con los símbolos del centro y representar su espacio, por lo que la tendencia es centrista.

Desde la perspectiva de las militancias como conjunto, la Concertación Democrática es una realidad eficiente en las élites partidarias; los partidos principales (PDC y PPD-PS) están afiatados en el alto gobierno. Existiría lo que se ha llamado "democracia consociativa", es decir, la tolerancia recíproca en beneficio de la mantención del sistema. Las militancias reconocen este dato como un hecho positivo; el problema radica en la ausencia de este rasgo en las bases, donde aún predomina el sectarismo al estilo de las antiguas relaciones extrapartidarias. No obstante, las militancias reconocen en sí mismas el problema y consideran la necesidad de superarlo, perfeccionando la concertación, eliminando actores no relevantes, perfilando identidades que legitimen cada espacio a partir de las diferencias y, eventualmente, en el mediano y largo plazo, volviendo a la alternativa del camino propio.

El cuadro que se presenta a continuación resume, en una escala de alto, mediano

y bajo, el contenido del discurso en cada caso, según el eje dicotómico diferenciador. (Para interpretar el cuadro, debe considerarse el primer término en cuestión, es decir, estatismo, conservadurismo, optimismo, cambio, colectivismo, aliancismo e ideologismo)

GRUPOS

EJES	Dueñas casa		Muj.prof.		Homb.prof.		Jóvenes		Hom.b.Trab.	
	DC	PPD	DC	PPD	DC	PPD	DC	PPD	DC	PPD
Estatismo Mercado	A	A	A	M	A	A	A	B	-	A
Conservadurismo Liberalismo	A	M	M	B	A	B	B	B	-	A
Optimismo Pesimismo	A	M	M	A	A	B	A	M	-	M
Religiosidad Laicismo	A	M	A	B	A	B	B	M	-	B
Cambio Mantención	M	M	M	A	A	M	A	M	-	M
Colectivismo Individualismo	A	M	A	M	A	B	A	B	-	A
Aliancismo Camino propio	M	M	M	A	M	A	A	M	-	M
Ideologismo Pragmatismo	A	M	A	B	A	B	A	M	-	A

A = Alto M = Mediano B = Bajo

A continuación presentamos los resultados generales de los grupos de conversación realizados en los partidos en estudio, DC y PPD. Para los efectos de este artículo, y por considerarse representativos, se expondrán los casos de las mujeres dueñas de casa, de los jóvenes y de los varones profesionales, en ambos partidos.

Los grupos de mujeres dueñas de casa fueron constituidos considerando mujeres que no trabajen fuera de la casa, sin límites de edad y heterogéneas socialmente, es decir, aquellas cuya fuente principal de experiencias fuera el hogar, o se desarrollara a partir de éste.

Los grupos de jóvenes PPD y DC fueron constituidos por personas entre 18 y 25 años, heterogéneas socialmente, estudiantes y trabajadores.

Los grupos de profesionales hombres DC y PPD se constituyeron bajo el criterio de ser profesional universitario o afín, de edades diversas, mayores de 25 años.

MUJERES DUEÑAS DE CASA

En el discurso DC aparece claro y unánime el papel del Estado, central en la administración y responsabilidad de ciertos servicios (salud, educación). Todo aquello que signifique servicio y no utilidad debe estar en manos estatales. La referencia es hacia el Estado fuerte de los años sesenta, con proyecto claro y fuerte en todas las áreas de la sociedad, con políticas explícitas, que encuentran en el gobierno su vocero e implementador. Un Estado político, articulador y responsable de la vida nacional. El factor histórico (una historia feliz) es aparentemente central para el positivo juicio al estatismo.

Las mujeres dueñas de casa PPD expresan también claro perfil del rol estatal en una serie de rubros de la actividad nacional. Hay información sobre lo estatal, referencia al pasado, evocación nostálgica. Se unifica la noción de Estado con lo político del gobierno. El gobierno debe expresarse políticamente a través del aparato estatal, incidir, hacer la opinión pública, poner los temas.

JOVENES PPD Y DC

El papel del Estado es central en la administración y fiscalización de los servicios básicos para los jóvenes de la DC. El eje del discurso está en la utilización de los conceptos "control" y "deber estatal"; no aparece importante la propiedad del servicio. La responsabilidad en las tareas para el desarrollo al largo plazo, estaría en el Estado; desde la perspectiva de estos jóvenes (y también desde la de los PPD), no se puede pretender que la empresa privada entregue ese servicio. El discurso sobre el tema del Estado demuestra información y expresa la definición de una posición al respecto.

En el caso de los jóvenes PPD, el discurso utiliza básicamente lugares comunes, palabras de moda y frases "cliché". Existe un reconocimiento del rol del mercado en la definición de los equilibrios sociales, se dice "que sea el público el que decida". La valoración que se hace de este elemento evidentemente es mayor que en otros sectores del PPD; no obstante, se reconoce la función fiscalizadora que le correspondería inherentemente al Estado. La capacidad del público es válida, por ejemplo, para regular el comportamiento de la censura informal que ejercería el mercado sobre los medios de comunicación. Es evidente la incorporación al lenguaje de alusiones al mercado como parámetros de determinados hechos (por ejemplo, en la educación subvencionada cada estudiante debe saber lo que vale).

Hay lo que podríamos llamar, en términos gruesos, un reconocimiento al individuo y, en ese contexto, de la iniciativa privada. El discurso de la modernidad se hace carne en los jóvenes del PPD.

PROFESIONALES HOMBRES DC Y PPD

El papel del Estado en los dos grupos aparece claramente delimitado. Se identifica el perfil del papel estatal y los alcances que éste tiene en la idea general de nación. Podríamos considerar la información sobre el tema estatal como un dato en sí; el discurso, en ambos casos, y especialmente en la DC, se nutre de la historia que habla de un Estado fuerte y eficaz (pasado glorioso en educación, especialmente). Sin embargo, ha incorporado las críticas al estatismo de los años sesenta y no excluye la posibilidad de la administración de ciertos servicios por parte de particulares. No se rechaza la posibilidad de que la empresa privada asuma un rol importante en ciertos servicios, pero el Estado debe mantener su rol de fiscalizador de la calidad del servicio, de su distribución y hacerse cargo de la tarea de promover el desarrollo en ciertos ámbitos, inversión que para la empresa privada seguramente no sería rentable por sus criterios de beneficio al corto plazo.

El discurso DC utiliza el concepto de solidaridad, entendiendo al Estado como un órgano al que todos pertenecen.

MUJERES DUEÑAS DE CASA

En el caso de la mujeres DC, la referencia a la relación de pareja da cuenta de un cuestionamiento de los roles, hecho que en sí hablaría de tendencias liberales. Las mujeres de mayor edad expresan una cuota de admiración hacia las parejas jóvenes que logran compartir roles en beneficio del posicionamiento femenino. Sin embargo, la responsabilidad de este hecho se atribuye a la adecuada educación familiar, mérito que, de producirse, pertenecería a las madres. Es decir, el discurso incorpora elementos del discurso liberal, pero su acotamiento expresa la porción de conservadurismo que permanece.

El hecho de atribuirle al factor económico, agudizado por la dictadura, importancia determinante en la mayor incorporación de la mujer al mundo laboral, desperfilando los factores de identidad y desarrollo personal, denota una concepción conservadora de la laboralidad femenina. El tema conservadurismo, en este caso, puede entenderse más que por sectores de pertenencia (composición de los grupos de discusión), por diferencia generacional: las mujeres más jóvenes contienen en su habla elementos rupturistas, fuertes, que defienden con vehemencia. Sin embargo, lo determinante del argumento "familia" para entender un conjunto de procesos otorga al discurso características de tradicionalismo evidentes.

Las mujeres mayores expresan una concepción tradicional de la vida partidaria, favores, beneficios para los camaradas, englobados en una idea de solidaridad casi familiar. Aluden en su añoranza a un partido con las virtudes y defectos de los partidos de antaño.

JOVENES PPD Y DC

En la juventud demócrata cristiana representada en el grupo de discusión, resulta evidente el peso de la carga valórica en las conductas. La centralidad otorgada a los valores como ejes articuladores de la conducta, la constante referencia al deber ser, podría ser síntoma de alto conservadurismo; sin embargo, los jóvenes DC, y particularmente las mujeres, tienen un discurso estructurado y liberal sobre temas que, desde la perspectiva de este trabajo, miden liberalidad y conservadurismo: relaciones hombre mujer, participación femenina, relaciones prematrimoniales, etc. Es decir, los contenidos dan cuenta de un trabajo de reflexión sobre los temas mencionados, pero su actitud, la permanente evaluación de acciones y actitudes desde un marco valórico fuerte, habla de conservadurismo.

Es necesario recalcar dos hechos: las mujeres expresan un discurso bastante más liberal que los varones, y con recorrido en la reflexión. Y, en segundo lugar, existen opiniones extremas, pero siempre expresadas con referencia a valores. No obstante, y sobre todo en términos comparativos con otros sectores del partido y con los jóvenes del PPD, el discurso de los jóvenes DC es bastante liberal.

Un elemento a considerar es la presencia de expresiones de "ahogo" con respecto de la estructura de la sociedad: "Esa máquina que te aprisiona, que te ahoga... lo utópico de la libertad total". El marco valórico al que se apela y se utiliza con frecuencia, también parece ser camisa de once varas.

Los jóvenes PPD son heterogéneos en sus planteamientos; se expresan contenidos religiosos que contribuirían a darle a las

PROFESIONALES HOMBRES DC Y PPD

Como en los jóvenes, el discurso DC aparece muy ligado a valores; la referencia permanente al compromiso religioso para entender, por ejemplo, las relaciones de pareja, expresa un estilo altamente conservador, que recurre a la norma para juzgar un determinado hecho; incluso se dice, "hay temas que en nuestra condición de católicos no debieran ser problema para nosotros". Parece, más bien, la tendencia a eludir un conflicto. Los participantes más jóvenes se permiten cuestionar el discurso doctrinario oficial sobre conductas más o menos liberales, pero lo hacen, siempre, respondiendo a un esquema valórico de alta densidad. Si se pudiera hablar, más que de los contenidos conservadores o liberales que aparecen en el discurso, de la actitud conservadora o liberal para tratar los distintos temas, evidentemente habría que decir que este grupo de militantes DC opera siguiendo muy fielmente un determinado conjunto de preceptos, cuestionables sólo desde la ética, no desde la experiencia cotidiana.

Los PPD en cambio, parten cuestionando todo, con risa, para permitir aquello que no sonaría muy bien. El discurso expresado sobre el tema de la mujer, por ejemplo, da cuenta de la diversidad dentro del PPD: algunos con un grado de desarrollo sobre el tema; otros, expresando signos de un machismo primario, que exalta lo "donoso" de la participación femenina. En ambos casos el discurso es moderno, y bastante liberal. En general, en el tratamiento de los temas conflictivos —aborto, divorcio— aparece la liberalidad sustentada racionalmente, más allá de complicaciones éticas. Inclusive, la necesidad de legislación sobre el

MUJERES ...

Las mujeres PPD se sitúan en una posición intermedia en lo que a conservadurismo se refiere. Se expresan ideas fuerza propias de la religión católica, si bien el grado de religiosidad "practicante" es reducido. La concepción determinista de la familia, con sus fatalidades irrevocables, constituye un elemento central para aceptar los problemas productos del tradicionalismo (machismo) con que se concibe las relaciones hombre-mujer, incluyendo aquellos aspectos relacionados con el trabajo femenino y su participación general en la sociedad, y la negativa al divorcio. Hasta ahí, las mujeres dueñas de casa PPD serían muy conservadoras; sin embargo, al constatar su disposición positiva frente al aborto, a las relaciones prematrimoniales de la juventud, reducen la intensidad de su conservadurismo. Manifiestan su agrado por los signos del progreso, en todo orden de cosas.

JOVENES ...

afirmaciones una carga valórica considerable. Es posible afirmar que el discurso es extremadamente racional, forzosamente racional incluso, y que, haciendo esa salvedad, los jóvenes se muestran abiertos y liberales en comparación con los jóvenes DC; habría que decir que su liberalismo es, más que defensa irrestricta de esa bandera, ausencia de juicio, permisividad ante la diferencia. En última instancia, poca referencia a cuerpo de valores o normas.

PROFESIONALES ...

aborto se entiende como un mecanismo no de prohibición, sino de control, de regulación, con arreglo a fines y valores.

OPTIMISMO-PESIMISMO

MUJERES DUEÑAS DE CASA

El discurso de este sector DC reconoce el sentido del colectivo y la fe (sustentada doctrinariamente) en el ser humano. En ese marco, es perfectamente comprensible entender la confianza "en la vida" que la mujeres DC manifiestan, no sólo a través de los contenidos de su discurso, sino también a través de la forma en que lo expresan: el tono seguro, la libertad para discrepar, para permitirse el disenso. Es importante destacar el papel que en este sentido desempeña la religión, y específicamente la fe. Es evidente la confianza en el futuro, la certidumbre, la tranquilidad de aquel

JOVENES PPD Y DC

Los jóvenes DC expresan confianza en el futuro, en las posibilidades del solo transcurso del tiempo. "La historia de la humanidad ha sido prolongadamente ascendente", "la sociedad somos nosotros", "se puede cambiar el sistema, es tarea nuestra, de los partidos políticos, pero también es tarea de la gente". La confianza en el futuro se nutre de la constatación de las propias capacidades, de la potencia del colectivo que los inscribe y del respaldo de un pasado productivo, concebido en continuo desarrollo, sin quiebre. Son y pueden ser optimistas.

Más que optimismo propiamente,

PROFESIONALES HOMBRES DC Y PPD

Los DC, al evidenciar el sentido del proyecto, del tener perspectivas, que puede cambiar o cuestionarse, alude a un mañana real, posible. Se expresa una apropiación de los cambios en la doctrina como un signo de desarrollo y no de crisis, contrario a lo que aparece tan manifiesto en los PPD. Los PPD dicen que es bueno soñar, pero reconocen lo difícil que es hacerlo; optan por pedir pequeñas cosas, las más básicas.

Claramente, los profesionales DC tienen una tranquilidad básica respecto del futuro, que se expresa en el contenido y la forma de sus afirmaciones; los PPD en tanto, son

MUJERES ...

que tiene un marco de referencia que le explica la vida, que sin euforia, y en términos comparativos, produce optimismo.

Hay optimismo en la fuerza implícita de las afirmaciones, en la alusión a las posibilidades, a sus capacidades como partido.

En el PPD, este sector militante se muestra receloso respecto del futuro; aparecen los hijos como motivo de preocupación constante, en particular por las opciones radicales en lo político, que resultarían muy congruentes con la demandas de los jóvenes golpeados por la dictadura. El partido no entrega un sustento organizacional ni doctrinario que acoja a los hijos de las militantes. Ellas no encuentran en el PPD, por más esperanza que tienen, el marco que permita proyectarse optimistamente; la porción de optimismo que manifiestan, y de hecho lo manifiestan básicamente las mayores, responde a una experiencia organizacional pasada.

JOVENES ...

los jóvenes PPD tienen ganas de hacer cosas; sin contenido todavía, no pueden canalizar su energía en un proyecto acotado, pero evocan la fuerza de las ideas. Sin embargo, el discurso es de tono menor. El optimismo respecto del partido se origina y alude a los slogans del PPD. Las afirmaciones sobre la sociedad ideal, que insisten en la imposibilidad de imaginarla, dan cuenta de la dificultad para visualizar un futuro esperanzador, gesto básico para lograr una actitud positiva hacia adelante.

PROFESIONALES ...

discretos al soñar el futuro, que le parece incierto. Optimistas los primeros, recelosos los segundos.

RELIGIOSIDAD-LAICISMO

MUJERES DUEÑAS DE CASA

De acuerdo a las afirmaciones expresadas, existe una concepción bastante religiosa de la vida en general; no obstante, las mujeres no demuestran tener tanta participación en actividades de iglesia propiamente tal. Si bien *a priori* se podría suponer que, dentro del espectro militante de la DC, serían las mujeres dueñas de casa el sector más practicante, la información obtenida indica que estas mujeres no le asignan gran importancia al cumplimiento de los requerimientos rituales de la religión, y que su condición de religiosidad o "intensidad religiosa" se definiría más bien por el grado de integración

JOVENES PPD Y DC

Contrario a las expectativas, los jóvenes DC, si bien incorporan al discurso los códigos religiosos como esquema básico de comprensión y expresión de la sociedad, hecho que da cuenta de formación religiosa, son críticos con la institución eclesial y, sobre todo, de la condición de católicos. Dicen venir de procesos de cuestionamiento de su fe, saturados por el peso de los preceptos religiosos; hoy se declaran agnósticos, o lejanos al ritualismo de la Iglesia. Funcionan más bien inspirados en los principios cristianos, de respeto al hombre, no necesariamente católicos. Considérese al respecto su posición

PROFESIONALES HOMBRES DC Y PPD

En el caso de los profesionales PPD, a diferencia de lo que ocurre en otros sectores militantes de ese partido, no aparecen contenidos religiosos en el discurso, pero tampoco argumentos anticlericales; lo laico se expresaría más bien en la liberalidad de las concepciones sobre la relación de pareja (y actividades conexas) e, indirectamente, a través de alusiones sobre el proyecto de desarrollo (Universidad de Chile, Corfo, Paipote), típicas en el discurso de los laicos progresistas de los años cincuenta y sesenta.

Los militantes DC acuden a su condición de católicos para

MUJERES ...

al discurso general. Los códigos religiosos se incorporan a la decodificación del mensaje general; desde este punto de vista, lo religioso estaría más profundamente arraigado, de un modo estructural. Contrario a lo presumible, y considerando el sector de procedencia de las mujeres, ellas no expresan su condición religiosa en el terreno de los juicios o prejuicios; no constituye la religiosidad o ausencia de religiosidad un argumento para la diferenciación y/o discriminación de otros. La religiosidad aparece integrada a la interpretación general de la vida, como código básico de comprensión.

La referencia a la masonería alude a un antilaicismo no explícito (culpas de la masonería, comecuras y liberales). Es pertinente considerar esta alusión indirecta al laicismo practicante, como un dato de interés al evaluar cercanías y distancias entre los partidos de la Concertación.

Para ilustrar la porción de laicismo y/o religiosidad presente en el habla de las mujeres PPD, es necesario considerar sus opiniones respecto del aborto. Podríamos entender que la posición sobre la validez o legitimidad del aborto en gran medida estaría influida por su grado de religiosidad; sin embargo, surge un nuevo elemento: la desinformación sobre la vida del feto, producto de formación laica o ignorancia. Se deduce del discurso que el acercamiento al mundo de la religión, se produjo *a posteriori*, por la vía de la participación social, y que desde lo externo, este sector de la militancia PPD, de tradición radical y socialista, se acercó a la religión. En consecuencia, siendo éste uno de los sectores en que la variable religiosidad podría tener mayor volumen como eje de diferenciación al interior del partido, no ocurre así.

JOVENES ...

frente a temas cruciales para la Iglesia: divorcio, relaciones prematrimoniales, frente a los cuales manifiestan una actitud de ruptura.

En los jóvenes PPD hay de todo, creyentes, agnósticos, pero por sobre todo tolerantes de las diferencias. No constituye, desde la perspectiva de las cercanías y distancias de los partidos, en el caso de los jóvenes, la cuota de religiosidad o laicismo un factor diferenciador entre ambos partidos.

PROFESIONALES ...

interpretar su propio comportamiento, por ejemplo en la vida de pareja. La alusión es constante y explícita.

MUJERES DUEÑAS DE CASA

En la mujeres DC no se expresa una voluntad de cambio radical, no hay cuestionamiento a estructuras ni principios: los temas se mueven en el terreno de los mejoramientos paulatinos. Sin embargo, el discurso en general recoge la experiencia acumulada en una perspectiva "evolutiva", que considera la posibilidad de perfeccionar y que integra muy profundamente la idea de desarrollo.

En el caso de la DC, es pertinente señalar que la libertad para disentar, para criticar hechos dentro y fuera del partido, además de ser signo de fortaleza grupal, da cuenta de disposición al cambio, sin temor, por la solidez de un sistema que resiste.

El discurso de las mujeres PPD no incorpora tan evidentemente como el de los hombres el elemento traumático de la ruptura. Además, no se expresa una concepción integral del desarrollo; la visión de este sector militante está más bien restringida a lo más pragmático, tiene poco contenido oxigenador, hay falta de entrenamiento en la discusión sobre los temas del desarrollo.

Existe, por lo tanto, tolerancia al desarrollo paulatino de los hechos, al cambio gradual.

JOVENES PPD Y DC

La disposición al cambio en los jóvenes de la DC es clara, con respaldo. El discurso incorpora la noción de desarrollo de manera armónica y coherente. Hay alusiones explícitas al desarrollo humano. Hay, además, un cuestionamiento al ordenamiento moral de la vida social, por considerarlo falso y anacrónico.

En los jóvenes del PPD, por su parte, se manifiesta básicamente un deseo de cambio, de que pasen cosas: existe disconformidad ante la perspectiva de seguir gobernando "eternamente" en alianza, hecho que se asocia a inmovilismo, mantención del estado de cosas. Hay nostalgia por tiempos no vividos, en que el cambiar el sistema era la orden del día. En ellos la disposición al cambio es claramente una actitud incapaz de transformarse en propuestas; responde más bien a una pulsión juvenil que a una concepción de desarrollo.

COLECTIVISMO-INDIVIDUALISMO

MUJERES DUEÑAS DE CASA

Existe un profundo sentimiento de cuerpo en la concepción de vida partidaria que manejan las mujeres DC. Sin duda es un sentimiento de identidad colectiva entre iguales, los camaradas del partido, y se expresa en dos terrenos: por un lado, la solidaridad hacia los suyos, la preocupación por la justicia en la asignación de oportunidades para sus

JOVENES PPD Y DC

La permanente referencia a un cuerpo de origen, la clara identificación de los contornos de este colectivo, la confianza en el futuro y los signos de fortaleza del grupo, de resistencia al disenso, al conflicto, hablan de un sentido de colectivo profundamente arraigado. Un "nosotros" constante, con historia implícita, pero muy bien asumida, común, compartida, alude

PROFESIONALES HOMBRES DC Y PPD

En ambos grupos la idea de cambio se entiende inserta en un proyecto de desarrollo. En las proyecciones que los DC hacen sobre la sociedad ideal aparece como elemento central la idea de proyecto, que a su vez alude a transformación y cambio. En ellos existe una armónica integración del pasado, sin quiebres traumáticos ni cambios en la modalidad que debe asumir el cambio. En los DC el cambio está incorporado como algo dado, natural, inscrito en perspectiva de gradualidad.

Los PPD hablan de cambio con reserva. Son necesarios los cambios, incluso urgentes, pero no se vislumbra el camino para hacerlos. Aparece la explicación al conservadurismo del gobierno por la presencia de los militares, que justifica el bajo perfil de las propuestas. No hay radicalidad, sino incluso cierta mofa de la propias locuras pasadas. El tema del cambio es tratado con extrema responsabilidad.

PROFESIONALES HOMBRES DC Y PPD

Los DC aluden al cuerpo al que pertenecen, hablan de "nosotros", se preocupan de su imagen en el grupo de discusión; existe un notable orgullo partidario, muy alta estima para las capacidades partidarias, casi soberbia. ("Somos un colectivo capaz de todo, no nos importa estar solos para defender nuestros ideales").

Los PPD, en cambio, se limitan a

MUJERES ...

iguales (oportunidades que estarían quitándole los de la Concertación); y, por otro lado, en la fuerza que se le asigna a la DC: la alusión a una historia colectiva muy feliz y exitosa, que podría entenderse como la clave para la resolución de los conflictos internos del partido y la alternativa para la acción partidaria hacia la sociedad. La referencia de cuerpo surge permanentemente, junto al sentimiento de pertenencia al cuerpo: "nosotras sabíamos", "nosotros hemos", todo fundado en un profundo respeto por un pasado lleno de promesas fundamentales cumplidas: "el gobierno de Frei planteó cosas que fueron motor para América".

Se expresa una cuota de cuestionamiento al partido, al cuerpo de pertenencia, al plantear la queja al partido, a los dirigentes. Los dirigentes ganaron plata durante la dictadura, pero el cuestionamiento es desde dentro, con la autoridad y/o confianza que da la certeza de pertenencia. Definitivamente este segmento de la militancia demócratacristiana tiene un sentimiento de pertenencia altísimo, de referencia al colectivo.

Al hablar de la sociedad ideal, se menciona el concepto de "generosidad", que refiere a la relación de pertenencia, de cuerpo, de no indiferencia, conciencia de la existencia del otro como punto de partida valórico.

Las mujeres PPD tienen distintos orígenes culturales y sociales, con y sin experiencia en participación; por lo tanto, hay algunas que tienen un sentido de colectivo y una lógica de acción colectivista, y otras con un discurso menos claro, con un sentido menos explícito hacia lo colectivo, de alusiones menos directas al cuerpo de pertenencia.

Cuando el habla está referida al

JOVENES ...

al grupo de pertenencia con la distancia y cercanía del que habla de su familia.

Los jóvenes del PPD son una sumatoria de individualidades con historias muy distintas y percepción de futuro y expectativas de la vida y del partido, más diferentes todavía. Existe sorpresa entre ellos mismos respecto de sus opiniones, hasta el escándalo, a veces. No se manifiesta la confianza del sustrato común que permite disentir y, por sobre todo, construir.

Con frecuencia, en el tratamiento de ciertos temas los jóvenes PPD se sitúan en la trinchera del francotirador (del que no pertenece a nada), que a nada teme, que a nadie debe, un poco sin Dios ni ley, desde sus cosmovisiones nutridas por las experiencias de familiares y amigos. Claramente en estos jóvenes no hay referencia a contextos de pertenencia; el partido no puede serlo, por el proceso de constitución en que se encuentra. (El PPD es abierto, "taquillero", un espacio por hacer, que puede llegar a ser lo que pretendemos y, por último, porque no hay mucho donde elegir). La pertenencia no alude a referencias teóricas o doctrinarias importantes, con excepción del cristianismo, que surge como normativa. La conciencia de la fragilidad grupal se muestra en las "formas" de las frases, en sus entonaciones; piden ponerse de acuerdo, por favor no pelearse.

PROFESIONALES ...

contar sus disímiles experiencias, hablan de "uno", pero asumen su pertenencia al gobierno cuando se trata de defender la medida de la gestión. ("Formamos parte de esta generalidad que es el gobierno de la Concertación, esta cosa prudente pero segura que propone"). Existe una porción de sentido de colectivo al reconocer la poca presencia PPD en los cargos de responsabilidad de gobierno, y un poco de orgullo partidario al compararse con el PS y sus tensiones internas.

MUJERES ...

futuro, se posesionan de su rol dentro del colectivo, y con optimismo son capaces de declarar lo que van a hacer, con confianza en que lo conseguirán gracias a la fuerza del colectivo que está detrás de ellas, es decir, del partido. En resumen, hay confianza en el futuro del colectivo, pero también conciencia de que es un colectivo en formación.

El colectivismo como visión de sociedad no se expresa en el discurso en forma explícita, consciente ni clara. El desarrollo de una concepción colectivista de la realidad es precario, tal vez porque muchas de ellas no tenían experiencias de pertenencia a organizaciones (políticas, religiosas, etc).

ALIANCIISMO-CAMINO PROPIO

MUJERES DUEÑAS DE CASA

El sentimiento de orgullo partidario de las mujeres DC, de satisfacción por un pasado fértil, no se contraponen al pragmatismo del análisis de la situación actual; no obstante los problemas suscitados al interior de la Concertación, principalmente por el trabajo de base, el discurso señala explícitamente la necesidad de no reproducir el esquema anterior de los tres tercios, en que la DC estaba sola ("Sin la Concertación nunca vamos a ser gobierno", "no se pueden reproducir los errores del pasado"). Sin embargo, el sentimiento de orgullo partidario ("Creíamos que los PPD estaban más preparados que nosotros y en realidad no era así, seguimos siendo los mejores"), denota que el aliancismo se produce por realismo político exclusivamente, y no es producto de un cambio en los sentimientos con respecto a los otros partidos.

JOVENES PPD Y DC

Los jóvenes DC se perciben a sí mismos del centro hacia la izquierda; hablan de la derecha como un territorio ajeno. Consideran que la alianza de gobierno es la única alternativa para gobernar, e identifican claramente que el problema histórico de la DC es enfrentarse a los tres tercios. Reconocen la viabilidad de la Concertación en el gobierno como realmente afiatada, y la dificultades presentes en las bases, donde la carga histórica hace difícil superar el sectarismo, temores recíprocos, etc. Surge la idea de achicar la Concertación entre los partidos que realmente tienen peso. La idea, no obstante, considera a la DC y al PS. Parece asumida la crítica al sectarismo interno, y la pertinencia, de acuerdo a los tiempos, de hacer gobiernos de alianza.

PROFESIONALES HOMBRES DC Y PPD

Se reconoce la pertinencia de la Concertación, valorada sobre todo en el corto plazo. Al mediano plazo, especialmente en la DC, se considera la posibilidad de restringirla en beneficio de los partidos de mayor peso, excluyendo a los más chicos. La DC considera la Concertación como una buen resultado para el momento, pero no se angustia ante la posibilidad de recuperar el camino propio. Sin duda éste es un sentimiento en que la variable generacional es determinante en la disposición hacia determinada conducta; los más viejos tienen incorporadas las experiencias de confrontación con socialistas en el pasado, además de los dolores por los éxodos producidos a fines de la década del sesenta. En ellos, la Concertación obedece al realismo político. Para los más jóvenes, de

MUJERES ...

Pensando en el 93, en ese margen de tiempo, el aliancismo es claro, producto de una perspectiva pragmática inscrita en el corto plazo. La experiencia de las elecciones de las juntas de vecinos les demostró a estas militantes DC que el partido solo no ganaba las elecciones. En lo profundo, considerando el orgullo partidario y la identificación de un perfil de partido claro, la perspectiva para el mediano plazo es el camino propio.

Existe una cuota de admiración mítica sobre las capacidades y posibilidades de la izquierda; en el tono utilizado, aparece un dejo de temor y desagrado que recuerda el "comunistas come-niños" de los años cincuenta y sesenta. En la referencia al PPD y los presuntos cuadros técnicos con que éste parecía contaría, y en la alusión al modo de trabajo poblacional de la izquierda, se expresa este sentimiento.

La disposición aliancista de las mujeres PPD se limita por los recuerdos traumáticos con la DC. La Concertación es necesaria, pero existe resentimiento hacia la DC. Se vislumbra la posibilidad de alianzas de la DC con la derecha: "Acuérdate de lo que pasó el 73", "no podemos dejarla fuera", "(en el 73) se quedó afuera y nos dio vuelta la espalda". Las cercanías aparecen más bien hacia la izquierda y en particular respecto del PC; no obstante, existe cierto temor del PC, por sus reconocidas capacidades de organización. Esta inquietud es particularmente vigente al hablar de la incorporación de un grupo de militantes PC al PPD. Se expresa en las mujeres, no obstante sutil, un discurso más bien de izquierda, que incorpora los hitos políticos (traumáticos) con la DC.

JOVENES ...

Los PPD piden diferenciación, perfil al interior de la Concertación; se acepta la Concertación como una alternativa de corto plazo; a la larga, se demanda perfil propio. Hay una reflexión general sobre las características del PPD, con relación a los socialistas y a la DC. La demanda actual a la Concertación es sobre lo "democrático" del gobierno; un gobierno democrático, que se supone de alianza, no puede ser el gobierno de un solo partido. Se manifiesta disconformidad por la relación interpartido con la DC, que no aparece gratificante para el PPD.

PROFESIONALES ...

ambos partidos, la Concertación es un experimento político que da cuenta de una realidad, la experiencia común de lucha contra la dictadura

MUJERES DUEÑAS DE HOGAR

Es evidente en la mujeres DC la necesidad de directriz ideológica para vivir adecuadamente su condición militante. Se manifiesta la carencia en virtud del recuerdo por un pasado muy sólido en este sentido, en que cada acto militante respondía fielmente a la línea del partido, originada en una opción ideológica muy clara. Las mujeres están acostumbradas a la coherencia, al trabajo político con línea ideológica; sienten que el partido no tiene línea política, que lo que ocurre es expresión de las diferencias internas.

Es decir, existe en todo el discurso una permanente apelación a valores fundamentales, propios del cristianismo occidental, además de lo que podríamos denominar una concepción política de la realidad. Las mujeres tienen recorrido en la arena partidaria, se mueven de acuerdo a esos códigos, expresan la tendencia a entender el mundo en la lógica del partido, integrando la ideología, sumando a ello su incondicionalidad y orgullo partidario.

Las mujeres PPD expresan una posición intermedia en este sentido; los contenidos de su discurso evocan la presencia de ideas fuerza; no obstante, al planearse sobre el partido y el gobierno surgen demandas muy concretas, que inscribirían su demanda en una perspectiva reivindicativa en lo económico casi exclusivamente. Aflora un cierto desencanto —escepticismo— por los escasos resultados del gobierno, con alusiones a la posibilidad de votar por F. Javier Errázuriz (sin tanta idea, sino hechos concretos).

JOVENES PPD Y DC

En el discurso DC hay una permanente y explícita apelación a valores humanos, respeto a la vida, la justicia, el amor. No hay palabras en el aire, todas son en atención y con referencia al cuerpo de ideas, a la cosmovisión.

En las proyecciones que los jóvenes PPD hacen de lo que debería ser la sociedad ideal, se expresa más que pragmatismo propiamente, vaciedad, la necesidad de ideas fuerza que le den contenido a la acción; se produce la evocación nostálgica de un pasado (que no vivieron), en que había ideas por las que incluso se podía dar la vida. Demandan contenidos; no obstante, incorporan el discurso cuestionador de las ideologías. El discurso se mueve en el terreno de la generalidad total y se dice en un tono que habla de distancia y escepticismo. Las referencias al socialismo se sitúan en la generalidad del ideario del cristianismo occidental y, en otro orden de cosas, en el de la revolución francesa.

En el caso del PPD, es necesario hablar de pragmatismo de hecho, no como bandera de lucha propiamente tal. La vaciedad del discurso ideológico no expresa una opción real por la postura pragmática; los jóvenes piden contenidos, una interpretación del mundo.

Los jóvenes de ambos partidos no demuestran aversiones profundas con respecto al otro y aluden a experiencias de trabajo común gratificantes, en las universidades especialmente; no se sienten tan diferentes, particularmente los PPD.

PROFESIONALES HOMBRES DC Y PPD

La extensión del discurso sobre la sociedad ideal y la cantidad de proyecciones de frustraciones en el caso de los militantes PPD, da cuenta de la ausencia de un marco ideológico para la interpretación. Sin embargo, no podríamos hablar de un pragmatismo genuino, sino más bien del resultado doloroso de la frustración. Las nuevas banderas son cuestionadas, no obstante asumidas con una cuota de pudor, de referencia irónica al pasado en que se rasgaban vestiduras. Se trata, en última instancia, de un pragmatismo como estrategia de sobrevivencia, con conciencia clara de las carencias.

El discurso DC expresa una coherencia notable, se mueve con comodidad en los grandes temas, aterrizando adecuadamente en la realidad concreta; de las ideas generales nos vamos al desarrollo y del desarrollo, al país, Chile. Hablando de ideologismo, sin duda éste aparece mucho más manifiesto en la DC, donde el sentimiento prevaleciente es, por sobre todo, la tranquilidad del deber cumplido. No hay cuestionamiento a ideas fuerza.

Si pudiéramos hablar de integralidad del discurso presente en la DC, no hay esquizofrenia, las concepciones económicas enganchan con la religión, la religión ensambla con la ideología, y así...

economía

Nuevas tendencias en la estructura social chilena

(Asalarización informal y pobreza en los ochenta)

Alvaro Díaz
Investigador de SUR

Durante los años ochenta, la sociedad chilena experimentó cambios estructurales notorios, especialmente en lo que se refiere a la situación de los trabajadores y las características de la pobreza.

Al analizar lo ocurrido en ese período, los cambios no dejan de impresionar. En el último trimestre de 1982 había más de 1,2 millones de personas en condición de desempleadas y adscritas a los programas de empleo de emergencia (PEE). Esta cifra disminuyó a menos de 300 mil en 1990. En un período de ocho años, casi un millón de chilenos cambió de situación ocupacional. Esta estimación puede ser discutida, pero el fuerte declinio en las tasas de desempleo abierto parece ser un hecho indelible. Muchos dejaron de ser cesantes y se convirtieron en trabajadores asalariados o por cuenta propia. Ciertamente, las estadísticas oficiales son generosas al describir lo que entienden por "persona ocupada" y no dan cuenta de lo que numerosos estudios evidencian. Para muchos pobres del país, la situación de cesantía abierta ha sido sustituida por un empleo precario y mal pagado.

Sin embargo, han ocurrido dramáticas transformaciones que no pueden ser desestimadas. Una de las tesis centrales de este trabajo es que la desestructuración social que existió entre 1973 y 1983 ha terminado, en lo esencial. A principios de los noventa parece haber culminado un ciclo de reestructuración social —un concepto distinto al de integración social—. Y se inicia, en la transición democrática, un nuevo ciclo de reconfiguración subjetiva de las clases populares, cuyos rumbos y características tomarán años para cristalizarse.

Los estudios sociológicos de los noventa deberán descifrar y comprender los nuevos procesos de constitución de identidades, subjetividades y culturas populares, así como de actores y movimientos populares. Sin embargo, es preciso detenerse en estudiar y discutir profundamente las nuevas transformaciones estructurales, teniendo claro que las clases trabajadoras (con eses) no se constituyen como movimientos o actores sociales en la infraestructura, sino en su experiencia y confrontaciones: que se construyen históricamente.

Los resultados obligan a modificar ciertas ideas cristalizadas en el imaginario de las ciencias sociales en Chile. Hoy es preciso desembarazarse de algunas tesis de aceptación bastante generalizada, que constituyen jaulas que atrapan la capacidad interpretativa de la realidad chilena.

¿Cuáles son?

La primera es la supuesta des-salarización del empleo que avanzaría en forma creciente. Los antecedentes estadísticos de los años ochenta indican una tendencia contraria. Además, indican que la estructura, distribución espacial y composición de la masa de trabajadores asalariados es actualmente muy diferente a la de hace diez, veinte o treinta años atrás.

La segunda es la supuesta expansión del sector informal urbano (SIU), entendido como un sistema diferenciado de la economía moderna. La evidencia empírica indica que el SIU ha cambiado de composición, disminuyendo el peso de los trabajadores por cuenta propia y aumentando el peso de trabajadores asalariados y empresarios de la pequeña y microempresa. Sin embargo, los cambios son mucho más vastos y exigen rediscutir la noción de informalidad, entendida desde una perspectiva teórica dualista. Los estudios debieran concentrarse en caracterizar el proceso de informalización de las relaciones capital/trabajo, no como una herencia del pasado, sino como resultado del estilo de modernización capitalista imperante en Chile.

La tercera tesis es la supuesta terciarización creciente de la economía, especialmente de tipo espuria. La evidencia indica que, en términos generales, la terciarización ha retrocedido con respecto a los niveles de 1982-83, retornando a los niveles de principios de los setenta. Pero más importantes aún parecen ser los cambios dentro del sector terciario: hubo un retroceso de la terciarización espuria y el empleo público, a la vez que creció la importancia de los servicios al productor¹ y los servicios financieros.

La cuarta tesis es la identificación reduccionista de la pobreza con el desempleo. Si bien ello constituyó una buena aproximación en el período 1973-83, la situación después de 1988 parece haber cambiado. ¿Cómo explicar hoy la pobreza en condiciones de baja tasa de desempleo? Lo cierto parece ser que una proporción importante de los pobres de los años noventa *trabajan* y son asalariados. Sin embargo, su empleo es precario, es inestable y está sometido a relaciones laborales autoritarias. Esto significa que la pobreza ya no se genera exclusivamente por la "exclusión" del sistema, sino que se reproduce gracias a la explotación de la fuerza de trabajo. La consecuencia es que el crecimiento económico no resolverá de por sí la pobreza ni la desigualdad, sino que puede más bien reproducirla. Por ello es que los estudios sociológicos y económicos debieran orientarse no tan sólo a los problemas de la distribución del ingreso y la riqueza, sino a aquéllos relacionados con la manera en se construye la desigualdad social en el propio sistema productivo imperante en Chile.

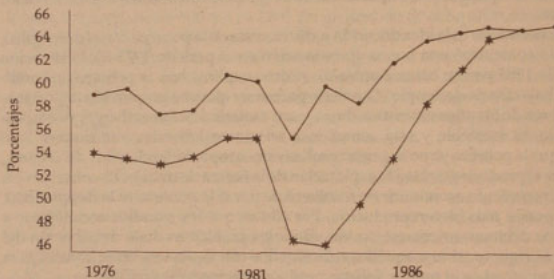
1. Los servicios al productor se definen como insumos esenciales en los procesos productivos y de comercialización, sin estar encargados de la transformación física propiamente tal. Se agrupan en: i) Servicios de preproducción (estudios de mercado, diseño de productos, etc.); ii) Servicios durante la producción (ingeniería de producción, capacitación, sistemas organizacionales, servicio de datos, etc.); y iii) Servicios paralelos o de posproducción (publicidad, ventas, auditoría, servicios jurídicos, seguros, etc.).

LA NUEVA ASALARIZACION DEL EMPLEO

Ha existido consenso en la literatura sociológica y económica acerca de la reversión del proceso de asalarización, tanto en los países centrales como en los países periféricos, incluida Latinoamérica. Las explicaciones varían desde la idea de la crisis estructural, hasta la tesis del surgimiento de un nuevo régimen de acumulación y modo de regulación.

Durante el período 1973-83, Chile pareció haber seguido el mismo camino: hubo una reducción de la importancia relativa de los trabajadores asalariados, tanto de clase media como de clase obrera (Martínez & Tironi 1984). Para este período (1973-83), las causas más citadas son la disminución en casi 150 mil empleos públicos y la reducción en casi 100 mil obreros y empleados en el sector industrial. Es decir, el proceso de des-asalarización se debió tanto a la sucesión de dos recesiones (1974-75 y 1982-83) como a una política estatal de racionalización acelerada.

Gráfico 1. Chile: Grado de asalarización General y sin PEE



Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo

• General

★ s / empleo de emerg.

Dos tesis surgieron a partir de la constatación de estos procesos. Primero, la reducción absoluta y relativa del peso de la clase trabajadora en general, en tanto grupo social diferenciado y en tanto actor social relevante en la escena político-social chilena. Segundo, la presencia de mercados de trabajo que funcionaban de manera dual (formal e informal), con una baja tasa de asalarización (TAS) y, por tanto, con una importancia muy disminuida de la "relación salarial"²-cualquiera fuese su forma—,

2. Se entiende por tasa de asalarización el porcentaje de obreros y empleados respecto a la PEA. El término «relación salarial» proviene de las teorías regulacionistas. Boyer (1988) la define como «las relaciones mutuas entre los diferentes tipos de organización del trabajo, el modo de vida y las modalidades de reproducción de los asalariados».

en tanto uno de los principios reguladores de la dinámica de la economía capitalista. Esto es otra manera de decir que el dinamismo de la economía formal chilena se fundaría, casi exclusivamente, en los mercados externos, dada la compresión estructural de la demanda interna y la pérdida de importancia del gasto público. Por su parte, la reproducción de la fuerza de trabajo operaría por circuitos informales o por la reconstitución de la economía doméstica.

La historia económica y social después de 1984 dio una nueva sorpresa, aún no asimilada completamente. Hubo una re-salarización bastante acelerada, como puede visualizarse en el Gráfico 1. En efecto, entre 1983 y 1990 la tasa de asalarización (excluyendo PEE) aumentó desde 46,6 hasta 64,8 por ciento. Es decir, a partir de 1987 se supera el nivel de 1980-81 y es interesante notar que, si bien las fuentes de información censales y de encuesta no son estrictamente comparables, este nivel es similar al de 1970 (65,4 por ciento de la PEA).³

Todo indica que la desproletarización terminó hace varios años. Hay en curso un proceso de constitución de una nueva clase trabajadora, en el sentido amplio del término. Sus bases sociales y materiales ya existen; lo que está en proceso de nacer y consolidarse es su configuración como movimiento o como actor social.

Hasta hace poco, la desproletarización parecía una tendencia de largo plazo, propia de la llamada "sociedad posindustrial", con sus especificidades latinoamericanas. Esto no es así en el caso chileno. Más bien, la tendencia de largo plazo ha sido el ciclo de reestructuración y desestructuración de la clase trabajadora, que tiene que ver con las fases de ascenso y declinio de un cierto tipo de régimen de acumulación y modo de regulación (Díaz 1988).

Los antecedentes entregados en este capítulo permiten afirmar la configuración de una "nueva clase trabajadora" y no la reconstitución de la clase obrera que existía en los sesenta. Las diferencias no son tan sólo estructurales, sino que también parecen ser culturales, aunque su perfil y contorno aún está en formación. Por ello es que hasta ahora sólo se podría hablar de una reconstrucción objetiva de clase, hecha en condiciones de expansión del capitalismo. El proceso de constitución de identidades y movimientos sociales está en curso y es parte constitutiva de la transición. Es un fenómeno que debe ser investigado, con clara conciencia de que aún no ha cristalizado.

Este capítulo se concentra en los cambios ocurridos en la estructura, distribución espacial y composición interna de la masa de trabajadores asalariados. El análisis se limita a la década de los ochenta, más algunas comparaciones con la estructura existente en los setenta.

1. LA ASALARIZACIÓN SEGÚN RAMA DE ACTIVIDAD

Durante la recesión 1982-83 hubo una caída generalizada de la asalarización, a excepción de las empresas públicas de Agua, Gas y Electricidad (aún estatales hasta 1983). Sin embargo, si se compara la situación en dos años "normales" (1980 y 1990) se aprecian tendencias que escapan al ciclo económico y pueden revelar cambios estructurales. (Véase Cuadro 1).

3. La información de 1983 y 1990 es de la Encuesta Nacional de Empleo, INE, cuarto trimestre. La información de 1970 es del Censo de Población y Vivienda del mismo año. Cabe hacer notar que la Encuesta Nacional de Empleo de la Universidad de Chile comprueba la misma tendencia para el período señalado, aunque los grados de asalarización estimados son ligeramente superiores al del INE.

Cuadro 1. Tasa de asalarización según ramas de actividad, 1976-90
(En porcentajes sobre ocupados)

Sectores	Tasa de asalarización		Var%	Estructura %	
	80	90		80	90
Agrop. y Pesca	49	55	+ 6	13	16
Minas y Canteras	91	87	- 4	3	3
Ind. Manufacturera	77	78	+ 1	20	18
E.G.A	96	95	- 1	1	1
Construcción	82	71	-11	6	7
Comercio	45	50	+ 5	13	13
Transp. y Comercio	69	66	- 3	7	7
Serv. Financieros	77	80	+ 3	4	5
Otros Servicios (*)	77	57	-20	33	30
Totales	66	69	+ 3	100	100

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, 4º trimestre.

(*) Excluye empleo de programas de emergencia.

No se observan variaciones significativas en Servicios Financieros, EGA, Transporte y Comunicaciones. Pero en las demás existen fuertes variaciones que pueden ser explicadas si se considera otros antecedentes. La industria manufacturera, presenta peculiaridades que se analizarán al final de esta sección.

a. Ramas con procesos de des-asalarización

En el caso de Minas y Canteras, las causas se encuentran en la reducción del empleo en la minería del carbón y en la gran minería del Cobre, desarrollándose el trabajo subcontratado de pirquineros y trabajadores a trato. Situación parecida ocurre en la Construcción, dado que en este sector hubo una fuerte racionalización y desarrollo de la subcontratación entre 1975 y 1985.⁴

Sin embargo, cabe hacer notar que las Encuestas de Empleo suelen subestimar la tasa de asalarización (TAS) en ambos sectores, en tanto consideran a quienes trabajan a trato (es decir, por rendimiento individual o por cuadrilla) como trabajadores por cuenta propia. Más aún, si la subcontratación hubiese aumentado entre 1980 y 1990, ello podría indicar al menos una sobrestimación de la des-salarización realmente ocurrida.

Destaca el caso de los Servicios no financieros (excluye PEE y empleo doméstico), que tiene la caída más acentuada en la tasa de asalarización. Ello se explica principalmente por el fuerte descenso del empleo público, que está lejos de ser compensando por el gran crecimiento numérico de pequeñas empresas de informática, de publicidad y marketing, de reparaciones y mantenciones, de consultorías, y muchas otras de servicios al productor.

4. Véase "La industria de la construcción en Chile y Argentina: estudios de casos en el sector de vivienda económica", Cecilia Casassus-Montero, Investigadora CNRS (París, febrero de 1988; mimeo).

b. *Ramas con procesos de asalarización*

En el sector Pesca (Octava Región y Norte Grande) parece evidente un proceso de asalarización muy relacionado con la expansión y modernización capitalista. En Agricultura sucede lo mismo, aunque el fenómeno parece concentrarse especialmente en el Valle Central (hortofruticultura).

En el caso del Comercio, la asalarización expresa el desarrollo del comercio orientado hacia capas de altos y medios ingresos, así como el comercio exterior.

c. *La asalarización en la industria*

El Cuadro 1 indica que no hubo cambios en la tasa de asalarización (TAS) de este sector. Sin embargo, entre 1970 y 1990 hubo una gran reestructuración industrial de tipo autoritario,⁵ que modificó la "arquitectura" del sector, así como en fuertes cambios en la propia configuración de las empresas. Esto se confirma indirectamente vía la fuerte desigualdad de las tasas de crecimiento entre ramas. Las cifras de SOFOFA, evidencian un fuerte incremento del peso de la agroindustria, de la industria maderera y de muebles, de la industria química primaria y secundaria, de la industria de loza y vidrio. A la vez que indican un claro retroceso en el peso relativo de la industria siderúrgica y metalmecánica, textil, vestuario y calzado.

Un análisis de la estructura industrial por tipo de procesos, parece indicar que la industria de procesos continuos⁶ y alimentos en producción seriada en grandes lotes, creció más rápidamente que la industria metalmecánica seriada en lotes pequeños (bienes de capital) y grandes (línea blanca).

Paralelamente, el tamaño promedio de la gran empresa parece haber disminuido, dado que la práctica de la subcontratación se ha generalizado, por externalización de partes del proceso productivo y especialmente de actividades en servicios.

Todo esto determina cambios en la distribución sectorial de los asalariados del sector industrial. Se hace evidente el estancamiento del empleo en los sectores metalmecánico y textil, a la par de una fuerte expansión del empleo asalariado en la agroindustria de todo tipo.

En términos generales, los cambios más notables son la disminución de la importancia relativa de los asalariados de servicios y de la construcción, a la par de un incremento de aquellos que laboran en actividades comerciales, agropecuarias y pesca. Asimismo, disminuye la importancia de los asalariados del sector público, aumentando la del sector privado.

2. *DISTRIBUCIÓN ESPACIAL DE LA ASALARIZACIÓN*

Entre 1980 y 1990 hubo importantes cambios en la distribución espacial de la masa de trabajadores asalariados. A primera vista, pareciera que el proceso de re-asalarización sólo habría existido en las zonas urbanas (cuya TAS aumentó de 57 a 67 por ciento), mientras que se habría estancado en las zonas rurales (cuya TAS disminuyó de 50 a 49

5. Véase A. Díaz, «La reestructuración industrial autoritaria en Chile», *Proposiciones* no. 17 (1989).

6. A excepción de la siderúrgica, se observa un fuerte crecimiento de la industria de cemento, harina de pescado, celulosa, papel, vidrio (semicontinuo).

por ciento). Sin embargo, un análisis más detallado permite enriquecer la impresión inicial, al constatar ritmos muy desiguales de re-asalarización según regiones, ciudades grandes, intermedias y pequeñas, así como zonas rurales.

El Cuadro 2 resume las tendencias para el período 1980-90.

Cuadro 2. Distribución espacial de la población asalariada (1980-90)

Área de estimación	Asalariados		PEA		Asalariados (%)	
	1980	1990	1980	1990	1980	1990
1. Total nacional	2.020	3.065	3.616	4.728	56	65
2. Urbano	1.689	2.728	2.958	4.042	57	67
a) Stgo.-Valp.-Concep.	1.050	1.572	1.691	2.271	62	69
b) Ciudades Int.	334	564	588	840	57	67
c) Resto urbano	305	592	679	931	45	64
Norte	42	84	90	128	46	66
Centro	170	282	331	443	51	64
Sur	82	202	236	323	35	63
Ext. sur	11	24	22	37	50	65
3. Rural	331	337	658	686	50	49
a) Norte	25	24	56	53	45	45
b) Centro	153	189	277	312	55	61
c) Sur	144	118	310	309	46	38
d) Ext. sur	9	7	16	12	56	58

Fuente: Elaboración del autor a partir de INE (Encuesta Nacional de Empleo) para los cuartos trimestres de cada año.

Nota: Se define como trabajadores asalariados a los obreros, empleados y trabajadores de servicio, excluyendo los empleos de emergencia (PEM-POJH, etc.). La estratificación urbana considera tres niveles: i) Santiago, Valparaíso y Concepción; ii) las "ciudades intermedias" (Arica, Iquique, Antofagasta, Calama, Chuquimata, Copiapo, Coquimbo-La Serena, San Antonio, Rancagua, Curicó, Talca, Chillán, Concepción, Lota-Schwager, Los Angeles, Temuco, Valdivia, Osorno, Puerto Montt, Punta Arenas); iii) el "resto urbano", que agrupa a ciudades y pueblos que superan los 2 mil habitantes y que no son considerados "ciudades intermedias".

El Cuadro 2, y considerando otra información adicional para el año 1970, permite formular las siguientes conclusiones preliminares:

(1) *Concentración urbana y descentralización de la masa de trabajadores asalariados*

En los últimos veinte años, el peso relativo de la masa de trabajadores asalariados urbanos fue creciendo. Si en 1970 representaba 70 por ciento del total de asalariados, en 1980 era 84 por ciento y en 1990, 89 por ciento.

Sin embargo, paralelamente ocurrió una descentralización de los asalariados urbanos. En 1970, 48 por ciento de ellos se concentraba en Santiago, cifra que descendió hasta 40 por ciento en 1990. Explica este proceso la rápida asalarización de la fuerza de trabajo en ciudades intermedias, y también en las pequeñas. En este último caso, la TAS creció desde 45 por ciento en 1980, hasta 64 por ciento en 1990.

Al analizar la evolución de la TAS en las ciudades intermedias, se aprecia notables diferencias, cuyos extremos más notables son: i) la des-salarización en

Arica (desmantelamiento del polo industrial a principios de los ochenta), Lota-Schwager (racionalización de la minería del Carbón) y Punta Arenas (desmantelamiento de la zona franca); ii) los fuertes procesos de asalarización en Los Angeles (expansión del complejo madera-celulosa) y ciudades como Osorno, Puerto Montt, Copiapó y Chillán. La cifras se entregan en el Cuadro 3.

Cuadro 3. Tasa de asalarización en ciudades (1980 y 1990)
(porcentajes sobre PEA)

Ciudades	Región	Grado de asalarización		
		1980	1990	Variación
Total Nacional		56	65	9
Arica	Primera	57	56	-1
Iquique	Primera	61	66	5
Antofagasta	Segunda	62	71	9
Calama-Chuquimata	Segunda	66	74	9
Copiapó	Tercera	55	71	16
Coquimbo-La Serena	Cuarte	53	65	12
Gran Valparaíso	Quinta	58	68	10
San Antonio	Quinta	49	62	13
Gran Santiago	R. Metropol.	63	70	6
Rancagua	Sexta	60	76	16
Curicó	Séptima	58	66	8
Talca	Séptima	56	62	6
Chillán	Octava	49	64	15
Concepción	Octava	58	68	10
Lota-Schwager	Octava	64	63	-1
Los Angeles	Octava	47	75	28
Temuco	Novena	55	67	12
Valdivia	Décima	56	69	13
Osorno	Décima	48	71	23
Puerto Montt	Décima	48	69	21
Punta Arenas	Duodécima	70	66	-4

Fuente: INE, Encuesta Nacional de Empleo, cuarto trimestre.

(2) Asimetría espacial entre lugar de vivienda y trabajo en el sector agropecuario

En términos globales, la TAS en las zonas rurales cayó de 30 por ciento en 1970 a 16 por ciento en 1980 y siguió cayendo en los ochenta, pero a una tasa menor, hasta llegar a 11 por ciento en 1990. Esto fue simultáneo a un despoblamiento y una disminución de la fuerza de trabajo de las zonas rurales del norte y del sur. ¿Cómo explicar la disminución de la TAS en las zonas rurales, con un aumento simultáneo de la asalarización del empleo agropecuario? Para la década de los ochenta se pueden considerar dos causas:

Primero, hubo un desarrollo desigual de la asalarización según regiones. Si bien ésta cayó en las zonas norte y sur, creció en el Valle Central y en el extremo sur. En estas zonas también hubo un proceso de des-salarización en los años setenta, que duró hasta la crisis de 1982-83. Pero, a partir de entonces, hubo un acelerado proceso de re-asalarización, hasta 1987. Evidentemente, ello está relacionado con la expansión y diversificación de la producción agrícola y agroindustrial, que se concentra —en cuanto a producto y empleo— en el Valle Central.

Segundo, la evidencia estadística y los estudios de casos sugieren que se ha desarrollado una asimetría espacial entre lugar de trabajo rural y lugar de vivienda urbano. Una parte de los trabajadores agrícolas asalariados vive actualmente en ciudades pequeñas y ciudades intermedias.

Durante la década de los ochenta, hubo un aumento de un millón de trabajadores asalariados. Un 50 por ciento se explica por el crecimiento en Santiago, Concepción y Valparaíso. El resto, por lo ocurrido en el resto de las zonas urbanas y las zonas rurales. Esto constituye un cambio significativo respecto a las tendencias conocidas en décadas anteriores, cuando el incremento de la masa de asalariados se concentraba casi exclusivamente en tres ciudades principales. El resultado no podía ser sino un cambio estructural en la geografía de la asalarización del país.

Todo lo anterior evidencia una extensión espacial de las relaciones salariales al resto del país, paralela a una profundización de la división del trabajo en todo el territorio.

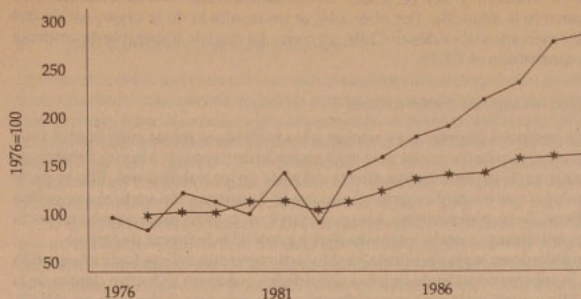
3. LA DESCONCENTRACIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO ASALARIADA

La fase de recuperación que vivió el capitalismo chileno entre 1983 y 1989, permitiría afirmar que, a la par de un proceso de reestructuración del gran capital, se inició un proceso de expansión de la pequeña y mediana empresa (PYME). Es decir, la clase empresarial chilena vivió un doble proceso. Por un lado, la reconstitución de los grupos económicos (GE) locales y la entrada de GE extranjeros, todos fortalecidos por las privatizaciones de empresas del Estado. Por otro, un proceso de extensión social de la burguesía mediana y pequeña. Ello es lo que permitió una ampliación de fundamentos sociales de la ideología neoliberal: un significativo sector social opera actualmente con categorías de ganancia y competitividad en mercado.

La expansión del empresariado tiene como indicador aproximado la categoría de ocupación "empleador" que las estadísticas de empleo tradicionalmente utilizan. En el período 1980-90, la expansión del empresariado fue desigual según sectores. En orden de importancia, creció más en el sector primario que en el terciario y secundario. Aumentó la concentración urbana del empresariado, disminuyendo en Santiago, pero incrementándose significativamente en ciudades intermedias, como Concepción y Valparaíso.

Una trayectoria comparativa entre asalariados y empleadores se puede visualizar en el Gráfico 2.

Gráfico 2. Chile: Empleadores y asalariados (1976-90)



Fuente: Elaborado a partir de datos INE

• Empleadores * Asalariados

Entre 1970 y 1980, no hubo crecimiento ni de empresarios ni tampoco de trabajadores asalariados. Sin embargo, en el período 1983-90 la situación cambió completamente. La masa de empresarios se duplicó y la cantidad de asalariados creció en 53 por ciento. La expansión numérica del empresariado se dio principalmente en la PYME, y no es irrazonable suponer que buena parte de la expansión de la masa de trabajadores se dio en ese tipo de empresas. Ello indicaría un proceso de *desconcentración* o *dispersión* de la masa de trabajadores asalariados.

Considerando la proporción asalariados/empresarios en una perspectiva de treinta años, se revelan cambios significativos. Pareciera que el grado de dispersión relativa de la masa de trabajadores asalariados es actualmente mucho mayor que en 1960, dado que en ese año había más del doble de asalariados por empleador que en 1990.⁷

4. EL EMPLEO ASALARIADO PRECARIO

Podría pensarse que el empleo precario constituye una anomalía del mercado, un resultado del estancamiento o la recesión, o una situación que sólo existe en empresas tradicionales o pequeñas. Pero esto no es cierto. El empleo precario no se reduce a la PYME, sino que existe en la mayoría de las grandes empresas privadas. El empleo precario no constituye una forma tradicional de comportamiento empresarial, sino un resultado precisamente del estilo de modernización capitalista que se asentó en Chile.

El empleo precario tiene un origen sistémico. Por un lado, es asegurado por la legislación y la regulación estatal de los mercados laborales, constituidos durante la

7. Es un indicador aproximado, dado que se está comparando información del Censo 1970 con la media anual de la Encuesta Nacional de Empleo del INE de 1990. Las cifras estimadas dan 50 trabajadores/empleador en 1960 y 18 trabajadores/empleador en 1990.

dictadura con el propósito de que la empresa lograra una alta flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo; y las recientes reformas laborales no han modificado sustantivamente la situación. Por otro lado, es un resultado de la organización del trabajo y los mercados laborales en Chile, así como del modelo imperante de empresa que se ha constituido en Chile.

a. *Origen sistémico del empleo precario*

La práctica gerencial imperante es retener a los individuos mejor cualificados o de oficios y profesiones de mayor escasez en el mercado de trabajo y, a la vez, flexibilizar y/o distanciarse de la contratación directa del resto de los trabajadores. Ello es parte de una estrategia que buscó disminuir el alto grado de integración vertical que existía en los sesenta. En la gran empresa, esto constituyó un cambio fundamental respecto a prácticas anteriores, cuando intentaba fijar y estabilizar la fuerza de trabajo.

El resultado en la gran empresa ha sido la disminución del grado de integración vertical y la subcontratación de muchas actividades que antes se hacían dentro de la empresa. Ello ocurrió en la gran minería* y en la gran industria. Asimismo, en el Valle Central el latifundio fue sustituido por una multitud de medianas y pequeñas empresas agrícolas, que son subcontratistas de grandes empresas de comercialización. En el sur, los latifundios forestales pertenecientes a grandes empresas no son explotados directamente por éstas, sino por empresas subcontratistas. Una situación similar se vive en la actividad pesquera.

En términos generales, la gran empresa encabeza cadenas productivas en las que se articula un conglomerado de pequeñas y medianas empresas subcontratista y/o proveedoras de diverso tipo. Por sus economías de escala y localización de las operaciones de las empresas que dominan la red, estas PYME tienden a localizarse en centros urbanos de tamaño medio y pequeño, cercanos a carreteras y caminos, que les facilitan el acceso a los diverso tipo de insumos que éstas requieren. Ello causó y estimuló a la vez el rápido desarrollo del transporte de carretera, que es flexible y versátil, operado por múltiples empresas transportistas.⁸

Esto generó una aguda segmentación de los mercados de trabajo, que la literatura sociológica ya ha modelizado (Atkinson 1987) y que diversas investigaciones confirman para el caso chileno.

En una malla de empresas contratistas y subcontratistas, se establece la siguiente segmentación: i) Trabajadores que pertenecen al *núcleo* de la empresa, con empleo estable y que son generalmente hombres que trabajan a jornada completa, de forma permanente y con contrato legal; ii) Trabajadores de la *periferia* que tienen contratos de breve duración o trabajan a tiempo parcial, con alta presencia de mujeres. La calificación de este trabajo es baja y existe una oferta abundante en el mercado de trabajo; iii) Trabajadores *externos* que son subcontratados y que laboran en los predios (gran minería y empresas forestales) o plantas de la empresa contratista. Estos pertenecen a la PYME, no son parte de su núcleo, y llevan a cabo una diversidad de

8. Véase Mardones, Martínez & Sierra, «Los servicios al productor: un análisis para el caso del Cobre en Chile», *Documento Cepal* (marzo 1991). También Maldonado, «Desarrollo de encadenamientos productivos en torno al abastecimiento de la actividad minera», *Documento de Trabajo CESCO* (marzo 1989).

9. Entre 1980 y 1990, el empleo en el sector transporte creció en 47 por ciento, mientras que el número de empleadores transportistas se cuadruplicó.

labores que la empresa contratista ha decidido no realizar, prefiriendo contratos comerciales a contratos de trabajo.

b. *Empleo precario y expansión económica*

La economía chilena vive desde hace varios años una fase de expansión económica que tiene una dinámica desigual, según las ramas y sectores de que se trate. ¿Significa que este proceso hará disminuir automáticamente el empleo asalariado precario? En nuestra opinión esto no es así. La flexibilidad en el uso de la fuerza de trabajo es parte constitutiva del régimen de acumulación y el modo de regulación neoliberal imperantes en Chile. El empleo precario es estructural y es parte de una estructura productiva basada en principios neotayloristas (Díaz 1989).

El empleo precario expresa una relación capital/trabajo no estable e informal, que es cambiante según la fase del ciclo económico y según se profundice la división del trabajo entre empresas. En las ramas y zonas que viven períodos de expansión con incremento de la demanda de trabajo, no necesariamente ocurre una disminución del empleo precario en favor del empleo estable. Más bien se produce un cambio en la composición interna del empleo precario: disminuye la proporción de asalariados con empleo parcial en el año, mientras que aumenta la de aquellos que logran tener empleo todo el año, o gran parte de éste, mediante el pluriempleo o varios contratos temporales (León 1991). Es decir, la trayectoria individual de un trabajador sería pasar desde una situación con trabajo esporádico en una empresa, a otra con trabajo más regular basado en contratos de breve duración con varias empresas, o en diferentes labores (y condiciones de trabajo) en una misma empresa.

El caso de la construcción es muy ilustrativo al respecto. El pluriempleo tiene un comportamiento procíclico. Sin embargo, las empresas no se arriesgan a elevar el personal con contrato permanente, en previsión de eventuales situaciones recesivas en el mercado. Esto constituye una situación estructural que derivó del cambio en regulación del mercado de trabajo (fin del tarifado) y los procesos de racionalización que se iniciaron en los años setenta (Montero 1988).

Un estudio reciente (León 1991) entrega antecedentes sobre tal tendencia para el caso agrícola en el Valle Central. Este sector vive un período de expansión y diversificación de su estructura productiva, que tiende a atenuar las diferencias estacionales de demanda de trabajo. Lo anterior implica que la masa de trabajadores agrícolas con empleo ocasional puede haber sido gruesamente sobrestimada, por la confusión existente entre contrato temporal y trabajador ocasional. Las encuestas de Empleo del INE parecen confirmar esta aseveración, dado que las diferencias estacionales del empleo agrícola no sobrepasan los 50 mil trabajadores, mientras que se habla de 400 mil temporeros.¹⁰

¿Qué sucede en situaciones recesivas globales o sectoriales? No sólo aumenta la tasa de desempleo, sino se agrava la situación de los trabajadores con empleo precario. Muchos de ellos ya no podrán hacer el año y engrosarán por temporadas las filas del empleo terciario espurio.

10. Véase F. León, «El empleo temporal en la agricultura chilena, 1976-1990 (Síntesis y conclusiones)», *Documento de trabajo CELADE-OPS* (abril 1991; mimeo), p. 7.

Los estudios sobre la recuperación y expansión 1983-91 han concentrado su análisis en el dinamismo de la demanda externa, en el mejoramiento de los términos de intercambio, señalando que la concentración del ingreso habría dinamizado exclusivamente la demanda de las capas de ingresos altos.

En nuestra opinión, este enfoque subestima la importancia de la demanda efectiva interna que, aunque acodada (Benetti 1974), juega un rol cada vez más preponderante en la dinámica de la economía chilena. Nuestra tesis es que entre 1983-89 hubo una *expansión creciente de la demanda efectiva interna*. Esta, en el contexto de un aumento relativo del tipo de cambio (1982-89) —que tuvo efectos proteccionistas—, permitió la recuperación de la producción agrícola e industrial orientada hacia el mercado interno. En este contexto es que se explica la recuperación de las empresas pequeñas y medianas.

Este enfoque suele no ser aceptado. El argumento contrario es que los mercados externos o, dicho de otra manera, la demanda efectiva de los países capitalistas centrales, sería el factor explicativo casi *exclusivo* de la recuperación económica 1983-89. El fundamento sería que la alta concentración del ingreso, el estado de pobreza de millones de chilenos y las altas tasas de desempleo, impedirían la formación de un mercado interno significativo. Además, las capas de altos ingresos concentrarían su demanda casi exclusivamente en bienes importados.

La imagen parece perfecta. Los pobres no tienen poder de compra y los ricos sólo compran productos importados. Es una consecuencia más del enfoque dualista de la economía chilena.

Es evidente que si el país hubiese crecido al 5 por ciento anual entre 1973 y 1989, y además con redistribución del ingreso, la demanda interna sería mucho más vasta de lo que actualmente es. Es también evidente que si la economía en la década de los noventa crece con más equidad social, el mercado interno tendrá una importancia creciente para la dinámica del capitalismo chileno.

Sin embargo, nuestra afirmación es para un período histórico particular, el de la recuperación económica 1983-89. Algunos de los factores explicativos de la recuperación de la demanda efectiva interna son:

- (1) Una fuerte expansión del empleo y una recuperación de los salarios medios a partir de 1985. Entre 1983 y 1989 el número de trabajadores ocupados creció en 38 por ciento. Aunque aún por debajo del nivel alcanzado en 1981, el salario medio se elevó progresivamente a partir de 1985. Asimismo, hubo un fuerte proceso de asalarización: entre 1980 y 1990, la proporción de la PEA que es asalariada creció de 56 a 65 por ciento.
- (2) Un significativo proceso de reconstitución de los mecanismos de crédito. Esto elevó el poder de compra de las capas de ingreso medio y alto, autonomizándolo del nivel de ingreso de corto plazo. Además, debe recordarse que no es cierto que la demanda de los ricos se oriente exclusivamente hacia productos importados. Buena parte de la demanda por alimentos, casas, ropa y otros productos es satisfecha con producción interna orientada específicamente hacia esos sectores.

- (3) Un fuerte proceso de asalarización, así como la concentración espacial en zonas urbanas, incluso de parte significativa de la fuerza de trabajo que labora en zonas agrícolas. Este fenómeno es estructuralmente muy importante, dado que concentra la demanda efectiva en espacios geográficos y temporales determinados, lo que potencia el tamaño efectivo de los mercados.
- (4) La formación de nuevas normas de consumo del trabajador asalariado. Este, al trasladarse a zonas que se urbanizan en forma creciente, deja progresivamente de producir bienes necesarios para su familia, dependiendo cada vez más del poder de compra que le otorga el salario para tener acceso a mercancías producidas por pequeñas, medianas y grandes empresas agroindustriales. Es decir, el cambio en las normas de consumo se ve acompañado por un cambio en las normas de producción de los bienes salario. La feminización del mercado de trabajo, especialmente agrícola (X. Valdés 1991), acelera este proceso.

De ser cierto lo anteriormente expresado, y si a ello se le agrega la tendencia de los trabajadores agrícolas a dejar los terrenos patronales y habitar en zonas urbanas, podemos afirmar que en Chile se ha roto la vieja forma de la reproducción doméstica de la fuerza de trabajo agrícola y se ha constituido un mercado de bienes salario en el campo. Este es abastecido por pequeños productores y, en grado creciente, por empresas modernas, cuya producción no sólo se orienta hacia las exportaciones o sectores de altos-medios ingresos, sino también, y cada día más, hacia capas populares.

La constatación de este fenómeno para un período histórico determinado, en ningún caso permite afirmar la consolidación de un "círculo virtuoso" para los años noventa, ni tampoco pretende invertir la importancia central de la demanda externa en el régimen de acumulación prevaleciente en Chile. Más bien intenta destacar la importancia que tuvo después de 1986 la recuperación de la demanda interna y, dentro de ella, la importancia que tuvo la "relación salarial".

Para el futuro, el propio modo de regulación neoliberal que existe en la economía chilena construye entramientos fundamentales para una extensión progresiva del mercado interno, debido a que tiende a reproducirse la concentración muy desigual del ingreso. Asimismo, en una situación de baja tasa de desempleo, los principios de formación del salario que lo desvinculan de los incrementos en la productividad, de la ganancia o de la inflación, tienden a limitar en forma permanente la importancia de la relación salarial.

II

LA NUEVA INFORMALIZACION

1. ¿RETROCESO DEL SECTOR INFORMAL URBANO EN CHILE?

La llamada "informalización" de las economías, tanto en los países centrales como periféricos, constituyó una referencia común en los análisis económicos y sociológicos

de los años ochenta.

Ahora bien, esta tesis se manifiesta como dos nociones que tienen cierta coincidencia, pero que también son discrepantes. Una entiende "informalización" como la expansión de cierto tipo de relaciones económicas que, por la crisis o por el modo dominante de regulación, constituyen ámbitos donde el Estado interviene en forma débil y difusa. Otra, que tiene amplia difusión, entiende la informalización como un conjunto de agentes, con ciertas características y localizados en el mundo urbano. Esta noción se concreta en la idea de sector informal urbano (SIU).

El origen de ambas nociones es teóricamente muy distinto. La primera se asocia actualmente a teorías regulacionistas, donde los agentes se constituyen en un mundo complejo de relaciones económicas. La segunda, que trabaja con la noción SIU, está estrechamente emparentada con el dualismo estructural. Algunos autores han entendido el SIU como un sistema diferenciado pero subordinado a la economía formal, en tanto tiene "intercambios desiguales" con ésta (Tokman 1978). Esta idea se aleja de las teorías que utilizan el concepto de "masa marginal" a-funcional al sistema general (Martínez y Tironi 1985, p. 201).

En esta sección se discutirá más a fondo la noción de SIU y su evolución para el caso chileno, para luego retomar la discusión antes sugerida.

Hay diversas tesis para explicar la expansión del SIU. Una destaca la migración rural-urbana creciente, sea por la incapacidad del mundo rural para absorber el crecimiento de la población activa, sea por el atractivo que ejerce para el campesinado el diferencial de ingresos urbano/rural (Ramos 1984; Prealc 1990). Otra subraya la débil demanda de empleo en el sector urbano "moderno", por las tecnologías que utilizan (García y Tokman 1984). También existe la tesis que destaca la crisis del Estado de bienestar en su versión chilena, que en los sesenta cubría parcialmente al mundo urbano; es decir, la incapacidad creciente del Estado para garantizar el salario indirecto, lo que favoreció la expansión del SIU como una estrategia de sobrevivencia del mundo popular. Este proceso sería *funcional* al capitalismo, en tanto abarató los costos de reproducción de la fuerza de trabajo. Otra tesis importante es que las sucesivas recesiones (1974-75 y 1982-83) y la política neoliberal, provocaron procesos de desindustrialización con terciarización "espuria", entendida ésta como desempleo disfrazado y refugio de la mano de obra desplazada de otros sectores (Pinto 1984).

Es sabido que los problemas de información estadística pueden sesgar seriamente el análisis del SIU. Una definición estricta de sector abarca a los trabajadores por cuenta propia, a los familiares no remunerados y a los trabajadores asalariados de la microempresa (1 a 5 trabajadores), excluyendo de estos sectores al empleo doméstico, a los técnicos, profesionales y gerentes.¹¹ Sin embargo, dado que la información respecto a los trabajadores asalariados de la microempresa generalmente no está disponible, se suele utilizar una definición de SIU más restringida, que sólo incluye a cuentapropistas y familiares no-remunerados, con las mismas exclusiones antes señaladas.

Ahora bien, la popularización del término consolidó la impresión de que el SIU se expandía en Chile en el largo plazo, especialmente en el sector terciario, aunque ya un estudio sobre este sector para el período 1960-80 entregó una apreciación contraria (Gatica 1986). Utilizando la definición más restringida del SIU, se verá que los Censos

11. Prealc excluye también a todos aquellos que trabajan en los sectores Agropecuario, Pesca y Minería.

de 1960, 1970 y 1982 informan de una progresiva caída de la importancia del SIU respecto a la PEA urbana (PEAU). Considerando otra información disponible, es posible construir el Cuadro 4.

Cuadro 4. Chile: Tendencias del SIU 1960-1990
(Tasas anuales medias de crecimiento)

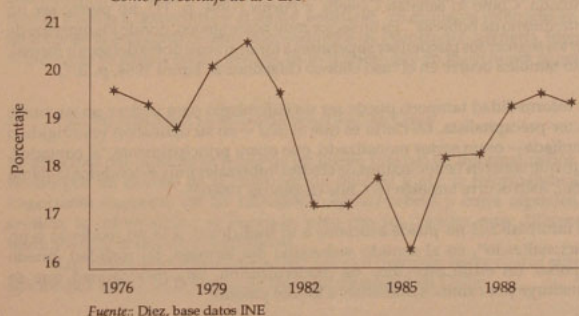
	Pob. total	PEAU	SIU
1960-70	2,04	2,35	1,63
1970-80	2,23	4,07	5,01
1980-90	1,56	3,17	2,77

Fuente: Díaz, a partir de datos INE y Prealc.

El Cuadro 4 indica que fue en la década del setenta cuando el SIU creció más fuertemente que la PEA urbana. Ello se dio tanto por la recesión 1974-75 como por el tipo de recuperación 1976-80, que en sectores como el industrial no significó aumento de la ocupación.¹² Sin embargo, en la década de los ochenta el SIU —en su definición restringida— creció a una tasa menor que la PEAU. En consecuencia, *el caso chileno no encaja en las explicaciones tradicionales de expansión de la informalidad.*

Un análisis más detallado para el período 1976-90 se puede visualizar en el Gráfico 3, que, dado el criterio que forzosamente se utiliza, subestima la verdadera evolución del SIU.

Gráfico 3. Chile: SIU urbano 1976-1990
Como porcentaje de la PEA



El Gráfico 3 indicaría que en Chile la informalización es procíclica y que entre 1988 y 1990 estuvo por debajo de los niveles de 1979-81. Sin embargo, del capítulo anterior es fácil concluir que el SIU está subestimado, en tanto no incluye la expansión

12. Véase A. Díaz, «La reestructuración industrial autoritaria en Chile», cit.

de los trabajadores asalariados, especialmente de la microempresa. Al considerar este fenómeno, es posible concluir al menos que la composición del SIU se ha modificado: disminuye la importancia relativa de los trabajadores por cuenta propia y los familiares no-remunerados, a la vez que se incrementa la importancia de trabajadores asalariados. Y, dada la fuerte expansión del empleo asalariado, es posible afirmar que, lejos de disminuir, lo cierto es que después de 1983 el país ha vivido un *nuevo tipo de informalización*. En efecto, el SIU de principios de los noventa tiene una dinámica diferente a la de hace una década atrás. No se expande por la vía de la pequeña producción mercantil, sino por la de la pequeña producción capitalista.

El problema no se agota aquí. La noción del SIU en tanto sistema diferenciado, de obvia impronta dualista, no es capaz de explicar las nuevas formas de regulación que caracterizan la economía chilena. Más bien tiende a reducir el fenómeno a un conjunto de agentes. No considera que la implantación sistemática del neoliberalismo en Chile y la deregulación de los mercados que éste implica, ha terminado configurado un nuevo tipo de informalización que se expresa no tanto en el cambio de composición del SIU, sino principalmente en las relaciones capital/trabajo, en las relaciones entre capitales y, sobre todo, en el tipo de regulación económica que el Estado ejerce.

2. ¿SECTOR INFORMAL O RELACIONES INFORMALES?

El uso de la noción SIU se topa con diversos problemas teórico y metodológicos:

- (1) La informalidad no puede definirse puramente como un conjunto de actividades de sobrevivencia, ni tampoco es puro refugio de mano de obra desocupada. Como lo señalan Castells y Portes (1984, p. 11), no puede ser un "eufemismo de pobreza". Es un sector muy heterogéneo, donde los ingresos de ciertos segmentos pueden ser superiores a los de trabajadores del sector formal. Esto también ocurre en el caso chileno (Martínez & Tironi 1984, p. 201).

La informalidad tampoco puede ser un eufemismo para indicar un supuesto sector precapitalista. Lo cierto es que el SIU —en su definición restringida o ampliada— es un sector monetizado, que opera principalmente "al contado", pero que también tiene circuitos de crédito informales muy extendidos (Salama 1986). Esto ocurre también en Chile (Espinoza 1990).¹³

La informalidad no puede asociarse a lo tradicional, a lo no moderno o no "racionalizado", en el sentido weberiano del término. En realidad, puede expresar un estilo específico de modernización, una racionalidad que se constituye por caminos diferentes a los del pasado.

- (2) Las fronteras de la informalidad no son claras. No sólo está constituida por cuentapropistas, sino también por empresarios y asalariados, que trabajan en condiciones no reguladas directamente por el Estado. También existen numerosas empresas "formales" con personería jurídica, que son sujetos de

13. Estudio no publicado de Vicente Espinoza, sociólogo, investigador SUR.

crédito y que tributen, pero que establecen relaciones laborales "informales". Es decir, emplean trabajadores sin contrato legal, lo que es una práctica muy difundida en la PYME. Esto es posible por la legislación laboral impuesta en 1979 (considerando las reformas mínimas introducidas en 1991) y las debilidades del Estado en cuanto a la regulación de los mercados de trabajo.

Las empresas grandes no suelen recurrir a este tipo de prácticas. Aun así, es generalizada la estrategia de disminución del grado de integración vertical, lo que implica el uso extensivo de la subcontratación de PYME. Esto tiene dos efectos. Primero, establece un nuevo sistema de relaciones entre grandes y pequeño capitales, de tipo asimétrico y que suponen compromisos que van más allá del precio, incluyendo canales de comercialización, crédito directo y transferencia tecnológica; estas relaciones son orgánicas, modelan los mercados, pero no son reguladas por el Estado. Segundo, establece nuevas relaciones capital/trabajo institucionalizadas no por el Estado ni por un sistema de negociaciones colectivas, sino por compromisos entre trabajadores individuales y empresarios, lo que aumenta la flexibilidad del capital y abarata los costos de la mano de obra de la empresa subcontratista. Estas empresas pueden tener personería jurídica, pero lo común es que no permitan la existencia de sindicatos y eviten la negociación colectiva; tienen un sistema mixto de empleo con y sin contrato que determina el grado de precariedad del empleo del trabajador.

En consecuencia, en Chile se han constituido eslabonamientos productivos que son cadenas de valorización de capital, que articulan lo que tradicionalmente se entiende por empresas formales e informales. Por ejemplo, empresas formales recurren al trabajo a domicilio en el sector vestuario, un esquema reiterado en diversos sectores de la economía chilena (agroindustria de exportación, minería, forestal, etc.). Si bien esto ya existía en los sesenta, es indudable que en los ochenta se generalizó.

3. CUATRO TESIS SOBRE LA NUEVA INFORMALIDAD EN CHILE

Al principio del capítulo se habló de un nuevo proceso de informalización, caracterizado por un cambio en la composición del SIU y por la informalización de un importante segmento de las relaciones capital/trabajo y entre capitales. En este sentido, la informalidad se expande, pero con un carácter muy diferente al uso tradicional de la noción informalidad.

Los antecedentes hasta ahora recopilados permiten hacer cuatro afirmaciones adicionales acerca de la evolución de la informalidad en Chile:

- (1) *La forma mercantil de la informalidad (trabajadores por cuenta propia) no se expandió, debido a la fuerte intervención del Estado autoritario en el mercado del trabajo, vía programas de empleo de emergencia (PEE). Estos surgieron entre 1974 y 1975, llegando a emplear a más de medio millón de desocupados en el año 1982-83. Si ello no hubiese ocurrido, es posible que se hubiese estructurado un sector informal mercantil autónomo y desvinculado de la economía formal. La economía podría haberse dualizado.*

- (2) *A partir de la recuperación económica pos-1982, junto con el resurgimiento y expansión de la PYME y el desarrollo del empleo asalariado, surgió una nueva informalidad que asume un carácter específicamente capitalista. Ya se dijo que el SIU de los noventa difiere del de principios de los ochenta, especialmente porque aumento el peso de los trabajadores asalariados.*
- (3) *Hasta principios de los ochenta, la articulación predominante entre el sector informal y formal se daba en las estrategias de sobrevivencia de las familias populares. Es decir, operaba en la esfera de la reproducción y la producción de bienes-salarios. En la actualidad, se ha producido una articulación productiva entre el SIU —definido en forma ampliada— y el sector formal, a través de las ya citadas cadenas productivas, principalmente exportadoras. Por tanto, no hay sistemas diferenciados, sino un solo sistema complejo y articulado y altamente segmentado. Esto ocurre en numerosos sectores de la economía chilena (Díaz 1989).*
- (4) *La informalidad suele asociarse a la desorganización de una matriz de poder institucional, es decir, a la crisis orgánica de un sistema económico y, en particular, una crisis de regulación del Estado. En este sentido, el SIU es un escape permanente de los intentos de institucionalización de un Estado en crisis, como lo sugiere De Soto (1986). Sin embargo, éste no es el caso chileno. La informalidad de finales de los ochenta es parte de una nueva matriz de poder, de una reorganización del sistema de dominación y también de regulación capitalista.*

III

LA NUEVA FASE DE LA TERCIARIZACIÓN EN CHILE

1. ¿EL FIN DE LA TERCIARIZACIÓN?

La creciente "terciarización" del empleo en la economía chilena fue un tema recurrente en la literatura económica desde los años setenta hasta mediados de los ochenta. La evidencia era clara. Entre 1960 y 1973, el empleo terciario pasó de 41 a 46 por ciento del empleo total, acelerando su ritmo de expansión en la primera década de la dictadura, cuando la ocupación de este sector aumentó desde 48 a 64 por ciento del empleo total.¹⁴

La década 1973-83 parecía entonces evidenciar una aceleración de una tendencia estructural que se arrastraba desde los años sesenta. Para explicar esta inflexión histórica, dos tesis aparecieron. La primera señaló que la terciarización del empleo sería una función del crecimiento del producto del sector secundario o industrial (Ramos 1984). La segunda planteó que la terciarización respondía, por una parte, a una causal de menor importancia, y que sería el dinamismo de ciertos servicios típicos del

14. El período 1960-85 se basa en estimaciones de E. Jádresic («Evolución del empleo y desempleo en Chile, 1970-1985. Series anuales y trimestrales», *Estudios CIEPLAN* no. 20, 1986). La proyección 1985-90 se hizo a partir de datos del INE.

desarrollo capitalista (cuyo ejemplo son los servicios financieros); por otra, y predominantemente, a la "terciarización espuria" (Pinto 1984), que expresaría una desocupación disfrazada.¹⁵

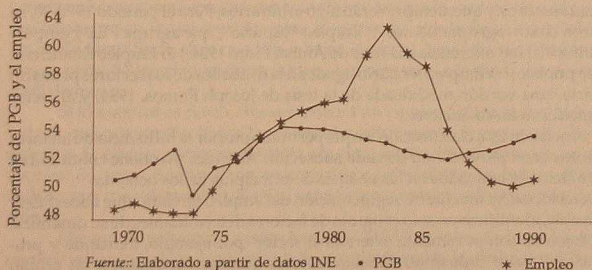
El caso chileno parecía ajustarse a esta última tesis. En efecto, si entre 1970-78 hubo cierta correlación entre terciarización del empleo y el PGB, a partir de 1978 — como puede visualizarse en el Gráfico 4— se produjo una ruptura entre ambas tendencias. Se estancó el PGB terciario y se aceleró la terciarización del empleo. Esto indicaba una fuerte caída en la productividad del trabajo, que reflejaba una desocupación disfrazada.

Considerando el estancamiento y retroceso de la industria chilena, el proceso podía sintetizarse como una terciarización con desindustrialización (Gatica 1986), que no sólo ocurrió en dos recesiones (1974-75 y 1982-83), sino incluso en un período de recuperación económica (1976-81). Esta evolución altamente peculiar del capitalismo para el período 1973-83, indicaba una autonomización del sector terciario (ST) respecto del resto de la demanda de los sectores secundario o primario. Y, a pesar de que el acelerado desarrollo de la acumulación financiera y el comercio exterior generaban una acelerada expansión del empleo, su peso relativo en el empleo terciario total era muy reducido.

La evidencia empírica indicaba que el principal componente del crecimiento del empleo terciario era el de tipo "espurio", que provenía de la expansión del pequeño comercio informal, de los programas de empleo de emergencia del Estado y del aumento de servicios privados de diversa índole que operaban como refugio del desempleo generado en los sectores productivos. Todo ello parecía resultado tanto de la crisis del viejo patrón de reproducción (industrialización sustitutiva), como de la incapacidad reproductiva del modelo exportador con regulación neoliberal.

Siete años después, las nuevas evidencias obligan a revisar el debate de los ochenta. En efecto, durante la recuperación económica 1984-90 hubo una reversión del proceso de terciarización. En estos últimos siete años, el empleo terciario bajó su participación de 64 a 51 por ciento del empleo total.¹⁶

Gráfico 4. Chile: Grado de terciarización



15. Estas fueron expuestas en la Revista de la CEPAL de diciembre de 1984. Un resumen crítico del debate y discusión de la evidencia empírica se encuentra en J. Gatica, «La evolución del empleo formal e informal en el sector servicios latinoamericano», Documento PREALC n° 279 (1986).

16. Los porcentajes son empleo terciario respecto de empleo total y no respecto a la PEA, dado que el desempleo habría distorsionado las tendencias.

La evidencia empírica nos indica que la situación actual no consiste puramente en la reversión de la crisis 1982-83, sino que también indica un cambio en el comportamiento del empleo durante la recuperación económica, lo que se destaca al comparar los periodos 1976-81 y 1983-88. En efecto, si entre 1976 y 1981 el empleo terciario aumentó su peso relativo en la PEA desde 52 a 57 por ciento de la PEA total, entre 1983 y 1988 disminuyó su participación en la PEA de 64 a 51 por ciento.

El cambio en la dinámica del empleo del sector terciario, indica un cambio en la dinámica del conjunto de la economía y de sus articulaciones intersectoriales ¿Significa ello el fin de la terciarización? No existen evidencias para sustentar esta tesis. Como se verá más adelante, más bien cabría hablar de una *nueva terciarización*, determinada por nuevas dinámicas y que implica un cambio en la estructura del sector.

Recordando el debate recogido por la *Revista de la CEPAL* de diciembre de 1984, la nueva evidencia podría hacer pensar que si la tesis de Aníbal Pinto fue cierta para 1974-83, la tesis válida para después de 1989, una vez completada la disminución del empleo terciario espurio, podría ser la de Ramos ¿Se inició un periodo donde la terciarización del empleo será regida por la demanda del sector industrial?

La respuesta sólo podría encontrarse teorizando el movimiento del conjunto de la economía chilena, lo que está lejos de la pretensión de este artículo. Sin embargo, en nuestra opinión es inadecuado hablar de un sector terciario movido por las mismas "leyes" económicas. Es sabido que éste agrupa todo lo que no es clasificable en los sectores primario y secundario (Gatica 1986), cuya única homogeneidad reside en no producir bienes materiales.¹⁷ Más bien, este sector —si alguna vez existió como tal— tiene una dinámica muy segmentada, movida por factores de muy distinta naturaleza. El análisis de los cambios ocurridos en la estructura del empleo terciario así parece confirmarlo.

2. EL EMPLEO TERCIARIO ENTRE 1983 Y 1990

El empleo terciario puede ser analizado de acuerdo a diversos criterios que no son teóricamente neutros y que siempre serán algo arbitrarios. Para el periodo 1970-90, se identificaron cuatro agrupamientos: i) Empleo "espurio", que agrupa PEE y empleo terciario informal (en referencia a la tesis de Aníbal Pinto 1984); ii) Empleo financiero; iii) Empleo público; iv) Empleo terciario ligados a la dinámica de los sectores primario y secundario (una versión modificada de la tesis de Joseph Ramos, 1984) y al sector terciario moderno no-financiero.

La ventaja de esta clasificación es que permite apreciar la influencia de factores muy distintos en el movimiento de cada subsector. Además, mantiene continuidad con los problemas planteados en los análisis de principios de los ochenta.

En efecto, existe una fuerte segmentación del empleo terciario que hace difícil, si no imposible, identificar un solo conjunto de factores determinantes de su dinámica. Además, éstos no son puramente externos al sector (por ejemplo, demanda y productividad del sector industrial). Existen factores que son "endógenos" al propio sector, lo que otorga fuerte autonomía a su dinámica.

17. Esto no debiera hacer suponer que la producción de servicios es una actividad «improductiva». Véase Carlos Marx, *Capítulo VI* (inédito) (México: Editorial Siglo XXI).

La dinámica del empleo terciario se sustentó en factores que surgen desde el propio sector. Ello se origina en la autonomía ganada por la acumulación financiera respecto a la acumulación productiva, pero también se sustenta en la creciente expansión del capitalismo hacia los nuevos servicios y las mercancías imaginarias. Un tercer factor es la acción del Estado, que determinó tanto la reducción del empleo público como el empleo de emergencia. Un cuarto factor proviene de los efectos del desarrollo del comercio exterior, que dinamiza un comercio de nuevo tipo. Por último, y no menos importante, existe un empleo terciario dependiente de la dinámica de los sectores primario y secundario. Se trata de los servicios al productor, el transporte, las comunicaciones, etc. Esto ocurre porque, a la larga, la acumulación productiva no puede realizarse sino cuando paralelamente se desarrollan las actividades terciarias. Este análisis se sintetiza en el esquema "Diferentes dinámicas del empleo terciario, 1973-90", se entrega al final de esta sección. A continuación, un análisis de la evolución de los cuatro agrupamientos.

a. *Retroceso de la terciarización espuria*

Según Aníbal Pinto, la "terciarización espuria" engloba la cesantía disfrazada y las diversas modalidades de servicios informales de baja productividad.¹⁸ A esta definición debería agregarse, para el caso chileno, los programas de empleos de emergencia (PEE) que el Estado impulsó entre 1974 y 1986.

Ahora bien, el término "espurio" es sinónimo de contrahecho, deformado, bastardo; en suma, nos remite a una patología que se desvía de lo "normal". En este sentido, la noción de empleo terciario espurio (ETE), aunque imaginativa, es ambigua y tiene dos posibles interpretaciones: una, que entiende el empleo en servicios de baja productividad como disfuncional al tipo ideal de economía; otra, que entiende el ETE como una hipertrofia respecto a las tendencias históricas "normales", un fenómeno propio de un período de crisis y transición de un régimen de acumulación a otro.

El primer enfoque es altamente discutible. Los pequeños talleres que reparan autos y camiones, los vendedores de helados, los plomeros, los electricistas, así como también al pequeño comercio ambulante que vende productos fabricados por grandes y medianas empresas formales, son complementarios a la gran producción y comercio capitalista, y son indispensables para asegurar las condiciones materiales de existencia de familias de altos, medios y bajos ingresos. Lejos de ser "disfuncional", la mayor parte del empleo terciario informal es necesario a la dinámica económica del capitalismo.

Si lo anterior es cierto, siempre existirá un empleo informal de "baja productividad", que expresará subempleo visible e invisible, inestable y precario. Sin embargo, este tipo de empleo es imprescindible a la producción-circulación-consumo de mercancías. Su mera existencia no es espuria por definición, ni menos disfuncional, incluso por consideraciones técnico-económicas (escalas y localización de producción).

El segundo enfoque es de tipo histórico. El ETE se entiende como hipertrofia del empleo terciario de baja productividad, con una duración histórica limitada que tiene dos escenarios de salida posibles. Uno, su consolidación como un sector específico, con

18. Véase Aníbal Pinto, «Metropolización y terciarización: malformaciones estructurales en el desarrollo latino-americano», *Revista de la CEPAL*, no. 24 (diciembre 1984), pp. 17-39.

dinámica propia y articulaciones peculiares con el resto de la economía. Esto podría haber ocurrido si el país hubiese vivido un período de estancamiento prolongado, sin recuperación ni expansión, como sucedió después de 1983. Otro, su reducción e incluso desaparición, debido a que deja de operar como refugio de la fuerza de trabajo no absorbida por otros sectores de la economía (incluyendo el resto del sector terciario).

De acuerdo a este enfoque y la evidencia estadística para el caso chileno en el período 1983-88, se hace evidente que el empleo terciario espurio terminó en Chile, al menos hasta la próxima recesión o ajuste estructural prolongado. Esta es una afirmación "fuerte" que —como se dijo— no significa la desaparición del desempleo disfrazado ni del subempleo, sino de un empleo terciario que operó como "refugio" de la mano de obra en un período de crisis y reestructuración. Su desaparición obedece a la recuperación (1983-89) y expansión (pos-1989) que vive la economía chilena.

El Cuadro 5 entrega las bases de estimación del ETE, dada la información estadística disponible y para el período 1970-90. La suma del empleo terciario informal (ETI) y los programas de empleo de emergencia (PEE) llega hasta 25 por ciento de la PEA, cuando la media de los años 1970 y 1990 fue de 11 por ciento. Esto implica que el empleo terciario espurio llegó hasta 14 por ciento en 1983, en plena recesión, para terminar casi desapareciendo en 1990.

Cuadro 5. Estimación del empleo terciario espurio

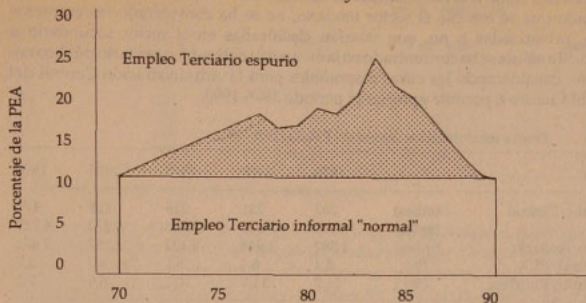
Conceptos 1990	1970	1976	1980	1983	1986	
1. PEA	2.909	3.182	3.636	3.768	4.270	4.729
2. PEE histórico	0	158	191	503	221	0
3. ETI histórico	321	359	485	433	481	546
4. PEE + ETI histórico	321	517	676	936	702	546
5. (PEE + ETI)/PEA	11%	16%	19%	25%	16%	12%
6. (PEE + ETI) "normal" como % de la PEA	11%	11%	11%	11%	11%	11%
7. ETE/PEA (5-6)	0%	5%	8%	14%	5%	1%

Nota: Las definiciones son: i) PEE = programas de empleo de emergencia; ii) ETI = empleo terciario informal; iii) ETE = empleo terciario espurio. Se considera como ETI + PEE "normal" la media entre los porcentajes de 1970 y 1990. La fuente de información es la Encuesta Nacional de Empleo del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), cuarto trimestre, a excepción de 1970, en que las cifras son del tercer cuatrimestre.

Una tendencia a la desaceleración del crecimiento del empleo terciario informal es lo que reflejan las cifras del Cuadro 5. La tasa media anual de crecimiento en los ochenta fue la mitad de los años setenta. Asimismo, es interesante comprobar la importancia que tuvo la política estatal de empleos de emergencia en el mercado del trabajo. Más de medio millón de trabajadores llegaron a tener un empleo precario organizado y mal pagado por el Estado.

El Gráfico 5 permite visualizar para el caso chileno la evolución de la "terciarización espuria".

Gráfico 5. Chile: Empleo terciario espurio
(Excedente sobre media años 1970 y 1990)



Fuente: Díaz a partir de datos INE

Ahora bien, ¿cuáles son las causas de la acelerada expansión y contracción de un empleo terciario de baja productividad e ingreso? Los factores explicativos pueden agruparse en tres ordenes: *coyunturales*, que provienen del ciclo económico; de *larga duración*, originados por la metropolización acelerada que vivió el país; *estructurales*, relacionados con el cambio en el patrón de acumulación que sacudió al país durante la primera década de la dictadura.

Considerando el ciclo económico, lo normal debiera ser que el ETE se expanda y se contraiga en correspondencia a las fases de recesión y recuperación. Como puede visualizarse en el gráfico anterior, esto fue cierto para 1982-90, pero no lo fue para el período 1974-81. En consecuencia, se trata de una explicación insuficiente.

El ritmo de metropolización y urbanización tampoco constituye una explicación. La evidencia disponible indica una tendencia *decreciente* entre 1960 y 1990. La tasa media anual de crecimiento de la población en la región metropolitana, ha disminuido desde 3,0 hasta 2,3 por ciento entre 1960-70 y 1980-90.

Es sólo mediante un enfoque más global que es posible entender la evolución del empleo terciario espurio. Este fenómeno está más vinculado a un período histórico que corresponde al cambio del régimen de acumulación y el modo de regulación, que operó básicamente entre 1973 y 1983. La temporalidad del ETE proviene tanto de la precariedad del empleo terciario informal, como de los programas de empleo de emergencia. De hecho, el Estado logró configurar un verdadero "ejército de reserva", que en 1983 llegó a ser más importante que el sector terciario informal y que desaparecería rápidamente en la recuperación 1983-89.

b. La disminución progresiva del empleo público

Debido a la implementación sistemática del neoliberalismo, el empleo público fue disminuyendo progresivamente desde 1973 en adelante. En efecto, entre 1972 y 1990 se redujo de 12 a 6 por ciento de la PEA, que en cifras absolutas significó una

disminución desde 360 mil a 280 mil empleados. Esto se debió tanto a las privatizaciones como a la racionalización del Estado.

Dado que se estudia el sector terciario, no se ha considerado las empresas públicas, privatizadas o no, que estarían clasificadas en el sector secundario o primario. El análisis se ha concentrado en la evolución del empleo terciario público no-financiero, considerando las cifras disponibles para la Administración Central del Estado. El Cuadro 6 permite apreciar el período 1976-1990.

Cuadro 6. Empleo administración central del Estado (1976-90)

Conceptos		1976	1980	1983	1986	1990
1. Administ. Central	(miles)	267	231	215	201	175
2. PEA	(miles)	3.182	3.636	3.768	4.270	4.729
3. Empleo Terciario	(miles)	1.597	1.948	2.122	2.267	2.474
4. AdCentral/PEA	(%)	8,4	6,4	5,7	4,7	3,7
5. AdCentral/EmpTerc	(%)	16,7	11,9	10,1	8,9	7,1

Fuente: Dotación de Personal, Ley de Presupuesto.

El empleo público terciario (no financiero) tuvo una caída persistente, tanto en términos absolutos como relativos. En términos absolutos, cayó en 34 por ciento entre 1976 y 1990. En términos relativos cayó, desde 8,4 hasta 3,7 por ciento de la PEA. Su importancia en el sector terciario se redujo a la mitad.

El anterior fue un proceso casi lineal que no dependió de los vaivenes del ciclo económico, sino de la voluntad y capacidad del gobierno militar para aplicar un proyecto neoliberal durante un prolongado período de tiempo.

c. La expansión del sector financiero

El crecimiento del empleo en el sector financiero comenzó a mediados de los setenta, precisamente cuando se autonomizaba la dinámica del capital financiero respecto del capital productivo. La expansión del empleo en el sector financiero se debió a una causa típica: la acumulación de capital marchó a un ritmo superior al del incremento de la productividad del trabajo.

En el período 1976-90, el empleo financiero se multiplicó por más de tres veces, superando en importancia al empleo minero. De un sector de importancia marginal en el empleo terciario, pasó a tener una significación social creciente.

El Cuadro 7 entrega las cifras para el período 1976-90.

Después de 1983, el sector financiero se diversificó muy rápidamente, determinando una disminución del peso relativo del empleo bancario. Entre 1978 y 1990, su importancia cayó de 33 a 16 por ciento.

d. El desarrollo de los servicios al productor y el sector terciario moderno

112

Bajo este título se agrupan dos subsectores. Por un lado, servicios al productor. Por otro, el comercio y servicios modernos. Ambos tuvieron un desarrollo muy acelerado en los ochenta.

Cuadro 7. Empleo en servicios financieros (1976-90)

Años	Empleo sero. financieros (miles)	Como % respecto de		
		PEA	Emp. total	Emp. terc.
1976	63	2,0	2,3	3,9
1980	101	2,8	3,1	5,2
1983	110	2,9	3,4	5,2
1986	156	3,7	4,0	6,9
1990	203	4,3	4,6	8,2

Fuente: Encuesta Nacional de Empleo, INE, cuarto trimestre.

El primer subsector constituye uno de los fenómenos más notables, pero no cuantificados. Se trata de la expansión del empleo de empresas, cuyo rubro principal es vender servicios al productor. Su origen está en la creciente importancia y especialización que éstos adquieren en la actividad de las empresas. Es decir, el contenido de servicios en el valor final de un producto ha crecido.

El dinamismo de este subsector reside en dos factores. Uno, que es de tipo organizacional y que trata de la creciente externalización de los servicios que las empresas productivas tienden a realizar; ésta es una tendencia que comenzó en los setenta, que hoy se consolida como una práctica generalizada y que fue favorecida por cambios en el régimen tributario, tales como el paso del impuesto de compra-venta al impuesto al valor agregado (IVA). El segundo factor es de tipo tecnológico, y se refiere al creciente impacto de la informática, que permite elevar fuertemente la calidad y rapidez de cierto tipo de servicios, pero cuya condición es un alto grado de especialización.

Lo anterior ha permitido el desarrollo y especialización creciente de las empresas de servicios al productor, que operan como filiales de un "holding", como subcontratistas y/o como proveedores.

Los servicios al productor incluyen empresas cuya ritmo está en directa correspondencia a la dinámica de los sectores agropecuario e industrial. Abarcan a todas las empresas de servicios de reparación y manutención, las de comercio exterior, las de transporte, y un vasto conjunto de empresas que realizan consultoría en ingeniería industrial, "leasing" de maquinaria y equipo, publicidad, etc.

Sin embargo, también es notable el desarrollo de empresas cuya dinámica depende sólo parcialmente de la industria o el agro, y que más bien está sujeta a la demanda proveniente del propio sector servicios (sector financiero, transporte y comercio). Es decir, un núcleo significativo de los servicios tiene un desarrollo autónomo.

El segundo subsector abarca el comercio y servicios modernos. Incluye "shopping centers", restaurantes de comidas rápidas, supermercados, hoteles y turismo en general. Muchas empresas de este subsector originan e incluso dominan cadenas que articulan actividades de transporte y de la producción. Más aún, son capaces de inducir cambios en las tecnologías de producto y proceso en numerosas empresas del sector primario y secundario.

Como se ha dicho, aunque no se dispone de información estadística que permita estimar directamente la evolución de este tipo de empleo terciario, existen numerosos

antecedentes indirectos que sustentan la idea de su fuerte expansión, especialmente después de la crisis 1982-83.

3. EL NUEVO CARÁCTER DE LA TERCIARIZACIÓN

Extendiendo la mirada hacia los últimos treinta años, se obtiene una interesante imagen de la evolución del sector terciario.

Cuadro 8. *Grado de terciarización de la economía chilena
(Como porcentaje del empleo y PGB total)*

Años	1960	1966	1970	1975	1980	1985	1990
Empleo	50	49	49	54	58	60	55
PGB	48	46	51	52	55	53	55

Fuentes: INE, Banco Central. Las cifras de 1960 son del Banco Mundial.

Del Cuadro 8 pueden desprenderse algunas conclusiones generales. Primero, durante los años sesenta no parece haber existido una terciarización del empleo. Segundo, ésta se concentra entre 1973 y 1983, es decir, se localiza en un período caracterizado por dos grandes recesiones y una fuerte mutación estructural de la economía. Tercero, la reversión del proceso ocurrió entre 1983 y 1990, es decir, en un período marcado por la recuperación y luego la expansión (pos-1988) de la economía chilena.

El balance para el período 1983-90 indicaría un proceso de "des-terciarización", pero en realidad se trata de un nuevo carácter de la terciarización, determinado por la fase expansiva del capitalismo, y por la consolidación de un nuevo modo de regulación capitalista y una nueva forma de organización del sistema económico.

Es difícil predecir si el peso relativo del empleo terciario seguirá cayendo en los próximos años. Pero existen algunas tendencias que se pueden predecir, con un grado razonable de certidumbre: i) El empleo público no seguirá cayendo, y es probable que vuelva a crecer lentamente durante la década; ii) El empleo financiero tenderá a estancarse; iii) El empleo terciario informal tenderá a estabilizarse, a menos de que se origine una nueva recesión, que podría hacer resurgir un empleo terciario espurio. Dadas estas tendencias y en el supuesto de que se mantiene la expansión de la economía, el crecimiento del sector terciario estará determinado principalmente por el desarrollo de los servicios al productor.

IV

EL NUEVO CARACTER SOCIAL DE LA POBREZA

114

La tesis central de esta sección es que el carácter social de la pobreza cambió durante los años ochenta. A principios de esa década, la figura del pobre se expresaba en el desocupado, en el que trabajó en los programas de empleo mínimo (PEE) o en el que realizaba un trabajo informal (por ejemplo: vendedores ambulantes). En el imaginario

**DIFERENTES DINAMICAS DEL EMPLEO TERCIARIO 1973-90
 (Causas explicativas)**

AGRUPAMIENTOS TERCIARIOS	FACTORES QUE INFLUYEN	PERIODO 1973-1983	PERIODO 1984-1990
Agrupamiento A Sector terciario informal + PEE	<i>Ciclo económico y la política económica</i>	2 recesiones (1974-75, 1982-83) y una recuperación sin protección externa (1976-81)	Recuperación (1983-88) y expansión (1988-90) con mayor protección externa.
		Fuerte alza del empleo (147%)	Caída del empleo (-42 %)
Agrupamiento B Ramas del sector financiero y comunicaciones.	<i>El ritmo de acumulación y el cambio tecnológico en el sector</i>	Expansión capital financiero	Diversificación capital financiero
		Alza empleo (1,9 % a 3,1 % PEA)	Alza empleo (3,1% a 3,9% PEA)
Agrupamiento C Sector público (Ad. Central)	<i>Política económica y estrategia política</i>	Racionalización y privatizaciones	Privatizaciones
		Caída empleo (de 12 % a 6 % PEA)	Estancamiento empleo (6% PEA)
Agrupamiento D Ramas ligadas a industria, minería y agropecuaria	<i>Dinámica de acumulación en sectores primario y secundario</i>	Desindustrialización y racionalización.	Recuperación y expansión
	Dinámica del comercio moderno	Fuerte caída empleo (no estimada)	Fuerte alza empleo (no estimada)
EFFECTOS EN EMPLEO TERCIARIO GLOBAL		Fuerte alza (de 46% a 52% PEA)	Caída (de 52% a 48% PEA)

sociológico, los que tenían empleo —especialmente asalariados— o eran parte del estrato superior de la pobreza, o se aproximaban a la situación de capas medias. Ello correspondía a una realidad dramática, dado que en el peor momento de la crisis 1982-83, casi un tercio de la fuerza de trabajo estuvo en situación de desempleo. Tal es la razón de que buena parte de la literatura acerca de la pobreza se concentrara en el diseño de políticas de empleo. Como es sabido, la situación a principios de los noventa es diferente. Las tasas de desocupación entre 1990 y 1991 han girado en torno a 6-7 por ciento. Ello es reflejo del proceso de recuperación económica (1983-89), que después de 1990 se ha transformado en un proceso de expansión capitalista que, por cierto, no es homogénea sino muy desigual.

Sin embargo, la recuperación del período 1983-1989 fue acompañada por un proceso de *aumento impresionante de las desigualdades sociales*. Los indicadores generales son conocidos. Considerando la desigualdad social relativa, las estadísticas del INE son reveladoras. En 1978, el 10 por ciento más rico de la población concentraba 37 por ciento del ingreso nacional (IN). Diez años después, en 1988, su participación en el IN aumentó hasta 47 por ciento. Es obvio que la suerte del 50 por ciento más pobre tenía que empeorar. Si en 1978 este sector tenía acceso a 20 por ciento del IN, en 1988 su participación había caído hasta 17 por ciento. Estas cifras constituyen una de las evidencias del empeoramiento en la distribución del ingreso, por lo menos hasta 1988.

Un balance de la década indica un deterioro de los ingresos de los más pobres. Entre 1980 y 1988, el porcentaje de indigentes aumentó de 12 a 15 por ciento, mientras que el porcentaje de pobres lo hizo de 24 a 26 por ciento. Un dato revelador fue que el consumo de calorías diarias del 40 por ciento más pobre de la población cayó 7 por ciento.

Si bien los salarios medios en 1990 fueron más elevados que en 1991, no ocurre así con el llamado "ingreso mínimo legal". En 1990 éste se encontraba 37 por ciento por debajo del de 1980,¹⁹ mientras que la asignación familiar para obreros y empleados cayó en 58 por ciento. Puede comprobarse un fuerte contraste entre el aumento extraordinario de las ganancias de los grupos económicos, frente al deterioro de los salarios medios entre 1981 y 1985, que después tuvieron una lenta y penosa recuperación. El resultado de la década pasada (1981-90), fue un magro 4 por ciento de incremento de los salarios, mientras que el PGB por habitante había aumentado en 9 por ciento.

Los avances logrados entre 1990 y 1991 han revertido en grado mínimo la situación de pobreza en la cual viven cinco millones de chilenos. Pero las cifras de empleo y desempleo evidencian grandes transformaciones en las condiciones sociales de existencia de los pobres.

Ahora bien, no existen antecedentes estadísticos de movilidad social, pero no es irrazonable suponer que la inmensa mayoría de este millón de chilenos comenzó a trabajar en empleos con bajos niveles de ingreso y/o salario. Estadísticamente ello se confirma al considerar que la caída general de los salarios entre 1981 y 1987 fue acompañada por el distanciamiento entre salarios medios y mínimos. Ello es una evidencia indirecta de que los trabajadores nuevos fueron empleados en condiciones de bajos salarios, una práctica empresarial bastante extendida y reconocida, por lo demás lógica desde el punto de vista capitalista.

19. La evolución diferente del salario medio y el salario mínimo indica que se abrió el «abanico salarial», es decir, se produjo una creciente diferenciación en la estructura de los salarios.

Como se dijo anteriormente, los indicadores de salarios y distribución del ingreso de los últimos dos años parecen entregar evidencias de que hubo una cierta *disminución* de los estados de indigencia o pobreza extrema. Pero las cifras no debieran entusiasmar demasiado. Los incrementos de ingresos son insuficientes y están aún lejos de satisfacer las necesidades básicas de importantes sectores de los pobres. Además, el empleo de muchos es inestable, exige un trabajo agotador que depreda sus energías espirituales y físicas, y los somete a relaciones laborales autoritarias y desiguales. Es decir, para obtener incrementos del ingreso, las familias pobres tienen que elevar considerablemente su desgaste físico y mental. La evidencia más clara es que el número de accidentes del trabajo se ha triplicado entre 1980 y 1990 (Bustamante & Franz). Más aún, la mejoría es siempre precaria, porque la inflación siempre está deteriorando los ingresos fijos (salarios), particularmente de quienes no tienen contrato colectivo de trabajo y no disponen de instrumentos de negociación colectiva.

En otras palabras, buena parte de este millón de chilenos que comenzó o recomenzó a trabajar continuó siendo pobre. Pero el tipo de pobreza está cambiando. Todo apunta a un cambio estructural en la figura social de la pobreza. No todos los pobres de los noventa viven una situación de cesantía permanente y total. La mayoría tiene empleos de temporada, o "hace el año" rotando en diversos trabajos, o tiene empleo algo más estables en pequeñas y medianas empresas —muchas de ellas articuladas orgánicamente a grandes empresas por subcontratos—.

Sociológicamente, esto significa un cambio en el tipo de relaciones sociales. Hay un desplazamiento espacial de la vida cotidiana desde el barrio y la calle al local o predio de trabajo; desde las relaciones con sus vecinos a las relaciones de trabajo; desde las relaciones con un funcionario a cargo de un PEE en un municipio, a relaciones con empresarios privados. Los horarios cambian y las relaciones familiares se modifican; las relaciones sociales se multiplican y se ven sometidas a nuevas pautas de orden, a nuevos tipos de conflictividad. Nada de esto puede ser explicado por ecuaciones dicotómicas de marginalidad e integración. El proceso es más vasto y complejo. La "integración" conlleva el desarrollo de un nuevo tipo de conflictividad, asociado al conflicto trabajo/capital pero no reducido exclusivamente a él. Todo ello transforma los procesos de constitución de subjetividad e identidad. No todos viven con igual intensidad este proceso, pero *todos* han visto cambiar sus vidas.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ATKINSON, J.

- 1986 «Flexibilidad de empleo en los mercados laborales». *Revista Zona Abierta* (Madrid), no. 41-42, pp. 1-42.

BASTÍAS, A.

- 1987 «El empleo precario. Revisión bibliográfica y posibles temas de investigación». *Material de Discusión CES*, no. 2. Santiago.

BOYER, R.

- 1988 *Teoría de la regulación*. Sao Paulo: Brasiliense.

- CLARK, C.
1946 *The Conditions of Economic Progress*. London: Macmillan.
- CORLAT, B.
1982 *El taller y el cronómetro: ensayos sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. México: Siglo XXI.
- DE OLIVEIRA, F. & F. SA
1973 «Questionando a economia brasileira». *Seleções CEBRAP*, no. 1.
- DE SOTO, H.
1986 *El otro sendero*. Bogotá: La Oveja Negra.
- DÍAZ, A.
1989 «La reestructuración industrial autoritaria». *Proposiciones*, n° 17. Santiago: SUR.
1990 «Modernización autoritaria y régimen de empresa y en Chile». *Proposiciones*, n° 18. Santiago: SUR.
1991 «Los estilos de modernización tecnológica en el sector bancario chileno», *Documento de Trabajo SUR* (Borrador).
«Chile: Los sentidos de la modernidad y los estilos de modernización», *Documento de Trabajo SUR* (Borrador).
- DUHART, S. ET AL.
1985 *Cambios en la industria gráfica: trabajo, economía y sindicalización*. Santiago: PET.
- GATICA, J.
1986 «La evolución del empleo formal e informal en el sector servicios latinoamericano». *Documento PREALC*, no. 279.
- INE
1990 Censos de Población y Vivienda 1952, 1960, 1970, 1982.
Encuesta Nacional de Empleo 1976-90.
- JADRESIC, E.
1986 «Evolución del empleo y desempleo en Chile, 1970-1985. Series anuales y trimestrales». *Estudios CIEPLAN*, no. 20.
- LARRAIN, C.
1988 «Asalarización, rapport salarial y acumulación industrial: el caso de Chile». Tesis de Maestría, Université Catholique de Louvain, Departament des Sciences Economiques.
- LEÓN, F.
1991 «El empleo temporal en la agricultura chilena (1976-1990): síntesis y conclusiones». *Documento CELADE/OPS*.
- LIPETZ, A. & D. LEBORGNE
1988 «El fordismo y su espacio». *Revista de Ciencias Económicas* (San José, Costa Rica), no. 1-2.
- MALDONADO, R.
1989 «Desarrollo de encadenamientos productivos en torno al abastecimiento de la actividad minera». *Documento de Trabajo CESCO* (Santiago), no. 1.

- MARDONES, R. & H. MARTÍNEZ
1991 «Los servicios al productor: un análisis para el caso del cobre en Chile». *Documento CEPAL*.
- MARTÍNEZ, J. & A. LEÓN
1987 *Clases y estratificaciones sociales: investigaciones sobre la estructura social chilena, 1970-1983*. Santiago: CED-SUR.
- MATHEIAS, G. & P. SALAMA
1986 *O Estado superdesenvolvido das metrópoles ao Terceiro mundo*. Sao Paulo: Brasiliense, 1989.
- MONTERO, C.
1988 «La industria de la construcción en Chile y Argentina». Informe preliminar, CNRS-ORSTOM.
- PET
1990 «Serie de indicadores económicos y sociales 1960-89». Santiago.
1991 «Economía y trabajo en Chile (1990-1991)». Santiago.
- PINTO, A.
1969 *Tres ensayos sobre Chile y América Latina*. Santiago: Ediciones Solar.
1984 «Metropolización y terciarización: malformaciones estructurales en el desarrollo latinoamericano». *Revista CEPAL*, n° 24 (Diciembre).
1989 «Notas sobre industrialización y progreso técnico en la perspectiva Prebisch-Cepal» (mimeo).
- PORTES, A., M. CASTELLS & G. BENTON
1989 «The Informal Economy: Studies in advanced and less developed countries». Londres: Johns Hopkins University Press.
- PREALC-OIT
1987 «La caída del empleo manufacturero: Chile 1979-1983». *Documento de Trabajo*, no. 298.
1991 *Urbanización y sector informal en América latina 1960-80*.
1991 *Empleos de emergencia*.
- TAVARES, M.
1973 *De la sustitución de importaciones al capitalismo financiero*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TIRONI, E. & J. MARTÍNEZ
1983 «Clase obrera y modelo económico. Un estudio del peso y la estructura del proletariado en Chile, 1960-1980». *Documento de Trabajo SUR*, no. 15.
- TOMIC, T.
1990 «La agroindustria de la pasta de tomate para exportación en Chile». *Documento CEPAL*.
- VALDÉS, X.
1991 «Las temporeras: la cara femenina de la modernización agraria en Chile». *Documento CEDEM* (mimeo).
- YOGUEL, G. & H. KANTIS
1990 «Reestructuración industrial y eslabonamientos productivos: el rol de las pequeñas y medianas firmas subcontratistas». *Documento CEPAL* (Buenos Aires, junio).

El empresariado como actor social

Laís Abramo

Programa Regional de Empleo
para América Latina y el Caribe (PREALC)

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es discutir algunos aspectos del proceso de configuración del empresariado en tanto actor social en Chile, con especial énfasis en las transformaciones ocurridas en el período 1964-90.

Como es sabido, éste es un período de grandes transformaciones, que afectaron profundamente las características de la sociedad chilena y de su experiencia histórica. A pesar de todo lo que ya se ha discutido y analizado, todavía está por hacerse un balance más global de lo que pasó en este período en el país y en la configuración de sus principales clases y actores sociales.

Por otro lado, hay mucho por verse en relación a las tendencias futuras, ya que recién ahora se abre una nueva fase—de reconstrucción de la institucionalidad democrática—, donde se supone que la configuración de la identidad de los actores, su relación entre sí y con el sistema político, tenderá a cambiar, en dimensiones y sentidos sobre los cuales todavía no se puede decir mucho.

Las preguntas básicas que orientan ese trabajo van en la dirección de esas preocupaciones: ¿de qué manera la configuración de las clases dominantes chilenas ha sido afectada por la experiencia autoritaria y neoliberal? ¿Existe o no una nueva clase empresarial en Chile? Si existe, ¿cuáles han sido las condiciones del surgimiento de esa clase o segmentos de clase, y en qué bases (económicas, sociales, políticas, culturales, ideológicas) ella se asentaría? ¿Cuál es la magnitud de la heterogeneidad interna existente hoy día entre los empresarios chilenos? ¿Cómo sus distintos segmentos (más o menos "nuevos") se relacionan con la política? ¿De qué manera tienden a enfrentar las nuevas condiciones puestas por la transición democrática?

Este trabajo evidentemente no pretende contestar a todas esas preguntas. Sobre la base de la revisión de una parte de la literatura disponible, su objetivo es problematizar algunos temas y levantar algunas hipótesis que puedan contribuir a la discusión y a la definición de líneas futuras de investigación y reflexión.

1. EL EMPRESARIADO EN TANTO ACTOR SOCIAL: NIVELES DE ANÁLISIS Y TENDENCIAS DE LA LITERATURA

En primer lugar, es importante precisar a qué nos referimos cuando hablamos del empresariado en tanto actor social. El tema puede ser pensado en por lo menos tres

niveles: (a) El empresario en tanto individuo (el dueño de una empresa); (b) Los grupos económicos (grupos de empresas interrelacionadas y administradas centralizadamente a través de sociedades de inversiones constituidas en "holdings" financieros);¹ y (c) los gremios o asociaciones de empresarios (entidades de representación corporativa de carácter nacional, regional o sectorial).

Arriagada (1988), recuperando las formulaciones de Offe (1985), discute cómo las formas de organización, representación y acción colectiva de los empresarios tienden a ser diferentes de aquéllas de los trabajadores. La tendencia de estos últimos, por su debilidad en tanto individuos frente a la fuerza patronal (aisladamente carecen casi totalmente de cualquier poder de negociación), sería hacia un patrón organizacional caracterizado por la unidad y continuada agregación, cuya forma más típica es el sindicato en su dimensión social, y los partidos en su dimensión política.²

Los empresarios, a su vez, en general cuentan con por lo menos tres formas distintas de influencia, organización y acción (además de una cuarta, que sería la instancia partidaria). En primer lugar, la empresa misma, que por sí sola representa un poder único y centralizado, frente a sus empleados y —dependiendo de una serie de características— también frente a determinadas instancias del Estado y de la sociedad. En segundo lugar, los grupos económicos, o la cooperación entre las distintas empresas y empresarios (por ejemplo, agrupamientos de los "grandes" de una misma actividad). En tercer lugar, las asociaciones empresariales, que en cierta medida corresponden a los sindicatos de los trabajadores.

Aunque también para los empresarios la agregación sea una manera de multiplicar su fuerza, ese proceso se puede dar a través de diversos instrumentos. Las asociaciones gremiales o corporativas son apenas una de las formas a través de las cuales los empresarios ejercen su influencia económica, política y social, y no siempre son las más importantes. Un gran empresario puede tener más poder e influencia que el gremio empresarial a que pertenece. Lo mismo se puede decir, con mucho más razón, de los grupos económicos, que frecuentemente tienen el control horizontal de empresas líderes en varios mercados. Las formas más visibles de acción empresarial (por ejemplo, aquellas desarrolladas a través de sus asociaciones corporativas) no siempre son las más decisivas.

Por otro lado, la influencia económica (que supuestamente sería un atributo principalmente de los grupos económicos) no es el único aspecto que interesa en la configuración del empresariado en tanto actor social. Las asociaciones empresariales pueden, en determinadas situaciones, ganar protagonismo en las negociaciones de carácter político y social, sin que necesariamente representen directamente a los grupos más fuertes económicamente. A su vez, empresarios individuales (o nuevos sectores empresariales emergentes), aunque sin gran peso económico, pueden llegar a constituir espacios de acción independientes de las asociaciones o de los grupos económicos, capaces de configurar nuevas pautas de comportamiento en temas tan

1. Según la definición de Rozas y Marín (1989).
2. Habría que señalar aquí la existencia de una tendencia que parece estar ganando importancia en algunos países: la relación individualizada entre empresarios y trabajadores a nivel de empresa, como un modelo "alternativo" de negociación y relaciones de trabajo. Estimulado por los empresarios como forma de debilitar el poder sindical, ese patrón puede ser asumido, en determinadas circunstancias, por grupos importantes de trabajadores (por ejemplo, aquellos beneficiados y privilegiados por procesos de cambio tecnológico o de segmentación del mercado de trabajo), debido a las ventajas personales o grupales que de ahí pueden obtener.

importantes como la relación con el Estado, con los partidos o con la clase trabajadora.

Por todo eso, es importante considerar las múltiples dimensiones de existencia del empresariado en tanto actor social, y precisar, en cada momento de la discusión, a cuál de ellas se está haciendo referencia.

En la literatura disponible sobre el tema en Chile, encontramos básicamente cinco tipos de aproximación. En primer lugar, los estudios que consideran principalmente la dimensión asociativo-corporativa de la acción empresarial (Campero 1984, 1988, 1989; Gómez 1988). Tratándose del período de la Unidad Popular, o del gobierno militar, el énfasis de estos estudios está puesto en el análisis de la acción política de la clase empresarial (principalmente su relación con las políticas gubernamentales), a partir de su "lugar social", o sea, de sus asociaciones gremiales.

En segundo lugar, los estudios de carácter más morfológico (Rozas y Marín 1989; Martínez y Tironi 1985; Rodríguez y Venegas 1989; Gómez y Echeñique 1986), que buscan analizar los cambios ocurridos en las últimas dos décadas en la composición de los empresarios, en lo que se refiere a su origen social, origen y grado de concentración del capital, ubicación espacial, conformación sectorial, actitudes, estilos de vida, etc. Aquí el énfasis varía: puede estar puesto en los grupos económicos (Rozas y Marín 1989), en sectores empresariales específicos y representativos de un cierto patrón de desarrollo, como es el caso del empresariado frutícola en los años ochenta (Rodríguez y Venegas 1989), o en elementos estructurales más globales (Martínez y Tironi 1985).

En tercer lugar, los estudios cuyo nivel básico de análisis es el empresario en tanto individuo (dueños de empresa) (Montero 1990a y 1990b). A través de la reconstitución de historias de vida de empresarios "exitosos" (es decir, de quienes se destacan por su eficiencia en sus ramos de actividad), esos estudios intentan discutir los cambios ocurridos en la configuración de los empresarios en tanto actor social, destacando, principalmente, la emergencia de un nuevo sector en su interior.

En cuarto lugar, los estudios que ponen énfasis en la relación del empresariado con el Estado, particularmente las políticas económicas, dentro de una discusión más general sobre las estrategias de desarrollo (Muñoz 1988 y 1989).

Finalmente, aquellos dedicados a dilucidar las políticas de gestión empresarial a nivel de las unidades productivas (Díaz 1990, Montero 1990b).

Esta "clasificación" no pretende ser exhaustiva. La relación de autores citados no agota la literatura existente sobre el tema, ni sus trabajos se encuadran necesariamente en cada uno de los "tipos" creados. Se trata, solamente, de un intento de ilustrar las múltiples aproximaciones posibles al tema, y algunas de las diferencias existentes entre ellas.

En seguida discutiremos las principales conclusiones de los estudios revisados, teniendo como referencia las preguntas enunciadas en la introducción de este trabajo. Finalmente, nos detendremos en dos temas específicos, debido a su relevancia: la "modernidad" empresarial y la relación de los empresarios con la democracia, particularmente con el proceso de transición actualmente en curso en el país.

Entre los estudios que se dedican a analizar el comportamiento empresarial a partir de sus asociaciones gremiales, se destacan los de Campero (1984, 1988 y 1989) y Gómez

(1988). Igual que otros, estos trabajos subrayan la existencia de una significativa heterogeneidad en el interior del empresariado. La diferenciación más común es aquella que se hace con base en el tamaño de las empresas.

a. *Grandes vs. pequeños, liberales vs. corporativos*

En los estudios de Campero (1984, 1988 y 1989), la diferenciación por tamaño de empresa —que separa los grandes empresarios, por un lado, y los medianos y pequeños, por otro— corresponde a dos estructuras organizacionales (asociativas) distintas, que expresan dos orientaciones político-ideológicas también distintas ("liberales" vs. "corporativos"), así como particulares características socio-culturales. Además, ese corte está relacionado a la orientación del mercado (interno vs. externo) y a diferencias sectoriales.³ El tema del origen del capital (nacional vs. extranjero) no tiene mayor relevancia en sus estudios.

Los sujetos

Los dos "sujetos" privilegiados de los análisis de Campero, son la CPC (Confederación de la Producción y del Comercio), que agrupa a los grandes y medianos empresarios, y el CPME (Consejo de la Pequeña y Mediana Empresa). Según el autor, trátase de entidades representativas, que normalmente actúan como voceros reconocidos y oficiales de sus respectivas bases, logrando, especialmente en los momentos de crisis, disciplinar a gran parte del empresariado bajo sus estrategias.

La CPME es más débil que la CPC, tanto porque cuenta con mucho menos poder económico, como porque posee una base mucho más dispersa. Los gremios que la conforman son más nuevos: la gran mayoría fue fundada entre 1940-70, mientras la mayoría de las agrupaciones afiliadas a la CPC existe desde mediados del siglo pasado, siempre con participación importante en la vida nacional.

Por otro lado, los gremios que conforman la CPME constituyen la verdadera "fuerza social" del empresariado: tienen mucha capacidad de movilización social (claramente demostrada en el proceso de desestabilización del gobierno de Allende y en los conflictos que marcaron los diez primeros años del gobierno militar), aunque poca capacidad de dirección política. Ese papel es desempeñado privilegiadamente por la CPC.

Según Campero, el gran empresariado se caracteriza por tener posiciones más liberales: privilegia el mercado sobre las corporaciones como agentes reguladores de la vida económica, es favorable a una economía más abierta e internacionalizada, a un Estado reducido y poco interventor.

El pequeño y mediano empresario, principalmente aquél vinculado al mercado externo, por su lado, se caracteriza por posiciones más corporativas: tiene una visión más nacionalista de la empresa y de la vida económica, aspira a ser protegido por el Estado, y reivindica mayor poder a las organizaciones empresariales. Se autodefine a sí mismo como un "hombre de trabajo", buscando diferenciarse, por un lado, del gran empresario; y por otro, de la clase media política, intelectual y profesional liberal. Ese tipo de pensamiento sería especialmente fuerte entre los comerciantes, los transportistas, y los agricultores y mineros tradicionales.

3. La tendencia más corporativa sería formada básicamente por comerciantes, transportistas y metalúrgicos.

Su contradicción con la clase media viene de la percepción de que ese sector habría sido privilegiado, en términos de los mecanismos de movilidad social, básicamente por su vinculación con el Estado.

El gran empresariado es visto más como un especulador que como un productor. Su poder económico, particularmente sus vinculaciones con el gobierno y con el mundo financiero, aparecen desde esta perspectiva como otorgándole ventajas desproporcionadas. Su alto nivel de vida expresaría también un cierto desprecio por el trabajo productivo.

A su vez, el gran empresariado considera que el concepto de "empresa nacional", defendido por el pequeño y mediano empresariado, en realidad estaría expresando un rechazo a la necesidad de crear empresas eficientes, a través de la búsqueda de protección estatal a actividades de baja productividad en el mercado interno. Para ese sector, la forma adecuada de reducir el poder del Estado no estaría en el fortalecimiento de las corporaciones empresariales, sino en la máxima privatización de las actividades económicas y en la aceptación de la centralidad del mercado como mecanismo asignador de recursos. Trátase de un grupo social con características más cosmopolitas, con más fácil relación con los intelectuales y políticos.

La defensa de los derechos de propiedad es el elemento fundamental de identidad entre esos dos sectores, factor clave de su unidad bajo el gobierno de Salvador Allende, y de superación de las históricas divergencias y conflictos que siempre habían tensionado sus relaciones. Durante ese período, el gran empresariado desempeñó un papel ideológico clave en la desestabilización del régimen, aun cuando la movilización que alteró el transporte y el comercio haya sido una acción emprendida por los empresarios medianos y pequeños (Campero y Cortázar 1988).

Pero en otras circunstancias, las diferencias entre ellos se manifiestan, volviéndose muy notorias durante los primeros años del gobierno militar.

La conclusión del autor es que, en términos de un análisis sociológico, el empresariado chileno puede ser caracterizado más como una "camada social media" que como una alta burguesía, en términos de su capacidad económica, su nivel de vida, y de la naturaleza de las actividades a que se dedica: la gran masa de empresarios se localiza en actividades comerciales y de servicios, y no en el sector productivo.⁴ Ese sería un dato importante para analizar su comportamiento social y político.

El comportamiento

Analizando la actuación de esos dos grupos básicos durante la época de la Unidad Popular y del gobierno militar (hasta la victoria de la oposición en el plebiscito de 1988 y en las elecciones presidenciales de 1989), Campero va a encontrar discursos y comportamientos políticos bastante diferenciados.

4. En Chile, la mayoría de los empresarios privados son medianos o pequeños propietarios y gestores de establecimientos industriales, mineros, comerciales, agrícolas o de servicios. De un total aproximado de 276 mil, alrededor de 240 mil son pequeños y sólo 36 mil podrían clasificarse como medianos o grandes (de los cuales, la gran mayoría son de tipo mediano). Entre los primeros, aproximadamente 60 por ciento son comerciantes o prestadores de servicios; 28 por ciento, transportistas; 7 por ciento, industriales; y 5 por ciento, agricultores o mineros. Entre los segundos, 30 por ciento está en actividades comerciales; 30 por ciento, en la industria; 20 por ciento, en los servicios, incluyendo actividades bancarias y financieras; y 20 por ciento en la agricultura y minería. (Estimaciones preliminares de Campero [1989] sobre las cifras presentadas por Javier Martínez y Arturo León en *Clases y estratificaciones sociales*, Santiago: CED-SUR, 1987).

Durante los primeros diez años del régimen militar, el comportamiento empresarial se caracterizó por una disputa constante entre las dos tendencias ya señaladas, cada una de ellas intentando que el gobierno asumiese sus posiciones.

Los conflictos no estuvieron referidos solamente a medidas concretas de política económica (consecuencias positivas y/o negativas de la implantación del modelo neoliberal), sino también a aspectos sociales y culturales que ya diferenciaban a ambos grupos desde mucho antes de 1973.

En ese período, los pequeños y medianos empresarios se consideraban la base social privilegiada del régimen (debido al papel por ellos desempeñado en el derribamiento del gobierno de Allende) y esperaban sacar provecho de su política económica (algún tipo de reglamentación estatal, con ciertos rasgos proteccionistas y corporativistas). Fueron sorprendidos, sin embargo, con la aplicación de la política neoliberal, considerada muy perjudicial, particularmente la drástica liberalización del comercio exterior y la eliminación de restricciones en el mercado financiero.

Los grandes empresarios, a su vez, sostuvieron una actitud básica de apoyo a las políticas gubernamentales durante todo el período.

Ese análisis, que se aproxima bastante al desarrollado por Gómez (1988) para el caso de los empresarios rurales, es diferente de las consideraciones de Martínez y Tironi (1985). Según estos autores, la identidad de los grupos empresariales con la dictadura fue tan fuerte, que, después de 1973, llegaron a desmontar su organización política autónoma (principalmente el Partido Nacional), y prácticamente congelaron la actividad de sus organismos gremiales. Los costos de la aplicación de la política neoliberal, que no fueron pequeños, habrían sido absorbidos hasta por los grupos más afectados, debido a la "percepción de amenaza" representada por el gobierno de la Unidad Popular y la movilización social que lo precedió y acompañó. Eso hizo que los empresarios se dispusieran a abandonar rápidamente su postura tradicionalmente favorable al intervencionismo estatal y a aceptar el discurso neoliberal.

A su vez, Campero y Gómez, a pesar de constatar la existencia de una unidad empresarial básica en torno al régimen, definida básicamente a nivel político (defensa de la propiedad, control del movimiento social), registran una serie de conflictos importantes en el período, donde se manifiestan la heterogeneidad empresarial y las distintas formas de relación de cada uno de los sectores con el gobierno.

La conclusión es que, después de una larga y costosa lucha destinada a cambiar la orientación de la política económica dominante, el primer grupo pasó a aceptar la política liberal como "la segunda mejor alternativa", ya que, después de todo, el gobierno militar había garantizado la seguridad de la propiedad privada y un ambiente de estabilidad macroeconómica.

Hacia fines de los años ochenta, el empresariado se había convertido nuevamente en un sector relativamente unido, que valoraba el éxito de la dictadura militar en cuanto a la defensa de sus intereses más vitales. Sin embargo, la tensión entre los dos polos todavía subsiste bajo la superficie (Campero 1989), y tiende a reaparecer cuando se producen señales de crisis en el funcionamiento económico. Debido a los cambios que se pueden prever en una serie de aspectos de la política económica y del ordenamiento institucional, esa tensión se puede agudizar durante el período de la transición democrática.

Actualmente, a pesar de la heterogeneidad, existirían cuatro puntos básicos de consenso:

- i) La defensa de la propiedad privada como un derecho natural e inviolable;
- ii) La libertad de empresa;
- iii) La desconfianza hacia los partidos políticos que, durante el régimen democrático anterior, poseían una influencia desproporcional y negativa sobre la vida económica de las empresas;
- iv) La necesidad de proteger la democracia de sus enemigos (los comunistas), lo que implica mantener siempre un cierto grado de tutela militar sobre el sistema político.

Para Campero, la principal transformación del actor empresarial en el período analizado fue el surgimiento de un vigoroso discurso económico, político y social, relativamente homogéneo y compartido, que aspira a competir con los discursos sociales y políticos predominantes en Chile desde los años cuarenta. En esos discursos siempre han sido otros los actores sociales y políticos privilegiados como los protagonistas del progreso y del desarrollo (en particular el Estado, los trabajadores y los partidos políticos). Los empresarios y la empresa privada siempre fueron vistos con desconfianza.

El elemento nuevo del comportamiento empresarial, que ha ganado consistencia en los últimos años, sería así esa disposición a asumir un rol más destacado en tanto actor social, no solamente en el plan económico, sino también político e ideológico, superando una actitud caracterizada como históricamente defensiva. La aspiración básica sería la de asumir el rol de protagonistas del progreso y del desarrollo, identidad capaz de cohesionar internamente al conjunto de la clase empresarial, y socialmente reconocida.

b. Los empresarios rurales

El énfasis del análisis de Gómez (1988), que tiene como objeto el empresariado rural, también está puesto en la acción de lo gremios empresariales frente a las políticas gubernamentales.

En este trabajo, el autor examina cuatro situaciones de conflicto ocurridas entre 1976 y 1985: (a) La fijación del precio del trigo para la temporada 1976-77, en que un planteamiento unánime de las organizaciones empresariales fue derrotado; (b) La polémica en torno a la modificación del arancel para la importación de la leche en 1977, cuando las organizaciones empresariales obtuvieron un éxito parcial, aunque a través de estrategias de acción diferenciadas; (c) La modificación de la política agraria en 1983: éxito de los planteamientos empresariales; y (d) La polémica, en 1985, sobre la mantención de una política de fomento hacia los sectores tradicionales; las organizaciones empresariales lograron impedir el cambio en la situación existente.

Los cortes al interior del sector también están hechos básicamente a partir del tamaño de las empresas, aunque con la introducción de otros dos elementos: la variable regional y la variable de mayor o menor incorporación al proceso de modernización agrícola.

objetivo de su trabajo la evaluación de la capacidad de presión de las distintas organizaciones empresariales en situaciones de enfrentamiento con el gobierno.

Los tres sectores considerados son los siguientes:

- i) La Sociedad Nacional de Agricultura (SNA), fundada en 1838, la más antigua y poderosa asociación de empresarios rurales. Congrega tradicionalmente a los grandes empresarios (principalmente de la zona central), y actualmente a los grandes agricultores más incorporados al proceso de modernización del campo;
- ii) La Confederación de Productores Agrícolas (CPA), creada en los años sesenta, con el objetivo básico de enfrentar el movimiento sindical campesino, y que actualmente congrega a grandes y medianos empresarios que no han logrado fácil incorporación al proceso de modernización agrícola;
- iii) El Consorcio de Sociedades Agrícolas del Sur (CAS), que agrupa al mediano empresario del sur –región de colonización relativamente tardía–, segmento que nunca estuvo identificado con los sectores políticos tradicionales del país. Debido al hecho de que la economía sureña depende casi enteramente de actividades silvoagropecuarias, los agricultores de la zona son ejes fundamentales de la estructura de poder regional. Tradicionalmente menos dependientes del Estado, tienden a ser más agresivos en sus planteamientos contra el gobierno en las coyunturas analizadas.

En este análisis está ausente el segmento del pequeño empresario rural, que, en el trabajo de Rodríguez y Venegas (1989), dedicado específicamente al sector frutícola, es un personaje importante y con características peculiares.

En las conclusiones del trabajo de Gómez (1988), aparecen también otros elementos en común con Campero. El consenso básico entre las tres organizaciones empresariales rurales analizadas, y entre ellas y el gobierno militar en el período, es el respeto irrestricto a la propiedad privada y el control del movimiento campesino, ambos aseguradas por el gobierno. La garantía del orden laboral se asociaba fuertemente a la garantía del orden social, debido a la política de "seguridad" desarrollada desde el Estado, el control del movimiento campesino y el significativo componente de poder local detenido por los propietarios rurales: en la mayoría de los casos los alcaldes de las comunas predominantemente rurales eran empresarios agrícolas.

El comportamiento

Tal como lo señala Campero, los diez primeros años del gobierno militar fueron marcados por constantes conflictos entre segmentos del empresariado rural y las políticas gubernamentales específicas para el sector.

Los conflictos se desarrollaron en la medida en que el gobierno avanzaba en la aplicación del modelo neoliberal, entre cuyos elementos centrales estaban la retirada del proteccionismo y de los subsidios, y la regulación de los precios por el mercado.

Las organizaciones empresariales denunciaban lo que a su juicio eran contradicciones internas a ese modelo, y demandaban una política agraria capaz de garan-

tizar condiciones mínimas de rentabilidad para el sector.

Para los sectores empresariales analizados, las contradicciones del modelo —esto es, las medidas de política económica adoptadas por el gobierno que impedían la "libre regulación" de la actividad económica a partir del mercado, y que dificultaban el desarrollo de una actividad rentable por parte de los empresarios agrícolas— eran básicamente: la protección y el subsidio a determinados rubros y sectores (básicamente forestal y frutícola), las elevadas tasas reales de interés, el dólar fijo y barato, los aranceles aduaneros parejos y bajos que permitían la saturación del mercado con productos extranjeros y, desde el punto de vista de la demanda, la disminución del consumo de los productos agrícolas provocada por la cesantía y la caída del ingreso de amplias capas de la población (Gómez 1988).

De los cuatro conflictos analizados, uno se resolvió con una derrota de los planteamientos empresariales, dos con victorias parciales, y uno con aceptación básica de las posiciones de los gremios. En ellos, la agresividad de las organizaciones representativas de los empresarios medianos y de aquéllos del sur del país fue mayor que la de los otros segmentos.

3. LOS ANÁLISIS MORFOLÓGICOS

a. *¿Una clase en formación?*

El trabajo de Rodríguez y Venegas (1989) tiene como objetivo analizar el perfil de las nuevas clases propietarias rurales, específicamente el sector frutícola, el más identificado con el *boom* económico de la segunda mitad de los años ochenta. La hipótesis principal del trabajo es la ocurrencia de grandes cambios respecto al "centenario predominio hacendal". Sin embargo, se considera que esos cambios son todavía insuficientemente conocidos, en especial en cuanto al funcionamiento interno de las nuevas unidades productivas y a la estratificación social ahí originada.

El énfasis del análisis no está, como en los autores hasta ahora analizados, en el comportamiento político de las asociaciones empresariales, sino en factores como el origen social y geográfico, edad, sexo, escolaridad, trayectoria ocupacional, a los que se suma un estudio de actitudes y opiniones (patrones de conducta cotidianos o "estilos de vida", en la definición de los autores).

La segmentación por tamaño de empresa, en ese estudio, introduce grandes diferencias en el interior del sector analizado, al punto que una de sus principales conclusiones es el cuestionamiento de la ubicación de la categoría "pequeños propietarios" dentro de la clase empresarial. Debido a sus condiciones económicas y estilos de vida (a que corresponderían determinadas opiniones y actitudes), ese segmento se acercaría más al campesino tradicional que al restante del empresariado agrícola. Esa tesis es parecida a la conclusión de Campero (1989), al afirmar que la masa del empresariado chileno se aproxima más, por sus condiciones económicas, estilos de vida y naturaleza de sus ocupaciones, a sectores de la clase media que a la alta burguesía.

El objetivo del trabajo de Rodríguez y Venegas es, por lo tanto, caracterizar la nueva estructura social agraria chilena, interrelacionando en el análisis aspectos económicos, valóricos y simbólicos.

La hipótesis principal del estudio es que se estaría frente a una *clase empresarial en formación*, o sea, que todavía no se habría constituido una clase empresarial correspondiente a las nuevas condiciones de producción en el agro chileno. El eslabón más débil de esa formación de clase estaría localizado justamente en la ausencia de una "mentalidad empresarial," correspondiente a la nueva situación. En otras palabras, esa nueva y heterogénea clase capitalista parecería no haber logrado todavía, en el plan de las opiniones y actitudes, la madurez esperable de acuerdo al protagonismo en el modelo económico y al grado de modernización técnica alcanzado en la actividad que ella desarrolla.

La explicación de lo anterior estaría básicamente en el origen social y en la trayectoria ocupacional de los empresarios frutícolas. Existe una gran heterogeneidad de procedencias y experiencias y, para muchos empresarios, la fruticultura es apenas una entre otras actividades económicas.

Este fenómeno es observado por los autores en todas las regiones frutícolas, tanto más cuanto mayor es el tamaño de la empresa. Particularmente entre los medianos empresarios, la actividad frutícola con frecuencia se complementa con actividades comerciales e industriales, más que con otras actividades agropecuarias.

La conclusión es que esa diversidad de ocupaciones estaría dificultando la configuración de una identidad colectiva basada en la actividad productiva agrícola. De ahí la inexistencia de una "mentalidad empresarial" correspondiente a ella.

Los autores rechazan también la hipótesis de que los mismos elementos que marcaron la vieja aristocracia rural, característicos de la sociedad estamental (o "hacendal"), podrían ser la base de constitución de esa identidad. Una de las conclusiones principales del estudio es justamente que se estarían produciendo grandes cambios en esos elementos. ¿Cuál sería, entonces, el otro posible *locus* de identificación social para esos sectores? ¿Otros sectores de la clase empresarial? ¿La clase media urbana? Esa es una pregunta que queda sin respuesta.

Hay también otras dos observaciones que deben ser hechas. En primer lugar, los autores afirman que la *diversidad de procedencias y áreas de actividad* es tanto mayor cuanto mayor es el tamaño de la empresa. Eso haría suponer que el problema de la constitución de la mentalidad empresarial estaría más agudizado en el sector de la gran empresa. Sin embargo, es justamente ahí (y en el sector de los pequeños propietarios) que los autores encuentran un estilo de vida más identificado con elementos tradicionales del campo, y donde los nexos previos y actuales con la agricultura son más fuertes, lo que podría indicar una mayor solidez en la constitución de la identidad colectiva de esos sectores.

Por otro lado, según Montero (1990a y 1990b), una de las principales características del "nuevo empresariado"—encontrado en una serie de sectores de la economía chilena, entre ellos la fruticultura—es justamente la diversidad de ocupaciones a que está vinculado y el hecho de estar permanentemente cambiando de rubro, o combinando actividades productivas, comerciales y financieras tan diversificadas como son la pesca y la producción de software, la fruta y la pequeña producción manufacturera urbana, los bancos, la actividad forestal y la minería. Sin embargo, ése no es un elemento que dificulte la configuración de una identidad. Por el contrario, configura una nueva identidad, que va más allá de las tradicionales divisiones del mundo empresarial.

Para Montero, la identidad básica de los nuevos empresarios estaría definida por el mercado. Es decir, se identifican muy poco con la actividad productiva en sí misma (sea ella la extracción mineral o de madera, la pesca, la fruta, la actividad bancaria, la producción o exportación de software). Lo que los autoidentifica en cuanto empresarios y, más que eso, en cuanto empresarios "modernos", es su capacidad de emprender, de "hacer negocios", de conquistar mercados, de abrir oportunidades de inversión. Ahí están los factores básicos de su éxito y la base a partir de la cual pretenden proyectar su imagen para el conjunto de la sociedad y ser por ella reconocidos.

Otra tesis importante del estudio de Rodríguez y Venegas es que la estratificación social emergente en el campo en los últimos años, no correspondería exactamente a la estratificación económica ahí existente. En la base de la pirámide se encontraría un campesinado numéricamente poco importante, que parece ser el más moderno entre los pequeños productores, pero el más atrasado entre los fruticultores.

Como ya se ha señalado, por su estilo de vida, nivel educacional, extensión cultivada, este segmento se parecería mucho al clásico campesino chileno, con un perfil similar al de muchos administradores de empresas frutícolas de tamaño mediano. En tanto sector social, es el que menos habría cambiado con la modernidad frutícola.

En el medio se encuentra una gruesa y heterogénea "clase media" frutícola, el sector más numeroso y que controla una mayor proporción de tierra, lo que podría hacer suponer que sería el heredero de la vieja clase dominante agraria. Sin embargo, eso no ocurre. Esa "clase media" sigue básicamente la orientación de la gran empresa en cuanto a qué se planta, cómo se planta y hacia dónde se dirige la producción. En lo que se refiere a los estilos de vida, también se puede observar un gran esfuerzo para aproximarse al gran propietario.

Hay que señalar también la existencia de una "tecnoburocracia" frutícola, que en algunos casos posee propiedades, pero que en lo esencial basa su posición en sus conocimientos técnicos y en sus credenciales universitarias. Ese es el estrato más asociado al *boom* frutícola, y la principal vía de traspaso de nuevas pautas de vida al campo chileno.

En la cúspide social y económica se encuentra el sector de los grandes capitalistas, un grupo numéricamente pequeño, para quien la fruta es también apenas una de sus actividades económicas. Sin embargo, sus nexos previos y actuales con la agricultura son más fuertes que los del segundo grupo. Es el sector líder y más dinámico de la actividad frutícola, en constante cambio y experimentación, que busca expandirse (producción, *packing*, exportación, transporte, etc.), y abrir constantemente nuevos mercados.

La conclusión de los autores es que fue ese segmento del empresariado frutícola el que reemplazó a la vieja aristocracia rural en su papel dirigente. Aunque un número significativo de capitalistas urbanos se haya integrado a la actividad frutícola en el segmento de los grandes propietarios, el sector parece estar todavía mayoritariamente constituido y dominado por hombres que descienden directamente de antiguas familias propietarias rurales.

En la etapa inicial de la industrialización chilena, Martínez y Tironi (1985) resaltan la existencia de un fuerte grado de superposición e integración entre el empresariado industrial y la oligarquía terrateniente. Hasta mediados de los años sesenta, cerca de 50 por ciento de los empresarios chilenos eran dueños de fundos o pertenecían a familias propietarias de tierras.

La burguesía chilena, igual que en muchos otros países latinoamericanos, creció apoyada en una fuerte intervención estatal orientada a apoyar el proceso de industrialización. Ese modelo se desarrolló desde los años cuarenta, hasta el golpe militar de 1973. Hasta el inicio de los años setenta, el conjunto del empresariado apoyó en general ese patrón intervencionista del Estado. Su comportamiento básico se caracterizaba por la búsqueda de una situación favorable en el interior de ese modelo: subsidios estatales y protección en el mercado interno vía aranceles.

La política económica del gobierno militar, desde sus comienzos, junto con romper la tradición estatal dominante en Chile durante décadas, significó costos de envergadura para los empresarios. Según Martínez y Tironi (1985), esos costos no disminuyeron el apoyo del conjunto de la clase empresarial al gobierno autoritario, y fueron absorbidos básicamente por dos motivos: la "percepción de amenaza" (O'Donnell 1980) representada por el gobierno de la Unidad Popular y las "expectativas de futuro" que fueron depositadas en el modelo neoliberal.

Por otro lado, los beneficios fueron grandes: progresiva y selectivamente se produjo una importante transferencia de recursos del Estado a los empresarios, particularmente los grandes, vinculados al sector financiero. Uno de los mecanismos básicos de ese proceso fue la privatización de las empresas del Estado y la estatización de la deuda externa.

Los principales cambios detectados por Martínez y Tironi en la estructura del empresariado chileno a raíz de esos procesos, fueron:

- (1) Un proceso de concentración patrimonial, que favoreció principalmente a los grandes empresarios ligados al sector financiero. Hasta el período analizado, el momento culminante de ese proceso había sido el período inmediatamente posterior a la recesión de 1975-76, confirmando, según los autores, la correlación existente entre las depresiones y las tendencias a la concentración de capital;
- (2) Una suerte de "terciarización" del empresariado, que se redujo numéricamente en el sector productivo, principalmente en la industria, revirtiendo la tendencia, verificada en los años setenta. En el período 1977-81 ocurrió un importante traslado de los empleadores del sector productivo hacia el terciario, con excepción de la agricultura, donde su número aumentó. Ese desplazamiento se dirigió principalmente hacia la rama servicios en su conjunto, y afectó principalmente a los empleadores de la industria, que redujeron significativamente su participación en el conjunto de los ocupados.

El objetivo básico del trabajo de Rozas y Marín (1989) es discutir lo que se describe como una *nueva estructuración del poder económico en Chile después de las crisis de 1983*. La característica principal de esa nueva configuración se relaciona al proceso de desnacionalización que habría ocurrido en la economía chilena en el período. Los autores se dedican a analizar con detalle de información las modificaciones producidas en la relación del capital transnacional con las clases dominantes locales, particularmente en lo que se refiere a su articulación con el bloque en el poder.

Su conclusión es que el capital transnacional habría desempeñado un papel muy activo en la rearticulación del bloque en el poder, fuertemente deteriorado por la crisis recesiva de comienzos de los ochenta, a través principalmente de la capitalización de deudas y de la aceptación del traspaso de empresas en su beneficio como modalidad de pago.

En ese proceso, el capital transnacional se hizo propietario de empresas que pertenecían a grupos económicos locales afectados por la crisis (compra directa), de importantes paquetes accionarios de empresas estatales estratégicas para el desarrollo nacional (a través de los procesos de privatización), y de paquetes mayoritarios de empresas privadas, cuyos grupos de control (empresarios privados locales) habían perdido su propiedad.

La unidad de análisis de los estudios de Rozas y Marín son los grupos económicos, y el corte fundamental entre ellos es el origen del capital. Es a ese nivel que se dedican a discutir la configuración del empresariado en tanto actor político y económico de gran poder e influencia en la gestión del país.

En el período analizado, la estructura de los grupos económicos se caracteriza por la definición de una base sólida en un sector o empresa determinada, a partir de la cual la organización conglomeral se diversifica hacia otros sectores industriales, financieros o de servicios.

Los autores, sin embargo, llaman la atención al hecho de que esa estrategia no es rígida ni tampoco definitiva. Es posible suponer que en el futuro algunos de esos grupos adopten estrategias que pongan acento en la especialización integrada y concentrada de algunas de sus empresas con mayor nivel de productividad, o que se desprendan de algunos activos que actualmente poseen.

En síntesis, dos serían los cambios básicos ocurridos en la configuración estructural del empresariado en los últimos años:

- (1) Un nuevo y más alto grado de concentración de capital, principalmente después de 1985, debido al traspaso masivo de empresas y activos cuya propiedad no estaba del todo definida ("área rara" de la economía), o eran estatales, así como importantes transferencias ocurridas en el interior del sistema privado.⁵
- (2) La "desnacionalización" de la burguesía chilena: la empresa transnacional en esa nueva fase (a partir de 1983) pasó a ocupar un papel predominante en la economía chilena. Entre 1973 y 1983, el capital transnacional ocupaba una posición relativamente subordinada a los grupos financieros locales.

5. Esa conclusión coincide con la de Martínez y Tironi (1985) para el período anterior (1976-81).

A partir de entonces, pasó a sustituirlos en el control de los sectores económicos de mayor dinamismo (servicios, fabricación de alimentos, forestal, papel e celulosa).

4. ¿UN NUEVO EMPRESARIADO?

El tema de la existencia o inexistencia de un nuevo empresariado aparece con frecuencia en los estudios revisados, principalmente aquéllos hechos después de 1985. Muchas veces, esa discusión está asociada al debate sobre la *modernización en Chile*. La verdad es que, en los últimos años, el empresariado casi siempre aparece como un personaje privilegiado cuando se discute el tema de la modernización de la sociedad y/o de la *economía chilenas*.

En gran medida, lo anterior expresa el éxito de la política neoliberal y de la conducción económica de los últimos años del gobierno Pinochet. A partir de 1986, se puede observar un intenso esfuerzo de significativos sectores empresariales en avanzar en su proceso de constitución en tanto actor social, creando internamente, y proyectando para el conjunto de la sociedad, la imagen de protagonista principal de la reactivación económica que sucedió a la crisis de 1981-83, que habría conducido el país a una nueva etapa de progreso y desarrollo.

Sin embargo, la tarea no era fácil, ya que consistía en cambiar una imagen histórica negativa: la de un sector interesado solamente en sus fines económicos privados, dividido permanentemente por sus discrepancias corporativas, más especulador que productivo, poco eficiente. Durante mucho tiempo, ésa fue la imagen dominante en el país, debido al peso político e ideológico que siempre habían tenido los proyectos de otros actores sociales, como el Estado, el movimiento sindical y los partidos de izquierda (Campero 1989). Con el advenimiento del régimen militar, a pesar del debilitamiento de los proyectos de los otros actores sociales, a esa imagen negativa del empresariado se sumó otro elemento: aquél que lo mostraba como soporte y apoyo del autoritarismo vigente en el país, y beneficiario principal del proceso de concentración de ingreso y poder desarrollado durante el régimen militar. Las sucesivas crisis de la economía hasta 1983 y la quiebra de parcelas importantes de diversos sectores productivos, no contribuía en nada a mejorar esa imagen.

Ahora se trataba de constituir una identidad totalmente distinta, que lograra unificar internamente a la clase empresarial y obtener reconocimiento social: la del empresario como motor del desarrollo económico y social. Eso en una coyuntura política bastante compleja, en que se definiría la continuidad o reemplazo del régimen militar y de su política económica, con los cuales los empresarios se sentían tan identificados.

Ese esfuerzo se tradujo en la "batalla de las ideas", que a partir de 1986 marcó la acción de los dirigentes de algunas de las más importantes asociaciones empresariales (Campero 1990), y que fue la estrategia fundamental con la cual se enfrentarían momentos políticos tan importantes como el plebiscito de 1988, las elecciones presidenciales de 1989, y las conversaciones desarrolladas con el Presidente Patricio Aylwin y el nuevo equipo de gobierno, antes y después de su toma de posesión. Ese intento de constitución de una nueva identidad se desarrolló también en sectores empresariales sin participación más efectiva en la vida asociativa de la clase (Montero 1990a).

Es difícil evaluar hasta qué punto los empresarios han ganado la "batalla de las ideas". Por un lado, no hay duda de que algunas de sus principales tesis (que corresponden a la ideología neoliberal) han ganado un espacio muy grande en la sociedad chilena.

Algunas de sus "ideas fuerza" son parte constitutiva, por ejemplo, de los principales documentos del proceso de Concertación Social, firmados entre empresarios, trabajadores y el nuevo gobierno durante el año de 1990,⁶ que expresan importantes victorias político-ideológicas del sector. Entre ellas, la tesis de que la empresa privada es el agente principal del desarrollo económico; la tesis de que la empresa privada, junto al "funcionamiento abierto, eficiente y competitivo del mercado como asignador de recursos" es indispensable para impulsar un crecimiento económico que posibilite una "equitativa y justa distribución de la riqueza"; la tesis del papel subsidiario del Estado y de que la flexibilización del mercado de trabajo es fundamental para permitir el aumento de la eficiencia y competitividad de las empresas, siendo ése un factor fundamental del desarrollo de la economía y de la sociedad.

Por otro lado, el resultado del plebiscito de 1988 y de las elecciones presidenciales de 1989 evidencia que no es tan fácil vender esa imagen de progreso y modernización (de ese progreso y de esa modernización actualmente existentes) como algo bueno y deseable para el conjunto de la sociedad, así como deshacerse de la imagen negativa vigente hasta hace poco tiempo atrás.

Eso revela, como lo señalan algunos autores (Campero 1990, Montero 1990a y 1990b), que el tema de la constitución de esa nueva identidad social todavía es un problema. Seguramente el éxito de esa empresa depende de la manera como los empresarios enfrentarán los desafíos de la transición en curso. Depende también de la manera en que el nuevo gobierno y los demás actores sociales (sindicatos, partidos, parlamentarios, pobladores) participen de ese proceso de definición, particularmente de su capacidad de redefinir los términos en que actualmente se da la discusión sobre la modernización en la sociedad chilena.

a. *Una nueva burguesía*

En términos cronológicos, el primer trabajo que se refiere a la existencia de una "nueva burguesía" es el de Lagos (1981). El autor se refiere a los poderosos conglomerados económicos de formación reciente en el país a comienzos de los ochenta. Esos grupos, a diferencia de los antiguos y tradicionales, no habían ingresado al sector financiero a través de la actividad productiva. Más bien, habían seguido el camino opuesto: llegaron a controlar parte importante del sistema productivo a partir de su dominio sobre el sistema financiero.

Lagos se refiere también al surgimiento de una nueva tecnocracia empresarial. El traspaso del rol orientador de la economía desde el Estado al sector privado (especialmente el financiero), así como las dimensiones alcanzadas por los grupos económicos, abrieron espacio para el surgimiento de una nueva capa de analistas, gerentes y planificadores con mucho poder e influencia. Esta élite tecnocrática

6. El primero de ellos ("Marco de Referencia para el Diálogo entre Empresarios y Trabajadores") fue firmado por la CPC y la CUT el 31 de enero de 1990, y el segundo (conocido como el "Acuerdo Marco") fue firmado entre la CPC, la CUT y el gobierno el 27 de abril de 1990.

(formada principalmente por ingenieros comerciales), de alta calificación, y fuertemente ideologizada, trató de imponer, ya no desde el Estado, sino desde el área privada, "un modelo global de reorganización de la sociedad chilena"; éste sustituyó la antigua alta tecnocracia pública (principalmente ingenieros civiles), conformada en torno al fuerte impulso estatal al proceso industrializador dado por entidades como la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo) o empresas estatales estratégicas (cobre, acero, electricidad, petróleo).

b. *Los empresarios de mercado*

Pasando del análisis de los grupos económicos al análisis de trayectorias individuales de empresarios que se destacan en los sectores más dinámicos de la economía chilena a partir de 1985, encontramos los trabajos de Montero (1990a y 1990b). Su tesis principal es la del surgimiento de un nuevo actor empresarial en Chile a partir de mediados de los años ochenta. La aplicación del modelo neoliberal, en el cuadro del gobierno autoritario, habría producido una sustancial transformación en ese sector, creando una excepcional oportunidad de constitución del empresariado en tanto sujeto social, y permitiendo el surgimiento de un nuevo segmento en su interior.

El origen de esa nueva categoría de empresarios, definidos por la autora como los "empresarios de mercado", está estrechamente asociado a la aplicación del modelo neoliberal. Vivió (y sobrevivió) a la transición entre dos modelos económicos. Su proceso de afirmación en tanto actor social se hizo a través de caminos que no han sido los clásicos, de tipo corporativo.

El objetivo principal del trabajo de Montero es analizar el proceso de emergencia de ese sector, en el contexto de las profundas transformaciones estructurales que afectaron al conjunto de la clase empresarial, en un proceso político y económico cuyo sentido básico fue el de favorecer y privilegiar al sector privado.

Por primera vez en la historia del país, el empresariado se encontraba frente a un proyecto hecho a su imagen, y a una situación controlada militarmente. No fueron los empresarios los formuladores, ni tampoco los protagonistas, de la aplicación del modelo neoliberal. Por el contrario, por lo menos durante los primeros diez años del régimen militar, la relación de sectores importantes del empresariado con el gobierno estuvo marcada por conflictos significativos.

Durante ese período, los actores privilegiados y casi exclusivos de la "revolución autoritaria neoliberal" fueron los militares y los economistas vinculados a la escuela de Chicago. Ocupando puestos decisivos en el aparato de Estado, en los grupos económicos y en el sistema financiero, esos actores desarrollaron la capacidad de penetrar importantes sectores de la sociedad, —particularmente la derecha política y el empresariado— con los principios básicos del modelo, entre ellos la aplicación de la lógica del mercado a todas las actividades y la idea de que la libertad personal y la libertad de mercado son indisociables. Es importante señalar que esas ideas habían estado antes totalmente ausentes de esos medios.⁷

El análisis de los "empresarios de mercado" refleja, según Montero, al mismo tiempo una renovación y una reproducción de la clase dirigente.

7. Vale recordar la afirmación de Martínez y Tironi (1985) acerca de la aceptación del empresariado a la política proteccionista e intervencionista desarrollada por el Estado chileno durante varias décadas, de la cual ha sido quizás el principal beneficiario.

Los cambios estructurales verificados en el período habrían llevado a importantes transformaciones en la composición del empresariado, particularmente aquellas ocurridas en la estructura de la propiedad, en las reglas de funcionamiento del mercado y en las relaciones con la economía mundial. Todo esto contribuyó para abrir nuevos espacios a la iniciativa privada.

La apertura de la economía a la competencia externa, agudizando la concurrencia en el mercado interno, y las facilidades de exportación concedidas por el Estado, empujaron a los inversionistas hacia nuevas actividades, más rentables (pesca, celulosa, madera, agricultura). La expansión del mercado financiero, más el flujo de capital externo, aportaron los recursos necesarios a la creación de nuevas empresas en varios sectores de actividad. Por otro lado, la privatización de las empresas públicas permitió al capital privado el acceso al capital industrial a un costo reducido.

Como resultado, se produjeron modificaciones importantes en el conjunto del tejido productivo y en la composición interna de cada segmento. Simplificadamente, la autora identifica tres categorías al interior de la clase empresarial. Los criterios de segmentación en realidad combinan el tamaño de las empresas, el origen del capital, la orientación de mercado, el rubro de actividad y, en alguna medida, las orientaciones ideológicas y culturales. El resultado de la clasificación es el siguiente:

- (1) *El gran empresariado y los grupos económicos*, formado por las grandes empresas tradicionales que ampliaron su campo de actividad, los grupos familiares que detienen el capital de los grandes conglomerados productivos, y el capital financiero (básicamente extranjero);
- (2) *El empresariado corporativista*, formado por la pequeña y mediana industria básicamente en el sector de transporte, comercio, servicios. Tal como ha sido señalado por otros autores (Campero 1989, Martínez y Tironi 1985), éstos son los sectores que más negativamente han sido afectados por el modelo neoliberal. Trátase de un sector poco modernizado, con fuerte presencia local e regional;
- (3) *Los empresarios de mercado*: sector que se desarrolló aprovechando las oportunidades abiertas en las áreas más dinámicas y más expuestas a la competencia interna y externa. Formado por una generación más joven, que se afirmó en tanto empresarios en el contexto de la desreglamentación comercial.

Lo más novedoso de este estudio quizás sea justamente la construcción de esa tercera categoría, que no se encuadra en las segmentaciones más tradicionales de los estudios sobre el empresariado. Si se la acepta, puede indicar caminos de solución a determinados problemas, como los planteados por Rodríguez y Venegas (1989), acerca de las bases de constitución de las nuevas identidades o mentalidades empresariales. Según Montero, esos empresarios no son grandes ni pequeños; sus empresas son en general de tamaño mediano, pero movilizan recursos importantes. Tienen empresas financieramente "sanas", con un patrimonio considerable. No son ni rurales ni urbanos, no se ubican estrictamente ni en el sector primario, ni en el sector secundario, ni en los servicios. Su característica principal es justamente su dinamismo: la creación y consolidación de empresas, la constante diversificación y combinación de actividades tan distintas como pesca y celulosa, finanzas y agricultura, importación

material de informática y exportación de software.

La base de la constitución de su identidad no está dada por una específica actividad productiva. Haciéndonos recordar las más clásicas formulaciones marxistas, lo que parece importar para esos empresarios no es el "valor de uso" de su producto, sino su "valor de cambio". Las propiedades materiales, la posible identificación con las características específicas y cualitativas de su hacer productivo, se esfuman en la fascinación por el poder y las "ilimitadas posibilidades".⁸

Su autoimagen es la de empresarios que se constituyen exclusivamente a través del buen aprovechamiento de las oportunidades del mercado, sin deber nada al Estado, ni tampoco al clientelismo local, enfrentando las duras condiciones de la libre competencia. En consecuencia, su éxito es resultado única y exclusivamente de su capacidad, dinamismo, inventiva, sentido de oportunidad, disposición a correr riesgos. Según Montero, es un discurso lleno de elementos heroicos, que se diferencia de la idea de cálculo racional y previsible.

Esa identidad se construye por oposición a la identidad empresarial tradicional. El empresario tradicional es visto como corporativo, poco ilustrado, poco dinámico, alguien que prefiere las rentas a las situaciones de riesgo, y que sigue buscando la protección estatal.

La autora concluye diciendo que se trata de una generación de transición entre un empresariado tradicional portador de una lógica patrimonial, y un empresariado moderno, basado sobre una lógica de mercado. En ese punto, no está clara la diferencia entre el análisis sociológico y el discurso del actor. Hay una identificación entre *modernidad y lógica de mercado*, que es bastante discutible.

c. *La modernidad empresarial*

En el trabajo de Muñoz (1988), también surge la imagen de una nueva clase empresarial, moderna y eficiente, que estaría enfrentando dinámicamente el desafío competitivo de la economía chilena. El autor, sin embargo, destaca las condiciones favorables, en los últimos años, para el surgimiento de ese sector. Entre ellas, la existencia de una política cambiaria y de equilibrios macroeconómicos capaz de generar estabilidad e incentivos para el sector privado; la política de privatización del gobierno militar, que creó grandes oportunidades de obtención de ganancias de capital, un sistema institucional muy favorable, donde se destaca la legislación laboral vigente hasta fines de 1990, extremadamente restrictiva para los trabajadores y limitadora de su poder de negociación.

Los cambios en la situación institucional a partir del inicio del proceso de democratización del país, y el hecho de que ciertas oportunidades son irrepetibles (como la privatización de las más importantes empresas del Estado), plantea la cuestión de cómo mantener el dinamismo empresarial, que estuvo muy basado en esas condiciones excepcionales.

Según Muñoz, el cambio positivo más importante ocurrido en la estructura empresarial, quizás haya sido el aumento de la participación relativa y la diversificación del sector exportador. Sin embargo, aquí también existe un elemento

8. Según la autora, los empresarios entrevistados nunca se refieren al producto que fabrican, sino a la manera en que enfrentan los innumerables desafíos del mercado, particularmente las excepcionales calidades que debieron desarrollar para ingresar a él (Montero, 1990a).

que debe ser considerado. Hasta ahora, se ha vivido una etapa de "fácil crecimiento", ya que la capacidad exportadora anterior era muy baja. Por otro lado, los productos chilenos que ganaron espacio en el mercado externo son básicamente productos naturales de bajo valor agregado. La elasticidad de su demanda es pequeña y sus precios son inestables, lo que hace prever que, en una segunda etapa, su crecimiento será más difícil.

El autor también plantea que se ha desarrollado en el país una nueva generación de empresarios. Sin embargo, es cuidadoso y cree que el tema merece más análisis. En primer lugar, porque las condiciones tienden a cambiar y todavía no está clara la capacidad que tendrán los empresarios de mantener, en las nuevas condiciones, el dinamismo hasta ahora demostrado. En segundo lugar, porque considera que la difusión de experiencias empresariales exitosas recientes forma parte de la ofensiva ideológica del neoliberalismo y que, por lo tanto, debe ser vista críticamente.

Analizando con más detalle la experiencia del sector frutícola, aunque señalando que lo que sucedió ahí no puede ser proyectado al conjunto de la economía, debido a la "espectacularidad" del caso, Muñoz identifica una respuesta empresarial y tecnológica específica, sin la cual ni las condiciones naturales favorables, ni tampoco los incentivos económicos, habrían sido suficientes para producir resultados dinamizadores.⁹

Entre las características de esa respuesta empresarial, Muñoz destaca la preocupación por la modernización tecnológica del sector, condición básica para la competencia externa, lo que marca una diferenciación importante con la agricultura tradicional, dirigida al mercado interno y caracterizada por un nivel de desarrollo tecnológico muy bajo.

Los principales agentes de esa modernización fueron: (a) Las empresas transnacionales y algunas nacionales que, constituidas como agentes exportadores, indujeron en los productores nuevas conductas empresariales; y (b) Empresas comercializadoras que, con experiencia y conocimiento del funcionamiento de los mercados externos y redes de distribución, impusieron una verdadera disciplina técnica y administrativa entre los productores.

En el mismo sentido de lo señalado por otros autores (Rodríguez y Venegas 1989, Martínez y Tironi 1985, Montero 1990a), Muñoz constata la constitución de numerosas nuevas empresas agrícolas, una parte significativa de las cuales tiene su origen en profesionales que no encuentran espacio en el reducido aparato estatal y se constituyen en tanto empresarios mediante la compra de tierras a campesinos empobrecidos, o se instalan en las grandes empresas como técnicos especializados. Sin embargo, considera que la oferta principal de nuevos empresarios frutícolas provino de los propios agricultores dedicados a otros rubros, y que se vieron incentivados para adaptarse a las nuevas condiciones.

9. Según el autor, desde fines de los años sesenta, el Estado había tomado la iniciativa de constituir a ese sector en una actividad prioritaria para la inversión. Durante los setenta, ya en el contexto de la aplicación de la política neoliberal, se hizo efectivo un significativo plan de inversiones en infraestructura y de incentivos de precios y mercados (Muñoz 1988). Como resultado de la política económica aplicada en los años setenta, se produjo una fuerte reasignación de recursos a la fruticultura, tanto desde los sectores tradicionales de la agricultura como desde la industria manufacturera. La desprotección arancelaria y el fuerte encarecimiento del costo real del crédito incentivó al sector financiero a costa de los sectores productivos reales. En esas condiciones, sólo los rubros que tenían ventajas comparativas muy evidentes y altas rentabilidades podían sostenerse o crecer. La fruticultura fue uno de esos casos.

También Muñoz habla de "una nueva clase empresarial agraria" más eficiente, motivada y orientada a la modernización y a los mercados internacionales, con las implicancias que eso tiene en términos de inversión, desarrollo tecnológico, modernización administrativa y comercial.

Caracteriza a esa nueva clase se por una "actitud modernizadora", que se diferencia de la tradicional actitud del empresariado chileno, rural y urbano (definido como pasivo e ineficiente).¹⁰ Para concluir, el autor se pregunta si ésta es una transformación real y duradera, o apenas un fenómeno coyuntural que responde exclusivamente a los incentivos señalados y cuya mantención a largo plazo es incierta.

5. EMPRESARIOS Y TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA

Todos los estudios revisados hacen hincapié en el rol jugado por el empresariado en el proceso de desestabilización del gobierno constitucional de Salvador Allende y en el alto grado de adhesión del empresariado al gobierno autoritario, suficiente para caracterizarlo como su "base civil más importante" (Martínez y Tironi 1985). A pesar de los conflictos analizados principalmente por Campero (1984 1989, 1990), el empresariado chileno mantuvo, durante todo el período, un apoyo político básico al régimen autoritario, y se unió en torno a la defensa de la propiedad privada y del objetivo de mantención del orden.

A diferencia de otros países latinoamericanos, el apoyo empresarial al régimen militar se mantuvo hasta su final, movilizándose activamente en favor de la continuidad de Pinochet en el plebiscito de 1988 y del candidato del gobierno en las elecciones presidenciales de 1989.

Por otro lado, diversos sectores afirman actualmente la importancia, para el éxito del proceso de transición, de lograr un compromiso sólido del sector empresarial con el proyecto democrático.

Para algunos autores, una de las condiciones claves de obtención del compromiso empresarial con el régimen democrático sería justamente la consolidación de un actor empresarial consistente y con capacidad para disciplinar al conjunto de la clase bajo una ideología común, que funcione como soporte simbólico de una acción común (Campero 1990). Eso posibilitaría al sector empresarial negociar en bloque sus intereses frente al gobierno democrático y convertirse en representante de los sectores que aspiran, en democracia, a mantener la continuidad del modelo económico social de la dictadura. Ese soporte ideológico es el neoliberalismo. Por lo tanto, el sector que tendría condiciones para unificar al conjunto sería el gran empresariado que, en este período de transición -particularmente a través de sus asociaciones gremiales- viene desarrollando procesos importantes de conversación y concertación con el gobierno democrático y otros actores sociales fundamentales, como el movimiento sindical.

Si eso no sucede, lo más probable sería la fragmentación del empresariado en

10. Utilizando datos de un estudio de Cruz (1988), Muñoz describe esa actitud modernizadora a través de los siguientes criterios: capacidad de recepción de información y de asesoría técnica; existencia de registros contables y de control de la producción; vinculación sistemática con bancos; el hecho de compartir el tiempo con otras actividades, en proporción mayor que los otros agricultores, entre actividades profesionales e industriales; mayor nivel educacional. El estudio citado señala la existencia, entre los empresarios frutícolas, de una "obsesión psicológica" por innovar y por aplicar la tecnología más reciente, que a veces va más allá de su conveniencia o motivación económica.

varios sectores que buscarían negociar corporativamente sus intereses con el gobierno, considerando la conveniencia de una vuelta del autoritarismo en caso de que vean amenazados sus intereses. Esa sería, por lo tanto, una hipótesis mucho menos favorable para el éxito de la transición y la estabilización de la democracia en el país.

Es sin duda un argumento poderoso. Otros autores, en otros países, ya habían señalado la importancia de la constitución del empresariado como un actor dotado de un proyecto propio y dispuesto a negociar en las arenas institucionalmente definidas, como condición importante para la constitución de un orden democrático.¹¹ Sin embargo, es un argumento complicado y discutible, al suponer que la única forma de compromiso efectivo del empresariado chileno con la democracia pasa por la consolidación y el fortalecimiento de la ideología neoliberal (como la única capaz de cohesionarlo internamente) y su legitimación ante la sociedad.

¿Cómo sería posible, entonces, cambiar significativamente aspectos del modelo económico y social heredado del gobierno militar, factor considerado en el programa del actual gobierno como condición básica para avanzar en la tarea de integrar los sectores sociales excluidos en el período anterior, avanzar en la democratización social del país y en la constitución de un proyecto de modernización con otro significado social?

Con el carácter de observaciones preliminares y provisionarias, se podría decir que, durante el primer año de existencia del régimen democrático, se observó un grado importante de adhesión global del empresariado a las reglas generales de funcionamiento del sistema democrático: aceptación del resultado de las elecciones presidenciales y parlamentarias, respeto a las libertades individuales, derecho de expresión de los distintos sectores sociales. No se ha verificado hasta ahora ningún comportamiento económico amenazador (por ejemplo, relacionado a los planes de inversión hechos en el período anterior).

Es importante señalar también el proceso de reconocimiento, por parte de los empresarios, de la legitimidad social de interlocutores de otro origen social, particularmente los sindicatos. Ese quizás sea uno de los frutos más importantes del proceso de "concertación social" desarrollado en este período.

Evidentemente estos comportamientos tienen mucho que ver con la moderación del programa de la Concertación, principalmente en lo que se refiere a los cambios introducidos en el modelo económico anterior. Tiene que ver también con la moderación de la actuación de las organizaciones sindicales y su disposición a llegar a acuerdos, con las diversas garantías ofrecidas tanto por el gobierno como por el movimiento sindical.

Por otro lado, la experiencia de ese primer año muestra también que tal disposición general del empresariado se puede traducir en actitudes mucho más duras en situaciones de prueba, o cuando se intente cambiar aspectos significativos de la institucionalidad heredada del autoritarismo, y que por tanto tiempo lo había favorecido. Un ejemplo de ello fue la resistencia empresarial al proyecto gubernamental de Reformas Laborales. En reiteradas ocasiones, durante el proceso de dis-

11. Moore (1966) y Huntington (1984) consideran que la existencia de una burguesía fuerte y autónoma es condición fundamental para el éxito de una configuración democrática. Diniz y Boschi (1989), para el caso brasileño, plantean como factor fundamental de la constitución del orden democrático, la capacidad que tenga la burguesía para alcanzar un grado de organización y de definición de objetivos propios que le posibilite establecer acuerdos con otros actores organizados en la sociedad (entre ellos, los partidos y los sindicatos).

cusión y votación de ese proyecto, se evidenció que, más allá de un argumento de naturaleza económica (cuanto "costarían" para los empresarios cada uno de los cambios propuestos), la preocupación empresarial estaba dirigida a temas mucho más políticos: el posible fortalecimiento del movimiento sindical que pudiera resultar del cambio en las reglas de la negociación colectiva, particularmente en cuanto a su capacidad de "meterse" en asuntos internos de la empresa, tema hasta entonces considerado de su exclusiva competencia.

A diferencia también de otros países latinoamericanos en proceso de transición (como Brasil, Argentina, Uruguay, Bolivia), los empresarios chilenos no tuvieron que enfrentarse con una significativa conflictividad sindical antes o inmediatamente después del fin del gobierno militar.

Esa es también una característica muy específica del caso chileno, que permite prever áreas de mucha resistencia y una especial dificultad para aceptar la interlocución en determinados terrenos. El contexto de hegemonía de las ideas liberales evidentemente refuerza mucho tal posibilidad: por una parte, justifica, como aspecto inherente al "derecho de propiedad", la atribución exclusiva de los empresarios para determinar la administración y la organización de la producción y del trabajo; por otra, establece como amenaza a ese derecho, reconocido en todos los documentos de la Concertación Social, cualquier demanda de los trabajadores, por ejemplo, en cuanto a la extensión de los temas de negociación colectiva a esos aspectos.

Quizás sea más fácil para el empresariado chileno aceptar las reglas democráticas generales, aceptar la existencia del Congreso Nacional y de los partidos de izquierda, que abdicar del poder casi absoluto de determinación de las condiciones de trabajo que durante tanto tiempo le fue otorgado por el gobierno militar. Hasta ahora no ha sido obligado a confrontarse con demandas sindicales significativas en ese terreno. Sin embargo, la apertura de una real interlocución y de canales reconocidos de negociación a ese nivel, es sin duda una de las condiciones importantes del avance y de la consolidación de la democracia en el país.

BIBLIOGRAFÍA

ARRIAGADA, G.

- 1988 "Los empresarios y la concertación social". En: *Política económica y actores sociales*. Santiago: Preal.

CAMPERO, G.

- 1984 *Los gremios empresariales en Chile*. Santiago: Ilet.
1988 *Los empresarios ante la alternativa democrática. El caso de Chile*. Santiago: Ilet.
1990 *Los empresarios chilenos en el régimen militar y el post-plebiscito*. Santiago: Ilet.

CAMPERO, G. & R. CORTÁZAR

- 1988 "Actores sociales y la transición a la democracia en Chile". *Colección Estudios Cieplan* (Santiago), nº 25.

DÍAZ, A.

- 1990 "Modernización autoritaria y régimen de empresa en Chile". *Proposiciones*, nº 18. Santiago: SUR.

- GÓMEZ, S.
1988 "Organizaciones empresariales rurales y políticas estatales en Chile. Coyunturas de conflictos y de consensos". *Documento de Trabajo* no. 392. Santiago: Flacso.
- GÓMEZ, S. & J. ECHESIQUE
1986 "Nuevos empresarios y empresas agrícolas en Chile". *Documento de Trabajo* no. 277. Santiago: Flacso.
- MARTÍNEZ, J. & E. TIRONI
1985 *Las clases sociales en Chile: cambio y estratificación* (1970-1980). Santiago: Ediciones SUR.
- MONTERO, C.
1990a "Les entrepreneurs chiliens comme heroes d'une révolution autoritaire: approche bibliographique de la formation d'une identité sociale". Presentado al XXI Congreso Mundial de Sociología, julio de 1990, Madrid.
1990b "La evolución del empresariado chileno: emergencia de un nuevo actor". Mimeo. Santiago.
- MUÑOZ, O.
1989 "El Estado y el sector privado: hacia un nuevo enfoque de política industrial". *Apuntes Cieplan* (Santiago) no. 78 (julio).
1988 "El Estado y los empresarios: experiencias comparadas y sus implicaciones para Chile". *Colección Estudios Cieplan* (Santiago) no. 25.
- OFFE, C.
1895 *Disorganized capitalism*. Cambridge, Mass.: MIT Press.
- RODRÍGUEZ, D. & S. VENEZAS
1989 "Los empresarios frutícolas chilenos: orígenes, estilos de vida, opiniones". *Documentos* n° 14. Santiago: GEA.
- ROZAS, P. & G. MARÍN
1989 *1988: El mapa de la extrema riqueza diez años después*. Santiago: Cesoc.

El desarrollo de la pequeña y microempresa en Chile

Un desafío para el futuro

Librecht van Hemelryck

Investigador del Fondo de Proyectos Productivos, SUR

INTRODUCCION

El tema de la pequeña empresa como pequeña unidad económica se ha puesto nuevamente de moda a partir de los años setenta. Esta moda ha llegado a tal punto que, en los últimos años, en América Latina se prefiere hablar de microempresas en vez de sector informal. El tema se internacionalizó tomando como ejemplo el desarrollo de la pequeña industria en algunos países asiáticos, como Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong, en algunos países europeos como Italia y España, y finalmente en el corazón del capitalismo, que representa Estados Unidos. En el caso de Estados Unidos, entre 1977 y 1985 las unidades productivas pequeñas proporcionaron alrededor de 12 millones de empleos adicionales; en contraste, las mil empresas mayores de Estados Unidos perdieron 1.8 millones de puestos de trabajo en el mismo período. En Italia, la Confederazione Nazionale Dell'Artesanato agrupa a pequeñas empresas de hasta veinte operarios y cuenta actualmente con 360 mil asociados y 7 mil funcionarios.

El tema no es nuevo, sino que ha cambiado de escala. Ya en los años cincuenta y sesenta se insistía en el necesario desarrollo de la pequeña y mediana empresa (PYME). Tanto en Europa como en América Latina se hacían propuestas de políticas para ese sector, como complemento a las políticas macroeconómicas que privilegiaban la gran empresa transnacional, privada nacional, o estatal. Y ello porque la gran empresa, considerada como el motor de la economía, no era capaz de absorber todo el empleo. El modelo de acumulación basado en grandes conglomerados de empresas transnacionales y estatales, fracasaba en dar solución a los graves problemas de ingresos y distribución de ingresos, de empleo y de bienestar en términos más cualitativos. Tal fracaso se expresó, a partir de los años setenta, en la crisis mundial ligada al déficit acumulado en la balanza de pagos de Estados Unidos y a los primeros acuerdos sobre el precio del petróleo.

En este contexto, también en los años setenta, se despertó la preocupación por la economía informal y el subempleo, en tanto modos de subsistencia que quedan fuera de la acumulación capitalista de las grandes empresas, y frente a los cuales las pequeñas y medianas empresas pueden jugar un rol, específicamente en el aporte de empleo. Numerosos estudios dieron cuenta de esta preocupación, en particular en los países del Tercer Mundo. La cuestión que se planteaban no era todavía el rol que podrían cumplir en el desarrollo estas entidades económicas pequeñas, sino más bien

cómo incorporar estos sectores supuestamente marginados al desarrollo nacional, centrado en la gran empresa y, adicionalmente, en la mediana industria.

En esta filosofía de desarrollo, lo pequeño era una cosa meramente residual. Sin embargo, a pesar de tal concepción, se crearon instituciones importantes e interesantes para el fomento a la pequeña empresa, como ha sido el caso en Chile con la creación del Servicio de Cooperación Técnica (Sercotec) ya fines de los años cincuenta para el sector industrial; la Empresa Nacional de Minería (Enami) para el sector minero en los años sesenta; en el mismo período, también el Instituto Nacional de Capacitación Profesional (Inacap) para la capacitación laboral; el Instituto de Fomento Pesquero (Ifop) y el Servicio Nacional de Pesca (Sernap) para el sector pesquero; el Instituto de Desarrollo Agropecuario (Indap) y la Corporación para la Reforma Agraria (Cora) para el sector agropecuario.

El modelo neoliberal imperante en Chile a partir de 1975 restringió seriamente el campo de acción efectiva de estas instituciones, y fue solamente con el cambio de gobierno en 1990 que se intentó dar nuevamente el debido rol a estas instituciones, con las restricciones propias del modelo neoliberal vigente. Esto es, predominio de las cuestiones ligadas a la mediana empresa y al sector más avanzado de la pequeña empresa, y postergación de un número importante de pequeños establecimientos, para no decir la mayoría de ellos.

La tendencia a disminuir el tamaño de la empresa se hizo socialmente válida con la publicación y difusión del libro de Schumacher, *Small is Beautiful*, el cual fue resultado de las luchas de los años sesenta por cambiar el enfoque de la sociedad organizada, tanto capitalista como comunista. Se unieron así los promotores de la ecología, del desarrollo local y de la economía alternativa, planteando –a contracorriente– que el trabajo y la satisfacción de necesidades pueden tener un aspecto placentero, y darse eficientemente en estructuras diferentes a la de los sistemas llamados taylorianos, que suponen el encierro en una fábrica u oficina y el cumplimiento estricto de las que se suponen reglas de la máxima productividad.

Esta nueva corriente fue rápidamente incorporada en las propuestas de trabajo y productividad aplicadas en grandes empresas, tanto estatales como privadas, como consta en los trabajos publicados por la OIT y lo demuestra la aparición de innumerables institutos especializados en consultoría para los departamentos de personal de grandes y medianas empresas, tanto a nivel de contrataciones como de asesoría para resolver conflictos internos. Es interesante observar la capacidad de absorción de modificaciones aparentemente revolucionarias por parte de los grandes conglomerados económicos y financieros. Queda la duda, sin embargo, sobre el efecto que ha tenido esta corriente en relación al desarrollo de pequeñas empresas, independientemente de los criterios de fomento existentes.

Curiosamente, en el debate mundial actual, la valorización de la micro- y pequeña empresa como factor de desarrollo es tema de los partidarios de la economía neoliberal. Sin embargo, en este nuevo contexto, que ahora incluye el llamado mundo comunista, puede desaparecer el sentido mismo de la pequeña empresa, para ser transformada en un sistema generalizado de mano de obra barato y no sindicalizada. En efecto, en las grandes empresas norteamericanas y europeas –y también en algunas chilenas, como la Corporación Nacional del Cobre (Codelco)– se tiende a mantener una planta mínima de trabajadores, para los cuales generalmente tienen que tributar costos sociales altos, y de subcontratar el máximo de los servicios o producción de

piezas y partes e insumos, evitando de esa manera los cargos financieros y reduciendo los cargos sindicales. La creación de micro- y pequeñas empresas es vista como una solución al problema de la sindicalización de los trabajadores, que en el sistema de las fábricas tradicionales lograron un alto poder negociador.

Es claro que la nueva política neoliberal intenta salvar los antiguos esquemas capitalistas, y que aprovechará esa oportunidad única que les ofrece el derrumbe económico, político y social del llamado bloque del este comunista, para declarar sus propósitos como leyes naturales. Llama la atención en este contexto que el tema de la ocupación plena ha sido desplazado en gran parte por el tema de la tasa de desocupación "aceptable". Por otro lado, se reconoce el problema "social" y la necesidad de políticas sociales, pero cabe la duda de que 50 por ciento de la población, considerada como pobre en el caso de Chile, pueda ser definida como un problema social y no como un problema económico y político. La propuesta de la Comisión Económica para América Latina y El Caribe (Cepal), "transformación productiva con equidad", es alentadora y constituye un desafío para el futuro, al igual que la inserción sistémica de miles de micro- y pequeñas empresas en los circuitos económicos; el problema es si el modelo mismo en el cual se quiere insertarlas es el más adecuado. Esta ambigüedad queda explícita en las discusiones sobre los esquemas de apoyo y fomento a la micro- y pequeña empresa, en donde se plantea el dilema entre "pobres viables" y "pobres no viables". Lo anterior se traduce en cierta distribución de microempresas entre diferentes organizaciones del Estado, en donde instituciones como Indap y Sercotec, que tienen una clara preocupación económica, orientan el apoyo a "los viables", privilegiando asimismo la mediana y pequeña empresa por encima del estrato más bajo de la microempresa. Este último estrato es considerado como un problema social que corresponde a instituciones como el Fondo de Solidaridad e Inversión Social (Fosis) y la política social del gobierno.

A un nivel más político la contradicción del neoliberalismo se expresa en ciertas licitaciones públicas, que se hacen internacionalmente y en forma centralizada, mientras perfectamente podrían ser organizadas a nivel regional, lo que permitiría la competencia de pequeñas empresas.

En todo caso, hay que destacar, como se analizará más adelante, los notorios esfuerzos y la eficiencia que han demostrado en los últimos meses instituciones gubernamentales como Sercotec, Indap, el Servicio Nacional de Capacitación y Empleo (Sence), Fosis y otras en el fomento a la micro- y pequeña empresa, y también las propuestas del gobierno para implementar un programa integral de fomento a la pequeña y mediana empresa, complementado con la puesta en marcha de proyectos destinados al segmento de pequeña producción, que comprende la microempresa urbana, la pequeña agricultura campesina, la pesca y la minería artesanal.

Es dentro de este contexto que se presentan las diferentes categorías y conceptos de la pequeña y microempresa en Chile, y los esquemas de fomento y apoyo a estos sectores.

LA PEQUEÑA Y MICROEMPRESA EN CHILE

El análisis de la pequeña y, particularmente, la microempresa se enfrenta generalmente con dos problemas: por un lado, no existe una definición clara con respecto al

universo de ellas; y, por otro, los datos estadísticos están incompletos o son inexistentes.

Con respecto a las definiciones, existen dos tendencias: una, de tipo conceptual; y otra, de tipo operacional. Entre las conceptuales predominan los autores que asocian la microempresa, en general, al llamado sector informal e intentan delimitar el fenómeno a partir de una descripción de características. De esta manera, encierran la microempresa—y particularmente la manufacturera—en un círculo teórico vicioso. Así se excluyen, por ejemplo, microempresas por el sólo hecho de que son rentables o porque no corresponden a las características predefinidas. Sin duda alguna, muchas microempresas manufactureras se desenvuelven en el sector informal, pero nos parece imprudente proyectar de antemano todas las características atribuidas al sector informal a la totalidad de las microempresas.

Entre las definiciones operacionales existen también algunas diferencias, aunque predominan los siguientes criterios: ventas anuales, activos de la empresa y número de trabajadores. En algunos países, como es el caso de Chile, existen para ciertos sectores leyes y/o reglamentos que definen el carácter de pequeña y/o microempresa. En muchos estudios, sin embargo, estas definiciones se precisan para el sector manufacturero y se proyectan a otros sectores económicos con características diferentes. Eso puede llevar a distorsiones, particularmente cuando se utiliza solamente la variable "número de trabajadores". En el presente trabajo se han definido las micro- y pequeñas empresas en función de las características de los cuatro sectores que se analizan más en profundidad: el sector manufacturero, el agropecuario, la pesca artesanal y la pequeña minería. La principal ventaja de una definición operacional, relativamente simple, es que permite delimitar más claramente el universo en términos cuantitativos, para luego introducir categorías cualitativas, lo que posibilita una mejor diferenciación entre tipos de micro- y pequeñas empresas.

Se estima que las empresas de menor dimensión económica —esto es, aquellas con menos de 50 trabajadores, la pequeña agricultura, la pequeña minería, la pesca artesanal y los trabajadores por cuenta propia, excluyendo los empleados domésticos— dan empleo a cerca de 1 millón 500 mil trabajadores, es decir, alrededor de 35 por ciento del total de ocupados del país. En la Región Metropolitana la proporción es aun más alta: según un trabajo de la Universidad de Chile, considerando los tamaños de 1-9 y 10-49 trabajadores y los trabajadores por cuenta propia, estas tres categorías juntas representan casi la mitad de la población ocupada en el área metropolitana, es decir, alrededor de 800 mil trabajadores. La distribución del empleo con respecto al empleo total entre las tres categorías es la siguiente: trabajadores por cuenta propia, 17,7 por ciento; microempresas de 1-9 trabajadores, 17,6 por ciento; y pequeñas empresas de 10-49 trabajadores, 14,1 por ciento. La mayor parte trabaja en los sectores comercio, servicios y manufacturero. Aunque no existen mayores antecedentes estadísticos, se estima que estos sectores aportan más de 20 por ciento del PGB.

A nivel sectorial, se tratará aquí más en detalle los sectores manufacturero, agropecuario, minero y pesquero. Para la definición del universo de la pequeña y microempresa se considera el número de trabajadores, valor de ventas, valor del capital fijo, la legislación sectorial y características propias de cada uno de los sectores.

Con respecto a los antecedentes legales para la definición de la micro- y pequeña empresa, la Ley N° 17.386, del año 1970, establecía determinados beneficios tributarios a las personas que poseyeran una empresa industrial o taller artesanal. Esta ley fue derogada en 1975 por el Decreto Ley N° 824, después de haber sido modificada por el Decreto Ley N° 164 de 1974, que ampliaba los beneficios a otros sectores.

Resulta interesante referirse a las definiciones que establece esta legislación. En primer lugar, considera como beneficiarios a las personas naturales o jurídicas, con la exclusión de las sociedades anónimas, que posean una empresa industrial o un taller artesanal que no ocupa más de 15 trabajadores entre empleados y obreros, y cuyo capital no excede el valor de 25 veces el sueldo vital anual, considerando el trabajo personal y exclusivo de los propietarios o socios en la empresa o taller. Como actividad, considera la fabricación de elementos o prestación de servicios. En términos actualizados (tomando como base del cálculo el sueldo mínimo actual), el límite máximo del capital fijo es 10 millones de pesos, o sea, un valor de 1.380 UF actuales.

La definición anterior corresponde en parte a las definiciones operacionales más utilizadas para definir la microempresa manufacturera. Con respecto al número de trabajadores, se utilizan generalmente las siguientes categorías:

Tamaño	Categoría
1-4 trabajadores	Artesanos, empresas familiares, trabajadores por cuenta propia
5-9 trabajadores	Microempresa, industria artesanal
10-19 trabajadores	Estrato más bajo de la pequeña industria, microempresa
20-49 trabajadores	Estrato más alto de la pequeña industria

Aunque existen notorias diferencias sectoriales, se puede proponer la siguiente categorización para la micro- y pequeña empresa, incluyendo los sectores manufactureros, construcción, servicios y, en menor medida, el sector comercio: de 1 a 4 trabajadores, se consideran como establecimientos familiares, artesanales y/o de trabajadores por cuenta propia; de 5 a 19 trabajadores, como microempresas propiamente tales, diferenciando entre los tamaños de 5 a 9 trabajadores y de 10 a 19 trabajadores, según sectores; de 20 a 49 trabajadores, se consideran como pequeñas empresas propiamente tales.

Con respecto a las cifras de ventas, el Banco Central, en su Informe Económico de enero de 1988, establece los siguientes criterios:

Tamaño	Volumen de ventas anuales (millones de pesos)	N° de empresas	Porcentaje
Gran industria	Superior a 1.200	201	0,79
Mediana industria	Entre 300 y 1.199	458	1,80
Pequeña industria	Menos de 300	24.805	97,41

Considerando los volúmenes de ventas en millones de pesos y transformándolos a UF actuales, llegaríamos a un límite superior de ventas para la pequeña industria de

40.000 UF anuales, o sea, ventas mensuales por un valor actual de 25 millones de pesos. Una propuesta alternativa con base en cifras adelantadas por Sercotec y la Confederación Gremial Nacional Unida de la Mediana y Pequeña Industria y Artesanado (Conupia), sería establecer la siguiente categoría:

Hasta 1.500 UF anuales:	t%	corresponde a la categoría de 1 a 9 trabajadores
Hasta 12.000 UF anuales:	t%	corresponde a la categoría de 10 a 19 trabajadores
Hasta 30.000 UF anuales:	t%	corresponde a la categoría de 20 a 49 trabajadores

Con respecto al capital fijo, excluyendo propiedades, la ley anteriormente mencionada asume un valor de 1.380 UF actualizados. Tomando en cuenta los criterios avanzados por Sercotec y Conupia, podríamos llegar a las siguientes categorías:

Hasta 2.000 UF:	corresponde a la categoría de 1 a 9 trabajadores
Hasta 10.000 UF:	corresponde a la categoría de 10 a 49 trabajadores

Si se considera la inversión en capital, caben en la categoría de microempresas (hasta 2.000 UF y hasta 9 trabajadores) la totalidad de las microempresas instaladas en los sectores manufactureros, construcción, comercio por menor, restaurantes y hoteles, servicios personales y al hogar (incluyendo la categoría pequeña empresa), transporte, almacenamiento y comunicaciones. Con respecto al capital fijo, para el resto de la pequeña empresa los montos máximos mencionados en la categoría de 10 a 49 trabajadores corresponden a los sectores imprentas e industria del papel (Clasificación Industrial Internacional Uniforme, CIIU, 34) con 7.500 UF, comercio por mayor con 6.800 UF, procesamiento de alimentos (CIIU 31), metalmecánico (CIIU 38) y el comercio por menor con 4.700 UF. Parece ser que el indicador para el capital fijo máximo para la pequeña empresa puede ser bajado a un monto prudente de 7.000 UF, o sea, 50 millones de pesos invertidos.

Se estima que el universo de la pequeña y microempresa manufacturera abarca alrededor de 30 mil establecimientos en todo el país, y representa 95 por ciento de los establecimientos industriales. La pequeña industria, establecimientos de hasta 49 trabajadores, absorbe 60 por ciento del empleo sectorial, esto es, alrededor de 450 mil personas. La concentración más importante en términos de empleo se ubica en el tamaño 1-4 trabajadores, que aporta alrededor de 45 por ciento del empleo sectorial; le sigue en importancia el tamaño 20-49 trabajadores, con 9 por ciento; y los tamaños de 5-9 y de 10-19 trabajadores con 3 por ciento cada uno.

Tres regiones –Metropolitana, Quinta y Octava– concentran alrededor de 75 por ciento de las pequeñas empresas. Más de dos tercios de los trabajadores se ubican en los rubros alimentos y bebidas (CIIU 31), textiles, confecciones, cuero y calzado (CIIU 32), y muebles y productos de madera (CIIU 33). Les siguen en importancia los rubros metalmecánica (CIIU 38), productos de papel, imprentas y editoriales (CIIU 34) y otras manufacturas, particularmente artesanía (CIIU 39).

Considerando la clasificación industrial internacional uniforme (CIIU) a cuatro dígitos, la presencia de microempresas y trabajadores por cuenta propia es importante en los subrubros de la agroindustria, donde destacan la matanza de ganado, elabora-

ración de productos lácteos, deshidratación de frutas y elaboración de mermeladas caseras, producción de vino y chicha de manzana, productos de molinería, panaderías, artículos de confitería, elaboración de miel y cera, y alimentos preparados para animales.

La mayor concentración de microempresarios se ubica, sin embargo, en el rubro textiles, confecciones, cuero y calzado; en la fabricación de artículos confeccionados de materiales textiles, excepto prendas de vestir; en los talleres de tejidos de punto, corderería, confecciones, preparación y teñido de pieles, fabricación de productos de cuero y calzado. Destaca este rubro también por la alta presencia de mujeres. Un porcentaje muy importante de los trabajadores de este sector está ocupado en tareas de maquila para medianas empresas y grandes casas comerciales. También la producción artesanal cobra un porcentaje relativamente importante en el empleo.

Otro sector de importancia es el sector de madera y muebles, aunque en él la microempresa ha perdido terreno en los últimos diez años. Varias grandes y medianas empresas han incursionado en la fabricación de muebles, de envases de madera, y aserraderos y secado de madera, pero sigue existiendo un número importante de pequeñas empresas en la elaboración de muebles y accesorios, productos de mimbre y caña, artículos artesanales de madera y pequeños aserraderos y talleres de acepilladura.

Finalmente, la gran mayoría de los trabajadores en el rubro "otras manufacturas" está constituida por artesanos. También en el subrubro imprentas, la gran mayoría de los establecimientos son pequeñas y microempresas. En el rubro metalmecánico, la mayoría de las microempresas se dedica a la fabricación de productos metálicos, exceptuando maquinaria y equipo, incluyendo la fabricación de partes y piezas, pero la micro- y pequeña empresa tiene también cierta presencia en rubros como construcción y reparación de barcos, construcción de maquinaria no eléctrica y fabricación de instrumentos de óptica. En los demás rubros su presencia es más limitada, excepto en la fabricación de objetos de barro y loza; algunos pocos productos químicos, como aceites esenciales, ceras y velas; algunos productos plásticos; fundiciones de bronce y algunos productos minerales no metálicos.

En términos más generales, se puede diferenciar tres categorías dentro de la pequeña empresa manufacturera: las empresas de 1-4 trabajadores, que en su gran mayoría pertenecen o comparten características del llamado sector informal; las empresas de 5-19 trabajadores, que corresponden más a lo que se podría llamar la microempresa manufacturera; y las empresas de 20-49 trabajadores. Estas últimas generalmente tienen acceso a los servicios del mercado formal.

La primera categoría, y la más importante en los últimos años en términos de empleo, está compuesta en su gran mayoría por empresas familiares, que a menudo complementan sus actividades de producción con actividades de servicios y reparaciones. Las dos primeras categorías, en parte importante, producen para el consumo local residual, es decir, para aquellos segmentos de mercado que no son satisfechos por la mediana y gran empresa, o producen como subcontratistas para la mediana y gran empresa. Sólo indirectamente, a través de la subcontratación las microempresas estaban ligadas al mercado de exportaciones, y recién en los últimos cinco años están incursionando este mercado, sea individualmente o en forma de asociaciones de productores-exportadores, fórmula promovida por Sercotec y ProChile. También en los últimos cinco años las microempresas se están orientando a determinados seg-

mentos de mercado más específicos y logran cierta especialización.

Otro grupo de microempresas elabora materia prima en su región, o transforma esta materia prima en productos intermedios y/o terminados para el mercado local y regional. Un tercer grupo de microempresas abastece a otras empresas en insumos, partes y piezas. Este último grupo, sólo en los últimos años ha mejorado algo el nivel tecnológico exigido en sus relaciones con otras empresas.

Hasta hace pocos años la gran mayoría de las microempresas, y hasta cierto punto también algunas pequeñas empresas, jugaron un rol residual y marginal en el proceso de desarrollo. Sólo a partir de 1987 se nota un cambio importante en este rol, pero todavía son pocas las microempresas que logran insertarse en forma estable y dinámica dentro del mercado.

EL SECTOR AGROPECUARIO

La pequeña agricultura se define de diferentes maneras. Una de ellas es la medida de hectáreas de riego básico, considerando un límite superior de 25 hectáreas para la pequeña agricultura y de 5 hectáreas para minifundistas. El número de pequeños productores se estima en alrededor de 200 mil, a los cuales se agregan cerca de 80 mil familiares no remunerados, equivalente a 40 por ciento de la población ocupada en el sector. El 96 por ciento de los pequeños agricultores se ubica entre el río Elqui y Chiloé.

Muchos de los pequeños propietarios agrícolas que son pequeños productores comerciales, favorecidos por los procesos de la reforma agraria entre los años 1966 y 1973, se agruparon en cooperativas campesinas y comités de pequeños agricultores. Se estima que existen actualmente unas 100 cooperativas, con alrededor de 50 mil asociados activos.

Se considera como minifundistas a propietarios que poseen predios de muy limitada superficie y malas condiciones agrícolas. Muchas veces este tipo de propiedad mantiene a sus propietarios en un nivel de subsistencia. Los minifundistas comprenden a campesinos indígenas, miembros de comunidades tradicionales de la Cuarta Región, comuneros sucesoriales, propietarios individuales y arrendatarios. Existen alrededor de 3.600 concentraciones minifunditarias, en las que viven más de 150 mil familias. Estas ocupan cerca de 6 por ciento de las tierras de riego, de 23 por ciento de las tierras de secano arables y de 16 por ciento de tierras de secano no arables. Los ingresos generados generalmente no alcanzan a los propietarios para la reproducción normal de la fuerza de trabajo, y muchos de ellos están obligados a complementar sus entradas mediante la venta de su fuerza de trabajo fuera del predio, particularmente como temporeros.

Finalmente, cabe mencionar también los comuneros. Son comunidades que mantienen un régimen singular de propiedad de la tierra, que les permite su posesión comunitaria, situación establecida por Decreto con Fuerza de Ley en 1967. Estas comunidades, particularmente en las Regiones Cuarta, Octava, Novena y Décima, constituyen alrededor de 16 por ciento del sector minifunditario en cuanto a la tenencia de la tierra, y más de 50 por ciento de los minifundistas. En la Cuarta Región existen 13.700 comuneros pertenecientes a 162 comunidades con más de 950 mil hectáreas, de las cuales 64 mil son de suelos arables.

Con respecto a las comunidades indígenas de la Octava, Novena y Décima

Regiones, se modificó en 1979 la Ley Indígena N° 17.729 por los Decretos N° 2.568 y N° 2.750, cuya intención fundamental era permitir y facilitar la división de las comunidades indígenas, a través de la entrega de títulos individuales. Fue en virtud de estas nuevas disposiciones legales que entre 1979 y 1987 se dividieron 2.006 de las 2.063 comunidades existentes, resultando el otorgamiento de 68.636 títulos de dominio individual sobre un total de 390.600 hectáreas de tierras remensuradas, con fuerte concentración en la Novena Región. Considerando también el fraccionamiento de comunidades previo a 1979 y la entrega de títulos de dominio individual otorgados a indígenas por Indap entre 1979 y 1987 con la parcelación de predios fiscales, el total de títulos se estima en 85 mil. Traducida en términos de explotaciones, esta cifra se reduce a la mitad.

Se estima que los pequeños productores ocupan alrededor de 30 por ciento de los suelos de uso agropecuario. Los porcentajes son similares para la ocupación de los suelos cultivados y suelos de riego. La estructura del uso del suelo en riego en la pequeña agricultura es la siguiente: cultivos anuales, 38,4 por ciento; frutales y viñas, 11,3 por ciento; hortalizas y flores, 9,3 por ciento; praderas artificiales, 4,8 por ciento; y praderas naturales, 36,2 por ciento. La contribución de la agricultura campesina a la formación del PGB agropecuario se estima en alrededor de 25 por ciento. Su participación es particularmente alta en el subsector hortalizas, donde la pequeña agricultura produce 53 por ciento del valor total de la producción, y en el subsector caprinos, con 74,8 por ciento. En los otros subsectores su participación es la siguiente: cultivos básicos, 28,4 por ciento; frutales y uva de mesa, 15,8 por ciento; vinos, 16,9 por ciento; pecuarios, 22,7 por ciento.

EL SECTOR PESQUERO

La actividad pesquera artesanal se define por el Decreto Supremo N° 175, del 24 de marzo de 1980, que reglamenta las actividades pesqueras. En su artículo 1, letra f, define la actividad pesquera artesanal como aquella ejercida por personas que se desempeñan individual o colectivamente en las diversas modalidades de la fase extractiva y que se desarrolla con naves, artes o herramientas menores. La Ley N° 18.247, que exime de impuestos a la renta a los pescadores artesanales, limita este beneficio a las embarcaciones que tengan una capacidad no superior a las 15 toneladas de registro bruto.

La fuerza de trabajo que conforma la actividad pesquera artesanal está constituida por cinco grupos de ocupaciones de acuerdo al tipo de recurso que aprovechan y su rol en el proceso productivo: pescadores, mariscadores, algueros, auxiliares y procesadores.

Actualmente se estima que trabajan alrededor de 75 mil personas en la pesca artesanal, que representan 80 por ciento del empleo del sector. El sector artesanal aporta 5,5 por ciento de los desembarques de peces, 93 por ciento de los desembarques de mariscos y 96 por ciento de la extracción de algas. En su mayoría, los pescadores están distribuidos en 185 caletas, pero con concentraciones en la Décima Región (32 por ciento), la Octava Región (25,7 por ciento), la Cuarta Región (10,4 por ciento) y la Quinta Región (8,9 por ciento).

Un rasgo característico del sector de la pequeña minería es sin duda su profunda heterogeneidad, por cuanto en los extremos se puede localizar tanto a trabajadores por cuenta propia con precarias condiciones de producción y vida, como empresarios con buena dotación de capital, uso adecuado de tecnología y estrategias de diversificación. Al interior de la llamada pequeña minería, se puede encontrar también un contingente mayoritario que corresponde a distintas formas de asociaciones, tales como pirquineros, agrupaciones familiares, cooperativas; y otro grupo de menor tamaño más próximo a organizaciones empresariales donde participan pequeñas unidades productivas de ocho a diez trabajadores o empresas más integradas y amplias donde trabajan bajo contrato algunas decenas de operarios.

En la base de la pequeña minería se sitúa la denominada pequeña minería artesanal, más conocida como de pirquineros o trabajadores por cuenta propia. En este grupo existen tres categorías distintas. La primera de ellas, llamada segmento marginal, está compuesta por trabajadores con poca permanencia en el sector, llevados a esta actividad por la carencia de alternativas ocupacionales en la localidad, con escasa preparación y medios para el trabajo minero, y que laboran normalmente sin autorización alguna. Este segmento está muy presente en los lavaderos de oro y, en algunos casos, en labores de desmonte.

Un segundo grupo, mayoritario, está constituido por el segmento pirquinero, compuesto por trabajadores con mayor preparación, que generalmente establecen algún tipo de acuerdo con los propietarios del yacimiento, pero no siempre venden directamente su producción a empresas estatales —como Enami, para el sector de los minerales metálicos—.

Un tercer grupo, denominado segmento minero asociado, está compuesto por trabajadores que desde el segmento anterior tienen acceso a la propiedad, desarrollan formas de trabajo asociado, cuentan con escaso equipamiento productivo, comercializan directamente con empresas estatales como Enami, pero generalmente no son sujetos de asistencia técnica ni financiera. Este segmento marca el límite con la pequeña minería propiamente tal.

Los segmentos más bajos de la pequeña minería, básicamente la minería artesanal, producen —en cuanto la minería metálica— entre 4 y 30 toneladas de mineral por hombre por mes, con un promedio para este segmento cercano a las 10 toneladas por hombre por mes. Los ingresos fluctúan en el rango de los 12.000 y los 46.000 pesos por mes. Cuando se dispone de un nivel superior de equipamiento, los ingresos se elevan a un rango entre los 40.000 y los 75.000 pesos por mes.

El segmento medio de los pequeños productores mineros ha logrado obtener volúmenes productivos que lo sitúan en una posición más consolidada, fruto de una mejor dotación tecnológica. Este subsector produce entre 450 y 800 toneladas de mineral al mes, siendo el promedio ponderado de 523 toneladas mensuales. El 60 por ciento de este segmento ha realizado una integración vertical mediante la incorporación a sus activos de plantas de beneficio elaboradoras de concentrado. El número de trabajadores fluctúa según el nivel tecnológico, pero se estima que el promedio para el sector cuprífero alcanza a los 22 trabajadores. En las actividades de las plantas de beneficio, la cantidad de trabajadores es menor y alcanza como promedio a los 10 trabajadores. El capital fijo promedio de este sector puede estimarse en 30 millones de pesos.

Finalmente, existe un nivel superior minoritario dentro del sector de la pequeña minería, de significativa consolidación en lo productivo. Este segmento dispone muchas veces de varias minas, como asimismo de una o más plantas de beneficio. La producción media del segmento para el sector cuprífero es de 1.382 toneladas de mineral por mes, mientras el valor de su capital fijo se sitúa alrededor de 230 millones de pesos como promedio ponderado. En cuanto al número de trabajadores ocupados por este sector, alcanza en promedio a los 13 en mina y 11 en planta. Se estima una extracción promedio en mina de 49 toneladas por hombre por mes.

Considerando lo anterior, se estima el empleo en la pequeña minería metálica –básicamente cobre, oro y plata– en alrededor de 10 mil trabajadores con una producción anual de 40 mil toneladas de cobre y 25 mil kilos de oro y plata. La pequeña minería representa 13 por ciento del empleo y 2,5 por ciento de la producción física en el sector cuprífero.

La desaparición de la actividad de la pequeña minería en los sectores hierro, plomo y mercurio se explica básicamente por el cierre de distintos poderes compradores de empresas estatales en el caso del hierro, o de empresas privadas en el caso del plomo y mercurio. En su auge, fines de los años sesenta, la pequeña empresa minera contaba con alrededor de 1.800 trabajadores en el hierro y unos 30 trabajadores en el plomo y el mercurio. Persisten algunas pequeñas empresas en la extracción de manganeso, que se estiman en unas 30 personas.

En el sector minerales no metálicos se estima que, considerando sólo unos 25 productos, trabajan alrededor de 7 mil personas, o sea, apenas 9,5 por ciento del empleo del sector minero. Más de la mitad de los trabajadores dependen de la industria salitrera (Sociedad Química y Minera de Chile, Soquimich). Se estima que alrededor de 2 mil personas trabajan en la pequeña minería no metálica, relacionada con los siguientes minerales: apatita, baritina, caolín, carbonato de calcio, cuarzo, cloruro de sodio, feldespato, talco, yeso, y piedras semipreciosas y ornamentales como lapislázuli, alabastro y combarbalita. Finalmente, cabe mencionar también un número relativamente importante, básicamente pirquineros de la Octava Región (Arauco, Lota y Coronel), que trabajan en la extracción del carbón.

Tomando en cuenta que es difícil obtener datos precisos sobre el sector minero artesanal, se estima que trabajan como ocupación principal y relativamente estable alrededor de 25 mil personas en la pequeña minería, considerando la extracción de minerales metálicos, minerales no metálicos y carbón.

En términos globales, se pueden distinguir tres niveles o estratos de pequeñas empresas: el de subsistencia, el de reproducción simple y el de reproducción ampliada. El nivel más bajo, el de la subsistencia, se caracteriza por las condiciones precarias de los establecimientos más pequeños. Sus características son similares a las definidas para el sector informal: generan pocos ingresos y muchas veces inestables; son de propiedad y administradas por los propios empresarios, que trabajan ellos mismos en sus unidades, las que constituyen su principal medio de vida; no tienen empleados o emplean muy pocos, recurriendo principalmente a los miembros de la familia; usan muy poco capital y tienden a descapitalizarse periódicamente. Los ingresos son irregulares y se sitúan generalmente por debajo del sueldo mínimo,

aunque a veces logran complementar sus ingresos con trabajos asalariados. Generalmente se trata también de mano de obra poco calificada.

En esta categoría se sitúa una parte importante de minifundistas, los pirquineros y los estratos más bajos de la pequeña minería artesanal, una parte de los pescadores artesanales, recolectores de algas y mariscos, una parte menor de trabajadores por cuenta propia y de empresas de 1-4 trabajadores en el comercio, servicios de reparaciones y la industria artesanal. Generalmente los mecanismos tradicionales de apoyo, como créditos y asesoría técnica, no logran resolver los problemas de este sector, que requieren de modificaciones más estructurales.

El nivel intermedio, donde se puede clasificar a la mayoría de las microempresas y el estrato más bajo de las pequeñas empresas, corresponde a la categoría de reproducción simple. Este nivel comparte algunas características con el nivel anterior; se distingue de él, sin embargo, por tener una mejor dotación de capital, aunque generalmente bastante obsoleto; genera ingresos más regulares y por encima del sueldo mínimo anual hasta dos veces este mínimo, pero tiene una escasa capacidad de ahorro, lo que generalmente le impide innovar o ampliar la capacidad instalada; muchas veces disponen de mano de obra semicalificada o calificada.

A pesar de que la relación con el mercado, tanto informal como formal, es más estable en este sector intermedio que en el del sector de subsistencia, su inserción es dependiente y sectorialmente marginal, en el sentido de que las micro- y pequeñas empresas que lo constituyen pueden ser sustituidas fácilmente por pequeñas unidades similares. Frente a esta debilidad, las políticas tradicionales de apoyo son muchas veces insuficientes. Este sector requiere de un apoyo más integral y, en sus momentos iniciales, parcialmente subsidiado. En algunos sectores productivos se requiere además una regulación o reglamentación del mercado más adecuada, que reduzca los altos niveles de explotación, o permita evitar la actuación de intermedios.

Un tercer nivel se refiere a la reproducción ampliada. Dentro de esta categoría cabe la mayoría de las pequeñas empresas propiamente tales, particularmente las del tamaño 20-49 trabajadores, que generalmente disponen de personal calificado y cuyo dueños suelen tener estudios universitarios. Estas empresas han demostrado, aun en situaciones difíciles, tener capacidad de ahorro. Sin embargo, tienen dificultades de acceso al sistema financiero, particularmente para realizar innovaciones tecnológicas y/o inversiones a mediano y largo plazo. Los instrumentos de apoyo requeridos son, por lo tanto, básicamente facilidades de acceso al crédito (fondos de aval y garantía, seguro al crédito, servicios de asesoría técnica para evaluación y presentación de proyectos, fórmulas adaptadas de leasing), a las que puede sumarse orientación para incursionar en nuevos mercados, acceso rápido a innovaciones tecnológicas y capacitación para los trabajadores en estas innovaciones.

PROGRAMAS DE FOMENTO PARA LA MICRO- Y PEQUEÑA EMPRESA

Dentro de las discusiones en torno a programas de fomento o apoyo para la micro- y pequeña empresa, se distinguen básicamente tres tendencias. Una opinión que prevalece en los sectores neoliberales, es la referida a la necesidad de disminuir los reglamentos y la intervención gubernamental y facilitar el acceso al crédito y a los

mercados, evitando otorgar subsidios especiales.

Una segunda tendencia, generalmente muy cercana a la primera en sus planteamientos generales, considera que se pueden instrumentalizar programas funcionales específicos de apoyo, básicamente la apertura de líneas especiales de crédito a tasas de mercado pero con fácil acceso para la pequeña empresa, complementada con servicios de asesoría para la presentación de los proyectos y/o la creación de fondos de aval y garantía.

Una tercera tendencia, finalmente, cree necesario implementar programas más integrales de fomento, sea globales o sectoriales. Estos programas se componen de varias líneas de apoyo: información sobre mercados y tecnologías, planes de apoyo en comercialización, apoyo a la formación de asociaciones de empresas, capacitación, asesoría técnica y legal, líneas diferenciadas de crédito a veces subsidiado, ventajas tributarias y, a veces, la creación de una legislación específica y la implementación de departamentos ministeriales o instituciones gubernamentales especializadas, fomento de las exportaciones no tradicionales, etc.

Excepcionalmente, estos programas, cualquiera sea la tendencia, están coordinados con políticas macroeconómicas que incorporan a la pequeña empresa como un elemento dinámico de desarrollo, para el cual se deben crear las condiciones que permitan su operación en mercados realmente competitivos, y no oligopólicos u oligopsonicos.

En Chile, de 1975 hasta 1989, bajo el régimen militar, predominó claramente la primera tendencia; el apoyo a la pequeña y mediana empresa era casi inexistente, excepto a partir de la grave crisis de 1982-84, cuando se reactivaron algunos programas menores. En este período, y particularmente a partir de 1980, fueron básicamente las organizaciones no gubernamentales las que apoyaron al sector de la microempresa con programas de pequeña escala.

Con el cambio de gobierno en 1990, se reactivaron todas las instituciones tradicionales de fomento como la Corporación de Fomento de la Producción (Corfo), Ifop, Sernap, Sercotec, el Instituto de Investigaciones Técnicas (Intec), el Centro de Información de Recursos Naturales (Ciren-Corfo), Indap, Enami y otros. Además se crearon algunos departamentos nuevos como el Fondo de Desarrollo Tecnológico y Productivo (Fontec), el Fondo de Fomento de la Investigación Científica y Tecnológica (Fondes), y el Fosis. También en el programa de gobierno se daba bastante importancia al desarrollo de la pequeña y mediana empresa dentro del desarrollo global y el cambio tecnológico. Lo anterior culminó en julio de 1991 con el anuncio, por parte del gobierno, de la puesta en marcha de un programa integral de fomento a la pequeña y mediana empresa, complementado con proyectos destinados a la microempresa. Al mismo tiempo, existen acuerdos con organizaciones no gubernamentales que tienen una larga trayectoria en el fomento a la micro- y pequeña empresa en diferentes áreas económicas; entre otros, la Cooperativa Liberación, el Centro de Fomento a la Pequeña Empresa (Cefope), el Servicio de Capacitación Laboral (Sercal), el Fondo de Proyectos Productivos de SUR, el Grupo de Estudios Agrarios (GEA), Trabajo para un Hermano, Finanzas Internacionales y Nacionales para la Mujer (Finam), el Centro de Apoyo a la Pequeña y Mediana Empresa (Apyme).

El programa, básicamente dirigido a la pequeña y mediana empresa, considera varios instrumentos. El Banco del Estado pondrá en operación una línea de crédito directo de corto, mediano y largo plazo para la PYME, a fin de abordar las dificultades

de acceso al mercado financiero que enfrenta el sector. El programa será financiado con recursos propios del Banco, teniendo como meta la colocación de 40 millones de dólares anuales en el período 1991-1993. En la exigencia de garantías, se priorizará la calidad de los proyectos.

Para complementar la labor del Banco del Estado, Sercotec puso en marcha una línea de crédito por 5 millones de dólares, durante este año. Cabe mencionar también que la ventaja de operar este programa a través del Banco del Estado es que éste cuenta filiales a lo largo del país.

La división de intermediación financiera de Corfo, por su parte, continuará el programa de licitaciones periódicas de recursos de mediano y largo plazo, los que serán canalizados a través de instituciones financieras privadas. La meta es colocar 150 millones de dólares en 1991, utilizando fondos de los créditos Corfo-BID y BIRF Leasing. Para lograr que los recursos lleguen a las PYME, harán una experiencia piloto en el campo de las operaciones de leasing, estableciendo una línea de subvenciones a la prima del seguro de crédito que contratarán las empresas de leasing, como alternativa a la exigencia de garantías en sus operaciones de arrendamiento. Será puesta en marcha con fondos de Corfo y complementada con recursos del fondo multilateral de inversiones de la Iniciativa Bush.

El perfeccionamiento del acceso de la PYME al financiamiento contempla también la creación de un fondo de asistencia crediticia que subvencionará parcialmente la contratación de servicios de consultoría para apoyar la presentación de peticiones de crédito. Corfo desarrollará una tarjeta a la producción y un sistema de seguro al descuento de facturas.

Finalmente, cabe también mencionar la existencia de un Fondo de Aval y Garantía del Banco del Estado, al cual tienen acceso las instituciones financieras privadas, y que asegura hasta 80 por ciento de los créditos otorgados a pequeñas empresas.

El conjunto de estas medidas corresponde en gran parte a la segunda tendencia de políticas de fomento, que también es apoyada por las instituciones financieras internacionales como el BID, el Banco Mundial y otros. Los instrumentos que establecen son destinados exclusivamente al nivel superior de la pequeña empresa—según se lo ha definido en el capítulo anterior— y a la mediana empresa, y en mucho menor medida al nivel intermedio de la pequeña empresa. El sector subsistencia y gran parte de la microempresa de reproducción simple, no se verán beneficiados por este tipo de programas.

El programa del gobierno considera también otros elementos que conviene destacar. Entre ellos:

- Capacitación laboral para incorporar a los trabajadores al proceso de innovación. Se considera la creación de un fondo destinado a tal fin, cuyo propósito es permitir la devolución rápida por parte del Fisco de los gastos incurridos en capacitación laboral o empresarial. Cabe mencionar aquí los programas existentes de capacitación laboral y empresarial y de asesoría técnica de Sence, Inacap, Sercotec, Indap y otras instituciones gubernamentales.
- Proyectos de fomento destinados a apoyar la modernización productiva de grupos de empresas de giro y localización común, a través de la aplicación organizada del conjunto de instrumentos que entrega el Estado. Cabe men-

cionar entre ellos las experiencias recientes iniciadas por Sercotec, como la creación de incubadoras para microempresas, bolsas de subcontratación en el sector metalmeccánica, comités de exportaciones y el fomento a la formación de joint-ventures.

- Un programa de ciencia y tecnología orientado a apoyar esfuerzos innovadores de las empresas, universidades e institutos, que contempla la operación coordinada de dos nuevos fondos: el Fondo de Fomento de la Investigación Científica y Tecnológica (Fondes), y el Fondo de Desarrollo Tecnológico y Productivo (Fontec), que canalizarán los recursos del préstamo BID. En el mismo ámbito se creará un fondo de subvención parcial a la contratación de asistencia técnica y se pondrá en marcha, en 1992, la Fundación Chile-Europa de Transferencia Tecnológica, la cual contará con la cooperación de la Comunidad Económica Europea.
- Una creación de un sistema de información para la PYME, que se pondrá en marcha a nivel nacional. Se creará un fondo concursable para iniciativas asociativas de exportaciones no tradicionales y se abrirá una línea de crédito para exportaciones de bienes de capital por parte de Corfo. Cabe mencionar aquí las iniciativas existentes de Sercotec y ProChile para la formación de comités sectoriales de exportación y la promoción de exportaciones no tradicionales, así como las ventajas tributarias existentes para las pequeñas exportaciones.
- Finalmente hay que destacar también los esfuerzos realizados por Sercotec para poner en contacto grandes empresas con posibles proveedores locales o regionales, promoviendo la inserción más estable de las pequeñas y microempresas locales y regionales.

El programa en su conjunto se inscribe claramente dentro de las políticas de la tercera tendencia, mencionada anteriormente con respecto al fomento de la pequeña y mediana empresa. Es sumamente positiva también la incorporación de universidades y centros de investigación a este esfuerzo de modernización de los estratos medios y pequeños de la economía. Cabe recordar que, en el pasado, muchas universidades tenían servicios de extensión y plantas experimentales, programas que por falta de financiamiento fueron abandonados y que ahora, en nuevas circunstancias, se vuelven a implementar. Particular importancia cobran las sedes universitarias en provincia, en donde existe experiencia e iniciativas recientes, entre otras en la Segunda, la Cuarta, la Quinta, la Séptima, la Octava, la Novena y la Décima Regiones.

Para el sector de la microempresa, el Ministerio de Planificación y Cooperación (Mideplan) coordinará la puesta en marcha de proyectos destinados al segmento de pequeña producción, que comprende la microempresa urbana, la pequeña agricultura campesina, la pesca y la minería artesanal. Estos proyectos operarán bajo la forma de asociaciones de pequeños productores en una determinada localidad o rubro común.

Durante 1991 se pondrán en marcha 50 iniciativas de esta naturaleza, que subirán a 150 durante el primer semestre de 1992. Serán financiadas principalmente por el Fosis. Sercotec y Mideplan crearán centros locales para el impulso a iniciativas empresariales destinadas a microempresas. Sin embargo, no existe la misma claridad respecto a medidas concretas, como en el caso del programa de fomento para la

pequeña y mediana empresa.

Por la complejidad de los segmentos de subsistencia y una parte importante de la reproducción simple, que en su mayoría coinciden con el concepto más general de la microempresa, es necesario considerar los aspectos sectoriales, particularmente para los sectores productivos propiamente tales, exceptuando así transporte, comercio y servicios personales.

En los sectores productivos, es necesario velar por una coordinación con las instituciones sectoriales existentes, como Enami para la pequeña minería, Indap para la pequeña agricultura, Sercotec para la industria, Ifop y Sernap para la pesca artesanal, Infor y la Corporación Nacional Forestal (Conaf) para el sector forestal. Hay que incorporar la experiencia de las organizaciones no gubernamentales que han trabajado y trabajan con programas experimentales y, a veces, como en el caso del Fondo de Proyectos Productivos de SUR, con programas integrales de fomento. También aquí pueden jugar un rol muy importante las sedes universitarias regionales. Estos programas deben poner énfasis, más allá de la creación de asociaciones locales, en la orientación y eventual creación de mercados, la puesta a disposición de instrumentos financieros adecuados y flexibles, la capacitación y asesoría técnica, innovación tecnológica (procesos, diseños, productos) e investigación regional.

Con respecto a la innovación y/o creación de mercados, el instrumental disponible es variado: cooperativas de comercialización; servicios de comercialización que van desde la capacitación y asesoría hasta la compra-venta y puesta en contacto con compradores; creación de poder de compra, como en el caso de Enami en la minería, con acceso para los estratos más bajos; participación del Estado en la regulación del mercado, como es el caso en Europa para el sector agropecuario y en Chile para algunos productos agrícolas; búsqueda de mercados cautivos regionales o locales a través de empresas grandes, organizaciones sindicales y el abastecimiento para organizaciones públicas y/o municipales; servicios de control de calidad y asesoría legal; asociaciones para la comercialización, sea regional o internacional; asociaciones para el abastecimiento de materias primas; facilidades de créditos comerciales que cubran eficazmente el período entre la compra de los insumos y el momento de los ingresos por concepto de ventas; facilidades para patentar y proteger la marca y la calidad de productos regionales especializados, particularmente artesanales, como existe en varios países europeos, y que proteja eficazmente a la pequeña empresa; desarrollo de puntos de venta o acopio para productos locales y/o regionales en los sectores pesca, agropecuario y minero.

Estas medidas tienden a abrir mercados más estables, eliminando la explotación por parte de múltiples intermediarios. Además, permiten crear condiciones adecuadas para la aplicación más eficiente de otras medidas.

En el área de financiamiento, es necesaria la creación de varios instrumentos que puedan ser aplicados en forma simultánea o por separado: fondos de aval y garantía, preferentemente con participación de asociaciones locales; créditos de fomento a corto plazo para capital de trabajo, que tomen en cuenta las fluctuaciones a veces importantes de los precios de insumos y de ventas, particularmente en el sector agropecuario, y que cubren el plazo entre la compra de insumos y los ingresos por concepto de ventas; en algunos casos, hay que integrar a los microempresarios en sistemas de créditos al consumidor o descuento por planillas; créditos de fomento a largo plazo para la innovación o modernización de las instalaciones y maquinarias;

sistemas adecuados de leasing o arrendamiento asociativo de máquinas y equipos; descuento de documentos; fondos regionales concursables para los mejores proyectos.

En una primera etapa, estos créditos o parte de ellos deben tener tasas de interés más bajas que las del mercado, particularmente aquéllos destinados a los segmentos de subsistencia. No hay que olvidar que grandes empresas, por el volumen monetario involucrado, obtienen muchas veces créditos subsidiados o tienen acceso a créditos cruzados dentro de un mismo holding. También los créditos deben ser acompañados, en la mayoría de los casos, por cursos pre- y pos-crédito, y se debe evaluar debidamente el efecto de estos instrumentos financieros sobre la situación de la microempresa beneficiaria.

En el caso de sistemas de leasing y arrendamiento de maquinaria, se puede prever para algunos sectores o localidades la instalación de un centro de arrendamiento de equipos y máquinas, particularmente cuando existen asociaciones de productores y/o se trata de máquinas estandarizadas de alta difusión o de uso múltiple. En algunos casos, lo anterior puede dar origen a la creación de una pequeña unidad de prestación de servicios. Para productos muy específicos, se puede experimentar el pago en productos. Finalmente, en la medida de lo posible, el ahorro previo constituye un instrumento importante para la promoción de este tipo de programas de financiamiento, y puede sustituir muchas veces la falta total de garantías reales.

La capacitación y asesoría técnica son también instrumentos fundamentales dentro de un programa integral, y deben ser adecuados –en sus contenidos y metodología– a las necesidades reales de los beneficiarios. Generalmente la asesoría técnica en el área de la microempresa no es puntual, como lo puede ser para la pequeña y mediana empresa, pero incluye todo el proceso de producción, desde la compra de insumos hasta la venta de los productos, con énfasis en los problemas de tecnología, de organización, de gestión, de administración, de control de calidad y de comercialización. En este área, las universidades y las ONG pueden aportar en grado importante, como lo ha mostrado, entre otros, el programa de apoyo integral del Fondo de Proyectos Productivos de SUR (FPP-SUR) y el programa de apoyo a la pequeña y mediana empresa de la Universidad de Santiago de Chile (USACH), aunque su experiencia en los segmentos de la subsistencia y reproducción simple es relativamente nueva.

El rol de las universidades y de instituciones de investigación es, sin embargo, quizás más importante en el área de desarrollo tecnológico y desarrollo regional, tanto a nivel de la investigación aplicada para la microempresa como a nivel de la puesta en marcha de plantas piloto o programas de extensión con asociaciones de microempresas.

Finalmente, estos programas, en la medida de lo posible –dado que buscan cambios estructurales y la integración sistémica de las unidades productivas a más largo plazo–, deben ser considerados dentro del conjunto de políticas más macroeconómicas de desarrollo. En efecto, no todas las medidas económicas, financieras y monetarias tienen un efecto uniforme sobre la economía, y algunas de ellas afectan particularmente el universo de la pequeña empresa y falsifican los mercados o mantienen mercados oligopólicos o oligopsonicos. La protección de marcas y patentes regionales y la licitación regional, para nombrar sólo algunos ejemplos, puede facilitar la inserción más estable de pequeños establecimientos en la economía.

En el caso de existir mercados imperfectos o controlados por un número pequeño de grandes conglomerados, el Estado puede asumir un rol más activo en la regulación del mercado para establecer una mayor competencia. También hay que considerar que precisamente los países donde la teoría neoliberal –al igual como en el siglo pasado– conoce un cierto auge, son los que cuentan con un mayor número de mecanismos de protección de sus mercados, como es el caso de Estados Unidos, Japón y el propio Mercado Común Europeo.

Siempre existirá cierta protección y ciertas normas para la regulación de los mercados, tanto a nivel internacional como nacional. Sólo la integración de los programas especiales –sean ellos específicos o integrados– en la política macroeconómica y monetaria, y la coherencia de ambos, permitirán enfrentar el desafío de la integración sistémica de la pequeña empresa como un elemento dinámico del desarrollo.

Teorías sobre el desarrollo agroindustrial

Gonzalo Arroyo
Investigador de SUR

En este artículo se analizará la evolución experimentada por la agroindustria en los países desarrollados. Tarea no fácil, puesto que hay autores para quienes el concepto de agroindustria sería ya inútil, ya que ésta como tal habría desaparecido (Avalos 1990, p. 28) En verdad, la agroindustria no puede sólo ser entendida en sí misma, o sectorialmente, sino como resultante del proceso de interacción actualmente en curso entre las industrias farmacéuticas, químicas y alimentarias en los países desarrollados. Estas últimas se constituyen a su vez como segmentos radiales y dependientes de las tres tecnologías de punta o *core technologies*, a saber, la microelectrónica y tecnología de la información, la biotecnología, y los nuevos materiales.

Estas tres tecnologías, actualmente en pleno desarrollo, provocan la reestructuración de la industria, los servicios y las finanzas, dentro de una economía internacional donde las empresas transnacionales compiten encarnizadamente entre sí, como también lo hacen las grandes naciones y los bloques económicos actualmente en constitución. Es indudable que la agroindustria sufre profundas transformaciones, se inserta primariamente en la red, o *technology web*, en cuyo centro está la biotecnología. La agroindustria también se inserta, aunque secundariamente, en las redes de la microelectrónica y de nuevos materiales.

Este estudio presentará primeramente algunos rasgos fundamentales de la evolución actual del sistema económico y político mundial. En seguida, examinará las teorías sobre el cambio tecnológico actual y las posibles consecuencias sobre la economía y la sociedad. Seguirá un breve recuento de las políticas tecnológicas aplicadas en los países desarrollados empeñados en ganar la "carrera tecnológica mundial". Dentro de este contexto, se analizará algunas transformaciones observadas en la agroindustria de los países desarrollados.

1. CAMBIOS EN EL SISTEMA ECONÓMICO Y POLÍTICO MUNDIAL

Desde la caída en 1989 del muro de Berlín —que nos parecía hasta entonces casi indestructible— no hay duda de que entramos en una nueva fase en las relaciones entre naciones: el mundo ya no es bipolar, política y militarmente, y esto hace que la

amenaza de guerra atómica retroceda.¹ En verdad, el orden político internacional responde a un liderazgo compartido entre las grandes potencias, incluida la Unión Soviética, pero con preeminencia militar de los Estados Unidos, sancionada ésta por las Naciones Unidas.

En ese horizonte de relativa paz y de alejamiento de la amenaza de enfrentamiento nuclear, al menos entre las grandes potencias, se producen también profundas transformaciones económicas. En América Latina, no pocos consideraban hace veinte años que el capitalismo atravesaba una profunda crisis y que estaba, en la práctica, moribundo.² Hoy día parece bastante más pujante y competitivo, al menos en los países que logran aplicar exitosamente, aunque a altísimo costo social, las políticas de ajuste estructural. Por cierto, el modelo de economía abierta y exportadora, que hoy se impone, es muy distinto de la estrategia cepalina de sustitución de importaciones o de desarrollo industrial protegido contra la competencia externa, prevaleciente aún en la región en los años sesenta.³ La misma Cepal ya no defiende esa estrategia y propone hoy otra de modernización productiva con equidad sobre la base de una economía abierta y del desarrollo tecnológico para sociedades democráticas (Cepal 1990).

El sistema económico internacional que hoy se va consolidando, lleva en la práctica a la desaparición, o al menos a la pérdida de autonomía de las economías regionales, aun en el caso de las grandes potencias industriales. Por lo tanto, no es posible concebir un desarrollo basado en la economía cerrada, postulada en el pasado por el modelo cepalino. Este naufragó definitivamente a comienzos de los años ochenta, no sólo debido a las críticas, en cierta medida justas, provenientes de la escuela neoclásica y liberal (a saber, la existencia de empresas ineficientes que venden a costos elevados en mercados protegidos por un Estado interventor en la economía,

1. Sin embargo, el mundo ha presenciado con consternación y amargura la guerra estallada en el Golfo Pérsico. Esto indica que, desgraciadamente, los conflictos armados regionales pueden continuar en los países del Tercer Mundo.
2. Era en general el pensamiento de izquierda de los años sesenta, sustentado en el análisis de la llamada *teoría de la dependencia*. En verdad, esa crítica tenía razón y a la vez estaba errada. Es decir, *it was right for the wrong reasons*: no era el capitalismo, sino una forma de capitalismo, o sistema de producción y consumo y de consumo, el que estaba en crisis. A saber, el llamado *fordismo* en la producción industrial, relacionado además con un Estado de Bienestar cuya sustentación teórica era el keynesianismo. Esta crisis estalló en los países industrializados en los años setenta y, pese a las políticas de reestructuración puestas en práctica, no está aún completamente superada. Véase Anemiekje J. M. Roobeek, *Beyond the technology race. An analysis of technological policy in seven industrial countries* (Amsterdam: Elsevier Science Publishers, 1990), c. 3.
3. Este modelo, implantado desde la posguerra, trataba de defender a la región contra el deterioro de los términos de intercambio entre las manufacturas exportadas por los países centrales, y las materias primas exportadas a los primeros por los países latinoamericanos. La estrategia se centraba en desarrollar una industria nacional, orientada sobre todo al mercado interno, incentivada por el Estado y protegida mediante barreras aduaneras contra la competencia externa. Es evidente que la aplicación de este modelo pasó por una etapa dinámica de crecimiento fácil (1945-70). Contribuyó a la creación de un parque industrial y a la urbanización de las sociedades tradicionalmente rurales, pero —como se señaló más arriba— comenzó a hacer agua a comienzos de la década de setenta. En verdad, ningún país logró entrar plenamente en una etapa de fabricación de bienes de capital para la industria de bienes de capital; esto habría fortalecido la economía y evitado continuar importando, no tanto productos manufacturados como antes, sino maquinarias, equipos y *know how*. De este modo, se creó de hecho una nueva forma de dependencia del exterior y una presión negativa sobre la balanza de pagos. Además, el desarrollo industrial protegido, propio de la estrategia de la Cepal, estimuló de hecho las inversiones directas de empresas transnacionales. Estas se fortalecieron en los años cincuenta y sesenta, instalaron sus filiales en la región para penetrar en los mercados nacionales protegidos, lo que condujo finalmente a un aumento de la dependencia externa.

y que sólo pueden seguir operando gracias a los subsidios y a la protección contra bienes importados, recibidos del Estado; falta de dinamismo en el campo de la innovación tecnológica, etc.), sino además por la "crisis de la deuda externa" sufrida en los años ochenta por los países de la región. Dicha crisis fue causada en parte por el alza de las tasas de interés en Estados Unidos, debido a problemas económicos y financieros que no es del caso analizar aquí (Arroyo 1990). Sólo resta señalar que la crisis de la deuda externa desenmascara con toda crudeza las nuevas formas de dependencia estructural a que están sometidas las naciones regionales, sin capacidad de acumulación endógena, dentro del sistema económico internacional.

Desde entonces, se ha consolidado un *sistema económico mundial, transnacionalizado e interdependiente*, que asume una dimensión global.⁴ Desde un punto de vista económico, las fronteras entre países van prácticamente desapareciendo. El Estado, antes el agente dinamizador de las economías, tiende a ser desplazado en sus funciones económicas por conglomerados nacionales y transnacionales de todo tipo: industriales, de servicios comerciales y otros, financieros, de consultorías tecnológicas, etc., todos ellos en áspere competencia a nivel internacional. El actualmente emergente "sistema nacional-transnacional-mundial" es sin duda jerarquizado y, por lo tanto, asimétrico, en desmedro de los países menos desarrollados. (M. Beaud 1990). Los países compiten encarnizadamente entre sí para insertarse en forma más favorable dentro del mismo o, al menos, para no ser desplazado hacia posiciones más bajas o periféricas, como sucede con los países en desarrollo. Pero esto podría también suceder a países más avanzados.

Una de las armas eficaces para competir en el mercado internacional es el desarrollo de nuevas tecnologías. Para lograrlo, los Estados de los países desarrollados intervienen hoy activamente en la economía, pese al liberalismo económico imperante.⁵ En efecto, y más aún después de la caída de los regímenes comunistas del Este, se impone en el mundo una *visión liberal del desarrollo*, cuyo fundamento teórico es la escuela económica neoclásica, cuyos difusores son el FMI y el Banco Mundial a través de las políticas de ajuste por ellos recomendadas. Dentro de esta visión, el desarrollo se lograría en los países subdesarrollados sólo en la medida en que sus economías se abran a las inversiones, flujos financieros y comercio internacionales, se disminuya el déficit fiscal y se suprima la inflación, se liberalicen los precios y se

4. De hecho, es el reemplazo de un sistema de producción y de distribución del ingreso para el consumo, definido como *fordismo* por los economistas regulacionistas de Francia (Aglietta, Boyer, Lipietz ...). El fordismo se inspiraba en Keynes, cuya teoría acordaba un lugar destacado al Estado para regular la economía y alcanzar el pleno empleo y un consumo de masas creciente. Esto se logró en buena medida en los países desarrollados hasta los años sesenta. Se había iniciado a comienzos de siglo, consolidado en la posguerra, pero llegó a su término con la crisis de los años setenta, que afectó primero a Estados Unidos y luego a Europa. Se abandonó entonces la meta del pleno empleo, se "flexibilizó" la producción y el trabajo, se desreguló los mercados y el Estado emprendió políticas de ajuste antiinflacionarias, etc. Las consecuencias son el surgimiento de un sector "informal" productivo y de servicios. Este tiende a reemplazar al sector de asalariados permanentes: la proporción de éstos baja en términos relativos y absolutos dentro de la población económicamente activa, mientras aumenta el empleo de mano de obra especializada, sobre todo en los sectores dinámicos y modernos, tanto productivos como de servicios. Estos rasgos se acentúan y causan efectos más graves en los países subdesarrollados, donde con frecuencia el sector "informal" carece de seguridad social y vive con niveles muy bajos de ingreso mientras cunde el desempleo.

5. Esto no impide a los Estados de los países industrializados, sobre todo Japón y la CEE, intervenir en la economía, particularmente en el desarrollo de nuevas tecnologías. Por lo demás, implementan políticas proteccionistas contra los bienes importados desde el extranjero. Es decir, predicán el libre mercado a los demás países y a la vez imponen barreras, arancelarias o no, a los productos importados.

supriman los subsidios, se privaticen las empresas públicas y se "flexibilicen" las leyes laborales, etc. (Arias, Arroyo, Jované 1991). Es casi innecesario repetir que esto se debe realizar dentro de un proceso de fuerte competencia entre empresas y bloques económicos de países constituidos o en vías de hacerlo en los últimos años (CEE, Estados Unidos-Canadá-México y Japón con países del Asia del Sudeste).⁶

Sin embargo, en contraste con las predicciones de la teoría neoclásica, las nuevas relaciones económicas internacionales no conducen a una mayor homogeneidad estructural en lo económico y social. Tienen a acrecentarse las desigualdades dentro de la economía mundial, como asimismo dentro de los países. Los beneficios obtenidos de la transnacionalización económica son distribuidos desigualmente entre países y entre sectores económicos y regiones, dentro de los países, como a menudo sucede en los países subdesarrollados. Conviene subrayar que se acentúa así el desfase tecnológico a nivel mundial.

2. TEORÍAS SOBRE EL DESARROLLO TECNOLÓGICO

La relación entre tecnología, o innovación tecnológica, y desarrollo económico fue analizada en el contexto amplio de crisis o ciclos económicos por autores clásicos como Marx y Kondratieff, y por Schumpeter en los años treinta (Schumpeter 1939). Desde fines de los años setenta han acaecido profundos cambios estructurales como consecuencia, o al menos ligados, al surgimiento de nuevas tecnologías de punta o, en una forma más precisa, *core technologies*, como veremos más abajo. Pero estos cambios no afectan sólo la industria y la economía. Tienen además repercusiones sociales que apenas comenzamos a percibir. Eso explica el retorno a economistas como Schumpeter, cuyo enfoque integrado sobre la innovación permite evaluar los probables y amplios efectos económicos del desarrollo tecnológico actual, y también los ajustes productivos e institucionales necesarios en el futuro. De este modo, los análisis basados en otros modelos simplistas y sin mayor referencia al desarrollo tecnológico, como son los inspirados en la teoría neoclásica dominante, reciben hoy la crítica de los economistas innovacionistas,⁷ como antes la recibieron de los regulacionistas franceses.⁸

El acelerado cambio tecnológico actual contribuye a modificar la forma de organización de la economía, y particularmente de la industria. En general, las plantas industriales se hacen más pequeñas y tiende a cesar la producción masiva de las grandes empresas. Estas buscaban ganar un pequeño margen por unidad fabricada en función del control de una fuerte porción del mercado. Hoy se busca sobre todo rebajar los costos de producción mediante la tecnificación y descentralización de la produc-

6. Otro bloque económico de naciones, el CAME, creado en torno a la URSS, está en vías de desintegración en la medida en que los antiguos países socialistas se abren al mercado internacional, no sin graves dificultades en este período de transición. Resulta claro que la URSS baja a la categoría de potencia económica secundaria a nivel mundial.

7. Mencionemos a Christopher Freeman, Carlota Pérez, Luc Soete y Giovanni Dosi de la Universidad de Sussex, y a Gerd Junne, Guido Ruivenkamp y Annemieke J.M. Roobek, de la Universidad de Amsterdam.

8. Su iniciador es Michel Aglietta. Este retomó de A. Gramsci el concepto más bien político de regulación y lo aplicó al régimen de acumulación y al modo de regulación, que —según él— caracterizan a la organización fordista de la economía. Ese régimen de acumulación, basado en nuevas técnicas y formas de organización industrial, requiere con todo un marco institucional, que constituye su modo específico de regulación.

ción. Es así como se contrata con empresas medianas y pequeñas la fabricación de partes para el producto final, mientras que las plantas son flexibles (de múltiple propósito) para satisfacer una demanda, casi personalizada, en el mercado mundial. Otro punto importante es la reducción al mínimo de los stocks de materias primas y de mercaderías, mediante sistemas computarizados, lo que permite reducir el capital inmovilizado y, como consecuencia, los costos de producción. Asimismo, se "flexibiliza" la contratación de mano de obra, con desplazamiento del obrero manual permanente y su reemplazo paulatino por cuadros medios adiestrados y, por supuesto, por máquinas a control numérico y robots.

Estos cambios corresponden en verdad a la estrategia de los grandes conglomerados transnacionales, que buscan una constante diversificación de los bienes y servicios, producidos a costos rebajados sobre la base de innovaciones tecnológicas continuas. La investigación científica y tecnológica es un punto clave y se ha constatado en las últimas décadas una compenetración entre las universidades, centros de investigación y empresas, en las cuales existen también laboratorios de investigación y en cuyo directorio participan científicos y universitarios de nota (Kenney 1988).

En verdad, se está realizando una nueva revolución industrial. El emergente paradigma productivo, tanto en la industria como en los servicios, se nutre hoy de la información disponible por los medios de comunicación a nivel mundial (bases de dato sobre precios, transacciones, mercados y otros; comunicación vía satélite, fax, modem, etc.) y, también, de la automatización de los sistemas productivos y de servicios (inteligencia adiestrada mediante máquinas numéricas, robots y sistemas CAD/CAM). Esto sobre la base del desarrollo prodigioso de las *tecnologías de punta*: la ya aludida microelectrónica y la biotecnología y los nuevos materiales, en promisorio desarrollo. A nosotros nos interesa particularmente la biotecnología, que tiene una influencia directa en la evolución de la agroindustria.

Sin embargo, las transformaciones productivas actuales conducen a una sociedad socialmente segmentada. Quedó atrás la idea desarrollista de que la modernización llevaría a la absorción del sector tradicional por el sector moderno de la economía. Esto ciertamente no se ha logrado ni en Chile ni en América Latina. Basta señalar que allí la heterogeneidad estructural abarca desde la agricultura hasta la industria y los servicios. En verdad, coexisten ramas o sectores "marginalizados" con ramas o sectores modernos y dinámicos. Pero esto sucede, aunque en menor grado y en forma más diferenciada, en los mismos países desarrollados. En ellos se conforman nuevas formas de heteronomía, entre empresas dinámicas o no; entre ramas industriales y de servicios, unas rentables y las otras no; entre asalariados permanentes —que, como dijimos, disminuyen y requieren cada vez más capacitación técnica— y el sector "informal" de servicios y microempresas, etc. Esto no se da sólo en los países desarrollados, en los cuales subsiste la riqueza con bolsones de pobreza. Se comienza también a producir en países como Chile y México, quizás los más avanzados en la región en el proceso de transformación productiva.⁹

9. El sociólogo Eugenio Tironi comenta: "Hasta hace poco, la segmentación y el dualismo parecían rasgos típicos de las sociedades en vías de modernización; con el nuevo orden económico y social, en cambio, la segmentación y el dualismo se han transformado en rasgos de la modernización. Esto significa, en primer lugar, que ya no se puede seguir hablando genéricamente de la marginalidad, menos aún como si ella fuera un fenómeno característico latinoamericano o del Tercer Mundo". Véase Eugenio Tironi, *Autoritarismo, modernización y marginalidad* (Santiago: Ediciones SUR, 1990), p. 246.

3. LAS TECNOLOGÍAS DE PUNTA (O CORE TECHNOLOGIES): MICRO-ELECTRÓNICA, BIOTECNOLOGÍA Y NUEVOS MATERIALES

Dentro de una visión teórica que podríamos llamar neo-schumpeteriana, ciertos economistas analizan la difusión de nuevos productos y procesos, caracterizados por Schumpeter como causantes de "olas productivas de destrucción" a medida que se esparcen en el sistema económico. Algunos de ellos utilizan el concepto de "trayectorias generales naturales" para describir el proceso acumulativo de grupos -o racimos- de innovaciones (*clusters*), como fue el caso de la electricidad (Nelson y Winter 1987). Otros introducen el concepto de "paradigma tecnológico" (Dosi 1982). Por su parte C. Freeman y C. Pérez avanzan en la reflexión al tratar de ligar los períodos de prosperidad al predominio de un "paradigma tecnoeconómico", y los de crisis a la transición desde el antiguo a un nuevo paradigma dominante. Definen el paradigma como un "cierto sentido común ingenieril y administrativo para elevar la productividad y la rentabilidad, que es aplicable a casi cualquier industria".¹⁰ De este modo, sucesivos paradigmas tecnoeconómicos marcan la historia del capitalismo: en el siglo pasado fueron el motor a vapor y luego la electricidad los que dieron lugar a paradigmas dominantes; en este siglo, el motor a combustión del petróleo y, más recientemente, los computadores y la microelectrónica. La biotecnología, que estaría aún en sus comienzos, podría transformarse en el siglo XXI en el centro del nuevo paradigma dominante (OECD 1989, p. 49). (Gráfico 1).

Van Tulder y Junne (1988) y Roobeek (1990), ambos de la Universidad de Amsterdam, discrepan con los economistas de Sussex. En primer lugar, existen tres tecnologías capaces de revolucionar la economía, puesto que no sólo la microelectrónica, sino también la biotecnología y los nuevos materiales, son ya una realidad operante. En segundo lugar, no basta el análisis predominantemente económico de Pérez y Freeman, sino que hay que agregarle variables políticas y culturales. Como dice Roobeek, "la tecnología actúa como elemento catalítico, pero no como primer motor de los cambios estructurales".¹¹ Y continúa diciendo que los países desarrollados deberían redefinir las políticas específicamente tecnológicas, dentro de una política global capaz de reestructurar y a la vez integrar la sociedad. Es decir, no bastan las políticas gubernamentales de los años setenta, encargadas de reestructurar las industrias envejecidas, ni tampoco las de los años ochenta, que incentivaban el

10. El nuevo paradigma tecnoeconómico se consolidaría en la medida en que satisfaga las siguientes condiciones:
a) Creación de una nueva gama de productos que, a su vez, induce el mejoramiento técnico de muchos otros productos y procesos; b) Reducción de los costos de muchos productos y procesos, lo que implica la existencia de una oferta estable y abundante de las materias primas básicas; c) Que tenga efectos amplios en el sistema económico; y d) Que sea aceptable social y políticamente. Según estos autores, sólo la microelectrónica cumple con las cuatro condiciones.
11. Muchos países se han embarcado en la "carrera tecnológica" sin analizar las verdaderas causas de la crisis económica. Las nuevas tecnologías, que reemplazan a las que están ya maduras, no explican todo. Existe además una serie de factores sociales, político-institucionales y culturales, que contribuyen al desmantelamiento de las estructuras, que cohesionaban antes las economías de posguerra, reguladas por el fordismo. Las políticas tecnológicas deberían variar de país a país, según sea el equilibrio allí existente entre las fuerzas políticas y las opciones tomadas por diferentes grupos, actores en la sociedad. Por lo tanto, las nuevas tecnologías no determinan la dirección del desarrollo económico y social de cada país, sino más bien éste es el resultado de la lucha entre las fuerzas sociales que logran eventualmente llegar a una nueva forma de regulación del orden, político y económico. Roobeek, op. cit., p. 89.

desarrollo de nuevas tecnologías y de industrias tecnológicamente avanzadas. En los noventa los gobiernos deberían ampliar la política tecnológica a la esfera socio-institucional, para ir así más allá de la mera carrera tecnológica de la década pasada.

Pero la contribución más importante de estos autores es la elaboración de nuevos conceptos para analizar el cambio tecnológico: el ya mencionado de *tecnologías de base* (o *core technologies*) y el de *red tecnológica* (o *technology webs*). (Véase Gráficos 2 y 3). Las primeras se definen por: a) conducir a nuevos productos; b) tener un fuerte impacto en los procesos productivos; c) ser aplicables a muchos sectores de la economía; d) no agravar los problemas causados por el boom económico de posguerra, a saber, el alto costo del trabajo y la creciente intensidad del capital, los efectos contaminantes sobre el medio ambiente, el uso excesivo de energía, la escasez de ciertas materias primas y la falta de flexibilidad del aparato productivo para adaptarse a las nuevas condiciones de la economía mundial.

Las tecnologías que cumplen con estas cuatro condiciones son llamadas "básicas"; se organizan en grupos o racimos de tecnologías afines (*clusters*), pero integradas entre sí (Gráficos 4 y 5) y son utilizadas actualmente por las industrias calificadas de alta tecnología: aeroespacial; computadoras y equipos de oficina; equipos eléctricos y componentes; instrumentos ópticos, científicos y médicos; medicamentos y drogas; plásticos y materiales sintéticos; motores y turbinas; productos químicos industriales (Van Tulder-Junne 1988, p. 6; Vaitos 1990). Observemos que la agroindustria tradicional, alimentaria y no alimentaria, no figura en esta lista, pues sólo los agroquímicos están incluidos en la misma. La razón es que, en general, la rama agroindustrial registra una baja inversión en Investigación y Desarrollo (I&D) y, por lo mismo, está siendo tecnológicamente transformada a partir de innovaciones introducidas sobre todo desde la industria química y farmacéutica.

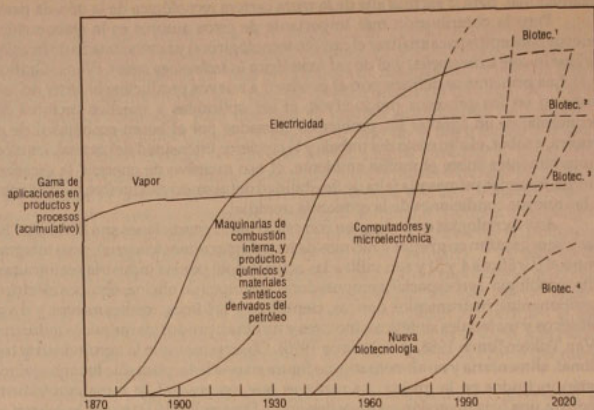
Alrededor de estas tres tecnologías básicas, conformadas en redes tecnológicas, pero interactuantes entre sí, se inscriben numerosas industrias. La que tiene mayor relación con la agricultura y la agroindustria es por supuesto la *red biotecnológica*, como se detallará más adelante.

4. LA AGROINDUSTRIA REVOLUCIONADA POR LA BIOTECNOLOGÍA

Las transformaciones actuales operadas en el campo de la gran agroindustria alimentaria y no alimentaria, van en el sentido de una *mayor concentración industrial*. En cierta manera, el desarrollo de la biotecnología ha contribuido a lo anterior. En efecto, si clasificamos en cuatro grupos las principales biotécnicas (cultivo de tejidos y células, fermentación e inmovilización de enzimas, aplicación de la microbiología a la selección y cultivo de células y microorganismos; y las técnicas de manipulación de material genético, que suponen un grado superior de conocimiento de avance científico), todas ellas tienen ya aplicaciones directas o indirectas a la producción agroindustrial y alimentaria.

Algunos ejemplos son: la *detección de contaminantes orgánicos*, microbianos y otras toxinas en alimentos; la *fabricación de saborizantes y aromatizantes*, de nuevos edulcorantes (isoglucosos, aspartame, taumatinas, etc.), de *aminoácidos* para la industria alimentaria; la *producción de microorganismos y enzimas* para la industria de

Gráfico 1 Una presentación simplificada de la difusión de "megatecnologías" y cuatro escenarios de desarrollo de la biotecnología.



Fuente: C. Freeman, citado en OECD (1989), pág. 54

Gráfico 2a La red tecnológica en torno a la microelectrónica

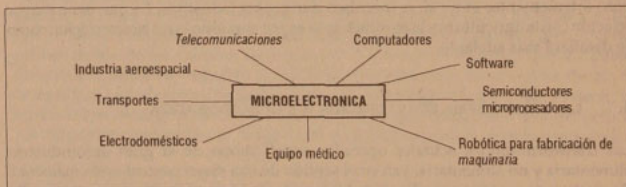
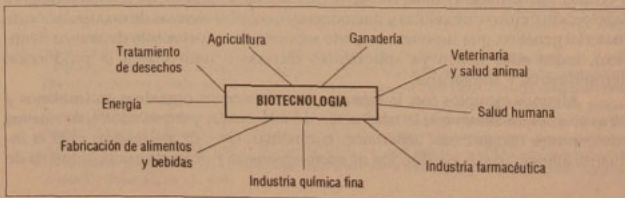
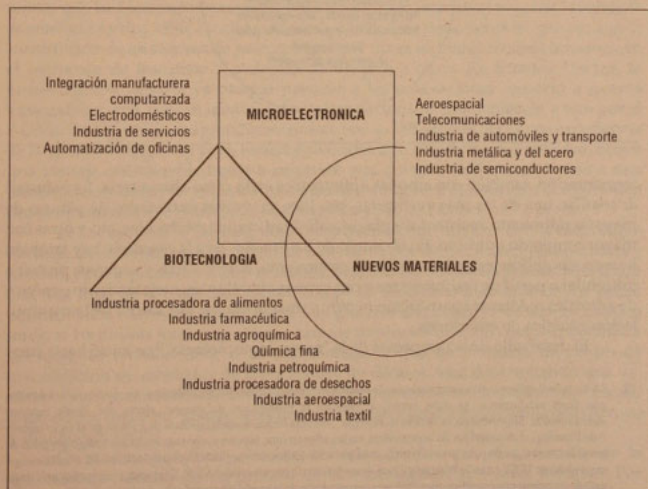
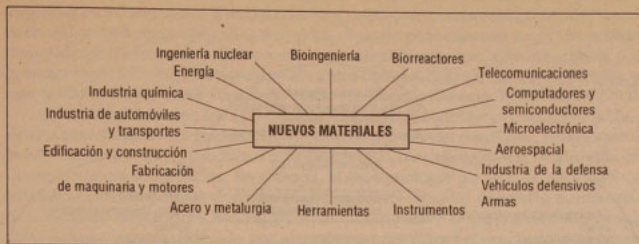
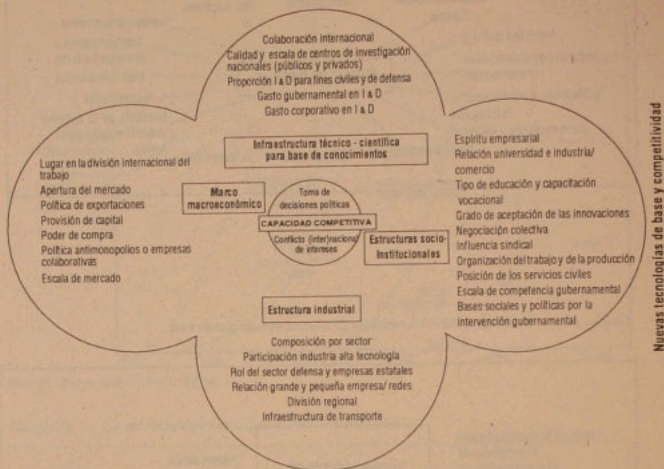


Gráfico 2 b La red tecnológica en torno a la biotecnología







fermentación, también con amplias aplicaciones en la rama alimentaria. La *industria de semillas*, una de las más avanzadas, produce ya nuevas variedades de plantas de mayor rendimiento, resistentes a plagas, salinidad, sequía, herbicidas, etc. y otras con mayor contenido nutritivo. En el campo de los *insumos para la ganadería*, hay también numerosas aplicaciones: hormonas de crecimiento, diagnósticos y vacunas; proteína unicelular a partir de residuos o materias primas abundantes; mejoramiento genético de animales mediante fecundación *in vitro* y, más adelante, por medio de la manipulación genética de embriones.

El desarrollo de las empresas de la "nueva biotecnología"¹² se inició hacia fines

12. La biotecnología es casi tan antigua como la humanidad, pues el aprovechamiento de seres vivos o partes de ellos con fines productivos, se daba empíricamente en la producción de quesos, vinos, etc. desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, la "nueva tecnología", distinta de los descubrimientos de Pasteur en el siglo pasado o de Fleming, el descubridor de la penicilina, en los años treinta, supone el conocimiento del código genético de los seres vivos, como paso previo para la manipulación de los mismos con fines productivos. El *breakthrough* se produjo en 1953, cuando Watson y Crick descubrieron la estructura del ADN. Sólo unos treinta años más tarde este descubrimiento científico permitió sacar un producto de la nueva biotecnología, a saber, la insulina humana. Desde entonces, y sobre todo en los últimos años, una cantidad creciente de nuevos productos llega al mercado.

de los años setenta en Estados Unidos. Su punto de partida fueron más bien las pequeñas empresas con capital de riesgo, en las que frecuentemente se asociaban empresarios y científicos universitarios. En su momento cumbre alcanzaron el número de 500, y desde hace unos años muy pocas de estas pequeñas empresas han podido consolidarse (Genentech y Cetus son excepciones). Varias han sido absorbidas por grandes consorcios transnacionales o al menos trabajan bajo subcontrato con éstos, y una cantidad considerable ha debido cerrar sus puertas (Kenney 1986; Avalos 1990).

En Japón el camino fue algo diferente, pues las grandes empresas, sobre la base de una planificación del gobierno (MITI) con empresarios y científicos, se lanzaron a la fabricación de ciertos productos e introdujeron la biotecnología a la producción en diversas ramas industriales. En Europa, la biotecnología ha sido el resultado de investigaciones realizadas en organismos científicos estatales y también universidades. Estas investigaciones han repercutido finalmente en la producción industrial, dentro de un proceso liderado por algunas grandes firmas que actualmente hacen alianzas a nivel del Mercado Común Europeo. En todos los casos, la investigación tecnológica —es decir, la I&D— se desplaza en buena medida desde las universidades y organismos estatales al sector privado, sobre todo a las firmas transnacionales que invierten considerablemente en laboratorios especializados y que mantienen contacto con los científicos universitarios.

Como ya se mencionó, las grandes empresas de diversos sectores (farmacéuticas, químicas, petroleras, alimenticias y en ese orden) se han interesado por entrar en el campo de la biotecnología, lo que las ha llevado a realizar esfuerzos de integración, puesto que las biotécnicas son numerosas. Un ejemplo importante es el de la *industria de semillas* (Avalos 1990; Fowler y Mooney 1990). Esto tiene también que ver con la constitución de un sistema de patentes, que hoy día es en buena medida impuesto en el momento de transferir tecnologías de un país a otros. En Estados Unidos, la jurisprudencia permite ya otorgar patentes a las innovaciones respecto a nuevas variedades y aun a genes identificados y transferidos de una molécula a otra por el ADN. De este modo, las grandes empresas, con facilidades de I&D y con experiencia ya larga de investigación y con redes establecidas de comercio a nivel mundial, tienen una ventaja considerable frente a empresas que quieren recién tener acceso a este campo. Pese a las rupturas tecnológicas, existen siempre continuidades que permiten imponer barreras a la entrada de nuevos competidores (Avalos 1990, p. 28).

La "desaparición" de la agroindustria como sector —dentro de una cadena que parte de los insumos para la agricultura, continúa por la producción agropecuaria y forestal, y por la primera y segunda transformación de las materias primas, para llegar a la fase final de la comercialización—, es ya un fenómeno avanzado en los países desarrollados (Arroyo y otros, 1989). Las grandes empresas ya existentes pueden integrar las nuevas técnicas y obtener nuevos productos que son complementarios a los antiguos (Avalos 1990, p. 29-32). Monsanto, que ha montado un centro de investigación de alrededor de 200 millones de dólares, está desarrollando una variedad de soya resistente a un herbicida que ella misma fabrica; en otros sectores, como el ganadero, existe un "empaquetamiento" de razas y productos veterinarios (Arroyo y Weissbluth 1988).

Quedarían por tocar otros temas relacionados con el desarrollo de la agroindustria, dentro de un proceso de biotecnologización a nivel mundial. Por ejemplo, los problemas de la bioseguridad, de su impacto, en general más bien

favorable, sobre el medio ambiente; las reservas éticas y políticas que a veces suscita en los países desarrollados. No es éste el lugar para comentarlo, pero se puede desde ya afirmar que su solución, o quizás su agravamiento, afectarán sin duda el desarrollo futuro de la agroindustria, en un mundo no sólo transnacionalizado en el plano económico, sino también en el cultural, debido al vertiginoso desarrollo de las comunicaciones a nivel mundial.

5. LA AGROINDUSTRIA Y LA BIOTECNOLOGÍA EN CHILE

El lector espera quizás en este momento un análisis de los efectos que producen y producirán, los cambios tecnológicos de los países capitalistas avanzados sobre el desarrollo agroindustrial en Chile. Se preguntará además cuáles podrían ser las políticas tecnológicas que se deberá implementar para responder al desafío de la competencia dentro de un sistema internacional transnacionalizado e interdependiente. El análisis que sigue trata de responder, aunque incipientemente, a esa inquietud.

En verdad, hay escasos estudios evaluativos del desarrollo actual de la agroindustria nacional, que ha indudablemente experimentado profundas transformaciones en los años ochenta, cuando se liberalizó la economía agrícola y agroindustrial¹³ y se impuso la estrategia de desarrollo abierto y de fomento de las exportaciones "no tradicionales". No hay duda de que esta política estimuló notablemente la transformación tecnológica, tanto de la producción silvoagropecuaria y acuícola como de la agroindustria de transformación y, en menor medida, de la producción de insumos.

Sin embargo, esta transformación tecnológica *no ha sido homogénea*, pues se concentró en la agroindustria de exportación que adquiere sus materias primas con preferencia de los productores medianos y grandes.¹⁴ De esta manera, la modernización ha sido dispareja, desde que subsisten bolsones de miseria entre pequeños productores agrícolas e industrias más bien artesanales; coexisten, además, subramas y cadenas agroindustriales dinámicas y rentables con otras más bien estancadas. Las cadenas agroindustriales más dinámicas se sitúan precisamente en los sectores hortofrutícola, forestal y pesquero. Su crecimiento en los años ochenta ha sido enorme: en 1990 las exportaciones de esos sectores ascendieron a cifras cercanas a 1.500 millones de dólares. El caso más espectacular es el de la uva fresca enviada a los mercados de América del Norte, de la CEE y de Japón.

Junto con el surgimiento de nuevas categorías sociales (empresarios agrícolas exportadores, trabajadores "temporeros", asalariados rurales, etc.), se ha producido

13. Pese a que en 1983, después del fracaso de la política de "ajustes automáticos" de los mercados, el gobierno militar comenzó a aplicar políticas de sustentación de los precios de ciertos productos que representan cerca de 50 por ciento del valor de la producción (trigo, raps, maravilla, cebada y remolacha). Intervino también en la reactivación de la industria remolachera, que estaba en quiebra, y abrió poderes compradores con precios remunerativos, crédito y asistencia técnica (Martner, 1989, p. 85-87).

14. Sin embargo, hay excepciones: por ejemplo, la producción de trigo y de otros granos, y de remolacha azucarera, destinada para el mercado interno, ha demostrado ser capaz de mejorar considerablemente los rendimientos. Asimismo, hay pequeños exportadores hortofrutícolas y de algas que han asimilado nuevas variedades y técnicas de producción, que permiten entrar sus productos a los mercados de exportación. Esto, sin embargo, se da siempre con la intermediación de firmas nacionales y extranjeras de exportación.

un proceso de oligopolización, es decir, de *concentración* de la agroindustria alimentaria (aceite, azúcar, lácteos, conservas de pescado y de frutas y legumbres) y no alimentaria (celulosa, actividades pesqueras), cuyas ramas más rentables están controladas por grupos económicos nacionales y transnacionales (Martner 1989, pp. 113-20)

Lo que interesa en directo aquí es indagar cómo se ha producido el proceso de transformación tecnológica que está a la raíz de la evidente modernización experimentada por las cadenas agroindustriales antes señaladas. Dejando fuera otros factores, es decir, analizando el punto de vista estrictamente tecnológico, hay dos alternativas: la *adquisición y transferencia de tecnología desde el exterior* y la *generación de tecnología dentro del país*.

Aunque no haya datos empíricos precisos sobre el particular, se puede llegar a esa conclusión por varios caminos. Uno indirecto, a saber, el desarrollo incipiente de la biotecnología en el país, como lo demuestra el estudio presentado más abajo. Otros más directos, como son los datos sobre pagos de regalías, patentes, etc.; y de equipos e insumos importados, que visiblemente han aumentado, lo que está por lo demás ligado a la presencia creciente de inversiones extranjeras en el país. En el mismo sentido va la disminuida intervención del Estado, durante el régimen militar, en la promoción del desarrollo tecnológico, dejando así la principal iniciativa a las empresas privadas.

Una nueva modalidad de intervención estatal en la promoción del cambio tecnológico, es mediante su asociación a grandes empresas extranjeras. Esto sucedió en el caso, en condiciones por cierto muy singulares, de la creación en 1976 de la Fundación Chile.¹⁵ Sus directores son nombrados conjuntamente por el gobierno chileno y la ITT. El objetivo de esta fundación de derecho privado y sin fines de lucro, es lograr importar tecnología desde el extranjero, para asimilarla a las condiciones del país. Para difundirla, desarrolla sus propias empresas, las cuales, una vez exitosas, son vendidas. Los resultados de la acción de esta Fundación han sido considerables, por ejemplo en la introducción de especies salmónídeas para su cultivo y en la tecnología forestal.

La otra alternativa es el *desarrollo de nuevas tecnologías en el país*, ya sea en instituciones universitarias públicas y privadas y en las mismas empresas con departamentos de Investigación y Desarrollo. Sin pretender realizar aquí un diagnóstico del conjunto de las tecnologías agroindustriales, se analizará el solo caso de la biotecnología, que —como se vio más arriba— está “revolucionando” la agroindustria en los países desarrollados.

En un primer esfuerzo de síntesis sobre el estado actual de la biotecnología, se presentan a continuación algunos datos de una investigación realizada en SUR.¹⁶

El desarrollo de la biotecnología se encuentra todavía en una etapa incipiente en Chile. Sin embargo, es evidente que podría llegar a tener gran aplicación en diversos sectores de la producción agroindustrial. De ahí la importancia de desarrollar

15. A raíz de la expropiación de la ITT en tiempos del Presidente Allende, se negoció durante el gobierno militar con la empresa transnacional, para que la indemnización recibida por ésta fuese destinada a crear la Fundación Chile como empresa de servicios tecnológicos. El capital inicial, de 50 millones de dólares, se dividió entre las dos partes. Para una evaluación, véase de Torben Huss, “Transferencia de tecnología: el caso de la Fundación Chile”, *Revista de la CEPAL*, no 43 (abril 1991), pp. 99-119.

16. Se trata de un proyecto de investigación para Intec-Corfo, “La investigación biotecnológica en Chile. Sectores agropecuario, forestal y acuicola”. Una segunda investigación está en marcha; trata de hacer un diagnóstico global de la agroindustria en Chile, poniendo especial énfasis en el nivel tecnológico de las empresas.

nacionalmente, o al menos transferir en forma adecuada desde el extranjero, biotécnicas aplicables en el país. Los logros que se obtengan en el campo de la biotecnología deberían incidir, a futuro, en un aumento y diversificación de las exportaciones llamadas no tradicionales, ligadas a la explotación de recursos naturales renovables. El desarrollo biotecnológico podría contribuir también al equilibrio de los ecosistemas explotados productivamente, mediante el uso de biotécnicas compatibles con el clima, la biomasa disponible y las condiciones económicas y sociales existentes en el país.

Sobre este tema no hay hasta ahora muchos antecedentes empíricos. Sólo se pueden mencionar algunos estudios de la Corfo,¹⁷ que trataban el tema de manera más bien general y abarcando el conjunto de sectores de aplicación de la biotecnología. Una investigación reciente de FAO Regional¹⁸ presenta un diagnóstico más acabado, aunque parcial, pues se hizo un catastro y evaluación de laboratorios, pero limitado al campo de la biotecnología vegetal. Finalmente, en el país han aparecido también algunos libros generales sobre la biotecnología, como el publicado por el INTA,¹⁹ pero que no contienen un diagnóstico sobre el estado actual de la investigación biotecnológica.

No se pretende hacer aquí un análisis exhaustivo de los resultados empíricos arrojados por la encuesta de terreno realizada por SUR.²⁰ Menos aún se pretende analizar posibles políticas destinadas a incentivar un desarrollo científico y tecnológico que conduzca a verdaderas innovaciones comerciales, tan necesarias para conferir competitividad internacional a los productos chilenos. Por lo tanto, se presentarán sólo algunos elementos de diagnóstico, que surgen casi ineluctablemente de un primer análisis de los datos.²¹

Los resultados de la investigación confirman la hipótesis de que el desarrollo de la biotecnología, al menos en la agricultura y la producción acuícola y en las industrias de transformación y de insumos para esos sectores, es todavía incipiente, y más aún si se compara la situación de Chile con la de los países líderes en el desarrollo de nuevas tecnologías, como son Estados Unidos, la CEE y Japón.

La principal debilidad es que la investigación biotecnológica actual está centrada en la fase de laboratorio y tornada más bien a la docencia. Los datos señalan que 38 de las 66 unidades de investigación encuestadas, están en función de la docencia, o al menos relacionadas con la misma. Sólo hay 4 dedicadas a la investigación para la producción comercial, también 4 relacionadas con la transferencia tecnológica y 5 que realizan

17. Entre otros, están los siguientes: Corfo, *Impacto de la Bioingeniería en el Desarrollo Nacional*, Gerencia de Desarrollo (AMI 83/8), Santiago, 1983, 3 vol.; Fondo de Desarrollo Productivo, *Investigación de la biotecnología para su aplicación en el país*, Gerencia de Desarrollo, Corfo (AA-87/7a), Santiago, abril 1987.
18. FAO, *Catálogo Regional de Laboratorios de Biotecnología Vegetal. Encuesta regional 1989-1990*, Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile, 1990.
19. Fernando Monckeberg, *La revolución de la bioingeniería* (Santiago: Publicaciones Técnicas Mediterráneo, 1988), 187 págs.
20. La mencionada encuesta Intec-Corfo se realizó entre diciembre 1990 y junio 1991. El universo cubierto por la investigación comprende el total de universidades, centros de investigación públicos y privados, y empresas, que realizan actividades de Investigación y Desarrollo (I&D) en las siguientes áreas aplicadas de la biotecnología: producción agropecuaria, forestal y acuícola y las industrias de transformación y proveedoras de insumos, ligadas a las mencionadas áreas.
21. Un diagnóstico más acabado se presentará en un libro cuya publicación está prevista para los meses siguientes. La proposición de políticas para el desarrollo biotecnológico debe ser el resultado de una nueva investigación, que se espera realizar también en SUR Profesionales.

investigación aplicada.²² Es decir, en la gran mayoría de los casos las empresas no se interesan en hacer contratos con las universidades y centros de investigación. Se trata, por lo tanto, de una investigación más bien académica *que no está desembocando en innovaciones productivas* con capacidad de competir en el mercado. Esto exigiría pasar por una fase intermedia de experiencias en plantas pilotos, para llegar finalmente a la producción industrial. Sólo existen 8 plantas para un total de 66 laboratorios.

En lo que respecta a las *empresas con departamento de I.D.*, la encuesta señala que sólo se cuentan 8 que los poseen. No es casi necesario repetir que los *empresas* en los sectores estudiados requieren nuevas tecnologías para competir exitosamente en los mercados nacionales, y más aún en los internacionales. Se podría plantear la hipótesis de que recurren preferentemente a la adquisición de tecnologías importadas con el fin de elevar la productividad y realzar su competitividad. Sin embargo, aun en ese caso se requiere tener capacidad suficiente para asimilar la tecnología comprada en el exterior. De ahí la importancia de lograr un desarrollo tecnológico nacional, aunque fuere sólo para poder importar tecnologías adecuadas a nuestros recursos naturales, que aseguren, por lo demás, la conservación de los equilibrios ecológicos. Se aprovecharían así juiciosamente nuestras escasas disponibilidades financieras.

La afirmación de que el desarrollo tecnológico es aún incipiente, queda reforzada por lo que es obvio: los limitados recursos destinados a actividades de I&D, la precariedad de los salarios destinados a los científicos y técnicos, la falta de seguridad del empleo para los mismos, y también la infraestructura y equipamientos insuficientes. Los datos recogidos por la encuesta lo confirman plenamente.

Al respecto se hizo una evaluación global de los laboratorios en función de los datos proporcionados por las encuestas. Se tuvo en cuenta el equipamiento existente en función de las líneas de investigación de los proyectos de cada unidad. Se calificaron en tres categorías: sobresaliente, bueno y con deficiencias. Los resultados son los siguientes:

Unidades sobresalientes:	19
Unidades buenas:	35
Unidades deficientes:	12

Pese al desarrollo deficiente de la biotecnología en Chile, no se puede dejar de constatar algunos elementos positivos y que dan pie a un cierto optimismo respecto al futuro.

El primero es la *existencia de un número no tan pequeño de laboratorios*, en número cercano a setenta en las áreas estudiadas. Este resultado más bien inesperado de la encuesta, lleva a la constatación de que el primer paso en el desarrollo de la biotecnología ya está dado.

El segundo se refiere a los *recursos humanos* actualmente existentes. Los datos son los siguientes: 39 por ciento del personal total (390 personas) ha realizado estudios de posgrado. En efecto, se cuenta con 103 Ph.D., 36 M.Sc., lo que es considerable, al menos al comparar con otros países en desarrollo de la región. Trabajan además profesionales como ingenieros, biólogos, bioquímicos, etc., en un número que, adicionado a los que han realizado estudios de posgrado, alcanza a 282 personas.

Un tercer elemento positivo es el *clima o ambiente económico relativamente favorable* al desarrollo futuro de la biotecnología. En efecto, el modelo actual de desarrollo,

abierto al exterior, pone énfasis en una modernización productiva. Esto dado el grado de competencia existente en los mercados internacionales. Aparentemente surge una nueva clase empresarial y, a la vez, un movimiento sindical que pone más énfasis en la búsqueda de la concertación con el empresario. Ambos comienzan a darse cuenta de que su suerte está unida al éxito de la empresa y que ésta debe modernizarse para afrontar la competencia.

Un cuarto elemento es la abundancia de biomasa existente en el país, lo que debería incitar a aprovechar las grandes oportunidades productivas aún desaprovechadas y, al mismo tiempo, lograr un mayor equilibrio del medio ambiente que asegure una sustentabilidad de los sistemas ecológicos del país.

Este clima favorable al desarrollo biotecnológico requiere, además, de políticas estatales que lo fomenten decididamente en concertación con los agentes económicos. Tales políticas deberían fijar estrategias que prioricen las áreas de mayor futuro en función de la disponibilidad nacional en términos de los recursos naturales, humanos y financieros, y en función también de los procesos de concentración y biotecnologización de la agroindustria internacional; éstos tienden a reproducirse, con las variantes ya señaladas en nuestro país, las que deben ser corregidas en la medida en que producen una heterogeneidad mayor en la agroindustria nacional y aumentan las desigualdades sociales.

Referencias Bibliográficas

AQLIETTA, MICHEL

1976 *Régulations et crises du capitalisme. L'expérience des Etats-Unis*. Paris: Calman-Lévy.

ARIAS PEÑATE, SALVADOR

1990 *Biotecnología. Amenazas y perspectivas para el desarrollo de América Central*. San José: Sela-Cadesca-DEI.

ARIAS, SALVADOR, GONZALO ARROYO & JUAN JOVANE

1991 "La transformación e industrialización de la agricultura del istmo centroamericano como eje de una nueva estrategia de desarrollo". Panamá: Cadesca-CEE, abril (mimeo).

ARROYO, GONZALO (COORD.), SALVADOR ARIAS P., CUAUHTÉMOC GONZÁLEZ PACHECO, MARÍA CONCEPCIÓN OROZCO, MARIO DEL ROBLE PENSADO

1988 *Biotecnología: ¿una salida para la crisis agroalimentaria?* México: UAM Xochimilco-Plaza y Valdés, 1988.

ARROYO, GONZALO (COORD.), GERARDO ESCUDERO, ROSALBA CASAS & KAREL CHAMBIILE

1988 *La biotecnología y el problema alimentario de México*. México: UAM Xochimilco-Plaza y Valdés.

ARROYO, GONZALO

1990 "Deuda externa, voces cristianas". Revista *Mensaje* (Santiago), marzo-abril.

CEPAL

1990 *Transformación productiva con equidad*. Santiago de Chile.

FAO

- 1990 *CATBIO. Catálogo regional de laboratorios de biotecnología vegetal, Encuesta regional 1989-1990*. Oficina Regional para América Latina y el Caribe, Santiago.

FOWLER, CARY & PAT MOONEY

- 1990 *Shattering. Food, politics and the losses of genetic diversity*. Tucson: The U. of Arizona Press.

FREEMAN, CHRISTOPHER

- 1987 *The economics of industrial innovations*. 2ª ed. Cambridge: MIT Press.

GUTIÉRREZ, IGNACIO AVALOS

- 1990 *Biotecnología e industria. Un ensayo de interpretación teórica*. IICA, Serie Documentos de Programas no. 18. San José, noviembre.

HUSS, TORBEN

- 1991 "Transferencia de tecnología: el caso de la Fundación Chile". *Revista de la CEPAL*, no. 43 (abril), pp 99-119.

JUNNE, GERD Y ANNEMIEKE ROOBECK

- 1989 "Social and economic impact of biotechnology". *Biofutur* (Paris, nov.), pp. 48-50.

KENNEY, MARTIN

- 1986 *Biotechnology. The university-industrial complex*. New Haven, Conn.: Yale University Press.

MARTNER, GONZALO D.

- 1989 *El hambre en Chile. Un estudio de la economía agroalimentaria nacional*. Santiago: GIA-Unrisd.

OECD

- 1989 *Biotechnology. Economic and wider impacts*. Paris.

PÉREZ, CARLOTA

- 1986 "Las nuevas tecnologías: una visión de conjunto". En: C. Ominami, ed. *La tercera revolución intelectual. Impactos internacionales del actual viraje tecnológico*. Buenos Aires: RIAL-Grupo Editor Latinoamericano, pp. 43-49.

ROOBECK, ANNEMIEKE J. M.

- 1990 *Beyond the technology race. An analysis of technology policy in seven industrial countries*. Amsterdam: Elsevier Science Publishers.

SCHUMPETER, JOSEPH A.

- 1939 *Business cycles: a theoretical and statistical analysis of the capitalist process*. New York, NY: McGraw-Hill.

VAITSOS, CONSTANTINE V.

- 1990 *Industrialization challenges for Latin America and the Caribbean*. Caracas: SELA.

VAN TULDER, ROB & GERD JUNNE

- 1988 *European multinationals in core technologies*. Geneva: John Wiley & Sons.

historia

Empresariado popular e industrialización: La guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)

Gabriel Salazar V.
Investigador de SUR

I

LAS OPCIONES OCUPACIONALES DE LOS CHILENOS POBRES

En Chile, los pobres no se han estructurado como clase sólo en torno a la función 'trabajo asalariado'. También lo han hecho frente a la posibilidad de trabajar empresarial aunque marginalmente los recursos del país, en calidad de productores, o en calidad de comerciantes. Y no fue de poca monta su deslizamiento -sobre todo en el siglo XIX- hacia los bolsones de bandolerismo social, en confrontación con el sistema dominante. Y por último, no han sido pocos los que, obviando lo anterior, han optado por abandonar el país.

No ha sido pues uno, sino tres o cuatro o más, los polos de articulación ocupacional que el "bajo pueblo" chileno ha utilizado a lo largo de su historia.¹ Este hecho, sin duda, restó homogeneidad funcional a su identidad de clase, pero a cambio, incrementó históricamente su sentido de autonomía, su creatividad subsistencial, y su

SIGLAS UTILIZADAS:

AAMS	Actas del Archivo de la Municipalidad de Santiago
ACC	Archivo del Cabildo de Concepción
AE	Anuario Estadístico de Chile
AI5	Archivo de la Intendencia de Santiago
AJV	Archivo Judicial de Valparaíso
AMH	Archivo del Ministerio de Hacienda
AMI	Archivo del Ministerio del Interior
AML	Archivo de la Municipalidad de Linares
AMT	Archivo Municipal de Talca
AMV	Archivo de la Municipalidad de Valparaíso
ANS	Archivo Notarial de Santiago
ATC	Archivo del Tribunal del Consulado
BLD	Boletín de Leyes y Decretos de Chile
BSFF	Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril
CN	Censos Nacionales
EC	Estadística Comercial de Chile
SCL	Sesiones de los Cuerpos Legislativos de Chile

1. La expresión "bajo pueblo" fue utilizada en Chile durante el siglo XIX como sinónimo de clase plebeya.

correlativa capacidad para construir tejidos económicos, sociales y culturales alternativos a los del sistema dominante. Fue esta heterogeneidad preestructural la que permitió al "bajo pueblo" chileno erigirse en un inorgánico pero nacionalmente protagonista "movimiento social", fácilmente politizable en una línea de oposición, cambio, o insurrección.²

Cabe exponer, de modo esquemático, las situaciones y movimientos que configuraron los polos señalados.

En Chile, durante el siglo XIX, la oferta de trabajo asalariado moderno (es decir, en las condiciones del capitalismo industrial maduro) fue escasa e inestable. Para el período 1854-1920, esa oferta creció sólo de 0,1 a 9,0 por ciento del mercado general de trabajo.³ De mucho mayor volumen fue, en cambio, la oferta de trabajo asalariado premoderno, de tipo "peonal". Es decir: un trabajo a contrata y nominalmente asalariado, pero premecánico, frecuentemente forzado, casi siempre transitorio, que a menudo implicaba cautiverio, sujeto a castigos físicos, y cuyo salario era regularmente sustituido por deudas insalvables o "raciones" alimenticias o dinero de almacén monopólico. La dominante oligarquía mercantil-patronal definió el contrato de peonaje como una forma laboral óptima (para su forma especulativa de acumulación), de modo que era la única que era racional ofrecer.⁴ De donde se derivó que las formas peonales predominaran en el mercado laboral: en las fechas indicadas, oscilaron entre 55 y 65 por ciento del mismo.⁵

No obstante, lo que era bueno para la acumulación mercantil-financiera no lo fue para el peonaje mismo. De hecho, las condiciones de vida de la clase trabajadora (peonizada) descendieron por entonces a niveles esclavistas. Y esto no pudo ocultarlo la opulencia paralela de mercaderes y asociados. De modo que el estado de "peonaje" fue visceralmente repelido por el peonaje mismo. Y por este camino, la estructuración del bajo pueblo en "peonaje" desembocó en una serie ininterrumpida de alzamientos en la faena, destrucción de instalaciones, descatos, fugas con robo, asaltos y huelgas de tipo insurreccional. ¿Era el "roto alzado" intrínsecamente ingobernable, y debía reemplazársele por artesanos europeos? En rigor, lo que el "bajo pueblo" estructuró en torno a la oferta de proletarianización mercantil no fue tanto un proletariado orgánico, sino un movimiento social en lucha *contra* esa proletarianización, con el objetivo (difuso) de dar cabida a otras formas más popularmente óptimas de ocupación.⁷

No es extraño, por tanto, que la juventud popular (que constituía la mayor parte del "peonaje") diera su preferencia a ocupaciones más bien marginales: a la emigración o "vagabundaje" y al cuatrismo o "vandalaje".

Entre 1843 y 1910, aproximadamente, 200 mil peones abandonaron el núcleo central del país. Esto equivalía a 10 por ciento de la población y a un tercio de la fuerza de trabajo masculina. Su destino: Bolivia, Perú, Panamá, California, Australia, Argen-

2. En este punto, la visión histórica se contraponen a las interpretaciones 'conceptualistas' de una clase social. Sobre las últimas, véase F. H. Cardoso et al., *Clases sociales y crisis política en América Latina* (México, 1977), *passim*.

3. *Censos Nacionales, Trabajadores con Profesión*, años correspondientes.

4. Véase *Primer Congreso Libre de Agricultores de la República de Chile* (Santiago, 1876), y *Congreso Industrial y Agrícola* (Santiago, 1899).

5. Como Nota 3.

6. La Sociedad de Fomento Fabril incentivó, desde 1883, con apoyo del Estado, la "inmigración industrial".

7. G. Salazar, "La rebelión histórica del peonaje" (Libro en preparación).

тина, Araucanía, Chiloé, Patagonia. Tal emigración scandalizó a la oligarquía nacional.⁸

Desde fines del siglo XVIII, la profundización del sistema peonal fue engrosando, en sus márgenes, el sistema paralelo del "bandillaje". Muchos de los jóvenes fugados del primer sistema dieron vida al segundo, organizándose en bandas (de a cuatro, de a veinte y aun de a doscientos individuos), merodeando las fronteras y espacios vacos de la sociedad principal y, sobre todo, perpetrando acciones de asalto y robo. El bandillaje, como modelo de apoyo, tuvo a sus espaldas la resistencia y métodos operacionales del pueblo mapuche. Y desde los bordes precordilleranos, enmarcó las insolencias y alzamientos del peonaje cautivo. Al frente, la oligarquía, capitulando bajo el avance de las compañías extranjeras. Y por todas partes, la economía plebeya, densa y agresiva, y su poder social irreverente, pero autónomo. Hacia allí se dejaron atraer no pocos especuladores, políticos y policías. En esta red, la actividad delictual devino en una ocupación más orgánica y lucrativa que las de tipo funcional. Aun a comienzos del siglo XX, la oligarquía se sentía acosada y semiimpotente ante este marginal pero ancho movimiento popular de oposición.⁹

Con todo, antes de 1850, el tipo de ocupación ideal para el "bajo pueblo" fue la explotación empresarial ("a mano") de los recursos de la tierra. No fue la sociedad dominante, sino la geografía del país, lo que más atrajo a los pobres y modeló mejor sus proyectos de vida y los nortes de su "caminar la tierra". En este sentido, los pobres se desplegaron en un movimiento micro-colonizador de fronteras, intersticios y valles perdidos, trabajando espacios y recursos despreciados por la oligarquía mercantil. Fue este movimiento empresarial el que condujo al ensanche territorial de la agricultura triguera en el Valle Central, a la aparición de "labradores" en todas partes, y a la ocupación agroganadera y maderera de las tierras al sur del Bío-Bío. La misma opción produjo el desarrollo de la minería preindustrializada, la múltiple aparición de "pirquineros" y "placilleros", y el surgimiento de la sociedad precapitalista del Norte Chico.¹⁰ Y la misma, también, presidió los (ignorados) esfuerzos populares por levantar, a mediados del siglo XIX, la "industria nacional".

La perseverancia demostrada por el "bajo pueblo" en tomar y retomar su opción empresarial, concluyó por echar los fundamentos, en la primera mitad del siglo XIX, de una eventual clase media rural, de mentalidad social-productivista.¹¹ Sin embargo, ese germen de clase no llegó nunca a eclosionar. Quedó alojado en la historia como una vacío social, o un difuso segmento más del "bajo pueblo". Las élites mercantiles y sus socios menores (hacendados y gestores políticos) discriminaron esa emergente clase media por su origen plebeyo. La tildaron de "pipiola" y "anarquista". La identificaron como parte del "populacho". Pero había algo más que el desdén elitario: estaba la explotación mercantil y usurera que, sobre todo después de 1830, recayó sobre ella. Eso erosionó sus fuerzas productivas hasta el agotamiento. Luego vino la crisis y, tras ésta, la proletarianización salarial. Decenas de miles de jóvenes vagabundos se "echaron al camino", dispersándose por la tierra y engrosando las ya espesas filas del peonaje y el

8. G. Salazar, *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Santiago, 1985), pp. 254-55.

9. Id., "La rebelión...", loc. cit.

10. Id., *Labradores*, pp. 173-227.

11. G. Salazar, "Para una historia de la clase media en Chile" (*Documentos de Trabajo SUR*, no. 59, 1986).

bandillaje. Es por eso que fue la faz peonal, y no la suya propia, lo que mostró a la historia la abortada clase media rural chilena.¹²

En conjunto, las opciones ocupacionales de los chilenos pobres del siglo XIX configuraron menos una clase asalariada estructural, y más un movimiento social popular que, aunque funcionalmente heterogéneo y marginal, se dio masivamente a la búsqueda de ocupaciones alternativas, y a la construcción, por propia mano, de tejidos sociales y económicos autónomos o semiautónomos. Tal heterogeneidad, marginalidad, y tal autonomía no aminoraron, ciertamente, la expoliación mercantil y la represión (militar más bien que policíaca) que la oligarquía portaliana, consistentemente, descargó sobre todas las ocupaciones "plebeyas".

Este trabajo se propone examinar una de las opciones no salariales asumidas por los pobres del siglo XIX: la que desarrolló por abajo la "industria nacional". Esta opción, precaria como fue, generó sin embargo un movimiento autóctono de industrialización que, sorpresivamente, entre 1830 y 1885, amenazó diversos flancos del modelo liberal vigente. Esto desató una áspera reacción de los mercaderes y políticos asociados, y una serie de enfrentamientos sociopolíticos. La guerrilla expoliadora y represiva de los mercaderes caló profundo, dejando a la vista la ancha raigambre local y la fuerza histórica del accionar autónomo de los pobres. La derrota popular frente a la fortaleza mercantil no diluyó, con todo, el impacto producido; ni, hoy, resta significado a sus proyecciones de largo alcance.

II

LA INDUSTRIA POPULAR DEL SIGLO XIX: IDENTIDAD, ESTRUCTURA Y MERCADO

Las industrias populares del siglo XIX constituyeron establecimientos pequeños, rústicos, pobremente equipados y operados por grupos familiares más que por elencos asociados por contrata. La mayoría de ellos no calzaría hoy en los parámetros definitorios de lo que se entiende por "pequeña industria" o "microempresa".¹³ Con todo, protagonizaron, como se dijo, un denso movimiento social-productivista que antagonizó seriamente al proyecto internacionalizante, monopolista y autoritario de los mercaderes. Las industrias populares, enquistadas en rancheríos pero proyectadas hacia afuera por masas de intrusivos vendedores ambulantes, acosaron y sitiaron la "ciudad culta" de los mercaderes. A esta irritación se sumó la pugna por el mercado nacional y el fronterizo. Pero mayor escozor aún levantó su tendencia a imponer un programa político republicano, democrático, comunalista y, en definitiva, plebeyizante.¹⁴

Los 'industriales pobres' percibieron pronto que su ocupación 'empresarial' no

12. Id., *Labradores*... op. cit., capítulo II.

13. Sobre estos parámetros, L. van Hemelryck, "Desarrollo y diagnóstico de la microempresa manufacturera en Chile. 1967-1987" (*Documento de Trabajo* SUR, 1990); y H. Sábato & L. A. Romero, "Entre el ascenso y la caída: trabajadores por cuenta propia en Buenos Aires. 1850-1880" (*Documento de Trabajo* CISEA, s/f).

14. Una visión global en S. Grez, "Les mouvements d'ouvriers et d'artisans en milieu urbain au Chili au XIX^e siècle (1818-1890)", (Thèse, EHSS, Paris, 1990), 2 vols.

sólo era diferente de las especulaciones capitalistas de los mercaderes, sino que, por eso mismo, estaba por éstos siendo sistemáticamente erradicada del sistema, con amenaza de quiebra y ruina para ellos. En tal posición, la percepción de su identidad no pudo ser sino dual y transitiva; esto es: de una parte, sintieron que, por su indigencia inicial y la discriminación de que eran objeto, formaban parte de los estamentos plebeyos de la sociedad (en consecuencia, se autodenominaron "obreros", "artesanos" o "clase pobre"); pero, de otra parte, sintieron que constituían una "clase industrial o empresarial", representativa de los intereses económicos reales de la nación, precisamente en oposición a la nefasta hegemonía de los comerciantes. Es significativo que las autoridades reconocieran, respecto de la identidad y estatus de los industriales pobres, esa misma dualidad. Es lo que se desprende de la inspección documental que sigue.

En 1823, el Ministro de Hacienda se refirió a la actividad de los artesanos pobres como la "industria productiva", al ordenar a los regidores de Santiago que enlistaran los "talleres de Artesanos... de los artistas y fabricantes [y de] la industria productiva de dhos. Artesanos". Los regidores, en su respuesta y trabajo, utilizaron la misma identificación.¹⁵

Un año después, 155 "sigarreros" se identificaron como "fabricantes... de la industria en la preparación del tabaco, en las varias clases de cigarros" al reclamar ante el ministro de Hacienda por abusos de un monopolio mercantil.¹⁶ Por contraste, en 1834, algunos vecinos notables que fabricaban harina, no se autodenominaron "fabricantes" o "industriales" —términos plebeyos— sino, más conspicuamente, "poseedores de los molinos denominados de coros", a pesar de que estaban siendo perjudicados por un "vecino" de tipo capitalista.¹⁷

En 1847—año de colisión entre industriales y mercaderes—, los almidoneros del barrio Yungay escribieron acerca de "nuestras fábricas de almidón", denunciando que, por la expoliación que los afectaba, estaban siendo convertidos en "un pueblo errante".¹⁸ En el mismo año, la Sociedad de Agricultura denominó a éstos y a otros talleres similares, "fraguas", en alusión a los hornos y chimeneas que exhibía la mayoría de ellos. El término se oficializó.¹⁹ Nueve mujeres indigentes que no sabían firmar, declararon con orgullo e indignación, en 1852, que "desde hacía muchos años jirabamos en negocios de mercería en las puertas de la Plaza de Abastos... el único recurso con que contabamos... y estábamos en la más quieta posesión, con créditos abiertos para fomentar nuestras especulaciones"... cuando fueron expulsadas del portal por el juez de Abastos.²⁰ Y en 1857, la analfabeta pobladora María Mesías llamó a su taller, por el que no pagaba patente alguna, "la fábrica de cerería que tengo establecida en esta Ciudad". Como tal la consideró el Factor General del Estanco de Santiago, precisamente para denegar la exención de impuestos pedida por la pobladora.²¹

Durante la década de 1850, varios grupos de manufactureros protestaron

15. AMH, v. 27, Informe Regidores. Santiago, 12/11/1823.

16. AMH, v. 20, Representación Cigarreros. Santiago, 3 y 30/9/1824)

17. AAMS, v. 108, Rep. Vecinos. Santiago, 5/11/1834.

18. AMI, v. 204, Rep. Almidoneros Yungay. Santiago, 4/6/1847.

19. AMI, v. 242, Carta Rafael Larrain. Santiago, 4/6/1847.

20. AAMS, v. 159, Solicitud Merceras. Santiago, 8/6/1852.

21. AMH, v. 345, Sol. María Mesías. Santiago, 20/10/1857.

contra los privilegios concedidos al comercio extranjero, porque eso perjudicaba el "trabajo industrial" y las condiciones de vida de "la clase obrera".²² El antagonismo frente a los mercaderes agudizó en los artesanos la conciencia de su identidad dual y transitiva. Uno de ellos escribió:

Hai dos existencias en nuestra clase obrera: la una llena de dignidad i de vigor, que revela al hombre independiente i republicano; la otra atada, mezquina i propia de un siervo. La una se desarrolla a la sombra de los talleres, la otra bajo la mirada de los jefes del cuartel...²³

La fuerza del movimiento popular de industrialización no se nutrió sólo de percepciones sobre su identidad. Más abajo de eso, estaba la índole de su materialidad. Por ejemplo, su tecnología productiva.

De modo general, la tecnología popular consistió en la utilización de recursos locales como medios baratos de producción. En la elaboración de herramientas y artefactos productivos se empleó, casi exclusivamente, madera, piedras y cueros. Para ello fue útil restaurar la tecnología indígena y la hispano-colonial, mientras se impulsaba la inventada *in situ*. Esto exigió que las tareas productivas fueran indispensablemente asumidas con el apoyo solidario de la comunidad ("mingacos" y "mingas"). Y estaba, también, su viga maestra: el aprovechamiento de la fuerza hidráulica de ríos y acequias para mecanizar la producción.²⁴ Es evidente que la mentalidad tecnológica popular era opuesta a la de los mercaderes, centrada como estaba ésta en la importación de máquinas a vapor, de ingenieros extranjeros, y en la masificación del trabajo asalariado peonal. Esta oposición se dio a veces en el terreno práctico. Y fue un incidente notable, en este sentido, que en la minería, la tecnología local de los pirquineros sostuviera a lo largo de tres décadas, con éxito, la arremetida de la tecnología minera de los ingleses.²⁵ Hacia 1860, todavía algunos extranjeros, conociendo las ventajas de la tecnología hidráulica en un país como Chile, y la costosa adaptabilidad de la basada en el vapor, instalaban "máquinas movidas por agua para aplicarla a varios usos industriales".²⁶

Con todo, las herramientas industriales y las máquinas a vapor fueron gradualmente incorporadas a los talleres artesanales. En parte, en razón de sus ventajas obvias, y en parte, introducidas por los artesanos extranjeros que, en gran número, se acercaron al país desde 1830, atraídos por los "privilegios exclusivos" diseñados para ellos por las autoridades portalianas.²⁷ Esto explica el incremento de las importaciones de herramientas para artesanos, especialmente entre 1840 y 1860.

22. AMH, v. 377. Rep. Comité Obrero. Santiago, 1/1858, entre otras.

23. *El Amigo del Pueblo*, 1:10, 11/4/1850.

24. G. Salazar, "Entrepreneurs and Peons in the Transition to Industrial Capitalism. Chile, 1820-1878" (Ph.D. Diss., The University of Hull, U.K., 1984), Chapter 8.

25. *Ibidem*, Ch. 7.

26. AAMS, v. 217, Petición de Luis Sada. Santiago, 7/8/1866.

27. G. Salazar, "Entrepreneurs...", loc. cit., Ch. 8 y 11.

Cuadro 1. *Importación de herramientas para artesanos (1844-1878)*
(Valores promedios anuales por quinquenio; pesos de 45 peniques)

Quinquenios	Valor total (pesos)	% herramientas sobre M.I.	% herramientas sobre M.P.I.
1844-1848	18.310	39,6	28,4
1849-1853	21.957	39,2	28,1
1854-1858	137.546	44,0	18,4
1859-1863	83.475	62,1	6,2
1864-1868	81.577	32,9	8,6
1869-1873	151.390	22,3	11,4
1874-1878	127.927	21,0	6,9

M.I. = Valor Máquinas Importadas.

M.P.I. = Valor Medios de Producción Importados

Fuente: *Estadística Comercial*, años correspondientes. Cuadro construido sobre partidas de importación.

El Cuadro 2 muestra que el incremento de las importaciones de herramientas se extendió hasta el quinquenio 1859-63. El descenso posterior corresponde a la crisis de la industria artesanal y al desenvolvimiento paralelo de un proceso de industrialización de tipo mercantil.

La industria artesanal chilena del período 1830-85 no respondió al modelo posmedieval transportado desde España a la América colonial. En realidad, la estructura artesanal clásica, organizada en gremios; cofradías y talleres estamentalizados, había hecho crisis en Chile a comienzos del siglo XIX. El factor determinante fue la inexistencia, en América, de un nexo que en el modelo europeo tuvo un carácter estratégico: la adscripción orgánica de la industria artesanal al comercio ultramarino de los grandes mercaderes. Lo que en Europa fue nexo orgánico, en Chile, donde los mercaderes exportaron productos primarios e importaron manufacturas europeas, resultó divorcio y enconada lucha de clases.²⁸ Esto explica la agudización del conflicto entre industriales y mercaderes entre 1830 y 1860, como también la tendencia de los artesanos a estructurar sus establecimientos de un modo distinto: como movimiento productivo autónomo, en rivalidad con las "especulaciones" mercantiles. De ello resultó que la estructura típica de un taller artesanal chileno se asemejó más, de un lado, al modelo de 'fábrica' introducido por los artesanos e ingenieros extranjeros que provenían de la Revolución Industrial; y, de otro, al modelo de empresa levantado a pulso en el país por los labradores y pirquineros independientes, que al reglamentado taller artesano posmedieval. En rigor, su estructura correspondió a la fase primera de un movimiento local de industrialización, no a la reproducción colonizada de un modelo precapitalista (mercantil) clásico.

Lo anterior queda de manifiesto en los inventarios levantados ocasionalmente por sus dueños.

En términos de capital, hacia 1850, las industrias artesanales fluctuaron entre 30 pesos o 50 pesos (valor de las instalaciones textiles de las mujeres de pueblo), y 3.000 pesos (valor de una herrería modernizada). Lo primero equivalía al salario anual de un peón, y lo segundo al sueldo anual de un alto funcionario público. Las industrias

28. G. Salazar, *ibíd.*, Ch. 11.

modernas, modelo inglés, tenían un capital fijo avaluado en 80.000 pesos (caso de Balfour, Lyon & Co., en 1858), o en más de 30.000 pesos (caso de una fracasada fábrica textil de capitalistas chilenos).²⁹ El inventario de la curtiembre que arrendaba Miguel Bravo en "la calle del Peligro, en el Almendral" (Valparaíso), en 1840, ofrece el perfil típico de un taller artesanal modernizado:

La fábrica tiene una pieza de mediagua que le sirve de almacén para guardar materiales curtidos y para tienda de despacho... hay también un pequeño cuarto para que duerma un peón cuidador. Un molino para moler cáscaras... un caballo aperado para el molino. Un pozo con su bomba nueva, y los canales suficientes para conducir agua desde el pozo a los pelambres y a los pozos de curtir. Hay en la fábrica dos pelambres grandes y 17 pozos de curtir y dos más chicos, estando parte de ellos en buen estado y otros que se pasan. Tres tinajas grandes sunchadas en fierro y otras dos medianas y cuatro botijas para varios usos. Cinco bancos de laborar, cada uno con su respectivo cuchillón. Un sabaerito de poco costo, dos cuchillas viejas, una piedra redonda de acentar, un limatón para doblar filos y una mesita de estirar, un valde y una angarilla.³⁰

La curtiembre de Miguel Bravo estaba, obviamente, en tránsito de modernización, como lo revela el uso de una "bomba nueva" para la extracción de agua y sus herramientas de metal; pero el conjunto de la instalación, junto a la presencia de una "angarilla" (en vez de las importadas "carretillas" de fierro) atestigua la raíz vernacular de su tecnología. El valor aproximado de esta curtiembre era de 800 pesos. En cambio, los talleres artesanales que enteramente o en su mayor parte se hallaban montados según el modelo industrial moderno, mostraban inventarios avaluados en sumas superiores, como la herrería de J. Latorde & P. Benchy, de Valparaíso (3.208 pesos) o la "fábrica de jabón y velas" de D'Aquin Hermanos, de Santiago (22.000 pesos). Este tipo de taller pertenecía, por lo común, a artesanos extranjeros avecindados en Chile. Con todo, sus planteles incluyeron también ítemes infraestructurales propios de la artesanía criolla.³¹

Las más típicas fábricas criollas fueron, probablemente, las de almidón. Sobre todo, porque se agruparon formando densos 'rancheríos industriales'. En 1847, un comité barrial de almidoneros describía de este modo su situación:

...[somos] más de 100 familias pobrísimas, que no tienen otro arbitrio para dar a sus hijos que el de trabajar almidón. Entre ellos encontrará V.S. la pobre viuda desgraciada... el pobre gañán... que unido a su mujer se empeña en sacar almidón... tantos otros pobres que tienen la misma ocupación, y además mantienen unas manaditas de chanchos en sus corrales... con el fin de proporcionarse el alimento diario... todos ellos habitan y tienen su negocios en las cercanías a las márgenes del Mapocho... nuestros tristes ranchos, nuestros materiales, los afrechos y el trigo que están en los pilones...³²

No es difícil imaginar la instalación productiva de estos almidoneros: ranchos y mediaguas, pilones de barro y piedras, corrales de chanchos, gallineros, hornillas, fondos y vasijas, pozos y acequias, y ancianos, mujeres y niños por todas partes. Todo

29. Balfour, Lyon & Co., "Inventory of Stock of Machines" (Manuscrito, 1858), y AML, v. 237, Sol. de Griololet & Aninat. Santiago, 1849, s/f.

30. AJV, Leg. 70, P. 3. Inventario M. Bravo. Valparaíso, 1841, s/f.

31. AJV, Leg. 79, P. 3. Inventario Herrería, 1841; y AML v. 415, Pet. D'Aquin Hermanos. Santiago, 12/1864.

32. AML, v. 204, Rep. Almidoneros. Santiago, 4/6/1847.

ello rodeado de vapores, barro, borras, pantanos y hedores de todo tipo.

No muy diferente eran las instalaciones de los numerosos mataderos de vacunos, corderos y chanchos que los "abasteros" habían establecido en todos los barrios de la ciudad, o los "molinos" levantados por los indigentes en la "caja del río".³³ El inventario de una fábrica importante de jabón y velas (de Luis Vatel, avaluada en 7.300 pesos en 1848), ubicada en el barrio San Miguel de Santiago, no perfilaba un cuadro distinto: numerosos fondos de cobre o bronce, cada uno con sus correspondientes "hornillas"; pipas de todos tamaños; bancos; cajas; moldes; prensas; cuchillos; cucharones de lata y bronce; tinajas; angarillas; balanzas, etc. Y los consiguientes "cuartos para los dependientes", mediaguas para el laboreo, gallinero, caballerizas y tres carretas con sus respectivos caballos.³⁴ La destilería que compró Isidoro Maldonado por la suma de 3.400 pesos en 1848 (ubicada en "la Plaza Nueva calle vieja de San Diego") inventarió un gran número de alambiques, pailas, tinajas, toneles, barriles, cántaros, pipas, chatos y embudos, todo bajo galpones, y entre mediaguas y canaletas.³⁵

Dentro de tal tipo de estructura productiva, la vieja organización del trabajo artesanal (aprendiz, oficial, maestro, gremio) no tenía sentido. El trabajo se hacía con el grupo familiar y los allegados, más uno, dos o más peones dependientes. Sólo los talleres de extranjeros operaban con maestros y peones contratados a salario entre las propias filas de los artesanos cesantes.³⁶ De este modo, el beneficio del empresario se confundía con el ingreso familiar y, a menudo, con el salario.

¿Cuánto ganaba un artesano medio? Todo indica que, mientras más alta la inversión en capital fijo, más aleatoria era la ganancia, salvo en ciertos períodos y para ciertos rubros. Los talleres más pobres solían obtener un ingreso más constante, aunque bajo. Hacia 1860, un fabricante de jabón y velas confesó obtener un ingreso promedio de 600 pesos anuales, lo que equivalía, aproximadamente, a 10 por ciento de su capital fijo.³⁷ Un pintor declaró ganar, en promedio, 360 pesos anuales, y un carpintero, lo mismo. Un almacenero tenía "un jiro como de \$ 16.000 de capital, i no puede ganar menos de \$ 200 mensuales".³⁸ Los "maestros" que se contrataban por un "salario" recibían una cantidad (por obra) equivalente.³⁹ En general, a un artesano se le exigía un ingreso medio de 17 pesos mensuales (204 pesos anuales) para calificarse como elector; es decir, para tener acceso a la condición de "ciudadano". Más de un tercio de los artesanos censados cumplía esa condición, lo cual daba a este gremio un importante poder electoral (25 por ciento del electorado).⁴⁰

El ingreso artesanal era equivalente al de un funcionario público medio, y entre seis y diez veces superior al salario de un peón corriente. Debe considerarse que de ese ingreso dependía una familia extensa, el salario de los peones dependientes y el costo de operación de la empresa. De aquí la extrema sensibilidad de la industria artesanal frente a las variaciones de precios, impuestos, y a las exactivas imposiciones de la

33. AAMS, v. 136, Catastro Mataderos. Santiago, 1/7/1844, e *ibíd.*, v. 89, Catastro Damnificados Inundación Mapocho. Santiago, 11/7/1827.

34. ANS, v. 194, Inventario L. Vatel. Santiago, 1848; *fa.* 26v-29.

35. ANS, v. 199, Venta Destilería. Santiago, 3/3/1848.

36. Revista Católica 78 (1845), Carta Artesano, p. 242.

37. AAMS, v. 198, Calificación de Electores. Santiago, 11/11/1862.

38. *Ibidem.*

39. G. Salazar, "Entrepreneurs . . .", *loc. cit.*, pp. 541-54.

40. *Ibidem*, Table 93, p. 551.

autoridad en otros aspectos. Sin embargo, aunque riesgosa, para el "bajo pueblo" la actividad industrial era mucho más atractiva que el trabajo asalariado. Esto explica el relativamente alto número de artesanos y talleres, así como el sorprendente volumen de su producción global.

Los datos coinciden en que, hasta la crisis de 1859-60, aproximadamente, el número global de artesanos creció sostenidamente. El censo industrial realizado por los regidores de Santiago en 1823 distinguió 22 ramas (u oficios) distintos. No fueron censados, sin embargo, varios rubros documentadamente existentes (hilanderías, tejedurías, almidonerías, fábricas de jabón y velas, cigarrerías, molinos, mataderos, empresas de carruajes, locerías, amasanderías, etc.). Así y todo, la operación arrojó un total de 414 establecimientos, siendo los más numerosos los de carpintería, 39; los de platería, 31; los de herrería, 30 (más 11 "herraduras"); los de sastrería, 25; los de sombrerería, 20; y los de albañilería, 20. Los regidores declararon que no les fue posible censar todos los talleres.⁴¹ Se puede estimar, en suma, que, en 1823, se hallaban laborando en la industria productiva de Santiago (sólo la censada) más de 2 mil trabajadores, con una población dependiente cercana a las 10 mil personas. Estas cifras pudieron ser superiores en 50 por ciento y más, si se consideraran los establecimientos que no fueron contabilizados. Es probable que, entre 1830 y 1860, la mitad de la población de Santiago haya estado involucrada, de una u otra manera, en la industria artesanal.⁴²

Lo anterior es corroborado por el hecho de que, en 1867, 24 por ciento de los establecimientos que pagaban patente en el país correspondía a la industria artesanal, porcentaje que disminuyó, acorde con la crisis, a 18 por ciento en 1873 y a 16 por ciento en 1878.⁴³ Cabe recordar que esos porcentajes no incluyeron una gran cantidad de talleres (hilanderías, tejedurías, locerías, amasanderías, etc., que no pagaban patente), y que correspondieron al período de crisis de esa industria. El número censado de artesanos reprodujo, también, porcentajes parecidos.

Cuadro 2. *Proporción de artesanos en la clase trabajadora (1854-1895)*

<i>Artesanos</i>		
<i>Censos</i>	<i>Número</i>	<i>Porcentaje</i>
1854	136.155	29,0
1865	130.942	21,0
1875	109.440	15,2
1885	134.075	16,1
1895	128.075	15,9

Nota: Censos Nacionales, Trabajadores con Profesión. Años correspondientes.

Es razonable asumir, pues, que, hasta mediados del siglo XIX, la fuerza social productiva asociada a la industria artesanal copó, entre 30 por ciento como mínimo y

41. AMH, v. 27, Lista Establecimientos Industriales. Santiago, 12/11/1823.

42. Véase Carlos Hurtado, *Concentración de población y desarrollo económico. El caso chileno* (Santiago, 1966). Tabla 21.

43. AE. Patentes Fiscales. Años correspondientes.

50 por ciento como máximo, la fuerza productiva general del país. Y que, demográfica y culturalmente, proyectó una presencia aun mayor. Es preciso tener en cuenta, en este sentido, que un segmento importante –imposible de calcular con exactitud– de la enorme masa peonal operó en asociación con esa fuerza, sea en calidad de "allegados", de asalariados o, principalmente, en calidad de buhoneros, faltos o vendedores ambulantes. Una parte importante del comercio callejero estuvo constituida por grupos peonales que comerciaban toda clase de productos artesanales (la otra parte operaba con productos campesinos). De esto resultó que la presencia y visibilidad urbanas de la red económica popular, aun dentro del conspicuo cuadrilátero de "la ciudad culta", fue inundante, abrumadora y apenas controlable.⁴⁴

Don Antonio Pérez, "del comercio de Santiago" (es decir, importador de manufacturas europeas) y con "tienda establecida en el Portal de la Señora Condesa de Sierra Vella", ya lo denunció en 1816: numerosos "faltos, cigarreros y botoneros" que habían sido expulsados de la Plaza de Abastos "se acogieron vajo del Portal". Los invasores, pese a los reclamos, infligieron al comercio establecido "perjuicios indisimulables", derivados de que, con ellos, llegó la sociabilidad y cultura típicamente plebeyas, lo que determinó que "la gente de alta clase en el bello sexo huye de aquel lugar ... por no ajar sus trajes, o por no sufrir atrevimientos de aquellos hombres de poca cultura". El mercader, a nombre de su gremio ("nosotros ... sugetós de buenos principios") describió luego el peligro mayor:

... ellos, para usar del mate, para fumar, y para resguardarse del frío, hacen sus fuegos a muy corta distancia de nuestras puertas, el humo es recibido en los generos de nuestras negociaciones ... una chispa llevada del ayre puede hacer un incendio ...⁴⁵

Pero el flujo industrialista del "bajo pueblo" era suficientemente sanguíneo como para, tras cada expulsión, retornar, y volver a invadir tenazmente la ciudad que los mercaderes "de buenos principios", en exclusividad, creían señorear. Así, en 1835, siete "propietarios de las casas cituadas en la última quadra de la calle de San Pablo" reclamaron airadamente –era su tercer reclamo– porque "en el frente y veredas de nuestras casas se hallan situados mucha parte de los bendedores de ropa, zapatos y otras especies". Lo grave para los propietarios no era tanto el perjuicio mercantil, como lo insoportable de una cultura económica callejera diametralmente antitética a la intimista e importada cultura de consumo europea, que ellos profesaban.

Estos individuos tienen su permanencia y estación diaria en el citado punto, al que lleban consigo sus familias o parte de ellas ... arman sus tolderías ... las petacas, fuegos, sillas, bancos y otros trastos de su comercio ... el bullicio que principia desde el amanecer de cada día hasta que anochece ... las groseras e indesentes palabras que con frecuencia halli se oyen, siendo imposible evitar la desmoralizacion en nuestras familias, el desaseo de la calle ... sobrantes de comida ... hasen de la calle el mismo uso si fuese su propiedad ...⁴⁶

La "desmoralización" ante la ubicua irrupción de lo autóctono fue un sentimien-

44. G. Salazar, "Santiago de Chile: la ciudad popular (siglo XIX). Un bosquejo histórico-social", en Programa Chile 2000, ed., *La ciudad del 2000: Una mirada socialista* (Santiago, 1991). En prensa.

45. ATC v. 8, Rep. Don A. Pérez. Santiago, 26/9/1816.

46. AAMS v. 208, Rep. Don D. Bilbao y otros. Santiago, 1835, s/f.

to que acompañó largo tiempo al patriciado chileno. De modo que no ha de extrañar que otro mercader, el "tendero" don Domingo Cumplido, expresara en 1842 el mismo sentimiento ante la omnipresencia de los "tendaleros" (la distinción es suya) en la puerta de su tienda, y ante los "perjuicios" que aquéllos causaban "al derecho de propiedad, a los vecinos, a los mismos tenderos y finalmente al público entero". Su queja se refería a "las riñas continuas en un lenguaje soez, escandalizando a los transeuntes y becinario y comunicándoles el contagio de la depravación y un aire infeccionado..."⁴⁷

Si la invasión escandalosa de los "tendaleros" sobre la ciudad mercantil era tenaz y desmoralizante (sumada a la acción paralela de los "regatones" campesinos), no lo era en menos, sino en más, la vista de los barrios industriales mismos. Debe tenerse en cuenta que el trabajo productivo concitó en el bajo pueblo la misma irrefrenable atracción y concentración demográficas y la misma sociabilidad pública que el comercio callejero, y ello tanto fuera como dentro de las ciudades. En 1853, por ejemplo, Vicente Pérez Rosales informó que a los "cortes de maderas" de los astilleros de Puerto Montt (remota zona de colonización por entonces) acudían "vagos, ebrios, jugadores, hombres perseguidos por la justicia, etc. ... [que] a los astilleros de la boca denominada del Este, a los de Coygüin i Puerto Montt no concurren menos de 3.000 trabajadores, i que la autoridad, si se ha de tomar algunas medidas represivas, necesita tener con qué apoyarlas..."⁴⁸

Si lo anterior ocurría en los remotos astilleros de Puerto Montt, cabe imaginar la densidad humana de lo ocurrido dentro y en torno de los barrios industriales mismos. El rancharío de los almidoneros de Yungay, por ejemplo, contenía "más de 100 familias pobrísimas", en un espacio de pocas cuadras.⁴⁹ Al norte de "la caja del río Mapocho", a lo largo de seis cuadras, se levantaba otro denso rancharío, abundantemente provisto de molinos y otras instalaciones productivas. Las autoridades lo describían como "esa multitud de ranchos o pocilgas, pésimamente contruidos. ... Es necesario internarse en ese laberinto para tener una idea de ... la insalubridad de sus habitaciones y los pantanos de agua corrompida de que están rodeados".⁵⁰ En Valparaíso, calle Blanco, año de 1867, "más de 100 familias numerosas que ejercen sus oficios e industrias" habían levantado un barrio que ellos mismos "habían ganado al mar".⁵¹ Mientras que, en Santiago, los "abasteros" atiborran los arrabales con sus "mataderos particulares". Así, por ejemplo, en la "Cañada del Colegio San Miguel" había 15 de ellos; en la "calle San Diego viejo afuera", 9; y en la "calle atravesada de San Miguel a Yungai" otros 9; habiendo 66 de ellos en toda la ciudad.⁵² Al paso que, diamante, "carretas en número considerable i muchas recuas de burros, los que salen cargados con materiales de todo género", entraban y salían del río Mapocho, abrumando con su presencia y ruido los barrios aledaños.⁵³

De este modo, la demografía ambulante, esparcida a cielo abierto; la promiscuidad; el humo de "fraguas" y de "hornillas"; las "borras" confluyendo hacia

47. AAMS v. 128, Rep. Don D. Cumplido. Santiago, /5/1842.

48. AML v. 26, Inf. V. Pérez R. Puerto Montt, /12/1853.

49. Como Nota 32.

50. AAMS vs. 159 y 169, Inf. R. Marcoleta y P. Ovalle, respectivamente. Santiago, 8/8/1853 y 28/4/1854.

51. AMH v. 624, Rep. Pobladores. Valparaíso, 12/12/1867.

52. AAMS v. 177, Inf. A. Prieto C. Santiago, 1/7/1844.

53. AAMS v. 177, Pet. J. Córdoba. Santiago, /10/1856.

la calle; los pantanos, por doquier; los vapores "deletéreos", envolviéndolo todo; los "tendales", como callampas, erigiéndose enhiestos en calles y plazas; los fogones, chisporroteando día y noche; la algarazara permanente, el vocerío soez; las peticiones *in crescendo* de industriales y regatones; la "ciudad bárbara", en fin, ahorcando a la ciudad "culta" y, finalmente, la competencia que el producto criollo ofrecía –pese a todo– al producto importado, componían no sólo una economía popular henchida de dinamismo propio, sino también un tipo de sociedad y una subcultura que no podían menos que "desmoralizar" e irritar a la oligarquía mercantil y a sus agentes políticos.⁵⁴

Semejante cuadro no consistía, sin embargo, sólo en el deambular público y desenfadado de la "bárbara" clase productiva. También consistía en un volumen de producción manufacturera considerable.

De una parte, estaba el número de ramas (u oficios) industriales. Si en 1823 se reconocieron 22, hacia 1850 se contabilizaban no menos de 50 (carpinterías, tornerías, tonelerías, curtiembres, tenerías, destilerías, fábricas de aceite, de almidón, de jabón y velas, de carretas y carretones, de cerveza, de licores, de tejas y ladrillos, herrerías, herradurías, hojalaterías, marmolerías, molinos de trigo, mueblerías, platerías, panaderías, dulcerías, pastelerías, saladeros de cueros, sastrerías, costurerías, sombrererías, talabarterías, colchonerías, hilanderías, tejedurías, tintorerías, queserías, pellerías, talleres de arte decorativo, ebanisterías, talleres de pintura, zapaterías, empresas de transporte, de construcción, amasanderías, mataderos, fábricas de estribos y espuelas, de canastos, locerías, relojerías, barberías, miñiquerías, astilleros, etc.). Varios de los dueños de estos establecimientos se agremiaron, pero no en el sentido cofrático o medieval, sino como una asociación empresarial federativa que representaba sus intereses directamente ante el Estado, sea en resistencia a la dominación mercantil y liberal, sea como propuesta alternativa de política económica.⁵⁵

No es posible calcular la producción anual de cada una de las ramas anotadas. Sí lo es, en cambio, estimar la de alguna de ellas. Por ejemplo, de la rama textil ("hilanderías y tejedurías"). Los datos existentes revelan que esta actividad productiva creció aceleradamente después de 1832. A eso contribuyeron, de un lado, el fin de las guerras campesinas en el sur (combate de las Lagunas de Epulauquén); y, de otro, el *boom* textil desencadenado por las grandes exportaciones de lana chilena a Inglaterra, ambos hechos ocurridos en la década de 1830.⁵⁶ Los datos coinciden en que el polo de ese crecimiento fue la provincia de Maule.

El Censo realizado en esa provincia en 1844 –el único provincial que fue completado– reveló que, en ese año, existían allí 8.841 "fábricas y talleres", de los cuales 87 por ciento (7.795) correspondía a "hilanderías y telares", que eran operados por 12.409 trabajadoras por cuenta propia.⁵⁷ Según los funcionarios de la Intendencia provincial, el valor anual de lo producido por esas trabajadoras alcanzaba a la suma de 225.000 pesos.⁵⁸ En ese mismo año, el conjunto del sector agrícola nacional exportó

54. Acerca del vivir en la "ciudad bárbara", G. Salazar, "Ser niño huacho en la historia de Chile", *Proposiciones* 19 (1990).

55. AIS s/n, Rep. Comité Obreros. Santiago, 8/1838; AAMS v. 94, Rep. Comité Abasteros. Santiago, 12/4/1829; *ibid.* v. 145, Rep. Gremio Birlócheros. Santiago, 8/1829; *ibid.* v. 94, Rep. Gremio Carreteros. Santiago, 9/1829.

56. G. Salazar, "Entrepreneurs...", *loc. cit.*, Chapters 3, 5 y 6.

57. F. Urizar G., *Estadística de la República de Chile* (Santiago, 1845). Tomo I, Estados Nos. 12 y 23.

58. *Ibidem*, p. 94.

un valor total de 897.025 pesos.⁵⁹ De consiguiente, el valor de lo producido por la industria textil popular de sólo la provincia de Maule equivalía a 25,1 por ciento de lo exportado por el conjunto del sector agrícola. Esto permite razonar que, si el número total de hilanderas y tejedoras existentes en el país en 1854 era de 85.084 (o sea, siete veces más que las que había en Maule diez años antes), y si la productividad era la misma, la producción nacional de la industria textil popular alcanzó a mediados del siglo XIX, muy probablemente, valores anuales equivalentes a los exportados año a año por el "sistema de hacienda" en su conjunto.

El detalle de lo producido por las trabajadoras textiles del Maule puede ser apreciado en las cifras del Cuadro 3.

Cuadro 3. Producción anual de las tejedoras de la provincia de Maule (1844)

Rubros	Cantidades	
Alfombras de iglesia	874	unidades
Alfombras de arriedas (sic)	5.855	"
Ceñidores	8.479	"
Esteras	577	"
Medias de lana	5.964	"
Frazadas	3.606	"
Medias de algodón	819	"
Petates	76	"
Pellones	2.076	"
Ponchos	48.105	"
Alfombras	843	varas
Bayetas	213.42	"
Huinchas	7.178	"
Telas de cáñamo	4	"
Telas de lino	130	"
Sayal	6.875	"
Jerga	15.712	"

Fuente: F. Urizar, op. cit., Estado no. 24.

Por su parte, los "astilleros de madera", que florecieron en varios puntos de la costa sur del país, asociaron, en un sólo proceso empresarial, a agricultores, madereros, carpinteros, calafateros, peones y marinos. Estas industrias utilizaron y desarrollaron la tecnología local y colonial, atrajeron miles de trabajadores cesantes (como informara Vicente Pérez Rosales) y se desarrollaron bajo la fuerte competencia de las compañías foráneas. Su crecimiento, iniciado a fines del siglo XVIII, llegó a su apogeo, probablemente, en las décadas de 1830 y 1840. Sin embargo, las casas comerciales extranjeras (que introdujeron la navegación a vapor bajo régimen de privilegio) y las fundiciones nacionales (que construyendo naves a vapor de menor calado coparon el mercado nacional) empujaron esta industria a su declinación.

59. Gobierno de Chile, *Resumen de la Hacienda Pública. 1810-1914* (Londres, 1914). Sección V, Importaciones y Exportaciones; p. 5.

El polo geográfico central de esta industria fue el puerto de Constitución. Significativamente, este puerto no formó parte de la red exportadora de trigo o de cobre, ni de la importadora de manufacturas europeas. No quedó sujeto, por tanto, como Valparaíso, Talcahuano, Tomé o Caldera, al radio de influencia de los grandes mercaderes o hacendados. Por ello, expresó durante más tiempo las posibilidades de desarrollo independiente de la industria autóctona. Es un caso que merece un estudio más profundo. El Cuadro 4 da una idea del volumen productivo de los astilleros enclavados allí.

Cuadro 4. Buques construidos en el astillero de Constitución (1829-1849)

Años	Fragatas Barcas Bergantines	Goletas Balandras	Lanchas	Botes	Total buques	Total toneladas
Hasta						
1828	16	37	120	55	228	7.104
1829		2			2	85
1830		1			1	55
1831		1			1	69
1832		2	15		17	274
1833		2	15		17	354
1834		3	26		29	757
1835		3	21	1	25	410
1836		1	5		6	95
1837	1		12		13	276
1838		2	6		8	213
1839		3	13		16	459
1840		1	11		12	168
1841	1	3	13		17	594
1842		1	18		19	274
1843	2	2	16		20	513
1844		1	20		21	295
1845		1	17		18	320
1846		1	22		23	319
1847		1	17		18	290
1848	2		17		19	706
1849			3		3	39
TOTAL	22	68	387	56	533	13.672

Fuente: AMI v. 249, Informe M. Azagra. Constitución, 3/01/1849.

La producción global de los talleres artesanales puede calcularse también, *grosso modo*, por el hecho de que sus productos no sólo abastecieron completamente el mercado nacional, sino también, en parte, el de las naciones vecinas. La lista de importaciones revela que no se internaron muchos productos que compitieran con los de producción local, a excepción de los tejidos, muebles, licores y —desde 1840— barcos, más otros casos menores. Los reclamos de los artesanos ante esas importaciones se concentraron en unos pocos rubros, sobre todo el de los muebles. De mayor importancia fue su

reacción ante los aranceles que gravaron la importación de materias primas para la industria, sobre todo porque los extranjeros trabajaban con régimen de privilegio, pues podían importar esos rubros eximiéndose del pago de derechos.⁶⁰ La lista de las exportaciones, sin embargo, revela que, a pesar de esa competencia y su carencia de privilegios, la industria popular pudo sostener un significativo 'desarrollo hacia afuera'.

Cuadro 5. Exportaciones industriales desde Constitución (1832-39)

Años	Madera Piezas	Mantas Número	Quesos Quintales	Sebo Quintales	Suelas Número	Vino Arrobas	Jabón y velas Docenas
1832	3.637		121	753	74	48	
1833	5.737	26	245	432	474	40	
1834	8.184	9	311	79	111		985
1835	3.624	25	57	524	159	220	49
1836	6.002	29	332	827	236	265	158
1837	4.562	2	343	513	120	120	100
1838	7.016	146	777	603		823	
1839	11.410	864	524	1.346	110	1.742	
TOTAL	53.164	1.101	2.725	5.070	1.384	3.260	1.304

Fuente: AMH v. 111, Informe M. Azagra. Constitución, 10/10/1840.

A esta lista deben agregarse otros rubros, no incluidos en el Cuadro: bayetas (378 cortes para todo el período); cáñamo (17 quintales); charqui (5.113 quintales); galletas (27 quintales); y harina (25.015 quintales). El valor de estas exportaciones duplicó el de las exportaciones de trigo, frangollo, maíz y otros productos de la agricultura (los últimos totalizaron, para el período, poco más de 20.000 pesos).⁶¹

El dominio que la industria artesanal ejerció sobre el mercado local y el limítrofe hasta, cuando menos, 1860, se debió, en gran parte, a la firme tendencia del "bajo pueblo" a consumir lo que su propia industria producía. La coherencia geográfica, tecnológica, social y cultural de la economía manufacturera popular no sólo dio fuerza y tenacidad a la red de su comercio callejero durante todo el siglo XIX, sino también a las exportaciones artesanales hasta, cuando menos, 1885. Los comerciantes ingleses se vieron en dificultades para penetrar los rancharios populares y quebrar sus coherencias internas. Las fábricas textiles de Lancashire se vieron forzadas, para copar ese indócil mercado, a producir ponchos y ceñidores de la textura y calidad de los producidos en los telares de Maule.⁶²

En 1844, refiriéndose a la industria textil popular, Fernando Urizar anotaba:

La gente pobre emplea la bayeta, la jerga, los ceñidores i las medias de lana o escarpines que allí se tejen en su vestuario ordinario; i las frazadas i mantas i ponchos, toda clase de personas...⁶³

60. AMH v. 159, Rep. Carpinteros de Santiago-Valparaíso, 1841 s/f

61. AMH v. 111, Inf. M. Azagra. Constitución, 10/10/1840.

62. D. C. M. Platt, *Latin America & British Trade. 1806-1914* (London, 1972), pp. 10-22.

63. F. Urizar, op. cit., pp. 92-94.

Aun a fines de la década de 1880, los observadores extranjeros se extrañaban de la decidida preferencia que la plebe daba a la manufactura popular, despreciando las mercancías ofrecidas "en la vereda del frente" por las elegantes tiendas de estilo europeo.⁶⁴ Muchos hacendados adoptaron también, para su uso diario, diversas prendas y utensilios de manufactura autóctona.

La lealtad popular hacia su propia producción se manifestó no sólo dentro del territorio nacional, sino también fuera. La permanente diáspora del peonaje y su tendencia a "abandonar" el país llevó esa lealtad más allá de las fronteras. La emigración no alteró la identidad cultural y económica del "bajo pueblo". El éxodo peonal hacia Perú, Bolivia, Argentina, Ecuador, Panamá y California terminó por roturar un mercado externo para la industria criolla, dando partida a un pequeño pero permanente flujo de exportaciones manufactureras. En 1886, la Sociedad de Fomento Fabril informó que, por entonces, las únicas "exportaciones industriales" que registraba el país provenían de la industria popular y se remitían a los nacionales—también de origen popular—que habitaban en gran número los países limítrofes.⁶⁵

Este rápido recuento historiográfico respecto de la identidad social, estructura productiva y mercado de la industria artesanal chilena de mediados del siglo XIX revela, sin duda, la anchura territorial, espesor demográfico y coherencia cultural del movimiento popular que impulsó desde abajo la industrialización. Fueron estas concreciones, más que una formalizada propuesta teórica y política, las que desafiaron al temible régimen portaliano. Un proyecto histórico social-productivista, revenido desde el "bajo fondo", antagónicamente erigido frente al autoritarismo librecambista impuesto desde las cúpulas por los mercaderes y sus asociados. Fue éste el conflicto profundo que se combatió en las guerras civiles de 1851 y 1859 (que para muchos no fue más que 'otra' confrontación estrictamente política entre "liberales" y "conservadores"). La guerra significó una larga derrota de siglo y medio y más para el proyecto social-productivista; pero significó un triunfo político para los aliados patricios de ese proyecto: los "liberales o girondinos" que, catapultados por la crisis, lograron reincorporarse al rodaje estatal, tras treinta años de ostracismo. Después de 1860, los enemigos de los años cincuenta—los "liberales" y los "conservadores"—se fundieron en una sola argamasa oligárquica y en un mismo (readecuado) autoritarismo librecambista, lo que demostró que el antagonismo histórico luchado en 1851 y 1859 no había sido el que tensaba entre el gobierno y la oposición patricia, sino entre las cúpulas mercantiles (bajo las cuales comulgarían juntos liberales y conservadores por espacio de setenta años) y el proyecto social-productivista que tendía a emerger oscuramente de la ancha, gris y temible masa del "bajo pueblo").⁶⁶

¿Fue una guerra prematura entre una oligarquía mercantil preindustrial y una naciente burguesía industrial? ¿Existieron en la economía "bárbara" gérmenes de un modo de producción nuevo, brotado de los déficit sociales del que había estructurado en el país la dominación colonialista?⁶⁷ En cualquier caso, el movimiento iniciado por los "industriales-obreros" del siglo XIX se vio envuelto, a poco andar, en una seguidilla de emboscadas y (soterradas) batallas históricas, en las que tuvieron que luchar, cada vez y sin falta, contra la implacable guerrilla antiproduktivista y antipopular de las

64. T. Child, "Urban and Commercial Chili", *Harper's Monthly Magazine*, 81 (1890), *passim*.

65. BSFF, 3:5 (1886), pp. 197-200.

66. M. Zeitlin, *The Civil Wars in Chile: the Bourgeois Revolution that Never Was* (Urbana, Ill., 1985).

élites mercantiles nacionales y extranjeras, y de sus obsecuentes agentes políticos. Es lo que, sucintamente, se expondrá a continuación.

III

LA REBELION DE LOS "SIGARREROS": ATAQUE Y REPLIEGUE DEL MONOPOLIO MERCANTIL

El 24 de agosto de 1824, la firma comercial y especulativa Portales, Cea i Compañía dio las siguientes instrucciones (entre otras) a sus empleados:

Segundo: . . . empezarán a comprar todas las existencias o porciones de especias estancadas [esto es: tabacos y cigarros] que se hallaren en poder de comerciantes . . . valiéndose al efecto de espías i de cuantos medios estén a sus alcances, i anunciando al público por carteles que el denunciante hace suya la especie denunciada con la obligación precisa de venderla a la administración . . . Séptimo: Queda a la discreción de los empresarios la gratificación que hayan de dar al administrador que descubriese i quemase alguna sementera de tabacos . . . Décimo: No podrán los administradores permitir cigarrerías en las ciudades o villas cabeceras . . . para evitar que en ellas se venda tabaco que pudieran comprar de contrabando los cigarreros . . .⁶⁸

¿Cómo pudo una compañía mercantil ordenar a sus empleados, sin más, que exterminasen la industria tabaquera chilena, utilizando para ello espías, delatores gratificables, compra forzada, confiscación y/o incineración del tabaco existente, mientras, por oficio interno, prohibía las fábricas de cigarros?

Sobre esta base: cuatro días antes, el 20 de agosto, la Compañía había firmado un contrato con la Caja Nacional de Descuentos (cuyos directores eran, a la sazón, parientes del jefe de la dicha compañía, Diego Portales) y en presencia del ministro de Hacienda Diego José Benavente (amigo y más tarde *partner* político del mismo Portales). En virtud de ese contrato, el gobierno de Chile concedió a Portales, Cea & Cia. "el privilegio exclusivo de vender tabacos de todas clases, en rama i en polvo, naipes, licores extranjeros i té . . ."⁶⁹ El artículo 6 de esa contrata daba quince días de plazo para que los que habían estado trabajando el rubro (los "sigarreros") vendieran todas sus existencias a los monopolistas (al precio fijado por éstos), y rehicieran sus vidas haciendo alguna otra cosa. El artículo 8, previendo la cesantía que los artículos anteriores iban a producir, autorizaba a la Compañía a "establecer por su cuenta casas-fábricas de cigarros", y a dar empleo en ella, si a los socios pluguiere, "a los que en el día se ocupan en este ejercicio". Sin embargo, previendo que todo ello podría ser resistido por los afectados, estipulaba también:

. . . se les franqueará una custodia de tropa reglada que contenga cualquier desorden fábil de suceder en una crecida reunion de estos trabajadores . . .⁷⁰

67. G. Salazar, "Algunos aspectos fundamentales del desarrollo del capitalismo en Chile" (Santiago, 1976).

68. SCL v. 11, pp. 104-106.

69. *Ibidem*, p. 103.

70. *Ibidem*.

Y por si hubiera dudas, el artículo 10 reforzaba al 8, agregando: "El Gobierno es obligado a prestar a los empresarios toda la protección i ayuda que necesiten para hacer efectivo el privilegio esclusivo".⁷¹

Qué duda cabe: era el monopolio mercantil perfecto: nacional, antiproductivo, especulativo, financista (operaba con el Barclay, Herring & Co. Bank, of London), inmoral (alentaba el espionaje y la delación), nepotista, abusivo, con respaldo legal "obligado" del gobierno, más el comando directo de la "tropa reglada" de la nación. No es de extrañar, pues, que, con tal apoyo, la firma Portales, Cea & Cia. ordenase, por voz de mando simple, el aniquilamiento total de los "sigarreros".

Era la guerra.

Una fría mañana, a fines de agosto, el industrial Manuel José Ulloa sintió ruidos de tropel en el exterior. Sorprendido, atisbó por la ventana: "16 fusileros han cercado mi casa, bala en boca, y un sinnúmero de agentes de la Compañía, para robarme arroba y media de tabaco". Ulloa reclamó. El intendente de la provincia lo obligó a "componerse con Portales", pero éste, "despidiéndole con la mayor grosería", mandó cerrar su establecimiento, el que "permanece así hasta la fecha" (octubre).⁷²

Ante la emergencia, quince "sigarreros" se reunieron (seis mujeres incluidas) y elevaron una primera "representación" al Ministerio de Hacienda. Señalaron que el monopolio concedido iba a "destruir completamente" lo que ellos consideraban "un ramo que no sólo es comercial sino industrial". Que la concesión hecha "solo ba aentregar en manos de la maseria i el ambre a un considerable porcion de mujeres, niños, ancianos e imbalidos . . . nosotros aumentaremos el numero de estos infelices . . ." Que todo eso era "un ataque directo a la propiedad . . . nos priba para siempre el buscar otro giro". Los cigarreros pidieron, no quince días, sino, cuando menos, un año de gracia. Se les respondió: "No ha lugar".⁷³

Desesperados, tres semanas después, los industriales insistieron: "Hoy, señor, han mandado cerrar nuestras oficinas por el Administrador o principal asentista del Estanco de Tavacos". Los firmantes recordaron que durante el gobierno español no existía ese tipo de monopolios. "El asentista -dijeron- se ha abanzado . . . a que cerremos nuestras casas públicas, sin encargarse de la indemnización de perjuicios . . . VE . . . debe ampararnos en la agresión que se intenta". El ministro Benavente envió la petición a los directores de la Caja Nacional de Descuentos, para que informasen. Domingo Eyzaguirre y Francisco Xavier de Errázuriz -los mercaderes que habían firmado el contrato a nombre del Fisco-, se limitaron a transcribir y aplicar el artículo 8 del mismo. No hubo, pues, amparo.⁷⁴

Los industriales se fueron exasperando. La agremiación se expandió infecciosamente. En octubre 19, una tercera representación fue entregada al ministro de Hacienda. Esta vez, no fueron 15 sino 155 los "sigarreros" que firmaron. Sintiendo se fuertes, dejaron sentir su indignación:

Los ciudadanos que suscribimos . . . habiendo sentido los crueles efectos del Estanco de Tabacos . . . nos pone en la actitud de prevenimos contra el más fiero y desconocido

70. *Ibidem*.

71. *Ibidem*.

72. AMH v. 159, Rep. Cigarreros. Santiago, 19/10/1824.

73. AMH v. 20, Rep. Cigarreros. Santiago, 3/11/1824.

74. AMH v. 20, Rep. Cigarreros. Santiago, 30/9/1824; *ibid.*, Inf. de Don D. Eyzaguirre y Don F. X. Errázuriz. Santiago, 2/10/1824

despotismo... Nos ha sido muy extraño que no se hayan impreso los artículos de la Contrata... Solo hemos tenido la triste noticia por los Decretos particulares y desconocidos de D. Diego Portales y Compañía, quedando maravillados de ver a un individuo disponer a su arbitrio de un número crecido de tropa para proceder contra ciudadanos de consideraciones, sin más forma de proceso, ni más documento que los espías asalariados de Portales y Cia., y que por razón de su empleo deben ser los más perversos y los últimos ciudadanos de Chile...

Los "sigarreros" añadieron que "el subastador" estaba "atacando directamente" sus vidas, su honor, sus propiedades, forzándolos a transformarse en "bandidos en la sociedad". Que todo eso era un "robo a los capitales nuestros... para que aumenten sus riquezas los poderosos monopolistas". Que, a su juicio, "la Compañía es parte, juez executor... y Tribunal Supremo sin audiencia legal ni apelación".⁷⁵

¿De qué modo los cigarreros "se previnieron contra" el despotismo mercantil que denunciaron al gobierno? No hay documentación específica al respecto. Sin embargo, conociendo la densidad y anchura sociales de la industria artesanal, y la tenacidad de su accionar económico, su más probable respuesta tuvo que haber sido, de un lado, la activación de una campaña de desprestigio contra la Compañía y los políticos que la amparaban; y, de otro, la reanudación clandestina de su trabajo productivo-comercial. Lo cual significaba incurrir, "legalmente", por lo primero, en subversión; y por lo segundo, en contrabando. Lo que a su vez los convertía, como ellos mismos lo señalaron, "en bandidos en la sociedad". La respuesta de los "sigarreros" debió ser (y fue) el desencadenamiento de una guerrilla 'social' contra el monopolio.

Era la subversión. Y la "anarquía".

Que fue así, lo probó la misma Compañía cuando, dos años después que los cigarreros enviaran su tercera representación, informó al ministro de Hacienda que, al iniciar la "compra" del tabaco existente, fue "tan injente" la cantidad encontrada en poder de aquéllos, "que excedieron al mejor cálculo fundado en los mejores antecedentes". Tanto, que los 300.000 pesos transferidos por la Caja de Descuentos a la Compañía no fueron suficientes. De este modo, a la primera colisión, los monopolistas quedaron abrumados por el gran volumen del capital movido por los industriales del ramo, lo que dejó al desnudo su debilidad financiera (de los mercaderes) y el tamaño de su ambición o de su despotismo. La resistencia puesta en marcha por los "sigarreros" resultó, pues, directamente proporcional a su real envergadura económica, y al déficit financiero estructural con que la Compañía entró al terreno de las acciones. La guerrilla de los "sigarreros" resultó, pues, desproporcionadamente poderosa para el monopolio. Lo dijeron los propios monopolistas, en su queja al señor Ministro:

Un torrente de opinión erijida i tolerada contra este negocio i sus empresarios, ha hecho irremediables los más escandalosos abusos. Los contrabandos no sólo se emprenden al abrigo de la ocultación, sino que ha habido vez que han sido sostenidos a mano armada. Las siembras de tabaco se permiten en los territorios sin el menor respeto i sumisión a las órdenes del Gobierno, siendo unas veces cómplices los mismos jueces territoriales i tolerándose no como una infracción contra el Estado, sino como un equitativo descuento

75. AMH v. 159. Rep. 155 Cigarreros. Santiago, 19/10/1824.

que se hace a unos empresarios monopolistas i que rebozan en riquezas fiscales ... se han encontrado más de 300 sementeras de tabacos, algunas con más de 40.000 plantas ... 76

La Compañía denunció "los abusos" que cometían todos los que "burlaban" los decretos del Estanco. Incluso dedujo conclusiones políticas, al reflexionar que "el buen éxito de esta empresa, indudablemente, ha pendido i pende ... de la sumisión a las providencias legales que los que la manejan dicten". Y se preguntó: "¿I qué éxito podremos esperar nosotros en una negociación cuyo principal apoyo i garantía consiste en la inviolabilidad de los pactos, i en la eficacia i respetabilidad de las providencias para sostenerlos?"⁷⁷ En otras palabras, la Compañía acusó a los productores, manufactureros y comerciantes de tabaco—que ella estaba aniquilando con su monopolio—de actuar con inmoralidad cívica, y al Estado nacional, de incapacidad para garantizar y proteger "los pactos" del gran comercio.

No obstante, no sólo los "sigarreros", con su tozudez, abusaron las cláusulas del monopolio. También lo hicieron los mercaderes y capitanes de barcos extranjeros que, desde tiempo inmemorial, habían importado tabaco como materia prima para los manufactureros locales. Portales, Cea & Cia. interfirieron en esas relaciones, controlando a unos y despojando a otros. Los comerciantes extranjeros protestaron, e involucraron a sus respectivas Legaciones y Estados. En marzo de 1825, el cónsul de Estados Unidos protestó formalmente ante el gobernador de Valparaíso por "las fianzas" que los monopolistas exigían a los barcos extranjeros que tocaban en Coquimbo y otros puertos, cuando traían o tenían a bordo especies estancadas, prohibiéndoles, asimismo, recalar en otro puerto chileno tras haberlo hecho en uno. El cónsul fue claro: "The Government of the United States knows no Second Power in Chile", y señaló luego que "it is incompatible with the Honor and Dignity of the Government of the United States to admit of such Bonds being given ..."⁷⁸

La Compañía quebró.⁷⁹

El Congreso Nacional ordenó un juicio en su contra. El Estado, que debía ser representado por la Caja Nacional de Descuentos, se hizo parte del juicio. Se buscó el concurso de abogados competentes. Pero, de cinco abogados sondeados para asumir la defensa del Fisco, los cinco "se escusaron de encargarse de ella por el temor a las enemistades poderosas que se esponían a contraer". En último momento, un joven abogado, Juan Manuel Cobos, aceptó. Pero entonces los ministros del Tribunal de Cuentas opinaron que la defensa fiscal podía ser mejor asumida por los directores mismos de la Caja Nacional de Descuentos. El ministro de Hacienda aceptó esta sugerencia y desechó la propuesta de Cobos. Así constituido el terreno del "juicio", la firma Portales, Cea & Cia. exigió que el Estado la indemnizara por las pérdidas que había experimentado ("es preciso, pues ... que desde este momento el Gobierno suspenda la contrata, fijando nuestra indemnización ..."). Los defensores del Fisco acordaron que la Caja pagara esa indemnización. Los mercaderes quedaron, sobre ese punto, satisfechos.⁸⁰

76. SCL v. 12, Inf. Portales, Cea & Cia., 5/7/1826, p. 202.

77. *Ibidem*, p. 202.

78. AMH v. 82, Carta Michael Hogan. Valparaíso, 29/3/1825.

79. D. Barros A., *Historia Jeneral de Chile* (Santiago, 1897), v. 15, pp. 69 et seq.

80. AMH v. 84, Inf. F. Errázuriz y J. Campino. Santiago, 23 y 30/8/1826; Inf. R. Correa y Elizalde. Santiago, 19 y 25/9/1826. Y SCL, v. 12, Anexos 397 a 401, p. 324. Véase también J. Kinsbrumer, *Diego Portales: Interpretative Essays of the Man and Times* (The Hague, 1967), *passim*.

El monopolio de la importación y "picado" de tabaco volvió al Fisco, quedando libre la elaboración y venta de los distintos tipos de cigarros. Los "sigarreros" reanudaron su trabajo. No obstante, cuando quisieron asumir también las labores de picado o de importación, no les fue permitido. De hecho, después de instaurado el régimen "portaliano" en Chile -1830-, la internación, picado y venta al por mayor del tabaco importado fue una función mercantil de rango monopolístico que fue subastada periódicamente en propuesta pública, siendo los grandes mercaderes (Joshua Waddington y la firma Grisar, Schuchard & Co., entre otros) quienes la subastaron de modo regular.⁸¹

La rebelión de los "sigarreros" fue, pues, hasta cierto punto, victoriosa: el extremismo monopolista se replegó. Pero no lo fue tanto como para haber extirpado la propensión mercantil al monopolio, o impedido que el grupo estanquero perpetrara en el terreno político las conclusiones monopolistas a que había arribado tras la guerrilla económica de 1824-26, ni que levantara -con apoyo de "la tropa reglada" de la Nación- un Estado estructurado a imagen y semejanza de esas conclusiones.⁸² No obstante, fue un logro suficiente como para que, a la inversa, la hegemonía estatal alcanzada por el grupo estanquero y sus asociados no pudiera ejercerse en los términos absolutos de una paz librecambista, puesto que los grupos portalianos debieron enfrentarse por segunda vez a la anarquía productivista que los industriales del "bajo pueblo" hicieron chisporrotear por medio siglo -como luego se mostrará-, frente a sus tiendas.

La guerrilla continuaba.

IV

LA BATALLA DE LAS FRAGUAS

El 3 de marzo de 1833, el curtidor David Money recibió en su casa de calle San Pablo ("nueve quadras y media distante de la Plaza de la Independencia") al inspector enviado por el gobernador de Santiago. El mismo Money escribió:

... se me ha ordenado que sierre mi fabrica o curtiembre vajo apercivimiento de poner en captura a mí y a todos mis operarios.

Se le acusó de violar el Bando de Policía del 28 de junio de 1830, cuyo artículo 12 "prohibía la existencia de curtiembres [de almidonerías y carnicerías] dentro del resinto de la Ciudad".

¿Estaba la curtiembre de Money dentro o fuera de ese "resinto"? ¿Dónde comenzaba la Ciudad y dónde terminaba? Money alegó que "las curtiembres de Maldonado, Escobar, Porte, Lillo, Pacheco y de Domingo Martínez de la calle San Francisco ... [y] las badanerías que son infinitas", estaban, por ejemplo, más dentro de

81. AMH v. 89, Inf. P. Urriola y J. L. Eyzaguirre. Santiago, 21 y 22/3/1832, respectivamente.

82. Para un enfoque tradicional, J. E. Vargas, "El pensamiento político del grupo estanquero. 1826-1829", *Historia* 9 (1970), *passim*.

la Ciudad que la suya y no habían sido clausuradas, y que, por otro lado, el tal Bando había sido anulado "por rebocatoria posterior". La orden contra Money se fundaba en que las curtiembres operaban materiales cuya "putrefacción corrompían el ayre y causaban insalubridad". Money contraarguyó que él trasladaba esos materiales a los extramuros de la ciudad, "al lado opuesto del viento Sur". El gobernador mantuvo su orden, pero el procurador de Ciudad, Mariano de Bernales, le recordó que eso "no podría plantearse sin atacar directamente la propiedad, pues para su ejecución tendría que reducir a la nada injentes capitales invertidos a la elaboración de cueros". El caso quedó en suspenso.⁸³

Era cierto: la capital estaba atiborrada de insalubridad, y los mercaderes patricios, establecidos en el "resinto" central, se hallaban acorralados por la bárbara competencia que reventaba, desde la calle, en sus mismas puertas. Pues bien, si el régimen de orden establecido por Diego Portales y compañía estaba ya firmemente asentado, ¿por qué, entonces, no combatir con energía, simultáneamente, la insalubridad y la invasión?

Era obvio: en febrero de 1834 se dictó un Bando de Policía por el cual —algo tímidamente— se ordenaba que "dentro de la población y sus suburbios no se derramarán borras, o simples de alambiques, ni podrán existir alambiques o cortidurias en el recinto de la ciudad".⁸⁴ El Bando era general, y no indicaba cómo debían ejecutarse sus cláusulas. La prevención del procurador Bernales continuaba inhibiendo, al parecer, al municipio. Molesto por ello, en agosto del mismo año, el juez de Policía don Miguel Dávila conminó a la Municipalidad a poner en ejecución lo dispuesto por el Bando de febrero. "Es ya necesidad —escribió— tomar la providencia de mudar a otro lugar más distante . . . las casas de los carniceros". Y agregó: "Siendo también perjudicial a la Salud Pública los hornos de teja y ladrillo, es necesario que VS los prohíba dentro de la población".⁸⁵

¿había un motivo adicional: los artesanos extranjeros avecindados en Chile provenían, de un modo u otro, de la revolución industrial inglesa, y fueron introducidos, junto a las típicas "hornillas" de leña de los criollos, las "fraguas" operadas con carbón de piedra o de otro tipo. El humo de estas fraguas se tornó abundante y denso, al parecer, en la década de 1830. Tanto, que en 1840 el procurador de Ciudad se sintió obligado a informar a este respecto que:

De poco tiempo a esta parte, algunos artesanos extranjeros han principiado a usar del carbon de piedra en sus fraguas, y los dueños de las casas inmediatas a ellas, exigen de la policía la prohibición del uso de dicho combustible, por la molestia que les causa su hedor.⁸⁶

Es que don Manuel Ramón Infante ya había hecho un reclamo: "en la casa del mayorazgo Larrain que esta deslindando con la mia se ha puesto recientemente una fabrica de carroseria, en que ayer han principiado y continuado hoy a quemar carbon de piedra en dos fraguas que arrojan un vapor mortífero". Pidió que se suspendieran los trabajos. Las autoridades solicitaron un informe técnico al Tribunal del

83. AAMS v. 102, Rep. de D. Money. Santiago, 3 y 5/3/1833; Inf. M. de Bernales. Santiago, 8/3/1833.

84. AAMS v. 108, Bando Policía. Santiago, 7/2/1834.

85. AAMS v. 108, Oficio M. Dávila. 16/8/1834.

86. AAMS v. 115, Inf. J. Cavareda. Santiago, 7/2/1840.

Protomedicato. El informe señaló que los gases en cuestión eran tóxicos, pero que "elevado por un tubo a la altura de diez a once varas . . . es absolutamente nula la propiedad deleterea de dicho gaz . . ." En prevención, el subdelegado suspendió los trabajos del birlocho, hasta que hubiese una decisión definitiva.⁸⁷

Es evidente que las autoridades de nivel municipal no tenían entonces —como en cambio tuvieron Portales, Cea & Cia. en 1824— ni el instrumento legal ni el poder político necesario para clausurar o erradicar los establecimientos industriales de la capital, afectando el derecho de propiedad y destruyendo los capitales invertidos. Por esto, el clamor del patriciado mercantil no halló un eco efectivo en este nivel de la autoridad. Era preciso dictar, a este respecto, un cuerpo legal amplio, emanado de las magistraturas superiores del Estado. Así lo comprendió el director de Obras Públicas de la Municipalidad de Santiago, Francisco Tagle Echeverría, quien en 1838 exigió que se dictara, con apoyo ministerial, un formal Reglamento de Arquitectura Urbana, pues el Bando de Policía que ordenaba erradicar curtiembres, carnicerías y almidonerías no había sido respetado por los industriales.⁸⁸

Pero el gobierno portaliano, a la sazón más preocupado por el mercado limeño que por el doméstico, no se pronunció sobre ese punto. La presión de los mercaderes y la confusión de las autoridades urbanas se acrecentó y enredó. Don José de la Cavareda y don José Vicente Larraín decidieron, entonces, hacer algo. Y el 20 de abril de 1841 presentaron un proyecto de Ordenanza Municipal sobre la materia. Sus considerandos son dignos de anotarse:

Ilustre Municipalidad: ruinosos incendios hemos visto repetirse por desgracia en almacenes y tiendas del comercio existentes a las inmediaciones de la Plaza Mayor, y todos ellos ocasionados por culpables descuidos de artesanos que tienen sus talleres entre unos y otros . . . Está demostrada la inconveniencia de tales talleres en medio del círculo que ocupa el comercio . . . fuerza es aplicarle un radical remedio. La seguridad del comercio lo demanda y a VS toca dictar las medidas convenientes . . .⁸⁹

En el proyecto de Ordenanza propuesto, el "resinto de Ciudad" fue nítidamente delimitado en el Artículo Primero: "Las ocho manzanas que circuyen la Plaza de la Independencia se denominarán en adelante Barrio del Comercio". El Artículo Segundo fue igualmente preciso: "En el Barrio del Comercio no habrá talleres de artesanos que, por la naturaleza de su arte, necesitan usar del fuego o de materias inflamables". Los que permanecieran dentro de ese barrio debían ser castigados con un mes de prisión o una multa de 100 pesos.⁹⁰

Sin pensarlo dos veces, la Sala aprobó el proyecto. Era el 16 de diciembre de 1842.⁹¹

En realidad, la propuesta de Cavareda-Larraín coronó la movilización general que la sociedad mercantil de Santiago había realizado a lo largo de ese año. En junio,

87. AAMS v. 115, Rep. M. R. Infante, por su madre Ana Quesada, c Inf. Protomedicato. Santiago, 5 y 21/9/1839.

88. AAMS v. 115. Oficio F. Tagle E., Santiago, 19/3/1838.

89. AAMS v. 128, Oficio Cavareda-Larraín. Stgo, 4/3/1841. Se hizo referencia a tres incendios de talleres, pero no se identificó las tiendas de comercio afectadas.

90. *Ibidem*, Artículo 10.

91. *Ibidem*, Acuerdo Sala. Santiago, 16/12/1842.

por ejemplo, los mercaderes y terratenientes vinculados a la Sociedad Chilena de Agricultura organizaron una Sección de Beneficencia. En poco tiempo, esta comisión evacuó un completo análisis de lo que llamó "Policía de Salubridad y Aseo". Sobre el problema industrial, la comisión fue categórica: "que se alejen del Centro de la población todas las fábricas y tiendas perjudiciales a la misma salubridad".⁹² En julio, la comisión profundizó su análisis, concluyendo que las "causas más pronunciadas de insalubridad" eran las actividades propias de la industria popular:

1. La putrefacción constante y perenne de sustancias animales y vegetales... 2. El humo de las chimeneas, formando una atmósfera terrible sobre la ciudad... 3. Los hornos de pan y de Tejas... espesas columnas de un humo cargado de exhalaciones pútridas. 4. Las emanaciones que esparce la putrefacción de las inmundas carnicerías y de las mal dirigidas Curtiembres y Barracas. 5. Las fundiciones en grande de cobres, bronces y demás metales, como igualmente las herrerías en donde hai varias fraguas...

Con ese diagnóstico a la vista, se redactó un Reglamento de Policía de Aseo y Salubridad. En su artículo 2, se recomendó: "se obligará levantar igualmente las chimeneas, a ocho varas de altura sobre los tejados, a los panaderos, herreros, fundidores de cobre, bronce y etc.". El artículo 3 ordenaba trasladar "del otro lado del Río" todas las fundiciones y las panaderías.⁹³ El Reglamento, como se dijo, fue aprobado. Por fin, la clase patricia pudo sentirse satisfecha. Ya en noviembre el cariz de las cosas estaba claro, tanto como para que dos conspicuos cofrades de la Sociedad de Agricultura exclamaran, casi jubilosamente: "vivir es primero que ser propietario; que la protección que la autoridad pública debe prestar a las personas es anterior y preferente a la de sus bienes". La traba ética y legal estaba removida: el ataque final a la propiedad de los industriales podía, pues, ser iniciado.⁹⁴

Fueron los panaderos los primeros en reaccionar. En un memorial que quince de ellos enviaron a la Municipalidad, sostuvieron que era imposible cumplir con la orden de instalar "cañones" de chimenea de ocho varas de altura, porque "reflexiónese por un momento que para colocar el cañón en la cúspide del horno es necesario desacer mucha parte de él, esperar que enfrie el mismo horno para que los obreros puedan entrar, después de colocado el cañón es necesario aguardar que se seque y caldear el horno". En suma: un mes sin pan para el público. Sin contar con que no había cañones de esa magnitud en todo Chile. Que no se podían limpiar todas las semanas, como exigía el Reglamento. Por último, alegaron que sus hornos estaban prendidos un par de horas al día solamente, mientras que "los fogones y chimeneas de toda clase en toda la población" lo estaban por mucho más tiempo. A ese reclamo, el juez de Policía respondió que podían acortar el cañón a cinco varas.⁹⁵ La situación se empujó de nuevo.

El impulso inicial de las autoridades amainó. Y fue necesario que los mercaderes repitieran la carga. En agosto de 1844, don Juan Díaz, "vecino del comercio de esta Capital" (calle de Curulí frente a la Plaza de Abastos), exigió que se nombrase un comisionado para verificar la existencia de unos hornos instalados por unos panade-

92. AAMS v. 128, Inf. Comisión Salubridad. Firman Joaquín Prieto y Miguel de la Barra. Santiago, 6/6/1842.

93. AAMS v. 128, Inf. J. Prieto-M. Barra. Santiago, 4-5/7/1842.

94. *Ibid.*, Inf. D. A. y R. Rengifo. Santiago, 1/1/1842.

95. AAMS v. 131, Rep. Panaderos. Santiago, 1/1/1843; *ibid.*, Dictamen Juez de Policía. Santiago, 1/1/1843.

ros vecinos, y ordenase "su traslación en el acto, que se cierre el establecimiento". El argumento no era distinto: las fraguas podían provocar incendios en las tiendas comerciales. Don Juan representaba el parecer de todos los comerciantes de la calle de Curalí. Pero el procurador de Ciudad declaró que las leyes no autorizaban a la Municipalidad tomar semejantes medidas. Que el asunto era una materia propia de gobierno.⁹⁶

La arremetida—vía Municipio—de los mercaderes contra las fraguas, la defensa legalista asumida por los industriales, los avances y retrocesos de las autoridades menores, y el silencio de las autoridades mayores, configuraron un confuso nudo político, que se tensó entre 1838 y 1846. Durante ese tiempo, no ocurrieron nuevos incendios. Para incrementar su estatus, algunos artesanos informaron de los aportes hechos por ellos a la comunidad.⁹⁷ Fue inútil: el belicismo mercantil era definitivo. Muchos talleres fueron cerrados, otros estaban bajo el rumor de serlo. En el balance global, abruptamente, el valor de mercado de fábricas y talleres decreció. En diciembre de 1844, el síndico de un concurso de bienes de un industrial que había fallecido, reportó a las autoridades que

la curtiembre de la calle de la Ceniza . . . no se puede vender a causa de que se dice que la Municipalidad pretende suspender el establecimiento para que se traslade a otro punto . . . Hasta el día se han hecho tres tasaciones que han disminuido su valor a la mitad del justo precio, todo en perjuicio de los acreedores y de los menores hijos de Díaz . . .⁹⁸

Al fin, entre 1846 y 1847, la responsabilidad y comando de la lucha contra las fraguas fue asumido por el gobierno y las respectivas Intendencias. En el régimen autoritario instaurado por don Diego Portales y compañía, los "decretos gubernamentales" podían y pudieron sobreponerse, como mejor derecho, a las leyes, códigos, y a los acuerdos municipales. El gobierno podía, pues, y pudo, sortear los escrúpulos de los procuradores de Ciudad y lanzar legítimamente el ataque final contra la insalubridad ambiental y los talleres artesanales y capitales productivos envueltos en ella. Fue el intendente de Santiago, don Miguel de la Barra, el que, en febrero de 1846, promulgó ese ataque. Lo hizo así:

Atendiendo a los notorios inconvenientes y riesgos que se sufren en esta población por hallarse situadas en el centro de ella fraguas y fundiciones que inficionan la atmósfera, contrarían las ocupaciones sedentarias o pacíficas . . . causando no pocas veces alarmas por los incendios . . . Decreto: 1. Desde la fecha en 12 meses, no se permitirá fragua alguna de herrería, calderería, carrosería, fundición de cualquier género o fábrica alguna, sino en los límites y barrios designados en este Decreto . . .

El decreto especificó esos límites y barrios (los extramuros de la ciudad) y ordenó a los comisarios de Policía de cada Cuartel que obligasen a los industriales a construir, en sus nuevos emplazamientos, chimeneas de "al menos siete varas de alto desde el suelo", velando a la vez por el cumplimiento integral del decreto.⁹⁹ Presuroso, el Consejo Directivo de la Sociedad de Agricultura "apoyó en todas sus partes el

96. AAMS v. 136, Rep. J. Díaz; Oficio Procurador. Santiago, 26/8/1844.

97. AAMS v. 141, Rep. J. R. Prado. Santiago, 22/1/1847.

98. AAMS v. 136, Sol. J. J. Bruna. Santiago, 3/1845.

99. AMI v. 204, Decreto Intend. M. Barra. Santiago, 2/2/1846.

proyecto de erradicación de fraguas del Intendente de la Barra; alteró sí la redacción, para hacerla más inequívoca".¹⁰⁰ Y así respaldados, los Municipios de Santiago, Valparaíso, Talca, Linares, Concepción y de otras ciudades, redactaron inequívocos Reglamentos de Policía de Salubridad Urbana.¹⁰¹

¿Había conciencia en las autoridades acerca de quiénes eran lo beneficiados con esas medidas? Al parecer, sí. Lo dijo el propio intendente de Santiago, Juan María Egaña, en los considerandos del decreto definitivo del 22 de abril de 1848:

... estos males no sólo afectan al comercio y los habitantes de esta ciudad, sino a las especulaciones comerciales de toda la República.¹⁰²

Era una nueva provocación directa. Pero fueron ahora los "almidoneros de Yungai" los que reaccionaron ante ella. Significativamente, los almidoneros no dirigieron su representación a la Municipalidad o a la Intendencia, sino al propio Ministro del Interior. Escribió "a su ruego" Pedro Negrete:

El Señor Gobernador Intendente ... no se dignó admitir nuestra humilde súplica, sino que nos despidió ... En tan aciagas circunstancias no nos queda otro arbitrio que ocurrir a la paternal bondad de Vuestra Excelencia ...¹⁰³

Los almidoneros denunciaron al ministro la draconiana actitud del inspector don Pedro Leiba, que les había dado un plazo de quince días para abandonar los sitios que ocupaban, so pena de pagar una multa de 4 pesos diarios. "Vamos a recibir una completa ruina" -dijeron- casi por nada, pues tenían su "negocio en las cercanías a las márgenes del Mapocho y ninguno perjudica los caminos públicos ni las propiedades de ningún particular". Allí, agregaron,

no hai vigilantes, no hai serenos, ni ningún ajente de policía; lo que prueba que estamos en los ultimos arrabales de la Ciudad ... suplicamos humildemente se sirva suspender los efectos de la providencia de que se ha hecho mérito.¹⁰⁴

Interpelado directamente por los 'industriales', el ministro pidió un informe al intendente de Santiago. El intendente explicó que la Municipalidad, convencida de los perjuicios ocasionado por los talleres artesanales, había ordenado repetidas veces su total erradicación. Sin embargo -agregó- "la autoridad que debía aber obligado a sacarlos a cumplido a medias con esta incumbencia, a transigido ... La Intendencia a tenido doble razón para ordenar su cumplimiento".¹⁰⁵ La presión de los patricios inundó, por fin, la cúpula del Estado. Y fue así como, el 18 de junio de 1847, respaldando a intendentes, municipios y mercaderes, el Presidente Manuel Bulnes y el ministro del Interior Manuel Camilo Vial, redactaron de su puño y letra el siguiente dictamen:

100. AMI v. 242, Carta R. Larraín. Santiago, 2/2/1847.

101. AMI v. 203, Oficio Secret. Municipal. Valparaíso 8/1/1848. También, AMT v. 2, fs. 89-90; ACC v. 6, f. 167, y 7 f. 71; y AML v. 2, f. 22.

102. AMI v. 204, Decreto Intend. Santiago, 22/4/1848.

103. AMI v. 204, Carta "a ruego", P. Negrete. Santiago, 31/5/47.

104. AMI v. 204, Rep. Almidoneros Yungai. Santiago, 4/6/1847.

105. *Ibid.*, Inf. Intend. M. Muxica. Santiago, 4/6/1847.

Tras dos décadas de confusión, el gobierno local, por abajo, y el gobierno nacional, por arriba, se alinearon tras su lógica mercantil originaria, y cerraron filas en torno al "Barrio del Comercio". Para los industriales, eso significaba quedar sin amparo y protección legales. En ese trance, sólo podían buscarse a sí mismos. De modo que, fuera del Estado, comenzaron a cerrar, también, sus propias filas. Se solicitó apoyo solidario a intelectuales y abogados. Se publicaron folletos y boletines. Una intensa campaña de agitación sociopolítica, removida entre las bases, comenzó a levantar su ola contra el régimen portaliano.¹⁰⁷ A comienzos de 1848, con el apelativo de "los artistas", los industriales divulgaron un folleto propagandístico, de sorprendente elocuencia. Querían demostrar que las medidas tomadas en su contra violaban los artículos 12 y 151 de la Constitución y, sobre todo, su derecho de propiedad. Que si se adoptaba el expediente simple de no usar carbón de piedra, adaptándose a la vez fraguas y chimeneas, cesarían "los infundados temores", al paso que se evitaría que "500 obreros queden sin alimento diario".¹⁰⁸

Luego, con alguna ironía, mostraron cuán insignificante era el daño ecológico que sus industrias producían, en comparación con el que la ciudad de los mercaderes amparaba en todos los aspectos:

¿Guardará proporción el mezquino humo que puede arrojar el corto número de fraguas que se encuentran en la capital, con el que puede considerarse que arroja de leñas el sinnumero de cocinas de casas que tenemos a la vista? ... Enracece el aire el pestilente, húmedo y pesado olor que arrojan las acequias y sitios desaseados de que abunda esta población ... En los cuarteles, que también están en el centro de la población, al venir el alba se toca la diana ... y poco más tarde, tropa; llamada, en la tarde, y en la noche, retreta. El sereno grita cada cuarto de hora ... la hora que vivimos y espanta al ladrón con su pífano. El falte, el verdulero, el niño, cada momento; el menesteroso, cada instante, para recibir su limosna. El sacerdote, las comunidades, las cofradías, rezan sus salmos para conducir el aparato mortuorio. El viento silba muchas veces en el año; la tierra se estremece de cuando en cuando; las campanas repican, doblan, llaman, y a cada instante, campana. El perro ladra, el gato maulla, el ave canta; y en fin, todo es mortificante en esta miserable vida, pero todo es necesario y todo tiene su objeto y su fin ...

Tras este filosófico cuanto elocuente párrafo ecologista, el folleto apuntó su mira hacia su verdadero objetivo: la ciudad de los mercaderes. "Nunca podrán [los incendios] evitarse del todo -añadía-, porque el lujo ha introducido en las casas habitaciones y tiendas todo el combustible necesario para causar un incendio voraz". Por el contrario, "los infelices ranchos, rara vez los vemos incendiarse", puesto que en ellos no había tales combustibles. De modo que no era justo que "el demasiado lujo del opulento" trajera "una ruina real" a la clase de los artistas. "¿Hai en las habitaciones de un artista -se preguntaba al final- colgadas, empapelados, grandes estufas, techos de un brillo resplandeciente dado por el agua ras, espíritu de vino, aceites y demas materias ... sin olvidar los demas adornos del lujo estremado ... ?"¹⁰⁹

106. *Ibid.*, Decreto Pdt. y Min. Interior, Santiago, 18/6/47.

107. Sobre esta lucha política, S. Grez, *op. cit.*, *passim*.

108. *Los Artistas* (Valparaíso, Imprenta y Librería El Mercurio, mayo de 1848), pp. 4-6.

109. *Los Artistas*, *op. cit.*, pp. 7-8 y 11-15.

Además de hacer circular folletos de propaganda, los industriales eligieron un representante, Antonio Sangüesa, quien solicitó en numerosas ocasiones que las medidas fueran revocadas o atenuadas. Afirmó que las pérdidas sufridas por sus representados "no bajarán... de \$ 200.000; cantidad, en verdad que alarmará a todas las personas con quienes tenemos celebrado contratos". Ante sus demandas, el intendente Egaña respondió lacónicamente: "No ha lugar".¹¹⁰ Sangüesa insistió, recordándole que el decreto violaba los artículos 12 y 151 de la Constitución. Tocado en un punto sensible, el intendente pasó la solicitud al ministro del Interior. El ministro pidió entonces la "vista" del fiscal de la Suprema Corte.

El 15 de junio de 1848, el fiscal de la Corte Suprema expidió su dictamen:

Sin que lo exija el interés nacional y lo determine una lei, no puede privarse ninguna clase de trabajo o industria, á menos que se oponga a las buenas costumbres: la existencia de hornos y fraguas en este o aquel punto, no es contraria a las buenas costumbres; su traslación no la demanda el interés nacional; falta sobre todo la lei que así lo determine, y estas medidas persuaden que no debe llevarse adelante el bando de policía de 22 de abril del presente año... impone la obligación de acceder al reclamo interpuesto... Sin embargo, V.E. con mejor acuerdo resolverá lo que crea mas de justicia.¹¹¹

El dictamen del fiscal Lira se ajustaba a derecho. Legalmente, su "vista" ponía punto final a la política de desalojo violento aplicada a la industria artesanal. Para los promotores de esa política, el dictamen del fiscal era casi descalificador. Un inesperado balde de agua fría. Por ello, y consciente del autoritarismo suprallegal del régimen portaliano, el fiscal, prudentemente, dejó al ministro una puerta abierta: "V.E., con mejor acuerdo, resolverá lo que crea mas de justicia". Era la fórmula ritual pronunciada siempre, al término de sus "vistas" e informes técnicos, por la burocracia contralora de ese régimen.¹¹² Pero, de todos modos, las autoridades se confundieron. De nuevo se sintieron incómodamente atrapadas entre la Ley y la presión de la oligarquía mercantil dominante. De modo que, a dos semanas de conocido el dictamen del fiscal, el decreto-bando del 22 de abril no había sido aun revocado. Ni confirmado.

Ante eso, los artesanos se inquietaron de nuevo. Antonio Sangüesa redactó una nueva petición al ministro, en la que impetró protección del Estado para la industria, del mismo modo en que se la daba al "comercio, la nabegacion, la milicia de ambas clases, las ciencias, la agricultura...". Si en toda la República había "paz y protección" —escribió Sangüesa— "¿por qué el artesano ha de ser perturbado en su tranquilidad doméstica e intereses?"¹¹³ El ministro M. C. Vial escribió sobre el documento, escuetamente: "Informe el Intendente de Santiago".

Dos semanas tardó el ministro en recibir el informe pedido. El intendente sostuvo su posición e intentó refutar el dictamen del fiscal de la Suprema Corte. Afirmó que el decreto del 22 de abril era perfectamente legal. Que por ese decreto "no se le priva a ningún artesano de su taller", pues dejaba "ilesa la propiedad", y sólo se le pedía que los reabriesen "más allá de los límites de un pequeño círculo". Que, si se seguía la opinión del fiscal, "no podría impedirse correr a caballo por las calles, ni disparar escopetas en la plaza". Y sobre todo, que al sacar la "industria fabril de

110. AMI v. 204, Rep. A. Sangüesa. Santiago, 30/5/1848.

111. AMI v. 204, Dictamen Fiscal. Santiago, 15/6/1848.

112. G. Salazar, "Historia del Empresariado en Chile" (libro en preparación). Vol. I.

113. AMI v. 204, Rep. A. Sangüesa. Santiago, 25/6/1848.

Santiago... del foco, digámoslo así, del comercio", permitía su desarrollo y no su ruina, puesto que la alejaba de la fuerte competencia mercantil. Finalmente, tras citar tres casos de incendios que afectaron a casas patricias ("que se cree generalmente fueron causados por carpinterías"), el intendente señaló que el bando del 22 de abril "no sólo fue aconsejado, sino demandado por muchas personas respetables de esta capital" y que, en consecuencia, la petición de los artesanos constituía "una injuria hecha a la Intendencia" y a sus avaluos, por lo que estaba resuelto a mantenerlo y "a ampliar el término cuanto sea menester para la traslación".¹¹⁴

La guerrilla había ascendido hasta la cima del Estado, provocando allí una colisión técnica entre poderes. El fiscal de la Corte Suprema, aunque firme en lo suyo, había sido prudente en lo político. El intendente, en contacto diario con el vecindario mercantil de la capital, se posesionó del espíritu portaliano, y fue duro en lo político y atrevido en lo legal. El ministro, después de todo eso, no se pronunció. Se abrió, así, una brecha. Interpretándola como un respaldo tácito, los funcionarios de policía y los mismos mercaderes, tras la pausa, reanudaron su hostigamiento a la industria. El triunfo legal de los artesanos no había envuelto, de suyo, un triunfo político. En la tierra de nadie situada entre lo legal y lo político, la guerrilla, pues, podía continuar. Y la declinación económica de la industria popular, también.

De modo que, confiadamente, don Diego Echeverría i Larraín y don Diego Antonio Tagle recurrieron e insistieron a la Municipalidad de Santiago para que los "pusiera a cubierto" de una "fábrica de herrería" que se había instalado cerca de sus casas. Colaboradores, citaron varias disposiciones que, a su juicio, ayudarían a tomar medidas drásticas contra los herreros.¹¹⁵ Y fue inútil que varios artesanos recurrieron también a la Municipalidad, pidiendo ayuda para paliar la ruina en que se hallaban.¹¹⁶ El vendaval patricio arremetía: otros diez aristocráticos vecinos exigieron la completa erradicación de los establecimientos productivos del barrio que habitaban.¹¹⁷ Y en el fragor ciego de la ofensiva, se decretó en 1864 el traslado inmediato de un grupo de fábricas: en el paquete de los afectados resultó que había algunos ciudadanos franceses. El encargado de Negocios de Francia reaccionó rápido, y avaló los reclamos de los artesanos, aludiendo a la ilegalidad de la medida. El intendente, autoritario, revalidó sus decretos.¹¹⁸ Así, el avance mercantil pudo llegar lejos: en 1867, cientos de pequeños industriales fueron desalojados de la calle Blanco, en Valparaíso.¹¹⁹ Y de los extramuros de Talca, también.¹²⁰

Era evidente: el Estado (portaliano) no podía ignorar la presión e intereses de los barrios del comercio. Tampoco podía legislar o dictar decretos abiertamente expropiatorios (o sea, de erradicación sin indemnización) de la propiedad industrial. Pero sí podía jugar con los límites de la Constitución y la Ley, dejar en suspenso el parecer de los fiscales de la Corte Suprema, y permitir que intendentes y policías hicieran en lo pequeño y contra demanda, lo que era de interés para la oligarquía

114. AML v. 204, Inf. Intend. J. M. Egaña, Santiago, 13/7/1848.

115. AAMS v. 169, Carta Echeverría-Tagle, Santiago, 1854 s/f.

116. AAMS v. 183, Sol. L. Gómez, Santiago, 24/2/1858.

117. AAMS v. 189, Rep. Vecinos, Santiago, 18/10/1861.

118. AML v. 415, Rep. D'Aquin Hnos. y M. Mayol, Santiago, 20/10/1864; *ibíd.*, Oficio M. Interior, 2/1/1865, y Oficios Intendente, Santiago, 24/12/1864 y 1/1/1865.

119. AMH v. 624, Rep. Pobladores, Valparaíso, 5/12/1867.

120. *El Artesano* 1:45, Talca, 23/9/1867.

mercantil, pese a ser poco legal para otros. Tal política no era, precisamente, de protección y fomento a la industria. De modo que, en el largo plazo, en lo estratégico, la guerra de las fraguas estaba perdida para la clase artesanal.

V

LA BATALLA DE LOS RANCHOS

El año 1827 fue lluvioso en la capital de Chile. A comienzos de junio, los aguaceros se precipitaron, sostenidamente, por más de una semana. Las aguas se hincharon entre los cerros de la precordillera y bajaron, convertidas en "alubion", sobre "las Casas y Maquinas" situadas en la rivera del río Mapocho de esta Ciudad, de Oriente a Poniente en la parte del Norte".

El aluvión destruyó 170 ranchos y cuartos, y un gran número de tapias de piedra, sementeras, viñas, máquinas de molino, fraguas, corrales y graneros. Cerca de mil personas resultaron damnificadas, siendo recogidas provisoriamente en las casas parroquiales de San Pablo y San Agustín. Erán los pobres que habitaban el rancharío llamado "Guangual".

La Municipalidad formó una comisión, para avaluar los daños y catastrar los damnificados. La comisión estimó que los daños producidos por el aluvión en ese rancharío totalizaban la suma de 77.000 pesos (para entonces, el valor de una hacienda en el Valle Central). El catastro de los propietarios o poseedores afectados dio un total de sólo 41 sujetos. El inventario de sus daños materiales reveló que los 41 tenían ocupación económica definida: 5 eran huerteros, chacareros o viñateros, con potreros y instalaciones ad hoc; 10 eran industriales o artesanos (molineros sobre todo, dueños de una a cuatro "maquinas"); 3 eran propietarios de casas-habitación sólidas, de algún valor (dos de ellos eran viudas); 6 eran familias extensas de tipo peonal, muy pobres, que no daban a sus sitios una ocupación económica definida; y, finalmente, 17 eran rentistas, que subarrendaban ranchos y cuartos, teniendo entre tres como mínimo y cuarenta y seis como máximo, y viviendo aparentemente de ello. Es interesante anotar que, entre los propietarios/poseedores afectados, se hallaron individuos pudientes. Cabe citar, por ejemplo, a don Juan Castro, que poseía cuatro "maquinas de molino" y otra "de limpiar trigo", además de bodegas, graneros, "esquina y trastienda", casas, "seis cuartos a la calle" y potreros alfalfados, todo lo cual fue avaluado en 20.850 pesos. Un caso similar era el de don Vicente Dávila (8.000 pesos), el de don Pedro Nolasco Caraballo (13.850 pesos) y el de las Monjas Carmelitas. Don Ambrosio Gómez, por su parte, catastró plantales de viña, "cañones de edificios" de ladrillo, molinos y 46 ranchos y cuartos de alquiler (15.000 pesos).

Era evidente: cuando menos 35 de los 41 propietarios o poseedores afectados por el "alubion del presente año de 1827" tenían actividad económica definida y, al parecer, además, dinámica. Pero, de otro lado, 127 de los 170 ranchos y cuartos destruidos estaban arrendados por los rentistas a individuos que, con muy alta probabilidad, formaban parte del peonaje urbano y desarrollaban su actividad eco-

nómica fuera del "guanguali" arrasado por el Mapocho. Cabe asumir que al menos 60 por ciento de los pobladores del rancharío eran "peones". De donde se deduce que el grupo propietario—activo económicamente en el rancharío mismo—alojaba y en parte vivía del arriendo de cuartos y ranchos a peones flotantes. No sería aventurado, por tanto, decir que un rancharío típico del siglo XIX podía encubrir bajo su apariencia exclusivamente peonal, como el examinado, un estrato rentista propietario y económicamente surgente. Este doble fondo o doble raíz, como luego se verá, jugaría un rol determinante en la evolución de la guerrilla mercantil contra los rancharíos.

En sus denuncias, los mercaderes del "Barrio del Comercio" no parecieron percatarse del doble bajo fondo de los rancharíos santiaguinos. Más bien, dejaron constancia de sus sensaciones de desagrado frente al espectáculo de la sociedad plebeya. La misma comisión que catastró a los damnificados del Mapocho sobrepuso esas sensaciones, en su informe final, a los datos de realidad que había recogido. Se refirió así a esos damnificados del siguiente modo:

La clase menesterosa recogida en las dos Casas referidas, y la que ha ocurrido á sus puertas, la mayor parte no tiene oficio, ni industria alguna lícita de que subsistir. Esta abandonada á la ociosidad mas ominosa; ya entre los vicios, y estos han alterado hasta su constitucion física; lo anuncian bien el mal galico, el rostro palido, y la multitud de hijos naturales. Carece ademas de moral... Dejar su vida y subsistencia encomendada á sus propios antiguos recursos; esto seria plagar la Ciudad de pordioseros, de holganes, de ladrones, facinerosos, de malvados en fin...

Dejando atrás su prefacio filantrópico, los comitentes desenfundaron al final el hueso de su verdadera lógica:

La Política y la buena Policia, exigen no dejar escapar la ocasion oportuna que se presenta para purgar la poblacion, y hacer util y travajadora toda esa porcion perdida hasta hoy para la Sociedad.

Y propusieron una solución "ilustrada", dieciochesca: erradicar los rancharíos, acorralar el peonaje suelto, y concentrarlos a todos en "villas nuevas", según el modelo europeo de aldea campesina. En este caso, la villa nueva—serían 250 casas con huerta—podría construirse en los alrededores de San Bernardo. Si no—concluyeron los entusiastas comitentes—, la ciudadanía culta e industrial de la capital tendría que "sostener á esa multitud vaga y malentretida". La Sala, friamente, acordó: "No ha lugar".¹²¹

Los estratos sociales despejados por las aguas del Mapocho no cambiaron en las décadas siguientes. Las autoridades, poco a poco, atisbaron que más de algo había bajo los ranchos. Pero no sintieron menos por ello el ramalazo de la repulsión. Y en el balance, se dejaron llevar por el elitismo y autoritarismo propios de ese tiempo, y terminaron ejecutando drásticas políticas dieciochescas de erradicación. Pero, lanzadas a lo hondo, esas políticas tropezaron con la 'segunda raíz', y no pocas veces resultaron melladas. El "Barrio del Comercio", impaciente, vio que la campaña contra los rancharíos se alargaba innecesaria y tortuosamente por más de cuatro décadas. ¿Qué hacer?

"Hace doce años que sirvo este empleo...—escribió en abril de 1829 don Vicente

121. AAMS v. 89, Inf. Com. Municipal. Santiago, 11/6/ y 4/12/1827.

Caballero, director de Obras Públicas de la Municipalidad de Santiago- y siendo aneco al destino de mi cargo saber de los sitios propios de la Ciudad, lo he solicitado muchas veces del Ilustre Cabildo y no lo he podido conseguir". Don Vicente sospechaba que había muchos individuos que declaraban ser propietarios de fundos urbanos que no eran suyos sino de la Ciudad, y que usufructuaban de ellos arrendándolos o subarrendándolos a familias menesterosas. Detrás de los terribles rancheríos: ¿había una especulación de mercaderes?

En los márgenes del río Mapocho, que corresponde por Ley a propios de Ciudad, beo infinidad de ranchería y posesiones que no se sabe cuáles sean sus títulos de propiedad. En la Alameda del Tajamar se hallan también muchos ranchos, que a más (creo) de no pagar a la ciudad, desasean aquel lugar y ban estrechando el paseo y calle.¹²²

La investigación solicitada por don Vicente no fue llevada a cabo. Pero sí la realizó, en parte, la Municipalidad de Valparaíso, lo que la llevó a ordenar, en 1844, el arrasamiento de un sinnúmero de ranchos de alquiler que el mercader J. I. Izquierdo había levantado ilegalmente en "propios de la ciudad".¹²³ Lo mismo ordenó en 1849, contra 39 ranchos que el mercader R. McFarlane había levantado en otro de los sitios "de ciudad".¹²⁴

¿Era el alquiler de ranchos una especulación mercantil realmente lucrativa? Al parecer, sí lo fue. A fines de 1856 y comienzos de 1857 el contador de la Ciudad catastró las propiedades sitas en la "calle de Setiembre" de la capital. Se encontraron dos propiedades clasificadas como "casa y cuartería", pertenecientes a don José Agustín Ovalle y a don José Ignacio Fuentes. La renta anual de esos sitios (arrendados por "cuartos") era de 900 pesos y 600, pesos respectivamente.¹²⁵ Algunos propietarios – como se verá luego – recaudaron más de 10.000 pesos anuales de sus arriendos a menesterosos. Tal ingreso era suficientemente alto y seguro como para transformar a muchos conspicuos mercaderes y patricios en rentistas de rancherío. Los grupos patricios actuaban en ese giro especulativo ya a comienzos de 1840:

Doña Carmen Urmeneta ... digo: que tengo y poseo como de mi particular dominio, unos cuartos en la plaza de Abastos de esta Ciudad que miran por su frente hacia la subida del puente de Cal y Canto ...

Doña Carmen hizo presente que, frente a sus "posesiones", habían surgido "unos cuantos ranchos de paja que sirven de cocina y diariamente de punto de reunión a ... los que concurren al mercado ...", y se quejó por "la muy ridícula figura que los tales ranchos presentan".¹²⁶

El gran mercader José Besa también incursionó en ese tipo de especulación: "En la calle de San Pablo frente del Pirámide Subdelegación de Yungai tengo una propiedad urbana que he edificado al Norte y Oriente y en la que vive un numeroso vecindario, atraído por el aseo y la comodidad de sus habitaciones".¹²⁷ Otro mercader

122. AAMS v. 94, Oficio V. Caballero. Santiago, 4/4/1829.

123. AMV v. 7, tomo I, fs. 72-3 y 77.

124. AMV v. 8, tomo VI, f. 90.

125. AAMS v. 177, Inf. Contador. Santiago, 2/1/1857.

126. AAMS v. 119, Sol. C. Urmeneta. Santiago, 6/18/40.

127. AAMS v. 153, Sol. J. Besa. Santiago, 2/2/1850.

de élite, don Enrique Cood, declaró ante notario que era dueño de más de cincuenta sitios urbanos y suburbanos en Valparaíso, la mayoría destinados al arrendamiento por "pisos".¹²⁸ Por su parte, don Federico Errázuriz, miembro de una insigne familia mercantil, declaró en 1853 "que en diez cuartos situados en la plaza de Abastos de esta ciudad i que son propiedad de mi esposa doña Eulofia Echaurren, se reconoce un censo de \$ 1.446 en favor de la Ilustre Municipalidad...".¹²⁹

Habiéndose establecido, a nivel de las élites, esa tradición, no fue extraño que otro mercader patricio, don Joaquín Ignacio Gandarillas, solicitara en 1861 arrendar todo el terreno "situado al lado de arriba del puente de palo i al norte de la ribera del Río Mapocho". Era el mismo terreno inundado en 1827 por las aguas del Mapocho. Don Joaquín asumía que el terreno era un sólo 'propio de Ciudad' –asunción que involucra desconocer los derechos eventuales de algunos propietarios privados–, lo que le permitía iniciar una especulación rentística en gran escala. Su propuesta, entre otros acápites, señalaba:

Tomo en arriendo por nueve años forzosos... todo el terreno... El citado terreno se cerrará con adobe i teja a la línea que demarque el sr. director de obras públicas... Se le concederá al solicitante el derecho de subarrendar.¹³⁰

La fiebre rentística, en poco tiempo, duplicó el valor de la propiedad urbana. Los consules extranjeros se quejaron repetidamente por la especulación reinante en ese mercado, sobre todo en Valparaíso y Santiago. De modo que, a mediados de los años sesenta, las autoridades ya no pudieron ignorar lo evidente: el empuje del patriciado detrás del avance invasor de los rancheríos. Lo que era tanto peor para ellas, cuanto eso hacía aun más patente cuán atrapadas estaban entre la voracidad acumulativa del patriciado en tanto rentista, y la repulsión al ranchero por parte del patriciado en tanto élite culta y civilizada. La burocracia aprendía así que una misma dominación podía ejercerse a través de faces contrapuestas. Un angustiado procurador de Ciudad escribía en 1864:

Hai en la población... muchas propiedades, abiertas unas, i otras con sus murallas en su mayor parte caídas... La mayor parte de los sitios grandes pertenecen a jentes acomodadas que arriendan pisos a locatarios que edifican ranchos tanto en el interior como en el exterior... De esta manera suelen formarse especie de conventillos o callejuelas angostas...

La mayoría de los "sitios grandes" –agregó– se hallaban "en los barrios del Sud", en la "calle Huemul i otras", en el barrio Yungay (el "llanito de Portales"), y "en el barrio de la Cañadilla, el Arenal".¹³¹

La lucratividad (privada), sin embargo, no logró eclipsar la repulsión (pública). De modo que el brazo político, forzado por la segunda, se movió y magulló a la primera. Con lo cual se alcanzó el punto dialéctico perfecto: los mercaderes reclamaron contra sí mismos.

La repulsión fue ganando terreno. En 1834, hastiado por lo que veía, un juez de

128. *AJV Leg.* 172, f. 26 (1850).

129. *AAMS v.* 159, Sol. F. Errázuriz. Santiago, 15/3/1853.

130. *AAMS v.* 209, Sol. J. I. Gandarillas. Santiago, 7/2/1861.

131. *AAMS v.* 209, Inf. M. Plaza. Santiago, 17/11/1864.

Policía exigió la erradicación de "las casas de carniceros" que infestaban la "Alameda de la Cañada hasta el callejón de Padura". Allí—dijo— "matan animales y tienen corrales donde los depositan". Allí, se llegaba al extremo de que

al entrar los ganados no pueden muchas veces impedir la fuga de algunos animales, lo que produce un gran desorden con las carreras y demás medidas que es preciso tomar para contenerlos, de donde resulta no solo la destrucción de los árboles, sino también el gran riesgo a que se exponen los vecinos que anden de paseo . . .¹³²

No menos hastiados quedaron don Santiago Lemus y don Manuel Tagle tras concluir un paseo por el rancharío que se extendía "de la asequia de los Molinos de Carabajal hasta la boca-calle llamada de las Alfáros o Piñas acia al Sud". Allí—dijeron—había "una infinidad de casuchas de paja que las mas parecen cuebas de vándidos y que quizá sean . . ." Exigieron su demolición inmediata.¹³³ Los archivos municipales y de intendencia se fueron llenando de reclamos, algunos de funcionarios menores, otros de mercaderes mayores, pero todos airados. No hubo, con todo, reacción gubernamental. Sólo los informes preparados por la Sección de Beneficencia de la Sociedad de Agricultura entre junio y julio de 1842, tuvieron la resonancia suficiente como para conmover al gobierno. En realidad, provocaron conmoción: fue el pánico patricio.

Júzguese el impacto provocado por el párrafo siguiente:

En Santiago mueren siete habitantes por cada cien almas, según los estados necrológicos; resultando ser el punto del Globo menos sano de cuantos se conocen, pues fallecen constantemente mas número de individuos que los que por un cálculo morirían si constantemente estuviere reinando el Cólera y la fiebre amarilla, y tantos como si existieran entre nosotros la peste de Egipto o peste de Lebante . . . lejos de disminuir la mortalidad, cada día acrece en proporcion.

El Informe, hecho con seriedad, declaró que eran veintidós las causantes de esa mortalidad. Las cinco más importantes, correspondían a los estragos provocados por la industria popular. Otras ocho tenían que ver con los hábitos alimenticios del "bajo pueblo" ("abuso" en el consumo de alcohol, consumo de frutas y pescados putrefactos, etc.). Otras cuatro decían relación con las costumbres populares ("la mucha prostitución", los "golpes de mano airada", el "abandono de los hijos" y los "curanderos"). Una, se conectaba al medio ambiente ("fermentación . . . de asequias y resumideros"). Una a la poca dedicación maternal de las mujeres patricias ("las muchas amas"), y tres a deficiencias de la política social ("abusos en la aplicación de ciertas penas", "abandono criminal de la casa de huérfanos" y el "estado de insalubridad de los hospitales").¹³⁴ En general—se afirmaba en el Informe—la insalubridad se hallaba "connaturalizada" en los rancharíos, pero desde allí se irradiaba a toda la ciudad, la cual, por ello, se había transformado en un explosivo caldo de cultivo que, en caso de presentarse una peste, desataría una mortalidad espantosa. "Solo Dios misericordioso—concluyó dramáticamente su informe el doctor Blest— puede mantener en pie esta población".¹³⁵

132. AAMS v. 108, Oficio M. Dávila. Santiago, 16/8/1834.

133. AAMS v. 115, Inf. Lemus-Tagle. Santiago, 1838, s/f.

134. AAMS v. 128, Inf. Doctores Miquel-Blest. Santiago, /6 y 7/1842.

135. *Ibidem*.

La repulsión, unida al miedo, desencadenó, por fin, la política de salubridad. Y ésta, la guerra a muerte contra los ranchos. Y de los oficios subalternos que tímidamente sugerían la recuperación de "los propios de Ciudad", se pasó a draconianas Ordenanzas de Salubridad. Todos los rancheríos, dondequiera se encontrasen –en propiedad pública o privada, en sitios amurallados o abiertos–, fueron objeto de sospecha, demolición, o lanzamiento. Sobre todo, aquellos que cobijaban fraguas o derramaban borras. Pues los rancheríos –declaró gravemente el intendente Vicuña Mackenna– no eran sino "potreros donde está sembrada la muerte".¹³⁶

La ofensiva, planeada sobre tales definiciones, se hizo general. Y no sólo se quiso expulsar los talleres fuera del perímetro mercantil, y conminar a los artesanos a que levantaran chimeneas de seis, siete u ocho varas de alto, y que los rentistas amurallaran sus fundos urbanos y abrieran calles entre los laberínticos "conventillos" y orificios de ventilación en sus "cuartos redondos" de alquiler, sino que también se prohibió el comercio peonal callejero, se persiguió y apresó a los niños indigentes que haraganeaban en las calles, se encarcelaron los vagabundos y deportaron las prostitutas.¹³⁷

En ese contexto, se ordenó demoler rancheríos a orden simple. Las tres cuadras de ranchos que infestaban la ribera sur del Mapocho recibieron, antes que otros, esa orden: debían desaparecer en una plazo de quince días. Sin apelación. Los pobladores, desesperados, pidieron ayuda a don Francisco Bilbao. Este escribió:

Son como 2.000 los individuos que van a verse condenados a vagar sin domicilio ni trabajo. Son quizás los más pobres de la Capital... muchos de ellos son viejos veteranos de la Independencia... Todos pagan un arriendo, poco más o menos de 14 reales. Todos ellos han fabricado sus ranchos... en pocos días mas van a ser peregrinos en su propia patria...

La Sala: "No ha lugar".¹³⁸

Más suerte tuvo el subdelegado don Manuel Puente de Vera respecto a su denuncia de 1852: "El Barrio de Yungai –escribió– es una parte integrante de esta Población... [pero] se asemeja más a aduares de Indios que a población", por lo que exigió que los propietarios rectificaran los laberintos que, en vez de calles, existían allí, y que "amurallasen sus respectivas pertenencias". Pues no podía haber una policía especial para laberintos privados, sino sólo para calles urbanizadas y públicas. Eso significaba llevar la campaña contra los ranchos a pleno terreno patricio. Pero la Sala aprobó la petición.¹³⁹ Sentado el precedente, otros informes exigieron la demolición de varios rancheríos "interiores" (dentro de propiedad privada).¹⁴⁰ "I como parece es llegada la época en que desaparezcan de los lugares públicos esta clase de vivienda" –escribió, ya confiado, un delegado de Policía–, exigió la demolición de todos los rancheríos "que parten desde la Escuela Municipal de la Chimba al puente alto".¹⁴¹ En vista de que el curso de acción tomaba ese rumbo, no dudó el subdelegado de la Chimba, en 1860, en dar sólo 24 horas de plazo a un propietario para que demoliese

136. AMI v. 415, Decreto Intendente. Santiago, 9/7/1872.

137. G. Salazar "Ser niño huacho", loc. cit., *passim*.

138. AAMS v. 153, Sol. F. Bilbao. Santiago, 16/11/1850.

139. AAMS v. 78, Sol. M. P. de Vera. Santiago, 15/9/1852.

140. AAMS v. 159, Inf. Marcoleta-Prieto. Santiago, 8/8/1853.

141. AAMS v. 177, Inf. M. Dávila. Santiago, 12/1/1860.

los ranchos que tenía al interior de su propiedad.¹⁴²

La guerra contra los ranchos devenía así –en línea ya con el rumbo de la ‘segunda raíz’– en guerra contra rentistas. Con el impulso, las autoridades entraron a campo minado.

Entonces las autoridades, poseídas de espíritu público, decidieron reforzar su retaguardia legal. Se dictaron varias ordenanzas *ad hoc*. Una (municipal) ordenó que, dentro de un perímetro urbano que se determinó, los sitios de ranchos debían ser obligatoriamente “divididos en manzanas cuadradas ... de 138 varas por cada lado y separadas por calles de 12 varas de ancho ... Las manzanas ... serán cerradas con murallas de adove de cuatro varas de alto por lo menos, enlucidas y blanqueadas”. El incumplimiento de estas disposiciones sería penada con una pesada multa.¹⁴³ Pero eso, obviamente, no resolvía el problema mismo, ya que dejaba intacto, muralla adentro, el rancharío. ¿Podía el Municipio ir más lejos? No sin transgredir marcos legales de rango mayor. ¿Podía el gobierno –portaliano– apoyar en ese punto al Municipio? El gobierno del Presidente Manuel Montt, menos distraído por problemas geopolíticos que el del general Prieto, podía. Y pudo: su Decreto Supremo llegó tan lejos como se necesitaba: fijó un perímetro urbano dentro del cual se prohibió “la construcción de ranchos interiores y exteriores”, al paso que se dio una plazo de 18 meses para destruir los existentes. Se exceptuaron, sólo, suburbios remotos: San Pablo abajo, Negrete, Matucana “al poniente”. La demolición debía efectuarla el mismo propietario y, en su defecto, lo haría la policía con costo revertido al propietario.¹⁴⁴

No cabía duda: la guerra era ya un *boomerang*, o una traición.

El 21 de noviembre de 1859, don Juan Francisco Valdés inició la defensa de los rancharíos, en un escrito dirigido a la Municipalidad:

Se me ha hecho saber por un comisario de policía que en el término de ocho días se deben demoler los ranchos que existen en terrenos de mi dominio, así como también me notició que se mandan destruir las demás viviendas de quinchá que se encuentran en los suburbios de la ciudad ...

Y agregó: “Espero que la ilustre Corporación se sirva suspender con respecto a mí los efectos de ese acuerdo y de los demás que anteriormente se hayan dictado sobre destrucción de ranchos”. Don Juan Francisco tenía un fundo urbano de ocho cuadras en la calle de la Maestranza, deslindante con el canal de San Miguel, que él había comprado cuando estaba “completamente desierto” y merodeado por bandidos. Lo cruzó por calles y lo dividió en manzanas. Luego, dijo, “busqué pobladores a quienes al principio les proporcioné sitios gratuitamente para que levantaran posesiones ... más tarde, arrendé pisos”. Con ello había hecho un “servicio interesante al público”, y ahora ese fundo era un pacífico “vecindario”. La destrucción de los ranchos traería, pues, “nueva desolación”. Y él no podría construir casas sólidas, de alto costo, pues “no me producirían ni la cuarta parte de los intereses del capital que en ellas emplease”. Tampoco podría vender el fundo con los ranchos arrasados, porque “vale doblemente mas lo que está poblado que lo que está desierto ... si ahora puedo vender a ocho reales vara, después no venderé a cuatro”. Sin contar que perdería, además, el arriendo.

142. AAMS v. 189, Oficio J. M. Quintana. Santiago, 3/1860.

143. AAMS v. 169, Ordenanza Municipal. Santiago, 30/5/1855.

144. AAMS v. 177, Decreto Min. J. R. Lira. Santiago, 6/12/1857

¿Indemnizaría todo eso la Municipalidad? "¿Tendré acaso que entrar en cuestiones judiciales para evitarlo?". Por último, dijo, sus rancheríos estaban en "manzanas cuadradas", como se había exigido. Pidió la revocación de la medida.¹⁴⁵

Don Juan Francisco Valdés era rentista de "sitio grande". Doña María de los Santos Larrechea, en cambio, era propietaria sin título de un sitio ubicado "en la pendiente oriental del serro Santa Lucía, con vistas a la calle de los Patos". Doña María tenía allí cinco cuartos de alquiler. Ella y sus sobrinos José Arturo y Mercedes subsistían del arriendo de esos cuartos. Si se llevaba a efecto la "orden de lanzamiento" dictada por el juez de Policía, quedarían en la más absoluta indigencia.¹⁴⁶

Era la lógica del interés mercantil, sumada a la lógica de la supervivencia. ¿Faltaba, todavía, la lógica del poder propietario?

Don Juan Miguel Arrate, don José Vicente Larraín, sus familias respectivas, y los "dueños de ranchos" que los apoyaron en sus reclamos de 1859 y 1867, respectivamente, pasaron de la lógica defensiva al contraataque.

Don Juan Miguel Arrate era propietario (por parte de su finada esposa) de unas hijuelas "situadas en la calle de la Ollería o Maestranza". La Intendencia de Santiago había decretado que "en el término de ocho días perentorios hemos de tener deshechos todos los ranchos, so pena de serlo por la policía a costa de los propietarios". Don Juan Miguel quiso ser muy claro:

La verdad sea dicha, [ese decreto] aparece como inconstitucional, desde que autoriza un ataque directo a la propiedad, sin las previas indegnizaciones . . . y lo autoriza de un modo tanto mas notable, cuanto que el ataque es directo contra la clase mas indigente de la sociedad, obligandola a destruir y perder los valores invertidos en sus tristes cosas
...

Alegó que muchos de sus arrendatarios habían adquirido el terreno que ocupaban, "convirtiendolos en cacitas y haciendo progresar la poblacion"; que él había vivido con su familia "haciendo sucesivamente arriendos de pisos a los pobres". Pero luego, en tono grave, escribió:

Pues bien, esta clace de industria, contra la cual no habia existido jamas ninguna ley . . . se hallaba autorizada por una practica constante de siglos . . . la mas honesta y lejitima, que en la actualidad esta produciendo para mi esposa e hijos menores la suma mensual de \$ 108, quedando aun muchos sitios por arrendar.

La medida —declaró— violaba los artículos 12 y 151 de la Constitución, y no existía ninguna ley especial que autorizara ese atentado contra la propiedad. Desarrolló un largo análisis jurídico. Concluyó que, al menos, debía indemnizarse "por el lucro cesante del terreno", por las tapias, y a los arrendatarios o propietarios de ranchos por sus mejoras. Por último, exigió que el intendente suspendiera el decreto; caso contrario, él ocurriría "como asunto contencioso a los Tribunales de Justicia competente".

La "industriales" del arrendamiento de ranchos, plenamente asentados y en vías de agremiarse, recurrieron pues a los mismos argumentos que, con éxito sólo relativo, habían empleado doce años antes los dueños de fraguas. Instintivamente, los

145. AAMS v. 183, Sol. J. F. Valdés. Santiago, 21/1/1859.

146. AAMS v. 198, Sol. M. Larrechea. Santiago, 1/7/1862.

funcionarios menores iniciaron la defensa de su cuartel central: el Decreto Supremo de 1857. Pero la Municipalidad, como cuerpo, no se pronunció. En el *statu quo*, don Juan Miguel Arrate, esposa e hijos "tuvieron que cargar con sus pobres despojos, alojándose en el callejón llamado del Traro al cielo raso". Los rentistas despojados tuvieron que guarecerse en los propios rancheríos.

Se había derramado sangre en la última trinchera.

La alarma y la ira cundieron como reguero de pólvora entre mercaderes y rentistas.

Entonces se movilizaron los propietarios de "sitio grande". Corría el año de 1867: apoyado por todos sus hijos y centenares de "dueños de ranchos en terrenos de mi propiedad", don José Vicente Larraín presentó un libelo formal contra la Municipalidad de Santiago, en el que expresaba que los artículos 12 y 151 de la Constitución habían sido violados, y demandaba que se diera una "indegnización" completa a los propietarios y pobladores afectados. Escribió:

Desde luego podríamos enumerar el monto total de los perjuicios que trae la destrucción, pero nos astenemos indicando solo el importe de quinientas posesiones con ranchos, cuyo precio asciende, por un abaluo vajo de cuarenta pesos cada uno, á veinte mil pesos.

Si —como informara Francisco Bilbao en su defensa del rancherío sur del Mapocho— cada arrendatario pagaba 14 reales mensuales por su "piso", las quinientas familias arrendatarias de don José Vicente le tributaban, al año, una suma igual o superior a 10.500 pesos. Explicablemente, la demanda de este gran rentista urbano venía rubricada por él, por todos sus hijos, y por 120 pobladores, la mayoría de los cuales rubricó "a ruego, por no saber firmar".

La Municipalidad, apoyada en la Ordenanza Gubernamental de 1857, rechazó la representación de don José Vicente.

El gobierno guardó silencio.

Los plazos de demolición no fueron ejecutados. Más bien, se alargaron, sin aviso de término.¹⁴⁷

¿Era una tregua?

La autoridad, siguiendo en línea recta la repulsión, se había estrellado, sucesivamente, contra la lucratividad mercantil y contra la propiedad patricial. Los mercaderes, haciendo un rodeo, se hallaron luchando contra sí mismos. Explicablemente, entre 1867 y 1887, se abrió un período de transición. Los ranchos sobrevivieron al ataque. La política de salubridad, acerada al principio, fue mellando su filo en segundas y terceras raíces. Era preciso, pues, racionalizarla. Es decir, adaptarla a las dobles faces de los grandes intereses. La política no era, después de todo, una pura cuestión de eficiencia. Ni siquiera en el régimen portaliano. Después de 1887, por tanto, la política de salubridad tuvo que ser, en algunos grados, racionalizada. La racionalización impuso grados de conveniencia pública a los intereses y derechos privados de los rentistas. Pero la nueva política de salubridad no erradicó la insalubridad. Más bien, la transformó. Pues, de la insalubridad del "rancho", se pasó a la del "conventillo". Y ésta, en todos los aspectos, resultó peor.¹⁴⁸

147. AAMS v. 217, Rep. de J. M. Arrate y J. V. Larraín. Santiago, /11/1859 y /10/1867, respectivamente.

148. Para una visión global del período 1880-1920, A. de Ramón y P. Gross, "Santiago de Chile: características históricas ambientales", Monografías de Nueva Historia 1 (1985), y A. Illanes, *Historia del movimiento social y la salud pública en Chile. 1885-1920* (Santiago, 1989).

LOS TIROS DE GRACIA: LA GUARDIA CIVICA, LAS PATENTES, LA GUERRA EXTERIOR

La riqueza de los mercaderes era esencialmente mobiliaria: mucha mercadería (fardos, barriles, cajones), muchos documentos (pagarés, bonos, acciones), muchos artículos de lujo (trajes, muebles, cortinajes, cuadros, cristalerías, joyas) y, sobre todo, muchas monedas de oro y plata (talegos, gavetas, cofres, "entierros"). Es decir, todo lo que podía ser acumulado en bodegas, ostentado en palacios, y transportado, a lomo de mula, por tortuosas huellas terrestres, o en sentinas de barco, por lejanas rutas marinas. Nada, en suma, que no pudiese ser fácilmente asaltado, robado, incendiado o destruido.

Lo sabían perfectamente: los principales enemigos de esa riqueza eran los ladrones, los bandidos, los piratas, los contrabandistas, los funcionarios corruptos y, sobre todo, la plebe que merodeaba en las calles, presta al saqueo.

El mercader necesitaba, por sobre todo, seguridad. Seguridad en los caminos. Seguridad en las aduanas. Seguridad en las rutas marinas. Seguridad en las calles. En toda la tierra y el mar cubierto por la circulación de sus mercancías. A toda la latitud y longitud del mercado local, nacional e internacional.

Amaba, en consecuencia, el orden. Y, como es obvio, las fuerzas del orden. Amaba la moralidad pública —más que la privada— y las fuerzas públicas que eran capaces de imponer esa moralidad. Sobre todo, la relativa a los derechos de propiedad y lucro. En lo educacional, pugné por moralizar la masa plebeya. Políticamente, luchó por fortalecer los guardas de aduana, los guardas fronterizos, las flotillas de guerra, los ejércitos nacionales, la gendarmería, el aparato judicial y, a falta de "tropas regladas", se esforzó por formar y subordinar un cuerpo nacional de "guardias cívicas" (o "milicias urbanas").

En Hispanoamérica, las milicias urbanas aparecieron donde quiera llegaron los grupos mercantiles.¹⁴⁹ En Santiago, en 1609, ya los comerciantes se habían preocupado de organizar el primer cuerpo de milicia: el "Batallón del Comercio", en el cual se enroló sólo la gente "de la mejor condición social" (cabe destacar que los oficiales de la milicia —de esa misma condición social— gozaron en Chile de "fuero militar", privilegio que les permitió a menudo, en determinadas querellas civiles, excluirse de la justicia ordinaria). El elitario "Batallón del Comercio" se disolvió durante la guerra de la Independencia. Pero no se disolvió la tendencia mercantil a organizar sus propias fuerzas de orden. Pues en 1828, de nuevo —en plena confrontación con los "pipilotos"—, los mercaderes restablecieron su batallón privado, esta vez con el sugerente título de "Escuadrón del Orden". Dos años después, el Presidente Ovalle y el ministro Portales se preocuparon personalmente de reorganizar ese cuerpo. El resultado fue el "Batallón Constitución".¹⁵⁰ Ya conquistado el poder político, el grupo mercantil se preocupó de transformar su batallón exclusivo en un sistema nacional de milicias. En ese proceso, don Diego Portales devino en comandante de varios batallones cívicos, alcanzando

149. M. Góngora, *El Estado en el Derecho Indiano. Epoca de fundación* (Santiago, 1951), p. 174.

150. BDL, Libro V, no. 6.

incluso el título de Gobernador Militar de Valparaíso.¹⁵¹

En los hechos, la milicia se convirtió, entre 1830 y 1880, de instrumento civil de autoprotección mercantil, en instrumento mercantil de dominación política sobre el movimiento social. Pues, al ser restablecida como institución republicana, continuó operando bajo el comando exclusivo de oficiales de prosapia mercantil o latifundista. Y en última instancia, bajo el supremo comando del gobierno portaliano. Por contraste, la tropa fue masivamente reclutada entre las filas del empresariado popular: o bien de los "labradores" independientes, o bien de los "industriales". Sólo los mineros, por su calidad de productores de riqueza mobiliaria pura (oro y plata, sobre todo) fueron exentos del deber cívico.

El servicio miliciano involucró una grave exacción de tiempo para la clase productora. Para ésta, era un servicio compulsivo: todo individuo con ocupación "conocida" e ingreso estable (el "peonaje flotante", por definición, quedaba excluido) debía asistir periódicamente a ejercicios de instrucción, jornadas de vigilancia, y a otros servicios de seguridad urbana. En retribución, a la mayoría de los milicianos se le otorgó el derecho a la ciudadanía, es decir, a votar (el "peonaje flotante", por definición, quedó excluido de ese derecho). A este efecto, cada "cívico" habilitado recibió un documento nominal: la "calificación" para votar. Pero la fusión de la ciudadanía con el sistema miliciano permitió que la férrea disciplina y jerarquía militares que subordinaron la plebe miliciano (o ciudadana) a sus jefes patricios, asignara a éstos el poder de "comandar" las opciones electorales de aquélla. Este comando político, componente del militar, constituyó el mecanismo central de la autorreproducción republicana del régimen portaliano. Para el empresariado popular, en cambio, además de ser un sustractor de tiempo productivo, fue un expropiador del derecho político propio.

Para la oligarquía mercantil, la milicia urbana era, pues, un instrumento de orden, de consolidación institucional, de disciplinamiento plebeyo y, en fin, de civilización ciudadana. Las élites y hagiógrafos portalianos han alabado sin ambages, por ello, el rol histórico de esa institución.¹⁵²

No fue igualmente elogioso el empresariado productor. Más bien por el contrario. Pues, ya en 1829, en voz alta, los artesanos decían:

Compañeros: una inesperada orden alejó de nosotros al valiente Coronel Puga y al ayudante Martínez que reclamaron con energía nuestras calificaciones usurpadas en los días 3 y 4 del corriente . . . tiemble el infame que se atreva a retenerlas, pues no hay derecho en hombre alguno para privarnos de nuestros votos . . . En el acto de la votación somos todos iguales: no hay jefes ni oficiales quienes nos dirijan como manadas de carneros . . .¹⁵³

Y eso, claro, no era todo. También existían abusos sobre abusos. Lo denunciaron los carboneros:

. . . se ha tratado de formar un gremio de todos los hombres que llevan el jiro de carboneros, y se les ha impuesto la obligación de prestar gratuitamente sus servicios por

151. R. Hernández P., "La Guardia Nacional de Chile (1808-1848)", *Historia* 19 (1984), pp. 59-94, sobre todo.

152. Representativo de esta tendencia es, por ejemplo, el autor arriba citado.

153. Impresos Sala Barros A., P. 1-E, Pieza 37.

las noches para el alumbrado público de varios puntos de la ciudad y especialmente de la Alameda en la Cañada... no es justo en manera alguna el obligarles a prestar un doble servicio y en objetos distintos. Algunos de ellos han sido [también] enrolados en el Batallón N° 3 de Guardias Cívicas...¹⁵⁴

Las autoridades exigieron de la plebe el formal cumplimiento del servicio miliciano, pero pronto dudaron de su propia decisión de pagar ese servicio concediendo derechos ciudadanos. Pues, ¿podía una plebe irresponsable e inmoral asumir la 'soberanía' del país? Como una cantinela, los epítetos de esa duda llenaron los periódicos patricios. Así sembrada bajo la piel artesanal, la irritación creció: un artesano que sólo vivía en su taller, claro, no tenía talento para ser gobernante, pero, ¿lo tenían acaso los comerciantes que sólo vivían "detrás de un mostrador" o los hacendados que sólo vivían "laceando toros"? Los artesanos sintieron rápido, en su emergente sangre política, el vigor de la igualdad republicana. Se tornaron desafiantes. Más aún: conspirativos. Los nervios del sistema mercantil detectaron pronto la rebeldía: "Hemos oído a varios ciudadanos de algunos cuerpos cívicos de la capital contar las tropelías cometidas con ellos, que manifiestan el horrendo despotismo con que son tratados nuestros desgraciados artesanos". Que era irritante la desigualdad existente entre la oficialidad y la tropa: "Los artesanos sirven gratuitamente en las milicias, mientras que Don Carlos Formas [el comandante] cobra sus \$ 127 mensuales... es cosa muy curiosa que el que es pagado oprima al que sirve gratis".¹⁵⁵

La irritación miliciano, desplegada sobre vías ciudadanas, se proyectó hacia arriba, politizándose. Hacia don Ramón Vial, comandante del Batallón N° 1 de guardias cívicas, por ejemplo; o hacia el gobierno de don Manuel Montt.

Este nuevo campeón del ministerio [don Ramón], que apenas tiene un rabo de Marte... ha dado principio por quitar a los soldados sus calificaciones y asegurarlas en su carpeta, como si fueran propiedad del comandante. El sarjento Alegria... se resistió a entregarla... Por esta justa negativa se le intimó con prisiones, con grillos, y con mil jénero de tormentos, y no solo fué amenaza; sino que todo se ejecutó al momento, y ahora se encuentra Alegria sufriendo las venganzas mas crueles en un calabozo... Todo el cuerpo está amenazado... Protestamos que aborrecimos la tiranía, que no queremos este gobierno porque es malo y mui malo...¹⁵⁶

La irritación endureció la identidad rebelde: "50.000 cívicos derramados en toda la República, son otros tantos pasivos sostenedores del poder... juguetes del poder". Al punto que

el artesano, bajo la casaca del soldado, se ha visto obligado a culatear a su hermano que bajo la tosca manta formaba parte del pueblo entusiasmado.

Y ante las mesas receptoras, se le "ha obligado a vender su conciencia i a traicionar sus simpatías". Todo lo cual provenía del hecho de "reunir en cuarteles a la

154. AIS v. s/n, Carta Comdte. Armas. Santiago, 8/1838, Carta 134. Véase también Cartas 393 y 394, de 10/1837.

155. *El Fanal*, 1. Santiago, 24 y 28/3/1829. Carta zapatero, y *El Artesano Opositor* 4. Santiago, 20/12/1845. Carta Miliciano.

156. *Ibidem*, 3. Santiago, 16/12/1845. Carta Milicianos.

clase de los artesanos . . . bajo el imperio de las leyes militares". La dignidad y la libertad, que el industrial realizaba por sí mismo en su trabajo productivo, se volvía indignidad y servilismo en el cuartel. Por lo tanto, "preciso es ya destruir esas barreras".¹⁵⁷ No era posible continuar soportando la "monstruosa injusticia de robar el tiempo al obrero i arrebatar el pan a las familias del pueblo".¹⁵⁸ Menos aún, si se tenía a la vista que "los capitalistas, los propietarios i toda la clase acomodada . . . se ven libres de todo servicio, salvo las pequeñas escepciones de los que desempeñan los cargos de jefes i oficiales . . ."¹⁵⁹

Era la resistencia. La subversión. La guerra civil.

Entre 1845 y 1860, lo intentaron todo para "destruir esas barreras": fundaron "logias" por barrio. Concertaron alianzas "girondinas". Conspiraron. Salieron a la calle. Cavaron trincheras. Se batieron con la "tropa reglada" de la nación. Formaron gobiernos comunales libres. Y ya derrotados a campo abierto, organizaron mutuales y sociedades solidarias para paliar el inexorable proceso de proletarización salarial y peonal que se les vino encima. Pues, no pudieron "destruir las barreras" que bloqueaban el desarrollo de sus fuerzas productivas.

Fracasaron.

Era evidente: en el sistema político mercantil, las "igualdades republicanas" no tenían, como la "propiedad", artículos tabú como el 12 y el 151. Más aún, hasta cierto punto, la supremacía 'moral' de esos artículos garantizaba, de algún modo, la desigualdad republicana y la hegemonía de las élites. Y las milicias portalianas, precisamente, ejecutaban esa garantía. De modo que cuando las élites "girondinas" (liberales) lograran, tras los reventones sociales de 1851 y 1859, filtrarse a través del exclusivismo portaliano e instalarse en la máquina estatal, la Guardia Nacional siguió siendo un mecanismo indispensable para la dominación (ahora refundida) de las élites. El comando militar del voto artesanal, que implicaba la "usurpación" de un derecho ciudadano, era de por sí un hábito de inmoralidad cívica. Al ser ese comando mantenido después de 1860, dio pie y pábulo para el crecimiento de una inmoralidad cívica conexas: la venta de las "calificaciones" al mejor postor, en subasta pública. Se formó y expandió un mercado negro del voto popular. De una parte, eso involucraba el tácito abandono del sistema político formal (viciado) por parte de la plebe productora; de otro, era la expansión, a fase superior, de la inmoralidad cívica de las élites, que ya no pararon mientes en comprar la generación 'democrática' de sus -por otra parte- exclusivos cargos estatales.

No es el objetivo de este trabajo examinar en detalle ese proceso. Baste, sobre este punto, transcribir la opinión de los *businessmen* ingleses que operaron en Chile en la década de 1870:

La Guardia Nacional . . . es anti-republicana y desmoralizadora. La reciente elección probó suficientemente cuán potente puede ser esta arma en manos de políticos inescrupulosos . . . cientos de infelices ciudadanos . . . no tienen otra posibilidad de escapar a la tiranía de sus oficiales que entregarles sus calificaciones para votar . . . La incidencia de este servicio es también groseramente injusta: por ley, cada chileno capaz de cargar armas debe enrolarse en él, pero en la práctica . . . sólo los que trabajan para el

157. *El Amigo del Pueblo* 1:10. Santiago, 11/4/1850.

158. *Ibidem* 1:13. Santiago, 13/4/1850.

159. *El Artesano de Talca* 2:85. 25/7/1868.

diario sustento de su familia... están compelidos a enrolarse; los ciudadanos acomodados no son visto en las filas, excepto como oficiales...¹⁶⁰

La milicia mercantil atenaceó el corazón de los derechos civiles y políticos del empresariado popular hasta hacer manar, de allí, después de 1860, el flujo descientelizado del sociocratismo "anarquista".

Pero la guerrilla mercantil englobó 'todas las formas de lucha'. O, si se prefiere, de aniquilamiento.

Del mismo modo sirvió a ese fin, por ejemplo, la política impositiva del Fisco. Pues la empresa popular también podía ser tratada como 'giro' o 'negocio público'. Pero el Fisco, a la inversa de las milicias, no fue una forma que atenaceó de modo regular y constante, sino por manera creciente. De modo que resultó, como luego se verá, triturante.

Durante el siglo transcurrido entre 1730 y 1830, las 'empresas' plebeyas reptaron, en busca de subsistencia, tan aras de suelo, que el ojo fiscal no las vio. O si las vio, las despreció. Es que no perfilaban una silueta empresarial, ni un negocio atractivo para la especulación mercantil. Como que, más bien, pertenecían a la geografía, no a la sociedad, del nuevo continente. Sin embargo, desde fines del siglo XVIII, de cualquier modo, crecieron. Hacia 1830, ya tenían perfil. Un perfil plebeyo de productores, claro, no de mercaderes: chato, repelente, invasor. El patriciado mercantil y el ojo fiscal sintieron el pinchazo. El ataque a los cigarrereros, la guerra contra las fraguas y los ranchos, y la mano de hierro de la milicia, constituyeron reacciones primarias e instintivas del patriciado frente a ese perfil emergente. Pero la reglamentación del comercio peonal y la imposición de patentes fiscales, por el contrario, fueron acciones concebidas políticamente para el largo plazo. Los ataques primarios causaron mucho daño, pero no constituyeron una política eficiente. Los segundos, por el contrario (la política de patentes se materializó en una serie de leyes de la República), produjeron efectos letales más definitivos.

El comercio vagabundo fue, como se dijo, la punta de lanza de la industria popular. La masa peonal encontró allí su más consanguínea actividad ocupacional. Si los mercaderes pugnaban por someter el "bajo pueblo" al regresivo sistema de peonaje asalariado, la economía popular pugnó por conquistar el mercado patricio lanzando sobre calles, portales y zaguanes sus vociferantes avanzadas de peones libres. En esta competencia, la ley de oferta y demanda llegó hasta el contacto físico. Y el contacto físico transformó la oferta en presión directa. De donde resultó que la fuerza extraeconómica y la concepción espacial del mercado devinieron en los factores y parámetros centrales de lucha.

Resintiendo ese contacto, los mercaderes reaccionaron demarcando los territorios: aquí el perímetro inviolable (monopólico) del "comercio establecido", allá la economía abierta ("rural") del comercio plebeyo.¹⁶¹ Pero los mercachifles de frutos del país, y los de la industria popular, como la mala hierba, de la "ciudad culta" resultaron indeseables. Se inició para el patriciado entonces, en su propia ciudadela, un período de caza; para el peonaje ambulante, un juego de escape y escondidas.

Los habían echado de la Plaza de Abastos. Pero se fueron al Portal Sierra Bella. Los altivos mercaderes del Portal se quejaron del contacto: "Nos hallamos en la

160. *The Chilean Times*. Valparaíso, 14/7/1876, p. 2.

161. G. Salazar, *Labradores*. . . , op. cit., Ch. II.

precisión —reclamó don Antonio Pérez a nombre de sus colegas— de vivir mixtos con estos de menos obligaciones . . . jamás se nos había hecho sentir esta incomodidad, y la novación ofende sin duda nuestros privilegios . . .". De inmediato, el gobernador Marcó del Pont ordenó el desalojo de los faltes, cigarreros y botoneros que se habían guarecido allí.¹⁶²

El juego del desalojo con realojo no podía continuar al infinito. Había que pensar algo distinto. ¿Por qué no darles un pequeño lugar *dentro* del perímetro inviolable del gran comercio?

. . . cuando se delinee la Plaza de Abastos con sus calles en contorno, quedo un espacio de terreno junto a la Rampa del Puente de Ladrillo, el qual lo ocupan oy las cosineras de la Plaza . . . está tan desaciado e inmundado aquel lugar que causa orror a todo el que lo mira . . . Seria mejor . . . benderlo a senso para que se edificasen quartos y estos sirbiesen a aquellas cosineras, se ebitarian las inmundisias . . .¹⁶³

Se aprobó. Los mercachifles podían, pues, permanecer dentro del perímetro inviolable. Sólo que pagando un canon de arriendo a los propietarios de cuartos. La posibilidad de renta urbana legitimó así un espacio urbano para los mercachifles. Verificado eso, el patriciado adoptó una actitud de mayor condescendencia. Así, un grupo de propietarios que vivían en la calle San Pablo solicitó:

Seanos permitido indicar . . . que el grande espacio de la Plaza de Abastos proporciona acomodar a estos bendedores, como lo hacen los dias de fiesta . . . tambien pueden colocarse en la plazoleta o grande espacio que hay al norte de la Plaza . . .

Los reclamantes habían sido invadidos por una masa de "vendedores de zapatos, ropa y otras especies".¹⁶⁴

Más aún: se pensó que los terrenos de "propios de la Ciudad" eran un lugar legítimo para que los mercachifles instalaran sus "caxones". Incluso, indesalojablemente. Como si los propios de Ciudad no formaran parte de la urbe patricia. Así lo sintió don Domingo Cumplido en 1842, cuando exigió a la Municipalidad que desalojara a una multitud de "tendaleros" que se habían establecido frente a su "tienda", en las cercanías de la Plaza de Abasto. Se le respondió que los tendaleros no podían ser desalojados porque estaban en terrenos municipales.¹⁶⁵

A la inversa, cuando las autoridades quisieron erradicar varias "recovas" o plazas de abasto que habían prosperado en sitios de particulares, éstos reaccionaron protegiendo a los mercachifles, por hallarse instalados en propiedad privada.¹⁶⁶

No cabía duda: los mercachifles habían logrado romper el perímetro del área inviolable. Ya estaban dentro de él, defendidos alternativamente por el municipio y por los rentistas. El problema, ahora, fue el canon de arriendo.

José Vicente Robles, "por sí y a nombre de todos los del gremio del comercio de mantas que estan fuera de la Plaza en la calle del Puente y con protesta de mostrar poder en caso necesario", elevó a las autoridades, en 1842, la siguiente representación:

162. ATC v. 8, Carta A. Pérez, fs. 234-236v.

163. AAMS v. 108, Oficio V. Caballero. Santiago, 5/7/1834.

164. AAMS v. 108, Sol. Propietarios. Santiago, 1835. S/f.

165. AAMS v. 128, Sol. D. Cumplido, Resp. Procurador. Santiago, /5-6/1842.

166. G. Salazar, *Labradores* . . . , Ch. II.

Desde que establecimos este jiro hasta la época de este nuevo subastador, hemos contribuido con medio real por cada asiento en los días que lo ocupábamos... Esta orden de cobrar impuesto se nos hacía llevadera y justa... [Pero a] un pobre que entra a jirar con un pequeño principal a veces del fiado y que a mas tiene que prestar servicios voluntarios o gratuitos en la milicia cívica, no se le importune con un grabamen tan biolento como es el que se le exige, estando de servicio, o enfermo... El nuevo subastador no solo ha subido el precio de la contribucion... un real por cada asiento, sino que tambien hace este cobro aun en los días que estamos bien ocupados en el servicio de la patria, o bien enfermos.

Veinticuatro vendedores de mantas suscribían la representación. La Sala acordó: "No ha lugar".¹⁶⁷

Un alza similar recayó sobre las "mercaderas" que pagaban "derechos de piso" en las puertas de la Plaza. No pudieron pagar. Fueron desalojadas. Reclamaron a la Municipalidad. La Sala acordó: "No ha lugar".¹⁶⁸

No todos los mercachifles tenían que pagar "derechos de piso", arriendos de cuartos o "contribuciones al subastador", pues muchos operaron en sitio propio. Fue el caso, por ejemplo, de la mayoría de las "chinganas", juegos de palitroque, de bolos, reñideros de gallos, almidonerías, talleres familiares, etc.¹⁶⁹ Normalmente, estos "giros" se establecían en los suburbios y no tenían contacto directo con los mercados del barrio central. Más bien, tenían contacto intenso con el propio mundo popular. De gran concurrencia, tendieron a prosperar, por lo que no pocos configuraron un definido perfil empresarial, de interés mercantil. Sobre éstos se descolgó, de preferencia, la política fiscal. Fue el problema de las "patentes".

La Ley de Patentes del 30 de agosto de 1833 (año de inicio constitucional del régimen portaliano) estableció cinco tipos de patentes. La mayoría de las industrias populares urbanas tuvieron que pagar patentes de cuarta y quinta clase, que fluctuaban entre 12 pesos anuales como mínimo y 25 pesos como máximo (recuérdese que el ingreso mínimo de un artesano para calificar era de 17 pesos mensuales). Significativamente, fueron exceptuadas las industrias "establecidas en heredades sujetas a la contribucion del catastro"; vale decir, las instaladas dentro de los "fundos urbanos" y suburbanos que los mercados arrendaban por pisos a la clase menesterosa.¹⁷⁰ Las industrias de tipo propiamente rural (hilanderías y tejedurías, pelleronías, queserías, alfarería, etc.) quedaron también exentas.

La Ley de 1833 hizo posible, pues, que un gran número de industrias populares se instalara (para evitar el pago de la patente) en los "rancheríos interiores" de los grandes fundos urbanos y suburbanos. Eso explica la sorprendente alianza surgida entre los grandes rentistas y los pequeños "dueños" de rancho interior a mediados de la década de 1850, que frenó la política de salubridad de las autoridades. En este sentido, la Ley de 1833 favoreció la multiplicación y desarrollo de los rentistas urbanos.

El amparo que de hecho dieron los rentistas a los rancheríos, a la industria popular y a la insalubridad concluyó, como se vio, en un cuasi desastre ecológico. No es de extrañar que el 22 de diciembre de 1866 se dictara una nueva Ley de Patentes, que

167. AAMS v. 128, Sol. J. V. Robles. Santiago, 29/7/1842.

168. AAMS v. 159, Sol. 9 Merceras. Santiago, 8/6/1852.

169. G. Salazar, *Labradores...*, Capítulos I y II.

170. R. Anguita, *Leyes promulgadas en Chile. 1810-1912* (Santiago, 1912). I, pp. 226-8.

modificó esta situación. Significativamente –en esta Ley– las patentes que afectaban a las industrias populares subieron de categoría: de cuarta y quinta a tercera y cuarta clases, con un incremento de su valor medio desde 16 pesos a 65 pesos anuales. Además, se reformó el acápite de los “exceptuados”, señalándose que sólo podían serlo las industrias que formaban parte orgánica del aparato productivo de los “fundos rústicos”. Los fundos urbanos y suburbanos cargados de rancheríos quedaron, pues, sujetos a la exacción fiscal. Así, la violenta alza de patentes cayó en picada a todo lo ancho de la industria popular, urbana y suburbana.¹⁷¹

Como efecto de la Ley de 1866, hubo un drástico aumento del número de establecimientos que pagaban patente: entre 1858 y 1867, ese número pasó de 3.016 a 10.592. Pero, en correspondencia, hubo también un descenso de todos los indicadores de la industria artesanal, sobre todo después de 1866 (número de artesanos, importación de herramientas y proporción de talleres industriales con respecto al total de establecimientos, como se vio en la sección 2 de este trabajo). El alza de patentes, en todo caso, no obedecía sólo al prurito mercantil de comprimir al máximo la industria popular. También tenía que ver con otros dos hechos relevantes: el alza de precios de los alimentos en general (provocada por la especialización cerealera-exportadora de las haciendas y la crisis de la producción y comercio campesinos), y la mayor envergadura de las empresas populares urbanas. El caso de los baratilleros, ventilado entre 1854 y 1855, devela esta situación en todos sus aspectos.

Los baratilleros de la Plaza de Abastos y calle del Puente que suscribimos . . . representamos: que por Ley del 3 de agosto de 1834 solo debemos pagar en la contribucion de patentes el valor de \$ 4, que corresponde a la séptima clase . . . [Pero] hoy se nos ha obligado a que paguemos dose en lugar de los cuatro . . . Nuestros intereses, lejos de aumentar, se van disminuyendo visiblemente, y la causa es publica . . . Como los efectos de nuestro giro en pequeño solo es para las ultimas clases del Estado, estas se encuentran en el día . . . atacadas de la plaga que a todos nos aflije: el preso grande a que han subido en el mercado los víveres. De manera que lejos de quedarles algo para bestirse, les falta para subsistir absolutamente lo preciso . . .¹⁷²

La solicitud, enviada al Tribunal del Consulado, fue transferida a los administradores del Estanco, encargados de recaudar las patentes. Los administradores rechazaron “la pretension de los suplicantes”, alegando que no sólo “los cajones que existían en el antiguo portal” (llamados originalmente “baratillos”) debían pagar patente, sino los que estaban en cualquier parte de la ciudad. Si no pagaban, se hacían convictos de fraude contra el fisco.¹⁷³ El caso se discutió durante meses. Los recaudadores se sostuvieron en que los suplicantes, si bien al principio pudieron “jirar como baratilleros” (o “caxoneros”), al presente lo hacían como “tenderos”, a una escala superior. De modo que debían pagar patentes por lo que eran y no por lo que habían sido.¹⁷⁴

No les fue mejor a los “vecinos del Arenal” cuando se les negó en 1858 la concesión de licencias simples “a los unos para correr canchas de bolas o palitroques, a los otros para chinganas o bolatín”, a objeto de que pagasen patentes formales. ¿Por

171. R. Anguita, op. cit., II, pp. 227-233.

172. AMH v. 323, Sol. Baratilleros. Santiago, 15/10/1854.

173. *Ibídem*, Inf. Grez-Vial. Santiago, 26/10/1854.174. *Ibídem*, /12/1854.

qué? Pues que ya no existían giros que operaban con mera "licencia", sino, sólo, los que pagaban "patente". Pero eso era mucho para los negociantes del Arenal: "Para nosotros importa no sólo la pérdida de los fondos que hemos invertido en plantear nuestros establecimientos, sino también una ruina total..." La Sala Municipal les recomendó dirigir sus quejas a otra repartición pública.¹⁷⁵

La misma ruina total temieron los empresarios de carruajes que en 1862 reclamaron por estar pagando "dos gravámenes para un solo negocio". Explicaron que:

Además de pagar los derechos de barrera... cada viaje... de \$ 2.06, se nos quiere gravar con el doble derecho de la patente, que solo ha sido impuesta para los carruajes que circulan en la Capital.

"No ha lugar", dijo la Sala.¹⁷⁶

El alza de las patentes industriales no se generó solamente con la Ley de 1866. De hecho, las alzas continuas venían de antes, y esa ley sólo culminó la tendencia. Fue por eso que los reclamos, insistentes ya en los años treinta, se convirtieron en un vendaval a fines de los sesenta. Pues había involucradas cuestiones de fondo. Lo dijeron los artesanos de Talca:

La lei de patentes... no hace distincion alguna entre el establecimiento que jira con capitales i el que no los tiene. Parece como calculada expresamente para matar la industria en manos de la jente pobre, i traer la desolación i la ruina a las clases del pueblo, que no tienen mas patrimonio que sus herramientas de trabajo, si es un artesano, o el acopio de huevos, nueces i aceitunas... si es un comerciante.¹⁷⁷

No pensaron distinto los "joyeros pobres" de Santiago que, en diciembre del mismo año, pidieron una categoría especial para "los que carecen de capital o tienen uno que no sube de \$ 1.000"; pues, de no hacerse la distinción, la patente "nos obligaría a cerrar nuestros laboratorios i a quedar a sueldo de los joyeros ricos".¹⁷⁸ Y "gravamen aniquilador" llamó un Comité de Fotógrafos, en el mismo año, a la patente que les correspondía pagar, pues atentaba contra su misma subsistencia.¹⁷⁹

El clamor fue suficientemente grande como para devenir en tema de charla académica. Don Mauricio Mena, en una conferencia dictada en 1869, dijo:

[Entre] las malas leyes que oprimen al pobre pueblo... podemos citar... la Ley de Patentes de 1866... esas pequeñas i reducidas industrias tienen que dejar de existir desde que el gravamen que se les impone es superior al producto que se les reporta... El tesoro público no ha percibido un centavo de esas pequeñas industrias, sólo las ha muerto... ¡Dejemos alguna vez de ser tributarios del Viejo Mundo!¹⁸⁰

175. AAMS v. 183, Rep. Vecinos Arenal. Santiago, 18/10/1858.

176. AAMS v. 202, Pet. Empres. Carruajes. Santiago, 3-4/1862.

177. *El Artesano de Talca* 1:34 y 1:42 (1842), 15/7 y 7/9, respectivamente.

178. AMH v. 624, Sol. Joyeros. Santiago, 12/1867.

179. AMH v. 624, Rep. Fotógrafos. Santiago, 8/1867.

180. *La Estrella de Chile* 2:86 (1869), pp. 508-12.

¿Había desigualdad incluida en un impuesto aplicado por parejo a todos los giros de negocios? Los mercaderes de tienda establecida exigían igualdad tributaria. Porque, dijeron, "nos ponen toldos sin que ellos cubran la contribución del alumbrado y sereno, ni el gasto del asco, limpieza y blanqueo que hay que hacer, y mucho menos cubrir el canon de la tienda que con exactitud y puntualidad mensualmente cubrimos".¹⁸¹ Siendo la igualdad tributaria un buen principio fiscal, no había razón para distinguir y reconocer los requerimientos específicos de una acumulación industrial incipiente. Así, sólo pesó la defensa del modo acumulativo del gran comercio.

La crisis del proyecto popular de industrialización se hizo inevitable. Pero los pequeños talleres, ligados a la supervivencia del "bajo pueblo" más que a los principios fiscalistas o a las especulaciones de mercado, sobrevivieron precariamente a la serie de ataques que culminaron con la Ley de Patentes de 1866. Se apoyaban todavía sobre dos pilares aparentemente inconfiscables: la lealtad consumista de la clase popular a su propia industria, y los mercados externos formados por la legión emigrada de esa misma clase. Y fue contra esos pilares que se desencadenó el último capítulo de esta historia. De una parte, sobrevino la Guerra del Pacífico, que dismanteló esos mercados externos. Sobre este punto, baste citar aquí lo informado por la Sociedad de Fomento Fabril en mayo de 1886.

Las exportaciones industriales —decía el informe— bajaron sustantivamente desde 1879. "La baja repentina de 1879 es la mejor prueba de que casi toda nuestra exportación de manufacturas ha servido siempre para el consumo de los chilenos que trabajan fuera del país". Los productos exportados eran, sobre todo, yugos de madera, enjalmes, estribos, frenos, riendas trenzadas, zapatos, colchones, dulces, hilo, cordeles, jarcia de cáñamo, jabón común, pellones, ropa hecha, sillas de montar y vasijas de madera. La guerra había creado un mercado adicional para esos productos. Pero la posguerra no sólo diluyó ese mercado adicional, sino también el mercado pacífico de la preguerra. La caída fue dramática. Sólo en el rubro "artefactos varios" el descenso fue de 60.000 pesos (exportaciones de 1874) a 3.000 pesos (en 1884), y luego a meros 330 pesos en 1885. Agregaba el informe:

Este hecho, que se repite en todas las manufacturas indicadas, demuestra los males que la guerra ha causado a la industria nacional en el punto muy importante de las manufacturas del trabajo popular...¹⁸²

El progresivo retorno del peonaje emigrado a los países limítrofes, masificado después de 1884, desfondó uno de los pilares más antiguos de la industria popular.

De otra parte, el éxito relativo de la industrialización promovida por los técnicos, ingenieros, y mercaderes extranjeros, creciente desde 1860 y conducente a la proletarianización salarial del "bajo pueblo", destruyó, hacia 1900, el segundo pilar: la lealtad consumista de ese mismo "bajo pueblo" a los productos de su propia industria. Era la derrota.

181. AAMS v. 189, Rep. Tenderos. Santiago, /11/1860.

182. BSFF 3:5 (1886), pp. 197-200.

EPITAFIO

*Salud, brillante aurora
Señal de paz i union
¡Oh, industria creadora
Del mundo redencion!*

Francisco J. Ossa (1875)
"Himno a la Industria"¹⁸³

Empujados al principio por las oleadas de Conquista al trasfondo de la sociedad colonial, los pobres buscaron en los márgenes de esa sociedad su propia redención. Al hacerlo, expandieron las fronteras, llenaron los intersticios. Allí se formó el campesinado cerealero, viñatero y horticultor. Allí también, sobre y entre cerros, se formó el pirquineraje y la sociedad minera. Y allí, desde los bordes de la ciudad, avanzaron hacia el "Barrio del Comercio", produciendo y comerciando, manufacturas y frutos del país.

Recolonizaron, por abajo, la sociedad colonial. Como un modo social y autóctono de producción, hinchándose bajo la piel cupular construida por los mercaderes. El conflicto vertical y horizontal fue inevitable. La carrera por los espacios, los mercados y la Ley enfrentó, de diversos modos, a patricios y plebeyos; a mercaderes y "productores". Y 1830 llegó a ser el año decisivo: los monopolios mercantiles lograron, tras su fracaso especulativo de 1824-26, montarse a horcajadas, no sobre el mercado internacional sino sobre el Estado nacional, para, desde aquí, asociarse al vigoroso mercader extranjero. Y a sus reyes lejanos y cercanas naves de guerra.

Lo que vino después sólo fue un combate desigual: vino la crisis del campesinado y del pirquineraje.¹⁸⁴ Y en paralelo, como se ha visto, la del pequeño empresario industrial.

La crisis ya era visible en 1848:

... ya se ha aniquilado casi completamente la extracción de bayetas, mantas i de otros tejidos de lana que antes se llevaban para el Norte, i que esta variación a dejado a muchas rabajadoras reducidas a sus ocupaciones domésticas, insuficientes por sí solas para el sostenimiento de una familia, por pequeña que sea.¹⁸⁵

... sobre todo, porque la ideología librecambista de los mercaderes se había hecho aniquiladora:

Que en Chile hay miseria; que los salarios son en extremo mezquinos; que la condición del proletario es en extremo triste, son hechos que no pueden ponerse en duda ... A nuestro juicio, para remediar el mal ... es necesario allanar aun mas las dificultades que embarazan nuestro comercio ... ¿No sería mucho mejor que los comerciantes de Europa

183. F. J. Ossa, "Himno a la Industria", *La Estrella de Chile* 9:419 (1875), p. 71.

184. G. Salazar, *Labradores* ... *passim*.

185. AML v. 249, Inf. Intendente Maule. Cauquenes 8/6/1848

vengan a nuestras plazas para concurrir, con ventaja nuestra, en la venta de los objetos que su continente está llamado a producir...?¹⁸⁶

... y porque la industrialización, como proceso definitivo, estaba siendo realizada por otros: los ingenieros y técnicos extranjeros que habían venido a instalar máquinas para la agricultura, la minería y los ferrocarriles. Pero sobre todo, iba a ser obra de las casas comerciales extranjeras que después de 1880 se especializaron en la importación de máquinas y herramientas.¹⁸⁷ La industrialización que iba a prevalecer no era la promovida desde abajo, sino la impuesta calculadamente desde arriba por los grandes mercaderes foráneos. De aquí que las autoridades tendieran a 'proteger' la industrialización desde arriba (mercantil), al paso que desatendían la industrialización por abajo. Lo dijo el dueño de la Fundición Caledonia, en 1858:

... estando nuestro establecimiento montado de modo que en él se pueden ejecutar casi todas las obras que hasta ahora se importan del extranjero, como son los vapores de fierro con sus máquinas y calderas, puentes, muelles, cañerías de fierro, bombas para minas y otros usos, maquinaria para molinos y para minas, etc. Y siéndonos muy difícil y en ciertos casos hasta imposible sostener competencia en los precios con las obras de esta naturaleza que se introducen del Extranjero por hallarse éstas libres de derechos de internación mientras que gran parte de los materiales que las constituyen o que son necesarios para fabricarlos se hallan gravados de derechos de internación, quedando por esta desventaja manifiesta tanto nuestro establecimiento como toda la industria nacional en la imposibilidad de desarrollarse...¹⁸⁸

... y lo dijo también, refiriéndose a la ausencia de crédito para la industria, un fabricante de loza, en 1856:

... la persona a quien debo ... sin consideración alguna prosigue la ejecución; sólo por motivo de rapacidad, esperando apoderarse por precio ínfimo de mi propiedad ... es que no han tenido vergüenza ofrecirme un año plazo si consintiese a su provecho una venta de mi propiedad ... lo que no he debido consentir. He hecho lo posible por proporcionarme esa cantidad, proponiendo a capitalistas ponerse en lugar de esos acreedores ... recibí del señor don Manuel Cortez a nombre del sr don José Tomás Urmeneta, propuesta para entrar como consocio en la explotación de la fábrica de tejas y ladrillos a la mecánica que esos caballeros tienen ... Rehusé ... me veo amenazado de una ruina completa...¹⁸⁹

De manera que la mayoría de los industriales pobres se sumió en la crisis, y en la agonía terminal de la proletarización salarial.¹⁹⁰ Que no era, por lo demás, la proletarización estrictamente industrial, sino la subordinada a la divisa mercantil: "El salario nace del capital, ¡por lo tanto tiene que correr su misma suerte ... la huelga es una guerra fratricida..."¹⁹¹

186. Anónimo, *De la industria nacional, en sus relaciones con la administración pública* (Santiago, 1852), pp. 1-5.

187. G. Salazar, "Algunos aspectos importantes...", op. cit., *passim*, e id. "El empresariado industrial en Chile: conducta histórica y liderazgo nacional. 1878-1938" (Informe Conicyt 997, año 1988) vol. I.

188. AMH v. 377, Sol. M. Borrowman. Valparaíso, 4/1858.

189. AMH v. 323, Sol. P. Pauliny. Santiago, 2/8/1856.

190. El proceso de proletarización del artesano no será examinado en este trabajo.

191. J. V. Gandarillas, "La Huelga", *La Estrella de Chile* 7:360 (1874), pp. 767-68.

¿Qué hacer sino buscar en la solidaridad de los vencidos la protección y fuerza social necesaria para sobrevivir? Tras el eclipse industrialista, vino así la aurora mutualista.¹⁹² Y con ésta, la crítica despiadada a la clase política liberal en todas sus coloraciones:

Semejantes protectores ¡oh pueblo de mi patria! son mentidos . . . cuando hayan concluido las votaciones, ya no os conocen . . .¹⁹³

. . . de manera que, entre las sombras del futuro, delante de ellos, sólo tenía cabida, en escorzo, un proyecto de acción autónomamente popular:

no es por tal o cual persona por la que vamos a trabajar . . . sino por los principios, para mejorar un día la condición social.¹⁹⁴

. . . puesto que la historia, a todo costo, ya había rubricado, para todo el "bajo pueblo", su lección:

Los palaciegos altivos
quieren parecerse a Dios
en gobernar absolutos,
pero en ser justos, no, no.
La aristocracia orgullosa
sin duda se figuró
que ella nació para el mando
y el pueblo para el baldón;
mas ya el pueblo soberano
que sus fueros conoció
no ve más soberanía
que la suya y la de Dios . . .¹⁹⁵

192. El proceso de politización y despolitización del movimiento artesanal no será examinado en este trabajo. Una visión general en S. Grez, op. cit. y en L. A. Romero, *La Sociedad de la Igualdad. Los artesanos de Santiago y sus primeras experiencias políticas. 1820-51* (B. Aires, 1878).

193. *La Libertad* 1:1 (1851), p. 2.

194. *Ibidem* 1:5 (1851), p. 2.

195. Anónimo. *Ibidem* 1:7 (1851), p. 2.

Tras la huella de los paraísos artificiales

Mineros y campesinos de Copiapó, 1700-1850

Jorge Pinto Rodríguez

Universidad de la Frontera

INTRODUCCIÓN

En este artículo me propongo examinar el mundo de los campesinos y mineros de Copiapó en los siglos XVIII y XIX, a través de dos fenómenos que cruzan sus vidas cotidianas: los mecanismos de descompresión social que generó la sociedad regional, y la fantasía popular. Ambos tienen estrecha relación; se podría decir que forman parte de un mundo algo desconocido, en el cual resulta difícil separarlos.

Para abordarlos escogí tres aspectos concretos de la vida de estos hombres: el consumo de alcohol, las leyendas de los derroteros y ciertas manifestaciones de la religiosidad popular. Los dos primeros se pueden examinar con cierta comodidad; el tercero, con mucha imaginación. Lo incorporé a este trabajo sólo porque me atrae y porque creo se debe seguir estudiando. El lector sabrá dispensar la falta de documentación que se aprecia, sobre todo en lo relativo a los pactos con el diablo y las creencias de entierros.

Los tres aspectos escogidos están en la base de la fantasía popular y, con toda propiedad, se puede decir que funcionaron como mecanismos de descompresión social. Campesinos y mineros se refugiaban en ellos para recrear sus existencias y escapar de las asperezas de una vida que alcanzaba grados de sorprendente dureza. Los tres eran pilares de los paraísos artificiales. La idea la recogí de Alvaro Jara, quien, al referirse a las raíces estructurales de nuestro subdesarrollo, hizo referencia, en un artículo publicado en 1978, a los consumos desviados que inhabilitaron los salarios como mecanismos dinamizadores de la economía.¹ Aunque la idea le pertenece, también llegué a lo mismo por otro conducto.

Desde hace varios años vengo estudiando la economía del Norte Chico en el siglo XVIII. En el caso de Copiapó, no cabe ninguna duda de que la minería cumplía la doble función de articular la economía "hacia adentro" y "hacia afuera". Se trataba de una economía simple, que exportaba metales e importaba alimentos, ropas y unos

Este artículo ha sido elaborado en el marco del proyecto de investigación *Araucanía y Norte Chico, dos economías coloniales en el siglo XVIII*, financiado por la Dirección de Investigación y Desarrollo de la Universidad de la Frontera. El autor agradece el apoyo de esta Dirección a sus investigaciones sobre el siglo XVIII.

1. Alvaro Jara, "Estructuras coloniales y subdesarrollo en Hispanoamérica", *Journal de la Société des Americanistes* (Paris) 65 (1978), pp. 145-71.

pocos bienes de capital, empleados la mayoría en las faenas mineras.² El comercio exterior contemplaba también exportaciones de brea, vinos y aguardientes; sin embargo, el motor de la economía era la minería.³

La región se encuentra al borde del desierto, casi formando parte de él. De norte a sur cubre unos 450 kilómetros, y de este a oeste, el ancho de Chile. Dos ríos se asoman tímidamente, el Huasco y el Copiapó, regando dos valles que constituyen verdaderos oasis en medio de una aridez que sobrecoge al viajero. Más al norte, el río Salado apenas merece el nombre de tal. Producto de la imaginación del hombre o de una u otra avenida que suele producirse muy espaciadamente, sirvió más bien de sendero por donde los mineros transitaron hacia el interior de la tierra.

En el contexto de esta economía y de este ambiente natural, se constituyeron en la región cuatro espacios menores, todos conectados entre sí: las villas, las haciendas, las faenas mineras y las planicies costeras. Los cuatro se articulaban a través de la minería y, por esa vía, se conectaban al exterior. Se trata de la doble articulación que mencionaba hace un momento, muy propia de las economías coloniales.

Mientras estudiaba esas articulaciones, ciertamente imprescindibles para comprender la economía, reparé, sin embargo, en dos hechos que me aproximaron a la historia que ahora estoy recreando: el papel de los hombres en este juego económico y los grupos sociales que lograba cubrir con la historia que estaba haciendo. Tendré que detenerme en los dos.

La historia económica comete, a veces, el error de quedarse demasiado en los procesos, sin llegar a los hombres. Hay una especie de deshumanización de la historia, a pesar de que siempre es muy claro que son los hombres los protagonistas de ella y de la economía.

Nadie discutirá que el estudio de las articulaciones económicas de las sociedades coloniales constituye una materia clave para entender una serie de fenómenos relacionados con éstas. Se podría conceder que sin aclarar el carácter y la magnitud de esas articulaciones, el resto de la historia se tornaría incomprensible. En fin, que sólo por esa vía nos aproximamos a las bases materiales que sostienen la sociedad colonial. Todo aquello se puede admitir; sin embargo, siguen quedando cabos sueltos.

Hay un hecho simple que nos empuja por otros senderos. Las articulaciones que he venido mencionando pasan, necesariamente, por un grupo de hombres sencillos, trabajadores de nombres ignorados, cuya función consiste, precisamente, en articular los espacios por medio del transporte. Sin los arrieros no habría habido articulación posible, por mucho que hayan existido capitales, producción y demanda. Es cierto que la producción y demanda generan necesidad de arrieros y que éstos surgen a partir de esa demanda: eso no está en discusión; pero, una vez presentes, los arrieros pasan a constituir parte fundamental de la historia económica.

Lo mismo acontece con los peones de minas, los campesinos, los comerciantes, los empresarios y las mujeres, estas últimas en su modesto papel de consumidoras o formando parte del proceso productor propiamente tal. Vale decir, con los hombres,

2. Jorge Pinto, "Un mercado interior en Chile colonial: el corregimiento de Copiapó a fines del siglo XVIII", en Julio Broll y Jorge Pinto, *Copiapó en el siglo XVIII* (Instituto de Estudios Humanísticos, Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 1988).
3. Véase Marcello Carmagnani, *Les mécanismes de la vie économique dans une société coloniale: le Chili (1680-1830)* (Paris, 1973); y, Jorge Pinto, *La población del Norte Chico en el siglo XVIII* (Universidad del Norte, Coquimbo, 1980).

cualquiera haya sido el rol que jugaron en la economía. Estos deben, pues, encarnarse en los procesos que se estudian, dándole un sentido humano a ciertos fenómenos que, reducidos a simples conexiones mostradas a través de series de producción, precios y comercio, parecen carecer de él. No faltaría a la verdad si dijera que la historia que me ocupa ahora partió de las reflexiones que hice acerca del papel que cupo en la economía regional a los arrieros del corregimiento de Copiapó.

Esto también tiene que ver con la dimensión de la historia económica que estaba haciendo o con los grupos sociales que lograba cubrir con mis estudios.

Aunque los arrieros, peones de minas y campesinos estaban en la base de las articulaciones económicas y, por consiguiente, incorporados al modelo o estructura que estudiaba, sus preocupaciones económicas pasaban por otros problemas. Tengo la impresión de que la historia económica orientada a recrear las estructuras económicas (y, aún, me atrevería a decir, los modos de producción), no es sino la forma de hacer, en el plano de la economía, la historia de los grupos dominantes. Es dar cuenta de la historia comprometida con los intereses de los grupos privilegiados. La historia económica de los sectores populares durante la Colonia, tiene que ver con otros problemas: cómo ganar, por ejemplo, 8 o 10 pesos y cómo vivir con ellos cuando un grupo familiar compuesto por cuatro personas necesita 10 o 12.

Vista la economía desde la perspectiva de los trabajadores, es indudable que adquiere otra dimensión. Una dimensión más cotidiana, que no se cubre estudiando simplemente las articulaciones económicas o las características del modelo, sino sobrepasándolo y quedándose en los problemas aparentemente marginales de la historia económica. Y de eso se trata en esta ocasión.

LAS CONDICIONES DE VIDA EN EL CORREGIMIENTO DE COPIAPÓ

Mineros y campesinos de Copiapó enfrentaban, con ligeras diferencias, ásperas condiciones de vida.

En las faenas mineras, el trabajo se iniciaba al despuntar el alba y terminaba con el día, cuando las fuerzas estaban exhaustas. Los barreteros penetraban a la mina por estrechos senderos, provistos de barretas, combos, cuñas y porruñas, para horadar el monte y acumular los materiales que luego sacarían los apires a los patios exteriores, cargando sobre sus espaldas pesados capachos de cuero. Generalmente trabajaban en pareja, formando una sociedad matizada por conflictos, muchas veces de violencia incontrolable. El peón de minas, ya fuera apir o barretero, parecía estar siempre al acecho: a la menor provocación salían a relucir las armas y la disposición de hacerse justicia por mano propia.

Las faenas estaban en pleno desierto. Eran especies de campamentos de población exclusivamente masculina, sometida a un régimen laboral agobiante y sostenida con una alimentación de alto contenido calórico, pero poco variada y muy desequilibrada.

Buena parte del peonaje minero se reclutaba entre arrivanos atraídos por los metales preciosos y los salarios ofrecidos por los empresarios. Durante el siglo XVIII, la inmigración masculina alcanzó en todo el corregimiento magnitudes cercanas a 40 por ciento.⁴

4. Jorge Pinto, *La población del corregimiento de Copiapó en el siglo XVIII*, en Broll y Pinto, obra citada, p. 43.

A los problemas derivados de las condiciones de trabajo, se sumaban, así, las dificultades de un grupo compuesto por individuos desarraigados y sin posibilidades de llevar una vida familiar conforme a los patrones propuestos por la propia sociedad de la cual formaban parte.

El peón de minas tuvo que moldear su carácter y crear sus propios estilos de vida. Benjamín Vicuña Mackenna los describió melancólicos, y Domeyko los tildó de sombríos. Cercados por la soledad y las tinieblas, sus almas se asimilaban al desierto y a las montañas. Vivían en silencio. Peleadores como el indio y pendencieros como el roto, su espíritu tumultuario era una constante amenaza para el resto de la población. El minero ebrio y contrariado, agregó Vicuña Mackenna, es un ser temible, vengativo y ciertamente peligroso cuando empuña la cuchilla maolina.⁵ Otro escritor decía que el minero parecía pertenecer a una raza más maldita que la del hombre.⁶

La vida de los mineros era asfixiante. Lejos de sus familias o sin posibilidades de constituir las, se exponían a un trabajo infernal, con una alimentación que apenas alcanzaba para reponer las energías. Domeyko no reparó en compararla con la de los deportados en Siberia.⁷

Para los campesinos las cosas no se daban mejor. Es cierto que el trabajo del campo resultaba menos exigente; sin embargo, el grado de explotación también alcanzaba allí ribetes dramáticos.

Los peones agrícolas se iniciaban en el oficio siendo niños, sin darle tiempo a la infancia para que completara su ciclo natural. De talla mediana y barba rala, eran de fuerte complexión muscular y muy sobrios en sus necesidades; pasaban días enteros expuestos a calores abrasadores, soportando con admirable paciencia el hambre, el sudor y todo el rigor de las estaciones. En ningún país del mundo, escribió Claudio Gay, el trabajo del campo era más penoso y peor pagado que en Chile.⁸

Los campesinos de Copiapó debían enfrentar, además, otros problemas. La fuerte presión que existía por la mano de obra los convertía en peones tan itinerantes como los peones de minas. Nunca un campesino estuvo seguro de su oficio y del lugar en que vivía. Nunca su familia se asentó sobre bases sólidas. La precariedad parece ser la nota dominante en la vida de estos campesinos. Precariedad en todo el sentido de la expresión, material y espiritual, encarnada en un trabajo abrumador, bajos salarios, alimentación deficitaria y la vida itinerante al margen de toda formalidad.

Por eso los peones del campo adquirieron también un carácter particular. Buenos, honrados, hospitalarios y, sobre todo, solidarios entre sí, no dejaban de ser desconfiados y, según Gay, algo hipócritas.⁹ La desconfianza e hipocresía propias del mundo de los pobres, tan contrastante con la hospitalidad y solidaridad que existía entre ellos.

La miseria, la sobreexplotación, la vida desarraigada y de lazos familiares siempre débiles, acosaba a los campesinos y mineros de Copiapó. Sus vidas se consumían con pasmosa rapidez. A los 10 años se era adulto; a los 20, hombre maduro;

5. Benjamín Vicuña Mackenna, *El libro de la plata* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1882), pp. 220-27; Ignacio Domeyko, *Mis viajes* (Santiago: Ediciones Universidad de Chile, 1978), tomo I, p. 395.

6. Jotabeche, *El provinciano en Santiago y otros artículos de costumbres* (Santiago: Editora Santiago, 1966), p. 18.

7. Domeyko, obra citada, pp. 431-33.

8. Claudio Gay, *Historia Física y Política de Chile. Agricultura* (Impreso en casa del autor, París, 1852-1855), tomo I, p. 52.

9. Gay, obra citada, p. 153.

a los 30, casi un anciano, y a los 35, un cadáver, cuando las peripecias de la vida no arrebatában antes la existencia. Y parecía no haber otro destino. Se nacía pobre y se moría en la misma condición. Todo se confabulaba para hacer de la existencia una vida sumida en el desencanto y desilusión. La frustración era nota común entre ellos y de esos estados de ánimo a la violencia, había un paso muy corto. Así se entiende que hayan sido descritos como sombríos y silenciosos, desconfiados e hipócritas y, sobre todo, peligrosos cuando empuñaban las armas.

Funcionaban, sin embargo, válvulas de escape, mecanismos de evasión o de descompresión social que hacían bajar la tensión. Campesinos y mineros de Copiapó, en ciertos tramos de sus vidas, encontraban tablas de salvación que les permitían construir mundos mejores. Mundos precarios, como sus propias existencias, paraísos artificiales levantados sobre la base de la miseria que los rodeaba. Sin embargo, sin ellos la vida habría sido mucho más dura aún, aunque en ciertos casos, como veremos más adelante, contribuyeran a empuñecer y acortar sus pasos por este mundo.

EL CONSUMO DE ALCOHOL. LA VIDA EN LA PLACILLA

El consumo del alcohol en los distritos mineros del Norte Chico cruza dos planos de la historia regional: el de los empresarios y el de los peones.

En el plano de los empresarios, constituía uno de los negocios más rentable en el siglo XVIII. En los asientos mineros, el vino y el aguardiente se vendían a un precio tres veces superior al que tenían en los centros productores y dos veces mayor al de las villas.¹⁰ Ese margen de utilidad explica la tendencia de los agricultores a reemplazar el cultivo del trigo por la vid y la profusa difusión de bodegones donde se expendía licores.¹¹ Además de la utilidad, los empresarios tenían la posibilidad de retener a los peones y recuperar los salarios que pagaban. Con tal de tenerlos sujetos en las faenas, preferían los bajos rendimientos del peón alcoholizado, que el riesgo de perderlos por no tener vino que ofrecerles. Entre dos males, optaban por el que les parecía menor.¹² El alto índice de alcoholismo era, pues, fomentado por los propios empresarios, ya sea por la utilidad del negocio, por retener a los peones en sus lugares de trabajo o por recuperar los salarios.

10. Juan José de Santa Cruz. Noticias pertenecientes al Reino de Chile, 1790, Museo Británico, Sección Manuscritos, Add. 17596; y, Proyecto para formar una compañía exportadora de aguardientes de Coquimbo a Charcas, en carta de A. Higgins al ministro Gardoquiñ, Santiago, 13 de octubre de 1794, Archivo General de Indias de Sevilla, Audiencia de Chile (en adelante AGI, ACH), legajo 214.

11. Denuncias sobre este asunto en Testimonio del expediente formado sobre el buen entable, arreglo y gobierno de los peones y sirvientes de minas, de Antonio Martínez de Mata (1789), Archivo del Museo Arqueológico de La Serena, Documentos del Cabildo de La Serena, 1776-1822. En este documento se hace referencia a los expendios de alcohol en las bocaninas de faenas corrientes, contraviniendo las normas establecidas por las autoridades. Véase, también, Informe de Miguel José de Lastarria sobre los peones de las minas de azoque de Punitaqui, 1789, AGI, ACH, leg. 389. Hay copia en Archivo Nacional de Santiago (en adelante ANS), Gay-Morla, vol. 50 y edición impresa en Jorge Pinto, *Las minas de azoque de Punitaqui* (Universidad del Norte, Coquimbo, 1981), pp. 141-74; y, Autos sobre la prohibición de venta de licores en los minerales de este partido de Cuzcuz, 1809, ANS, Capitanía General, vol. 929, fojas 18 y siguientes. Sobre el esfuerzo del gobierno español por impedir el excesivo consumo de alcohol en Hispanoamérica, véase el artículo de Antonio Piga, "La lucha antialcohólica de los españoles en la época colonial", *Revista de Indias* Madrid, n° 10 (1942), pp. 711-42. Para la región de Copiapó, y el Norte Chico en general, el trabajo de Marcello Camagnani, *El salarizado minero en Chile Colonial* (Universidad de Chile, Santiago, 1963), sigue siendo obra de consulta obligada en esta materia.

12. Pinto, *Las minas de azoque de Punitaqui*, pp. 133-34.

El otro plano tiene que ver con los peones y se refiere al sentido social, casi ritual, que adquirió el consumo del alcohol. Este revistió un carácter convivial, ordenador de la vida social y estimulador de las diversiones y fantasía populares. En cierta medida, fue un consumo similar al de la yerba mate. Tal vez, de la comparación surja la explicación de que esta última estuviera incluida entre los vicios de los trabajadores.

La vida del minero transcurría entre la faena y la placilla. Era éste el poblado vecino que recibía a la peonada animosa y bullanguera los domingos y festivos, para devolverla al mineral ebria y sin un real, después de uno o más días de diversión.

En apariencia, la placilla pertenecía sólo a los peones; en la práctica, formaba parte del mundo de la minería, sin excluir a ninguno de sus protagonistas. Allí la capacidad de cada cual se medía por la destreza para conducirse en el consumo de alcohol, en el manejo de las armas y en las relaciones con las prostitutas que llegaban atraídas por el circulante y los minerales robados a través de la cangalla. En medio de verdaderas orgías, se desataban todas las pasiones contenidas en la faena.

A pesar de los efectos desgastadores que la placilla provocaba a los peones, allí se evadían los problemas y se abrían válvulas de escape que evitaban que los conflictos producidos en los minerales fueran todavía más agudos.

El minero nunca se emborrachaba solo. Se practicaba un consumo social, organizado en función de lazos de amistad contraídos en el mineral o en una fase pasada de la vida. Esos lazos se consolidaban en la placilla sobre la base del estatus que cada uno iba alcanzando. La generosidad, el consumo desbordante del vino y aguardiente, la valentía para defender el honor y el éxito entre las prostitutas, elevaban a los sujetos a categorías que no siempre alcanzaban en la faena. Los ordenadores de la vida eran ahí diferentes, muy propios de un espacio donde la comunidad construía un mundo aparte, una especie de paraíso artificial, de apariencia infernal, regido por reglas establecidas por sus propios pobladores.

En el corregimiento de Copiapó, las placillas tuvieron rasgos particulares. El carácter casi desértico de la zona, el alto valor del oro y de la plata que producían sus minerales y el elevado número de forasteros, les daba una connotación diferente a las de Coquimbo y Quillota. Hubo, además, faenas de alta concentración laboral, sobre todo en el siglo XIX, primero en Agua Amarga, en Chañarillo después, y en Tres Puntas al comenzar la segunda mitad del siglo. De alguna manera, se podría decir que en Copiapó hacía falta más fantasía y que el ambiente se prestaba para que así ocurriera.

Por testimonios documentales y por referencias de viajeros, conocemos una serie de detalles relativos a las placillas de Chañarillo (Juan Godoy) y Tres Puntas. No viene al caso repetir aquí lo ya relatado por Domeyko, Jotabeche, Treutler, Vicuña Mackenna, Pérez Rosales y Sayago, quienes fueron testigos de una historia que forma parte, más bien, del folclor chileno. Sólo quisiera insistir en un punto: la placilla era el lugar donde el minero intentaba construir una existencia aparte de la faena. El alto consumo de alcohol era el punto de partida de un mundo de fantasía, de relaciones precarias, de amistades que se trizaban por los habituales brotes de violencia, de amores pasajeros, de virtudes y bondades que se esfumaban cuando el minero recobraba la sobriedad. Un mundo artificial, una especie de paraíso artificial, en el cual el peón se sentía a sus anchas y en el cual las reglas del empresario no se percibían. Un mundo que trocaba la actitud sombría y melancólica del peón, por otra más brillante y locuaz. Un cambio que se producía por pocas horas para tomar el aliento necesario

que permitía seguir en un trabajo tan duro y abrumador.

Por extraño que parezca, en la placilla se encontraban, sin embargo, los proyectos de empresarios y peones. Para los primeros, el alcohol era un negocio a través del cual aumentaban sus ingresos, recuperaban los salarios y ofrecían al peón la posibilidad de recrear su existencia, para obligarlo luego a volver a la faena. Para los segundos, era el lugar donde se sentían libres y a sus anchas, dueños del mundo, entregados a un placer que jamás encontrarían en el mineral. En el fondo, la placilla era de empresarios y peones. Por eso resistía las críticas que caían sobre ella. Por eso estaba a medio camino entre la faena o hábitat del minero y la villa o refugio de los empresarios. En ellas los patrones, tal vez sin que los peones se dieran cuenta, hacían suyos el séptimo día y las fiestas de guardar.

El mundo del peón estaba impregnado por los intereses patronales. Era, en el amplio sentido de la palabra, un mundo artificial; construido de fantasías y matizado de elementos que sostenían una realidad que no era propia. En apariencia, la placilla pertenecía a los peones; en la práctica, tenían que compartirla con los dueños de las faenas. Eran las reglas de una sociedad en la cual los grupos dominantes no regalaban espacio alguno.

Si algún día los empresarios la combatieron, fue porque la consideraron superada y porque estaban pensando en otros mecanismos de acumulación. Entonces, los paraísos artificiales que allí se edificaban eran un obstáculo y había que destruirlos. Tal cosa fue lo que sucedió con Juan Godoy en la historia relatada por María Angélica Illanes en un artículo que da cuenta del acoso que sufrió la placilla al promediar el siglo pasado.¹³

Una última cuestión sobre este punto. Cuando se propuso destruir Juan Godoy, allá por el 1850, los argumentos probaron de nuevo el encuentro en la placilla del mundo del peón y del mundo empresarial, esta vez en el ámbito de los valores que los grupos dominantes atribuían a los componentes de la sociedad. El primero se resumió en los vicios de la peonada, que aconsejaban la destrucción de la placilla; el segundo, en el empuje de honrados comerciantes, que requerían de un lugar donde expender sus mercancías y seguir prestando tan inapreciable apoyo a la minería y al desarrollo regional.¹⁴ Un articulista de *El Copiapino* sostuvo que el peón, mientras fuera peón, sería ladrón y que frente a eso muy poco se podía hacer. Sin embargo, la solución no estaba en destruir la placilla, sino en traer barreteros ingleses, como lo habían hecho los dueños del mineral de San Antonio, en Potrero Grande.¹⁵ La discusión volvió a probar que las contradicciones de la sociedad quedaban atrapadas en la placilla.

LAS LEYENDAS DE LOS DERROTOS

El vino hacía volar la imaginación. Cuando sus efectos se evaporaban en los brazos de una mujer, los mineros se volvían locuaces. Si las embriagueces tenían lugar en la

13. María Angélica Illanes, "Disciplinamiento de la mano de obra minera en una formación social en transición. Chile, 1840-1850", *Nueva Historia* (Londres) 11 (1984), pp. 195-224. Sobre la placilla Juan Godoy, véase también Roberto Hernández, *Juan Godoy o el descubrimiento de Chañarcillo*, 2 tomos (Valparaíso: Imprenta Victoria, 1932); y Oriol Alvarez, *Atacama de Plata* (Santiago: Oro Impresor, sin fecha de edición [1980]), pp. 55-62.

14. Véase *El Copiapino* de Copiapó, nos. 45, 46, 48 y 53, todos del año 1846.

15. Nº 52, 2 de mayo de 1846

choza de un campesino, adonde llegaban los peones a refugiarse después de hacer fuga de las faenas o simplemente a participar en los bailes de fandango, la imaginación llegaba a herir los sentidos. En medio de tanta pobreza y tan escasas ilusiones, el relato de riquezas amañadas por los cerros se volvía casi ofensivo. Sin embargo, todos creían en ellas. Eran las famosas leyendas de los derroteros, otra forma de construir paraísos artificiales y tomar fuerzas para seguir horadando el monte o cultivando la tierra.

Samayo resumió, en el siglo pasado, los rasgos comunes de estos relatos.¹⁶

La mayoría atribuía su origen a descubrimientos hechos por indígenas, muy reservados para dar a conocer sus hallazgos. Por esa razón, al pueblo de San Fernando, vecino a Copiapó y principal reducto de esos pobladores, se le tenía como semillero de leyendas y a un indio viejo como oráculo de inapreciable valor.

Los descubrimientos se asociaban en seguida a circunstancias puramente casuales o a ciertas señales sobrenaturales: un arriero que se detenía en un punto a arreglar la carga o leñadores que paraban a descansar, divisaban de pronto un zorro, un guanaco o un buitre que parecía indicar algo extraño. Era el punto de partida de un descubrimiento que por algún tiempo se mantendría oculto, hasta que circunstancias aun más curiosas lo hicieran público.

Las leyendas agregaban un tercer ingrediente: la muerte de los descubridores sin haber disfrutado la riqueza. Eso les otorgaba un carácter trágico, muy propio del minero. El descubridor fallecía en medio de la más completa miseria, luego de una efímera bonanza que no conseguía prolongar.

Todas apelaban, también, a la existencia de documentos que probaban su veracidad. Circulaban papeles apócrifos que daban cuenta de los hechos, tal cual fueran enteramente ciertos. De tales papeles, sin embargo, en ningún archivo quedan copias.

Por último, mientras más angustiosa fuera la situación del minero, más parecía aferrarse a esas ilusiones. Treutler, el alemán que vivió en Copiapó por los años cincuenta del siglo pasado, fue víctima del derrotero de los Candelabros. Tomó por cierta la historia según la cual una india había llevado plata a los franciscanos, producto de una mina descubierta por su marido, después de asesinado éste por un amigo que se enteró del secreto. El criminal había confesado la noticia a un cateador y éste se había encargado de difundirla por toda la región. Treutler señaló haber escuchado la historia de otro buscador de fortunas y haber visto en la Iglesia de San Francisco los candelabros fabricados con la plata de esa mina. Corría el año 1858. Luego de exitosos negocios, el alemán había caído en una odiosa miseria que excitaba la imaginación y afiebraba la mente. Durante varios días vagó por cerros y quebradas, sin dar con el tesoro.¹⁷ Nunca lo encontró, pero en la memoria de la gente se conservaban las historias de Agua Amarga, Cachiuyuyo, Chañarcillo y Tres Puntas, todos descubiertos en circunstancias parecidas. ¿Cómo no creer, entonces?

Copiapó era zona propicia para esas historias. El oro y la plata embrujaban al minero. La miseria y la ambición hacían el resto. Más al sur, en Coquimbo y Quillota, regiones también mineras, la agricultura y el cobre enfriaban la imaginación. La aspereza de una vida solitaria alentaba con mayor fuerza en Copiapó esta especie de escapismo, encerrado en creencias que tenían un lejano fondo de verdad. Los catea-

16. Carlos María Sayago, *Historia de Copiapó* (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1973), pp. 482-90.

17. Paul Treutler, *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1958), pp. 238-43.

dores, incansables buscadores de fortunas, eran personajes de fantasía y realidad.¹⁸

Domeyko conoció a uno en el ocaso de su vida. Una noche de luna, cruzando los cerros de Potrero Grande, valle arriba, escuchó sus relatos. Historias de un minero que creía alcanzar el filón y que lo perdía inexplicablemente; historias de montañas que resistían al hombre, pero que luego se dejaban amansar; relatos de un minero que confundía la realidad con los sueños.¹⁹ Típica vida del buscador de fortunas, supersticioso, devoto de la Virgen, creyente de mil leyendas, violento a veces —cuando se trataba de defender un punto de vista o el honor— y tierno hasta la ingenuidad en los brazos de una mujer.

Los mineros echaban a volar su imaginación en dos ambientes diferentes: en los lugares de diversión y en las propias faenas.

Ya está dicho que en la placilla y en los sitios de distracción, estas leyendas animaban las veladas. Acicateados por el alcohol, los peones referían sus historias, convencidos de que eran enteramente ciertas. Los campesinos escuchaban sin perder detalles, llegando con la imaginación tan lejos como el propio relator. Las mujeres estaban siempre de por medio: ellas eran las confidentes que, en brazos de otro amante, esparcían una verdad que quemaba como el oro y la plata de que daban cuenta. Después del vino y del amor, pactado con ramerías empujadas al oficio por la misma miseria, las leyendas de los derroteros animaban el mundo de los campesinos y mineros de Copiapó.

En las faenas el ambiente era diferente. Hay un grabado en el libro de Phillippi sobre su viaje al norte en 1853, que permite imaginar un aspecto desconocido de la vida de estos hombres. De espaldas al dibujante, un grupo de mineros da cuenta de la ración en un alto de la jornada. Son cateadores. Sus miradas se pierden en el desierto. Un perro y el fogón completan la escena. El tiempo parece detenerse. ¿De qué hablan? ¿En qué piensan?

Finalizada la jornada, los mineros solían agruparse en torno al fuego. Las últimas raciones de alimento se acompañaban con el mate, cuyo consumo tenía un evidente carácter convivial.²⁰ Era el vicio de la peonada. En apariencia, no reponía energías; y, en la práctica, se trataba de un consumo que los peones hacían en sus propios espacios. Aunque la yerba también era consumida en otras capas sociales, sólo en el mundo del trabajo adquiría la connotación de vicio. El vicio no estaba en el consumo, sino en el grupo que la consumía, una forma más de exteriorizar la discriminación social.

El consumo de la yerba en torno al fogón volcaba a los mineros a su mundo interior. Volaba de nuevo la imaginación y se perdía entre los senderos trazados por las leyendas de los derroteros, transportando a los hombres de la pobreza a la riqueza, sin hacerlos perder su identidad. La estructura del relato muestra una cualidad muy propia de estas leyendas.

18. No deja de ser interesante la comparación que hacía Carlos Keller entre los campesinos del Valle Central y los pobladores del Norte Chico, sobre este asunto. Si en el Valle Central, decía Keller, se echaba a correr la noticia de un descubrimiento minero, algunos lo negarían, mientras otros buscarían los fines políticos o los afanes especulativos que habría detrás de la noticia. En el Norte Chico, en cambio, todos se precipitarían al descubrimiento. Véase "Cateadores, huasos y chilotos", en Hernán Godoy, *El carácter chileno* (Santiago: Editorial Universitaria, 1977), pp. 307-10.

19. Domeyko, obra citada, tomo I, pp. 449-51.

20. Juan Carlos Garavaglia, *Mercado interno y economía colonial* (México: Enlace-Grijalbo, 1983).

Todas parten de la pobreza como el estado original del hombre. Ningún descubridor de tesoros se pone al margen del mundo del peón. Forma parte de él, es una especie de héroe anónimo capaz de arrancarle al monte su riqueza y aproximarse a ella por una circunstancia sobrenatural. No cabe otra alternativa; el trabajo no podía proporcionarla, sólo un elemento sobrenatural tenía la virtud de cambiar un orden muy difícil de alterar.

Roto el esquema, el pobre se encontraba en una encrucijada. ¿Qué hacer? ¿Con quién compartir el tesoro? Se cruzan aquí dos realidades muy propias del peón: la riqueza no es su estado natural y su vida se desenvuelve en circunstancias muy frágiles. La primera explica su dificultad para manejarse con el descubrimiento; la segunda, su incapacidad para confiar en alguien.

El desenlace es fatal: un efímero disfrute, la traición y de nuevo la miseria. La afirmación de la identidad, la pobreza como estado natural y la riqueza como un bien que sólo pueden manejar y aprovechar los individuos de otras categorías. No podía ser de otro modo: el fatalismo del peón resumido en un cuadro que tenía, de todos maneras, la virtud de agitar la imaginación. Una forma de evadir la realidad, de quebrarla, de superar la miseria, pero sin perder la identidad, sin olvidar que tarde o temprano, el pobre es pobre y el rico dueño de la riqueza.²¹

Los campesinos participaban de este juego con el mismo entusiasmo de los mineros. Igual que ellos, creían en las leyendas y soñaban con la riqueza. Tales ensoñaciones invadían sus vidas, lanzándolos a las faenas mineras o al oficio de cateador. Estos últimos terminaban siendo una curiosa mezcla de barretero, apir, leñatero, arriero y labrador; otra clave para entender por qué eran sujetos de fantasía y realidad.

LA RELIGIOSIDAD POPULAR

Tres aspectos de la religiosidad popular funcionaron como mecanismos de evasión que contribuyeron a suavizar las asperezas de la vida cotidiana: la devoción mariana, los pactos con el diablo y los cuentos de entierros. Los tres formaban parte, además, de la fantasía popular.

La devoción mariana es un elemento característico de la religiosidad popular en el Norte Chico. Lo es en todo el país; sin embargo, en los distritos mineros adquiere una connotación localista expresada en cultos que tienen su origen en tradiciones propias del lugar. En el corregimiento de Copiapó existían cuatro fiestas de este tipo: la del Rosario, en Huasco Bajo; la de Santa Rosa, en Freirina; la del Tránsito, en Huasco Alto;²² y la de la Candelaria en Copiapó, esta última la más conocida de las cuatro.

De acuerdo a la tradición, la imagen que se adora en Copiapó fue encontrada por un cateador que andaba detrás de un derrotero en las cercanías de la villa. Sin embargo, circula otra versión mucho más difundida, relatada por Carlos Camus Espinoza, según la cual

21. Jotahebe, al relatar la leyenda de la mina de los Candeleros, señaló que los derroteros jamás enriquecerían al pobre, porque el que nació para tal, nunca llegaría a ser rico. Es una idea fuertemente enraizada en la conciencia popular y en los conocedores de ella. Véase "La mina de los Candeleros", en *Obras de don José Joaquín Vallejos* (Santiago: Imprenta Barcelona, Biblioteca de Escritores Chilenos, 1911), p. 69.

22. Joaquín Morales, *Historia del Huasco* (Universidad de Chile, Santiago), 1981, p. 212.

... en el verano de 1780, Mariano Caro Inca, vecino del pueblo de San Fernando, regresaba de la cordillera, cuando una tormenta lo obligó a refugiarse en unos agrios peñascales a orillas del salar de Maricunga, por parecerle seguro abrigo contra las potencias desencadenadas. Caro y sus arrieros penetraron en una gruta hallada al azar. En medio de las luces albicelestes de la tempestad y atemorizados por el rugido del viento, empezaron a rezar.... De pronto, Caro lanzó una exclamación de sorpresa. Creyó ver el rostro pálido de una diminuta mujer, señal indicadora por la tradición, como augurio de un portentoso tesoro oculto entre los riscos. Merced a la claridad del día siguiente, observaron el granito y con no poca extrañeza comprobaron su nocturno descubrimiento: Era una hermosa señora con un niño en los brazos grabada en una piedra plana de unos veinte centímetros de alto. Lejos de auscultar las roquerías que rodeaban a la dama, Caro comprendió, al igual que sus amigos, el aviso del cielo y luego de reunir su recua prosiguieron el camino a la querencia, rezando oración tras oración, coreados por el eco majestuoso de la cordillera.

Por fin, el dos de febrero de aquel año —día consagrado a la Candelaria— llegó Caro a la hijuela que tenía en San Fernando y mientras él arregló un altar para venerar a la Imagen con el nombre de "Nuestra Señora de la Candelaria", los arrieros divulgaron a los cuatro vientos el bendito encuentro. Años tras años, Caro Inca celebró novenas en honor de su Virgen...²³

La fama de la Virgen trascendió los lugares aledaños y se extendió por todo el valle y minerales vecinos. La fiesta que se hacía en su honor tenía para los peones un doble significado: en primer lugar, era ocasión de esparcimiento y de verdadera alegría popular; en segundo lugar, era tiempo de arreglar cuentas con la bondadosa protectora que los libraba de sus angustias. Por eso, mineros y campesinos la recibían con sus mejores galas, haya sido cuando la fiesta tenía carácter itinerante o cuando acudían a visitarla al pueblo de San Fernando.

La Virgen tenía y sigue teniendo una dimensión popular. Es la Virgen de los pobres. Un minero pobre, con espíritu de cateador, arriero y campesino, la encontró y fueron los pobres los primeros en adorarla. Mineros y campesinos la sienten suya, por ella luchan, por ella se afanan y en ella creen. En recompensa, la Candelaria nunca los abandona, vela por ellos y los protege. La poesía popular rescata esta tradición:

Buenos días tengai, Madre
Hija del eterno Padre
ya llegamos, tus devotos,
en tu día, a saludarte.
Virgen Candelaria,
la Madre de Dios,
de tu hermoso trono,
Madre, míranos.

De la oscura vida
eres bienhechora
de nuestros pecados
eres salvadora.

23. Carlos Camus Espinoza, *La Virgen de la Candelaria* (Santiago: Imprenta el Imparcial, 1949), pp. 15-17.

Bendice, Madre
a los afligidos,
llegan los morenos
a tus pies rendidos.

De la inmensidad del cielo
eres la fragante rosa,
eres la Virgen minera,
aurora, la más hermosa.

Atiende pues, nuestros ruegos,
y nuestros tristes clamores,
y perdona los delitos
de tus hijos pecadores.²⁴

El encuentro de mineros y campesinos con la Virgen transporta las angustias a un segundo plano. Hay una superación de las preocupaciones materiales. La existencia agobiante adquiere una dimensión desconocida. Los peones, que viven en un constante quejido, como amarga reconvención dirigida al cielo,²⁵ encuentran de pronto una bondadosa aliada que los protege y acompaña; es la compañera de los momentos angustiosos y del tiempo de los pesares. Cada año, a la vuelta de doce meses, en la primera semana de febrero, se pagan mandas, se piden favores y se hacen promesas. Se dignifica y humaniza la vida, se adquiere conciencia de que hay un motivo más trascendente por el cual vivir y que una bondadosa protectora cuida el destino de los hombres. Los cantos de despedida de los promeseros encierran esta simple filosofía de la vida.

Adiós, Virgen Candelaria,
ya nos vamos a retirar,
será hasta la vuelta de año,
la vendremos a saludar.

Paso a paso, Madre nuestra,
ya nos vamos retirando,
adiós, adiós, promeseros,
adiós, pueblo de San Fernando.

Adiós, Consuelo de los pobres,
adiós, reina celestial,
refugio de los devotos,
hermosura sin igual.

Te pedimos Madre mía,
dueña del altar divino,

24. Juan Uribe Echevarría, *Fiesta de la Virgen de la Candelaria de Copiapó* (Santiago: Ediciones Universidad de Valparaíso, 1978), p. 46.

25. Jotabeche, *El provinciano en Santiago*, p. 19

que no olvides a tu baile
y le alumbres el camino.

Perla peregrina,
Candelaria, hermosa,
eres milagrosa,
todopoderosa.

Toquen flautas y tambores
ya nos vamos a retirar,
batan todos sus banderas
hasta el otro año será.²⁶

La creencia en los pactos con el diablo es otro elemento de la religiosidad popular que tiene que ver con la fantasía popular y los paraísos artificiales contruidos por campesinos y mineros. Tiene, sin embargo, un carácter diferente a la devoción mariana. Combinación de creencias oficiales, adaptadas a la fantasía popular con cierta dosis de picardía, el diablo del pueblo se ha ido alejando del esquema trasmitido por la Iglesia Católica.

El rol de éste en la historia de Chile ha sido abordado por Maximiliano Salinas en un sugerente artículo publicado en la revista *Araucaria*.²⁷ Sin embargo, lo que me interesa aquí son dos asuntos más precisos: la capacidad del diablo para dar riqueza y la capacidad del pueblo para burlar al diablo.

Una primera cuestión que salta a la vista cuando se trata este tema, es el desencuentro que se produce entre el discurso de los grupos dominantes y la actitud de los sectores populares frente al trabajo.

Los grupos hegemónicos se han empeñado en hacer creer al pueblo que el único medio para obtener riqueza es el trabajo. El culto al trabajo es un elemento que cruza la ideología de los sectores dominantes, desde los años de la conquista hasta el presente. Por definición, ellos son ricos gracias al trabajo; por antonomasia, los pobres son pobres por ociosos y mal entretenidos.

Para situar el problema de la zona de Copiapó: durante los siglos que cubren este estudio se atribuyó a la conducta de los peones una alta cuota de responsabilidad en el atraso de la región. Antonio Martínez de Mata, al visitar sus minerales en 1789, habló del desarreglo de los operarios de minas, de sus robos, de su inclinación a la

26. Juan Uribe, obra citada, pp. 67-68. Sobre el carácter popular que tuvo la devoción mariana en el Norte Chico, es interesante una invocación a la Virgen de Andacollo reproducida por Ramón Laval en *Oraciones, ensalmos y conjuros del pueblo chileno comparados con los que se dicen en España* (Santiago: Imprenta Cervantes, 1910), p. 43:

Virgen Santa de Andacollo,
mi señora muy querida
no permitais, mairé mía,
que me metan en el bollo.

Laval supone que el "bollo" es la cárcel. Sobre lo mismo se puede ver también el artículo de Maximiliano Salinas, "Cristianismo popular en Chile, 1880-1920", *Nueva Historia* (Londres), nº 12 (1984), pp. 275-302. Salinas hace una interesante referencia a la fiesta de la Candelaria de Copiapó en tiempos en que ésta era organizada por un trabajador del lugar llamado "No Pacífico".

27. "Demonología y colonialismo", *Araucaria de Chile* (Madrid), nº 45 (1989), pp. 117-34.

embriaguez, del abandono que hacían de las faenas y de los perjuicios que esta conducta provocaba a los empresarios.²⁸

Los trabajadores tenían una perspectiva diferente. Toda su vida estaba entregada al trabajo, desde la infancia hasta la muerte y desde los albores del día hasta que éste se perdía después de la puesta del sol. Si alguien ponía el hombro en la faena, ya sea en el campo o en las minas, eran ellos. Sin embargo, no había forma de acumular. La pobreza era el estado en que se nacía, se vivía y se moría. De esta suerte de fatalismo, aprendido en la realidad misma, resultaba el carácter sombrío, silencioso y desconfiado de estos hombres. Del trabajo tenían, por supuesto, otra visión; la imagen que les llegaba desde su condición de explotados; desde la perspectiva que les daba, según decía un hombre del XVIII, "el espíritu de partido" que tenían contra los dueños de las faenas. Miguel José de Lastarria lo expresaba en los siguientes términos:

Aunque generalmente no son flojos para el trabajo, se dejan llevar de la ociosidad por tener la complacencia de decir engañé al dueño de la faena. El me buscó y yo me escondí. Estaba muy empeñado en que saliésemos todos al trabajo y yo no concurrí.²⁹

En la mentalidad popular resultaba muy difícil asociar la idea de trabajo a riqueza. Más bien, la asociación se producía en sentido contrario: el trabajo pasa a ser la condición de la pobreza. ¿Cómo salir entonces de ese mundo? ¿En qué apoyar las ilusiones de una vida mejor?

La asociación del diablo a la riqueza aparece ya en la conciencia popular chilena en el siglo XVII. Alonso Ovalle y Diego de Rosales dan cuenta del ofrecimiento que éste habría hecho a dos hombres a cambio de sus almas.³⁰ Más adelante, la minería aurífera y argentífera tuvo una alta connotación diabólica y los campesinos no dejaban de sospechar de todo aquel que acumulara más de la cuenta.³¹ Copiapó también tuvo su Punta del Diablo, el Infiernillo, el Cerro del Diablo, su Agua del Demonio y el Boquerón el Diablo, lugares todos consagrados al "dicho caballero", no sólo porque parecían, por la aridez y soledad, parajes propios de sus dominios,³² sino porque el diablo está presente en la conciencia popular más allá de lo que el propio cristianismo oficial hubiese deseado. La leyenda del Alicanto, pájaro fabuloso que vive entre los cerros, alimentándose de oro y plata y llevando a los mineros a precipicios que les causan la muerte, tan célebre en la región, es, asimismo, una forma de disfrazar la creencia de que el diablo posee recursos que puede entregar a los mortales. Lo mismo sucede con las leyendas del Pájaro Azul, la Cabra Negra y la Martina, de amplia difusión en la zona.³³

La idea de que el diablo proporciona riqueza resuelve, en el mundo de campesinos y mineros, dos problemas a la vez. Les proporciona una explicación comprensible acerca del origen de ésta y, en segundo lugar, estimula la creencia de que la riqueza es posible en una realidad en la cual parece inalcanzable. En el segundo caso, el diablo juega un rol liberador (libera de la pobreza) y adquiere un carácter popular.

28. Testimonio del expediente formado sobre el buen entable . . . Antonio Martínez de Mata (1789).

29. Informe de Miguel José de Lastarria sobre los peones de las minas de azogue de Punitaqui, 1789.

30. Citado por Salinas, *Demonología y colonialismo*, p. 122.

31. Benjamín Vicuña Mackenna, *La Edad del Oro en Chile* (Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre, 1968; y Armando Roa, *Demonio y Psiquiatría* (Santiago: Editorial Andrés Bello, 1974).

32. Jotabeche, "Vallenar y Copiapó", en *Obras de don José Joaquín Vallejos*, p. 96.

33. Oreste Plath, *Geografía del mito y la leyenda chilenos* (Santiago: Editorial Nascimento, 1983), pp. 37-42.

Las referencias al maligno dejan de tener el significado demoníaco atribuido por el cristianismo, dando paso a expresiones caricaturescas.

El diablo de los pactos es una curiosa mezcla del demonio oficial, espantoso y terrorífico, y del diablo popular, menguado y derrotado por el pobre que tiene necesidad de dinero.³⁴ Quien haya vivido en Copiapó o en cualquier paraje del Norte Chico, podrá constatar que estas creencias todavía se mantienen, aunque tal vez ya no con la convicción de antaño.

La certeza de que el diablo puede sacar al individuo de la pobreza va acompañada de la creencia de que se le puede derrotar. De otro modo, el cuadro no estaría completo. Surge así la idea popular de un diablo vencido, de un "pobre diablo"; pobre porque es derrotado y pobre porque es vencido por el pobre.

Existían muchas fórmulas para llamar al demonio. Siendo niño, escuché en la zona la más difundida: en la soledad de la montaña, encerrado en un círculo y acompañado de gatos negros, a las doce de la noche se invocaba a Satanás.³⁵ Para derrotarlo, la más eficaz era el velatorio acompañado de un cura y las famosas palabras redobladas.

Amigo, dígame la uno,
sí, amigo, se la diré:
Una no es ninguna y
siempre la Virgen pura.

Amigo, dígame las dos,
sí, amigo, se las diré:
Las dos son las tablas de Moisés
con que pasó con sus apóstoles por Jerusalem.
Una no es ninguna y
siempre la Virgen pura.

Amigo, dígame las tres,
sí, amigo, se las diré,
Las tres son las Tres Marías,
Las dos son las tablas de Moisés
con que pasó con sus apóstoles por Jerusalem,
La una no es ninguna y
siempre la Virgen Pura.³⁶

De acuerdo a la versión registrada por Armando Roa, el diálogo continúa en la misma forma, contestando el afectado directamente la pregunta y repitiendo en orden inverso las anteriores. El resto de las respuestas son: cuatro, los cuatro Evangelistas; cinco, las cinco llagas; seis, las seis candelas; siete, los siete sacramentos; ocho, los ocho cielos; nueve, los nueve meses que estuvo Cristo en el vientre de María; diez, los diez

34. Julio Vicuña Cifuentes, *Mitos y supersticiones recogidas de la tradición oral* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1911), pp. 33-37.

35. Es la misma versión relatada por Julio Vicuña Cifuentes en *Mitos y supersticiones recogidas de la tradición oral chilena* (Santiago: Imprenta Universitaria, 1915), pp. 196-199, escuchada profusamente en la zona.

36. Armando Roa, obra citada, p. 11.

Mandamientos; once, las once mil vírgenes; y doce, los doce Apóstoles. Al llegar a este punto, el diablo, que es quien pregunta, dice: "Amigo, dígame las trece". "Sí amigo, se las diré", contesta el concertado, "el que pregunta doce y pasa a trece revienta al diablo cien veces". Se oye un estampido y el diablo desaparece envuelto en un penetrante olor a azufre.³⁷

Los cuentos de entierros completan el cuadro de la fantasía popular que he querido tocar en este artículo.

Ramón Laval señalaba, a comienzos de siglo, que una de las peculiaridades de nuestro pueblo, tal vez la que mejor determina su carácter y modo de ser, es la profunda religiosidad que lo domina y la fe ciega con que espera la intervención de lo sobrenatural en todos los actos de su vida.³⁸ No podía ser de otra manera: la vida del pueblo es tan precaria, que todo queda entregado a designios superiores.

La creencia en los entierros está, pues, muy enraizada entre los campesinos y mineros, y en una zona de Copiapó, donde el oro y la plata han sido los artífices de su historia, es muy lógico que estas leyendas alcanzaran amplia difusión.

Todas partían de la base de que algún sujeto afortunado o enriquecido en mala forma, escondía su riqueza con el objeto de protegerlo de la avidia ajena. El tesoro requería de un guardián, brujo o culebrón, que bajo ciertas circunstancias daba señas de su existencia.³⁹ Constatado el hecho, se podía llegar al entierro empleando ciertas fórmulas que ponían en manos del afortunado una riqueza que le permitía dejar atrás el mundo de pobreza del cual provenía.

Se trataba de otra válvula de escape que funcionó en el ámbito urbano y rural del Chile colonial y que en Copiapó se encarnó en una serie de relatos que hacían suponer que en las iglesias de los franciscanos, mercedarios y jesuitas, y en los solares de hombres de fortuna, se guardaban riquezas posibles de localizar. Lamentablemente, no es mucho más lo que puedo decir de un asunto que en la zona no se ha estudiado con atención.

La vida en Copiapó en los siglos XVIII y XIX necesitó mecanismos de descompresión social que suavizaran la vida de sus habitantes y avivaran la fantasía popular. El consumo de alcohol, la leyenda de los derroteros y ciertas manifestaciones de la religiosidad popular ofrecen una clave para internarse por estos temas de la historia regional. Un sugerente artículo de Alvaro Jara y mis propios estudios sobre la zona fueron el punto de partida de unas notas que no tienen otro propósito que llamar la atención sobre ciertos aspectos de la historia cotidiana del Norte Chico que creo vale la pena seguir estudiando.

37. Distintas versiones de las "palabras redobladas" en Ramón Laval, obra citada, pp. 98-107; y en Julio Vicuña Cifuentes, obra citada (1915), pp. 133-56.

38. Ramón Laval, obra citada, p. 5.

39. Julio Vicuña Cifuentes, obra citada (1915), pp. 206-11.

societdad

Víctimas y beneficiarios de la modernización

Inventario (incompleto) de cambios en la juventud pobladora

(1965-1990)

José Weinstein

Es sabido que la historia reciente de la sociedad chilena ha estado marcada por sucesivos esfuerzos de transformación global. A la "Revolución en libertad" de corte comunitarista, la continuó la "Vía chilena al socialismo", y posteriormente sobrevino la "Revolución silenciosa" neoliberal del gobierno militar. Estos proyectos transformadores se plantearon de manera antitética el uno del otro, lo que se tradujo no sólo en desgarradoras luchas y exclusiones en la arena política, sino también en una pasmosa dificultad para apreciar continuidades y tendencias profundas en los cambios acaecidos. Entretanto, persiste la interrogante respecto de lo que efectivamente ha ocurrido en Chile en este último cuarto de siglo.

Un nuevo modo de aproximarse a este esfuerzo de descripción e interpretación puede provenir la mirada desde actores sociales específicos. No debe perderse de vista que los grupos sociales de alguna manera han participado de las transformaciones realizadas, siendo víctimas y/o beneficiarios de la modernización. Es en este sentido que analizaremos lo acontecido a los jóvenes pobres de las grandes ciudades, un grupo etario y social que parece situado estratégicamente en relación a dimensiones de la vida social (educación, empleo, tiempo libre, familia) que se han visto profundamente alteradas. Se trata de conocer tanto los cambios que han afectado a estos jóvenes pobladores, como la forma en que ellos han sido experimentados, haciendo una articulación entre ambas perspectivas, a veces denominadas "objetiva" y "subjetiva".

Conviene advertir sobre un límite importante de este trabajo, dado por la fragilidad de muchos de los datos existentes. Si bien se cuenta con algunas series estadísticas continuadas, ellas no se han visto complementadas por investigaciones propiamente comparativas durante este período. Sin embargo, ante ciertas dimensiones, son los estudios e investigaciones que aportan datos primarios los que parecen más significativos y pertinentes. De aquí, entonces, que muchas comparaciones entre estudios adolezcan de diversas imperfecciones, las que impiden ir más allá de un análisis (bastante hipotético) de tendencias. Ello obliga, además, a una meticulosa y poco habitual explicitación de las fuentes sobre las cuales fundamos nuestra argumentación. Con todo, la posibilidad de acceso a una visión de conjunto respecto de las transformaciones que han afectado a la juventud pobladora bien parece justificar esta empresa, por más inicial que ella se presente.

Una primera dimensión –que no por conocida puede ser olvidada, debido a sus repercusiones económicas y sociales– refiere a la demografía. El desfase de alrededor de quince años existente entre la baja de la tasa de mortalidad y la baja de la tasa de natalidad hizo que, en parte del período considerado, se viviera una "coyuntura joven", en una estructura demográfica en envejecimiento (Martínez 1989). Este mayor peso de la población joven en el total de la población se dio especialmente en la década de los ochenta, como puede apreciarse en el Cuadro 1.

Cuadro 1. Evolución población joven y población total (1960, 1970, 1980, 1988, 2000).

Año	Población 15-24 años	Población total
1960	1.322.473 (17,93)	7.374.062 (100,0)
1970	1.684.866 (18,90)	8.914.231 (100,0)
1980	2.441.253 (21,85)	11.174.128 (100,0)
1988	2.489.889 (19,53)	12.748.207 (100,0)
2000	2.575.092 (17,24)	14.933.694 (100,0)

Fuente: Las cifras para 1969, 1970, 1980 y 2000 (estimada) están extraídas de García-Huidobro (1986). La cifra de 1988 proviene del *Anuario Demográfico 1988* (Naciones Unidas 1988).

Esta fuerte significación de la población juvenil ha sido particularmente notoria en las zonas urbanas, y especialmente en Santiago. Hay que considerar que, en los años ochenta, por cinco jóvenes que vivían en las ciudades, sólo uno vivía en el campo, y que casi 40 por ciento de los jóvenes chilenos habita en Santiago.

Dicho de otro modo, se da un fenómeno de creciente "desruralización" de la juventud, grupo etario crecientemente urbano en un país que ya abrumadoramente presenta tal característica.

Se debe precisar que esta "ola" demográfica joven de la década de los ochenta tuvo especial significación entre los pobres urbanos. En efecto, en las poblaciones periféricas ha ocurrido un cambio en relación a los grupos etarios que están sobrerrepresentados en relación a la población nacional. Mientras que la encuesta Desal de 1966 constataba que en las poblaciones de Santiago había más niños que en el promedio nacional (45 por ciento de menores de 14 años en las poblaciones, contra 42 por ciento en el país), la encuesta SUR de 1985 constata que en las poblaciones actuales hay similar número de niños, pero que hay significativamente más jóvenes y adultos jóvenes (35 por ciento de personas entre 15 y 29 años en las poblaciones, contra 27 por ciento en el país). Además, estos jóvenes pobladores tienen cada vez más lejanos vínculos con su pasado rural, siendo la mayoría santiaguinos de, al menos, segunda generación (Rodríguez 1987).

En suma, los jóvenes pobladores en estudio, lejos de ser una minoría

intrascendente, son un grupo especialmente numeroso. La "coyuntura demográfica joven" vivida en los ochenta hizo que se amplificara el impacto de los procesos de integración y de exclusión a los cuales estos jóvenes fueron simultáneamente sometidos.

II

Como es sabido, una de las transformaciones típicas del paso de una sociedad tradicional a una moderna consiste en un correspondiente paso de una familia extensa a una familia nuclear. En el caso de los jóvenes pobladores, este proceso no encuentra verificación en la realidad.

En efecto, estos jóvenes se ven afectados por una aguda crisis de vivienda en los sectores poblacionales, que ha revertido en un proceso de densificación de los domicilios populares. De este modo, se ha tendido a una recomposición de la familia extensa, en la cual muchos de los matrimonios jóvenes que se constituyen participan en tanto allegados.

La comparación entre la encuesta Desal de 1966 y la de SUR de 1985 vuelve a ser categórica al respecto. Los "hogares con allegados" (más de 3 personas por dormitorio) en las poblaciones de Santiago pasaron de 25 por ciento a 41 por ciento en esos casi veinte años. Pero, además, debe agregarse un fenómeno nuevo, cual es la instalación de "hogares allegados" bajo un techo independiente en el terreno que inicialmente ocupaba una sola casa, y que alcanza a 23 por ciento de los domicilios. En síntesis, más de la mitad de los hogares presentan problemas serios de sobrepoblación del espacio, existiendo más de 250 mil hogares en esta precaria situación habitacional sólo en la capital.

Los jóvenes son víctimas privilegiadas de esta actual crisis habitacional. Ello no sólo en el sentido de que sufren agudamente los problemas de convivencia y promiscuidad inherentes a esta situación —piénsese, por ejemplo, que en 24 por ciento de los domicilios las camas son compartidas por dos o más personas (Rodríguez 1987)—, sino también porque no pueden formar una familia en condiciones mínimas de autonomía e independencia. La investigación de Valenzuela (1984) en tres poblaciones de Santiago muestra bien este fenómeno: sólo 24,2 por ciento de los jóvenes casados encuestados había logrado establecerse en un hogar propio, mientras que 54,2 por ciento sigue viviendo con alguno de sus padres y 21,6 por ciento está allegado a familias con las que no existe relación de parentesco directo.

La participación de los matrimonios jóvenes en estructuras familiares extensas es claramente involuntaria y no responde a ninguna pauta cultural tradicional. De hecho, la misma encuesta recién citada (Valenzuela 1984) entrega otro antecedente en esta dirección: 57,4 por ciento de los jóvenes entre 15 y 19 años y 66,6 por ciento de aquéllos entre 20 y 24 años, estén o no casados, desean independizarse de sus familias de origen.

Conviene reafirmar que el deseo (frustrado) de constituir una familia nuclear y reducida es una de las más importantes aspiraciones de estos jóvenes. Ya la encuesta de Mattelart (1970) entre distintos sectores juveniles había mostrado que para la mayoría de los jóvenes, más de 60 por ciento, el éxito en la vida consistía antes que nada

en la constitución de una familia estable, así como que era entre los jóvenes pobres urbanos donde el deseo de tener una familia reducida era más apreciado—el promedio de hijos deseados por estos jóvenes era 2,9 y había 44 por ciento que declaraba desear sólo uno o dos hijos, contra un promedio de hijos de 4,1 entre los universitarios, los que sólo en 13 por ciento deseaban uno o dos hijos—. Esta tendencia parece haberse consolidado con el paso del tiempo. Una encuesta entre estudiantes secundarios de distinto nivel socioeconómico (García-Huidobro y Weinstein 1986) mostraba que para 55,6 por ciento de los jóvenes el éxito en la vida consistía en "formar una familia estable y unida". Y la encuesta de Valenzuela (1984) muestra que 56 por ciento de los jóvenes pobladores desea tener una familia de sólo uno o dos hijos.

III

Un problema que sí ha evolucionado, en el sentido de volverse cada vez más privativo de los sectores populares, es el de la conflictividad familiar.

En los años sesenta, los problemas entre padres e hijos estaban presentes en todos los grupos sociales, aunque con diferencias en los conflictos específicos más recurrentes. La investigación de Mattelart (1970) constataba que sólo un cuarto de los jóvenes declaraba estar conforme con el tipo o grado de comunicación existente con sus padres, y que ello era tan agudo para los universitarios como para los jóvenes populares de la ciudad o el campo. Veinte años después esa situación se ha modificado fuertemente para los jóvenes de clase media, los que sostienen relaciones familiares que juzgan satisfactorias, como muestra un estudio entre alumnos de Institutos Profesionales (Valenzuela y Solari 1982). Pareciera que estos actuales padres, que fueron conflictivos hijos ayer, "aprendieron la lección" de su propia experiencia sobre cómo lograr una comunicación más fluida con sus descendientes.

No puede decirse lo mismo en los sectores poblacionales. En ellos se sigue constatando una insatisfacción familiar semejante a la del pasado. El estudio realizado entre estudiantes de nivel secundario (García-Huidobro y Weinstein 1986) muestra esta degradación de las relaciones intrafamiliares a medida que se desciende socialmente. Así, 46,3 por ciento de los estudiantes de nivel social bajo declara poseer problemas de comunicación con sus padres, pero ese porcentaje desciende a 27,4 por ciento en los de nivel medio-bajo y a 19,2 por ciento entre los de nivel medio-alto.

Aparte de la eventual existencia de problemas de inexpresividad afectiva y dificultades de comunicación entre los pobladores, hay que considerar que, en este sector social, la persistencia del conflicto está relacionada con la persistencia de la desvalorización juvenil de los modelos parentales. Los padres no constituyen un modelo admirado al que se quiera imitar; suelen más bien ser objeto de indiferencia, si no desprecio, para la nueva generación. Por lo demás, los mismos padres tienden a autoinvalidarse en tanto modelos, al formular a los hijos una demanda constante respecto a que no se asemejen a ellos y los superen (Weinstein 1985).

Esto no es nuevo. Una investigación realizada en 1965 (Gurrieri 1971), ya detectaba que sólo alrededor de un cuarto de los jóvenes pobladores consideraba que "los padres son generalmente un ejemplo". Adelantemos también que no es nuevo que esta menor valorización de los padres entre los jóvenes pobladores vaya relacionada

con una mayor valorización de los profesores, invirtiéndose la situación entre los jóvenes de sectores medios, como veremos más adelante.

IV

Un aspecto en el que parece haberse desarrollado cierto cambio se refiere a la moral familiar, más precisamente al liberalismo y la tolerancia en valores asociados al sexo, la afectividad y la familia. Es cierto que no es una transformación específica de la juventud pobladora, pero es significativo que esta juventud no haya quedado fuera de este cambio generacional de prácticas y mentalidad.

El deseo de formar una familia estable ha ido acompañado de una aceptación de que ello bien puede no ocurrir, caso en el cuál hay una creciente aceptación del divorcio. Así, una investigación reciente entre estudiantes secundarios de colegios católicos de Santiago (Valdivieso y Harriet 1990) mostró que 88,2 por ciento de ellos acepta el divorcio. Por lo demás, esto se corresponde con una tendencia al aumento de las separaciones y anulaciones entre los jóvenes casados, como puede apreciarse en el Cuadro 2.

Cuadro 2. Evolución de la situación matrimonial de los jóvenes entre 15 y 29 años (1960, 1970, 1982). Porcentajes.

1960	<i>Soltero</i>	<i>Casado</i>	<i>Conviviente</i>	<i>Viudo</i>	<i>Separado</i>
Jóvenes	69.06	28.08	1.98	0.25	0.62
Hombres	75.63	22.30	1.58	0.13	0.33
Mujeres	62.91	33.48	2.35	0.36	0.89
1970					
Jóvenes	67.78	29.60	1.65	0.27	0.69
Hombres	73.56	24.52	1.38	0.13	0.41
Mujeres	62.34	34.39	1.91	0.40	0.95
1982					
Jóvenes	67.88	28.51	2.45	0.16	0.99
Hombres	73.64	23.70	1.98	0.07	0.60
Mujeres	62.29	33.19	2.90	0.24	1.38

Fuente: Cuadro construido a partir de cifras censales reproducidas en el Compendio Estadístico de 1989 del Instituto Nacional de Estadística (INE). De esta misma fuente hay cifras que muestran que la proporción de separaciones o anulaciones de matrimonios de jóvenes (menores de 29 años) sobre el total de las separaciones o anulaciones aumentó del 14,44 por ciento en 1960 a 16,11 por ciento en 1982.

En este mismo Cuadro puede advertirse que también hay un aumento de las parejas jóvenes que conviven sin casarse. Esto se corresponde con las evidencias existentes de un aumento de las relaciones sexuales pre matrimoniales entre los jóvenes, los que poseen una creciente precocidad sexual. Un estudio realizado en Santiago

(Valenzuela y cols. 1986) concluyó que 47,6 por ciento de los hombres y 18,9 por ciento de las mujeres, entre 15 y 19 años, han tenido relaciones sexuales. Además de mostrar que esta mayor precocidad masculina se corresponde con la persistencia de una pauta cultural machista, ese estudio estableció que ella era más acentuada en los sectores populares que en los sectores medios y altos.

Este cambio en las prácticas sexuales de los jóvenes ha ido acompañado de una modificación en los valores, que ha llevado a asignar cada vez menos un valor positivo a la virginidad. En efecto, según el estudio de Mattelart (1970), 75 por ciento de muchachas y 50 por ciento de muchachos adherían a la virginidad, lo que era especialmente acentuado entre los jóvenes populares. Veinte años después, el estudio de Valdivieso y Harriet (1990) entre secundarios católicos encuentra una mayoritaria aceptación de las relaciones pre matrimoniales, al punto que 57 por ciento de los jóvenes piensan que las parejas jóvenes pueden vivir juntas sin casarse.

La precocidad sexual ha incidido también en la agudización del embarazo adolescente, que ha devenido un problema juvenil de primer orden, especialmente en sectores poblacionales.¹ Ello se corresponde con una efectiva mayor proporción de embarazos adolescentes (madres menores de 20 años) en relación al total de embarazos. Si en 1965 nacía un hijo de embarazo adolescente por cada nueve niños nacidos, hoy esa proporción es de uno a seis o siete. Como ha mostrado Palma (1990), ello se debe a que, en estos veinte años, la tasa de natalidad ha disminuido mucho menos entre las madres adolescentes (tasa menor en 19,7 por ciento) que entre las madres que tienen 20 a 39 años (tasa menor en 50,5 por ciento). Además, no debe olvidarse que los jóvenes tienden a practicar una sexualidad espontánea y poco segura; piénsese, por ejemplo, que el estudio sobre prácticas sexuales ya citado (Valenzuela y cols. 1986) detectó que sólo una de cada cinco muchachas había empleado algún tipo de anticonceptivo en su primera actividad coital.

Conviene anotar que tampoco estos cambios en la sexualidad juvenil han significado la aceptación del aborto, siendo éste un límite importante en este cambio de mentalidad. Los resultados disponibles (Valenzuela y Solari 1982; Valdivieso y Harriet 1990) indican que los jóvenes son abrumadoramente contrarios al aborto, viendo a lo más su plausibilidad frente a casos extremos (riesgo de muerte de madre, violación en embarazo).

V

Una transformación crucial que ha afectado a los jóvenes pobladores se ha dado en el ámbito educativo, en el cual se ha pasado de una educación media de élite a una educación media de masas. Estos jóvenes han tenido acceso al liceo, prolongando sustantivamente su escolaridad en relación al pasado, como puede apreciarse en el Cuadro 3.

1. El carácter crítico de este problema se debe a la mayoritaria proporción de embarazos no deseados, a los riesgos —como la desnutrición— que suele implicar para los niños en cuestión, y a la cancelación habitual de los proyectos personales de las madres adolescentes (Palma 1990).

Cuadro 3. *Evolución de la matrícula y la cobertura de la Enseñanza Media (4 años). Grupo 15-19 años.*

<i>Año</i>	<i>Matrícula</i>	<i>Cobertura (porcentajes)</i>
1965	148.144	17,5
1975	448.917	40,2
1985	667.791	54,7
1988	735.701	60,2

Fuente: El Cuadro fue tomado de Cox y Cariola (1990). Para el Cuadro 4 se empleó la misma fuente.

Es importante recalcar que esta "revolución" en la cobertura ha afectado principalmente a los jóvenes urbanos, de tal modo que si se excluye a los jóvenes rurales, se tiene que más del 70 por ciento del grupo de edad entre 15 y 19 años está en el sistema escolar.²

Igualmente debe señalarse que este crecimiento de la matrícula del nivel medio se ha dado fundamentalmente en la enseñanza de carácter general, produciéndose una creciente "desespecialización" de la enseñanza secundaria. Antes, por cada tres estudiantes de enseñanza media, uno correspondía a la enseñanza técnico-profesional; hoy esa proporción es sólo de cinco a uno. Este proceso puede visualizarse en el Cuadro 4.

Cuadro 4. *Evolución de la matrícula científico-humanista y técnico-profesional en el nivel medio (1970, 1980, 1985).*

	<i>1970</i>	<i>1980</i>	<i>1985</i>
Científico-humanista	202.506	371.626	539.150
Técnico-profesional	99.558	170.013	128.647
TOTAL	302.064	541.639	667.797

En relación a las diferencias por género, la tendencia a que las mujeres permanezcan más en el sistema escolar se ha mantenido en el tiempo. De hecho, la proporción de mujeres en la enseñanza media científico-humanista era de 53,5 por ciento en 1965 y continuaba siendo de 52,1 por ciento en 1985. Es más: la presencia de mujeres en la enseñanza técnico-profesional, que ha sido tradicionalmente minoritaria, ha aumentado de 44,7 por ciento en 1965 a 49,6 por ciento en 1985 (Rosseti y cols. 1989).

Una consecuencia de esta escolarización masiva de los jóvenes pobladores ha sido la creación de una brecha educacional entre ellos y sus padres. La encuesta de Valenzuela (1984) muestra que más de tres años de escolaridad separan a ambas generaciones: la precedente tuvo acceso a la instrucción elemental; la actual, en

2. Esto no quita que siga existiendo cierta deserción escolar y que ella se focalice entre los estudiantes más desfavorecidos. Según el Ministerio de Educación, esa deserción en el nivel medio alcanzaba 8 por ciento, pero modos alternativos de medición la ubicaban en 32,42 por ciento (Cariola y Cerri 1990).

cambio, ha conocido el liceo por dentro. Esta brecha cultural no puede olvidarse cuando se detectan problemas de conflictividad familiar como los señalados anteriormente; constituye quizás una de las consecuencias que los pobladores no preveían cuando, en los años sesenta, transferían sus aspiraciones educacionales a sus hijos (Rodríguez 1987).

VI

Es cierto que el estar adentro del sistema escolar implica alejarse de otras prácticas y grupos donde los jóvenes estaban hace sólo veinte años, como el restringido mundo del hogar, el amenazante mundo de la calle o el duro mundo del trabajo. Pero que los jóvenes pobladores permanezcan más tiempo en el sistema escolar no garantiza por sí mismo que aprendan y que dispongan de mayores competencias efectivas para la acción. De hecho, el mayor problema actual de la educación de los pobres urbanos en Chile parece ser la calidad más que la cantidad (García-Huidobro y Zúñiga 1990).

Los indicadores de que los jóvenes pobladores reciben una educación mediocre son múltiples. Los colegios a los que asisten tienen peor infraestructura, mayor cantidad de alumnos por curso y profesores peor remunerados (García-Huidobro 1986); los resultados que, durante los años ochenta, han obtenido en las pruebas nacionales para medir el logro de objetivos académicos (PER y SIMCE), se muestran sistemáticamente bajos; los puntajes que obtienen en la prueba de acceso a la educación superior (la Prueba de Aptitud Académica) tienden a ser insuficientes, y una enorme cantidad no alcanza siquiera el mínimo establecido para postular a las universidades (Cox y Jara 1989). En fin, la educación de los pobres es también una educación pobre, lo que refuerza las desigualdades sociales preexistentes y atenta las potencialidades de la educación en tanto cohesionadora cultural de la nación en su conjunto.

Cuando el problema de los jóvenes pobres era el acceso a la enseñanza secundaria, la visión crítica de la educación recibida les resultaba evidente. Así, Mattelart (1970) detectaba en los jóvenes populares urbanos esta alta criticidad: sólo 12 por ciento se declaraba satisfecho con la educación recibida, mientras que ese porcentaje aumentaba a 44 por ciento de los universitarios y a 56 por ciento de los jóvenes de clase media.

Ahora, cuando el problema se ha trasladado a la calidad de la enseñanza media, los jóvenes tienden a estar satisfechos con la educación recibida. No disponen de referentes culturales ni familiares para formular una crítica a la enseñanza y son una suerte de "consumidores desinformados" de educación. Es así como, por ejemplo, en una investigación recientemente efectuada en una comuna de Santiago (Weinstein 1990) se constata que sólo 34,6 por ciento de los jóvenes encuestados está en desacuerdo con que "los liceos del sector tienen un buen nivel académico".

Un aspecto que, empero, se ha mantenido constante es la buena evaluación de los profesores. Señalábamos anteriormente que, en 1965, Gurrieri (1971) detectaba que mientras 27,7 por ciento de los jóvenes encuestados pensaba que "la mayoría de los padres son un ejemplo", 63 por ciento opinaba que "la mayoría de los profesores son un ejemplo". Resultados más recientes apuntan en la misma dirección. La encuesta

SUR de 1985 constataba que los profesores eran los profesionales o agentes externos mejor evaluados por los pobladores, con una nota promedio 6,2 en una escala de 1 a 7. El mismo resultado se ratificaba poco después entre los jóvenes pobladores (Weinstein 1990), los que nuevamente les asignaban la mejor calificación, con una nota promedio de 5,8. Los profesores no sólo son valorados por su contribución al desarrollo cultural de los pobres y su no mercantilización, sino también por su cercanía y comunicación con los jóvenes. No debe olvidarse que esta alta estima por los profesores es especialmente intensa entre los jóvenes pobladores y que ella disminuye entre los jóvenes más acomodados, quienes tienden a verlos menos como modelos de conducta, a demandarlos menos como "padres suplentes" y a confiar menos en ellos en tanto depositarios del saber.

VII

Un cambio producido por la mayor escolaridad de los jóvenes pobladores ha sido la ampliación de sus aspiraciones educativas, particularmente entre quienes consiguen su diploma secundario. De aquí la existencia de una creciente presión hacia el nivel pos-secundario.

Un estudio reciente (Magendzo y González 1986) sobre las aspiraciones de los estudiantes de una comuna popular de Santiago que terminan cuarto año de educación media resulta especialmente iluminador al respecto. En él no sólo se aprecia el anhelo muy mayoritario de seguir estudiando en la universidad, sino que también se constata el efecto amplificador que posee específicamente la enseñanza científico-humanista. En efecto, mientras 76,3 por ciento de los egresados de establecimientos científico-humanistas desea seguir sólo estudiando, 47,7 por ciento de los egresados de establecimientos técnico-profesionales desea hacerlo. Asimismo, las cifras de los que aspiran a continuar solamente trabajando o bien trabajando y estudiando son mayores entre los que egresan de la educación técnico-profesional.

Pero tan altas aspiraciones educativas tienen muchas probabilidades de frustrarse para estos jóvenes. No puede olvidarse ni obviarse que la expansión del nivel medio no ha ido acompañada de una expansión equivalente de la educación superior. El desfase entre estos niveles ha ocurrido a pesar de que la diversificación del sistema de educación pos-secundario ha posibilitado, especialmente en los últimos años, una ampliación de la cobertura, como puede apreciarse en el Cuadro 5.

Cuadro 5. Evolución de la cobertura del sistema de educación pos-secundario para grupo de edad 20-24 años (1970, 1980, 1985, 1988). Porcentajes.

	1970	1980	1985	1988
Universidades	9,2	10,8	9,8	10,5
Institutos Profesionales	-	-	2,7	2,8
Centros de Form. Técnica	-	-	4,2	6,2
TOTAL	9,2	10,8	16,7	19,5

Fuente: Cox y Jara (1989).

El mismo estudio citado (Magendzo y González 1986) hizo un seguimiento de los jóvenes diplomados de la comuna investigada, un año después de su egreso. El resultado fue que sólo 29, por ciento pudo continuar estudiando, mientras se frustraban las aspiraciones iniciales de alrededor de la mitad de los egresados de la enseñanza científico-humanista. Las limitaciones académicas y/o económicas operaron, en consecuencia, una severa e injusta selección al interior de esta juventud.

Con todo, no sería exacto postular una ingenuidad juvenil extrema frente a esta selección elitista. Hay evidencia en el sentido de que los jóvenes pobladores distinguen entre aspiraciones y expectativas, tendiendo a poseer cierto realismo respecto de sus reales posibilidades futuras (Navarro y Urrutia 1981). Una investigación entre secundarios (García-Huidobro y Weinstein 1985) mostró una clara diferenciación respecto a cuán probable se creía alcanzar la profesión deseada de acuerdo al nivel social de los estudiantes: mientras 35,4 por ciento de los de clase baja lo creían probable, ese porcentaje subía a 41,3 por ciento en los de clase media y a 58,1 por ciento entre los de clase media-alta. Igualmente, hay que consignar que otro estudio en jóvenes pobladores (Weinstein 1990) constató que 61,8 por ciento de los encuestados pensaba que "sólo los jóvenes con plata pueden estudiar en la universidad". En breve, la apuesta por educación superior no es absurdamente ingenua, sino que parece corresponder a las aspiraciones generadas por una enseñanza secundaria exclusivamente orientada hacia tal meta y a que, mal que mal, existe alguna posibilidad de acceso a ella, como muestran esos casos raros, pero existentes, de jóvenes pobladores que devienen universitarios.

Conviene subrayar que, más allá de las aspiraciones educativas mismas que se posean, no parecen existir otros medios de ascenso social asequibles para los jóvenes pobres urbanos. En efecto, las encuestas, desde hace veinte años, coinciden en que los pobladores confían antes que nada en la educación como mecanismo de movilidad social. En 1965, Gurrieri (1971) mostraba que 45,5 por ciento de los encuestados creía en esta posibilidad movilizadora de la educación, lo que superaba de lejos la confianza en las posibilidades de ascenso depositadas en el trabajo (17,5 por ciento) o por medios mágicos, como la suerte (3 por ciento). Un resultado similar se encuentra en un estudio hecho entre jóvenes pobladores en 1989 (Weinstein 1990), en que la creencia en el ascenso vía educación sobrepasa el 40 por ciento, ubicándose también en un indiscutido primer lugar.

Pero si las encuestas ratifican esta persistencia de la apuesta educativa, ellas también muestran el descrédito creciente de otra apuesta: la de la movilidad colectiva. Porque en este tiempo, entre la juventud pobladora también se deshicieron las esperanzas en un cambio ascendente que no fuera estrictamente personal. Es significativo que mientras un quinto de los jóvenes encuestados por Gurrieri (1971) confiaba en que podría surgir mediante "la lucha por la transformación social", no más de 4 por ciento de los encuestados jóvenes (menores de 30 años) de la encuesta SUR de 1985 pensaba que "La solidaridad entre la gente podía servir para salir adelante en la vida".

Esta masificación del liceo ha tenido repercusiones en el retardo del acceso de los jóvenes pobres urbanos al empleo, generándose efectivamente una moratoria entre la infancia y la juventud. De ahí que durante estos veinte años se haya creado propiamente el período juvenil en este sector social, aunque éste posea ciertas características particulares, tales como una moratoria obligada, cierta socialización en la sobrevivencia, un mayor peso del grupo de pares y la cuasi inexistencia de un plan de vida a futuro (Weinstein 1985).

Esto puede apreciarse al observar la disminución de la participación juvenil en la población económicamente activa, la que es especialmente importante en el subgrupo de edad entre los 15 y 19 años, como se ve en el Cuadro 6.

Cuadro 6. Evolución de proporción de activos e inactivos entre los jóvenes (1960, 1970, 1980, 1985). Porcentajes.

15-19 años	Activos	Inactivos
1960	42,9	57,1
1970	29,3	70,7
1980	22,1	77,9
1985	21,6	78,4
20-24 años		
1960	61,0	39,0
1970	56,6	43,5
1980	59,5	40,5
1985	59,5	40,5

Fuente: Para los datos de 1960, 1970 y 1980, la fuente es Martínez y Valenzuela (1986). Para 1985, la fuente es Cepal (1988).

Nótese que esta mutación desde ser trabajadores a ser estudiantes también ha comportado estadios intermedios, muchas veces poco considerados. Es así como una investigación reciente en una comuna popular de Santiago (Cariola y Cerri 1990), descubrió una amplia actividad laboral de los estudiantes secundarios: 61,6 por ciento de los estudiantes varones trabajaba algunas horas a la semana, mientras 26,1 por ciento de las muchachas también lo hacía. Contra lo que suele presuponerse, estos estudiantes no registraban un menor rendimiento escolar que los que no trabajaban, ni tampoco estudiaban menos horas; este empleo ocasional no constituía así una causa obligada de deserción.

Un efecto perverso de esta mayor escolarización ha sido la desvalorización creciente de los diplomas escolares de los jóvenes pobladores, —en particular, de los egresados de la masiva educación media científico-humanista— en el mercado de trabajo. La existencia de una escolaridad más extendida no ha significado un mayor

o mejor empleo para estos jóvenes pobladores, lo que ha redundado en una "escolarización ociosa" para muchos de ellos.

La encuesta de Valenzuela (1984) entrega resultados al respecto. Entre los jóvenes pobladores encuestados, los desocupados tienden a poseer una escolaridad superior al promedio, confirmando que poseer una mayor escolaridad —siempre que ella sea menor que un título especializado— discrimina negativamente respecto del acceso al empleo. Se da la paradoja, por ejemplo, que en esos años los obreros jóvenes tenían una escolaridad promedio de 10.4 años de estudio, mientras que aquellos que estaban ocupados en empleos marginales en comercio y servicios, o bien en los desvalorizados programas de empleo mínimo del gobierno poseían una marca modal de 11,5 años. El análisis de las encuestas de empleo actuales a nivel metropolitano muestra, por lo demás, que éste es un fenómeno que afecta específicamente a los jóvenes, como se observa en el Cuadro 7.

Cuadro 7. Desocupación en el Gran Santiago según nivel educacional 1988. Porcentajes.

<i>Escolaridad</i>	<i>Jóvenes</i>	<i>Adultos</i>
Ninguna	14,1	15,2
Básica incompleta	23,3	16,0
Básica completa	19,7	12,5
Media incompleta	31,5	14,1
Media completa	28,6	12,5
Universitaria	19,1	5,9

Fuente: Cuadro reproducido de Marcel (1989).

Si bien son facetas del problema que se potencian mutuamente, en esta "escolarización ociosa" hay que diferenciar lo relativo a la oferta y la demanda de empleo. Por una parte, la educación que se ha dado a los jóvenes, de carácter generalista, no parece especialmente requerida en el mercado de trabajo. Por otra parte, pareciera que el acceso al nivel medio, particularmente en la enseñanza científico-humanista, como ya se señaló, ha aumentado las aspiraciones de los jóvenes respecto de los empleos que están dispuestos a desempeñar.

De cualquier modo, conviene consignar que los jóvenes parecen crecientemente conscientes de que obtener sólo el diploma de educación media tiene escaso valor en el mercado laboral. De hecho, en una encuesta reciente (Weinstein 1990), 48,2 por ciento de los jóvenes pobladores declara estar en desacuerdo con que "terminar cuarto medio en el Liceo ayuda a encontrar trabajo", percibiéndose incluso que haber terminado el servicio militar es una mejor carta de presentación en esa búsqueda.

IX

Un cambio importante en estos años ha sido el agravamiento del problema del desempleo juvenil. Los jóvenes se han convertido en víctimas privilegiadas de la carencia de trabajo, y ello no sólo en momentos de crisis recesivas, sino de manera

permanente. Las tasas de desempleo que les afectan sobrepasan con creces las de los adultos. Más precisamente, se ha pasado en veinte años de una tasa de desempleo juvenil que no alcanzaba a duplicar la tasa adulta, a una nueva proporción en que la triplica, como puede apreciarse en el Cuadro 8.

Cuadro 8. Evolución de las tasas de desocupación juvenil y adulta a nivel nacional (1970, 1980, 1982, 1986, 1988). Porcentajes.

Año	Jóvenes	Adultos
1970	9,9	5,1
1980	25,9	7,7
1982	36,2	18,1
1986	19,7	7,6
1988	15,0	4,5

Fuente: El Cuadro proviene de Marcel (1989).

Nota: Se consideran como desocupados a los participantes en los programas de empleo de emergencia en los años 1980, 1982 y 1986.

Pero la cesantía entre los jóvenes no sólo es inquietante por su masividad, sino también por su irreductibilidad. La economía nacional presenta fuertes dificultades para incorporar a los jóvenes al mercado laboral incluso en períodos de crecimiento. Así, la recuperación experimentada en la tasa de ocupación en los últimos años no se ha traducido de manera equivalente a nivel juvenil. En efecto, de 1986 a 1988 el empleo juvenil creció en 1,3 por ciento anual, mientras que el empleo adulto lo hacía en 5,5 por ciento anual, por lo que de 18 puesto de trabajo creados sólo 1 favoreció a un joven. De hecho, la baja en la tasa de desempleo juvenil en ese período se explica más por una baja en la significación demográfica del grupo etario que por su aprovechamiento de los nuevos empleos generados (Marcel 1989).

Además de la característica ya señalada en relación a la escolaridad, hay que puntualizar otros dos rasgos del desempleo juvenil. Por una parte, ha tendido a ser cada vez más un problema urbano; los jóvenes rurales tienen índices de desocupación crecientemente bajos, lo que está relacionado con la recuperación del empleo agrícola y, particularmente, con la oferta de empleos ocasionales en tanto "temporeros". Por otra parte, hay una inversión del problema en términos de género: se ha pasado de una desocupación prioritariamente masculina a una en que las mujeres están sobrerrepresentadas, lo que se compadece con el creciente rechazo femenino al empleo doméstico.

No debe olvidarse que la desocupación afecta con mayor fuerza a los jóvenes pobres de las ciudades. Un encuesta realizada en 1988 (PET 1988) en las distintas comunas de Santiago, mostraba que mientras la desocupación juvenil general llegaba aproximadamente a 17 por ciento, aquella que existía en las comunas populares bordeaba el 35 por ciento. Igualmente hay que consignar que, si bien los desempleados de largo plazo son más significativos entre los cesantes adultos (16,2 por ciento) que entre los cesantes jóvenes (13,3 por ciento), existe una proporción importante de jóvenes pobladores en situación de inactivos sin justificación, que son "menos que cesantes", puesto que ni siquiera declaran buscar empleo. Este segmento constituye el núcleo duro de los que protagonizan conductas-problema y sufren daños psicosociales.

Cuadro 9. Evolución tasa de desocupación juvenil por sexo y área (1970, 1980, 1982, 1986, 1988). Porcentajes.

	Hombres	Mujeres	Total 1970
	11,5	5,8	9,9
1980			
Urbano	23,9	20,8	22,8
Rural	10,9	11,9	11,0
TOTAL	20,7	19,9	20,4
1982			
Urbano	35,8	30,7	33,9
Rural	17,5	19,9	17,8
TOTAL	30,9	29,6	30,5
1986			
Urbano	21,1	19,8	20,6
Rural	4,1	8,6	4,6
TOTAL	16,5	18,9	17,3
1988			
Urbano	15,8	18,9	16,9
Rural	3,1	7,6	3,7
TOTAL	12,5	18,0	14,3

Fuente: El Cuadro está tomado de Marcel (1989).

Nota: Los porcentajes de desocupación se refieren a la desocupación abierta y no consideran los planes de empleo de emergencia.

X

Otro cambio crucial que ha afectado a la juventud urbano popular ha consistido en su "desproletarización", esto es, en su empleo cada vez mayor -cuando logran hacerlo- en ocupaciones del sector terciario. Ya no puede pensarse, como tantos lo hicieron en los sesenta, que los jóvenes de las poblaciones son simplemente obreros jóvenes que van a dormir a esas zonas periféricas de la ciudad.

Es sabido que durante los años setenta hubo una drástica reducción de la clase obrera industrial, ella se acompañó de un proceso de envejecimiento de la misma: si, en 1971, 24,3 por ciento de los obreros industriales eran jóvenes de 15 a 24 años, en 1980 esa proporción había disminuido a 9,5 por ciento. Esta "desproletarización" juvenil fue particularmente acentuada en la industria sustitutiva de importaciones, y tiene consecuencias no sólo de carácter económico, sino otras como la creciente atomización

de la demanda obrera y la desalarización de las relaciones laborales en que los jóvenes participan (Valenzuela 1984).

Paralelamente ha existido un proceso de "terciarización" del empleo juvenil, que se ha canalizado en una vertiente moderna —de la cual son ilustrativas las ocupaciones creadas en el sector financiero— y en otra vertiente marginal, bien ilustrada por las ocupaciones menores en el comercio callejero. Es en esta última que han participado crecientemente los jóvenes pobladores. Así, estas ocupaciones marginales del sector terciario habrían pasado de ocupar 11,8 por ciento de la PEA juvenil no agrícola en 1971, a ocupar 18 por ciento de la misma en 1980 (Marcel 1985).

Es necesario detenerse en una situación particular: el empleo doméstico. Esta ocupación reviste importancia por la magnitud de las jóvenes que ocupa, pero también por su significado cultural, que lo hace ser parte de un modelo de servidumbre propio a un orden tradicional. Si bien era esperable una drástica disminución de este tipo de empleo, ello no se ha verificado del todo, al menos en la década de los setenta. En efecto, si bien entre 1960 y 1970 el porcentaje de empleadas domésticas pasó de 27,9 a 21,9 por ciento en el grupo de edad de 15 a 19 años, y de 20,2 a 15 por ciento en el grupo de edad de 20 a 24 años, esa tendencia no se continuó en los setenta, de tal modo que en 1980 los porcentajes respectivos eran de 20,7 y 13,2 por ciento. La necesidad de estas mujeres jóvenes (fuerza de trabajo secundaria) de incorporarse al mercado de trabajo en situaciones de alta cesantía habría conspirado contra esta tendencia modernizadora (Martínez y Valenzuela 1986), aunque, como ya se sugirió, ella puede subyacer al mayor desempleo femenino en los ochenta.

Es necesario consignar que, más allá del empleo específico de que se trate, existe una discriminación respecto de los jóvenes en el mercado de trabajo. En efecto, ellos son peor remunerados, tienen jornadas de trabajo más largas, poseen menos beneficios sociales y seguridad social que los trabajadores adultos que desempeñan las mismas funciones (Marcel 1985). Esta discriminación cuenta incluso con cierto respaldo legal a partir de la legislación relativa a los contratos de aprendizaje (García 1989).

Estos procesos de "desproletarización" y terciarización, que se han dado a parejas con una mayor escolaridad, también parecen haber repercutido subjetivamente en la identidad social de los jóvenes. Más precisamente, estos jóvenes pobladores se sienten mucho menos parte de la clase obrera que lo que se sentían sus semejantes veinte años atrás y que lo que se sienten sus padres hoy en día. La encuesta SUR de 1985 muestra que 35,1 por ciento de los pobladores se autoidentifica con la clase obrera, pero que ese porcentaje baja a 29,2 por ciento entre los menores de 30 años. Esta atenuación de una conciencia proletaria se acompaña con una creciente identificación con la clase media. En la encuesta recién citada, 28,4 por ciento de los menores de 30 años se sienten parte de la clase media, contra sólo 19,4 por ciento de los pobladores adultos. Igualmente, en otra investigación reciente entre jóvenes pobladores (Weinstein 1990), 40,5 por ciento se autocalificó como perteneciente a la clase media, contra sólo 27,2 por ciento que se consideró parte de la clase obrera.

Conviene anotar otro aspecto más general dentro de la "cultura económica" de los jóvenes urbano populares, cual es su indefinición respecto de los modelos o principios económicos a los que adhieren. En efecto, en la subjetividad de este grupo parece coexistir una demanda por un Estado protector, que debiera salvaguardarlos frente a las inclemencias del mercado, al mismo tiempo que se adhiere a ciertos valores

neoliberales. Esta indefinición es visible en un estudio reciente (Weinstein 1990), en el cual los jóvenes pobladores manifiestan que es deber del Estado dar trabajo a los jóvenes cesantes, al mismo tiempo que se muestran en desacuerdo con que las empresas importantes debiesen ser propiedad del Estado. En el mismo sentido apuntan los resultados de una encuesta entre jóvenes de corte nacional (CEP-Adimark 1990), en que los encuestados se pronuncian de acuerdo en que la libre empresa es la única forma de desarrollo, al mismo tiempo que plantean que el gobierno debiera controlar los precios.

XI

Otro cambio decisivo que se ha producido en estas dos décadas tiene relación con el modo de ocupación del tiempo libre de los jóvenes pobladores, revolucionado por su exposición a los modernos medios de comunicación masivos. Es en estos años que la televisión se ha masificado en nuestro país y en América Latina, alcanzando a la enorme mayoría de la población, como lo muestra el Cuadro 10.

Cuadro 10. Evolución de la disponibilidad de televisores por habitantes en América Latina (1965, 1970, 1975, 1980, 1985).

<i>Año</i>	<i>Cantidad de televisores por mil habitantes</i>
1965	32
1970	60
1975	84
1980	108
1985	132

Fuente: Cuadro extraído de Fuenzalida y Hermosilla (1989).

Esto ha significado un acceso creciente de estos jóvenes al consumo de televisión. Nótese que en 1965 la encuesta de Gurrieri (1971) ni siquiera creía pertinente preguntar por la exposición a la televisión. Cinco años más tarde, Mattelart (1970) ya consignaba que mayoritariamente los jóvenes habían visto televisión. Pero esta exposición era mayor entre los universitarios que entre los jóvenes de sectores populares. Un elemento decisivo en este sentido es que mientras la mayoría de los universitarios veía televisión en su propio domicilio, los jóvenes populares no contaban cotidianamente con ella y la veían ocasionalmente en lugares públicos (bares), en "la casa de los patrones" o en casas de amigos. Una encuesta realizada en Santiago en 1987 (Flasco-Ceneca 1987), muestra una transformación radical en la medida en que el consumo de televisión se ha consolidado como una práctica diaria que se realiza en el mismo hogar de los jóvenes. Se constata, además, que ahora es el público popular el que más ve televisión, mientras que el público de élite es el que menos horas diarias se expone a ella.

Es cierto que este cambio no afecta exclusivamente a los jóvenes y que ellos

consumen tanta televisión como lo hacen los otros grupos de edad: en la encuesta recién citada se constata que el promedio general de exposición de los santiaguinos es 2,8 horas diarias, porcentaje similar al de la franja de edad de 15 a 25 años. Pero hay una especificidad juvenil en el tipo de consumo de televisión que realizan. A diferencia de los adultos jóvenes (21 a 25 años), puede apreciarse que los adolescentes (15 a 20 años) presentan cierto perfil distintivo en tanto telespectadores, constituyendo un "mercado particular". Es así como, de acuerdo a la encuesta Flasco-Ceneca (1987), ellos ven más que el resto del público las series y películas (27,1 por ciento contra 19,3 por ciento), las telenovelas (20,6 por ciento contra 14,0 por ciento) y la música joven (7,8 por ciento contra 3,3 por ciento), mientras que ven menos que el resto los programas en vivo (16,1 por ciento contra 27,2 por ciento) y las noticias (2,8 por ciento contra 13,1 por ciento).

Esta creación gradual de un "mercado juvenil" coexiste y, en cierto sentido, compete con la segmentación de preferencias entre juventudes, que no ha desaparecido. Si la homogeneización marca una ruptura, esta segmentación, en cambio, marca una continuidad en relación al pasado. En efecto, ya Mattelart (1970) anotaba que existían múltiples diferencias en los programas preferidos por las distintas juventudes: las noticias interesaban a 22 por ciento de los universitarios, pero sólo a 7,1 por ciento de los jóvenes populares urbanos y a 3,2 por ciento de los jóvenes campesinos, mientras que los shows y programas en vivo son preferidos por 25,5 por ciento de los jóvenes campesinos, por 19,2 por ciento de los jóvenes populares urbanos y por 12,6 por ciento de los universitarios. Lo mismo sigue ocurriendo parcialmente hoy, como muestra la encuesta citada (Flasco-Ceneca 1987), en que el público popular tiende a preferir notablemente menos los noticieros que el público de élite, y sigue prefiriendo notablemente más los programas en vivo.

Anotemos que este mismo proceso de homogeneización progresiva a nivel generacional, pero que no hace desaparecer las diferencias sociales, se produce en relación a la lectura de diarios. Contra lo que suele pensarse, los jóvenes de hoy no leen menos el diario que los adultos. El estudio Flasco-Ceneca constata que 67,5 por ciento de los santiaguinos ha leído u hojeado el diario en la semana previa a la encuesta, y que esa cifra es de 67,9 por ciento entre los adolescentes (14 a 20 años) así como de 64,5 por ciento entre los adultos jóvenes (21 a 25 años). Pero los adolescentes leen u hojean más ciertas secciones del diario que los otros grupos de edad, como ocurre con la sección policial (36 por ciento de adolescentes contra 27,9 por ciento general), espectáculos (29,3 por ciento contra 20,2 por ciento) y horóscopos/crucigramas (23,3 por ciento contra 14,8 por ciento), al mismo tiempo que leen u hojean menos las noticias internacionales (4 por ciento contra 8,5 por ciento) y las nacionales (6,7 por ciento contra 13,9 por ciento). Esto no quita que entre las distintas juventudes persistan diferencias, interesándose más aquellos jóvenes pertenecientes al público de élite por los denominados "temas duros", ligados a la información, mientras que aquellos pertenecientes al público popular optan más por los "temas blandos", asociados a la entretención (Catalán y Sunkel 1990).

Por otra parte, esta exposición creciente a la televisión ha coincidido con una progresiva pérdida del hábito de la lectura. En 1970, como muestra Mattelart (1970), la lectura constituía la principal actividad en los ratos libres, siendo una práctica que atravesaba a las distintas juventudes, desde un máximo de 37,4 por ciento de preferencias entre los universitarios hasta un mínimo de 20,5 por ciento entre los

jóvenes campesinos. Hoy en día, en cambio, estos porcentajes han bajado notablemente en el conjunto de la población pero especialmente entre los jóvenes. En efecto, la encuesta Flasco-Ceneca (1987) consigna que la preferencia por la lectura en los ratos libres alcanza a 11,8 por ciento de los encuestados, en general, pero disminuye todavía más entre los adolescentes (7,3 por ciento).

Otro antecedente de un gusto generacional que se ha venido consolidando en el tiempo se encuentra en la música y la exposición a la radio. Hace veinte años, Mattelart (1970) encontraba una radical diferencia entre los gustos musicales de los jóvenes. La idolatría por los cantantes nacionales estaba reservada a los jóvenes populares urbanos (59,5 por ciento), mientras que los universitarios apenas les prestaban atención (14 por ciento). Inversamente el gusto por los cantantes europeos era intenso entre los universitarios (49,7 por ciento) mientras que era marginal en los jóvenes pobres de la ciudad (27,5 por ciento). En 1987, la encuesta Flasco-Ceneca muestra la diferencia entre los gustos musicales juveniles, centrados en la música rock-disco, romántica y jazz, respecto de los gustos adultos. Además, este "gusto joven" se corresponde con que los jóvenes, especialmente los adolescentes, tienden a escuchar mucho más que los adultos las radios FM, cuya programación es casi exclusivamente musical, mientras que escuchan mucho menos radios AM, cuya programación incluye una mayor proporción de noticias y programas de conversación.

XII

Pero los usos considerados "sanos" del tiempo libre no son los únicos que se han modificado. También han existido cambios en las "conductas-problema" que los jóvenes protagonizan, especialmente en lo relativo a las diversas adicciones que practican.

El caso del consumo de marihuana es ilustrativo al respecto. Esta forma de drogadicción ha pasado a ser parte de la cotidianeidad juvenil y ha mostrado un marcado desplazamiento social en estos veinte años, convirtiéndose en una droga popular. Una encuesta realizada en distintos establecimientos secundarios en 1970 (Richards, Viveros y Ortiz 1972), mostraba ya un alto consumo entre estos estudiantes: 34,7 por ciento declaraba haber fumado marihuana, 61,8 por ciento decía no haberla fumado y 3,4 por ciento no respondía a la pregunta. Entre los fumadores había un predominio notorio de los varones y no existían diferencias marcadas a nivel socioeconómico, estando igualmente representados los jóvenes de estrato alto como los de estrato medio-bajo entre estos secundarios. Casi veinte años después, un estudio realizado en Santiago (Pastoral Juvenil 1989) muestra que 11,9 por ciento de los jóvenes entre 15 y 24 años consume regularmente marihuana, 22 por ciento la consume ocasionalmente y 66,1 por ciento no la consume nunca. Se observa que la distribución por género sigue siendo muy diferenciada, puesto que los muchachos siguen al menos triplicando a las muchachas en su adicción. Pero se constata que el foco del consumo se ha desplazado al sector poblacional: 54,1 por ciento de los jóvenes de comunas populares fuma marihuana, mientras este consumo desciende a 13,0 por ciento en comunas de clase media y a 8,2 por ciento en comunas de clase alta. Por otra parte, estudios de réplica hechos en los últimos años (Pastoral Juvenil 1989) muestran

una tendencia al aumento del consumo juvenil de marihuana: mientras en 1984 72,0 por ciento no fumaba nunca, en 1986 71,3 por ciento no lo había hecho y esa cifra descendía a 66,1 por ciento en 1989.

El caso de la ingesta de alcohol no parece haber seguido exactamente la misma evolución. No se trata de que el alcoholismo juvenil no haya aumentado, puesto que muestra una tendencia creciente en el tiempo: un estudio comparativo realizado por Fernández (Weinstein, Aguirre y Téllez 1990) muestra que el número de bebedores excesivos o anormales en la población escolar se duplicó entre los inicios de los sesenta y los inicios de los ochenta, pero se constata que las distancias de género o de estrato social se atenúan y modifican. En efecto, la encuesta reciente de la Pastoral Juvenil (1989) muestra que las muchachas consumen alcohol en una proporción importante, autoasignándose cierto "derecho a beber" que antaño les estaba negado. Es así como, mientras entre los varones 24 por ciento son consumidores habituales, 51 por ciento son consumidores ocasionales y 25 por ciento no son consumidores, entre las mujeres 10 por ciento son consumidoras habituales, 40 por ciento son consumidoras ocasionales y 50 por ciento no son consumidoras. En lo referente al sector social, la misma encuesta detecta algo todavía más novedoso, como es el mayor alcoholismo existente en los sectores acomodados. De este modo, en la clase alta, 35,4 por ciento de los jóvenes son consumidores habituales, 38,2 por ciento son consumidores ocasionales y 26,4 por ciento son no consumidores, en tanto que en la clase media, 17,8 por ciento son consumidores habituales, 43,3 por ciento son consumidores ocasionales y 38,9 por ciento son no consumidores, y que en la clase baja 11,4 por ciento son consumidores habituales, 48,8 por ciento son consumidores ocasionales y 39,8 por ciento son no consumidores.

Si el alcoholismo no se puede seguir considerando un daño psicosocial exclusivo de los sectores poblacionales, hay cierto consumo de drogas nuevas que sí lo es. El caso de los solventes volátiles es particularmente significativo, por la gravedad de sus consecuencias para el desarrollo integral de los individuos que les son adictos. No se debe olvidar que entre los jóvenes de Santiago hay 5,6 por ciento que inhala habitualmente neoprén y 10,7 por ciento que lo hace ocasionalmente, y que esos jóvenes son casi exclusivamente pobladores (Pastoral Juvenil 1989).

Conviene anotar que entre los jóvenes pobladores hay una fuerte preocupación por el problema de las adicciones, el que se asocia a la inseguridad y a una degradación más general del barrio. De hecho, cuando una encuesta reciente (Weinstein 1990) les preguntó sobre cuál era el problema más importante que afectaba a los jóvenes del sector, 51,5 por ciento puso en primer lugar la drogadicción y el alcoholismo, escotados por la delincuencia y la prostitución (17,6 por ciento) y seguidos de muy lejos por los problemas sociales y económicos (cesantía, 12 por ciento; educación, 7,3 por ciento; vivienda, 3,3 por ciento, etc.).

Por desgracia, no se cuenta sino con escasos datos respecto de la evolución que ha seguido la delincuencia y la violencia entre los jóvenes pobladores. Pareciera que ha existido una tendencia sostenida al aumento en estos años, como muestra el Cuadro 11.

Año	Total menores
1982	16.435
1983	18.138
1984	20.545
1985	22.604
1986	22.573

Fuente: El cuadro está construido a partir de datos provenientes del Compendio Estadístico del INE (1989).

Esta evaluación de un agravamiento de la delincuencia juvenil es, por lo demás, la percepción que prevalece entre los mismos jóvenes pobladores. Al preguntárseles sobre este tema en un estudio reciente (Weinstein 1990), 64,1 por ciento consideró que había más delincuencia en el sector que antes, 14,3 por ciento consideró que había igual y 20,9 por ciento respondió que había menos.

XIII

Una última dimensión también ligada al tiempo libre donde conviene detenerse se refiere al asociacionismo juvenil. En ella, empero, las transformaciones operadas parecen ser menos significativas que lo que suele pensarse.

La organización voluntaria en la que los jóvenes pobladores más participan, tanto en el pasado como en el presente, son de lejos los clubes deportivos. Se trata, como es sabido, de una organización casi exclusivamente masculina, que suele centrar su dinámica estrictamente en lo deportivo y que posee escasas vinculaciones con instancias o estructuras nacionales. Las cifras de participación juvenil son elocuentes. En 1965, Gurrieri (1971) encontraba que 58 por ciento de los encuestados varones participaba en estos clubes, y en 1984 Valenzuela (1984) constataba que 45 por ciento de los muchachos eran miembros de estas agrupaciones. Conviene agregar que el porcentaje de participación en clubes deportivos tiende a ser menor entre los jóvenes de otros sectores sociales, donde también los clubes aumentan en participación femenina, entre otras cosas porque amplían, más allá del fútbol, la gama de deportes que promueven.

La otra organización voluntaria donde los jóvenes han tendido en cierta medida a participar son los grupos juveniles de iglesia. Según Gurrieri (1971), en 1965 había 15 por ciento que participaba de ellas, y Mattelart (1970) observaba que participaba 10 por ciento de las muchachas de sectores populares urbanos. Con el correr del tiempo, pareciera que la tendencia ha sido mantener este nivel de participación juvenil, pero también se ha producido un mayor acercamiento de los muchachos a estos grupos de iglesia, los que dejaron de ser "territorio femenino". De hecho, la investigación de Valenzuela (1984) constata una participación similar por género (11,5 por ciento de varones contra 11,2 por ciento de mujeres), fenómeno que se reafirma en otro estudio más reciente (Weinstein 1990).

Los jóvenes pobladores no parecen haber participado nunca masivamente de los partidos políticos. Las cifras disponibles de afiliación previas al quiebre del sistema democrático son bastante bajas: para 1965, un estudio constata 7 por ciento de jóvenes participantes (Gurrieri 1971); para 1970, otra investigación (Mattelart 1970) muestra que 8 por ciento de los jóvenes urbano-populares participa de algún partido. Hay que anotar también que esta última investigación permite visualizar que esta juventud participaba mucho menos de los partidos que otras, como los universitarios, e igualmente que se trata de una participación prioritariamente masculina.

Además, la participación juvenil en las organizaciones y actividades vinculadas a lo vecinal ha solido ser baja. De hecho, Mattelart (1970) constataba que los jóvenes populares prácticamente no participaban de las Juntas de Vecinos existentes en sus poblaciones. Un estudio más reciente (Culagovski 1985) mostró que esta tendencia al desinterés juvenil poblacional por la participación vecinal seguía vigente, constituyendo el grupo de edad que menos estaba inscrito en las juntas de vecinos, las menos había tomado contacto con el alcalde y menos había participado de las diversas iniciativas municipales.

Si bien éste parece ser el perfil del "asociacionismo realmente existente", hay que considerar también la valorización que los jóvenes efectúan de estas distintas organizaciones; al respecto, se dispone de algunos antecedentes sobre los grupos juveniles de iglesia, así como sobre los partidos políticos.

Si bien no contamos con referentes comparativos en el pasado, es claro que los jóvenes pobladores tienen actualmente una muy positiva evaluación de la Iglesia Católica, de sus sacerdotes y de su labor en favor de los derechos humanos y de defensa de los pobres. Esta percepción juvenil positiva se manifiesta, por ejemplo en un estudio reciente (Weinstein 1990), en que la mayoría de estos jóvenes pobladores piensa que los grupos juveniles de iglesia son la organización que más contribuye al bien de la comunidad. Conviene no olvidar que esta buena evaluación no es específica de estos jóvenes, sino que suele ser compartida por la mayoría de los chilenos, como muestra la encuesta nacional realizada por Hunneus (1987).

La opinión que ellos tienen sobre los partidos políticos es menos positiva y más ambigua. Es necesario recordar que, contra lo que a veces se postula, la visión que los jóvenes tenían de los partidos en el pasado democrático no siempre les era favorable. Así, en 1965 el estudio de Gurrieri (1971) detectaba que sólo 28 por ciento de los encuestados calificaba positivamente a los partidos, modo de organización colectivo que era claramente superado por el sindicato. Por su parte, Mattelart (1970) mostraba que más de la mitad de sus encuestados pensaba que los jóvenes no debían comprometerse en política. Investigaciones recientes confirman este recelo juvenil poblacional respecto de la política y sus principales actores institucionales. Así, un estudio actual (Weinstein 1990) muestra como los partidos son una suerte de "mal menor", de manera tal que estos jóvenes tienden a considerar que los partidos políticos son necesarios para defender los intereses de los pobres (50,8 por ciento de acuerdo), pero al mismo tiempo creen que los políticos dicen muchas mentiras (70,8 por ciento de acuerdo) y que dividen a la gente (86,7 por ciento de acuerdo). En el mismo sentido, hace pocos años atrás una encuesta nacional (Hunneus 1987) mostraba que los jóvenes eran los que menos creían que los partidos eran indispensables para gobernar el país: mientras que 50,9 por ciento de los encuestados entre 18 y 25 años pensaba que eran indispensables, ese porcentaje aumentaba a 60,3 por ciento para el conjunto.

Esta desconfianza respecto del sistema político institucional no significa necesariamente radicalismo, como pudo pensarse cuando en los años 1983 y 1984 los jóvenes pobladores irrumpieron en la escena política nacional participando masiva y violentamente en las Protestas Nacionales contra el régimen militar (Weinstein 1986). De hecho, al preguntárseles en un estudio reciente (Weinstein 1990) sobre la evaluación que hacían de las Protestas, sólo 31,6 por ciento creía que "ayudaron a que se fuera Pinochet", mientras 44,5 por ciento pensaba que "trajeron destrucción y muerte" y 22,3 por ciento decía que "no sirvieron para nada". Más generalmente, los estudios de opinión actuales muestran que estos jóvenes son mayoritariamente favorables al sistema democrático y a los modos de acción políticos de carácter pacífico (Hunneus 1987; Flisfisch, Culagowski y Charlin 1988), aunque sus específicas preferencias partidistas siguen constituyendo un enigma.

XIV

Este artículo se propuso inventariar, a partir de los datos disponibles, los cambios acaecidos en la juventud pobladora en este último cuarto de siglo.

Al pasar revista a cada una de las dimensiones de la vida de los jóvenes consideradas, el resultado habitual fue la constatación de múltiples y profundas transformaciones, las que, empero, no siempre eran exclusivas a la juventud, y a veces no hacían sino continuar con tendencias preexistentes.

Es conveniente recordar que, en lo relativo a la familia, se aprecia que los jóvenes buscan formar familias nucleares y reducidas, lo que difícilmente pueden conseguir debido a la crisis habitacional existente. Igualmente, ellos, a diferencia de los sectores medios, siguen presentando niveles relativamente altos de conflictividad familiar, en la que destaca la incomunicación y la desvalorización de los modelos parentales. Por último, hay una tendencia a una mayor liberalidad y tolerancia en la moral sexual, que se expresa en una mayor precocidad sexual y en el descrédito de ciertos valores tradicionales, pero que ha significado también problemas psicosociales a los propios jóvenes, tales como el aumento del embarazo adolescente.

En lo relativo a la educación, ha existido una masificación enorme de la enseñanza secundaria, sobre todo en su vertiente generalista, que ha hecho que progresivamente estos jóvenes, a diferencia de sus progenitores, conozcan el liceo por dentro. Esta revolución en la cobertura está en la base de la creación del período juvenil en este sector social. Sin embargo, este avance en la cantidad de educación recibida por los jóvenes pobladores no ha ido acompañado de uno equivalente en el nivel de la calidad, ya que sólo cuentan con una educación mediocre y con escasas perspectivas, lo que ha llevado a la frustración de sus aspiraciones a continuar estudios superiores. A pesar de ello, la inexistencia de otras alternativas de ascenso social hace que la "apuesta educativa" siga siendo la única posible para estos jóvenes, que parecen desesperanzados respecto de los mecanismos de movilidad colectiva.

Esta "crisis del liceo" también se ha traducido en su escasa incidencia positiva en el empleo juvenil. Al contrario, se ha producido una "escolarización ociosa" que ha afectado a los jóvenes más escolarizados de las poblaciones. En esta dimensión, la transformación mayor ha sido problemática: se ha generado un fuerte e irreducible

desempleo juvenil, demostrativo de una creciente incapacidad de la economía en su conjunto para absorber la fuerza de trabajo de este grupo de edad. Esta alta desocupación, que ha sido sobre todo urbana y cada vez más femenina, ha posibilitado una discriminación de los trabajadores jóvenes. También debe señalarse la progresiva "desproletarización" existente en este tiempo, que ha ido asociada a la "terciarización" del empleo juvenil. Esto ha significado, entre otras cosas, una creciente identificación de los jóvenes pobladores con la clase media y su distanciamiento de la cultura obrera.

Por último, abundan los cambios en lo relativo al tiempo libre. En términos del consumo audiovisual, los jóvenes se transforman en un cliente particular de la televisión, los diarios y la radio, desarrollándose cierto "gusto joven" homogeneizador que compite con las diferenciaciones tradicionales entre juventudes. Las "conductas-problema" de los jóvenes pobladores se hacen más masivas y graves, lo que se expresa especialmente en la drogadicción y la delincuencia, prácticas por las que muchas veces es etiquetada toda la juventud pobladora en la sociedad. El asociacionismo juvenil se mantiene relativamente inalterado, mostrando una primacía de las organizaciones deportivo-recreativas, aunque hay cierto auge de los grupos de iglesia, sobre todo en términos de valorización subjetiva. La participación política se mantiene enigmáticamente baja, habiéndose aparentemente consumido esa explosión de radicalidad juvenil de las Protestas, aunque el desinterés por la coyuntura política inmediata y sus actores institucionales no debiera ser interpretado necesariamente como "apoliticismo".

En fin, interesa destacar lo que subyace a este inventario (incompleto) de cambios: los jóvenes pobladores han sido un grupo etario y social especialmente afectado por esta modernización sin equidad que la sociedad chilena ha recorrido en este período. De allí que, junto con ser beneficiarios menores de algunos procesos de modernización —como ha ocurrido en el caso de la educación o del consumo audiovisual—, han sido víctimas predilectas de otros, como ha acaecido notoriamente en lo relativo al empleo. De allí también que hayan devenido una "juventud problema" difícilmente integrable de manera armónica en la economía, la política o la moral. Son los avatares propios a un grupo que ha tenido que soportar esta tensión permanente de ser convocado y, al mismo tiempo, expulsado de la nueva sociedad que se ha ido forjando.

BIBLIOGRAFÍA

CARIOLA, L. & M. CERRI

Sectores populares en enseñanza media. Las evidencias del silencio. Santiago: Cide. En prensa.

CATALÁN, C. & G. SUNKEL

1990 "Consumo cultural en Chile: la élite, lo masivo y lo popular". *Documento de Trabajo* n° 455. Santiago: Flacso.

CEP-ADIMARK

1990 "Resultados de encuesta sobre actitudes políticas de los jóvenes". Citado por *El Mercurio* 3/12/90.

- CEPAL
1988 *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 1988*. Santiago.
- COX, C. & L. CARIOLA
1990 "La educación de los jóvenes. Crisis de la relevancia y la calidad de la enseñanza". En: Generación (comp.). *Los jóvenes en Chile hoy*. Santiago: Cide-Cieplan-INCH-PSI-SUR.
- COX, C. & C. JARA
1989 *Datos básicos para la discusión de políticas en educación (1970-1988)*. Santiago: Cide-Flasco.
- CULAGOVSKI, M.
1985 "Afiliación y participación a nivel local. Algunos resultados de la encuesta de participación comunal". *Material para Discusión*. Santiago: CED.
- FLISFISCH, A., M. CULAGOVSKI & M. CHARLÍN
1988 "Edad y política en el Chile autoritario: un análisis exploratorio y conjeturas para un futuro democrático". *Documento de Trabajo* n° 387. Santiago: Flasco.
- FUENZALIDA, V. & M. HERMOSILLA
1989 *Estudios sobre la televisión en Chile*. Santiago: Ceneqa.
- GARCÍA-HUIDOBRO, J. EDO.
1986 "Juventud chilena: educación y empleo", en Revista *Mensaje* (Santiago), n° 346 (enero febrero).
- GARCÍA-HUIDOBRO, J. EDO. & J. WEINSTEIN
1986 *Conciencia juvenil de estudiantes secundarios*. Santiago: Cide.
- GARCÍA-HUIDOBRO, J. EDO. & L. ZÚRIGA
1990 *¿Qué pueden esperar los pobres de la educación?* Santiago: Cide.
- GURRIERI, A.
1971 "Situación de la juventud dentro del complejo económico y social de América Latina". En A. Gurrieri, ed. *Estudios sobre la juventud marginal latinoamericana*. México: Siglo XXI.
- HUNNEUS, C.
1987 *Los chilenos y la política. Cambio y continuidad en el autoritarismo*. Santiago: Cerc-lech.
- MAGENDZO, S. & L. GONZÁLEZ
1987 "El fenómeno del desempleo aprendido en jóvenes de sectores populares". *Revista Paraguaya de Sociología* 24, n° 69.
- MARCEL, M.
1985 "Empleo juvenil. Drama en tres actos y un epílogo". En I. Agurto, M. Canales & G. de la Maza, eds. *Juventud chilena. Razones y subversiones*. Santiago: Eco-Folico-Sepade.
1989 "Capacitación y empleo de jóvenes. Revisión y análisis de experiencias". *Apuntes Cieplan*, no. 83, vol. 1. Santiago: Cieplan.
- MARTÍNEZ, J.
1987 "La investigación sobre juventud en Chile: hacia una reformulación". Ponencia presentada al Seminario Internacional Estudios e Investigaciones sobre Juventud en América Latina, Celaju, Buenos Aires.

MARTÍNEZ, J. & E. VALENZUELA

1986 "Juventud chilena y exclusión social". *Revista de la Cepal* (Santiago), nº 29 (agosto).

MATTELART, A. & M.

1970 *Juventud chilena. ¿Rebelión o conformismo?* Santiago: Universitaria.

NAVARRO, I. & J. URRUTIA

1981 "El sistema educacional chileno y la adolescencia". En Bobadilla y Florenzano, comp. *El adolescente en Chile. Características y problemas*. Santiago: CPU.

PALMA, I.

1990 "Embarazo en adolescentes: daño psicosocial y proyecto de vida". En: Generación, ed. *Los jóvenes en Chile hoy*. Santiago: Cide-Cieplan-INCH-PSI-SUR, Santiago, 1990.

RICHARDS, P., A. VIVEROS & L. ORTIZ

1972 *¿Fuma marihuana el estudiante chileno?* Santiago: Nueva Universidad.

RODRÍGUEZ, A.

1987 "El otro Santiago. Resumen de la encuesta SUR 1985". *Proposiciones*, nº 13. Santiago: SUR.

TRONÍ, E.

1987 "Pobladores e integración social". *Proposiciones*, nº 14. Santiago: SUR.

VALDIVESIO, G. & M. HARRIET

1990 "Algunas actitudes y creencias de estudiantes secundarios de colegios católicos". *Revista Estudios Sociales*. Santiago: CPU.

VALENZUELA, S. & COLS.

1986 "Resultados de la encuesta sobre conocimientos y conductas sexuales en adolescentes de la región metropolitana". Santiago, Universidad de Chile. Mimeo.

VALENZUELA, E. & R. SOLARI

1982 "Los jóvenes de los ochenta. Una interpretación sociológica de la actual generación estudiantil de clase media". *Documento de Trabajo* nº 14. Santiago: SUR.

VALENZUELA, E.

1984 *La rebelión de los jóvenes*. Santiago: SUR.

VICARÍA DE LA PASTORAL JUVENIL

1989 "Informe de encuesta sobre drogadicción en jóvenes de la región metropolitana". Santiago. Mimeo.

WEINSTEIN, J.

1985 *El período juvenil en sectores de extrema pobreza urbana*. Santiago: Cide.

1986 *Los jóvenes pobladores en las Protestas Nacionales (1983-1984). Una visión sociopolítica*. Santiago: Cide.

1990 *Los jóvenes pobladores y el Estado. Una relación difícil*. Santiago: Cide.

WEINSTEIN, J., R. AGUIRRE & A. TÉLLEZ

1990 "Los jóvenes dañados. Una re-visión de las 'conductas-problema' en la juventud popular". En: Generación, comp. *Los jóvenes en Chile hoy*. Santiago: Cide-Cieplan-INCH-PSI-SUR.

debate

Un asunto de identidad

José Bengoa

a Guillermo Bonfil Batalla

Al fin de cuentas, la verdad de la cual huyen es que el hombre no tiene derechos sobre el mundo, que está arrojado a una aventura cuyo término feliz no está garantizado, que el acuerdo de los espíritus y las voluntades no está asegurado en principio.

Maurice Merleau-Ponty

El asunto que nos ocupa es la identidad. Es, sin duda, una cuestión recurrente. Se vuelve angustiante cuando estamos a las puertas de cumplir años. Los cumpleaños marcan la vida de los hombres. A los cuarenta casi todos los varones de clase media, a lo menos, se miran a sí mismos y se preguntan por lo que son. Algunos se sienten satisfechos, otros se deprimen para siempre, algunos pocos se asumen. Los 500 años de "América-en-la-historia-de-Occidente", nos llevan a preguntas semejantes: la identidad.

¿Son legítimas estas preguntas? Hoy día no es obvio para nadie preguntar por la identidad. Es como la depresión. Salvo los psiquiatras, nadie la estudia ni se preocupa de ella hasta que no le ocurre en carne y psiquis propia. Pasa con los países, con los continentes. Más aún en Chile. El exitismo irresponsable de la modernización compulsiva o, como se dice, modernidad, recorre las pantallas de la televisión, casi único vehículo de proponer alguna gimnasia a las neuronas de los poco cuestionados nacionales. El exitismo reduce la identidad al propio éxito, a la competencia. Como el jugador de naipes, se es ganador en potencia y la identidad reside en el riesgo. La identidad actual de los chilenos no está en ellos mismos, en lo que han sido o son, sino en lo que podrían ingenuamente ser. Por ello sueñan con hacer pedazos los mercados ajenos, mezclando lenguajes economicistas con militaristas; con salir de la miseria en cinco o diez años, como si no se hubiera criticado nunca a W. W. Rostow; con ganar

la Copa América, a pesar de todo, y ser exitosos, a pesar de los otros. Da terror observar en las pantallas, diarios y sobre todo revistas de moda (o de nada), el ingenuo exitismo que autoidentifica a una capa social multiforme, de ex ideologías contrapuestas, dirigencial sin capacidad crítica, sin capacidad ni voluntad de encender luces rojas, de ubicarse en la historia, en la geografía, en la vida misma. La depresión de quien no ha tenido nunca problemas, de quien no se dio cuenta de ellos, más bien, es mucho más terrible que la de quien consideró permanentemente las inevitables dificultades de vivir.

Los países, como la gente, sin autoconciencia, no contribuyen al bien de la humanidad, ni hacen historia; son fatuos y, como en la bíblica Sodoma y Gomorra, no se encuentran entre ellos ni diez sabios y justos, por lo que son barridos apocalípticamente.

En estos días de crisis de las utopías, el asunto de la identidad, definitivamente, no está de moda. La búsqueda de la identidad tiene que ver con la necesaria proyección personal hacia alguna parte, con la explicitación de algún deseo, con la elaboración de un proyecto. A lo menos algún proyecto. La autoidentidad es siempre una afirmación no para estancarse en el propio placer hedonista o masoquista, sino un punto de partida para superar situaciones y plantearse una perspectiva. Esto es válido desde el "conócete a ti mismo" de los griegos.

Hoy en día no se discuten las perspectivas. Hay un cierto consenso internacional acerca de los futuros, sobre todo después de la caída del muro de Berlín. Ese futuro estaría construido en torno a una cierta idea de libertad cercana al libre desplazamiento geográfico de las personas, a una cierta idea del individuo como sujeto inalienable. Llega a su culminación, como diría Fukuyama, la apuesta iluminista de la Revolución Francesa. Pero llega en sus aspectos más perversos. La igualdad aparece deformada en su pura y exclusiva formalidad; la libertad, como consumo, como capacidad de elegir entre los objetos dados del mercado; la soberanía del pueblo, como sistema de manipulaciones estudiado por el marketing.

Fuera de esta *identidad universalizada*, expandida hasta los últimos rincones por los media satelizados, parecieran no existir otros espacios. ¿Es posible, por tanto, pensar América Latina, o es una preocupación del pasado? Las élites actuales nos ofrecen ser parte de esta identidad planetaria, pero corremos el riesgo de ser un occidente de segunda clase. La gran ensoñación de las clases medias de estos países es tener los mismos valores y aspiraciones de los norteamericanos, de los europeos; consumir los mismos objetos y sufrir de los mismos problemas: stress, smog, y otras palabras en los idiomas que primero conocieron el problema. Son conscientes de esas voliciones colectivas y, al mismo tiempo, de la imposibilidad de satisfacerlas. Es entonces que el observador se pregunta: ¿vale la pena esta disolución de la propia identidad?

Los 500 años, los de Colón, que nos podrían hacer pensar, se están pasando entre celebraciones tan absurdas como pretender llevar un témpano de hielo desde la Antártida chilena a la calurosa y mediterránea Sevilla (para demostrar a esos europeos que aquí también pasamos frío y no somos de país caliente), y recriminaciones históricas, por lo general entre sordos. Repensar la identidad quizás sea poco oportuno, pero nos parece necesario.

Y lo último, pero —como dicen los ingleses— no lo menos importante, la modernidad es una

ilusión. Es una ideología en el sentido más perverso del término; por un lado, "idea fuerza", esto es, conjunto ambiguo de proposiciones que permiten actuar; y por otro, "falsa conciencia" de la realidad. La ideología es falsa, pero permite actuar. Es lo que la diferencia de la mentira. Uno, nadie, puede trabajar sobre la mentira. Pero la ideología es útil, es sumamente útil, práctica, eficiente, pegada a la conciencia práctica. Los publicistas de estos tiempos trabajan sobre la ideología de la modernidad. La han fetichizado. Han descubierto "el deseo insatisfecho que anida en todos los estómagos". Se dirigen a las partes bajas del hombre, como diría algún filósofo ascético del medioevo. La modernidad no es un dato sociológico, no existe en la sociedad nuestra, aunque algunos pocos la puedan disfrutar, y a unos cuantos les dá stress y otros síntomas de lo que supuestamente —¿quién sabe?— es esto de "lo moderno". Si lo moderno es tener ciertas cosas (modernas), la mayoría no cumple el requisito, y así podemos seguir. El país, mirado desde la base real de su sociedad, es mayoritariamente premoderno, tradicional, tercermundista, atrasado, y todos esos epítetos que para los modernos son como una suerte de groserías provocadoras.

La modernidad es como lo sagrado. Nadie lo puede definir, pero todos lo adoran. Conduce a los peores excesos de los humanos; se es moderno, por ejemplo, si se corre frecuentemente todo el día, no se duerme siesta, se revienta en veinte ocupaciones por minuto, se va al psiquiatra, se demora dos horas en un tacho automovilístico al volver de la oficina y los fines de semana se sigue entre atochamientos pasándolo modernamente bien donde se supone que se debe pasar bien. Es conocido el asunto: la modernidad no existe, porque nunca se alcanza. Es por ello mismo una *identidad maldita*. Se puede pelear por ella toda la vida, y reventar en el intento.

La definición de lo moderno se encuentra allí, y es por eso que está condenada a la crisis permanente. Es una *identidad vacía*. Autoidentificarse como moderno es un contrasentido que lleva al vacío. Al vacío personal que termina rápidamente en el aislamiento psicótico, o el vacío generacional que debe institucionalizar la huida,

droga mediante, a los diferentes tipos de vacíos colectivos que conducen a votar para Presidente de la República por el conductor de un programa de televisión en La Paz o en Lima, o por un cómico en Caracas o un cocodrilo en San Pablo. Es por eso que la modernidad actual va a llenar el vacío con definiciones menores, parciales, a veces absurdas, no las menos veces fanáticas, desobjetivizadas, apeladoras de valores subalternos. La ausencia de identidad por causa de la modernidad maldita que estamos criticando, conlleva a la identidad por simple oposición. ¿Qué soy si todos corremos en pos del mismo fantasma? El color de la piel, el lenguaje, las ideas sobre Dios, cuando no el fútbol. Las excrescencias del pensamiento marginal van a identificar a las gentes. Vamos a añorar las épocas de las grandes peregrinaciones a Santiago de Compostela y las Cruzadas de San Luis Rey de Francia, en que los hombres creían ingenuamente ser una comunidad de creyentes en un Dios que los miraba y los acompañaba.

LA IDENTIDAD PROFUNDA

Guillermo Bonfil Batalla, recientemente fallecido, enfrentó en su ensayo *México profundo*. Una civilización negada (México: Grijalbo, 1990, 3ª edición), el tema de "lo indio" y cómo se expresa y ha expresado en México. De acuerdo a su tesis, en México lo indio tiene una presencia multiforme que no puede reducirse a los grupos étnicamente llamados indígenas, y que "se expresa de diversas maneras en otros ámbitos mayoritarios de la sociedad". Son estos ámbitos los que el autor denomina el "México profundo".

El reconocimiento de un México profundo, esto es, de expresiones de lo indígena en casi todos los ámbitos de la sociedad mexicana, lleva a postular "la coexistencia de dos civilizaciones, la mesoamericana y la occidental" (p. 9); y esto es importante, dice, "porque dos civilizaciones significan dos proyectos civilizatorios, dos modelos ideales de sociedad a la que se aspira, dos futuros posibles diferentes".

No contento con esta afirmación, sin duda fuerte, reitera que "la historia reciente de México,

la de los últimos 500 años, es la historia del enfrentamiento permanente entre quienes pretenden encauzar al país en el proyecto de la civilización occidental y quienes resisten arraigados en formas de vida de estirpe mesoamericana" (p. 10).

El *México imaginario* sería el de quienes aspiran a un México parte de la civilización occidental, el de quienes niegan el México profundo y buscan —en el imaginario— ser como los occidentales. Para el autor, este proyecto ha negado el México mesoamericano: sus portadores se han enfrentado a él, lo han asumido en la dominación, pero no lo han convencido.

El México profundo resiste. La resistencia multiforme "no es un mundo pasivo, estático, sino que vive en tensión permanente"; "los pueblos del México profundo crean y recrean continuamente su cultura". En la concepción de Bonfil no caben conceptos fixistas como el de aculturación, que supone la existencia de una determinada cultura que es influenciada, transculturada y pervertida permanentemente, hasta desaparecer en su originalidad primaria. "Los pueblos del México profundo hacen suyos elementos culturales ajenos para ponerlos a su servicio, . . . callan o se rebelan según una estrategia afinada por siglos de resistencia".

No es necesario continuar con el desarrollo de esta tesis. Quien se interese, deberá adentrarse en la lectura del libro. Me interesa reflexionar sobre lo aquí dicho.

LA IDENTIDAD NEGADA

Los 500 años del arribo europeo a las islas del Caribe obviamente nos conducen a preguntarnos por la propia identidad. La identidad mexicana, latinoamericana, chilena; en fin, lo que son o somos estas sociedades a fines del siglo XX. No cabe duda de que las respuestas diferentes conducen a apuestas políticas y estrategias diferentes.

Hace unos años, en Chile alguien aventuró la tesis "Adiós, América Latina". Se encontraba el país en un contexto de crecimiento económico sostenido, autosatisfacción de las autoridades,

empresarios y yuppies, confianza ilimitada e irreflexiva en la modernización africana. América Latina les recordaba el "Chile profundo", "todo aquello que no queremos ser", lo que un grupo – minoritario, sin duda – del país, no quiere ser.

El imaginario conducía y conduce a la búsqueda neurótica de la modernidad. La gran revolución que se ofrecía y ofrece al país a fines del siglo XX, es la modernización.

¿Qué hay tras esta palabra mágica? Es muy difícil objetivarla. No es, por ejemplo, modernizar las relaciones familiares, esto es, cambiar las relaciones entre hombres y mujeres, dejar de tener empleada doméstica o cosas por el estilo. No es tampoco "modernizar el sistema de oportunidades de la sociedad", en que cada uno vale por lo que es, por lo que sabe, y se acabaron los apellidos, los colegios, las escuelas universitarias, los contactos familiares y el sistema aristocratizante de esta sociedad. O sea, cuando se habla de "modernizar", a lo menos en este país, no se está hablando de "modernizar".

Pero la palabra sigue teniendo una fuerza irresistible. Queremos modernizarnos, dicen en la derecha, el centro y la izquierda, y ello sólo parece apuntar a un imaginario ligado al consumo, a una transnacionalización banal de los valores y de un cierto sentido común exportado por Estados Unidos a América Latina desde Miami.

América Latina no es moderna, eso está claro. No lo es por pobre, por marginal, pero sobre todo por no poseer el "tiempo de la modernidad".

La definición de la modernidad, hemos llegado a pensar, se reduce a un problema de "tiempo", de ritmo, de cómo se mide el tiempo cronológico. Lo tradicional se opone a lo moderno y consiste básicamente en tener una cierta pachorra diferente a ese cierto aire de stress que es lo propio de lo moderno. Un amigo que vive fuera de Chile comentaba recientemente el culto que el "chileno moderno" tiene de la "agenda". Un moderno no tiene tiempo libre, lo tiene siempre milimetrado: viernes en la noche, tipo 9, dentro de dos semanas, ahí practicamos la amistad.

El "tiempo latinoamericano" podría ser – no es más que una hipótesis – el núcleo de nuestra cultura. ¿Qué otra cosa expresa un García

Márquez, o tantos escritores que lo han dicho sin decirlo? Nuestra cultura se expresa en la capacidad de vivir el tiempo de nuestras vidas con un cierto ritmo. Esa es la influencia de nuestras calenturiantes o frías tierras, de nuestros depósitos indios y sedimentos negroides, de los ancestros andaluces, sobre todo, con raíces moras, para que no te olvides, un poco de Quijotes, planicies castellanas y mezclas inimaginables. Ese tiempo es el de la sociabilidad, del reírse, del dominicano Guerra cantándole al mundo que se le sube la bilirrubina.

Despedirse de América Latina era una condición de entrada en la modernidad. Cuando lo dijo quien lo dijo, muchos saltaron horrorizados. La tesis era grosera, casi como decir no soy chileno. Los días y meses y años han ido mostrando que había mucha gente que estaba de acuerdo. Nadie, casi nadie, hoy día se atreve a plantearse contra la modernidad mistificada. Quizás la excepción ha sido el Presidente en estos últimos días.

El esquema analítico de Bonfil Batalla opera con agudeza frente a esta realidad: la modernidad imaginaria del Chile imaginario. Un sector minoritario quizá realmente se ha transnacionalizado, usa el teléfono celular, viaja a Nueva York por el día, va al psiquiatra, tiene dinero, tarjeta de crédito, y descansa donde dicen las revistas que hay que hacerlo. Podría pensarse que allí reside una base real de modernización. Sistema financiero asentado en la explotación inmisericorde de los recursos naturales, muchos de ellos – como los bosques y el mar – de difícil renovación. ¿Dónde están las bases productivas, tecnológicas, científicas, de la modernización? Un sector vive como si existieran. El resto no tiene siquiera esa base real: sigue comiendo porotos, cuando puede, como los abuelos; tiene dificultades para llegar con el sueldo a fin de mes y sus aspiraciones son más confusas y tradicionales.

Habría que decir que esa mayoría "premoderna", y "desagradecida", rechazó en 1989 esa modernidad, por los estragos que le estaba causando el modelo de economía libre y de mercado que lo sometía a sus rigores. Los ilusionaba y no les otorgaba satisfacciones. El "NO" plebiscitario apeló al tradicional "tiempo" chileno, de cuando nos queríamos los unos a los otros como

hijos de un suelo más o menos común; en fin, de cuando teníamos identidad común formada por los múltiples sedimentos de la convivencia. Ya veremos si esa identidad existió o es exclusivamente el contraimaginario popular.

LA IDENTIDAD NOSTALGICA

Hace unos años atrás, Pedro Morandé levantó una tesis sin duda alternativa a la anterior y, de no dudarlo, de las más sugerentes que se han planteado en nuestro irreflexivo medio.

En breve, señalaba –y lo ha reiterado en artículos y entrevistas– que América Latina se constituyó en el encuentro fecundo de lo indio y lo español. Esa síntesis ocurrió en el contexto del barroco del siglo XVI y XVII, y tuvo como principales actores al pueblo indio y mestizo y la religión católica. América Latina se define culturalmente en la catolicidad. Es una tesis que, en cierto modo, levantó Paz en México, y es parcialmente lo que quiso ser el ideario jesuita en América, que ha asumido con entusiasmo la Iglesia desde diversos prismas ideológicos: no es demasiado diferente la apuesta del CELAM para los 500 años, un poco triunfalista y evangelizadora, respecto a la que sostienen los teólogos de la Liberación, que ven en el catolicismo popular el núcleo de la fuerza liberadora del continente.

El Papa, al visitar Chile, arriesgó una definición rotunda: *Chile es un país católico*. Al afirmar la catolicidad del país, pudo exigir la reconciliación, la que sólo es posible entre quienes profesan una misma fe y acogen a la misma madre, la Iglesia.

Esta tesis reproduce, cinco siglos después, los dichos de los franciscanos venidos a América, santos varones para quienes la aparición de este continente entre el Puerto de Palos y las Indias –las de verdad– fue una bendición de Dios. Frente a la apostasía de los reformadores que le habían robado a la Iglesia la mitad de Europa, el Señor les entregaba millones de indígenas para ser evangelizados. Es por ello que, en un acto mágico que preludia lo real maravilloso de Carpentier o lo garcía-marqueano, viajaron a México doce frailes,

cual los doce apóstoles que después de Pentecostés se reparten por el mundo. Uno de ellos, si no me equivoco, era el gran fraile Fray Toribio, llamado Motolinía por ser pobre de solemnidad. Este fraile batió todos los récords de bautizos por día –tanto que se le cansaba la mano de tanto derramar el agua, según afirman sus hagiógrafos– y, por tanto, de salvar ánimas.

Esta "Conquista Espiritual" de América Latina estableció la identidad del continente en el ámbito de la cultura. A nivel cultural se definió lo que somos: latinoamericanos. Esto sería: en los pies, por abajo, mestizos; y por arriba, en la mente, en lo que se piensa que suele ser lo que importa, la catolicidad. La moral es católica, la familia es católica, la sociedad también lo es. Ahí estaría lo propio. Así como el bautismo de Motolinía, el continente fue sacramental y de ese signo surgió su identidad, su sello propio. Se le dio a lo indio la cultura cristiana.

La evangelización, que llegó a confundirse con la cultura, consistiría en el ritual de poner al día el signo inicial. La ritualidad es la expresión de la propia identidad. Por eso no preocupa que el catolicismo sea ritual, mariano, de grandes fiestas, de actos sacramentales.

La economía no fue necesariamente bautizada. Ahí está la falla y el error. En un artículo sobre la hacienda en América Latina, Morandé la describe como la síntesis católica en la organización del trabajo; la utopía jesuita, podríamos agregar: someter a los indios a través del "dulce jugo de la religión", formar la comunidad religiosa como prolongación de la familia y la comunidad natural. No he escuchado que se postule –al estilo japonés– un tipo de organización de trabajo propio de América Latina que prolongue el esquema de la "hacienda jesuita", una suerte de hacienda moderna, a nivel urbano, industrial, rural, minero, en que el empresario, como padre de una gran familia, se comprometiese solidariamente con sus obreros-hijos. Ese ideario católico conservador fue ensayado a comienzos de siglo por numerosos predicadores católicos, pero no prendió, ya que la experiencia de la hacienda católica agraria era demasiado evidente: allí no existía la solidaridad, sino el servilismo.

Al no existir proyección económica de la tesis de la fusión católica, la limitación práctica se hace evidente. La tesis queda condenada al conservadurismo nostálgico. Los católicos, en su vida práctica, se van por el camino de la modernidad diciéndole "adiós a América Latina". El resto de "los católicos realmente existentes" van a la Virgen de Lo Vásquez en peregrinación anual, y deben soportar la modernidad y sus consecuencias...

LA IDENTIDAD CONTRADICTORIA

¿Acaso en Chile no podríamos decir, con Bonfil Batalla, que la historia reciente también ha sido la contradicción entre quienes han pretendido encauzar el país en su pura vertiente imaginaria y quienes han resistido a ello? ¿No podríamos afirmar acaso que entre el Chile imaginario y el Chile profundo hay una cierta contradicción? Al escribir estas preguntas, uno se detiene pensando que es casi idiota afirmarlo. A quién le podría caber duda. Sin embargo, lo que uno escucha en este invierno chileno del 91, pareciera no ser tan evidente. La sociedad opinante tiene certezas que, aun cuando se han instalado hace pocos años, parecieran eternas.

Los evolucionistas liberales del siglo pasado vieron en lo indio lo primitivo. De Europa venía la civilización. Barros Arana veía con espanto el ancestro indígena. Encina lo asimilaba a un desarrollo cerebral estrecho, y así suma y sigue...

Los arquitectos de la pituquería han hecho barrios londinenses, parisinos, holliwoodenses, miamienses y últimamente, tratando de aparecer modernos, los han hecho feos. De una cierta clase media para arriba, se imita.

A los extranjeros que han llegado a Chile, lo dice siempre Gabriel Salazar y creo que debe ser verdadero, tanto en el siglo pasado como en éste, no les llama la atención y les parece hasta ridícula, la pseudo internacionalización culturalista de cierta clase alta o media alta. En cambio, el pueblo les ha parecido maravilloso. Ahí han visto lo propio del país, lo atractivo, el ingenio, la inteligencia. Véase lo que dice sobre los rotos, y lo que le dice a

los plutócratas en un afamado banquete en Quillota hace más de un siglo, un norteamericano como Meiggs, el gran constructor de ferrovías y el primero quizá modernamente capitalista que llegó a estas playas.

El imaginario de una cierta élite nacional quisiera deslatinoamericanizar el país, hacerlo olvidar su ancestro indio, mestizo; su raíz radical, de raíces, de las que tienen las plantas y sirven para nutrir a los seres vivos.

El conservadurismo nostálgico se traslada a los tiempos pretéritos, al barroco, a los tiempos de la utopía de una sociedad indígena católica. Si de esta corriente no sólo surgiera un Mikio Mishima, sino también un Susuki industrial, podría tener un futuro interesante. Sería una alternativa al imaginario modernista. Al no tenerlo, se queda en la nostalgia.

Lo concreto es que no hay ni una ni otra integración, hay una contradicción. La cultura es dinámica. Cambia, se modifica, incorpora y asume aspectos de las otras culturas. Se dice que los primeros mapuches creían que los caballeros castellanos y sus caballos eran una misma cosa. Uno lo vio desmontarse, otro le perdió el respeto y otro lo desmontó, y otro aprendió a manejar el caballo. Lo usaron y lo hicieron parte de su cultura. Lo indio avanzó sobre el caballo.

Don Mario Góngora, con mucho respeto al maestro, trabajó la hipótesis del origen español de los inquilinos del Valle Central y, por ello, del pueblo chileno. Ni siquiera mestizaje, trasplante o traslado. No sólo catolicismo, sino que vinieron también los propios católicos. Pero, en sus mismos datos aparece el mestizaje, lo muestran, lo explican. ¿Qué duda cabe del mestizaje de nuestro país?

El mestizaje puede mirarse de dos lados. Por una parte, como lado indio que va perdiendo pureza y lado blanco que va ganando; y por otro, como un lado indio que resiste en medio de un contexto tensionadamente blanco. En Perú se pensó al mestizo como el cholo que viajaba de la Sierra y se instalaba en Lima o la Costa. Se creía que al bajar de los cerros se blanqueñozaba, se ocultaba y se occidentalizaba. Años han pasado, y hoy vemos cómo Lima se ha convertido en la principal ciudad india de América Latina, donde se habla

tanto quechua como castellano.

El mestizaje chileno puede ser visto también como las "pizcas" indígenas de una raza principalmente blanca, occidental, europeizada, culta, y pueden seguir los epítetos. Es lo que se ha dicho que Chile quiere mostrar en Sevilla, en la grandiosa exposición que celebrará los 500 años del grito de don Rodrigo de Triana. Chile, un país que tiene unidad racial, que está lejos de la irresponsabilidad tropical y que se asoma al veintiuno lleno de entusiasmo. Hace un siglo atrás hubo una feria parecida en Europa, y Chile presentó más o menos las mismas ideas.

Si los 500 años sirven para algo, debería ser para, a lo menos, darse cuenta de que el tema es más complejo; que detrás de todo esto existe un gran racismo en nuestra sociedad, una enorme incapacidad de autoaceptación; que el imaginario de este país, de un sector que hoy opina y domina la opinión, es occidentalista, ingenuo y suicida. Chile corre el riesgo de no ser nada; de ser un enclave ratón en el final del planeta en que no hay inflación, hay tacos y smog en las calles de Santiago, como en cualquier ciudad desarrollada, no hay -quisieran- conflictos sociales, hay exportaciones, hay stress y trabajo para psiquiatras, y donde nadie sabe de dónde viene y a dónde va, ni mucho menos qué es.

Creo por esto mismo que el reconocimiento de la realidad indígena de Chile es, entre otras cosas, necesario para recuperar el carácter latinoamericano y poder establecer algún sentido histórico a las cosas.

Lo indio nos refiere al atrás, al pasado-presente, nos apela a algo extrañamente presente. El atrás siempre permite entender el adelante. Si esta sociedad no sabe que tiene contradicciones, no va a poder superarlas y vivirá en el sueño drogado de que existe la armonía y la integración.

La sociedad chilena ha tratado a lo largo de su historia de matar lo indio. Ha sido la condición para sentirse occidental. No hubo ni hay integración: hay contradicción.

Nos gustaría poder decir, "somos la amalgama orgullosa de todas las razas y culturas que han llegado a estas playas". Lamentablemente no pasa de ser poesía. Si reconociéramos lo indio

originario, podríamos recuperar todos los depósitos que van formando la cultura, cual capas de mil hojas. Esa integración buscada en el Estadio Nacional el día que el Presidente Aylwin asumió el gobierno democrático, como ha escrito Gabriel Salazar, sólo se pudo lograr simbólicamente cubriendo a todos los actores con una bandera patria, lo que en la práctica cotidiana significa cubrir la sociedad con el Estado. La integración no se da en el terreno de la cultura, sino en la cohesión del aparato estatal que, a pesar de los pesares, es el sistema institucionalizado de cohesión. La identidad no está ajena de contradicción.

LA IDENTIDAD DESVANECIDA

La modernidad no ha sido fácil de definir. Es algo que supuestamente todo el mundo entiende, ya que se refiere a un antes en que no existía. "Todo lo sólido se desvanece en el aire" ha sido una de las definiciones más concretas de algo tan inasible. Uno pensaría que quien la pronunció fue un nostálgico de la premodernidad. Carlos Marx, su autor, es sin duda el profeta de la modernidad y su principal contradictor. En un libro magnífico (que se titula justamente con esa frase), Marshall Berman muestra que los primeros pensadores de la modernidad son también sus mayores críticos. Goethe crea el Fausto, quizás el primer hombre moderno que surge de los vericuetos religiosos del medioevo. Fausto pone en la balanza el ser y el tener.

Sólo después de que se ha instaurado en plenitud lo moderno, nos dice este autor, vienen los pensadores fascinados por la modernidad, que hacen su apología y eliminan la crítica. Es el pensamiento complaciente. Son las escuelas económicas actuales que no se cuestionan, que eliminan la crítica, que creen en el empirismo pragmático, aquél de que "si las cosas son así, es porque no son de otra manera". Es la enfermedad que recorre este período de la historia que nos ha tocado vivir: aprender a mantener el orden. Las escuelas de economía más se parecen a escuelas de conducir automóviles; los libros de economía, a cartillas de leyes del tránsito.

La modernidad que nos ataca es desvanecimiento. En Chile, lo moderno había estado construido en todo lo que va de este siglo. La sociedad posbalmacedista es marcadamente tradicional. Los intentos modernizadores del presidente liberal fueron cercenados. Imperó, como decía Edwards Vives, el tradicional "espíritu de fronda."

La crisis de la primera posguerra, que acabó con el baile del salitre, obligó a realizar algunos cambios. En las ciudades y en algunas industrias con casi cien años de atraso. Pero la modernización fue parcial. La mitad más uno de Chile quedó intacta en la más premoderna de las instituciones: *la hacienda*. La modernidad no salió a pasear más allá del antiguo "camino de cintura", creado por don Benjamín.

Sólo con la ruptura del agro se hace posible la modernización. Los aristócratas sin tierra se pueden convertir en agitados empresarios, los campesinos apatronados pueden pasar a ser misérrimos proletarios, en fin, cada cual puede rascarse con sus uñas y no con las de los antepasados. Todo comienza a disolverse en el aire. Ya no hay más lo de aquí y lo de allá, lo propio de nuestras instituciones, lo real a que estábamos acostumbrados. Llegó la era de lo moderno, de lo nuevo, de lo inasible; de la felicidad envuelta en una cajetilla de Viceroy.

La vieja sociabilidad campesina que se había convertido en el núcleo de "lo chileno", se desvaneció en el aire. Antes del setenta casi no había restaurantes en las ciudades, la gente invitaba a su casa. Los extranjeros se desahucian en elogios de la hospitalidad chilena. El mundo rural no se había disuelto aún; recordemos que en Santiago se durmió siesta hasta 1965, y cuando se inventó la execrable "jornada única", editoriales en los periódicos anunciaron que se estaba matando el alma nacional. Hasta mi generación, íbamos a clase en la mañana, almorzábamos en la casa con los papás y volvíamos al colegio en la tarde. Esquema hoy día añorado y que se mantiene sólo en alguna provincia premoderna.

Eso pareciera que es la modernidad: un deshacerse de valores, instituciones, y no ser reemplazados. La apertura al exterior es inevitable, qué duda cabe. Vemos los canales de TV de otros

países y da absolutamente lo mismo un accidente de automóvil en la carretera a Zaragoza que otro ocurrido en San Felipe o Los Andes. La muerte, también, se desvaneció en el aire.

Puede que sea así, y que no exista la forma de hacer nada de otra manera. Puede. Pero a lo menos se debe decirlo directamente a la gente, a los jóvenes, a la sufrida población. Habrá que decirles: "Señores, ustedes quieren ser modernos; pues bien, se joderán. Y doblemente, porque por un lado perderán todo o casi todo lo que tenían y, por el otro, no lo lograrán. Pues cuando ustedes crean que ya son modernos, perdón, los modernos lo serán mucho más".

LA IDENTIDAD RECUPERADA

Se desvaneció el mundo solidario de las casas viejas de las familias "achocolnadas" (de "cholo" o mazorca de maíz) de nuestro país. La sociabilidad es la base de la cultura, y esa cambió. El tránsito fue con mano de hierro. Fueron dieciocho años casi ininterrumpidos de toque de queda (para quien ya olvidó), de terrores cotidianos en todos los sectores, como lo comprobó tan claramente en su investigación Patricia Politzer (*El miedo en Chile*). Las casas abiertas de nuestros abuelos y padres, se cerraron al universo nuclear de los familiares directos. La solidaridad de Condorito con su querido compadre Don Chuma, se terminó. Las uñas, se dice, sirven para rascarse, y cada uno debe hacerlo con las propias.

Los escritores han ingresado en el estudio del tiempo, el tiempo (o "tempo", para decirlo con música) que sé fue, el tiempo de la premodernidad, que era la cultura que añoramos. Con el paso de los años, capaz que descubramos que el Golpe del 73 y la dictadura fueron una ruptura profunda en la historia del país porque rompieron, fracturaron el tiempo del país. Rompieron la cotidianeidad. Es decir, provocaron una ruptura en lo más íntimo de la cultura y, por ello, de la vida. Es por eso que para muchos posiblemente existe insatisfacción con la redemocratización. Pensamos que había sido un paréntesis y que se podría volver al "tempo" de las democracias, las de antes.

Quizá como en la idea de "tiempo" de Heráclito de Efeso, debemos recordar que nadie puede bañarse dos veces en un mismo río.

No se entienda todo esto como un rechazo al progreso. Nadie quiere ser pobre, ni vivir mal. No va por el ascetismo la búsqueda de salida. Ni menos la identidad. Los llamados al "sacrificio" sólo se pueden hacer para obtener algo más después de haberse sacrificado. Y eso se mide, hoy por hoy, en forma individual.

¿Sobre qué bases entonces reconstruir la identidad perdida?

Al decir verdad, no tengo ideas muy claras.

Sé que es necesario, pero todo lo que leo o se me ocurre me suena a receta falsa. Sólo percibo borrosamente algunas cosas.

La primera es que hay tiempos y tiempos. Cuando Martín Fierro se perdía en las pampas, de noche y sin luna, decía sabiamente: "Habrà que desensillar hasta que aclare".

El año 1989 está demasiado cerca. Como todas las cosas, tiene una doble lectura. Una positiva, positivísima. El muro era un oprobio. Bernstein tocando la Novena fue un canto de libertad de toda la humanidad. El 89 marca un fin y un comienzo. Es fácil saber que no volverá pronto lo de antes, pero no es fácil percibir cuál será el campo de acción posible.

Pero es evidente también que el 89 ha producido una enorme crisis de los sentidos. "A demain, Karl", ha escrito con gran éxito Jean Ziegler, el viejo socialista suizo. Dice: "Un imperativo categórico habita este pequeño libro: un orden del mundo que estima como naturales, universales, necesarios, la riqueza rápidamente creciente de algunos y el empobrecimiento continuo de un gran número y donde las libertades fundamentales, el relativo bienestar, los derechos cívicos de las democracias industriales, son pagados con la miseria, la sangre, la explotación de anónimas multitudes de trabajadores del Tercer Mundo, es un orden inaceptable. Es preciso cambiarlo radicalmente" (Jean Ziegler, *A demain, Karl*, Editions Regine Deforges, 1991).

Puede ser que no estén los tiempos para las utopías, ni para (siquiera) transcribir la cita de más arriba, pero no cabe duda de que la ilusión

tecnocrática no durará mucho. Es evidente. No pasa de ser eso: una ilusión.

La libertad quizá deba esperar un tiempo para encontrarse con la justicia. Esa es la primera percepción.

La segunda cuestión que pareciera poder afirmarse hoy día, es que el futuro de la identidad colectiva, por lo menos a nivel de nuestra comunidad, se juega en ciertos actos cotidianos. Se me ocurren tres en medio del smog de Santiago.

El primero se refiere a la capacidad que tenga esta sociedad de salir en forma *decente* del trauma de los derechos humanos. Si sale en forma *indecente*, la sociedad que se construirá también lo será. Hay muchas formas modernas de ser indecente. Muchos nos sentimos orgullosos de este país cuando el Presidente entregó el Informe Rettig y pidió perdón a las víctimas de la represión a nombre del Estado. Parecía un camino firme. Más adelante se ensombreció con el asesinato de Jaime Guzmán. Como en *La Orestíada*, pareció que las Moiras griegas, el destino implacable, se abalanzaran sobre nuestra historia. No es fácil el asunto, quien lo duda. Es preciso exorcizar la sociedad, lo que antes y ahora se ha denominado justicia. Si no la hay, los fantasmas nos perseguirán como a través de los interminables actos de la tragedia griega.

En segundo lugar, esta identidad colectiva, pienso, se juega también en la capacidad que tenga la democracia de hacerse cargo de los pobres, y creo que en especial de los jóvenes pobres. Me parece que no hay identidad nacional y colectiva posible si unos se tiran en esquí muertos de la risa y a los otros les suenan las tripas mirándolos en la tele. En la antigua hacienda agraria que recuerdan con nostalgia los escritores modernos de este país, donde se forjaron las solidaridades básicas entre patrones e inquilinos (y sus contradicciones), los ricos no contaban tanta plata delante de los pobres.

Si no hay distribución de los ingresos, va a ser muy difícil para este país recuperar la identidad, una identidad, cualquier identidad. Nos identificará crecientemente la porquería, el grito y el palo. Año a año será necesario incrementar el presupuesto y número de policías. Habrá que poner frontera y aduana en la Plaza Italia. Se irá

desvaneciendo poco a poco esa identidad campechana, pueblerina, que aún queda en la simbología frágil de lo que nos une.

Los jóvenes que se eduquen en una sociedad escindida, no podrán tampoco reconstruir con facilidad alguna identidad. Añorarán, me temo, la identidad propuesta por los militares, el orden, la jerarquía, la patria. Al no haber identidad social, es el Estado el que autoritariamente la impone. O quizás más de algunos nostálgicos resucitarán, de en medio de un populismo atroz, la identidad perdida de los dueños de las haciendas colchaguinas. La solidaridad sensual y populista, de patrones e inquilinos, deformada por años de separaciones, que puede terminar como una mala broma de fin de siglo.

La tercera dimensión es más simple y profunda. Es el reconocer la historia. Reconocer la sedimentación. Las múltiples capas que sobre un cimiento indígena han ido dando forma a esta sociedad. Si no hacemos este reconocimiento, caemos —como diría Darcy Ribeiro— en la "nadiedad". No es por nada que reconocer al otro es el principio de la identidad.

Es un asunto de tiempo. Es reconocer los tiempos de las cosas, de los hombres, de las sociedades, de la naturaleza. Es buscar en el propio tiempo de la sociedad que vivimos, y en su respeto encontrar el desarrollo, el crecimiento, la mejoría de los niveles de vida, la adopción de "lo moderno". Ser inclusivos en las adopciones que se hacen.

Para eso es de la mayor importancia mirar la "larga duración" como decía el maestro francés. En estos 500 años, que nos han invitado a esta reflexión, hemos propuesto el reconocimiento constitucional de los Pueblos Indígenas de Chile. No vale nada. No hay que hacer evaluaciones de proyectos, ni averiguar la Tasa Interna de Retorno. Hay que reconocer: que tenemos pasado, que so-

mos complejos, que hay contradicciones, que otros piensan, hablan y rezan en forma diferente. *Es reconocer el límite. Que la homogeneidad no es una virtud, que el orden no es incompatible con la diversidad; en fin, la posibilidad de fundar una sociedad en el respeto al otro. Lo indio nos ata a la América Latina, nos impide tener como horizonte la ciudadanía mundial de segunda clase. Nos establece una cronología, un tiempo determinado. Permite saber que hemos venido llegando en múltiples aproximaciones a una tierra donde el hombre vive hace ya más de diez mil años.*

Hemos propuesto, también por eso mismo, repensar la Historia de Chile, reformular los planes de estudio de los niños y jóvenes. Partir de la sociedad, de los sujetos que la han ido formando, buscar en sus sedimentos la amalgama de identidades que forman la identidad colectiva de los hombres y mujeres que viven entre la cordillera y el mar y que los liga a todo el territorio americano. Buscar en la interioridad la cultura. No nos identifica lo otro que imaginamos o volicionamos ser. No tenemos tampoco que ser expropiados de nuestra identidad social y traspasarla al abstracto símbolo de la bandera. Es posible recuperar la identidad recuperando el sentido profundo de la historia; una sociedad de gente mayoritariamente decente, pobre pero honrada, con espíritu de libertad, que cree en la cultura y se emociona colectivamente cuando entierra a un pianista en Chillán.

A partir de una dimensión más compleja y, por ello mismo, más humana quizá podamos ir reconstruyendo la identidad que pareciera a veces hemos perdido. En definitiva, como señalamos en el epígrafe inicial, el "término feliz no está garantizado".

Santiago, julio de 1991.

Debate en torno a *Violencia política popular en las "grandes alamedas",* de Gabriel Salazar

(Santiago: Ediciones SUR, 1990)

¿Historicismo o esencialismo?

Entiendo que este encuentro no es una ceremonia mundana, sino una actividad intelectual. Sería faltarle el respeto al esfuerzo intelectual que hay tras este libro, si yo me limitara a proferir algunos elogios convencionales. Vengo, como quiere el autor del libro, a participar en una polémica suscitada por ideas, con el mismo espíritu crítico del cual Salazar hace gala a lo largo del libro.

El libro de Salazar es el estudio de la violencia política a través de un método que implica reivindicar un nuevo tipo de historia. Pero, además de eso, que no es poco, es la explicitación del proyecto de una Ciencia Política de sesgo historicista, que sería la ciencia en la cual y con la cual el bajo pueblo podría cumplir con la necesidad de "rectificar la definición de los universales fundamentales". Salazar no solamente estudia detalladamente la violencia política popular desde 1947 hasta 1990; además nos propone, en las primeras sesenta páginas de su Introducción, denominada por el mismo "pórtico y proyecto", una nueva o renovada teoría de la relación entre ciencia y praxis.

En cuanto estudio de una temática muy poco abordada y en general ignorada por la mayoría de los historiadores, el libro de Salazar es un aporte significativo y novedoso, que para historiadores y analistas será una cantera, una mina de la cual extraer datos, hipótesis, interpretaciones, lecturas y discursos.

Pero es una mina en dos sentidos: como lugar del cual extraer ricas informaciones e hipótesis, y como algo que estalla en las manos del lector. Es un discurso transgresor, por lo mismo irritante, que busca y consigue provocar el daño de las esquilas.

No puedo ocultar, incluso faltando a los deberes tradicionales que nuestra cultura académica asigna a los comentaristas en una ceremonia de lanzamiento, mi distancia teórica del libro que, por supuesto, es también una distancia subjetiva.

No necesito justificar esto último. Sabemos muy bien que por mucho que tratemos de guiarnos por los principios de la objetividad aséptica, la razón es apasionada.

Leo el libro de Salazar como una crítica teórica, que no escatima la polémica y la descalificación, de una lectura político-estatal de la historia de Chile, que él llama "ciencia oficial".

Este enfoque predominante es puesto en cuestión, no sólo en cuanto ha dejado en la oscuridad la historia de los de abajo, el bajo pueblo de los labradores, de los bandidos, de los marginales, de los rebeldes que se escapan de la institucionalidad, aspecto perfectamente válido. Pero Salazar además descalifica ese enfoque por razones en las cuales no estoy de acuerdo. Lo pulveriza o intenta pulverizarlo en cuanto sería una forma ideológica —es decir, ahistórica— de mirar; intrínseca o esencialmente equivocada, por

ser incapaz de captar el dinamismo social.

Salazar opone la epistemología ahistórica del Estado-sujeto a la verdadera, la epistemología historicista popular, alerta al cambio y a "reventones" a través de los cuales, cada cierto tiempo, el bajo pueblo emerge de la oscuridad, porque estaría *más cómodo, según Salazar, actuando en los bordes de la legalidad que actuando desde la institucionalidad.*

Para Salazar, esa "ciencia oficial" no daría cuenta de una manera de organizarse específica de la sociedad chilena, una forma estatalista y desde arriba, producto de una continuidad transformista del imperio en la república o de una temprana constitución de estado-nacional, que es lo que muestran en sus escritos, por ejemplo, *Góngora o Jara*. No, para Salazar el estatalismo es el producto de una operación de imposición de universales o ideas G.

Este proceso histórico descrito por Salazar como sustitución de universales conduce a una reducción intelectualista, porque en esta introducción ni siquiera se habla del proceso histórico como lucha hegemónica. Se habla de él en la clave de la sustitución de universales, o sea de ideas generales, sin que haya referencia, más que implícita, a actores o soportes. Pareciera que los universales caminaran solos por la historia, cuando en realidad ellos, para ser eficaces, tienen que tomar cuerpo en una cultura constituida no sólo por ideas G o de las otras, sino por actores, aparatos, estrategias, o sea, instituciones.

Con esta visión de la historia como transmutación de universales, no es raro que Salazar caiga más tarde en la paradoja de proponer que el pueblo cree una ciencia política refundacional. Pero al hacer eso, el antiinstitucionalismo de que hace gala a lo largo del texto se vendrá estrepitosamente al suelo, porque crear una nueva Ciencia Política es, como lo muestra no sólo Foucault, sino toda la línea "historicista" de la epistemología, crear un nuevo régimen de saber.

En realidad, es efectivo que en Chile hay una línea de análisis que privilegia el Estado y la política. Pero ella no es, como supone Salazar, ahistórica, sino profundamente histórica. Aquí hubo y hay la producción de un Estado legítimamente

en forma temprana y continua, pese a las rebeliones o revoluciones que atraviesan nuestra historia.

Aunque no esté *plenamente dicho*, para la teoría con que Salazar ausculta/clasifica e interpreta sus datos, esta visión ahistórica por él denunciada, que pone en el centro lo político-estatal, debería ser sustituida por una mirada desde la cultura. Pero, y hay aquí un problema mayor, en su análisis, en vez de poner en el centro la cultura, Salazar pone los universales, con lo cual se empujare el entendimiento de la cultura y nos conduce a imaginar lo que sucede en ese campo como si fuera un debate medieval entre intelectuales.

Hay una línea de análisis que afirma que en la cultura se encuentra lo históricamente denso, y en la política lo evanescente, el acontecimiento. Para esta lectura, o para esta veta discursiva, leer la sociedad desde el nivel de lo político-estatal sería quedarse en la apariencia, no solamente ignorar los actores históricos que no están en el escenario teatral, sino falsificar la real dinámica histórica.

Pues bien, más allá de que creo que efectivamente existe una distorsión politicista en el análisis histórico de los sociólogos-historiadores de diferentes tendencias, entre los cuales me incluyo, creo que Salazar cae en una distorsión populista que se basa en una teoría discutible, por decir lo menos, sobre la constitución de sujetos sociales: el pueblo, el bajo pueblo es investido a la categoría de sujeto trascendental y preconstituido, depositario de la Historia, teorizándose su dificultad de alcanzar realmente ese carácter o sus apariciones espasmódicas en la escena, como una conspiración de las ideas G o como una castración realizada por los intelectuales dominantes, productores-propagandistas de la ciencia oficial.

Es verdad que, en esta sociedad, hay un sobreénfasis de la gobernabilidad, la estabilidad, la legalidad; en suma, hay una obsesión por el orden social como producto de lo político. Pero esto no es el resultado de una conspiración ideológica de las élites y sus portavoces, los intelectuales oficiales, sino el producto de la conformación histórica de Chile, con sus especificidades y particularidades. Al hablarse del Estado y de la política, se está dando cuenta de un eje nodal, no el único, sino uno muy importante.

Salazar reivindica el estudio de lo oscuro y de lo ignorado, y en ese punto estoy de acuerdo. Pero él mantiene viva una idea de totalidad. Piensa que hay que estudiar al bajo pueblo porque la historia de Chile está realizada en él y sólo en él. Constituye la síntesis y la esencia.

Además, me parece que Salazar entiende el Estado desde una teoría puramente instrumental y externalista. En el fondo, adopta la creencia de que el Estado no es nada más que un conjunto de aparatos y recursos de poder existentes en cuanto instrumentos a disposición de una clase. No percibe al Estado como internalización simbólica. En cuanto existe con una cierta fuerza y estabilidad, penetra la cultura nacional y, por supuesto, la popular, de tal forma que al hablar de la cultura se está hablando del Estado en cuanto constituyente de la cultura.

Esa legitimación incorpora al Estado en el alma y en el espíritu del pueblo de una manera tal que solamente desde fuera, como operación iluminista de revelación, puede verse ese Estado-Patria-Nación en cuanto pura otredad, si se quiere, pura dominación, en cuanto objeto catalizador del rechazo. En Chile no solamente ha existido Estado sino estatalidad, es decir, capacidad productiva del Estado en la constitución de la cultura.

Por eso mismo, en Chile el camino del cambio eficaz ha sido las reformas y no las rebeliones. La historia de Chile no es la de la castración del pueblo por el Estado y sus epígonos, los científicos de la ciencia oficial. Es, también, la historia de institucionalización de lo popular en un sistema de negociación política, de conflictos mezclados con compromisos.

Salazar nos lleva a leer la historia del movimiento popular y de la izquierda como la historia de la castración, de la inmovilización. De seguirlo hasta el final, no solamente deberíamos lamentarnos de haber ganado en 1970, cosa que algunos estarían dispuestos a hacer porque consideran esa etapa como tragedia histórica, sino también deberíamos lamentarnos de Aguirre Cerda y las coaliciones de centro-izquierda, de no haber optado por Grove o, como hace Salazar, deberíamos lamentarnos de haber aceptado la Constitución del 25 y sus falsas oportunidades

políticas. Habría que renegar de haber caído en la trampa de los cambios negociados, de usar los conflictos para transar compromisos. ¿Lo que existió fueron sueños, desvaríos, la pura fantasía de partidos y partes activas del pueblo que se creyeron el cuento de los opresores? Mirando así, se termina por despreciar el movimiento popular efectivo, realmente existente, extraña mezcla de gradualismo-reformismo y retórica revolucionaria e ideología marxista. ¿A nombre de qué?: De una esencia presentada como historicidad.

Para Salazar, el movimiento popular debía haber permanecido en la pureza de la rebelión, haberse negado a entrar en el juego político. Pero no lo hizo, o una parte significativa de él no lo hizo.

¿Qué significa desde hoy, para hoy, seguir esta teorización hasta sus últimas consecuencias? El desprecio por lo que ocurre hoy se expresa claramente en el libro, aunque su enfoque no esté exento de diplomacia. Diría que este libro, especialmente su introducción teórica, acumula armas precisamente para el rechazo del camino actual, plagado de obsesiones que a Salazar le disgustan: ingeniería política, cálculo, compromisos, pre-ocupación por la gobernabilidad, ausencia de cambios sociales profundos, falta de protagonismo popular.

El proyecto político de Salazar es la "democracia social de masas", lo que a la luz de esta teorización no puede leerse de otra forma que la constitución de una sociedad sobre la base de un Sujeto, que es síntesis universal, el Pueblo. A través de otros razonamientos que los del marxismo, estamos de nuevo atrapados en el esencialismo del sujeto. Solamente se cambia el protagonista indispensable de la historia.

La paradoja es brutal: se cae en ese esencialismo buscando ser radicalmente historicista. Algo pasa en la cadena de razonamiento. Salazar se da cuenta, en algún momento, de que no puede postular la sociedad como puro movimiento e incerteza, dado que toda sociedad es un orden y una cultura. El reconocimiento de este aspecto lleva al autor a suponer que el bajo pueblo necesita de una Ciencia, que le permita competir en el plano de los universales. Pero toda ciencia es una institución, al margen de un contenido, por

mucho que Salazar quiera que su Ciencia Política sea puramente ciencia de lo particular. Además, ¿qué es una ciencia de la particularidad si el puro acto de nombrar implica una abstracción generalizante?

Pero lo más importante es que en el razonamiento teórico de Salazar, seductor pero finalmente esencialista, no hay espacio para una democracia plural y para una cultura diferenciada y tolerante. El otro no es reconocido, más que como el enemigo.

El discurso teórico e histórico de este libro tiene razón en múltiples aspectos puntuales, entre ellos la crítica al elitismo, la distancia entre lo social y lo político, la desconfianza en el neoliberalismo.

Apunta a un hecho real cuando dice: "El bajo pueblo ha acumulado frustración tras frustración, hambre de humanización, rabia historicista", etc. Esa sentencia creo que es un dato sobre la fragilidad del orden social que estamos construyendo.

Pero, como discurso teórico global, no contribuye a pensar los ejes estratégicos de la actualidad, una democracia en la diversidad y en la desigualdad; ni, por tanto, a pensar cómo combinar crecimiento o desarrollo económico con humanización, producto de la combinatoria múltiple de negociaciones y conflictos entre actores múltiples y reconocidos, es decir, aceptados en su legitimidad, en su derecho de ser.

Tomás Moulian

Historia, epistemología y "bajo pueblo"

Se podría señalar que, a partir de la historiografía moderna y de la incorporación de métodos científicos de descubrimiento, la disciplina de la historia ha ido adquiriendo madurez e independencia, no quedando ya supeditada a demandas o condicionamientos distintos que los que provienen de su propio quehacer y ámbito.

Se ha indicado, por otra parte, que el relato histórico ha estado vinculado desde sus comienzos –a través de la tradición oral, las genealogías, el poema épico, etc.– a la afirmación o recreación de identidades sociales y culturales. Según esta visión, este relato ha jugado un papel fundamental en la creación o mantención de las percepciones que los pueblos han tenido o tienen de sí mismos: ha marcado su memoria, sus olvidos y exclusiones, ha registrado la forma como se han dado las cosas de su entorno, y la significación de las instituciones, normas, gobiernos, héroes, etc. El relato histórico no sólo ha fijado aquello que debe ser recordado o enseñado: lo significativo para una sociedad determinada es que también ha mostrado –y esto es más complejo o menos evidente– la manera como hay que aprender, gnoseológica y valóricamente, las cosas del pasado o de la reali-

dad social.

Uno de los méritos principales del texto que acaba de publicar el historiador Gabriel Salazar: *Violencia política popular en las "grandes alamedas"*, tiene que ver precisamente con el examen de aquellos criterios gnoseológicos y axiológicos o con su reflexión sobre los fundamentos y alcances del discurso historiográfico como tal. En el marco de un análisis bastante pormenorizado de la violencia política en Chile, hay en este texto una opción marcadamente epistemológica y política. Salazar se hace cargo de las pretendidas seguridades o asepsias de ciertos discursos, también del fracaso –ahora demasiado notorio– de la historiografía marxista clásica chilena, así como de las relaciones que tendrían que ver constitutivamente con el relato histórico. Salazar arremete principalmente contra la manera como se han construido los discursos históricos oficiales, buscando un reposicionamiento de la disciplina histórica en una nueva o renovada empatía con los movimientos sociales populares. En este

Publicado también en *La Epoca*, Sección Libros, domingo 18 de agosto 1991.

reposicionamiento, el relato histórico queda potenciado teórica y políticamente, se convierte en un saber dinámico, de múltiples idas y venidas, testimoniando o facilitando el encuentro entre la praxis histórica fragmentaria, diversa y dispersa, de lo que Salazar llama el "bajo pueblo" y el discurso propiamente reflexivo, autoconsciente.

La empresa de Salazar es, como se aprecia, atrayente y osada, no exenta de algunas complicaciones en los planos en los cuales quiere moverse. Parte señalando que, respecto a la pregunta sobre el proceso de constitución histórica de la nación, han existido básicamente dos actitudes epistemológicas: (1) "la que se sitúa preferentemente en las particularidades concretas de la sociedad chilena"; y (2) "la que se sitúa principalmente sobre los parámetros generales de su ser o su deber ser estructural" (p. 22). Si bien el autor indica que estas dos actitudes tienen "*la misma validez y estatus epistemológico*" (p. 23), pues "es tan válido y legítimo acometer el conocimiento de la sociedad chilena sobre el lado de su 'particularidad y cambio' (historicidad), como sobre el lado de su 'generalidad y permanencia' (ahistoricidad)" (pp. 23-24), de hecho concentra su crítica en la segunda de ellas y, aun procurando evitar en el plano lógico-formal una contradicción de exclusión, no renuncia a una perspectiva de tipo envolvente, similar a la propuesta por Lucien Goldmann para las ciencias sociales. Esta perspectiva postula que es más justa o verdadera aquella aproximación que logra comprender e incorporar a las otras en tanto que fenómenos sociales y humanos. Salazar se mueve en este punto dentro de una tradición de pensamiento que ha buscado determinar criterios de verdad filosófica o de legitimación científica. En su planteo, lo particular no se agota en su calidad de tal. Se levanta como criterio de conocimiento: se "universaliza", comprende y asimila lo universal, buscando ser el fundamento de una ciencia orgánica. Esto, que podría resultar impracticable o conducir a una *aporía*, constituye una suerte de lugar paradjico desde el cual se explaya la parte medular y más cautivante del trabajo que comentamos.

El texto versa principalmente —es preciso no olvidarlo— sobre la violencia política protagoniza-

da por los sectores populares en el período 1947-87 en la ciudad de Santiago. Desde la partida, este objeto de análisis urge y sitúa el examen en un ámbito donde el desgarramiento interno y profundo de la sociedad chilena golpea de lleno, llevando a su autor —según propia confesión— a acampar en una de las riberas de dicho desgarramiento. Desde este horizonte, y con el objetivo de abrir nuevas formas de comprensión del "movimiento popular", Salazar efectúa una aguda crítica a la monopolización y control que la denominada "epistemología ahistórica" ha ejercido sobre las ideas universales. Ve en ésta una unidad de propósito, que se aprecia en el sucesivo ajuste o resignificación de universales: la cristianidad, la nación, el Estado, la democracia, el desarrollo, la modernización. Estas ideas habrían ido articulando la sociedad chilena desde el período colonial hasta el presente, habiendo sido la idea trascendentalista de Estado la predominante. En esta trayectoria —que no excluye ni los sobresaltos, ni las mixturas, ni las particularizaciones relativas— la historicidad social o lo que Salazar llama "reventones historicistas" habrían sido sistemáticamente desnaturalizados o anulados. Estos "reventones", o actos de rebelión o de desesperación popular, pese a su importancia y persistencia histórica, no han contado hasta ahora, según Salazar, con el saber o la ciencia capaz de significarlos desde un ángulo distinto al de la epistemología oficial. El marxismo ortodoxo, igualmente estructural o universalista, queda también excluido de un tipo de comprensión "desde dentro". Así, el "bajo pueblo" se ha encontrado "aherrojado": en una situación de subordinación y frustración política y epistemológica.

Realizando un esfuerzo similar al que hace el historiador inglés Edward P. Thompson en su *Miseria de la teoría*, es decir, a partir de la reivindicación de la ciencia histórica y de una lógica apropiada al estudio de fenómenos particulares y en movimiento, Salazar se atreve a penetrar en una comprensión específica de aquellos "reventones", más allá de universales o de la condenación ética como único factor.

Con el propósito de ir abriéndole camino a esa nueva comprensión del "movimiento popular"

(que forma parte de un proyecto de largo aliento que ha venido realizándose por etapas). Salazar no efectúa tan sólo un señalamiento de universales. Su crítica es más profunda: tiene que ver principalmente con el desmontaje de una cierta forma de aprehensión y dominio de lo real-histórico. La crítica apunta a desnudar la dialéctica desde la cual se asimilan o se manipulan las singularidades históricas. Fuera de esta dialéctica de validación de discursos reinaría, según el modelo que se critica, la oscuridad, el particularismo ciego o la barbarie: la ausencia de *logos*. Sería tal la fuerza o consistencia concedida a dicha operatoria gnoseológica e histórica, que –al límite– se puede terminar creyendo que todo aquello que aparece excluido del discurso por esta razón se encuentra también fuera de la realidad. Habría, entonces, en este modelo, una incapacidad radical de abrirse a la otredad o a la diferencia. En el discurso histórico "oficial" (Salazar no establece distinciones al interior de lo "oficial"), el estático "es" domina sobre el "siendo", lo atemporal sobre lo temporal, lo abstracto sobre lo concreto, lo general sobre los hombres de "carne y hueso", lo "superior" sobre lo "inferior", la razón sobre los instintos, la medida sobre la desmesura. La crítica de Salazar vuelve así a revolucionar o a sacar de sus casillas aquello que ha venido constituyendo lo más condenable, naturalmente controlado o reprimido, por la ya larga tradición "platónica". Se hace cargo de las vías perdidas, trunca, prohibidas, de aquella "zona de perdedores" (p. 68), según propia declaración. No deja de sorprender en un texto de historia que un cierto aire trágico o fatalista, también contradictoriamente nietzscheano, recorra sus páginas.

En el lanzamiento de este texto, el sociólogo Tomás Moulian criticó dos aspectos bien importantes, caras de una misma moneda: la cualidad de "hipótesis" que Salazar atribuye al "bajo pueblo" y el carácter "exterior" de los universales o del Estado. Según esta crítica, habría aquí una suplantación del viejo sujeto social de los cambios que, no obstante, conserva lo esencial de aquél, y habría igualmente una subvaloración del papel, o de la interiorización cultural, que el Estado ha jugado en Chile y en el propio "bajo pueblo".

A la crítica a un esquema dual y al carácter

"esencialista" y construido de la noción de "bajo pueblo" (que obviamente no quiere decir que sea ilusión), tendríamos que añadir dos observaciones más. La primera se vincula con la poca visibilidad del proyecto de sociedad que se asocia a un "bajo pueblo" que, según Salazar, no debería perder (más bien conquistar) su rango de sujeto. El autor asume la relación entre epistemología histórica y proyecto de sociedad, pero no es demasiado explícito en este último punto. ¿Será un esfuerzo de no recaer en el modelo platónico? El texto nos deja expectantes ante la imagen de una sociedad viva, preñada de historicidad, siempre en movimiento, heracliteana.

La segunda observación se refiere a la aspiración de una "ciencia popular" definida, junto a la historicidad propia del movimiento popular, como parte del "alma dual" (p. 60) de éste. Si bien hay claridad sobre lo que esa ciencia no podría ser, o sobre la orfandad teórica en la cual se encuentra dicho movimiento, no son suficientemente esclarecedoras las premisas básicas de construcción de esta ciencia alternativa, quedando más bien la sensación de estar metidos en un verdadero callejón sin salida. La aspiración de Salazar en este punto no llega tan lejos como su crítica a los universales, ni tiene en vista los cuestionamientos actuales sobre la ciencia y el desplome de ciertos "grandes relatos".

La crítica necesaria al trabajo de Salazar no debe conducir a desconocer sus méritos. Su texto no es sólo riguroso y documentado; se atreve a hurgar con audacia teórica y responsabilidad ética por ámbitos oscuros, pero no menos profundos, de humanización y cultura. La presente investigación se inscribe en una perspectiva de renovación historiográfica y sociológica, vinculada a los aportes de E. P. Thompson y de Alain Touraine, a los planteos sobre marginalidad y movimientos sociales, a las experiencias de educación popular y a todo un esfuerzo, característico del período posgolpe, que apuntó a reconstruir lo que se denominó "tejidos sociales básicos". Hay en el texto una crítica a las visiones clasistas deterministas del pueblo, a sus salvadores proféticos, y también a un marxismo estructural y perezoso. El trabajo de Salazar invita a debatir sobre los fundamentos y

relaciones de los discursos historiográficos en Chile. Este debate es particularmente significativo en un ambiente que ha estado ligado, en otra de sus líneas importantes, a un positivismo que, si bien ha

estimulado el desarrollo de monografías o trabajos particularizados, se ha quedado algo estancado epistemológicamente en la defensa de las fuentes primarias o de los archivos.

Carlos Ossandón B.

Gabriel Salazar, el fin del miedo a la historia

Mientras los dueños del mundo celebran el "fin de la historia", Gabriel Salazar nos invita, mejor, al fin del miedo a la historia.

En la Introducción de su libro deja al descubierto la epistemología de la dominación que ha atrapado la comprensión de Chile: una epistemología que ha partido desde "arriba", del Estado, antes imperial y teocrático (de los Austrias y Borbones) y después burgués y liberal (de los criollos y portalianos).

La crítica de ese paradigma —al fin ahistórico, según Salazar— desenmascara, a nuestro juicio, toda una forma de pensar, en definitiva, colonialista. Hablar de las constelaciones "C" (lo general, universal, hegemónico) y "P" (lo particular, popular, subalterno) es aludir, en lo más hondo, al paradigma etnocéntrico de civilización/barbarie.

Gabriel Salazar no lo dice, pero cuando cuestiona la constelación "C", está desmontando todo el edificio occidental que en Chile, desde el siglo XVI, se ha arrogado el valor de Lo Civilizado (racional, ordenado, científico), para degradar Lo Barbarizado (alzamientos indígenas, vagabundajes y bandolerismos, anarquistas). No por nada el autor se refiere en más de una ocasión a la "fiera" histórica (pp. 49, 51, 275), para designar el acontecer histórico popular. Lo Bárbaro es siempre lo bestial o demoníaco para el orden civilizado.

Salazar nos invita a hacer una historia y una ciencia desde los "otros" de la civilización, desde los bárbaros, perdiéndoles el miedo. En este sentido, la obra de este historiador es un llamado extraordinariamente fecundo a descubrir un nuevo camino humano e intelectual: más allá de los patrones de las élites políticas e ideológicas de Occi-

dente.

Considero que ése es un camino que debemos emprender juntos, sin demora. Así no viviremos el falaz "fin de la historia", sino el liberador fin del miedo a la historia.

En este sentido, quisiera aportar algunas reflexiones, desde el camino común que comparto con Gabriel Salazar, y para transitarlo con paso firme.

A veces diera la impresión de que la obra todavía es en parte tributaria del modelo que impugna. En cierta manera, uno se siente recorriendo los caminos "prohibidos" por la ciencia occidental. ¿No se sentirá ese peso en exceso? Se advierte una conciencia de que el discurso propuesto puede llevar al desprestigio y a la ilegitimación oficial (p. 60).

Un punto clave que podría revelar, a nuestro juicio, el tributo otorgado a los parámetros que se desean impugnar, es el que corresponde a la categoría de "violencia".

¿Qué es "violencia"? ¿Por qué designar con ese vocablo las acciones e irrupciones históricas del bajo pueblo en el orden civilizatorio de origen colonialista? ¿No será caer en el espíritu barbarizador de las élites? El autor está consciente de que la "violencia" política popular, así entre comillas, es una catalogación oficial (p. 67).

Siguiendo la propia metodología del autor, habría que insistir en que la violencia es, en principio, la propia introducción del paradigma ahistórico de las élites.

Más allá de la violencia constitutiva del orden institucionalizado (la "violencia institucionalizada"), los otros, el bajo pueblo, afirman —en principio— su vida, su humanidad, sus derechos,

chos, como un clamor. Es muy sugerente la afirmación del autor: "La voz ha sido regularmente el primer Instrumento popular que ha entrado en acción directa" (p. 175).

Podría, sí, decirse legítimamente que la irrupción histórica de los oprimidos es una revuelta en el sentido de que, para ellos, desde el siglo XVI, el mundo está desquiciado, "al revés", como ya lo pensara en Perú Felipe Guamán Poma de Ayala en su *Nueva crónica y buen gobierno*.

Intentado comprender desde dentro esa irrupción revoltosa de los pobres, será posible descubrir en ella toda una estructura festiva y carnavalesca propia de las culturas populares. Cuando se lee, de paso, que en 1960, en la Alameda santiaguina, las mesas populares con gran algazara quemaron, frente a la Biblioteca Nacional, un monigote del ministro de Hacienda (p. 292), no puede uno dejar de asociar la tradición religiosa popular de las "quemadas de Judas", que anunciaban históricamente para los pobres la resurrección de Cristo, y el fin del miedo a la historia (para este punto preciso, cf. Mijail Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y Renacimiento*, Barcelona 1974; Yves-Marie Berce, *Fête et Révolte. Des mentalités populaires du XVI au XVIII e siècles*, Paris 1976; Maximiliano Salinas, *Historia del pueblo de Dios en Chile. La evolución del cristianismo desde la perspectiva de los pobres*, Santiago 1987).

Habría que reconocer que el bajo pueblo ha hecho no sólo una historia social y política propia, sino también una fecunda historia religiosa, incluyendo "fantasías" que fueron capaces de transformar el imaginario cultural opresor (el autor men-

ciona de paso esas "fantasías", pero en una descripción no especialmente elogiosa, p. 62-63).

En fin, tratando de comprender desde dentro la irrupción transformadora de los pobres en el período estudiado, habría sido valioso haber destacado más al líder y cultor de la acción directa de las masas Clotario Blest (1899-1990). El fue un dirigente en la primera "Jornada de Protesta" de 1957, participó en la "toma" de la Catedral en 1968, y en las "Jornadas" callejeras por la vida y contra la dictadura militar hacia 1980. Su figura descollante probablemente merecería un poco más que breves alusiones (pp. 263, 290, 296). Blest no sólo actuó como dirigente de las masas explotadas. En 1959 y 1960 polemizó con los líderes de los partidos de izquierda su estrategia de acción directa. Su carta-renuncia a la CUT en 1961 fue la culminación de sus hondas divergencias con los que contemporizaban con el "actual régimen de legalismo y pseudo democracia burguesa y corrompida en que se debate el país y sus instituciones fundamentales" (cf. Maximiliano Salinas, *Clotario Blest*, Santiago 1980, esp. pp. 168-182).

Incluso tratando de comprender desde dentro la irrupción histórica del bajo pueblo, sería digno de reflexionar por qué Blest terminó siendo un ardoroso y convencido defensor de la no-violencia. La violencia, en cierto sentido, es una expresión del miedo a la historia, y patrimonio privilegiado, por ende, de los poderosos. Revertir, humanizadoramente, la legalidad de las élites es negarse a aquélla en principio. Y construir, al fin, una historia distinta, desde abajo.

Maximiliano Salinas C.

La perspectiva popular:

¿Hipótesis metafísica, callejón sin salida, o "no será tiempo de hacer algo"?

La 'paz neoliberal' se extiende sobre el país, extinguiendo, con su velo cupular, el rescoldo moribundo de "los grandes conflictos".

Más allá del "fin de la historia" —proclamó en 1988, *urbi et orbi*, Francis Fukuyama— espera el aburrimiento. Y "Chile —anunció *El Mercurio* en 1991— está al borde del "aburrimiento". El proyecto de vida individual, el trabajo funcional y la vida cotidiana recomponen aceleradamente, a todo lo largo del país, el tejido de la modernidad, sepultando entre sus pliegues —por ejemplo— los viejos recuerdos del Informe Rettig.¹ Los intelectuales más connotados, tras el entierro de los "grandes relatos" ("tras la paletada, nadie dijo nada"), confiesan no visualizar ni conflictos cósmicos ni desgarramientos sociales de los cuales preocuparse. La entrada al siglo XXI está expedita: la "condición post-moderna" está al alcance de la mano.

Todo, pues, va caminando según la normalidad de lo que, según se prevé, serán los tiempos de la poshistoria.

(Excepto, quizá, por lo que toda la ciudadanía insiste en denunciar —una encuesta y otra— como un tizón en plena paz neoliberal: esa persistente "violencia antisocial" que chisporrotea el bajo pueblo).²

Todo, pues, conduce a repeler los intentos intelectuales que insisten ("tras la paletada") en remover las cenizas del pasado. Sobre todo, si pretenden reespecificar sujetos y perspectivas que, si ayer tuvieron su historia, hoy sólo obstaculizan el descenso de las profilácticas inyecciones de amnesia que las cúpulas neoliberales endilgan en su base social. Porque, habiéndose proclamado el fin de los conflictos, los sujetos y perspectivas que aún portan, representan o escenifican conflicto, o incurrir en algún desvarío epistemológico premoderno o en algún anacronismo populista, si es que existen; no existen. Y en la duda, es mejor

que no existan: es preciso negarlos, o refutarlos. Incluso, si es menester, objetarles el derecho humano a ser sujeto histórico, o a ser sujeto cognoscente. No puede haber ciencia ni política de tales sujetos y perspectivas.

Porque nuestra voz se pierde en el anonimato, porque no hemos sido dueñas de nuestra historia, aún siendo protagonistas: otros la han escrito, otros han hablado por nosotras 'interpretando' lo que sentimos, pero no diciéndolo como nosotras podemos hacerlo...³

Tales 'sujetos' están perdidos en el archipiélago "Gulag" de su fragmentación particularista. Hundidos en el tajo puntual de su necesidad. Cercados por la miopía de su ignorancia. Emborrachados por sus escapismos y violencia desestabilizadora. ¿Cómo —por ventura— pueden hacer ciencia o política nacional?

Soy escaso de palabras de pensar algo profundo, cuando de ideas me inundo mi voz se niega a expresarlas: sólo a veces en las charlas sacudo el polvo a mi seso; por eso y sólo por eso es que trato de grabarlas...⁴

Con todo, existen. Y están allí: por millares, o millones. Resolviendo, en su agitada vida cotidiana, tantos o más problemas prácticos y teóricos que un intelectual medio. Sólo que con menos tiempo disponible. Con menos silencio y espacio. Con menos recursos. De modo que, por el centro de sus mentes, o de sus comunidades, circulan —con rapidez sorprendente— ideas, juicios, conocimientos, definiciones, experiencias, sabiduría.

Escribimos como nosotras podemos y sentimos, desde la vida. Nuestra vida. No conocemos las reglas de cómo se escribe, ni las aceptamos si éstas nos continúan marginando y nos impiden llegar a Uds. Escribimos, no para los intelectuales ni investigadores, sino desde el pueblo y para el pueblo. . . . Con confianza en lo que el pueblo oprimido pueda hacer.⁵

¿Es Rosa Quintanilla –u otro sujeto popular– una “hipóstasis” trasnochadamente inventada por algún desubicado historiador basista? ¿O es, como habría dicho Plotino algunos siglos atrás, más bien un “engendro” (hipóstasis) de los “principios supremos que permanecen inmóviles”? ¿O, como dijeron los críticos de Platón, la mera “substancialización de algo que tiene simple carácter ideal”? ¿O ‘la Rosa’ es, como habría planteado Aristóteles, el simple “sujeto individual en su último complemento”?

Tras veinte y pico siglos de reflexión académica y debate escolástico, ni los filósofos ni los sociólogos se han puesto de acuerdo en la definición del prójimo (hipóstasis) que está al lado –o bajo– de ellos. ¿Cuánto tiempo más será preciso esperar para superar la “aporía” y saber, académicamente, quién es ese prójimo?

Cuando nos preguntan quiénes somos, respondemos sin alardes pero con orgullo: yo soy pobladora. Por nuestra identidad, por nuestra vida, porque no hemos tenido oportunidad de contar y de escribir nuestras palabras, es que creemos que ya es tiempo de hacer oír nuestra voz.⁶

La identidad no sólo define o hipostasias. No sólo se revuelve maniatada en su aporía. En el mundo popular, también, se canta. Cantar la identidad es, tal vez, una forma inadecuada de definirla. Pero un poblador marginal sabe que, a cambio, ésa es una forma digna de asumirla. Y esto, que tal vez no vale para la epistemología, vale para la vida.

Qué linda es mi población
con su tierra y su barrial.
Con sus plazas bien pelás
donde nos vamos a jugar . . .

Esta es la guaracha
de mi población
y quiero que la cantemos
de todo corazón.⁷

La identidad es una vida. La vida, una experiencia permanente. La experiencia, un surco trazado en la tierra, pero también un otero en el alma (o en la memoria) mía, tuya, de ellos, de nosotros. Ser es recordarse. Asumir la identidad es recordarse y proyectarse cada día. La historicidad atraviesa la experiencia de extremo a extremo, de norte a sur. Cuando me conozco, releo mi historia. Aprendo de mí. Me educo. La Historia, por eso, puede ser la ciencia propia del “bajo pueblo”.

El hacer este libro es una prueba que estamos educándonos. Ha sido para nosotras tan importante la historia del taller que, por eso, surgió la necesidad de darlo a conocer para que sirva a otras organizaciones. . . . El libro es un arma de lucha . . .⁸

La memoria histórica recuerda y proyecta. Retiene y potencia. Descongela lo estático y calienta el alma. Actúa. Mueve el proceso.

Sabemos cuál es nuestro lugar en la sociedad, y a través de nuestra historia vamos comprobando que somos capaces de transformar la realidad.⁹

. . . Sabemos que tenemos poder histórico. Muchos lo saben. Algunos saben, y temen. Otros también lo saben, pero aman.

No me siento solo en la noche,
en la oscuridad de la tierra.
Soy pueblo, pueblo innumerable.
Tengo en mi voz la fuerza pura
para atravesar el silencio
y germinar en las tinieblas.¹⁰

A menudo, sin embargo, las tinieblas se hacen impenetrables. El Estado (“principio supremo que permanece inmóvil”), más a menudo de lo que se cree, nos olvida la palabra, nos cohibe la acción, criminaliza nuestro protagonismo, nos “hipostasias” en exclusión. Así, fuera de él, como

vacuas criaturas frente a su Dios, impetramos su poder y tenemos su ira.

... la historia de este libro es la historia que viene de muchos años ... y es por eso que nosotros tenemos que levantarnos, y es por eso que nosotros tenemos que decidir, no esperar que venga nadie a decidir por nosotros, nadie. Nosotros tenemos mucha capacidad, tenemos palabra, todos tenemos una palabra que decir, aunque a veces digamos "cabezas de pescado" como dice la gente, no importa, es nuestra verdad, no temer por decir la verdad ...¹¹

No vengan a decirnos que el Estado es un "universal" interno del movimiento popular, y no externo. Que es un error definirlo como algo más bien externo a nuestra "historia que viene de muchos años". Que, poco menos, ha sido erigido a nuestra imagen y semejanza. Es cierto que una fracción minoritaria (siempre amenazada de reducción por los grandes equilibrios) de las riquezas que hemos producido ha retornado a nosotros bajo propagandizadas formas (preelectoralmente, sobre todo) de "inversión social". Y de modernización. Pero también es cierto que una fracción mayoritaria (y a veces el mismo total) de la crisis acumulada por la ineficiencia estatal revierte sobre nosotros en forma de represión deshumanizadora. Y no intenten anestesiar esta verdad. No somos un informe de Estado, sino nosotros.

Esta es la historia de los que nacieron pero no tuvieron espacio en la Patria de los 80. No hubo para ellos un lugar en el mercado. ... Durante años deambulaban como almas en pena y sólo adquirieron existencia real cuando gritaron, apedrearón y (algunos) dispararon. Entonces, hasta las instituciones más sólidas volvieron a temblar y no quedó más remedio que mirarlos.¹²

"Deambular como alma en pena" no es una buena identidad para nadie, ni siquiera para un poblador atacado de anomia "estatalista". Es una identidad "a fin de cuentas" pero encerrada en un auténtico "callejón sin salida". Exactamente, en un "celdilla P". Y ésa, podemos asegurárselo, no es una buena ecología para esperar que el Estado (o "Godot") tenga a bien hipotetizarnos de una mane-

ra más satisfactoria. Allí se acumula ira, ¿sabía usted? Nadie puede permanecer acallejonado por mucho tiempo sin experimentar la compulsión de la "salida". Lo exige la misma identidad. Porque la identidad es así: propende a hacer historia.

A mí me desespera que de repente nos vean como vándalos. ¿Qué alternativa tenemos?! Si somos así es porque no nos queda otra: o nos sacamos la cresta por botar este gobierno, o no se qué hacemos, ¡no resistimos más! Yo tengo que salir a la calle porque si no sale mi papá, ni mi mamá, ni sus amigos, si no sale nadie, tengo que salir yo, ¡porque yo no puedo seguir viviendo así!¹³

Y salimos. Y "hasta las instituciones más sólidas temblaron". Recuérdenlo. No se autoanestesien a este respecto, ni pretendan que las cosas no fueron como fueron. Seremos pobres, pero cuando hacemos y escribimos nuestra historia, "nos sacudimos el polvo de los sesos", y nuestros "hechos políticos" pesan como plomo. Y las instituciones, por eso, temblaron. Se transformaron. Transitaron—dijeron ustedes, no nosotros—hacia la democracia. Y ahora la transición—dijeron ustedes de nuevo—"se acabó". Ya todo dejó de temblar. ¿Ustedes creen que, después de los sismos, nos cobijamos bajo techo, hundidos en nuestro modernista callejón televisivo?

Cuando ha pasado el tiempo
y el dolor en vez de marcharse
te golpea todos los días
con sus diferentes brazos. ...
Y tú piensas: "Algún día
me acostumbraré".

¿No será tiempo de hacer algo?

¿De no llorar en silencio?

¿Ni morderse de rabia?

¿Ni controlar el grito?

... Ellos tienen un solo dios: EL PODER.

... lo consolidan los gobiernos
y lo mantienen los pueblos que no gritan
(y si lo hacen, mueren)

los pueblos que no cantan

los pueblos que no ríen

aquellos que se humillan.

¿No será tiempo de hacer algo?¹⁴

¡No, no es tiempo –dirán ustedes–, todavía no!: hay una propuesta de “desarrollo local” en juego. Un proyecto de sociedad democrática (neoliberal) en ciernes. Todo pende del Congreso (¿han aprovechado de visitarlo?: es bonito, se ve el mar desde la azotea) y de la “política de los acuerdos” parlamentarios. Olvídense de levantar proyectos alternativos. Ustedes son buenos para la protesta, pero no para la propuesta. Ustedes no saben dar el salto desde lo particular a lo general: se pierden. Aguarden, que todo irá bien. Nosotros estamos aquí: somos profesionales, tenemos instituciones que resolverán uno a uno los problemas.

Es cierto, son profesionales, tienen un tiempo de mucho esfuerzo de estudios, pero... por ningún lado a nosotros se nos escucha. Entonces, si ellos, que dicen estar con nosotros, no nos escuchan, no nos entienden, difícilmente esa institución va a ser un aporte al proceso y los más seguro es que se van a quedar en una élite. Además que las instituciones no van a estar eternamente, son una etapa de un proceso, en un tiempo determinado.¹⁵

Es que nosotros somos más ‘sociales’ y ustedes más ‘políticos’, y somos más historicistas y ustedes estructuralistas. Vemos las cosas tal como son y ustedes tal como le conviene a la razón de Estado. En lo nuestro, nuestra ciencia vale más.

Yo pienso que el poblador es el que tiene más llegada a sus iguales... se sabe todas las mañas, las diabluras y cómo llegar... uno no es trasplantado a la población, como muchos profesionales que están allí, pero no tienen llegada. Siempre nosotros, los ratoncitos, vamos haciendo un camino calladitos al lado, pero avanzamos más. Es necesario que nos dejen crecer. Nos enseñan bastante, aprendemos, algunos rápido, otros más lentos, pero pareciera que nos dijeran: “amigo, hasta aquí no más, por favor, Ud. ya cachó muchas cosas que no debiera”. Eso lo digo por la experiencia que yo he tenido.¹⁶

Y con nuestra “llegada”, más bien que con la de Uds., podremos capacitarnos mejor. ¿Y saben para qué? Para hacer mejor nuestra historia y

proyectar con más éxito nuestras vidas. Y construir mejor, a mano, nuestra identidad. Así que no pretendan imponernos, como a papagayos, la ciencia de ustedes, que a veces no es más que la ciencia de vuestros (ineficientes) sistemas de dominación.

Pero por favor, que no nos den todo como por un tubo y que nos digan por ejemplo: “aquí Ud., va a caminar por este camino, derecho, sin salirse, camine para acá no más”. Es bueno que nos dejen aplicar lo que nosotros sabemos; sabemos cómo tenemos que actuar, sabemos lo que queremos y sabemos qué queremos traspasar a la gente a través de nuestras enseñanzas, técnicas y prácticas... Que no nos entreguen la cosa tan como ya masticada y por poco tragada, sino que nazca de nosotros, que nosotros pongamos nuestra experiencia de vida al servicio del crecimiento de la conciencia de nuestro pueblo.¹⁷

Eso está muy bien –nos dirán ustedes–, mientras lo practiquen en lo vecinal y en lo barrial, pero aun así no podrán hacerlo con éxito en los problemas generales. Esto es otra cosa. Los “problemas en sí” requieren de otras perspectivas. De otra epistemología.

Es cierto: hay algunas dudas al respecto. Pero ¡cuidado!, que los problemas ‘generales’ suelen ser, en este país, problemas específicos, y los afectados pueden, por ello, ser también *más específicos*.

Yo me pregunto, nosotras, como pobladoras, ¿podemos definir la salud que queremos, la vivienda que necesitamos, la comida que queremos? ¿Lo podemos hacer? ¡Sí podemos!, pero el problema es que nunca lo hemos enfrentado, porque nosotros estamos esperando que aparezca un iluminado que haga las cosas por nosotros.¹⁸

Y el otro problema es que, si aparece el o los “iluminados”, la discusión tiende a concentrarse a tales alturas, que los pobres ‘experimentan’ una pérdida de tiempo vital.

Nosotras ya estábamos aburridas de que en toda la tarde la discusión sólo había girado en torno a las superestructuras, o sea, problemas de alta

categoría. ... No vinimos aquí a discutir problemas ideológicos, sino a ver cómo enfrentamos los problemas que nos afectan ... [porque] estos problemas vienen de muy atrás y no se han solucionado. ... Yo creo que hay que dar un vuelco, cambiar nuestra forma de lucha y que nos fuéramos en picada a lo que realmente nos afecta, lo que nos hace sentirnos dependientes.¹⁹

Es tiempo, pues, de dar un vuelco. De cambiar la forma de lucha partiendo por cambiar nuestra epistemología. Es decir, yéndonos "en picada" a reconocer y desarrollar nuestra forma de mirar, sentir y experimentar nuestra realidad y nuestra identidad. Lo sentimos mucho, señores profesionales: los vamos a necesitar un poco menos que antes. Hemos cambiado la geometría de nuestra lucha. Si no lo han notado, a lo largo "del proceso" lo harán. Pues las bases también hemos tenido nuestra "transición". Sólo que, a diferencia de la transición de ustedes, la nuestra no ha acabado, ni acabará. En realidad, sólo estamos empezando. Tenemos mucho trabajo que hacer. Y una gran responsabilidad por nosotros y por ustedes.

A las organizaciones, les cabe esa responsabilidad. A nosotras, de hacer un esfuerzo; no dejarle siempre a los de arriba esa responsabilidad. Que ellos hagan su programa, las federaciones tienen su programa, los referentes sociales también tienen un programa general. Pero uno, que ve la situación en la población, sabe que se tiene que adecuar un programa a la realidad y desde lo básico. Entonces es nuestra tarea el hacer conciencia de que la organización, cuando es participativa, permite el desarrollo de la persona como conjunto; es un germen de poder incuestionable que lleva a la futura toma del poder por el pueblo. ... La cuestión es el poder, eso es lo que hay que profundizar. ... Hay que hacer un esfuerzo, en las distintas organizaciones, para levantar un Proyecto. ... ¿Cómo hacer una vitrina más amplia de mi mundo pequeño, de la organización o la casa? Porque el mundo es mucho más cosas que las que nosotros observamos.²⁰

¿Ustedes creen, acaso, que no tenemos "seso"? ¿Que no somos sujetos cognoscentes, su-

jetos sociales, sujetos políticos y, sobre todo, sujetos con poder histórico? ¿Creen eso?

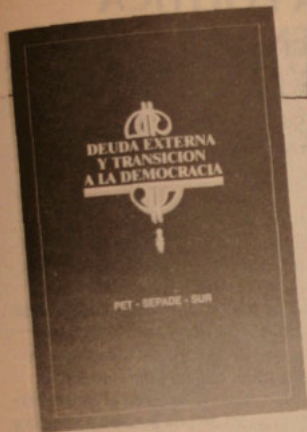
Está bien: créanlo. Pero es mejor para todos que dejen de creerlo.

Gabriel Salazar

REFERENCIAS

1. *El Mercurio*, ediciones dominicales de agosto 4 y 11 de 1991. Reportajes.
2. *Ibidem*, agosto 11 de 1991. Reportaje.
3. Rosa Quintanilla, *Yo soy pobladora* (Santiago, 1990), p. 16.
4. I. Dóltz, *Origen y desarrollo de la poesía popular desde la conquista hasta el presente* (Santiago, 1984), p. 204.
5. Rosa Quintanilla, op. cit., p. 16.
6. Rosa Quintanilla, op. cit., p. 17.
7. Taller de Historia de la Población La Alborada, *En ese entonces ...* (Santiago, 1991), p. 27.
8. Taller de Lavandería, *Lavando la esperanza* (Santiago, 1984), p. 201.
9. *Ibidem*, p. 198.
10. Pablo Neruda, *Canto General*, citado en L. Moulian & L. de Wolf, eds., *Herminda de la Victoria: aspectos históricos* (Santiago, 1990), p. 30.
11. Palabras de la pobladora señora Luisa Riveros en el lanzamiento del libro de L. Morales, *Voces de Chuchunco* (Santiago, 1989), en diciembre 2 de 1990.
12. P. Politzer, *La ira de Pedro y los otros* (Santiago, 1988), p. 21.
13. Claudia, a P. Politzer, en *ibid.*, p. 23.
14. Rosa Quintanilla, "¿No será tiempo ...?", en op. cit., p. 9.
15. Malva, a Rosa Quintanilla, en op. cit., p. 199.
16. Margarita, a Rosa Quintanilla, en op. cit., p. 199.
17. Margarita, a Rosa Quintanilla, en op. cit., p. 200.
18. Rosa, a Rosa Quintanilla, en op. cit., p. 201.
19. Margarita, a Rosa Quintanilla, p. 202.
20. Malva, a Rosa Quintanilla, p. 202-4.

ediciones sur 1990-91



DEUDA EXTERNA Y TRANSICION A LA DEMOCRACIA

Mario Velásquez, ed.

(PET/SEPADE/SUR, 1990; 139 págs.)

Los problemas, desafíos y alternativas que presenta para la economía chilena el endeudamiento con el exterior: tal es el tema en torno al cual se congregaron especialistas y representantes de organizaciones de trabajadores, pobladores, empresarios y dirigentes políticos durante la Primera Conferencia Nacional sobre Deuda Externa y Democracia.

En este libro se presenta el desarrollo de ese debate, en el cual participaron como ponentes Gonzalo Martner, Juan Andrés Fontaine, Ricardo Ffrench-Davis, Patricia Matte, Ernesto Tironi, Evelyn Matthei, Leonardo Navarro, Manuel Canales, Gustavo Marín, Ernesto Edwards, Hermógenes Pérez de Arce y Ricardo Lagos.

Se incluye las intervenciones de distintos comentaristas y documentos relativos al tema.



AUTORITARISMO, MODERNIZACION Y MARGINALIDAD

El caso de Chile 1973-1989

Eugenio Tironi

(SUR, 1990; 280 págs.)

La paz y el orden social son siempre conquistas inacabadas, frágiles, sujetas a la destrucción. Ninguna sociedad escapa, cada cierto tiempo, a crisis históricas que abren períodos de decadencia en los que reina la agresividad, la confusión y el desamparo. Pero estas situaciones de disolución social no pueden durar indefinidamente. Un nuevo orden va naciendo paulatinamente del desorden, y la continuidad emerge nuevamente después de la ruptura, porque las comunidades humanas prefieren siempre una cierta regularidad -cualquiera ésta sea- antes que el caos o la perpetua efervescencia.



VIOLENCIA POLITICA POPULAR EN LAS "GRANDES ALAMEDAS"

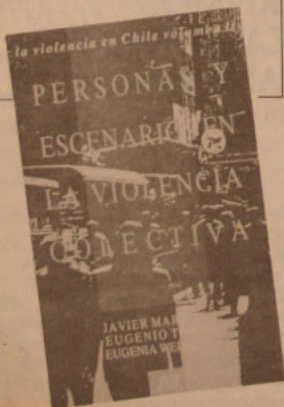
Santiago de Chile 1947-1987

La violencia en Chile volumen I

Gabriel Salazar

(SUR, 1990; 434 págs.)

Este libro constituye una inspección histórica del 'lado oscuro' de la política. Es decir, de esta frontera difusa donde, por largo tiempo, se han confrontado las necesidades frustradas de la clase popular, y las estabilidades amenazadas de la institucionalidad nacional. Tal frontera ha sido (y aún parece ser) una zona peligrosa, de alta inestabilidad, que es necesario investigar y, sobre todo, comprender. No sólo lo exige la paz interna de la Nación, sino también el desarrollo - por demasiado tiempo postergado- de una auténtica ciencia y política populares.



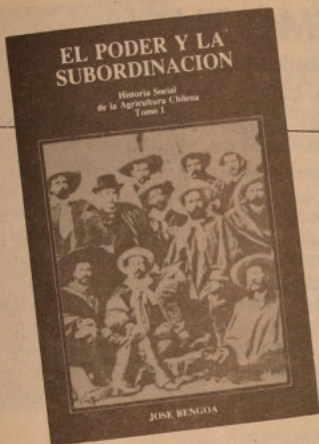
PERSONAS Y ESCENARIOS EN LA VIOLENCIA COLECTIVA

La violencia en Chile volumen II

Javier Martínez, Eugenio Tironi, Eugenia Weinstein

(SUR, 1990; 172 págs.)

Este segundo volumen de *La violencia en Chile* trata acerca de los contextos en que ella se produce. El trabajo de Javier Martínez indaga sobre las condiciones económicas, sociales y políticas que hacen más probable la ocurrencia de hechos de violencia colectiva. El de Eugenia Weinstein y Eugenio Tironi, por su parte, estudia el aspecto más "íntimo" del fenómeno: la relación entre la violencia colectiva y los estados psíquicos prevalentes en un sector particular de la población, el de los "marginales".

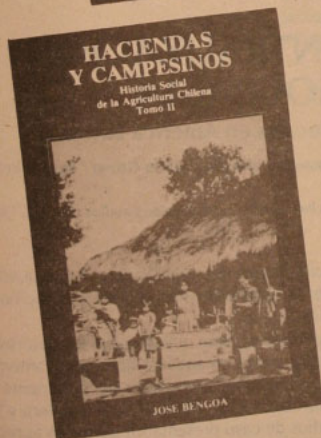


HISTORIA SOCIAL DE LA AGRICULTURA CHILENA

José Bengoa

(SUR, Colección Estudios Históricos)

La *Historia Social de la Agricultura Chilena* comprende tres tomos, de los cuales se han publicado dos. El primero, *El poder y la subordinación* (1988, 297 págs.), tiene una intención de síntesis ordenada, y está destinado a quienes comienzan a estudiar la historia agraria del país. En él se analiza la formación del poder agrario en Chile, y su incidencia en el origen del Estado, de la clase alta y de las capas subordinadas de la población.



En el segundo tomo, *Haciendas y campesinos* (1990, 237 págs.), se estudia la constitución de la propiedad agraria, la expansión del latifundio a lo largo del país, sus transformaciones, los intentos por cambiar su estructura, y su enorme estabilidad como sistema de poder y de organización social. Abarca desde las últimas décadas del siglo pasado hasta fines de los años veinte, con la crisis del ciclo salitrero.

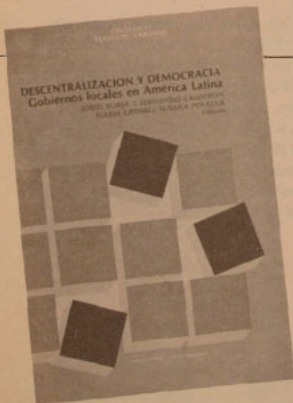


MUNICIPIO Y DEMOCRACIA

Gobiernos locales en ciudades intermedias de América Latina

F. Carrión & P. Velarde / I. Chirinos / E. Nunes / P. Pírez / A. Rosenfeld, D. Vergara & A. M. Icaza / H. Vargas / F. Velásquez
(SUR, Colección Estudios Urbanos, 1991; 193 págs.)

La importancia de las ciudades de tamaño intermedio en América Latina, y las tendencias a descentralizar la gestión del Estado, han creado nuevos problemas y demandas a sus gobiernos. Los autores de este libro examinan estos procesos, sus modalidades y diferencias, a partir de resultados de estudios de casos, en Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador y Perú. Es, por lo tanto, un texto de referencia para quienes están interesados en profundizar en el tema de la democratización de los gobiernos locales.



DESCENTRALIZACION Y DEMOCRACIA

Gobiernos locales en América Latina

Jordi Borja / Fernando Calderón / María Grossi / Susana Peñalva,
Editores

(CLACSO/SUR/CEUMT-Barcelona, Colección Estudios Urbanos, 1989; 510 págs.)

¿Cuál es la función actual del municipio, y la que puede llegar a cumplir, en los difíciles procesos de democratización que hoy vive América Latina?

Tal es la principal interrogante que abordan los autores de este libro, uno de los primeros en analizar comparativamente el estado de la democracia local en países del continente: Argentina, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, México, Perú y Venezuela. Los estudios de caso presentados permiten apreciar la diversidad y coincidencias entre las distintas situaciones, sus límites y potencialidades. Es, por lo tanto, un texto de referencia para quienes están interesados en la democratización de la sociedad y de los gobiernos locales.



LA CAPACIDAD DE EMPRENDER PUESTA A PRUEBA

El difícil camino de convertirse en pequeño empresario

Enzo Gazzolo, Ivan Bacovic, Jacques Merkaert

(PRAL/SERCAL/SUR, 1990; 106 págs.)

Los autores de este libro -pertenecientes a tres organizaciones no gubernamentales- describen, a través de un caso ejemplar, las potencialidades de una experiencia de creación de empresa, particularmente en lo que a asistencia técnica y financiera se refiere, y cuáles son los riesgos que se enfrentan cotidianamente en un proceso de esta naturaleza.

Las reflexiones en torno a tal experiencia constituyen un aporte metodológico destinado especialmente a los pequeños empresarios y a los diversos organismos que se ocupan del sector, como base para su propia reflexión y contribución al mejor desarrollo de sus actividades.

SUMARIO

POLÍTICA

Eduardo Valenzuela: *La experiencia nacional popular* • Javier Martínez & Margarita Palacios: *El voto cambiante y la distancia social a la política* • Alvaro Böhme & Carmen Barrera: *Estructuras y militancias del partido Demócratacristiano y el Partido por la Democracia. Un estudio comparativo*

ECONOMÍA

Alvaro Díaz: *Nuevas tendencias en la estructura social chilena. Asalarización informal y pobreza en los ochenta* • Lais Abramo: *El empresariado como actor social* • Librecht van Hemelryck: *El desarrollo de la pequeña y microempresa en Chile. Un desafío para el futuro* • Gonzalo Arroyo: *Teorías sobre el desarrollo agroindustrial*

HISTORIA

Gabriel Salazar: *Empresariado popular e industrialización: la guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)* • Jorge Pinto: *Tras la huella de los paraísos artificiales. Mineros y campesinos de Copiapó, 1700-1850*

SOCIEDAD

José Weinstein: *Víctimas y beneficiarios de la modernización. Inventario (incompleto) de cambios en la juventud pobladora (1965-1990)*

DEBATE

José Bengoa: *Un asunto de identidad*

Debate en torno a
Violencia política popular en las "grandes alamedas",
de Gabriel Salazar (Santiago: SUR, 1990):

Tomás Moulian: *¿Historicismo o esencialismo?* • Carlos Ossandón: *Historia, epistemología y "bajo pueblo"* • Maximiliano Salinas: *Gabriel Salazar, el fin del miedo a la historia* • Gabriel Salazar: *La perspectiva popular: ¿Hipótesis metafísica, callejón sin salida, o "no será tiempo de hacer algo"?*

SUR
EDICIONES